

Daphne du Maurier



REBECA

ÍNDICE

Capítulo I.....	
Capítulo II.....	
Capítulo III.....	
Capítulo IV.....	
Capítulo V.....	
Capítulo VI.....	
Capítulo VII.....	
Capítulo VIII.....	
Capítulo IX.....	
Capítulo X.....	
Capítulo XI.....	
Capítulo XII.....	
Capítulo XIII.....	
Capítulo XIV.....	
Capítulo XV.....	
Capítulo XVI.....	
Capítulo XVII.....	
Capítulo XVIII.....	
Capítulo XIX.....	
Capítulo XX.....	
Capítulo XXI.....	
Capítulo XXII.....	
Capítulo XXIII.....	
Capítulo XXIV.....	
Capítulo XXV.....	
Capítulo XXVI.....	
Capítulo XXVII.....	
DAPHNE DU MAURIER.....	

Capítulo I

Anoche soñé que había vuelto a Manderley. En mi sueño me encontraba ante la verja del parque, pero durante algunos momentos no pude entrar. Estaba cerrada la puerta con candado y cadena. En sueños llamé al guarda, pero nadie me contestó, y cuando miré detenidamente a través de los mohosos barrotes de la verja, vi que la caseta estaba abandonada.

No humeaba la chimenea, y las ventanucas y sus celosías bostezaban en su abandono. Entonces, como todos los que sueñan, me sentí de repente dotada de una fuerza sobrenatural y atravesé como un espíritu la barrera que me detenía. Serpenteaba el camino ante mí, retorcido y tortuoso como siempre, pero según avanzaba noté que había cambiado; ahora era estrecho y estaba descuidado, no como yo lo había conocido. Al principio me extrañó y no comprendí lo que había cambiado; pero cuando tuve que bajar la cabeza para no tropezar con una rama que cruzaba el camino, me di cuenta de lo ocurrido. La Naturaleza había reconquistado lo que fue suyo y, poquito a poco, con métodos arteros e insidiosos, había ido invadiendo el camino, extendiendo por él sus dedos, largos y tenaces. El bosque, siempre amenazador, incluso en tiempos pasados, había triunfado al fin. Oscura y salvaje, la vegetación llegaba hasta los bordes del camino. Las hayas, de tronco blanco y desnudo, se inclinaban las unas hacia las otras, y entrelazaban sus ramas en un extraño abrazo, formando sobre mi cabeza una bóveda, como nave de iglesia. Vi otros árboles mezclados con las hayas, que no reconocí: robles achaparrados y olmos retorcidos que habían nacido inopinadamente de la tierra silenciosa, junto a plantas y arbustos disformes, de los que tampoco me acordaba.

El camino había quedado reducido a sendero, ya sin grava, ahogado de hierbas y musgo. Abundaban en los árboles las ramas bajas que estorbaban el paso; las retorcidas raíces parecían dedos de esqueletos. Aislados entre la maleza pude reconocer algunos macizos, que en nuestros tiempos resaltaban graciosos y cuidados, como aquel de hortensias, de tallos elegantes, cuyas azuladas flores llegaron a adquirir cierto renombre. Nadie las cultivaba ya y se habían vuelto silvestres, creciendo desmesuradas, incapaces de florecer, negruzcas, feas, como los anónimos parásitos que junto a ellas crecían.

Aquel pobre hilillo blanco que un día fue nuestro camino avanzaba más y más, torciendo ora a la derecha, ora a la izquierda. Algunas veces lo creí ahogado para siempre, pero aparecía de nuevo, acaso bajo un árbol caído, o luchando con el barro de una charca nacida de las lluvias invernales. Me pareció el camino más largo que antes. Evidentemente, las millas se habían multiplicado, como los árboles, y el camino conducía únicamente a un laberinto, a una espesura impenetrable, y no a la casa. Pero, de repente, apareció ésta ante mí. La avenida que conducía hasta la puerta estaba casi borrada por el desmesurado crecimiento de matojos exuberantes que se extendían por todas partes. Me detuve, con el corazón palpitante, mientras sentía en los ojos la extraña punzada de las lágrimas.

¡Allí estaba Manderley! ¡Nuestro Manderley reservado y silencioso, como siempre! Sus grises piedras brillaban a la luz de la luna de mis sueños, y las vidrieras reflejaban los verdes macizos de césped y la terraza. El tiempo no había logrado destruir la perfecta simetría de aquellos muros ni el lugar sobre el que se alzaban como una joya mostrada en el hueco de la mano.

La terraza se fundía en los macizos y los macizos en el mar; volviendo la cabeza, pude ver la sábana de plata, tranquila a la luz de la luna, como lago no inquietado por brisa o por aquilón. Ni una ola rizaba aquellas aguas de ensueño, ninguna nube

impelida por el poniente oscurecía la claridad del pálido firmamento. Volví a mirar hacia la casa, y aunque se alzaba inviolada e intacta, como si la acabáramos de abandonar, vi que el jardín había obedecido la ley de la selva, igual que el bosque. Los rododendros medían más de quince metros y se retorcían abrazados en extrañísimo maridaje a una multitud de arbustos anónimos, pobres advenedizos, que se agarraban a sus raíces como si se dieran cuenta de su origen bastardo. Se veía una lila enlazada con una haya roja, y, como si quisiera hacer la unión más fuerte, la hiedra malévolamente, sempiterna enemiga de lo grácil, había extendido sus tenaces zarcillos alrededor de la pareja, que así resultaba prisionera. La hiedra reinaba en el abandonado jardín; sus largas ramas se arrastraban sobre el césped, y pronto llegarían hasta la misma casa. Otra planta, espurio brote del bosque, cuyas semillas caían y morían antes bajo los árboles, marchaba ahora junto a la hiedra, e imponía su fealdad de ruibarbo monstruoso sobre los suaves bancales de césped donde antes florecían los narcisos.

Crecían por todas partes las ortigas, vanguardia del ejército invasor, Ahogaban la terraza, se desperezaban en los senderos, se inclinaban, vulgares y delgaduchas, hasta contra las ventanas de la casa. Centinelas descuidadas, habían dejado que rompieran sus filas los arbustos de ruibarbo; sus cabezas arrugadas, sus tallos encogidos, formaban veredas frecuentadas por los conejos. Pasé del camino a la terraza, pues las ortigas no eran barrera para mí. Caminaba encantada, y nada podía detenerme.

La luna sabe jugar con la imaginación, hasta con la imaginación de una persona que duerme. Estaba frente a la casa, callada, silenciosa, y hubiera podido jurar que Manderley no era un caparazón vacío, sino que vivía y respiraba como en otros tiempos.

Veía luz en las ventanas; la brisa nocturna movía suavemente las cortinas; y allí, en la biblioteca, estaba la puerta mal cerrada, como la habíamos dejado, y junto a un jarrón de rosas, mi olvidado pañuelo.

El cuarto mismo era testigo de nuestra presencia allí: un montón de libros preparados para ser devueltos a la biblioteca circulante y un desechado número de *The Times*; ceniceros con alguna colilla; almohadones que aún conservaban las huellas de nuestras cabezas, tirados sobre las sillas. En el hogar, los rescoldos del fuego, que durarían hasta la madrugada, y *Jasper*, nuestro querido *Jasper*, con sus ojos expresivos y sus dientes poderosos, estaría tumbado dando con el rabo sobre el suelo porque había oído las pisadas del amo.

Una nube, antes no vista, cubrió de repente la luna y se detuvo un instante, como mano sombría que escondiera una cara. Desapareció la ilusión con ella. Volví a ver solamente un caserón desolado, inanimado, abandonado hasta de los fantasmas, sin que ni un eco del pasado se agarrase a sus paredes desnudas.

La casa era una tumba, y nuestras angustias y nuestros sufrimientos estaban allí enterrados en las ruinas. No resucitarían. Cuando, ya despierta, recordase a Manderley, lo haría sin amargura. Pensaría en lo que hubiera podido ser, pensaría que yo hubiera podido vivir allí sin sufrimientos. Me acordaría de la rosaleta en verano y del gorjeo de los pajarillos al amanecer. De la hora del té bajo el castaño, del rumor del mar que nos llegaba a través de los prados.

Pensaría en los lirios en flor y en el Valle Feliz. Eran cosas permanentes y no podían desaparecer. Eran recuerdos y no podían causarnos dolor. Todo esto pensaba aún soñando, mientras las nubes ocultaban la cara de la luna, pues, como muchos que sueñan, me daba cuenta de ello. La verdad era que me encontraba durmiendo a muchos cientos de millas, en tierra extranjera, y que despertaría, pasados unos segundos, en el desnudo cuartito de un hotel cuya vulgaridad anónima me servía de consuelo. Suspiraría un instante, me desperezaría, daría la vuelta, y al abrir los

ojos me sorprendería el sol resplandeciente, el cielo límpido y duro, tan distinto de la suave claridad de la luna de mi sueño. Comenzaría nuestro día, largo y monótono, es verdad, pero lleno de cierta paz, de cierta bendita tranquilidad que antes no habíamos conocido. De Manderley no hablaríamos, ni yo le contaría mi sueño. Porque Manderley ya no era nuestro; Manderley ya no existe.

Capítulo II

Una cosa segura: ya no podremos volver allí. Lo pasado está aún demasiado reciente. Todo lo que hemos procurado olvidar se removería de nuevo, y aquella sensación de miedo, de inquietud furtiva, que había llegado a convertirse en pánico ciego e insensato –a Dios gracias ya acabado–, podría, por cualquier circunstancia ignorada, volver a la vida para perseguirnos como antes.

Tiene una paciencia admirable y nunca se queja; ni siquiera cuando se acuerda..., lo cual ocurre, me parece, con más frecuencia de lo que él quisiera darme a entender.

Lo noto, porque algunas veces se queda de repente como perdido y ensimismado; se borra la expresión de su cara querida, como si una mano invisible se la hubiera robado, y en su lugar aparece una máscara, esculpida, rígida, helada, siempre bella, pero sin vida. Comienza a fumar cigarrillo tras cigarrillo, sin molestarse en apagarlos, y las colillas, encendidas aún, van cayendo al suelo como pétalos. Empieza a hablar de prisa y con pasión acerca de cualquier cosa sin importancia, aferrándose al tema, como si fuera remedio seguro contra todo dolor. Creo que existe una teoría según la cual el dolor purifica y fortalece a hombres y mujeres, y que añade que, para perfeccionarse, tanto en este mundo como en el otro, es necesario pasar por la prueba del fuego. Pues aunque suene irónico, eso es lo que hemos hecho nosotros plenamente. Los dos hemos conocido el terror y la soledad y la angustia más intensos. Claro que, antes o después, a todos nos llega en esta vida un demonio propio que nos persigue y atormenta y al final de cuentas hemos de luchar contra él. Nosotros hemos vencido al nuestro, o así lo creemos.

Ya no nos persigue. Hemos salido vencedores de la prueba, aunque no hayamos escapado ilesos. Siempre presintió él la vecindad del desastre, y con motivo. Hoy podría decir, como cualquier pobre actriz en una obra truculenta, que «hemos satisfecho el precio de nuestra libertad». Pero yo he conocido durante mi vida demasiadas situaciones melodramáticas, y daría con gusto mis cinco sentidos para asegurar la paz y la tranquilidad de que gozamos ahora. La felicidad no es un bien que puede atesorarse; es una manera de pensar, un estado de ánimo. No es que algunas veces no nos sintamos deprimidos; pero también conocemos momentos que escapan al reloj y se hacen eternos; y entonces, cuando observo su sonrisa, sé que estamos juntos, que caminamos de acuerdo, sin que ningún conflicto de opinión o pensamiento pueda separarnos.

Nada nos ocultamos. Todo lo compartimos. Es verdad que este hotelito es aburrido, y la comida no vale nada, y que pasan los días con repetida monotonía, pero no deseamos otra cosa. En cualquiera de los grandes hoteles nos encontraríamos con demasiados de sus conocidos. A los dos nos gusta lo sencillo, y si algunas veces nos aburrimos, pensamos que el aburrimiento es un buen antídoto contra el terror. Reglas fijas gobiernan nuestras vidas; resulta que yo, ¡quién lo iba a decir!, leo muy bien en voz alta. La única cosa que le impacienta es que se retrase el cartero, pues eso quiere decir que tendremos que esperar otro día antes de recibir noticias de Inglaterra. Hemos ensayado la radio, pero el ruido nos irrita, y preferimos ir acumulando nuestra expectación; el resultado de un partido de *cricket* celebrado hace muchos días conserva todo su gran interés para nosotros.

Hemos luchado contra el tedio, interesándonos por los resultados obtenidos por cualquier equipo extranjero de *cricket*, en las veladas de boxeo y hasta en los campeonatos de billar. Las finales entre los equipos de varios colegios, las carreras de galgos, las curiosas y modestas competencias de dos condados remotos..., todo es comida sabrosa para nuestro excelente apetito. Algunas veces caen en mis manos unos números atrasados de *Field* y me encuentro transportada repentinamente desde esta isla insulsa a las realidades de la primavera en Inglaterra. Veo sus arroyuelos, los brillantes insectos de mayo, los verdes valles donde crecen las acederas, las cornejas que vuelan por encima de mi cabeza, en círculos, como lo hacían en Manderley. Aquellas páginas manoseadas y rotas me traen el perfume de la tierra mojada, el acre gustillo de la turba de los marjales, la sensación del musgo jugoso, manchado de blanco por las garzas.

Una vez me encontré con un artículo sobre palomas torcaces, y conforme lo leía en voz alta, me pareció estar otra vez en el oscuro parque de Manderley, mientras las palomas revoloteaban por encima de mí. Escuché de nuevo su arrullo, suave y complacido tan agradable y fresco en las tardes calurosas del verano; nada alteraría la paz hasta que *Jasper* llegase brincando por entre las matas, buscándome, con su húmedo hocico pegado al suelo. Las palomas, como corro de viejas sorprendidas durante sus abluciones, alzaban el vuelo desde sus escondrijos, con ridículos aspavientos, y se alejaban batiendo ruidosamente el aire con las alas, hasta desaparecer entre los copudos árboles. Volvía entonces a reinar el silencio en aquella soledad, y yo, inquieta sin motivo, me daba cuenta de que el sol había cesado de trazar sus arabescos sobre las hojas rumorosas, que las ramas se habían vuelto oscuras y las sombras más largas. En la casa encontraríamos frambuesas frescas para el té. Me levantaba de mi tálamo de helechos, sacudiéndome la falda del polvillo de las hojas del año anterior, y silbando a *Jasper*, emprendía el camino de la casa, avergonzándome, según andaba, de mis rápidos pasos, de aquella mirada que echaba a hurtadillas hacia atrás.

¡Qué raro que un artículo sobre las palomas torcaces pudiera recordarme tan vivamente el pasado, hasta el punto de hacerme temblar la voz al leerlo en voz alta! Callé de pronto al ver la palidez de su rostro, y comencé a pasar las hojas rápidamente hasta dar con una crónica corriente y aburrida acerca de un partido de *cricket*: la descripción de cómo el equipo de Middlesex había ido acumulando tantos en el campo del Oval un día en que el terreno estaba seco y duro¹. Bendije a aquellos jugadores calmosos, con sus pantalones de franela, pues al cabo de unos minutos vi que él volvía a tener una expresión tranquila, le había vuelto el color a la cara y había comenzado a criticar con simpática irritación la técnica de ataque del equipo de Surrey.

Nos habíamos librado de caer en el pasado, y yo me aprendí la lección: leer noticias de Inglaterra, eso sí, de deportes, de política, de sociedad; pero callar todo lo que pudiera ser causa de sufrimiento. Los colores, los perfumes, los ruidos, la lluvia y el beso de las aguas, hasta las neblinas otoñales y el aroma de la pleamar, son recuerdos de Manderley que no podremos olvidar. Hay quien tiene el vicio de leer las guías de ferrocarriles. Proyectan viajes interminables a través del país, sólo por el gusto de calcular transbordos inverosímiles. Mi manía es mienos tediosa, aunque puede que igual de rara. Soy una fuente inagotable de datos acerca de la vida de campo inglesa. Sé de memoria quién es el dueño de cada coto, y hasta quiénes son los arrendatarios. Sé cuántos faisanes, cuántas perdices, cuántos venados se cobran. Sé dónde abunda la trucha y dónde salta el salmón. Voy a todas las cacerías de zorros, y no hay batida a la que no asista. Me son conocidos hasta los nombres de los entrenadores de sabuesos jóvenes. El estado de las cosechas, el precio del ganado cebado, las misteriosas enfermedades de los cerdos, todo me

¹ El campo de Oval de *cricket* es probablemente el más famoso de Inglaterra

divierte. Tal vez sea ésta una manera tonta de pasar el tiempo, y no muy intelectual, pero me trae un poco del aire de Inglaterra, y luego puedo mirar con más ecuanimidad este cielo cegador.

Estos viñedos achaparrados, estas pedrizas tremendas, ¿qué importan? Si quiero, puedo dar rienda suelta a la imaginación e irme a coger las dedaleras y las collejas descoloridas que crecen junto a los setos húmedos. ¡Pobres caprichos de la imaginación, tiernos y delicados! Son los enemigos de la amargura y del pesar, y endulzan la soledad que nos hemos impuesto.

Gracias a ella puedo gozar de las tardes y volver sonriendo y descansada para asistir al pequeño ritual del té. El orden no varía nunca. Dos rebanadas de pan con mantequilla cada uno, y té de la China. ¡Qué tozudos deben creernos los demás, al vernos aferrados a las costumbres que tuvimos en Inglaterra! Aquí, en esta limpia terraza, blanca e impersonal, con sus siglos de sol, recuerdo las tardes de Manderley, a las cuatro y media, con la mesa arrimada al fuego de la biblioteca. Se abría la puerta puntualmente, al minuto, y comenzaba la ceremonia, siempre igual, de poner la mesa para el té; la bandeja de plata, el agua caliente, el mantel como la nieve. Y *Jasper*, con las orejas caídas, intentando mirar con indiferencia la llegada de los pasteles. Todos los días, sin falta, se nos ofrecía aquel festín y, sin embargo, ¡qué poco comíamos!

Me parece que estoy viendo aquellos bollos calientes, hechos a la plancha, chorreando mantequilla. Y las diminutas tostadas, y los bizcochos de cebada, calentitos, harinosos. Emparedados de no sé qué cosas, de sabor misterioso y riquísimo; y no hay que olvidar el delicioso pan de especias ni el bizcocho llamado «de ángel», que se deshacía en la boca, o aquel otro más sólido, más serio, cuajado de pasitas y limón. Lo bastante para dar de comer a una familia hambrienta durante una semana. Nunca llegué a saber qué hacían luego con todo aquello, y el derroche llegó a preocuparme algunas veces.

Pero jamás me atreví a preguntar a la señora Danvers lo que hacía con aquellas cosas. Me hubiera mirado desdeñosamente, con su sonrisa helada, de superioridad, y me imagino oírlo diciéndome:

–Mientras vivió «la señora», nunca hubo motivo de queja.

¿Qué será de la señora Danvers? ¿Y de Favell? Creo que fue la expresión de su cara la que me hizo experimentar mi primera sensación de intranquilidad. Me hizo pensar ínstintivamente: «Me está comparando con Rebeca», y se interpuso entre nosotras una sombra fría como una espada de agudo filo.

Ya acabó aquello, ya ha pasado. Cesó mi tormento y los dos somos libres. Hasta mi fiel *Jasper* se ha ido al paraíso de los perros, y ya no existe Manderley. Allí está, como un cascarón vacío, entre la maleza y los bosques, tal como vi en mi sueño. Una masa de hierbajos, un refugio para pájaros. Puede que algunas veces llegue hasta él un vagabundo buscando cobijo durante un aguacero, y, si es hombre decidido, podrá pasear por el parque sin que nadie se lo impida. Pero el tímido y el nervioso cazador furtivo harán bien en evitar los bosques de Manderley. Podrían llegar sin darse cuenta a la casita de la playa, sobre cuyo tejado repiquetearía la lluvia, y poco descanso encontrarían en aquel lugar. Puede que allí el ambiente aún sea intranquilizador... Y aquel recodo del camino, donde los árboles casi cierran el paso.... ¡no, no!, tampoco es buen sitio aquel para detenerse cuando ya se haya puesto el sol. El susurro de las hojas parece el de las faldas de seda de una mujer que se moviera furtivamente, bien pudiera creerse que es el eco de precipitados pasos femeninos. Y aquellas marcas del camino parecen hechas por el tacón de un escaquin de raso.

Cuando me vienen a la memoria estas cosas, busco consuelo en la vista desde nuestro balcón. En esta luz dura no puede haber sombras; los viñedos pedregosos

brillan al sol y las buganvillas están polvorientas. Puede que algún día llegue a cobrarle cariño a este sitio. Por ahora, si no me inspira afecto, por lo menos me da confianza. Y la confianza es algo que aprecio mucho, aunque me haya llegado algo tarde. Supongo que lo que, por fin, me ha hecho atrevida, es ver hasta qué punto él depende de mí. Por lo menos, ya me he librado de aquel apocamiento, de la timidez y cortedad ante un extraño. Hoy soy muy distinta a aquella persona que llegó por primera vez a Manderley en automóvil, llena de esperanzas y de interés, con la desventaja de una torpeza irremediable y llena de deseos de agradar. Claro, no era sino mi falta de aplomo lo que solía causar tan mala impresión a gente como la señora Danvers. ¿Cómo le parecería yo, después de haber conocido a Rebeca? Me veo tal y como yo era entonces, salvando con la memoria, como por un puente, el abismo de los años, con el pelo lacio, corto, una chiquilla de cara sin afeites, vestida con un traje sastre, que me sentaba muy mal, y un jersey que yo misma me había hecho, y siguiendo a la señora Van Hopper como un potro asustadizo y desgachado. Entraba ella siempre a comer antes que yo, balanceando con apuros sobre los tacones su cuerpo regordete, con una blusa complicada y llena de encajes, justo homenaje a sus senos abultados, y moviendo las caderas; su sombrero nuevo, atravesado por una pluma enorme, lo llevaba inclinado hacia un lado, dejando ver la ancha frente, tan desnuda como las rodilla de un colegial. En una mano llevaba un bolso gigantesco, en el que se mezclaban pasaportes, libros de notas y tacos de contabilidad de *bridge*, y con la otra jugaba con los inevitables impertinentes, implacables enemigos de la intimidad ajena.

Se dirigía a su acostumbrada mesa, en un rincón del comedor, cerca de la ventana, y colocándose los impertinentes ante los ojillos porcinos, miraba a derecha e izquierda, dejándolos caer luego, pendientes de su cinta negra, mientras lanzaba una exclamación de contrariedad:

– ¡Ni una *persona* conocida! ¡Voy a tener que pedir que me rebajen la pensión. ¿A qué se creerán que vengo yo aquí? ¿A mirar a los botones?

Y llamaba al camarero, con su voz aguda y muy marcada, que cortaba el silencio como una sierra.

¡Qué distinto el comedorcito en que hemos estado hoy de aquel otro, ornamentado y ostentoso, del Hotel Côte d'Azur, de Montecarlo! Y qué diferente mí compañero de ahora, cuando sus manos firmes y bien formadas pelan una mandarina tranquilamente, metódicamente, alzando de vez en cuando la vista para sonreírme, de aquella señora Van Hopper, con sus dedos gordezuelos y llenos de sortijas, revolviendo en el plato colmado de *ravioli*, lanzando una rápida mirada de su plato al mío para ver si yo había elegido mejor que ella. No valía la pena de que se hubiera molestado, pues el camarero, con esa milagrosa rapidez de los de su oficio, hacía tiempo que se había dado cuenta de mi categoría inferior, subordinada, y había colocado ante mí un plato de lengua y jamón que alguien había rechazado hacía una hora por mal trinchado. ¡Es curioso ese resentimiento, ese evidente antagonismo de los criados! Me acuerdo de una vez que estuve con la señora Van Hopper convidada en una casa en el campo, y la criada jamás acudía a mis tímidas llamadas ni me traía los zapatos, y cuando me servía el té por la mañana, lo soltaba a la puerta de mi cuarto, helado. Lo mismo ocurría en el Hotel Côte d'Azur, aunque más disimuladamente; algunas veces, la estudiada indiferencia llegaba a convertirse en una familiaridad sonriente y ofensiva, que me hacía rehuir como prueba penosa hasta el comprar unos sellos al empleado del mostrador de recepción. Qué joven, qué inexperta debía parecerles! ¡Y lo peor es que hasta yo misma me sentía así! Era demasiado quisquillosa, demasiado suspicaz, y muchas palabras dichas sin intención se me antojaban hirientes y punzantes.

¡Qué bien me acuerdo de aquel plato de lengua y jamón! Estaba reseco,

repelente, cortado de la parte de fuera, pero no me atreví a rechazarlo. Comíamos calladas, pues a la señora Van Hopper le gustaba concentrarse en la comida, y pude observar, por la salsa que le chorreaba por la barbilla, que los *ravioli* le parecían excelentes.

No era aquél espectáculo para hacerme más apetecibles los fiambres que había yo elegido, y aparté la mirada, descubriendo entonces que la mesa junto a la nuestra, vacía durante los últimos tres días, estaba preparada para alguien. En aquel momento el *maître d'hôtel* luego de inclinarse con una reverencia reservada para los clientes más distinguidos, conducía al recién llegado hacia su mesa.

Soltó la señora Van Hopper el tenedor y se hizo con los impertinentes. Enrojecí, y no por mí, mientras ella miraba sin disimulo, y el recién llegado, sin darse cuenta de que estaba siendo examinado, echó una mirada a la minuta. Cerró la señora Van Hopper los impertinentes con brusquedad ruidosa, e inclinándose hacia mí, a través de la mesa, con los ojillos brillantes de animación, dijo en voz lo bastante baja:

–Es Max de Winter, el propietario de Manderley. Habrás oído hablar de él, ¿no? Parece como si estuviera enfermo, ¿verdad? Dicen, que no puede sobreponerse a la muerte de su esposa.

Capítulo III

A veces me pregunto qué habría sido de mi vida si la señora Van Hopper no hubiese sido tan *snob*. Es curioso pensar que el curso de mi vida estuvo pendiente, como de un hilo, de aquel defecto suyo. Su curiosidad era una enfermedad, casi una manía. Al principio me quedaba pasmada, azorada a más no poder. Cuando veía a la gente reírse de ella a espaldas suyas o marcharse disimuladamente si la veían llegar, o hasta esconderse en la escalera de servicio para no encontrarse con ella, me sentía como pobre y azotado compañero que había de aguantar los castigos merecidos por su amo². Ya hacía varios años que acudía al Hotel Côte d'Azur, y si se descuenta su afición al *bridge*, era bien sabido en Montecarlo que su única distracción era jactarse de la amistad que la unía con los visitantes de relieve, aunque ésta se limitase a haber coincidido en la casa de Correos. Siempre se las arreglaba para presentarse a ellos, y antes de que la víctima atisbase el peligro, ya habían recibido una invitación para visitarla en su saloncito particular del hotel. Sus métodos de ataque eran directos y tan rápidos, que pocas veces quedaba una probabilidad de escapar. Se había apoderado de cierto sofá en el hall del Côte d'Azur, situado a medio camino entre la oficina de recepción de viajeros y el comedor, y allí tomaba el café después de la comida y de la cena, de manera que cuantos iban o venían no tenían más remedio que pasar junto a ella. En algunas ocasiones me utilizaba de reclamo o cebo para atraer a su presa, y me mandaba, con gran disgusto mío, que atravesara el hall para dar un recado, para pedir prestado un libro o una revista, o la dirección de cualquier tienda, o para comunicar a alguien el súbito descubrimiento de un amigo común. Parecía como si tuviera que alimentarse de gente conocida, como algunos enfermos de caldos. Aunque prefería los títulos, cualquiera que hubiera aparecido retratado en los periódicos le bastaba. Nombres citados en una columna de ecos de sociedad, de escritores, pintores, actores y gente parecida, aunque fuera mediocre, la atraían con tal de haberlos visto impresos.

Me parece estarla viendo, como si fuese ayer, en aquella tarde inolvidable –ni importa cuántos años hace ya– en que, sentada en su sofá favorito, en el hall,

² Alude a la antigua costumbre de dar a los príncipes un compañero de estudios pobre, que había de aguantar los castigos y azotes de que se hiciera merecedor el gran señor, que no podía, por su sangre, someterse a la indignidad de sufrirlos en su persona (N. del T.)

maduraba su plan de ataque. Por la manera de golpearse los dientes con los impertinentes y lo brusco de sus movimientos, me fue fácil comprender que estaba examinando las diversas posibilidades, Y también supuse, cuando la vi levantarse de la mesa sin tomar el postre, que quería terminar de comer antes que el recién llegado, para instalarse en el lugar por el que tendría que pasar su víctima. Se volvió de repente hacia mí, con los ojillos relucientes.

–¡Sube corriendo al cuarto y búscame aquella carta de mí sobrino! Ya sabes cuál: la que me escribió en su viaje de novios mandándome unas fotos. Anda, ¡corre, tráemela en seguida!

Comprendí que ya había madurado un plan y que su sobrino iba a servir de pretexto para la presentación, Una vez más sentí vergüenza, por la parte que me tocaba representar en sus maquinaciones. En ellas yo hacía el papel del ayudante de prestidigitador que va entregando en silencio los aparatos para luego tomar parte en la trampa, a una señal convenida. Estaba yo segura de que molestaría al recién llegado cualquier intromisión. Por lo poco que acerca de él me había dicho durante la comida, un amasijo de chismes reunidos por ella hacía diez meses, entresacándolos de los periódicos y guardándolos luego amorosamente, listos para ser utilizados cuando llegase la hora, pude darme cuenta, a pesar de mis pocos años y de mi falta de mundo, de que le molestaría aquella repentina invasión de su soledad. Por qué había elegido el Hotel Côte d'Azur no era cosa nuestra; sus problemas eran de su incumbencia, y cualquiera que no hubiese sido la señora Van Hopper lo habría comprendido así. Pero tanto el tacto como la discreción le eran absolutamente desconocidos, y por la sencilla razón de que ella no podía vivir sin chismorreos, tendría aquel desconocido que prestarse a ser puesto en la mesa de disección. Encontré la carta en un cajoncito del escritorio, pero dudé unos segundos antes de bajar de nuevo al hall. Quizá fuera una niñería, pero me parecía que al retrasarme le concedía a él unos momentos más de soledad.

Me hubiera gustado tener valor para bajar por la escalera de servicio, llegar al comedor dando un rodeo y avisarle de la emboscada. Pero los convencionalismos no me lo permitieron, y, además, no hubiera sabido cómo decírselo. No tenía más remedio que bajar y sentarme, como de costumbre, al lado de la señora Van Hopper, mientras ella, como una araña gorda y astuta, tejía alrededor del desconocido su amplia red de tedio.

Tardé más de lo que supuse, pues cuando volví al hotel vi que ya él había salido del comedor, y que ella, por miedo de perder la ocasión, no había esperado a la carta, sino que se había arriesgado a presentarse a cara descubierta. Estaba él sentado a su lado, en el sofá. Fui hacia ellos y le entregué la carta sin decir nada. Se levantó él inmediatamente mientras la señora Van Hopper, roja de gozo por el éxito alcanzado, extendía la mano en mi dirección y farfullaba mi nombre.

–El señor De Winter va a tomar café con nosotras. ¿Quieres decir al camarero que traiga otra taza? –dijo en tono lo bastante displicente para prevenirle acerca de mi identidad.

Quería dar a entender que yo era joven, muy poquita cosa, y que no era necesario meterme en la conversación. Siempre que quería dar a alguien la impresión de superioridad sobre mí, empleaba el mismo tono, y aquel modo displicente de presentarme lo usaba en defensa propia, pues una vez me tomaron por hija suya, lo que nos causó a las dos gran embarazo. Indicaba con su brusquedad que no era preciso que nadie me hiciese caso, y el aviso servía para que las mujeres me saludaran con una ligera inclinación de cabeza que bastaba, además, para despedirme, y que los hombres se repantigaran cómodamente en sus sillones, encantados de poder hacerlo sin pecar de groseros.

Por eso me sorprendió ver que el desconocido permanecía en pie y que fue él

quien llamó al camarero.

–Siento tener que contradecirla –dijo–; pero son ustedes las que van a tomar café conmigo.

Y antes de que pudiese darme cuenta de lo que ocurría, se sentó en la incómoda silla que yo solía ocupar, y yo me encontré en el sofá, junto a la señora Van Hopper.

Cruzó por la cara de la señora Van Hopper un mohín de disgusto, pues aquello no encajaba en sus planes, pero pronto se serenó, y adelantando su voluminoso cuerpo, se interpuso entre la mesa y yo, al inclinarse hacia la silla en que estaba él sentado, y comenzó a hablar alto, y con gran delicia, mientras agitaba la carta en una mano:

–Le conocí en cuanto entró usted en el comedor –dijo–; y pensé: «¡Anda!, pero si es el señor De Winter, el amigo de Billy. Pues tengo que enseñarle las fotos de Billy y de su mujer, tomadas durante su viaje de novios.» Y aquí las tiene usted. Esa es Dora. ¿Verdad que es preciosa? Mire qué cintura y qué ojazos. Aquí, en ésta, están tomando baños de sol, en Palm Beach. Billy está loquito por ella, como ya se puede usted suponer. Claro, cuando dio aquella cena en el Hotel Claridge, todavía no la conocía. Por cierto que fue allí donde le vi a usted por primera vez. Pero... usted no se acordará de una anciana como yo.

Y con una mirada provocativa mostró los dientes en una sonrisa.

–Al contrario, me acuerdo perfectamente –dijo él y antes de que ella pudiera atraparle obligándole a recordar su primer encuentro, le ofreció su pitillera, lo que la obligó a callar mientras encendía el cigarrillo–. Creo que no me gustaría Palm Beach –dijo él, apagando la cerilla, y cuando le miré se me ocurrió que no encajaba en el ambiente de Florida. Donde estaría bien sería en una ciudad amurallada del siglo XV, una ciudad de callejas estrechas, mal empedradas, de afilados campanarios, cuyos habitantes vistieran medias de estambre y zapatos puntiagudos. Tenía la cara atractiva, sensitiva, extrañamente medieval, y me recordaba un retrato que había visto en un museo, no sabía en cuál, de un Caballero Desconocido. De haberle podido quitar su traje de gruesa tela inglesa y vestirle de negro, con gola y puños de encaje, nos hubiera contemplado a nosotros, los de este mundo moderno, desde uno muy remoto, un mundo pasado donde los hombres paseaban embozados en la oscuridad y se escondían en la sombra de las puertas, un pasado de angostas escaleras y calabozos sombríos, un pasado de cuchicheos en la noche, de hojas de espada relucientes y de cortesía callada y exquisita.

Quise recordar el nombre del pintor antiguo autor de aquel retrato. Lo veía en la esquina de la sala, y me seguía con los ojos desde su marco oscuro.

Pero estaban hablando y yo había perdido el hilo de la conversación.

–No, ni siquiera hace veinte años –dijo él– Esas cosas no me han entretenido nunca.

Escuché la risa gruesa, complacida, de la señora Van Hopper.

–Si Billy tuviese una casa como Manderley, tampoco andaría por Palm Beach –dijo– Según me han dicho, es un palacio de hadas y no se le puede describir de otra manera.

Calló, esperando que sonriera, pero él continuó fumando su cigarrillo, y noté que en la frente le aparecían unas líneas, tenues como hilos de gasa.

–Claro, he visto fotografías –insistió– y es encantador. Me acuerdo de que Billy me dijo que era mucho más bonito que esos palacios grandones. No comprendo cómo puede usted abandonar aquello.

El silencio de él se hizo más violento, y cualquiera lo hubiera notado, pero ella continuó con la gracia de una apisonadora que aplastase un jardín particular. Enrojecí, humillada por su indiscreción,

–Ustedes, los ingleses, son todos iguales cuando hablan de sus casas –dijo, y su voz retumbaba, cada vez más subida de tono– Les quitan mérito para que no los crean orgullosos. ¿Es verdad que Manderley tiene una galería de Trovadores y muchos cuadros buenos? –Se volvió hacia mí, como para explicarme algo, y añadió–: El señor De Winter es tan modesto que no lo quiere decir, pero he oído que esa casa tan preciosa pertenece a su familia desde la Conquista. Dicen que la galería de los Trovadores es una joya. Supongo, señor De Winter, que sus antepasados hospedaron con frecuencia en Manderley a la familia real.

Aquello era más de lo que yo había temido incluso de ella, pero el rápido latigazo de la contestación fue aún mucho más inesperado:

–No, desde Etelredo, no. Del Etelredo llamado «el Desprevenido»³. Da la casualidad que la primera vez que se le aplicó ese sobrenombre fue en mi casa. Siempre llegaba tarde a cenar.

Claro que se lo había merecido, y la miré esperando ver el cambio de expresión; pero aunque parezca increíble, no se inmutó, y fui yo la que sufrí por ella, como un niño que ha recibido un cachete.

–¿De veras? –exclamó torpemente– No lo sabía. No estoy muy fuerte en Historia y siempre me he hecho un lío con los reyes de Inglaterra. Pero es muy interesante. Se lo tengo que escribir a mi hija, que sabe mucho de esas cosas.

Hubo una pausa y sentí que toda la sangre se me agolpaba en la cara. Lo que pasaba era que yo tenía demasiado pocos años. Si hubiese sido más vieja, hubiéramos él y yo cambiado una mirada y una sonrisa, y la increíble conducta de la buena señora hubiera creado un vínculo entre los dos. Pero lo que ocurrió fue que me sentí avergonzada, y sufrí con esa angustia peculiar de quien es aún muy joven.

Debió él de notar mi apuro, pues se inclinó hacia mí y me habló, con voz suave, para preguntarme si quería más café, y cuando dije que no con la cabeza, noté que continuaba mirándome como entre perplejo y reflexivo. Estaba tratando de averiguar exactamente qué me unía a la señora Van Hopper y si yo era tan necia como ella.

–¿Qué piensa usted de Montecarlo? ¿o no piensa en él? –dijo.

El hecho de que me incluyera en la conversación me turbó aún más. ¡Pobre de mí, recién salida del colegio, con los codos rojos, los pelos lacios!. Dije algo obvio y estúpido acerca de lo artificioso del lugar, pero antes de que pudiera acabar mi frase a tropezones, intervino la señora Van Hopper.

–Está demasiado mimada, señor De Winter; eso es lo que pasa, y nada más que eso. Cualquier muchacha daría los ojos por ver «Monte».

–No sería ése el mejor método de conseguirlo –dijo él sonriendo.

Se encogió ella de hombros y lanzó al aire una gran bocanada de humo. Creo que no entendió la broma.

–Yo soy una ferviente entusiasta de Montecarlo. El invierno inglés me mata. Mi salud no lo puede aguantar. Y usted, ¿qué ha venido a hacer? Usted no es de los que vienen todos los años. ¿Va a jugar al *baccará* o ha traído sus palos de golf?

–No he decidido nada aún. He venido sin tiempo para hacer planes.

Debieron de ser sus propias palabras las que removieron su memoria, pues palideció y volvió a aparecer, ligerísimo, el ceño. La señora Van Hopper continuó impertérrita:

–Claro, aquí echará de menos las nieblas de Manderley. Aquello es muy distinto. Esas comarcas del Oeste deben de ser deliciosas en primavera.

³ Etelredo II, rey de Inglaterra (978–1016), llamado «*the Unready*», es decir, el no preparado, el que no estaba listo. El juego de palabras que sigue está basado en este último significado de la palabra inglesa. (N. del T.)

Noté un cambio casi imperceptible en sus ojos, algo indefinido, y me pareció como si yo mirara indiscretamente algo íntimo. Apagó su cigarrillo en el cenicero, y dijo lacónicamente:

–Sí. Manderley está ahora en todo su esplendor.

Sobrevino un silencio, un silencio incómodo por algún motivo, y mirándole con disimulo, noté que ahora me recordaba más que nunca a mi Caballero Desconocido que, embozado y misterioso recorría una galería en la noche. La voz de la señora Van Hopper perforó mi ensueño como un timbre eléctrico.

–Usted debe de conocer a mucha gente aquí, aunque he de confesar que lo que es este invierno está esto muy seco. Apenas se ve una cara conocida. El duque de Middlesex está aquí con su yate, pero todavía no he ido a bordo. –Nunca había ido que yo sepa. Luego continuó:– Claro que usted conoce a Nell Middlesex. ¡Es encantadora! La gente dice que el segundo niño no es de él, pero yo no lo creo. La gente es capaz de decir cualquier cosa de una mujer bonita y Nell es preciosa. Oiga una cosa: ¿es verdad que los Caxton-Hyslop se llevan muy mal?

Así continuó, ensartando chismes, sin notar que todos aquellos nombres le tenían sin cuidado, y que, según hablaba ella se sumía él más hondamente en el silencio y en la reserva. Pero ni una vez interrumpió ni miró el reloj, como si se hubiera propuesto mostrarse lo más atento posible desde el momento en que la puso en ridículo ante mis ojos, y a no apartarse de su propósito pasase lo que pasase. Le libertó un botones mandado para decirnos que una modista esperaba a la señora Van Hopper en sus habitaciones.

Él se levantó inmediatamente, apartó la silla, y dijo:

–No la quiero detener. Las modas cambian tan de prisa, que si tarda en subir ya no serán las mismas.

No comprendió ella el sentido zumbón de su comentario y lo tomó como una broma.

–He tenido mucho gusto en encontrarme con usted tan inesperadamente –dijo, conforme nos acercábamos al ascensor–, y ahora que me he atrevido a romper el hielo, espero verle con frecuencia. Tiene usted que venir a mis habitaciones a tomar algo. Mañana, por la tarde, vienen unos amigos. ¿Puedo contar con usted?

Volví la cara para no ver sus esfuerzos buscando una excusa.

–Lo siento mucho –respondió–; pero probablemente mañana iré en coche a Sospel y no sé a qué hora estaré de vuelta.

Aceptó ella la excusa de mala gana, pero al llegar al ascensor aún nos detuvimos otra vez.

–¿Le han dado una habitación buena? El hotel está medio vacío, de manera que si no está a gusto no deje de protestar. ¿Le ha deshecho ya el equipaje su criado?

La familiaridad ya pasaba de castaño oscuro, incluso viniendo de ella, y vi el gesto que puso él.

–No tengo criado –dijo tranquilamente–. Acaso usted quisiera ayudarme.

Esta flecha dio en el blanco, pues la vi ponerse colorada y dejó escapar una risita.

–No creo que... –comenzó, y de repente, de la manera más inesperada, se volvió hacia mí–. Puede que tú pudieras ayudar al señor De Winter si necesita algo. Para algunas cosas te das bastante buena maña.

Callamos todos un momento; quedé humillada, esperando lo que él contestaría. Nos miró, burlón, casi sarcástico, mientras sus labios esbozaban una ligera sonrisa.

–Me parece una idea encantadora, pero no puedo desechar el lema de mí familia: «Camina solo e irás más lejos.» Tal vez no lo conociera usted.

–¡Qué raro! –dijo la señora Van Hopper cuando subíamos en el ascensor–. ¿Crees que habrá sido una broma esa manera de marcharse? Los hombres hacen cosas así algunas veces. Me acuerdo de un escritor muy conocido que solía bajar corriendo por la escalera de servicio cuando me veía venir. Supongo que le gustaba yo y no se sentía seguro de sí mismo. Pero en aquellos tiempos yo era más joven.

Se paró bruscamente el ascensor. Llegamos a nuestro piso. El botones abrió las puertas.

–Por cierto, oye –dijo, según íbamos andando por el pasillo– No lo tomes a mal si te lo digo, pero esta tarde has estado un poquito inconveniente. Esa manera que has tenido de querer monopolizar la conversación me ha hecho pasarlo mal, y estoy segura de que igual le ha ocurrido a él. A los hombres les molesta eso horrores.

No respondí. No había contestación posible.

–¡Vamos! No te pongas así, mujer –dijo riendo y encogiéndose de hombros– Al fin y al cabo, yo soy la responsable de lo que tú hagas aquí, y bien puedes aceptar un consejo de una mujer que podría ser tu madre. *Et bien, Blaize, je viens...* –y se metió en su cuarto, tarareando, adelantándose sonriente hacia la modista, que aguardaba.

Me arrodillé en el asiento que había bajo la ventana y me puse a contemplar la tarde. Aún lucía brillante el sol; soplaban el viento alegre, con fuerza. Dentro de media hora estaríamos jugando al *bridge*, todas las ventanas herméticamente cerradas, con la calefacción central a toda presión. Pensé en los ceníceros que tendría que limpiar, y en las colillas manchadas de carmín de labios, mezcladas con bombones de fondant mordidos. No es fácil el *bridge* para quien ha sido educado en la ciencia de los naipes con juegos como el *snap* y *happy families*⁴; además, a los amigos de la señora Van Hopper les aburría jugar conmigo.

Mi aspecto aniñado los cohibía y les hacía poner cuidado en lo que decían. Igual que ocurre durante una comida hasta que llegan los postres y la criada desaparece. No podían dar rienda suelta a sus aficiones al escándalo y a la murmuración. Los hombres asumían una especie de cordialidad forzada y me hacían en broma preguntas acerca de Historia y de Arte, adivinando que hacía poco que yo había salido del colegio, y suponiendo que éstos eran los únicos temas posibles de conversación.

Me separé de la ventana con un suspiro. El sol estaba lleno de promesas; el mar, batido por el viento juguetón, blanco de espuma. Pensé en el rincón de Mónaco, que había visto hacía dos días, con aquella casa torcida que se asomaba a la plaza empedrada. En lo alto del tejado había una ventana estrecha, casi una tronera. Hubiera podido albergar a un caballero medieval; y cogiendo del escritorio lápiz y papel dibujé de memoria, medio distraída, un perfil pálido y aquilino. Ojos sombríos, nariz aguilena, y el labio superior, así, un poco desdeñoso. Le añadí luego una barba puntiaguda y una gola de encaje alrededor del cuello, como hiciera el pintor... hace mucho tiempo, en épocas muy distintas.

Llamaron a la puerta, y el chico del ascensor entró con una carta.

–La señora está en su cuarto –le dije, pero él movió la cabeza y dijo que era para mí.

La abrí y encontré una sola hoja de papel dentro, con unas cuantas palabras escritas con una letra que no conocía:

«Perdóneme la grosería de esta tarde».

Nada más. Sin firma, sin encabezamiento. Pero vi mi nombre escrito en el sobre. Y bien escrito, lo que no era corriente.

⁴ Juegos de cartas infantiles parecidos al «Burro de todas» y al ya olvidado «¡Viva mi amor, que ya floreció!» (N. del T.)

–¿Tiene contestación? –preguntó el botones.

Alcé la mirada de aquellas palabras escritas de prisa.

–No; no tiene contestación.

Cuando se marchó me metí la nota en el bolsillo y volví a mi dibujo; pero ya no me gustaba; encontré la cara dura e inanimada; y la gola y la barba se me antojaron de guardarropía.

Capítulo IV

A la mañana siguiente a la pattida de *bridge*, la señora Van Hopper se despertó con dolor de garganta y una temperatura de treinta y nueve grados. Llamé por teléfono al médico, que acudió en seguida, y diagnosticó que se trataba de un ataque de gripe corriente.

–Quédese en la cama hasta que yo le dé permiso para levantarse –le dijo–. Tiene usted el corazón flojillo, y no mejorará si no se queda usted completamente tranquila y sin hacer nada. Preferiría –añadió, volviéndose hacia mí– que buscasen ustedes una enfermera profesional. Usted no puede, de ninguna manera, levantarla en vilo. Por lo demás, sólo será cosa de unos quince días.

Me pareció absurdo y protesté; pero vi con sorpresa que la enferma estaba de acuerdo. Creo que le gustaba la idea de dar quehacer, y los recados que recibiría preguntando cómo seguía, las visitas de los amigos, las flores que enviarían. Montecarlo empezaba a aburrirla y aquello iba a servirle de distracción.

La enfermera le pondría inyecciones y le daría algo de masaje y comidas especiales. Cuando llegó la enfermera dejé a la paciente tan contenta, sostenida por varias almohadas, ya con menos fiebre, abrigada con su mejor chaquetilla de cama y su encintada cofia. Algo avergonzada de mi gozo, llamé por teléfono a sus amigos, suspendiendo la pequeña reunión organizada para aquella noche y bajé al comedor una media hora antes de lo acostumbrado. Creí encontrarlo sin nadie, pues eran pocos los que comían antes de la una. Y vacío estaba, a no ser por la mesa contigua a la nuestra. Esta contingencia no se me había ocurrido, pues creí que se había marchado a Sospel. No cabía duda de que estaba comiendo temprano para no encontrarse con nosotras a la una. Ya me hallaba en medio del comedor y no podía volverme atrás. No le había visto desde que nos metimos en el ascensor la víspera, pues la noche anterior no había él bajado al comedor ‘probablemente por lo mismo que entonces estaba comiendo temprano.

No estaba prevenida para esta situación. Hubiera querido tener más años, más mundo. Fui hasta nuestra mesa, sin mirar a ningún lado, e inmediatamente puse en evidencia mi azoramiento tirando el florero de tiernas anémonas al desdoblar la servilleta. Empapó el agua el mantel, y parte de ella me cayó sobre la falda. El camarero estaba al otro extremo del comedor y, además, no se había dado cuenta del estropicio, pero mi vecino de mesa acudió al instante con una servilleta en la mano.

–No puede usted quedarse aquí con el mantel chorreando –dijo bruscamente–. Le quitaría las ganas. Permítame un poco.

Comenzó a enjugar el agua, y el camarero, al ver que algo ocurría, acudió en nuestra ayuda.

–No me importa –dije–; es lo mismo. Estoy sola.

No respondió. Llegó el camarero y recogió el florero caído y las flores desparramadas.

–Deje usted eso –dijo él de pronto– y prepare otro cubierto en mi mesa.

Mademoiselle comerá conmigo.

Le miré llena de confusión.

–No, no –dije–, de ningún modo.

–¿Por qué?

Traté de encontrar una excusa. Estaba claro que él no tenía ningún interés en comer conmigo. Era sencillamente una amabilidad. Le estropearía la comida. Me decidí a decir la verdad, pura y simple.

–De ninguna manera. Es usted muy amable, pero aquí estaré perfectamente en cuanto el camarero recoja un poco el agua.

–No es amabilidad –insistió–; me gustaría comer con usted. Aunque no hubiera usted tirado el florero tan tontamente pensaba haberla invitado.

Debió de ver mi expresión de duda, pues añadió, sonriente:

–¡Ah! ¿No me cree? Bueno, pues venga, a pesar de todo, y siéntese. Si no tenemos ganas de hablar no necesitamos hacerlo.

Nos sentamos, me dio la minuta para que eligiera y continuó con sus entremeses, como si no hubiera ocurrido nada.

Tenía una facilidad especial para aislarse de todo y de todos. Me di cuenta de que podríamos continuar así, callados, durante toda la comida, y que no importaría. No nos sentiríamos violentos. Ni me haría él preguntas de Historia.

–¿Qué le ocurre a su amiga? –preguntó.

Le conté lo de la gripe.

–Lo siento –dijo, y tras una breve pausa añadió–: Supongo que le entregarían mi nota. Tenía unos remordimientos terribles. Mi grosería no tiene perdón. Lo único que puedo decir para excusarla es que a fuerza de vivir solo estoy hecho un salvaje. Por eso le agradezco que haya consentido en comer conmigo.

–No estuvo usted grosero –le dije–; por lo menos, a ella no se lo pareció. ¡Esa curiosidad que tiene! Le advierto que no quiere molestar; pero se las arregla siempre para hacerlo, por lo menos cuando habla con alguien que merece la pena.

–Entonces.... ¡he de sentirme halagado! Pero ¿por qué ha de creer que valgo la pena?

Dudé un momento antes de contestar.

–Supongo que por Manderley.

No respondió. Volví a notar aquella vaga sensación de tirantez, como si hubiera dicho yo algo impertinente. ¿Por qué aquella casa, conocida de oídas por tanta gente, hasta por mí, le hacía siempre sumirse en el silencio, levantando una barrera entre él y los demás?

Continuamos callados un rato, y me puse a pensar en aquella postal que había comprado en la tienda de un pueblecito cuando fui a pasar unas vacaciones al oeste de Inglaterra. Era una vista toscamente reproducida, de colores chillones, pero ni siquiera los defectos habían destruido la simetría de la casa, los anchos peldaños de la escalinata de entrada, los verdes prados que llegaban hasta el mar.

Pagué por ella dos peniques –la mitad del dinero que me daban semanalmente para mis gastos– y pregunté a la arrugada anciana de la tienda qué representaba la postal. Me miró asombrada de mi ignorancia.

–Es Manderley –me dijo, y me acuerdo de cómo salí de la tiendecita algo abochornada, pero sin haber averiguado gran cosa acerca del asunto de la tarjeta.

Tal vez fue el recordar aquella postal, perdida hacía mucho tiempo entre las páginas de cualquier libro, lo que me hizo comprender su actitud defensiva. Le molestaban las preguntas impertinentes de la señora Van Hopper y de la gente por

el estilo. Tal vez tuviera Manderley algo sagrado que hacía de la casa algo aparte, indiscutible. Me imaginaba a la señora Van Hopper dando sonoros taconazos al recorrer aquellas habitaciones, luego de haber pagado tal vez seis peniques por el billete de entrada, rasgando el silencio con su risa aguda, desgarrada. Debíamos de haber estado pensando en cosas parecidas los dos, pues comenzó a hablar de ella.

–Su amiga –comenzó– es mucho mayor que usted. ¿Son ustedes de la familia? ¿Hace mucho que la conoce? –Vi que continuaba perplejo por nuestras relaciones.

–No somos amigas en realidad –respondí– Me paga. Me está enseñando las obligaciones de eso que llaman señora de compañía. Me da, además, noventa libras al año.

–No sabía que pudiera comprarse la compañía –dijo–, y me parece una idea primitiva. Me recuerda un mercado de esclavos.

–Una vez busqué en el diccionario la palabra «compañero»⁵ y decía: «un compañero es un amigo íntimo».

–Pero usted tiene pocas cosas en común con ella –dijo.

Rió y cambió su expresión por completo. Parecía más joven, más natural.

–¿Por qué la acompaña usted? –preguntó.

–Noventa libras es mucho dinero para mí.

–¿No tiene usted familia?

–No... todos han muerto.

–Su apellido es muy poco corriente y encantador.

–Mi padre era muy corriente, y encantador...

–Hábleme de él –dijo.

Le miré por encima de mi vaso de limonada. No era fácil describir a mi padre y, en general, nunca hablaba de él. Era algo mío, muy mío, algo para mí sola en absoluto, y lo guardaba para mí como mi compañero de mesa cuidaba de Manderley para él. No entraba en mis planes sacarlo a relucir por casualidad en la mesa de un hotel de Montecarlo.

Aquella comida tuvo algo irreal, y si pienso en ella la veo rodeada de un nimbo extraño. Yo, apenas una colegiala, que el día antes había estado sentada, modosa, recatada, muda, con la señora Van Hopper, a las veinticuatro horas publicaba la historia íntima de mi familia, compartiéndola con un desconocido. Por razones ignoradas, me sentía impelida a hablar, acaso porque sus ojos, los ojos del Caballero Desconocido, me miraban comprensivos.

Me desprendí de mi cortedad, y al mismo tiempo se me soltó la lengua. Y fueron surgiendo todos los pueriles secretos de mi infancia, sus penas y alegrías. Me escuchaba como si lo comprendiese todo, a pesar de describirlo yo tan mal; la vibrante personalidad de mi padre, el amor que mi madre había sentido por él, un amor que llegó a ser algo vivo, una fuerza vital, con una chispa divina en su naturaleza, tanto que, cuando durante aquel crudo invierno murió él de una pulmonía, mi madre luchó durante cinco semanas y luego fue a reunirse con él. Callé un poco, sin aliento, asombrada de mí misma. Se había llenado el comedor de gente que reía y alborotaba sobre el fondo de una orquesta y acompañada del ruido de los platos. Cuando miré el reloj, vi que eran las dos. Habíamos estado allí sentados una hora y media, y yo sola había mantenido la conversación.

Volví de golpe a la realidad, avergonzada, con las manos ardorosas, la cara encendida, y comencé a balbucir excusas. Pero no quiso escucharme.

–Cuando empezamos a comer le dije que tenía un nombre poco corriente y encantador. Ahora, si me lo permite, añadiré que le sienta a usted tan bien como

⁵ En inglés no se dice «señora de compañía», sino «señora compañera». (N. del T.)

debió de sentarle a su padre. Hace mucho tiempo que no había gozado de una hora tan deliciosa como la que acabo de pasar con usted. Me ha hecho olvidarme de mí mismo, de mi decaimiento, de mis introspecciones, demonios que me acompañan desde hace un año.

Le miré y me pareció que decía la verdad; estaba menos abstraído, más normal, más humano, menos sombrío.

–¿Sabe una cosa? –continuó–. Tenemos los dos algo en común, algo que nos une. Los dos estamos solos en el mundo. Bueno..., yo tengo una hermana, pero nos vemos poco, y también una abuela, a quien voy a ver tres veces al año, por obligación; pero no puede decirse que ninguna de las dos me haga gran compañía. Voy a tener que felicitar a la señora Van Hopper. ¡Tenerla a usted por noventa libras al año es baratísimo!

–Pero usted tiene una casa, un hogar; yo no.

En cuanto dije esto me arrepentí, pues la expresión misteriosa, inescrutable, se reflejó en sus ojos de nuevo, y volví a sentir esa angustia intolerable que se apodera de uno cuando ha cometido una falta de tacto. Dobló la cabeza para encender un cigarrillo, y no contestó en seguida.

–Una casa vacía puede resultar tan solitaria como un hotel lleno. Y lo malo es que resulta menos impersonal.

Dudó un instante y creí por un momento que, al fin, me iba a hablar de Manderley; pero algo le contuvo, una fuerza que se apoderaba de él y le vencía. Apagó la cerilla, y al mismo tiempo su arranque de confianza.

–De manera que va usted a descansar unos días de sus deberes de «amiga íntima», ¿no? –Hablaban con llaneza, estableciendo como una camaradería entre los dos–. ¿Y cómo va usted a pasar estas vacaciones?

Pensé en la plazuela de Mónaco, empedrada con guijarros. y en la casa de la ventana estrecha. Podría llegar allí a eso de las tres, con mi libro de apuntes y mi lápiz, y así se lo dije, un poco avergonzada, como todos los que se apasionan por algo en lo que no descuellan.

–La llevaré en el coche –dijo, y fue inútil protestar. Me vino a la memoria el consejo que me dio la noche antes la señora Van Hopper acerca de la inconveniencia de mostrarme demasiado franca, y me molestó que pudiera él pensar que cuando hablé de Mónaco lo hice para provocar su ofrecimiento de llevarme en automóvil. Era exactamente lo que se le hubiera ocurrido hacer a mi consejera de la víspera, yo no quería de ningún modo que él nos considerara iguales. Por sólo haber comido con él ya había yo ascendido de categoría, pues en cuanto nos levantamos de la mesa, el diminuto *maître d'hôtel* se apresuró a retirarme la silla. Se inclinó sonriente –lo que ya se apartaba por completo de su corriente actitud de indiferencia glacial–, recogió el pañuelo, que se me había caído, y expresó la esperanza de que a Mademoiselle le hubiera agradado la comida. Hasta el botones de la puerta giratoria me miró respetuosamente. Mi acompañante, claro está, aceptó aquellas deferencias como cosas naturales; pero es que él no sabía lo de los fiambres del día anterior. El camino me resultó deprimente, y sentí lástima de mí misma. Me acordaba de mi padre, de su desprecio por todo lo que fuera superficial y advenedizo.

–¿En qué piensa?

Íbamos andando por el pasillo hacia el hall, y cuando alcé la cabeza vi que me estaba mirando con curiosidad.

–¿Le ha molestado? –preguntó.

Las inusitadas atenciones del *maître d'hôtel* habían suscitado en mí toda una cadena de pensamientos, y mientras tomábamos café le conté lo que me había

pasado con Blaíze, la costurera.

La señora Van Hopper le había encargado tres vestidos, lo que le causó evidente alegría. Más tarde, cuando la acompañé hasta el ascensor, me la imaginé trabajando en la trasera de la mal ventilada tienda, junto a un hijo tísico que se consumía echado en un sofá. La veía rodeada de recortes de tela, enhebrando las agujas con ojos cansados.

–Y qué –dijo él sonriendo–, ¿se ajustaba ese cuadro a la realidad?

–No lo sé –respondí– No he tenido ocasión de saberlo.

Y le conté cómo, cuando empujé el botón de llamada del ascensor, ella buscó un momento en el bolso y me alargó un billete de cien francos.

–Tome –dijo cuchicheando, con desagradable tono de complicidad–; tome este pequeño regalo por haberme traído la señora a la tienda.

Cuando, roja de vergüenza, me negué a aceptarlo, se encogió de hombros y añadió:

–Como quiera, pero le aseguro que es lo corriente. ¿Es que prefiere un vestido? Venga un día a la tienda, sin madame, y ya buscaremos algo para usted, sin que le cueste un *sou*.

No sé por qué, pero había experimentado la misma sensación que cuando de niña hojeaba un libro prohibido. Se desvaneció la visión del hijo enfermo y en su lugar se me apareció la imagen de lo que yo hubiera podido hacer, de ser de otra manera: guardarme el grasiento billete con una sonrisa complacida, y tal vez haber ido un día a la chita callando a la tienda de Blaíze para salir de allí con un traje gratis.

Supuse que se reiría de aquella historia inane que le había contado no sé por qué, pero se quedó mirándome, pensativo, mientras movía el café.

–Me parece que ha cometido usted un error –dijo al cabo de un momento.

–¿Por no haber aceptado los cien francos? –le pregunté asqueada.

–No, no, ¡qué disparate! ¿Qué opinión tiene de mí? Creo que ha cometido un error al venir aquí, al unirse a la señora Van Hopper. Usted no sirve para esas cosas. Ante todo, usted es demasiado joven y demasiado impresionable. Blaize y su propina..., eso no tiene importancia. Únicamente por ser el primero, al que seguirían muchos incidentes parecidos con otras Blaize. Y, o da su brazo a torcer y se convierte en una especie de Blaize usted misma, o sigue siendo como es, y entonces morirá en el empeño. ¿Quién le aconsejó que aceptara el puesto que tiene?

No sé, pero parecía lo más natural del mundo que me preguntase esas cosas, y no me importó nada. Era como si ya hiciera mucho tiempo que nos conociéramos y nos hubiésemos encontrado después de una separación de varios años.

–¿Se le ha ocurrido pensar en lo futuro? –preguntó– ¿En lo que la espera si continúa así? ¿Qué ocurrirá si a la señora Van Hopper se le antoja de repente cansarse de su «amiga del corazón»?

Sonreí y le dije que no me preocupaba gran cosa. Encontraría otras señoras Van Hopper. Era joven, llena de salud y de ánimos. Pero aun antes de acabar de hablar pensé en esos anuncios frecuentes en las revistas elegantes, en las que una sociedad filantrópica pide auxilio en nombre de muchachas jóvenes que se encuentran en circunstancias apuradas. Pensé en la clase de pensiones que contestan a esos anuncios y ofrecen asilo provisional, y me vi, libro de apuntes en mano, sin preparación técnica alguna, balbuciendo respuestas a las secas preguntas de los adustos agentes de colocaciones. ¡Tal vez hubiera debido aceptar el diez por ciento que Blaize me había ofrecido!

–¿Cuántos años tiene usted? –me preguntó, y cuando se lo dije, se levantó riendo de la silla–. Aún recuerdo lo que es tener esa edad. Se es cabezón, muy cabezón, y una legión de demonios no la harían asustarse del porvenir. ¡Ande, ande! Suba por el sombrero, mientras digo que me traigan el coche a la puerta.

Me acompañó hasta el ascensor, y me vino a la memoria el día anterior, la incansable lengua de la señora Van Hopper, la fría contestación de nuestro acompañante. Le había juzgado mal. No era ni tieso ni burlón. En un día se había convertido en un buen amigo, en el hermano que nunca tuve. Me encontraba de muy buen humor aquella tarde, de la que también me acuerdo. Me parece estar viendo el cielo adornado con los rizosos vapores de las nubecillas, y el alegre mar de blanca espuma. Aún siento en la cara el viento, y oigo mi risa y el eco de la suya. No era aquél el Montecarlo que conocía, o puede que lo cierto sea que le encontraba un encanto nuevo. Brillaba con una luz nueva, o hasta entonces lo miré con ojos empañados. El puerto se movía jugueteón, lleno de inquietos barquichuelos de papel; los marineros del muelle estaban joviales, sonrientes, alegres como la brisa. Pasamos el yate, tan grato a la señora Van Hopper debido a su ducal propietario, con un gesto de indiferencia dedicado a sus metales refulgentes; nos miramos y reímos. Me acuerdo del traje que llevaba yo como si lo tuviera puesto ahora mismo: cómodo, mal sentado, de franela, con la falda más clara que la chaqueta, por haber sido usada con mayor frecuencia; un sombrero algo raído, demasiado ancho de alas, y unos zapatos sin tacón, atados con una correa. En la mano, descuidada, llevaba un par de guantes de manopla. Nunca había representado menos años y nunca me había sentido tan madura. Ni me acordaba de la señora Van Hopper y su gripe. Había olvidado las partidas de *bridge* y sus *cocktails*, y al mismo tiempo mi humilde condición.

Yo era, ya, alguien; una persona mayor, al fin. Aquella chiquilla que, torturada por su timidez, solía permanecer de pie ante la puerta de un salón, retorciendo un pañuelo entre las manos, escuchando ese rumor de las conversaciones tan amedrentador para quien ha de entrar en una habitación llena de gente, se la había llevado la brisa aquella tarde. Era una infeliz, y si pensaba en ella, lo hacía con lástima condescendiente.

Soplaba demasiado recio el viento para poder dibujar; sus alegres ráfagas jugaban en las esquinas de mi empedrada plazuela, y volvimos al coche y fuimos no sé adónde. Subía la carretera por los montes, incansable; y nosotros, en el coche, con ellas, dando vueltas y más vueltas en las alturas, como un pájaro en el aire. Muy distinto era aquel coche del que había alquilado la señora Van Hopper para la temporada; un Daimler cuadrado, antiguo, en el que íbamos hasta Menton las tardes buenas, yo sentada en la bigotera, de espaldas al mecánico, teniendo que estirar el cuello si quería ver el paisaje. El que nos llevaba entonces tenía para mí las alas de Mercurio. Subíamos sin cesar, más y más, a una velocidad peligrosa; pero el peligro me gustaba, por ser nuevo para mí, por ser yo joven.

Me acuerdo de que una vez solté una carcajada, y el viento se llevó la risa. Le miré, y me di cuenta de que él ya no reía; estaba otra vez callado, absorto en sus pensamientos, el mismo de ayer, envuelto en su secreto.

También vi que ya el coche no podía seguir ascendiendo, pues habíamos llegado a la cima, y ante nosotros se extendía la misma carretera que antes habíamos pasado, entre precipicios y quebradas. Paró el coche y observé que una de las orillas del camino estaba formada por un precipicio cortado a pico que se arrojaba a un vacío de acaso setecientos metros. Bajamos del coche y miramos el panorama que se extendía bajo nuestros pies. Esto, por fin, me serenó. El coche había parado a menos de la mitad del largo precipicio. El mar, como un mapa arrugado, se extendía hasta el horizonte y lamía la línea, muy marcada, de la costa; las casas

parecían conchas blancas pegadas a las paredes de una gruta redonda, perforada en algunos puntos por un gran sol anaranjado. Aquel sol era distinto, era otro, y nuestro silencio le hacía todavía más adusto, más severo. Nuestra tarde había cambiado; ya no tenía aquella vaporosa ligereza de antes. Cesó el viento y refrescó inesperadamente.

Cuando, al fin, hablé, mi voz sonó demasiado natural: era la voz nerviosa de quien se encuentra intranquilo, preocupado.

–¿Conocía usted esto? ¿Ha estado usted antes aquí? –pregunté.

Me miró como si no me conociera, y comprendí con una punzada de alarma que me había olvidado por completo, quizá ya hacía mucho rato, y que él se encontraba tan perplejo y perdido en el laberinto de sus pensamientos alborotados, que yo no existía. Tenía la expresión de un sonámbulo, y pensé durante unos segundos que tal vez no fuera un ser normal, que estaba perturbado. Hay gente que padece unos ataques extraños –yo había oído hablar de ellos– y entonces obedecen a raros impulsos de los que nada es posible adivinar, moviéndose empujados por las confusas órdenes de su subconsciente. Acaso él fuera uno de ellos..., y allí estábamos los dos, a dos metros de la muerte.

–Se está haciendo tarde... ¿Quiere que volvamos? –le dije, pero la fingida naturalidad de mí voz, la sonrisa forzada, no hubieran engañado ni a un niño.

Pero le había juzgado mal, claro está; no le pasaba nada, al fin y al cabo, pues en cuanto hablé por segunda vez, despertó de su sueño y comenzó a disculparse. Supongo que yo me había puesto pálida y él lo notó.

–No tengo perdón... –dijo, cogiéndome del brazo, y apartándome del precipicio me llevó hacia el coche. Subimos a él y cerró de golpe la portezuela–. No tenga miedo –continuó–, no es tan difícil como parece dar la vuelta.

Y mientras yo, enferma de vértigo, me agarraba al asiento con las dos manos, comenzó a maniobrar con cuidado, con mucho cuidado, para no asustarme, hasta que quedó mirando el coche hacia la bajada de la carretera.

–Entonces... sí que ha estado usted aquí antes –le dije, ya algo más tranquila, según el coche echaba a andar ciñéndose a las revueltas de la estrecha carretera.

–Sí –contestó, y luego de una pausa añadió–: Pero hace muchos años. Quería ver si había cambiado.

–¿Y ha cambiado?

–No –respondió–; no ha cambiado nada.

Pensé, curiosa, en los motivos que podían haberle inducido a revivir el pasado, haciéndome testigo inconsciente de su estado de ánimo. ¿Qué abismo de años bostezaba entre él y aquel pasado? ¿Qué hechos, qué pensamientos, qué cambios? No lo quería saber; hubiera preferido no haber ido.

Bajábamos por la tortuosa carretera, sin contratiempos, callados. Una enorme sierra de nubes se alzaba por encima del sol poniente; el aire era frío, limpio. De repente, comenzó a hablarme de Manderley. No me dijo nada de su vida, ni una palabra acerca de sí mismo, pero me habló de cómo el sol se ponía allí, en las tardes de primavera, dejando prendido en el promontorio un nimbo de luz. Parecía el mar de pizarra, aún frío tras el largo invierno, y desde la terraza se escuchaba el rumor de la marea que subía, lavando la caleta. Los narcisos en flor se mecían en la brisa de la noche, con sus cabezas de oro sobre el pie esbelto de los tallos, y por muchos que se cortaran, no se notaría en sus filas, apretadas como las de un ejército que marchase hombro contra hombro. Más abajo de las praderas de césped había macizos de azafranes, amarillos, rosados y morados; pero para entonces ya habría pasado su época, y estarían marchitos, descoloridos, como las campanillas blancas. Las velloritas eran menos aristócratas, más campechanas, y crecían en

cualquier grieta, como las hierbas silvestres. Era aún demasiado pronto para los farolillos azulados, cuyos capullos estarían todavía escondidos bajo las hojas muertas del año anterior, pero cuando florecieran, humillando a las modestas violetas, ahogarían en su profusión hasta a los helechos del bosque y retarían con sus colores al mismo cielo.

No permitía que adornasen con ellas la casa, pues, colocadas en los floreros, pronto languidecían y se marchitaban. Para gozar por completo de sus encantos había que ir al bosque por la mañana, a eso de las doce, cuando el sol está en el cenit. Tenía un perfume como de humo, algo acre, como si fluyese por sus tallos una savia salvaje, penetrante, zumosa. El coger farolillos azules en el bosque era un acto de vandalismo, y por eso lo había prohibido en Manderley. Algunas veces, cuando iba en coche por el campo, había visto ciclistas con ramos de estas flores amarrados a la guía, marchitándose ya, con las cabezas pendiendo lánguidas de los tallos retorcidos, desnudos, repelentes.

La vellorita era más sufrida, aunque flor silvestre también, se acomodaba más fácilmente a la civilización, y era capaz de vivir sonriente y atildada en un tarro de dulce, colocado en el alféizar de la ventana de una humilde casita, algunas veces hasta una semana, si se le cambiaba el agua. Las flores silvestres no entraban jamás en Manderley. En el jardín cerrado se cultivaba toda clase de flores para el adorno de la casa. La rosa, me dijo, es una de las flores que lucen más galanamente cortadas que en la planta. Las rosas, arregladas en un florero plano, adquirirían en su aposento una profundidad de color y exhalaban un perfume aún más exquisito que al aire libre. Una rosa plenamente abierta tenía algo que recordaba a una mujer con una blusa demasiado holgada, algo superficial, de desaliño, como una mujer despeinada. Colocadas en la casa adquirirían un aire sutil y misterioso. En Manderley había rosas en la casa durante ocho meses del año. Me preguntó si me gustaban las lilas blancas. A la orilla del macizo de césped crecía una lila que enviaba su perfume hasta la ventana de su cuarto. Su hermana, mujer práctica, endurecida, solía quejarse del exceso de aromas que se respiraba en Manderley, que llegaban a emborracharla. No le importaba que lo dijera. Puede que tuviera razón su hermana, pero era aquélla la única clase de embriaguez que le agradaba. Sus primeros recuerdos de niño eran de unos enormes ramilletes de lilas, colocados en jarrones blancos, que llenaban la casa con su fragancia penetrante e imposible de olvidar.

A la izquierda del sendero que atraviesa el valle y muere en la caleta, crecían bosquecillos de azaleas y rododendros, y al discurrir por él en las noches de mayo, después de cenar, parecía como si los arbustos hubieran vertido su perfume líquido en el aire. Podía uno inclinarse, coger un pétalo caído, estrujarlo entre los dedos y recoger en el hueco de la mano la esencia de mil perfumes, irresistibles y subyugadores. ¡Todo con un pétalo arrugado y ajado! Y se salía del valle embriagado, aturdido, para ir a parar a la playa, cubierta de guijo blanco y duro, y ver el agua tranquila. El contraste era sorprendente, acaso demasiado brusco...

Mientras hablaba, el coche rodaba de nuevo entre otros muchos; había anochecido sin que yo me diera cuenta. Pronto nos encontramos entre las luces y el bullicio de las calles de Montecarlo. El ruido me aturdió, irritándome, y las luces eran demasiado brillantes, demasiado amarillas. Fue un cambio sin graduación, demasiado rápido, impertinente.

No tardaríamos ya en llegar al hotel, y comencé a buscar los guantes en el bolsillo del coche. Los encontré, pero al mismo tiempo se cerraron mis dedos sobre un libro cuyas endebles tapas hablaban de poesía. Miré para leer el título del libro en el momento en que el coche paraba delante del hotel. ,

–Si quiere, lléveselo para leerlo, –Lo dijo con voz natural, apagada, pues, terminado el paseo, habíamos vuelto al hotel, y Manderley había quedado a muchos

centenares de millas.

Me alegré y apreté el libro junto con mis guantes. Yo quería conservar algo suyo, ya que había acabado el día.

–Baje usted –dijo–; yo tengo que encerrar el coche. Esta noche no la veré en el comedor, pues ceno fuera. Pero gracias por el día de hoy.

Subí sola la escalinata, con el desfallecimiento de un niño que vuelve de la fiesta terminada. La tarde que había pasado me hizo pensar con disgusto en las dos horas que aún quedaban, en lo largas que se me harían hasta que llegase el momento de acostarse, en lo triste que resultaría mi cena solitaria. Me sentí incapaz de aguantar las animadas preguntas de la enfermera, y más aún de soportar un posible interrogatorio lleno de brusquedades por parte de la señora Van Hopper; me senté en un rincón del hall, detrás de una columna, y pedí el té.

El camarero parecía estar aburrido, y como me viera sola, pensó que no era necesario darse mucha prisa. De todos modos, era esa hora insulsa, las cinco y media y unos minutos, cuando la hora corriente de tomar el té ya ha pasado y está todavía lejana la del aperitivo.

Me sentía como abandonada y más que descontenta. Me recosté en mi silla y cogí el libro de versos. Estaba muy usado, muy manoseado, y se me abrió en las manos por una página evidentemente muy leída:

*Huí de Él, de noche y de día;
Huí de Él por el puente de los años;
Huí de Él por los tortuosos caminos
De mi pensamiento; me escondí de Él
Sollozando, y también riendo.
Corrí, salvando las pendientes,
Para luego caer, desolada, en un precipicio
De pesares espantosos, de terrores
Infinitos; siempre huyendo
De sus pies ágiles, que me perseguían,
Que me perseguían sin descanso.*

Me pareció como si estuviera mirando por el ojo de la cerradura de una puerta, y un poco furtivamente dejé el libro a un lado. ¿Qué sabuesos celestiales le habían acosado hoy hasta aquellas alturas? Pensé en el coche, en la escasa distancia, apenas unos pasos, a que estaba del profundo abismo, en la expresión misteriosa de su cara. ¿Qué pisadas resonaban en su mente? ¿Y por qué entre tantos versos había elegido éstos para llevarlos en el bolsillo del coche?

Hubiera querido poder acercarme a él; hubiera querido ser distinta de aquella muchacha con su raído traje sastre y aquel sombrero de colegiala demasiado ancho.

Llegó el malhumorado camarero con mi té, y mientras comía unas rebanadas de pan con mantequilla, que por su insipidez bien hubiera podido ser serrín, pensé en el sendero que corría por el valle que me había descrito aquella tarde, en el perfume de las azaleas, en el blanco guijo de la playa. Si amaba tanto todo aquello ¿por qué había venido en busca de la inane espuma de Montecarlo? Le había dicho a la señora Van Hopper que no tenía plan alguno, que se trataba de un viaje muy precipitado. Y me lo imaginaba corriendo por el sendero del valle, acosado por sus propios pensamientos.

Cogí de nuevo el libro, y esta vez se abrió por la portada; en ella pude leer la dedicatoria: «A Max, de Rebeca, 17 de mayo», escrita con una letra extraña muy

sesgada. Un pequeño borrón manchaba la blancura de la página opuesta, como si quien aquello había escrito hubiera sacudido impacientemente la pluma para hacer correr la tinta. Y con la plumilla llena de tinta, que hubiera brotado demasiado espesa, había escrito, y por ello el nombre de Rebeca aparecía allí negro, destacado, con aquella R mayúscula muy sesgada, alta, eclipsando las demás letras.

Cerré el libro de golpe y lo puse debajo de los guantes. Alargué la mano, cogí de un sillón vecino un número atrasado de *L'illustration* y comencé a pasar páginas. Encontré un artículo sobre los castillos del Loira, ilustrado con fotografías magníficas. Lo leí concienzudamente, consultando las ilustraciones; pero cuando lo hube terminado me di cuenta de que no había comprendido ni una palabra. No era el castillo de Blois, con sus esbeltas torres y sus espiras, el que miraba desde la página impresa, era la cara de la señora Van Hopper, en el comedor, el día antes, con sus ojillos de cochino dirigidos hacía la mesa vecina, suspenso en el aire el tenedor cargado de *ravioli*.

–Una tragedia espantosa –me estaba diciendo– Los periódicos, naturalmente, hablaron mucho del caso. Dicen que él nunca habla de ello ni menciona jamás su nombre. Su mujer, como sabrás seguramente, se ahogó en una bahía, cerca de Manderley...

Capítulo v

Menos mal que la fiebre del primer amor sólo, se pasa una vez. Porque, digan los poetas lo que digan, es una fiebre, una carga. Los veintiún años no son valientes. Están llenos de pequeñas cobardías, de miedos pueriles, infundados, pero ise hiere uno entonces tan fácilmente! ¡Se nos lastíma con tan poca cosa! La más leve palabra espinosa se nos clava con crueldad. Hoy, arropada en la benévola armadura de una madurez que se aproxima, las diminutas punzadas cotidianas no nos arañan más que levemente y pronto se olvidan; pero ien aquella edad! ¡Cómo perdura el efecto de una palabra poco amable, dicha sin intención, hasta convertirse en estigma ígneo! ¡Y cómo una mirada altanera se nos cincela en el alma con fuerza de eternidad! Una simple negativa sin importancia se nos antoja inevitable preludio de los tres cantos del gallo, y una falta de sinceridad, tan vitanda como el beso de judas. El adulto maduro sabe mentir sin remordimiento de conciencia y con alegre compostura; pero a aquella edad, la más inocente decepción nos abrasaba la lengua y nos ataba ella misma al palo del suplicio.

–¿Qué has estado haciendo esta mañana?

Me parece estarla oyendo sentada en la cama, reclinada sobre las almohadas, con la mezquina irritabilidad del paciente que no está verdaderamente enfermo, que lleva en cama demasiado tiempo, y yo, sacando la baraja del cajón de la mesilla de noche, sentía cómo un rubor culpable me subía a las mejillas.

–He estado jugando al tenis con el profesor –respondí, y las palabras mendaces me hicieron sentir inmediatamente un terror pánico.

¿Y si irrumpiera el profesor de tenis en la habitación aquella misma tarde, para quejarse a la señora Van Hopper de que hacía ya muchos días que yo tenía abandonadas mis lecciones?

–Lo que te ocurre es que, conmigo en cama, no tienes bastante quehacer –dijo, y aplastó una colilla en un tarro de crema para la cara.

Cogió las cartas y comenzó a barajarlas con esa irritante habilidad y ligereza del jugador inveterado, repartiéndolas luego en montoncitos de tres cartas.

–No sé en qué pasas el día –continuó– Hace ya mucho tiempo que no me enseñas

ningún dibujo, y cuando te pido que salgas a hacerme unas compras, te olvidas de traerme el «Taxol». Espero que, por lo menos, estés progresando en el tenis. Más tarde te será muy útil. Un mal jugador es una lata. ¿Sigues sacando por debajo?⁶ – Echó en la baceta la dama de piques, y aquella cara morena me recordó en la mirada a Jezabel.

–Sí –respondí, y su pregunta me sorprendió al darme cuenta de lo justo y adecuado de la expresión. Me describía bien. ¡Bajo cuerda! No había estado jugando con el profesor, y no lo había hecho ni una sola vez desde que ella cayó en cama, hacia poco más de dos semanas. Ni yo misma sabía por qué me aferraba a aquella reserva y por qué no le había dicho que todas las mañanas salía en coche con De Winter, para luego comer con él en el comedor del hotel.

–Tienes que acostumbrarte a jugar más cerca de la red, y hasta que no lo hagas, no jugarás bien –continuó. Y yo asentí, vacilando ante mi propia hipocresía, mientras colocaba sobre su dama un *valet* de corazones de afeminada barbilla.

He olvidado a Montecarlo casi por completo, nuestras excursiones por la mañana, los lugares a que fuimos, hasta nuestras conversaciones; pero me acuerdo de cómo me temblaban los dedos cuando estaba poniéndome el sombrero para correr luego por el pasillo y bajar precipitadamente la escalera, sin permítirme mi impaciencia esperar el ascensor, chirriante y lento; al llegar abajo, salía empujando la puerta giratoria, antes que el portero lo hiciera.

Allí estaría él, detrás del volante, leyendo un periódico, aguardándome. Al verme, lo tiraba al asiento de atrás, sonreía, y al abrir la portezuela decía:

–Bueno, y ¿qué tal está hoy «la amiga del corazón» y adónde quiere que vayamos?

Para mí hubiera sido lo mismo si se hubiese limitado a dar vueltas y más vueltas en un mismo sitio, pues me encontraba en aquel primer período, cuando apenas podía soportar la felicidad de sentarme en el coche junto a él, inclinada hacia el parabrisas, abrazándome las rodillas. Me sentía como un niño de colegio a quien un «mayor» de sexto año llena de apasionada admiración, y él era más bondadoso y mucho más inaccesible.

–Esta mañana corre un viento muy fresco; más vale que se ponga mí abrigo.

Me acuerdo de este detalle, pues aún era yo lo bastante niña para sentirme feliz con sólo ponerme su ropa, otra vez como el colegial que guarda el jersey de su ídolo y se lo ata por las mangas al cuello, estallando de orgullo⁷. Que me prestase su abrigo, ponérmelo durante unos minutos sobre los hombros, era ya un triunfo en sí, suficiente para nimbar de gloria y felicidad toda una hermosa mañana.

No estaban hechas para mí la languidez y la astucia que describían las novelas que había leído; el reto, la persecución, las fintas, la mirada incitante y rápida, la sonrisa estimulante. No. El arte de la provocación me era desconocido, y me sentaba con su mapa de carreteras sobre las rodillas, y mi pelo suelto y lacio acariciado por el viento, feliz con su silencio, y, sin embargo, hambrienta de sus palabras. Que hablase o callase, era lo mismo para mi estado de ánimo. Mi único enemigo era el reloj del tablero del coche, cuyas manecillas avanzaban sin piedad hacia la una. Unas veces íbamos hacia el Este, otras hacia el Oeste, por entre los mil pueblecillos que se agarran como lapas a la costa del Mediterráneo, y de ninguno de los cuales me acuerdo hoy.

⁶ «Under hand», sin alzar la raqueta por encima de la cabeza, como hacen los buenos jugadores. Pero «under hand», no hablando de tenis, quiere decir «bajo cuerda», «clandestinamente», lo que explica el juego de palabras que sigue a continuación. (N. del T.)

⁷ Los chicos de los colegios ingleses consideran un gran honor guardar durante la celebración de un partido el jersey de un jugador relevante del equipo del colegio, atándose al cuello por las mangas y dejándolo colgar por las espaldas. Recuérdese la costumbre española de exhibir durante una corrida de toros el capote de un totero amigo. (N. del T.)

Unicamente me acuerdo de la sensación de los asientos tapizados en cuero, del mapa que llevaba sobre las rodillas, de sus bordes deshilachados, de sus dobleces raídos, y de cómo un día, a las once y veinte miré el reloj y me dije: «Este momento, las once y veinte, nunca lo olvidaré», y cerré los ojos para prolongar su duración. Cuando los volví a abrir estábamos en una curva de la carretera, y vi que una muchacha aldeana, envuelta en un mantón negro, nos decía adiós. Todavía la estoy viendo con su falda polvorienta, su sonrisa amable, resplandeciente.. . Pasó un segundo, doblamos la curva y desapareció de mi vista. Ya pertenecía al pasado, ya era sólo un recuerdo.

Quise volver atrás para resucitar aquel momento muerto, pero comprendí que, aunque volviéramos, ya no sería el mismo; hasta el sol habría cambiado en el cielo, sus sombras serían distintas, y la aldeana pasaría andando de otra manera, no nos saludaría y, acaso, ni siquiera se fijaría en nosotros. Cuando pensé esto, sentí un frío melancólico, y al mirar de nuevo el reloj vi que habían pasado cinco minutos. Pronto llegaría la hora de volver al hotel y sólo quedaría el recuerdo.

–Si pudiera inventarse algo –dije impulsivamente– para embotellar los recuerdos, como los perfumes... Para que no se disipasen, para que nunca pudieran ponerse rancios... Cuando quisiéramos, podríamos destapar el frasco y sería como vivir de nuevo el momento guardado. –Le miré para ver lo que contestaba. No volvió la cabeza, continuó con la vista fija sobre la carretera.

–¿Qué momento, en particular, de su corta vida quisiera destapar? –preguntó, y no pude saber, por el tono de su voz, si hablaba en broma.

–No sé, no estoy segura –y luego continué torpemente, con la ingenuidad de quien no piensa lo que dice–: Quisiera conservar este momento y no olvidarlo nunca.

–¿Dice eso en honor del día que hace? ¿O se refiere a mí habilidad de conducir? –me dijo, sonriendo como un hermano burlón; y yo callé, abrumada de súbito por el abismo que nos separaba, el cual hasta sus amabilidades conmigo hacían más infranqueable.

Comprendí entonces que jamás le diría a la señora Van Hopper nada acerca de aquellas excursiones mañaneras, pues su sonrisa me hería igual que la risa que él había hecho. No se enfadaría ni le parecería mal; levantaría ligeramente las cejas como si no creyese todo lo que oía, se encogería de hombros compasiva y me diría: «Mira, niña; es muy amable y muy simpático llevándote de paseo; pero ¿no crees que él debe de aburrirse como una tenca?»

Y me mandaría a comprar «Taxol», dándome unas palmaditas en la espalda. ¡Qué humillación la de ser joven!, pensé, mordiéndome las uñas.

–Quisiera –dije violentamente, recordando aún su risa, y arrojando la discreción al viento–, quisiera tener treinta y seis años y estar vestida de seda negra, con un collar de perlas.

–No estaría usted en este coche –dijo–, y no se muerda las uñas, que ya las tiene bastante feas.

–No sé si le parecerá una impertinencia o una grosería –dije yo–, pero quisiera saber por qué me invita un día y otro día a salir en coche. Claro que lo hace porque me tiene lástima, pero ¿por qué me ha escogido a mí para sus buenas obras?

Estaba sentada, erguida, tiesa, con toda la ridícula prosopopeya de la juventud.

–La invito –respondió gravemente– porque no va usted vestida de seda negra, ni tiene un collar de perlas, ni treinta y seis años. –Su cara no expresaba nada y no supe si por dentro estaba riéndose o no.

–Eso está muy bien –dije–; usted sabe todo lo que de mí es posible saber. No es mucho, es verdad, porque casi soy una niña, y no me han ocurrido muchas cosas,

excepto que se me han muerto algunas personas queridas; pero yo de usted... no sé más que el primer día.

–¿Y qué supo usted entonces?

–Que vivía en Manderley y que... que había perdido a su mujer.

¡Ya estaba! ¡Al fin! ¡Había dicho la palabra que durante días y más días tuve en la punta de la lengua: «su mujer»! Me había salido sin dificultad, sin repugnancia, como si fuera la cosa más natural del mundo hablar de ella. «Su mujer.» Quedó la palabra flotando en el aire cuando salió de mi boca, bailando ante mis ojos, y precisamente porque él la escuchó en silencio, sin hacer ningún comentario, la palabra fue aumentando de volumen, hinchándose hasta convertirse en algo atroz y espantoso, en una palabra prohibida, imposible de pronunciar. Ya no la podía retirar, ya jamás podría desdecirla. Vi de nuevo la dedicatoria en la portada de aquel libro de versos, la R extrañamente sesgada. Se me heló el corazón. Nunca me perdonaría, y así acabaría nuestra amistad.

Recuerdo que me quedé inmóvil, mirando a través del parabrisas, sin ver la carretera, que venía rapidísima hacia nosotros, con la palabra aquella aún martirizándome los oídos. El silencio se tornó en minutos y los minutos en kilómetros. Todo ha terminado, pensé; ya nunca volveré a salir en coche con él. Mañana se marchará. Y se levantará la señora Van Hopper. Pasearemos las dos por la terraza, igual que antes. El mozo bajará sus baúles; yo los veré un segundo, en el montacargas, con las etiquetas recién pegadas. El bullicio, lo definitivo de una partida. El ruido del coche al cambiar de marcha, según doblaba la esquina... y luego, hasta el ruido del coche se confundiría con el del tránsito, perdido, reabsorbido para siempre.

Estaba tan absorta en estos pensamientos, que hasta me imaginé ver al mozo de equipajes guardar la propina y volver a entrar en el hotel por la puerta giratoria; diciendo algo, al pasar, al portero. No me di cuenta, sin embargo, de que el coche iba parando, hasta que volví a la realidad, cuando dejó de rodar y quedó aprado junto a la cuneta. Estaba él inmóvil. Sin sombrero y con su bufanda blanca al cuello, parecía más que nunca ser un medieval que me mirase desde un marco.

El amigo había desaparecido, con su cordialidad y su simpática camaradería; y también el hermano que se burlaba de mi por morderme las uñas. Aquel hombre era un extraño, y me pregunté qué hacía yo allí, sentada en el coche a su lado.

Entonces se volvió hacia mí y me habló:

–Hace un rato hablaba usted de un invento, un procedimiento para hacer vivir de nuevo un recuerdo. Me dijo que desearía usted poder vivir lo pasado de nuevo cuando quisiera. No estoy de acuerdo con esos deseos. Todos mis recuerdos son amargos y prefiero prescindir de ellos. Hace un año me ocurrió algo que transformó mi vida por completo, y quiero olvidar en absoluto todo lo que me ha pasado en este mundo hasta aquel momento. Aquellos días acabaron, se han borrado. Yo tengo que comenzar la vida de nuevo. El día que nos conocimos, su dichosa señora Van Hopper me preguntó el motivo de mi venida a Montecarlo. Mi vida aquí es el tapón que quise poner al frasco que guardaba aquellos recuerdos. No siempre es hermético. Algunas veces, el perfume es demasiado penetrante para el frasco, y para mí. Algunas veces el demonio que todos llevamos dentro se asoma, y él mismo quiere sacar el tapón. Eso es lo que hice el día que salimos juntos en Coche por primera vez. Cuando subimos aquellas cuestas hasta llegar al precipicio, y contemplamos el paisaje... estaba destapando el frasco. Hace años estuve allí con mi mujer. Me preguntó usted si había cambiado el sitio, si era el mismo que conocía. Era el mismo, en efecto, pero vi con descanso que se ha vuelto impersonal. Nada me recordó la otra ocasión. Ni yo ni ella hemos dejado allá arriba nuestras huellas. Puede que fuera porque estaba usted conmigo. Usted ha borrado ese pasado más

completamente que todas las cegadoras luces de Montecarlo. Si no la hubiese conocido, hace ya mucho tiempo que me hubiera marchado a Italia, a Grecia, acaso más lejos. Usted me ha evitado esas correrías. Se podía usted haber ahorrado ese discurso puritano, hipócrita, que me ha soltado. Y sus estúpidas suposiciones acerca de mi caridad, de mi amabilidad, y sí no me cree, puede bajar del coche cuando guste y arreglárselas para volver a casa. Venga, abra la portezuela y salga.

Permanecía sentada, las manos sobre el regazo, sin saber si hablaba en serio o no.

–Bueno, ¿qué? –continuó–, ¿qué va usted a hacer?

Si hubiese tenido uno o dos años menos, creo que me hubiera echado a llorar. Las lágrimas de los niños están muy a flor de piel y brotan a la primera ocasión. Así y todo, las sentí punzarme los ojos, como sentí la sangre agolpárseme a la cara. Vi un instante, en el espejo de encima del parabrisas, el triste aspecto que presentaba, los ojos llorosos, las mejillas inflamadas y el pelo lacio colgando bajo mi ancho sombrero de fieltro.

–Quiero volver a casa –dije con voz temblorosa, a punto de hacerme traición.

Puso en marcha el motor sin decir una palabra, embragó y, dando la vuelta al coche, regresamos por el mismo camino.

Avanzábamos rápidamente, me pareció que demasiado rápidamente, con harta facilidad. Los campos nos contemplaban indiferentes. Llegamos al recodo que yo había querido atesorar en mi memoria, pero la aldeana había desaparecido, y el colorido me pareció muerto; no era sino una de tantas curvas de un camino recorrido por centenares de automóviles. Al desaparecer mi alegría, desapareció la luminosidad de aque esto, mi cara, helada de rigidez, tembló de pena, mi orgullo de persona mayor se quebró, y unas lágrimas indignas, con el júbilo de su triunfo, brotaron de mis ojos y se escurrieron por mis mejillas.

No podía contenerlas, pues vinieron sin ser llamadas, y si hubiese buscado el pañuelo en mi bolso, él se hubiera dado cuenta. Tenía que dejarlas correr sin tocarlas y soportar su salobre amargor en mis labios, aumentando la profundidad de mi humillación. No sé si volvió la cabeza para mirarme, pues yo no apartaba la empañada mirada de la carretera; pero cuando no lo esperaba, me cogió una mano y la besó, aún sin decir nada, y luego me arrojó sobre las rodillas un pañuelo que la vergüenza me impidió tocar.

Pensé en esas heroínas de las novelas que saben llorar y conservar su belleza, y las comparé conmigo, la cara abotagada e hinchada y los párpados enrojecidos. Era un final bien triste de mi mañana, y las horas del día que se extendían ante mí se me antojaban interminables. Tenía que comer con la señora Van Hopper en su cuarto, porque la enfermera tenía que salir, y luego me obligaría a jugar al *bezique*, con la incansable energía del convaleciente. Estaba segura de morir asfixiada en aquel cuarto. La sordidez de las sábanas medio caídas, de las mantas arrugadas y las almohadas mal mullidas; la mesita de noche manchada de polvos, de perfume y de carmín de los labios medio derretido. Encima de la cama, las hojas desordenadas de los periódicos, colocados de cualquier manera, unas novelas francesas, dobladas las esquinas, con las cubiertas arrancadas, mezcladas con revistas americanas. Colillas aplastadas por todas partes, en la crema de la cara, en un plato de uvas y en el suelo, bajo la cama.

Las visitas demostraban su generosidad mandando flores, y los floreros se sucedían los unos a los otros, sin orden ni concierto: junto a las exóticas flores de estufa, unas ramas de mimosa, y encima, dominando la situación, un cofrecillo de tres bandejas, repleto de frutas escarchadas. Luego llegarían los amigos a tomar el aperitivo, y yo tendría que prepararlo, odiando mis obligaciones, tímida e incómoda, en un rincón abrumada por su palabrería de cotorras, y una vez más sería yo el

muchacho que recibiera los azotes que otro mereció, cuando, animada por sus amigotes, se incorporase en la cama, y hablase a voces, riese sin parar, alcanzase el fonógrafo de viaje y comenzase a tocar un disco, agitando sus hombros carnosos al compás de la música. La prefería cuando estaba irritada y brusca, sujeto el pelo con horquillas, regañándome porque se me había olvidado el «Taxol». Eso era lo que me esperaba en el hotel, mientras él, una vez que me dejara a la puerta, se alejaría solo, acaso hacia el mar, recibiendo en el rostro la caricia del viento, siguiendo al sol. Y puede que se sumiera en la contemplación de aquellos recuerdos, de los que yo nada sabía, que yo no podía compartir; se alejaría por la senda de los años pasados.

El abismo que nos separaba era más profundo que nunca. Allí, al otro lado, estaba él, lejos de mí, vuelto de espaldas. Me sentí muy niña, muy pequeña y muy sola, y entonces, a pesar de mi orgullo, cogí su pañuelo y me soné, alzando luego la cara al viento. Mi aspecto lamentable ¿qué importaba ya?

–¡Vaya todo al... demonio! –dijo de repente, entre enojado y aburrido, y me atrajo hacia él, echándome un brazo por la espalda, sin dejar de mirar a la carretera, conservando la mano derecha sobre el volante. Me acuerdo que conducía aún más de prisa que antes. Sin mirarme, continuó–: Es usted lo bastante joven para poder ser mí hija, y no sé cómo tratarla.

Formaba la carretera un recodo estrecho y tuvo que hacer un rápido viraje para no pillar a un perro. Creí que iba a soltarme, pero continuó reteniéndome junto a él, y cuando, pasada la curva, volvió la carretera a ser recta, tampoco me soltó.

–Olvida todo lo que te he dicho esta mañana. Todo eso está muerto, y enterrado. No vuelvas a pensar en ello. En casa me llaman siempre Maxim, y quisiera que tú hicieras lo mismo. Bastante etiqueta has gastado ya conmigo.

Cogió el sombrero por el ala, me lo quitó y lo tiró al asiento de atrás, y entonces se inclinó hacia mí y me besó en la cabeza.

–Prométeme que nunca te vestirás de seda negra.

Sonreí entonces, y él me hizo eco con su risa, y volvió a la mañana su alegría, volvió la mañana a brillar, Ya me importaba un bledo la señora Van Hopper, y la larga tarde. Pasaría pronto y llegaría la noche, y luego... mañana. Me sentía segura de mí misma, segura hasta la petulancia, jubilosa. En aquel momento casi me encontraba con valor de reclamar la absoluta igualdad. Me veía a mí misma entrando con naturalidad en el cuarto de la señora Van Hopper, algo retrasada para el *beziq*ue, y cuando me preguntara el motivo, responder, disimulando un bostezo: « Se me pasó la hora. He estado comiendo con Maxím.»

Era aún tan niña que me parecía un triunfo llamar a alguien por el nombre de pila, aunque él me había llamado a mí por el mío desde el primer instante. A pesar de sus momentos de amargura, aquella mañana me había elevado a un plano de intimidad; no estaba tan lejos de él como había pensado. Me había dado un beso, con naturalidad, para tranquilizarme, como en las novelas. Al fin y al cabo, habíamos tendido un puente sobre el abismo que nos separaba. Le iba a llamar Maxim.

Ya no me pareció tan tediosa la partida de *beziq*ue de aquella tarde con la señora Van Hopper, aunque me faltó valor para decirle cómo había pasado la mañana. Cuando, terminada la partida, reunió las cartas y cogió el estuche para guardarlas, me dijo, sin dar importancia a la pregunta:

–Oye, ¿está Max de Winter todavía en el hotel?

Dudé un momento, como el nadador antes de zambullirse, perdí la serenidad y el dominio de mí misma tan penosamente conseguido y dije:

–Sí..., creo que sí... acude al comedor.

¡Alguien se lo ha contado todo!, pensé; alguien que nos ha visto juntos, o el profesor de tenis que ha venido a quejarse, o el director del hotel que le ha mandado una nota... Y esperé su acometida. Pero continuó guardando las cartas en el estuche, bostezando ligeramente, mientras yo arreglaba la cama. Le di la polvera, la pastilla de colorete y la barrita de labios, dejó el estuche de las cartas y cogió de la mesita de noche el espejo de mano.

–Es un hombre interesante –dijo–, pero muy fuguillas, me parece, y debe de ser difícil intimar con él. Yo creí que aquel día que estuvimos hablando en el hall tendría la delicadeza de invitarme a Manderley; pero estuvo muy seco.

No dije nada. La vi coger la barrita de los labios y pintarse la boca, de expresión dura, en forma de arco.

–Yo no la vi nunca –continuó, sosteniendo el espejo a alguna distancia para apreciar el efecto–, pero tengo entendido que era muy guapa. Se vestía exquisitamente y sobresalía en todo. Solían dar unas fiestas tremendas en Manderley. Todo ocurrió de repente, y fue una verdadera tragedia. Parece que él la adoraba. Con este rojo tan brillante necesito unos polvos más oscuros. ¿Me los quieres traer y guardar esta caja en el cajón?

Allí estuvimos ocupadas con polvos, perfumes y coloretes, hasta que sonó el timbre y comenzaron a llegar sus amigos. Les pasé las copas de aperitivo, apagada, hablando poco; cambiaba los discos del fonógrafo y tiraba las colillas.

–Y qué, ¿hemos dibujado mucho en estos días, buena pieza?

Me acuerdo de la forzada, condescendiente amabilidad del banquero, con su monóculo colgado de su cordón y de mi sonrisa de pretendida amabilidad, cuando contesté:

–No; en estos días, no. ¿Quiere usted otro cigarrillo?

Pero verdaderamente no fui yo la que contestó, porque yo no estaba allí. Estaba persiguiendo a un fantasma, cuya confusa forma había ido precisándose al fin. Las facciones aún se presentaban borrosas, el color de manera vaga, la expresión de los ojos y el aspecto de su cabellera eran inciertos aún.

Tenía esa belleza que perdura y una sonrisa inolvidable. Su voz aún resonaba y sus palabras vivían recordadas. Aún quedaban los lugares que había visitado, las cosas que tocó. Tal vez existiera un armario lleno de sus trajes, todavía perfumados. Allá, en mi cuarto, debajo de la almohada, había un libro que ella había tenido en las manos, y yo me la imaginaba abriéndolo por la primera página, sonriendo mientras escribía, sacudiendo la pluma: «A Max, de Rebeca.» Seguramente se lo regaló por su cumpleaños; y ella colocaría el regalo en la mesa, entre los demás, a la hora del desayuno. ¡Cómo reirían juntos mientras él quitaba la cuerda y rompía el papel del paquete! Tal vez ella estuviera detrás de él, mirándole, mientras leía la dedicatoria. Max. Le llamaba Max. Sonaba íntimo, alegre, fácil de decir. La familia podía llamarle Maxim si quería. Las abuelas y las tías, y la gente como yo, callada, tranquila, joven gente sin importancia. Pero había elegido «Max». La palabra era suya; y la había escrito con firmeza en aquella hoja del libro. ¡Aquella letra, sesgada, hiriendo el papel blanco, símbolo de quien la escribió! ¡Tan segura, tan convincente!

¡Cuántas veces le habría escrito, en todos los tonos y ocasiones!

Noticias garrapateadas sobre media cuartilla; y cartas, cuando él estaba ausente carilla tras carilla, íntimas, con las noticias particulares *de ellos*. Su voz, resonando en la casa, en el jardín, confiada y familiar, como aquella dedicatoria del libro.

Y yo tenía que llamarle Maxim.

Capítulo VI

¡A preparar los baúles! Incómodas preocupaciones de la partida. Llaves que se extravían, etiquetas por escribir, pedazos de papel de seda por el suelo. ¡Cómo me molesta! Incluso hoy, luego de haberlo hecho tantas veces; cuando vivo, como quien dice, con las maletas a cuestas. Incluso hoy, cuando cerrar los cajones, o abrir los armarios de los hoteles, o las estanterías impersonales de los chalets amueblados, es sencillamente una cuestión de rutina ordenada, siento cierta tristeza, siento como si perdiera algo. Aunque por poco tiempo, aquello ha sido nuestro. Aunque sólo hayamos pasado dos noches bajo aquel techo, algo nuestro queda allí. Nada material, desde luego, ni una horquilla sobre el tocador, ni un tubo de aspirina vacío, ni un pañuelo olvidado sobre la almohada, sino algo indefinible, un momento de nuestra vida, un pensamiento, un estado de ánimo.

Esta casa nos cobijó, y entre estas paredes nos hemos querido, nos hemos hablado. Hoy seguimos nuestro camino, no la volveremos a ver, y por ello ya somos diferentes, hemos cambiado de modo imperceptible. Ya nunca volveremos a ser los mismos de antes. Cuando paramos para comer en un hotelito en la carretera, y entro en un cuarto oscuro y extraño para lavarme las manos, el picaporte desconocido, las tiras de papel que cuelgan de las paredes, el espejo chíquitín y rajado encima del lavabo..., en aquel momento, todo es mío, me pertenece. Se establece cierta intimidad entre esos objetos y yo. Eso es lo presente. Lo pasado y lo futuro no existen. Estoy allí, lavándome las manos, reflejada en el espejo roto, como suspendida en el tiempo. Esa soy yo; este momento no puede morir.

Abro entonces la puerta y voy al comedor, donde está él esperándome, sentado a la mesa, y pienso que en aquel instante he envejecido, he continuado mi camino, he dado un paso más hacia un destino desconocido.

Sonreímos, elegimos la comida, hablamos de esto y de aquello, pero –me digo,– ya no soy la que se separó de él hace cinco minutos. Aquella se quedó atrás. Yo soy otra mujer más madura, más vieja.

El otro día leí en un periódico que ha cambiado la dirección del Hotel Côte d'Azur, de Montecarlo. Han decorado de nuevo las habitaciones y lo han cambiado todo. Tal vez las habitaciones de la señora Van Hopper en el primer piso ya no existan. Tal vez no queden ni señales del cuartito que yo ocupaba. Ya sabía yo que nunca volvería allí, aquel día en que arrodillada en el suelo trataba con dedos torpes de arreglar la cerradura del baúl.

El episodio terminó cuando conseguía echar la llave. Miré por la ventana, como si volviera la hoja de un álbum de fotografía. Aquellos tejados que veía ya no eran míos. Pertenecían al día de ayer, al pasado. Las habitaciones presentaban un aspecto vacío, despojadas de nuestras cosas, y todas ellas tenían un aire de ávida impaciencia, como si desearan que nos marchásemos pronto, para recibir a los nuevos huéspedes, que llegarían mañana. El equipaje pesado estaba ya listo, atado con correas, cerrado con llave, en el pasillo. Los bultos de mano los arreglaríamos más tarde. Los cestos de pepes rebosaban de cuentas y cartas rotas, de frascos de medicinas y de botes vacíos de maquillaje. Bostezaban los cajones; el escritorio ya no guardaba nada.

La mañana antes me había tirado una carta cuando le servía el café del desayuno, diciendo:

–Helen embarca para Nueva York, el sábado. Su hija Nancy tiene un amago de apendicitis y le han telegrafiado para que vuelva. Eso me ha decidido. Nosotras nos vamos también. Ya estoy harta de Europa, y podemos volver a principios de otoño. ¿Te gusta la idea conocer Nueva York?

Sólo imaginarlo me hacía pensar en la cárcel como deseable. Debió mi cara traicionar la congoja que sentía; pues la ví, primero asombrarse, y luego poner una expresión de disgusto.

–¡Qué chiquilla más rara y difícil eres! No llegaré nunca a comprenderte. ¿No te das cuenta que en mi país las muchachas de tu posición, sin dinero, lo pueden pasar muy bien? Muchachos a montones, y diversiones, las que quieras... Todos gente de tu clase. Puedes tener un grupito de amistades, y no necesitarás estar como aquí, siempre pendiente de mí. Creí que no te gustaba Montecarlo.

–Me he acostumbrado –dije lastimeramente, acongojada, mientras me bullían ideas contrarias en la cabeza.

–Pues ahora tendrás que acostumbrarte a Nueva York, eso es todo. Vamos a tomar el mismo barco que Helen, de manera que tenemos que sacar los billetes sin perder ni un minuto. Baja ahora mismo y a ver si consigues que ese joven del mostrador se mueva y sirva para algo. ¡Hoy vas a tener tanto quehacer, que no te va a quedar tiempo de llorar a Montecarlo! –sonó su risa estridente, y se fue a telefonar a todos sus amigos.

No me encontraba capaz de bajar en seguida. Fui al cuarto de baño, cerré la puerta con llave y me senté en la esterilla de corcho, la cabeza entre las manos. Al fin, había ocurrido lo que era de temer: había llegado el momento de la partida. Acabó todo.

Al día siguiente, por la noche, estaría en el tran, sujetando su joyerito y su manta como una doncella, y ella enfrente, sentada en el departamento del coche-cama, con su sombrero grande atravesado por una pluma, arrebujaada en el abrigo de pieles. Nos lavaríamos la cara y los dientes en aquel cuartucho de puertas rechinantes, el lavabo sucio, la toalla mojada, el jabón con un pelo pegado, la botella de agua a medio llenar, y aquel aviso inevitable en la pared: *Sous le lavabo se trouve un vase*. Y mientras tanto, cada ruido cada sacudida y vaivén del tren estrepitoso, me diría que las millas me iban alejando de él, sentado solo en el comedor del hotel, en aquella mesa que yo conocía tan bien, leyendo un libro indiferente, sin pensar en nada.

Y pensé:

Puede que le diga adiós en el hall, antes de marcharme. Un adiós furtivo, rápido, por culpa de ella. Callaremos un momento, sonreiremos, y luego diremos algo como: «Sí, claro, no deje escribir» y «Nunca te he dado las gracias por todo» y «Mándame esas fotograflas» «¿Y la dirección?» «¡Ah!, pues ya te la escribiré». Él encenderá un cigarrillo con naturalidad, pidiendo fuego a un camarero que pase, y yo estaré pensando: «Me quedan cuatro minutos y medio, y luego no volveré a verle nunca más».

Por el hecho de marcharme, porque todo habría terminado, no encontraríamos nada que decírnos, seríamos dos extraños se encuentran por última vez. Y mientras tanto mi estaría gritando, acongojada, dolorida. «¡Te quiero tanto! ¡Soy muy desgraciada! ¡Nunca me ha pasado esto y jamás me volverá a pasar!» Pero, claro, mí cara sonreirá, cuajada, rígida, convencional y mi voz dirá: «Mira ese viejo tan raro, ¿quién será?, Debe de haber llegado hoy», y desperdiciaremos nuestros últimos momentos riéndonos de un desconocido, porque para entonces también nosotros seremos dos extraños. «Esas instantáneas deben de haber salido bien», repetiré desesperada, y él: «Sí, la de la plaza habrá quedado bien, pues la luz era muy buena». ¡Como si no hubiésemos hablado ya de todo eso! ¡Como si no estuviéramos ya de acuerdo! Y, además, poco me importaban que salieran movidas o veladas porque, llegado el último momento, la despedida final habrá que consumarse.

«Bueno –con esa sonrisa horrible estirándome la cara–, una vez más muchas

gracias por todo; ha sido estupendo». Palabras que nunca usé antes. «Estupendo», ¿qué quería decir «estupendo»? Dios lo sabe, yo no. Es una de esas palabras que usan en los colegios cuando hablan de hockey y cosas así, una palabreja fantásticamente inadecuada a estas últimas semanas de angustia y felicidad. En aquel momento se abrieron las puertas del ascensor y aparecerá la señora Van Hopper; yo cruzaré el hall para recibirla; él se alejará hacia su rincón y cogerá un periódico...

Todo lo vi allí, sentada ridículamente sobre la esterilla del cuarto de baño. Todo: el viaje y la llegada a Nueva York. Luego, la voz chillona de Helen, edición de bolsillo de su madre, y Nancy, su odiosa hija. Y vi a los estudiantes que quería la señora Van Hopper que conociera, y los empleados subalternos de los Bancos que ella creía propios para mí. «Oye, ¿salimos el miércoles? ¿Está hecho? ¿Te gusta la música de jazz?» Lechuguinos de nariz chata y caras relucientes. Y yo tendría que mostrarme amable. Pero en aquel momento sólo quería estar a solas con mis pensamientos, y por eso estaba allí, encerrada en el cuarto de baño...

Ella vino y trató de abrir la puerta.

–¿Qué estás haciendo?

–Voy en seguida, ya salgo; perdóneme. –Hice como que abría un grifo, fui de prisa de un lado para otro, doblando una toalla.

Cuando abrí la puerta me miró con curiosidad.

–¡Cómo has tardado! Esta mañana no tenemos tiempo para soñar, y lo sabes. Tenemos demasiadas cosas que hacer.

Naturalmente, él se volverá a Manderley dentro de una semana, estoy segura. Cuando llegue, se encontrará con un montón de cartas esperándole en el hall y entre ellas la mía, escrita en el barco. Una carta forzada, tratando de ser divertida, describiendo los compañeros de travesía. La dejará guardada en la carpeta y la contestará pasadas unas semanas, un domingo por la mañana, de prisa y corriendo, antes de comer, por haberla encontrado al ir a pagar unas cuentas. Y nada más. Nada más, hasta el insulto final de la felicitación de Navidades. Un *christmas*, acaso con una vista del propio Manderley sobre un fondo nevado. La dedicatoria impresa dirá: «Felices Pascuas y Año Nuevo. - MAXIMILIAN DE WINTER». Impreso en oro. Pero como muestra de afecto tachará el nombre impreso y escribirá a mano: «Maxim». Esto para consolarme. Y si queda sitio, añadirá: «¿Qué tal ese Nueva York?». Pasará entonces la lengua por el borde del sobre, pondrá un sello y lo echará en un montón junto a otras cien tarjetas idénticas.

–¡Qué lástima que se vaya usted mañana! –me dijo el empleado del hotel–. El ballet empieza la semana que viene. ¿Lo sabe la señora?

Traté de olvidar a Manderley para volver a las realidades de las camas para el viaje.

La señora Van Hopper bajó al comedor por primera vez desde su ataque gripal, y cuando entré detrás de ella sentí una extraña punzada en la boca del estómago. Yo sabía que él se había marchado a Cannes, pues él mismo me lo había dicho el día antes, pero no pude dejar de pensar que el camarero cometería la indiscreción de decir: «¿Mademoiselle cenará esta noche con monsieur como de costumbre? » Cada vez que se acercaba a la mesa me daba un vuelco el corazón, pero no dijo nada.

Pasamos el día haciendo las maletas y, por la tarde, se presentaron sus amigos para despedirse. Cenamos en nuestra salita, y ella se acostó inmediatamente. Aún no le había visto. Bajé al hall, a eso de las nueve y media, con el pretexto de pedir unas etiquetas para el equipaje, pero no le vi. El antipático empleado del hotel sonrió cuando me vio.

–Si la señorita está buscando al señor De Winter, siento decirle que ha

telefoneado desde Cannes diciendo que no espera llegar antes de medianoche.

–Venía por unas etiquetas –dije, pero en sus ojos vi que no me creyó. Ni siquiera pasaríamos juntos aquella última velada. Aquellas horas en que tantas ilusiones había puesto, tendría que pasarlas sola, en mi cuarto, contemplando mí maleta y mi sólido saco de viaje. Acaso fuese mejor, después de todo, pues yo no hubiera sido una compañera muy divertida aquella noche, y tal vez hubiera él leído en mi cara lo que pensaba.

Aquella noche lloré amargas lágrimas de niña que hoy ya no podría verter. Esa manera de llorar con la cara hundida en la almohada, no es posible si no se tienen veintiún años. Late la cabeza, se hinchan los ojos, se seca la garganta. Luego, por la mañana, a disimular con todo cuidado lo ocurrido, que nadie vea las señales de nuestro sufrimiento. Y viene el lavarse los ojos con una esponja, los toques de agua de Colonia y unos polvos, que por sí solos nos traicionan por desacostumbrados. Y terminado esto, sobreviene el pánico de volver a llorar, de que las lágrimas broten, imposibles de contener; de que la boca temblorosa nos pierda, en definitiva. A la mañana siguiente, recuerdo que abrí la ventana de par en par y me asomé, con la esperanza de que el aire fresco y mañanero hiciera desaparecer las deladoras manchas rojas que se adivinaban bajo los polvos, y nunca me pareció el sol tan brillante ni el día tan preñado de repente de tantas angustias felices. Montecarlo se había llenado súbitamente de encantos amables; era el único lugar sincero de todo el mundo. Aprendí a amarlo, con un cariño que me abrumaba. Quería pasar allí el resto de mi vida. Y tenía que abandonarlo aquel mismo día. «Esta es la última vez que me cepillo el pelo ante este espejo; la última vez que me lavo los dientes en este lavabo; nunca volveré a encender esta luz con esta llave.» Así me decía, mientras iba de un lado a otro enfundada en mi bata, empapando de emoción sentimental el cuarto insignificante de un hotel.

–No habrás pescado un constipado, ¿verdad? –me dijo la señora, mientras nos desayunábamos.

–No, creo que no... –dije, agarrándome a aquella tabla salvadora, a aquella excusa que podría luego servirme si mis ojos pareciesen demasiado rojos.

–Me molesta esta espera, teniéndolo ya todo guardado –gruñó–; deberíamos haber pensado en tomar el tren que sale antes. Todavía lo podríamos coger, dándonos prisa, y estaríamos más tiempo en París. Telegrafía a Helen que no salga a esperarnos, pero dile cuándo llegamos. ¡Quién sabe...! –dijo, mirando el reloj–; supongo que nos podrán cambiar los billetes. En cualquier caso, vale la pena probar. Baja y pregunta.

–Sí –dije como un autómatas obediente a sus caprichos. Entré en mí cuarto, me quité la bata, y abrochándome la inevitable falda de franela, me puse por la cabeza un jersey que yo misma me había hecho.

La indiferencia que había sentido por ella se convirtió en odio. Aquello sí que era el final. Ya hasta mi pobre mañana me robaba. Ni media hora en la terraza, acaso ni diez minutos para decirle adiós.

Todo porque había acabado el desayuno algo antes de lo que calculara y se aburría. Bien; arrojaría al viento mi modestia y mi dignidad y mi decoro. Cerré la puerta de la salita de un portazo y salí corriendo al pasillo. No esperé al ascensor. Subí la escalera de tres en tres escalones..., hasta llegar al tercer piso. Sabía el número de su cuarto, el 148, y llamé con fuerza, la cara roja, anhelante.

–¡Entre! –gritó él, y abrí la puerta, ya arrepentida, flaqueándome el valor. Acaso acabara de despertarse, pues la noche antes se había acostado tarde, y estaría en la cama aún, con el pelo revuelto y de mal humor.

Estaba afeitándose junto a la ventana abierta, con una chaqueta de pelo de

camello puesta encima del pijama, y yo, con mi traje de franela y mis zapatones, me encontré ridícula, de mal gusto. Creí hacer una entrada dramática y sólo había logrado hacer el tonto.

–¿Qué quieres? –dijo–. ¿Pasa algo?

–He venido a despedirme. Nos vamos esta mañana.

Me miró fijamente y soltó la navaja sobre la repisa del lavabo.

–Cierra la puerta.

Hice lo que me pedía y me quedé allí de pie, cortada, con los brazos colgando.

–¿Qué estás diciendo? –preguntó.

–Es verdad. Nos vamos hoy. Ibamos a coger un tren que sale más tarde, pero ahora ella quiere irse en otro que sale más temprano, y me ha dado miedo de no verte más. Quería hacerlo para darte las gracias.

Salieron de mi boca, atropellándose las unas a las otras, estas palabras, estas palabras idiotas, tal y como me había imaginado. Estaba viendo que de un momento a otro iba a soltar aquello de «estupendo».

–¿Por qué no me lo has dicho antes?

–Lo decidió ella ayer. Todo ha sido improvisado. Su hija embarca el sábado para Nueva York, y nos vamos con ella. Vamos a reunirnos con ella en París, y luego haremos juntas el viaje a Cherburgo.

–¿Y te lleva a Nueva York?

–Sí; yo no quiero ir. Estoy segura de que no me gustará. Voy a pasarlo muy mal.

–Y.. ¿por qué demonios te vas con ella entonces?

–Porque no tengo más remedio. Y tú lo sabes. Para eso me paga. Necesito trabajar. No puedo dejarla.

Volvió a coger la navaja y se quitó el jabón de la cara.

–Siéntate. No tardaré mucho. Voy a vestirme en el cuarto de baño y estaré lísto en cinco minutos.

Cogió la ropa de una silla y la tiró al suelo del cuarto de baño; entró y cerró dando un portazo. Me senté en la cama y comencé a mordirme las uñas. La situación no era real, y yo me sentía como un maniquí. ¿Qué estaría pensando él? ¿Qué iba a hacer? Miré alrededor. Estaba en el cuarto de un hombre corriente, un cuarto desarreglado e impersonal. Muchos zapatos, más de los necesarios, y filas de corbatas. El tocador estaba vacío, excepto por dos cepillos de marfil para el pelo. Ni fotografías ni instantáneas. Nada de eso. Las había buscado instintivamente, esperando encontrar, por lo menos, una junto a la cama o en la repisa de la chimenea. Una grande, con marco de cuero. Pero no vi sino unos libros y una caja de cigarrillos.

Tal como había dicho, a los cinco minutos salió vestido.

–Ven a la terraza mientras me desayuno.

Miré el reloj.

–No tengo tiempo –le dije–; ya debería estar abajo cambiando los billetes.

–No te preocupes por eso. Tengo que hablarte.

Fuimos por el pasillo hasta el ascensor y llamó. «No se da cuenta –pensé– de que el primer tren sale dentro de hora y media. Dentro de un momento ella llamará abajo preguntando si estoy allí.» Bajarnos en el ascensor, callados, y salimos a la terraza, donde estaban puestas las mesas para los desayunos.

–¿Qué vas a tomar? –preguntó.

–Yo me he desayunado ya –le dije–, y, además, sólo puedo estarme aquí cuatro

minutos.

–Tráigame café, un huevo pasado por agua, pan tostado, mermelada de naranja y una mandarina –dijo al camarero. Sacó una tiritita de papel de lija, como las que usan las manicuras, y comenzó a limarse las uñas.

–De manera que la señora Van Hopper se cansó de Montecarlo y quiere volver a casita. Pues mira, yo también. Ella, a Nueva York; yo, a Manderley. ¿Cuál prefieres? Puedes elegir.

–Es el colmo que encima lo tomes a broma. Bueno, mejor será que me vaya a hacer lo de los billetes y que te diga adiós ahora.

–Si crees que soy uno de esos que se sienten con ganas de bromas a la hora del desayuno, te equivocas. Por la mañana temprano estoy casi siempre de pésimo humor. Te repito que puedes elegir. O te vas a Nueva York con la señora Van Hopper, o vienes a Manderley conmigo.

–Pero... ¿es que necesitas una secretaria o algo así?

–No. No seas corta de alcance. Te estoy proponiendo que te cases conmigo.

Llegó el camarero con el desayuno y me quedé con las manos sobre la falda, mirando cómo dejaba en la mesa el servicio.

–No comprendes –le dije, cuando se marchó el camarero–. Yo no soy de esas con quienes se casan los hombres.

–¿Qué diablos quieres decir? –dijo, mirándome con los ojos muy abiertos y dejando la cucharilla en la mesa.

Seguí con los ojos a una mosca, que acabó por posarse en la mermelada, y que él espantó impacientemente.

–No sé, no estoy segura –dije muy despacio–. No sé cómo explicártelo. Para empezar, yo no pertenezco a tu mundo.

–¿Cuál es mi mundo?

–Pues... Manderley. Ya sabes lo que quiero decir.

Volvió a coger la cucharilla y se sirvió mermelada.

–Eres casi tan tonta como la señora Van Hopper, y casi tan ignorante. ¿Qué sabes tú de Manderley? A mí me toca juzgar si encajarías allí o no. ¿O crees que te estoy diciendo esto porque se me acaba de ocurrir al oírte decir que no quieres ir a Nueva York? ¿Es que crees que te estoy pidiendo que te cases conmigo por el mismo motivo que creías que salía contigo de paseo en coche, y por lo mismo que te invité a cenar aquella primera noche? Por lástima, ¿verdad? Porque tengo muy buen corazón, ¿no?

–Sí.

–Algún día –continuó, extendiendo con abundancia la mermelada sobre un pedazo de pan tostado– puede que te des cuenta de que la filantropía no es mi fuerte. En este momento no te das cuenta de nada. Y todavía no me has contestado. ¿Te vas a casar conmigo, sí o no?

No creo que ni en los momentos de mayor locura me hubiera pasado por la imaginación semejante posibilidad. Una vez, sentada en el coche junto a él, cuando llevábamos muchos kilómetros sin hablar, comencé a imaginarme un cuento largo y complicado en el cual él enfermaba muy gravemente; estaba delirando, y me mandaba llamar para que le cuidase. Cuando estaba refrescándole la frente con agua de Colonia, llegábamos al hotel, y allí acabó mi cuento. Otra vez me figuraba vivir en una de las casitas de la finca de Manderley, y que algunas veces él iba a verme y se sentaba delante de la chimenea. Pero aquella inesperada proposición matrimonial me dejó atónita, y creo que hasta me pareció inconveniente, atrevida. Era como si me lo hubiese dicho el rey. Sonaba a falso.

Continuó comiendo mermelada, como si todo fuese lo más natural del mundo. En las novelas, los hombres se hincaban de rodillas ante las mujeres, a la luz de la luna. Pero no así, idesayunándose!

–Parece que la idea no te ha parecido bien –dijo–. Perdóname. No sé, pero creí que me querías. Me merezco esto por presumido.

–Y te quiero –dije–. Te quiero con toda mi alma. No sabes lo desgraciada que he sido; me he pasado toda la noche llorando, porque creía que no iba a verte más.

Me acuerdo que cuando dije esto se echó a reír y me alargó la mano a través de la mesa.

–¡Bendita seas! –dijo– Un día, cuando hayas llegado a esa maravillosa edad de los treinta y cinco años que quisieras tener, te recordaré este momento y lo que acabas de decir. Y te parecerá imposible. ¡Qué lástima que tengas que crecer!

Me avergonzó e hirió su risa. Entonces... ¿las mujeres no confesaban tales cosas a los hombres? Tenía que aprender mucho.

–Bueno, entonces estamos de acuerdo, ¿no? –dijo, mientras continuaba con las tostadas y la mermelada–. Dejas de ser la compañera de la señora Van Hopper y comienzas a serlo mía. Tus obligaciones serán casi las mismas. A mí también me gustan los libros nuevos, y tener flores en la sala, y jugar al *bezique* después de cenar, y que alguien me sirva el té. La única diferencia es que yo no tomo «Taxol», pues prefiero «Enos». Y tendrás que tener cuidado de que no se acabe la pasta de dientes que uso siempre.

Repiqueteé nerviosamente con los dedos sobre la mesa. No estaba segura de mí misma ni de él. ¿Se estaría riendo de mí y habría sido todo una broma? Me miró y vio mi cara angustiada.

–Pero me estoy portando contigo como un bruto, ¿verdad? No te habías figurado así una declaración de amor. Hubiéramos debido estar en el invernadero de un jardín lleno de flores delicadas, tú vestida de blanco, con una rosa en la mano, mientras llegaban hasta nosotros las notas de un violín. Yo te haría el amor apasionadamente, bajo una palmera. Entonces te parecería que no te habían estafado nada. ¡Es una vergüenza, bonita mía! Pero no te importe. Te llevaré a Venecia a pasar la luna de miel, y nos pasaremos en una góndola cogidos de las manos. Pero no estaremos allí mucho tiempo, porque quiero enseñarte Manderley.

¡Quería enseñarme Manderley...! Cuando oí esto comenzó a darme vueltas la cabeza. Se me llenó la imaginación de imágenes, sucediéndose las escenas rapidísimas, y, mientras tanto, él se estaba comiendo la mandarina, dándome un gajo de cuando en cuando. Nos encontraríamos en un grupo de gente y él diría: «Me parece que no conoce usted a mi mujer.» Señora de Winter. Iba a ser la señora de Winter. Pensé en mi nombre: lo pondría en los cheques para pagar a los proveedores de la casa, y lo pondría en las cartas convidando a cenar a éstos y aquéllos. Me pareció oírme hablando por teléfono: «¿Por qué no viene a pasar en Manderley el sábado y el domingo?» Gente, siempre mucha gente. «Es encantadora, tengo que presentársela.» Eso lo dirían de mí, en voz bajita, cuando pasara junto a un grupo, y yo seguiría como si no lo hubiese oído.

Iría a la casa del guarda con un cesto al brazo, lleno de uvas y melocotones para la pobre vieja enferma. Me tendería las manos: «Dios le premie sus bondades, señora», y yo contestaría: «Nada, nada; si necesita alguna cosa, mande por ello a casa.» La señora De Winter. Iba a ser la señora De Wínter. Veía la mesa reluciente del comedor y los candelabros señoriales. Maxim estaría sentado en un extremo. Eramos veinticuatro a la mesa. Llevaba yo una flor en el pelo. Todos me miraban, los vasos en alto. «Tenemos que brindar por la novia», y luego me diría Maxim: «Nunca te he visto tan bonita.» Cuartos espaciosos llenos de flores. En mi alcoba,

encendida la chimenea en invierno; alguien llama a la puerta. Entra una mujer sonriente. Es la hermana de Maxim y dice: «Es admirable ver lo feliz que le haces. Estamos todos encantados contigo. Eres magnífica.» La señora De Winter. Yo iba a ser la señora De Winter.

–Esos gajos que te quedan se ve que están agrios; no los comas.

Le miré sin entenderle, hasta que, poco a poco, fueron penetrándome dentro las palabras. Miré al plato que tenía delante y vi unos gajos de mandarina duros y pálidos.

Tenía razón. La mandarina estaba agria. Hasta aquel momento no me di cuenta de que tenía en la boca un sabor amargo y fuerte.

–¿Se lo vas a decir tú a la señora Van Hopper o quieres que lo haga yo?

Estaba doblando su servilleta, retirando el plato, y me pregunté cómo se las arreglaba para hablar con aquella naturalidad, como si se tratase de un asunto baladí, de un puro cambio de planes. Mientras que para mí había sido como una bomba que hubiese estallado en mil pedazos.

–Díselo tú –contesté–. Se va a poner furiosa.

Nos levantamos de la mesa; yo nerviosa y roja, temblando de antemano. Pensé si iría a decírselo al camarero; cogiéndome del brazo, diría «Denos la enhorabuena; mademoiselle y yo nos vamos a casar». Los demás camareros lo oirían y nos dedicarían una sonrisa, mientras nosotros pasaríamos al lado seguidos de una ola de curiosidad, de una ola de expectación. Pero no dijo nada. Salió de la terraza sin decir una palabra, y yo le seguí hacía el ascensor. Pasamos por delante del mostrador de recepción de viajeros, pero ni nos miraron. El empleado estaba ocupado, con un montón de papeles delante, hablando con la cabeza vuelta hacía su ayudante. «No sabe que voy a ser la señora De Winter –pensé– Voy a vivir en Manderley. Seré la dueña de Manderley.» Subimos en el ascensor hasta el primer piso y echamos a andar por el pasillo. Según íbamos andando me cogió una mano y fuimos así, nuestros brazos moviéndose juntos.

–¿Te parecen demasiados cuarenta y dos años? –dijo.

–¡Oh, no! –contesté de prisa, tal vez con demasiado calor–. No me gustan los hombres jóvenes.

–No has conocido a ninguno –dijo él.

Llegamos a la puerta de las habitaciones.

–Creo que será mejor que esto lo arregle yo solo –dijo–; pero antes dime una cosa: ¿Te importa si nos casamos en seguida? ¿No querrás hacerte un equipo, o tonterías de esas? Porque podríamos arreglarlo todo en unos cuantos días. Nos casaríamos en seguida, sin ceremonias, en cuanto arreglásemos los papeles, y luego en coche a Venecia, o adonde se te antoje.

–¿No en la iglesia? –pregunté–. ¿Sin traje de novia, ni damas de honor, ni campanas, ni música? ¿Y tu familia y tus amigos?

–Olvidas que yo me he casado ya así una vez.

Permanecimos un momento ante la puerta, y observé que todavía estaba en el buzón el periódico de la mañana. No habíamos tenido tiempo de leerlo durante el desayuno.

–Bueno –insistió– ¿Qué dices?

–No, nada –respondí–; es que había creído que nos íbamos a casar en tu casa. Pero claro está que no me importa la ceremonia, ni la gente, ni nada de eso.

Lo miré sonriendo. Puse una cara alegre.

–¡Qué divertido!, ¿verdad? –le dije.

Pero ya se había vuelto hacia la puerta, que abrió, y nos encontramos en el pasillo de la entrada particular.

–¿Eres tú? –oímos que decía la voz de la señora Van Hopper desde el saloncito–. ¿Se puede saber qué demonios has estado haciendo? He llamado tres veces al mostrador del hall y me han contestado que no has aparecido por allí.

Me entraron unas ganas locas de reír, de llorar, de hacer las dos cosas, y notaba ese dolor que me daba en la boca del estómago. Durante unos instantes de locura deseé que no hubiera ocurrido nada de aquello y me hubiera gustado estar sola, dando un paseo y silbando despreocupadamente.

–Tengo yo la culpa –dijo entrando en el saloncito y luego cerró la puerta tras él; pero pude oír una exclamación de sorpresa.

Me fui a mi cuarto y me senté delante de la ventana abierta. Era como si estuviera esperando en la antesala de un médico.

Para que fuera más completa la ilusión, debería hojear una revista, mirar sus fotografías insignificantes, leer los artículos para olvidarlos luego, hasta que llegase una enfermera, reluciente y práctica, a quien los desinfectantes, a fuerza de años, habían dejado esterilizada, inhumanizada: «Todo va bien, la operación ha salido bien, no tiene por qué preocuparse. Vaya a casa y acuéstese.»

Las paredes eran gruesas y ni el rumor de sus voces podía oír. ¿Qué le estaría diciendo? ¿Por dónde empezaría? Tal vez dijera: «¿Sabe usted? Me enamoré de ella la primera vez que la vi. Y nos hemos visto a diario.» Y ella contestaría: « ¡Pero... es de lo más romántico! ¡No he oído nada semejante!» ¡Romántico! Esa, ésa era la palabra que trataba de recordar cuando subíamos en el ascensor. ¡Claro, mujer, claro! «Romántico.» Eso es lo que diría la gente. «Todo ocurrió de repente y de la manera más romántica. Nada, que un día decidieron casarse. Como en una novela.»

Me sonreí para mis adentros, abrazándome las rodillas, sentada ante la ventana, pensando en lo maravilloso que era todo, en lo feliz que iba a ser. Me iba a casar con el hombre a quien quería. Iba a ser la señora De Winter. La verdad era que no sé por qué me continuaba aquel dolor en la boca del estómago, cuando me encontraba tan feliz. Serían los nervios. La espera, la antecámara del médico. ¿Y no hubiera sido más natural y mejor que hubiéramos entrado juntos en el saloncito, cogidos de la mano, sonriendo, y que hubiéramos dicho: «Estamos enamorados y nos vamos a casar»?

Enamorados. Él no había dicho que estaba enamorado. Puede que no hubiera tenido ocasión. Ocurrió todo demasiado de repente, sentados a la mesa del desayuno. ¡Qué amarga estaba la mandarina! No, de estar enamorado no había hablado, sino de que nos íbamos a casar. Breve y claro, muy original. Las declaraciones originales eran mucho mejor. Más auténticas. Distinto de los demás. No como esos chicos que charlan y charlan diciendo tonterías, la mitad de las cuales acaban de inventar. No como esos lechuguinos con sus incoherencias, muy apasionadas, jurando cosas imposibles de cumplir. No como él se declaró la primera vez a Rebeca... No tengo que pensar en eso. Olvidarlo, eso sí. Un mal pensamiento instigado por el demonio. «¡Vade retro, Satanas!» No debo pensar en eso nunca, jamás, nunca. Él me quiere y me va a enseñar Manderley. Pero, ¡Dios mío!, ¿es que no iba a terminar de hablar nunca en el cuarto de al lado? ¿No me iban a decir que pasara?

El libro de versos estaba junto a mí cama. Hasta se le había olvidado de que me lo había prestado. No debía de apreciarlo gran cosa. «Anda –me dijo el demonio–, anda; ábrelo, ¡mira la portada! ¿No es eso lo que quieres hacer? ¡Ábrelo por la portada!» «Nada de eso –me dije–, no voy más que a poner el libro con las demás cosas.»

Bostecé. Fui lentamente, haciéndome la distraída, hacia la mesilla de noche, vacilé, y el libro se me cayó al suelo. Al caer, quedó abierto por la portada. «A Max, de Rebeca.» Ella estaba muerta, y no se deben pensar cosas de los muertos. Los muertos duermen apaciblemente, mientras crece la hierba encima de sus tumbas. Pero, sin embargo, ¡qué viva, qué fuerte estaba su escritura! Aquellas letras, extrañas, sesgadas, y el borrón de tinta; parecía hecho el día antes. Todo parecía escrito ayer.

Saqué mis tijeritas de las uñas y corté la página mientras miraba asustada por encima del hombro, como una criminal. La corté sin dejar nada. No se notaba. El libro quedó blanco y limpio sin aquella página. Un libro nuevo, que nadie había tocado. Rompí la página en muchos pedacitos y los eché en el cesto de los papeles.

Pero no se me borraban de la imaginación, y pasado un rato tuve que asomarme al cesto para mirarlos otra vez. La tinta resaltaba negra y gruesa en los papelillos. Cogí una cerilla y les prendí fuego. La llama dio una luz encantadora. Manchaba el papel, rizaba sus bordes, e iba borrando aquellas letras curiosamente sesgadas. Los papelitos se estremecieron al convertirse en cenizas. La última en desaparecer fue la letra R. Se retorció en la llama, abarquillándose hacia fuera un instante, lo que la hizo parecer más grande que nunca. Luego se desmoronó; la consumió la llama. Ni siquiera era aquello ceniza, sino más bien un polvillo levísimo.

Fui al lavabo y me lavé las manos. Y me encontré mejor, mucho mejor. Noté esa sensación de limpieza, de novedad, que siente uno al colgar de la pared el calendario nuevo, a principios de año. 1 de enero. Noté el mismo frescor, la misma confianza alegre. Se abrió la puerta y entró él.

–Sin novedad –dijo–. Al principio no pudo hablar de sorpresa, pero empieza a volver en sí; de manera que voy abajo para arreglar las cosas y asegurarme de que se va en el primer tren. Ha habido un momento en que ha dudado si marcharse. Creo que tenía ciertas esperanzas de actuar de testigo en la boda, pero no me he dejado conmovir. Anda y dile algo.

Nada añadió acerca de su propio contento y felicidad. Ni me cogió del brazo para acompañarme a la salita. Sonrió, agitó la mano en el aire y se fue pasillo adelante, solo. Fui yo a hablar con la señora Van Hopper, poco segura de mí misma, azorada, como una criada que hubiese mandado decir a la señora por medio de una tercera persona que quería dejar la casa.

Ella estaba de pie junto a la ventana, fumando un cigarrillo, chiquitina, extraña, protuberante, con el abrigo demasiado ceñido sobre los amplios senos y el grotesco sombrero muy echado a un lado. Ya no la volvería a ver.

–Bueno –dijo con un tono seco, desabrido, que no hubiera empleado si hubiese estado hablando con él–. Habrá que reconocer que no tienes desperdicio cuando se trata de hacer las cosas aprisa. En tu caso, por lo menos, has demostrado lo peligrosas que pueden resultar las mosquitas muertas. ¿Cómo te las has arreglado?

No supe qué contestar. Su sonrisa me molestaba.

–Fue una suerte para ti que yo cogiese la gripe –dijo–. Ahora comprendo en qué pasabas los días y por qué tenías la cabeza a pájaros. ¡Caramba con las lecciones de tenis! Ya me lo podías haber dicho, vamos.

–Perdóneme.

Me miró con curiosidad, resbalando la mirada por mi cuerpo.

–Me ha dicho que se quiere casar dentro de unos días, También tiene suerte en no tener a nadie que pudiera querer preguntar algo. Bueno, no es asunto mío, y desde este momento me lavo las manos. Me gustaría saber lo que pensarán sus amigos, pero allá él. ¿Te das cuenta de que te lleva mucha edad?

–Sólo tiene cuarenta y dos años, y yo soy vieja para la edad que tengo.

Rió y echó la ceniza del cigarrillo en el suelo.

–¡Vaya si lo eres!

Continuó mirándome como no la había visto hacerlo nunca. Parecía que me estaba apreciando, como el jurado de una exposición de ganados hace con las bestias. Sus feos ojos tenían una expresión desagradable, inquisitiva.

–Oye –dijo, con voz de intimidad, como de amiga a amiga–. ¿No será que has hecho algo que no debieras?

Me recordaba a Blaize, la modista que quiso darme una comisión del diez por ciento.

–No sé qué quiere usted decir...

Se echó a reír y se encogió de hombros.

–Déjalo, no importa. Pero yo siempre he sostenido que las inglesas os las dais de que no os interesa más que el *hockey*, pero sois de mucho cuidado, De manera que tendré que marcharme sola a París, dejándote aquí mientras tu novio arregla los papeles, ¿no? Ya, ya he notado que no me ha convidado a la boda, no creas.

–Es que no quiere convidar a nadie. Además, usted ya estará en alta mar para cuando se celebre.

–Sí, sí –dijo, y sacó la polvera y se empolvó la nariz–. Supongo que tú sabes lo que quieres. Pero ten cuidado..., que todo lo habéis decidido demasiado de prisa. Me parece que él debe de ser algo difícil; tendrás que acostumbrarte a su manera de ser. Ten en cuenta que hasta ahora has llevado una vida muy tranquila, pues no dirás que yo te mataba trabajando. Como señora de Manderley, no te faltarán ocupaciones. Y si quieres que te sea franca, no sé cómo te las vas a arreglar,

Sus palabras parecían el eco de las mías una hora antes.

–Ni tienes experiencia –continuó–, ni conoces, aquel ambiente. Apenas puedes decir dos frases seguidas en mis reuniones de *bridge*, y ¿qué vas a decir a todos sus amigos? Las fiestas de Manderley eran famosas cuando ella vivía. Claro que ya él te habrá contado...

Dudé un momento; pero, gracias a Dios, continuó, sin esperar mi contestación:

–Claro que te deseo que seas muy feliz y reconozco que él es un buen partido, pero..., en fin, perdona que te diga que creo que cometes un error, y que me temo que hayas de arrepentirte.

Soltó la caja de polvos y me miró, volviendo la cabeza por encima del hombro. Puede que hablara con claridad, por fin; pero podía habérsela ahorrado. Debí de hacer un gesto de desagrado, pues se encogió de hombros y se dirigió al espejo para arreglarse el ridículo sombrerito, que parecía un hongo otoñal.

Me alegraba de que se marchara, de no verla más. Hubiera querido recobrar los meses que había pasado en su compañía, a su servicio, a sueldo suyo, trotando a su lado como una sombra gris y muda. Ya sabía yo que me faltaba experiencia, que era una tonta, tímida y demasiado joven. Ya sabía todo eso. No hacía falta que me lo dijera ella. Me decía todo eso a propósito, pues por esas envidias raras que sienten las mujeres, le dolía mi boda, que había dado un golpe a la escala que tenía establecida acerca del valor relativo de cada cosa.

Me importaba poco; pronto la olvidaría a ella, lo mismo que sus punzantes palabras. Cuando quemé aquella página y esparcí sus cenizas, nació en mí una confianza nueva. No existiría para nosotros el pasado. Ibamos a comenzar una nueva vida, él y yo. El viento se había llevado todo lo pasado, como se llevó las cenizas del cesto de los papeles. Yo iba a ser la señora De Winter. E iba a vivir en Manderley.

Pasado un rato, ella se marcharía, para entregarse sola, sin mí, a las sacudidas

del coche-cama, y, mientras él y yo estaríamos en el comedor del hotel comiendo sentados a la misma mesa, haciendo planes para el porvenir: asomados a la orilla de una gran aventura. Tal vez, cuando ella se hubiese marchado, me hablaría él de su cariño, de su felicidad. Hasta entonces no había tenido tiempo, y, además, esas cosas no salen así como así; hay que esperar a que llegue un momento oportuno.

Alcé la vista y vi la imagen de ella en el espejo. Me estaba mirando, dibujada en la cara una ligera sonrisa de conmiseración. Creí por un momento que, al fin, iba a tener un rasgo de generosidad, que me iba a alargar la mano y a desearme felicidad, a darme ánimos, a decirme que no me preocupara. Pero continuó sonriendo, y mientras se arreglaba un mechón revoltoso que se había escapado del sombrero, dijo:

–Claro que comprenderás por qué se casa contigo, ¿no? No te habrás hecho la ilusión de que se ha enamorado de tí. La verdad es que aquella casa vacía le ataca los nervios, y casi le ha vuelto loco. Eso fue lo que me dijo antes de que entraras en el cuarto. No puede seguir viviendo solo...

Capítulo VII

Llegamos a Manderley a principios de mayo, con las primeras golondrinas y las primeras campánulas como dijo Maxim. Sería la época mejor, antes del rigor del verano; en el valle, las azaleas prodigan en esa época su fragancia y los rododendros dan sus flores, rojas como la sangre. Fuimos en automóvil, desde Londres, de donde salimos por la mañana temprano en medio de un chaparrón, y llegamos a Manderley a las cinco, todavía a tiempo de tomar el té. Aún hoy parece que me estoy viendo, mal vestida, como de costumbre, aunque ya llevábamos siete semanas de casados, con un traje de punto; al cuello una pequeña piel de imitación de marta y encima, un impermeable demasiado grande, que me llegaba hasta los tobillos. Lo llevaba, en parte, por el mal tiempo, y, en parte, porque me hacía parecer algo más alta. En la mano llevaba un par de guantes de manopla y un enorme bolso de piel.

–Esta es la lluvia de Londres –dijo Maxim–; pero ya verás como cuando lleguemos a Manderley está brillando el sol en tu honor.

Y tenía razón, pues al llegar a Exeter desaparecieron las nubes, quedando amontonadas detrás de nosotros, dejando un cielo azul y delante la blanca carretera.

Me gustó ver el sol, porque, algo supersticiosa, me parecía la lluvia un mal augurio, y el cielo plomizo de Londres me había entristecido.

–¿Te encuentras mejor? –dijo Maxim.

Yo le sonreí y le cogí una mano, pensando lo fácil que resultaba todo para él, volver a su casa, entrar en el hall, coger el correo, llamar al timbre para que le sirvieran el té; pero me pregunté si se daba cuenta de lo nerviosa que estaba yo y si su pregunta «¿Te encuentras mejor?», indicaba que lo comprendía.

–Tranquilízate –dijo–; pronto llegaremos. Estarás deseando tomar una taza de té. –Y me soltó la mano, porque venía una curva y tuvo que frenar.

Comprendí que había creído que si yo callaba era por cansancio, y no se le había ocurrido pensar que tuviera miedo al llegar a Manderley, a pesar de haberlo deseado tanto. Pero ya que había llegado el momento, hubiera querido retrasarlo. Hubiera preferido parar en cualquier hotel del camino y haber entrado en él, para calentarnos junto a una chimenea anónima. Hubiera querido ser un viajero cualquiera, una recién casada enamorada de su marido; pero no, era la mujer de Maxim de Winter, y llegaba a Manderley por primera vez. Pasamos muchos

simpáticos pueblecitos, donde las ventanas de las casas tenían un aspecto amable. Una mujer con un niño en brazos me sonrió al pasar, mientras un hombre cruzaba la carretera hacia el pozo, con un cubo en la mano.

Hubiera querido que nosotros fuéramos como ellos, acaso sus vecinos, y que Maxim, por las noches, se recostase contra la puerta de nuestra casa, fumando una pipa, orgulloso de lo que había crecido la entedadera plantada por él y, mientras tanto, yo estaría muy atareada en la cocina, que tendría limpia como una patena, poniendo la mesa para cenar. Encima del aparador habría un despertador de estrepitoso tictac y una fila de platos relucientes. Después de la cena, Maxim leería el periódico, con los pies arrimados a la lumbre, y yo sacaría el montón de ropa por reparar que había guardado en un cajón. ¡Qué modo de vivir tan sosegado y apacible, tan sencillito, tan fácil, libre de exigencias sociales!

–Sólo faltan tres kilómetros –dijo Maxim– ¿Ves aquella mancha de árboles sobre la ceja del cerro y el mar al fondo? Aquello es Manderley. Y aquél, el bosque.

Traté de sonreír y no le contesté, sintiéndome aterrada, con un malestar imposible de dominar. Mi alegre expectación, mi orgullo de felicidad, habían desaparecido. Me sentía como el niño que se acerca a su primer colegio, o como una criadita palurda que va a ofrecerse por primera vez. El dominio que había adquirido sobre mí misma durante las siete semanas de matrimonio era ya un guiñapo ondulando al viento. Me parecía haber olvidado hasta las más elementales reglas de educación; no sabía decir a ciencia cierta cuál era mi mano derecha y cuál mi izquierda, ni si sentarme o quedarme de pie, ni qué tenedor ni qué cuchara usar durante la cena.

–Quítate el impermeable –dijo, mirándome–. Aquí no ha llovido. Y ponte derecha esa piel tan graciosa que llevas. Te he traído aquí de prisa y corriendo, y puede que hubiéramos debido quedarnos en Londres para equiparte como es debido.

–Si a ti no te importa, a mí tampoco.

–La mayoría de las mujeres no piensan más que en trapos –dijo distraídamente.

Torcimos al llegar a un cruce de caminos, donde comenzaba una tapia muy alta.

–Ya llegamos –dijo, animándosele la voz, y yo me agarré con fuerza al asiento de cuero del coche.

Hacía una curva el camino. Delante de nosotros, a la izquierda, se elevaba una gran verja de dos hojas, junto a la caseta del guarda, que daba acceso al camino particular de la finca. Cuando pasamos vi varias caras que miraban curiosas desde las oscuras ventanas de la caseta, y un niño salió corriendo de detrás y se quedó mirándome. Me encogí contra el respaldo del asiento, con el corazón latiéndome violentamente, sabiendo por qué las ventanas estaban llenas de caras y por qué el niño se había quedado mirando.

Querían saber cómo era yo. Me los imaginaba hablando muy excitados, riendo en la cocinita.

–Yo sólo vi un pedazo de sombrero –dirían–; ¡escondió la cara! ¡Bueno! ¡Mañana la veremos! Ya nos dirán algo los de la casa.

Él adivinó, por fin, lo nerviosa que estaba, pues me cogió una mano, la besó, ríó ligeramente, y dijo:

–No tiene que importarte si notas algo de curiosidad. Todos querrán saber cómo eres. Es probable que no hayan hablado de otra cosa durante las últimas semanas. No tienes más que conducirte con naturalidad y todos te tomarán cariño en seguida. De la casa no tienes que preocuparte. La señora Danvers se encarga de todo. Tú déjala que haga. Al principio no me extrañara que estuviera un poco ceremoniosa contigo. Es una mujer muy rara. Pero no te importe. Es que es así. ¿Ves esos arbustos? Cuando las hortensias están en flor forman aquí como un muro

azul.

No dije nada, pues estaba pensando en aquella niña que hacía mucho tiempo compró una postal en la tiendecita de un pueblo y salió, mirando encantada su compra, a la luz del sol, diciéndose: «La voy a poner en mi álbum. Manderley. ¡Qué nombre más bonito! » Y era yo la que me encontraba aquí; en mi casa, y desde ella escribiría cartas a la gente, diciendo: «Estaremos en Manderley todo el verano. Tienen ustedes que venir a hacernos una visita». Me daría paseos por aquel camino, ahora extraño y desconocido, del que conocería cada recodo, cada curva, observando y aprobando el trabajo de los jardineros: allí habrían recortado el seto, más allá habrían podado aquellas ramas bajas; me llegaría a la caseta del guarda, junto a las verjas, para hacer una visita amable, diciendo a la vieja que viviría allí: «Bueno, abuela, y ¿cómo va hoy esa pierna? » Y la vieja, que ya no sentiría curiosidad por mí, me invitaría a pasar a la cocina.

Miré a Maxim y le envidié su tranquilidad, su falta de preocupaciones y la sonrisa que jugaba en sus labios, indicando lo contento que estaba de volver a su casa.

¡Qué lejos, qué remoto me parecía el momento en que yo, ya tranquila, sonriera al llegar a Manderley! ¡Ojalá llegara en seguida! Hubiera querido hasta ser una viejecita de pelo canoso y andar vacilante, con tal de conocer la satisfacción de llevar ya muchos años allí, mejor que aquella personilla tímida, atontada, que yo me sentía.

Cuando cruzamos la verja, las puertas se cerraron con estrépito tras nosotros. Quedó a nuestra espalda la polvorienta carretera pública, y me di cuenta de que no me había imaginado así el camino de la casa. Yo había pensado en una avenida amplia y espaciada, alisada a diario con el rastrillo y barrida de hojas, bordeada de césped bien cuidado.

Pero aquel camino se retorció y revolvía como una serpiente, y en algunos sitios apenas si era más ancho que un sendero. Sobre nuestras cabezas entrelazaban sus ramas los numerosos árboles, formando una bóveda como la de una iglesia. Ni siquiera el sol del mediodía podría penetrar el verde entretejido de aquellas hojas. Brotaban entrelazadas, demasiado espesas, las unas junto a las otras, y sólo algunos rayos temblorosos de cálida luz llegaban en olas intermitentes a salpicar de oro el camino. Reinaba un gran silencio, una gran paz. Por la carretera había soplado un alegre viento de Poniente, que azotaba la cara y hacía danzar en armonía a las bierbecillas de la cuneta, pero allí no hacía viento. Hasta el motor del coche sonaba de manera distinta, con runrún más bajo, más callado que antes. A medida que bajaba el camino hacia el valle, los árboles crecían más cerca de nosotros: hayas copudas, de troncos blancos, suaves y encantadores, elevaban sus mil ramas a la vez, y otros árboles, cuyos nombres no sabría decir, se nos acercaban tanto que hubiera podido tocarlos con la mano. Seguimos por el camino, cruzamos un puentecillo que salvaba un arroyuelo, y aquel camino, que apenas lo era, continuó retorciéndose y revolviéndose como una serpentina encantada a través de umbríos y silenciosos bosques, penetrando cada vez más hondo en el corazón de la espesura, sin que por parte alguna se viera un claro donde pudiera alzarse una casa.

Lo largo del camino comenzó a ponerme nerviosa. ¿Estaría allí, al dar aquella vuelta? ¿O pasada la otra? Pero me inclinaba en el asiento para ver mejor, y siempre quedaba burlada. Ni casa, ni campo, ni anchos jardines sonrientes, nada, sino el hondo silencio del bosque. Las verjas de entrada no eran ya sino un recuerdo, y la carretera pertenecía al pasado, pertenecía a un mundo distinto.

Surgió de repente un claro en el sombrío camino, un trozo de cielo, y en un instante se esparcieron los árboles, desaparecieron las matas anónimas y el camino apareció cercado de un muro rojo, como la sangre, que se elevaba por encima de

nuestras cabezas. Estábamos entre rododendros. Su súbita aparición fue increíble y hasta sobrecogedora. Nada hacía esperarlos mientras íbamos por el bosque. Me sorprendieron con sus corolas rojas, amontonadas las unas sobre las otras, en profusión increíble, sin mostrar ni una hoja, ni una rama, nada sino la orgía sangrienta de aquel rojo tremendo, zumoso, fantástico, distinto de todos los rododendros que hasta entonces viera.

Miré a Maxim. Sonreía.

–¿Te gustan?

Le dije que sí, todavía sorprendida, sin saber si decía la verdad, pues para mí los rododendros eran arbolillos caseros, domésticos, completamente convencionales, sonrosados o purpúreos, que crecen tranquilos los unos junto a los otros, en un orden macizo. Pero aquellos monstruos que elevaban la cabeza hacia el cielo, apretados como los soldados de un batallón, demasiado bellos, demasiado poderosos, no parecían flores.

Ya estábamos cerca de la casa. Vi cómo se ensanchaba el camino hasta convertirse en la avenida que yo esperaba, bordeada aún por aquel muro sangriento. Doblamos el último recodo y apareció Manderley. Allí estaba, aquel era Manderley, el Manderley de mi tarjeta postal, de hace tantos años. Gracioso, bellissimo, exquisito, sin mácula, aún más hermoso que lo que yo soñara, edificado sobre un otero, rodeado de suaves praderas y bancales de césped, con las terrazas que se fundían en los jardines, y los jardines en el mar.

Al llegar a las amplias escalinatas de la entrada, vi por una de las ventanas ajimezadas que el hall estaba lleno de gente, y oí a Maxím que dejó escapar a media voz una maldición.

–¡Maldita mujer! Sabe divinamente que no quería nada de esto –y frenó bruscamente–. Me temo que la cosa ya no tenga remedio –dijo irritado–. La señora Danvers, la muy majadera, ha reunido a toda la servidumbre de la casa y a todos los aperadores y gente de la finca para darnos la bienvenida. No te importe; tú no tienes que hacer nada. Yo me las arreglaré.

Traté en vano de dar con la manecilla de la portezuela. Sentí como un ligero mareo, y me noté entonces fría del viaje, demasiado largo. Descendió la escalinata el mayordomo, seguido de un criado, y me abrió la portezuela.

Era ya viejo, tenía una cara simpática, y le sonreí, alargándole la mano, pero creo que no me vio, porque en lugar de tomarla cogió la manta y mi saco de mano, volviéndose hacia Maxím, mientras me ayudaba a bajar del coche.

–Bueno, aquí nos tienes, Frith –dijo Maxim, quitándose los guantes–. Cuando salimos de Londres estaba lloviendo. Aquí no parece haber llovido. ¿Todos bien?

–Sí, señor, muchas gracias. No, aquí no ha llovido. Este último mes hemos tenido un tiempo más bien seco. Celebro mucho verle de vuelta en casa, señor, y espero que el señor esté bien. Y la señora.

–Los dos estamos bien, muchas gracias, Frith. Un poco cansados del viaje, y deseando tomar el té. No esperaba nada de eso –añadió señalando con la cabeza hacía el vestíbulo.

–Fueron órdenes de la señora Danvers, señor –dijo, sin alterar la expresión de la cara.

–Debí figurármelo –dijo Maxim bruscamente–. Anda, ven –Volviéndose hacía mí–. Vamos a salir pronto de esto, y luego podrás tomar una taza de té.

Subimos juntos a la escalinata, seguidos de Frith y del criado, que llevaban la manta y el impermeable. Notaba que algo me apretaba la garganta y aquella extraña angustia en la boca del estómago...

Aún hoy puedo cerrar los ojos y verme allí de pie en el umbral, insignificante, desgarbada, con mi trajecillo de punto, apretando nerviosamente, con las manos sudorosas, mis guantes de manopla. Veo el gran hall enlosado, las anchas puertas abiertas, que daban a la biblioteca, los cuadros de Peter Lelys y de Van Dick en las paredes, la exquisita escalera que conducía a la galería de los Trovadores, y allí, en el hall, formados en filas, rebosando por el pasillo también enlosado, y por el comedor, un mar de caras boquiabiertas, curiosas, mirándome, como si fueran la muchedumbre que se agolpaba alrededor de la horca, y yo la víctima, atadas las manos a la espalda. Alguien se despegó del mar de caras, alta, flaca, vestida de negro de pies a cabeza, de pómulos salientes y grandes ojos hundidos, que daban a su cara blanca como el pergamino, el aspecto de una calavera que coronaba un esqueleto.

Vino hacia mí, y yo le alargué la mano, envidiando su dignidad y compostura; pero cuando me dio la mano noté que la suya estaba flácida, tórpida, mortalmente fría, que se mantuvo en la mía como algo sin vida.

–Esta es la señora Danvers –dijo Maxim. Y comenzó a hablar ella, conservando aún su mano en la mía, fijos sus hundidos ojos sobre los míos, hasta que éstos vacilaron y huyeron, al mismo tiempo que me embargaba una sensación de agobio y bochorno.

No recuerdo sus palabras, pero me dio la bienvenida, en nombre propio y en el de la servidumbre, con un discurso ceremonioso y muerto como su mano. Cuando hubo terminado quedó como en espera de mi contestación, y recuerdo que enrojecí y tartamudeé al dar las gracias, al mismo tiempo que dejé caer, descuidada, los guantes al suelo. Se inclinó ella para recogerlos, y cuando me los daba vi una ligera sonrisa despectiva en sus labios, y adiviné al punto que me había juzgado malcriada. Un no sé qué en su cara me dio una sensación de inquietud, y hasta cuando volvió a ocupar su lugar cerca de los demás, veía aquella figura negra, de pie, sola, aislada, distinta, y aunque ya callaba, sabía yo que no me quitaba ojo. Maxim me cogió del brazo y dijo unas frases de agradecimiento, con perfecta naturalidad, sin azorarse lo más mínimo, como si para él aquello no supusiera ningún esfuerzo, y cuando hubo acabado, me llevó hacia la biblioteca para tomar el té, cerrando las puertas en cuanto hubimos entrado. Una vez más estábamos solos.

Dos cocker spaniels se levantaron de junto al fuego y vinieron a saludarnos. Echaron las patas a Maxim, con las largas y sedosas orejas hacia atrás, en señal de su alegría cariñosa, buscándole las manos con los hocicos. Le dejaron luego y vinieron hacia mí olfateando mis talones, entre sorprendidos y sospechosos. Uno de ellos era una perra tuerta y madre del otro. Pronto se cansó de mí y se alejó con un gruñido hacia la lumbre, pero *Jasper*, el más joven, me colocó el hocico en la mano y la cabeza sobre mis rodillas, con los ojos llenos de expresión, meneando el rabo con alegría, mientras yo le acariciaba las sedosas orejas.

Me encontré más a gusto cuando me quité el sombrero y la piel, pobretona y ridícula, y hube tirado ambas cosas sobre el asiento que corría a lo largo del ventanal. Era aquella una estancia sosegada, cómoda, cubiertas las paredes de libros hasta el techo, uno de esos aposentos de los que es difícil sacar a un hombre que vive solo. Había unos enormes sillones al amor de la lumbre y dos cestos para los perros, que, por lo visto, los usaban poco, a juzgar por las huellas deladoras que habían dejado en los sillones. Los anchos ventanales daban sobre los macízos de césped, y más allá se veía el distante reflejo del mar.

Se respiraba allí un perfume añejo y tranquilo, como sí se ventilara rara vez, a pesar de la fragancia de primavera que daban las lilas y las rosas durante todo el principio de verano. No importa qué aire entrase en aquel cuarto. Ya procediera del jardín o del mar, perdería su frescura original para incorporarse inmediatamente a

la atmósfera de la biblioteca, haciéndose uno con los libros, mohosos y jamás leídos, con el artesonado del techo, con los oscuros paneles de los muros y los pesados cortinajes. Era un olor añejo, era ese olor de las calladas iglesias donde los servicios divinos son raros, donde medra el líquen sobre las piedras y los zarcillos de la hiedra trepan hasta los ventanales. Un cuarto apacible, bueno para la meditación.

Pronto nos fue servido el té, de acuerdo con su divertido ritual ceremonioso, haciendo de oficiantes Frith y el criado joven. Yo no tomé parte hasta que se hubieron marchado. Mientras Maxim echaba una mirada a las numerosas cartas que encontró, yo jugaba con los bollos chorreantes de mantequilla, hacía miguitas con el bizcocho y sorbía el hirviente té.

De vez en cuando alzaba él la mirada y sonreía, volviendo luego a sus cartas –las llegadas durante los últimos meses, supuse–, y pensé en lo poco que yo sabía de su vida en Manderley, de lo que hacía un día y otro día, de sus amigos, de la gente que conocía, hombres y mujeres, de las cuentas que pagaba y las órdenes que daba en la casa. Las últimas semanas habían pasado tan rápidas que sentada a su lado en el coche, recorriendo Francia e Italia, no hice sino ver a Venecia por sus ojos, haciéndome eco de sus palabras, sin hacer preguntas acerca del pasado o del porvenir, contenta con la felicidad del presente, tan vivo.

Porque él era más alegre de lo que yo me había figurado, más cariñoso de lo que yo pude soñar, joven y apasionado de cien maneras distintas; no aquel Maxim que conocí la primera vez, ni el desconocido que se sentaba en el comedor de la mesa de al lado, con la mirada perdida, envuelto en sus secretos. No, no, mi Maxim reía y cantaba y tiraba piedras al agua, y me cogía de la mano; no fruncía el ceño ni daba la impresión de llevar una pesada carga sobre la espalda. Le había conocido como enamorado y como amigo, y durante aquellas semanas olvidé que Maxim tenía otra vida ordenada, metódica, que tenía que recomenzar, continuarla como antes, haciendo de las semanas que volaban una fiesta que pasó.

Le observaba mientras leía sus cartas haciendo un gesto de desagrado a una, sonriendo a otra, acabando la siguiente sin demostración alguna y de no haberlo evitado Dios, pensé que allí estaría mi carta escrita desde Nueva York. La hubiera leído con igual indiferencia, intrigado acaso al principio por la firma, y arrojándola luego entre las demás con un bostezo, mientras alargaba la mano para coger la taza de té. El saberlo me hizo sentir, un escalofrío, iqué estrecho fue el puente que unía la realidad con lo que pudo haber sido! El tomaría el té, como en aquel momento, continuando su vida casera como si nada hubiese ocurrido, y tal vez no hubiera pensado en mí mucho, desde luego sin nostalgia, mientras yo estaría en Nueva York jugando al *bridge* con la señora Van Hopper, esperando un día y otro la carta que no llegaba nunca.

Me repantigué en el sillón, mirando alrededor del cuarto, tratando de adquirir confianza en mí misma, de darme cuenta de que, en efecto, estaba en Manderley la casa de la tarjeta Postal, el tan famoso Manderley. Tenía que persuadirme a mí misma de que todo era mío, tan mío como suyo: el hondo sillón en que estaba sentada, aquellas filas de libros que llegaban hasta el techo, los cuadros de las paredes, los jardines, los bosques, el Manderley acerca del cual tanto había leído; todo era mío, porque me había casado con Maxim.

Allí nos haríamos viejos juntos, allí nos sentaríamos a tomar el té cuando lo fuéramos, Maxim y yo, con otros perros, hijos de éstos, y en la biblioteca se respiraría el mismo perfume añejo de aquellos momentos. La habitación conocería una época gloriosa de desorden y destrozos cuando los chicos fueran niños –nuestros hijos–, y los veía tumbados en el sofá, con las botas sucias de barro, trayendo cañas de pescar, palas de cricket, navajas de muelle y arcos y flechas.

Encima de la mesa, hoy ordenada y reluciente, habría una fea caja llena de mariposas y saltamontes y otra con huevos de pájaros envueltos en algodón.

–No me traigáis aquí esas porquerías –diría yo–; llevadlas a vuestra leonera, hijitos –y saldrían corriendo, dando voces, menos el más pequeño, que se quedaría jugando solo, más tranquilo que los otros.

La puerta, al abrirse, interrumpió mi sueño y, entró Frith, seguido del criado, para llevarse el servicio. Cuando se lo hubo llevado, me dijo:

–Señora, pregunta la señora Danvers si le gustaría a la señora ver sus habitaciones.

Levantó Maxim la cabeza, interrumpiendo la lectura de sus cartas, y dijo:

–¿Qué tal han quedado las habitaciones.

–Han quedado muy bien, señor, es mi opinión; los obreros ensuciaron mucho, como era de esperar, mientras estuvieron trabajando. Hubo un momento en que la señora Danvers temió que no iban a estar listas para cuando vinieran los señores. Pero terminaron el lunes pasado. Yo creo, señor, que los señores estarán muy cómodos allí, Aquella parte de la casa tiene más sol.

–¿Has hecho obras? –pregunté.

–Nada de importancia –respondió Maxim lacónicamente–. He mandado decorar de nuevo y pintar las habitaciones de la parte este, que pensé podríamos usar nosotros. Como dice Frith, esa parte de la casa es mucho más alegre, y tiene una magnífica vista de la rosaleda. En tiempos de mi madre estaba destinada a los invitados. Mira, yo voy a acabar con estas cartas y luego subiré contigo. Vete tú ahora a hacerte amiga de la señora Danvers; es la ocasión.

Me levanté despacio, y volví a sentirme nerviosa cuando salí al hall. Hubiera preferido esperarle y haber visto las habitaciones cogida de su brazo. No me gustaba ir sola con la señora Danvers. ¡Qué grande parecía el hall vacío! Resonaban mis pisadas sobre las losas, despertando el eco del techo y me pareció feo hacer tanto ruido como quien llega tarde a la iglesia, azorado, notando que interrumpe a los demás. Mis pisadas resonaban estúpidamente, y pensé que Frith, con sus suelas de fieltro, debía reírse de mí.

–¡Qué grande! ¿Verdad? –dije con demasiada animación, forzosamente, como si todavía fuera una colegiala.

Pero él me contestó con gran solemnidad:

–Sí, señora; Manderley es muy grande. No tan grande como otras cosas, naturalmente; pero es bastante grande. En los tiempos antiguos éste era el salón de los banquetes. Aún se usa en las grandes ocasiones: una cena de gala o un baile. Sabrá la señora que se admite al público a ver la casa una vez a la semana.

–Sí –dije, dándome cuenta de mis ruidosos pasos, según le seguía, y notando que él me hablaba como probablemente lo hubiera hecho con un visitante extraño, y que yo, por mi parte, me conducía como tal, mirando a uno y otro lado, observando los trofeos y los cuadros de las paredes, tocando la tallada balaustrada de la escalera.

Un bulto negro me esperaba en el rellano los ojos hundidos, mirándome con fijeza desde aquella cara de calavera. Volví la cabeza en busca de Frith, pero ya se alejaba por un corredor que salía del hall.

Me encontraba a solas con la señora Danvers. Subí los anchos escalones hasta ella, que me esperó inmóvil, con las manos cruzadas y los brazos caídos, los ojos insistentemente fijos en mí. Forcé una sonrisa, que no fue correspondida, ni me extraña, pues no había motivo alguno para sonreír, y fue el hacerlo un gesto tonto, afectado y artificial.

–¿La he hecho esperar? –dije.

–Estoy a disposición de la señora para esperarla –dijo–. Estoy aquí para cumplir las órdenes de la señora.

Dio media vuelta, y entrando por el arco apuntado de la galería, echó a andar por el corredor que salía de allí. Fuimos por un pasillo alfombrado, torcimos a la izquierda, pasamos por una puerta de roble, descendimos un corto tramo de escalera y subimos otro igual, hasta llegar, al fin, ante una puerta. La abrió y se hizo a un lado, para dejarme pasar. Me hallé en una como antesala o *boudoir*, amueblada con un sofá, unas sillas y una mesa de escribir. Daba este cuarto a una gran alcoba, de amplios ventanales, con dos camas, y en cuyo fondo se veía un cuarto de baño. Fui directamente a la ventana y miré hacia fuera. Se veían abajo la rosaleda y parte de la terraza. Más allá de la rosaleda se extendía una pradera de suave césped hasta el bosque vecino.

–Desde aquí no se ve el mar –dije, volviéndome hacia la señora Danvers.

–No, desde esta parte de la casa ni siquiera se le oye. Desde esta parte de la casa sería difícil suponer que está el mar tan cerca.

Hablaba de una manera extraña, como sí quisiera insinuar algo, poniendo todo el énfasis de la frase en «esta parte de la casa», como dando a entender que las habitaciones en donde estábamos eran inferiores a las demás.

–Lo siento, pues me gusta el mar.

No respondió; continuó con la mirada fija, y las manos cruzadas delante.

–Sin embargo, las habitaciones son preciosas, y estoy segura de que me encontraré aquí a gusto. Tengo entendido que las han decorado de nuevo para nosotros.

–Sí –respondió.

–¿Cómo estaban antes?

–Estaban empapeladas en color malva; y las cortinas eran distintas. El señor pensó que el efecto era triste. Antes, solamente se usaban como cuartos de huéspedes. Pero el señor escribió ordenando que se preparasen precisamente estas habitaciones para la señora.

–¡Ah!, entonces... ¿no era éste su cuarto antes?

–No, señora; el señor no ha usado nunca las habitaciones de esta parte de la casa.

–No me lo había dicho.

Me acerqué al tocador y comencé a peinarme. Ya habían deshecho mi equipaje, y mis peines y cepillos estaban en su bandeja. Me alegré de que Maxim me hubiera regalado aquel juego de cepillos y de que estuvieran allí, sobre el tocador, para que los viera la señora Danvers. Eran buenos y habían costado bastante. No tenía por qué avergonzarme de ellos.

–Alice se ha encargado de deshacer las maletas, y se cuidará de todo hasta que llegue la doncella de la señora –dijo la señora Danvers, y volví a sonreír, dejando el cepillo en el tocador.

–Pero yo no tengo doncella –dije, turbada–. Alice, si es que así se llama la criada que arregla las habitaciones, creo que, me servirá.

Hizo el mismo gesto que cuando se me cayeron los guantes, la primera vez que nos vimos.

–Como arreglo definitivo, me permito opinar que tal vez no resultara satisfactorio. La señora sabe que las señoras de su posición acostumbran tener una doncella para su servicio personal.

Noté que me ponía colorada, y volví a coger el cepillo. Me di cuenta de la crítica escondida de sus palabras.

–Si lo cree usted necesario, tal vez usted pueda buscarme una –dije, rehuyendo su mirada–. Tal vez una chica joven que quiera aprender...

–Como mande la señora. La señora decidirá lo que desea.

Sobrevino una pausa. ¿Por qué no se iba? ¿Por qué permanecía allí, de pie, mirándome, con las manos cruzadas sobre el fondo negro de su vestido?

–Supongo que lleva usted muchos años en Manderley –dije, esforzándome de nuevo–; más años que nadie.

–Frith vino antes que yo. –Y pensé que su voz era tan fría, tan sin vida, como la mano que había tenido en la mía–. Frith ya estaba aquí en vida del padre del señor, cuando aún el señor era un muchacho.

–¡Ah! ¿Y usted vino luego?

–Sí; Yo vine más tarde.

La miré otra vez y otra vez me encontré con sus ojos oscuros y sombríos, hundidos en la cara blanca, que no sé por qué, me daban una sensación de angustia, pues parecían presagiar algo funesto. Traté de sonreír, pero no pude. Me encontraba fascinada por aquellos ojos sin luz, en los que no brillaba ni el más leve destello de simpatía por mí.

–Yo vine cuando se casó la difunta señora –dijo. La voz apagada y monótona hasta entonces, sonó con animación inesperada, llena de vida y significado, y apareció un leve tinte rosáceo sobre los cadavéricos pómulos.

Fue el cambio tan repentino lo que me sorprendió y hasta me alarmó ligeramente. No sabía qué hacer ni qué decir. Me dio la impresión de que había pronunciado palabras prohibidas, palabras que había llevado escondidas dentro durante mucho tiempo y que ya no serían reprimidas en adelante. Sus ojos continuaban clavados en mi cara; me miraban con una mezcla curiosa de lástima y desprecio, que llegó a hacer creerme todavía más joven y menos madura de lo que hasta entonces había pensado.

Estaba claro que me despreciaba, por haberme clasificado, con toda la severidad de la gente de su clase, no como una gran señora, sino como un ser humilde, tímido y apocado. Pero en aquellos ojos había algo más que mero desprecio: había antipatía y, acaso, maldad.

Tenía que decir algo. No podía continuar allí sentada, jugando con los cepillos indefinidamente, y dejándole ver lo poco que me fiaba de ella y lo mucho que la temía.

–Señora Danvers –oí decir a mi propia voz–, espero que seremos buenas amigas y que lleguemos a entendernos mutuamente. Al principio tendrá que tener paciencia conmigo, porque, como usted sabe, todo esto es nuevo para mí. Hasta ahora he vivido de manera muy distinta. Pero quiero tener éxito, y, sobre todo, hacer feliz al señor. Ya sé que todo lo de la casa lo puedo dejar en sus manos, porque el señor me lo ha dicho así. Usted tiene que continuar como hasta ahora, pues yo no pretendo cambiar nada.

Me paré un poco anhelante, poco segura de mí misma, y sin saber si había escogido bien mis palabras. Cuando alcé la vista vi que se había alejado y que estaba junto a la puerta, con las manos sobre el picaporte.

–Perfectamente –dijo–. Espero que no tenga que rectificar nada. Hace ya más de un año que llevo la casa, y el señor no se ha quejado nunca. En tiempo de la difunta señora, era distinto. Entonces se celebraban aquí muchas fiestas y venían muchos invitados, y, aunque llevaba la casa, a la señora le gustaba vigilarlo todo

personalmente.

Volví a tener la impresión de que elegía las palabras con sumo cuidado, que estaba procurando tantearme y ver el efecto que hacía sobre mí lo que me iba diciendo.

–Prefiero dejarlo todo en sus manos –respondí–, lo prefiero con mucho.

Y al oírme volvió a poner aquella expresión que había notado antes, cuando nos dimos la mano en el hall, una mirada de irrisión y de supremo desprecio. Se daba cuenta de que ya no podría nunca luchar con ella y que, además, la temía.

–¿Desea la señora alguna otra cosa? –dijo, echando una mirada alrededor del cuarto.

–No –respondí–. Creo que tengo todo lo que necesito. Aquí me encontraré muy a gusto. Ha arreglado usted estos cuartos divinamente.

Le ofrecía esta última frase de abyecta adulación, como carnaza que se brinda a una fiera para aplacarla. Se encogió de hombros, pero no se movió.

–Me he limitado a seguir las instrucciones del señor –dijo.

Se detuvo, como si vacilase, la mano en el picaporte de la puerta, ya abierta. Parecía como si, queriendo decirme algo aún y no sabiendo cómo empezar, esperase que yo le diese ocasión de hacerlo.

Ya tenía ganas de que se marchase. Permanecía allí como una sombra, vigilándome, mirándome con sus ojos hundidos, engastados en aquella cara de calavera, sin vida.

–Si la señora encuentra algo que no esté a su gusto, le agradeceré que me lo diga inmediatamente.

–Sí, sí, claro, señora Danvers. –pero yo sabía que no era aquello lo que quería decirme, y una vez más hubo una pausa.

–Si el señor preguntase por el armario grande –dijo, rompiendo a hablar de repente–, la señora debe decirle que fue imposible trasladarlo. Probamos, pero no se pudo hacerlo pasar por estas puertas tan estrechas. Estos cuartos son más pequeños que los de poniente. Y si al señor no le gusta algo de lo que he hecho, supongo que me lo dirá. No fue fácil amueblar bien estas habitaciones.

–No se preocupe, señora Danvers –dije yo– Estoy segura de que todo le parecerá bien. Lo único que siento es haberles causado tanta molestia. No tenía ni idea de que había mandado decorar y amueblar de nuevo esta habitación. No debió hacerlo. Después de todo, hubiéramos estado igualmente en las habitaciones de poniente.

Me miró con curiosidad y comenzó a dar vueltas al tirador de la puerta.

–El señor escribió que la señora prefería estas habitaciones –dijo–. Los cuartos de poniente son muy antiguos. La alcoba de las otras habitaciones es dos veces más grande que ésta. Es un cuarto precioso, con un artesonado de mucho mérito. La sillería, tapizada, también es de gran valor, así como la chimenea, tallada, que es la mejor de toda la casa. Las ventanas dan a los macizos de césped y al mar.

Me encontraba violenta y turbada. No comprendía el motivo de la hostilidad que se traslucía en sus palabras ni por qué insistía en lanzar indirectas para indicarme que el cuarto en donde me había instalado no era gran cosa, estaba por debajo de la excelencia predominante de Manderley, y era como si dijéramos, un cuarto de segunda clase, bueno para una persona sin importancia.

–Supongo –dije– que el señor reserva los cuartos de más mérito para enseñárselos al público.

Continuó moviendo el picaporte, alzó la vista, fijándola de nuevo en mis ojos, dudando antes de hablar, y cuando lo hizo oí su voz, más apagada, más muerta que

nunca.

–El público solamente visita el hall, la galería y los salones del piso bajo, pero nunca sube a los dormitorios. –Hizo una pausa y me observó con calma. Luego continuó:– Los señores, en vida de mi difunta señora, usaban las habitaciones de poniente. Ese cuarto grande del que hablaba, era la alcoba de mi senora.

Le cruzó una sombra por la cara, y se aplastó contra la pared como si quisiera pasar inadvertida. Se oyeron unos pasos en el corredor y entró Maxim en el cuarto.

–¿Qué tal? ¿Te gusta? ¿Estás contenta aquí? –Miró alrededor entusiasmado, tan entusiasmado como un chiquillo–. Siempre me pareció precioso este cuarto –dijo–. Durante años atrás ha estado relegado, como cuarto de huéspedes, pero yo siempre he creído que se podía sacar mucho partido. Y usted lo ha conseguido, señora Danvers; lo ha hecho divinamente. La felicito de veras.

–Gracias, señor –dijo, con la cara inexpresiva, y luego giró sobre los talones y se marchó, cerrando la puerta suavemente tras ella.

Maxim se asomó a la ventana.

–Me encanta la rosaleta –dijo–. Uno de los primeros recuerdos que tengo de esta vida es cuando salía con mi madre a la rosaleta, todavía andando con apuros detrás de ella, que iba cortando los tallos secos. Este cuarto me resulta acogedor y tranquilo. ¿No crees? Parece mentira que esté a cinco minutos del mar.

–Eso fue lo que dijo la señora Danvers.

Se apartó de la ventana y se puso a curiosear por el cuarto de un lado a otro, mirando los cuadros, tocando las cosas, abriendo los armarios y acariciando mis trajes, que ya habían sacado de las maletas.

–¿Qué tal te fue con la buena señora Danvers? –dijo de repente.

Me volví de espalda, hacia el espejo, antes de contestar, comencé a cepillarme el pelo otra vez.

–Parece un poco seca –dije al cabo de un momento–; puede que pensara que yo iba a entremeterme en el manejo de la casa.

–No creo que le importara si lo hicieras –dijo.

Alcé la cabeza y vi que estaba mirándome en el espejo, y luego se volvió y fue de nuevo hacia la ventana, silbando bajito, y se quedó allí meciéndose sobre los pies.

–No le hagas caso –dijo–; es un bicho raro en muchas cosas, y puede que no sea fácil para una mujer llevarse bien con ella. Pero no te preocupes; si te da la lata, le diremos que se vaya. Aunque es trabajadora, hace las cosas bien, y te quitará de encima las preocupaciones de la casa. Puede que sea demasiado ordenancista con los criados. Conmigo, claro, no se atreve. Pronto la pondría de patitas en la calle.

–Cuando nos conozcamos mejor, seguramente nos llevaremos bien –dije de prisa–; después de todo, es natural que, al principio, le moleste que haya venido yo.

–¿Molestarle? ¿Por qué iba a molestarle? ¿Qué diablos quieres decir? –Dijo esto al tiempo que se volvía hacia mí, ceñudo, con una expresión extraña en la cara, casi airada. Aunque no comprendía qué le había molestado procuré arreglarlo.

–Quiero decir que debe de ser mucho más fácil para una ama de llaves cuidar a un hombre solo –dije–. Seguramente ya se había acostumbrado, y acaso temiera que yo fuera una déspota.

–¡Una déspota...! ¡Sería el...! –comenzó–. Mira, si crees que...

Dejó ambas frases sin terminar, vino hacia mí y me dio un beso en la cabeza.

–Vamos a no hablar más de la señora Danvers –dijo–. La verdad es que me interesa muy poco. Anda, ven, que te voy a enseñar algo de Manderley.

Aquella noche no volví a ver a la señora Danvers ni hablamos de ella más. Cuando la hube echado de mis pensamientos me sentí muy a gusto; menos intrusa. Mientras vagábamos por los salones del piso bajo, mirando los cuadros, Maxim me echó un brazo por la espalda y comencé a sentirme más como me hubiera gustado ser, más aquella a quien había imaginado en mis sueños que hacía de Manderley su hogar.

Ya no resonaban escandalosos mis pasos sobre las losas de piedras del hall, pues los claveteados zapatos de Maxim hacían mucho más ruido que los míos, y las acompasadas pisadas de los dos perros nos seguían simpáticas y tranquilizadoras.

También fue objeto de alegría para mí aquella primera noche, que apenas habíamos acabado de ver los cuadros, lo que nos llevó bastante tiempo, Maxim miró el reloj y dijo que ya no teníamos tiempo de vestirnos para cenar, así que me ahorró la turbación ante Alice, la criada, que me hubiera preguntado lo que me iba a poner y me hubiera ayudado a vestirme; y luego, el bajar el tramo largo de la escalera con frío, los hombros desnudos, con un traje de noche que la señora Van Hopper me había regalado porque le sentaba mal a su hija. Había estado pensando con miedo en una cena ceremoniosa en el austero comedor, y al fin, por el insignificante detalle de no habernos vestido, todo se había arreglado e íbamos a cenar como lo haríamos en los restaurantes públicos. Me encontraba a gusto con mi trajecillo de punto, y reí y hablé de las cosas que habíamos visto en Italia y, Francia, y extendimos las instantáneas en la mesa, mientras Frith y el criado nos servían, tan lejanos de nosotros como cualesquiera otros camareros, sin mirarme como la señora Danvers.

Después de cenar nos sentamos en la biblioteca, y al poco rato entraron para correr las cortinas y echar más leños en la chimenea. Hacía fresco para ser ya mayo, y se agradecía el suave calor de los leños, que ardían poco a poco.

Nunca nos habíamos sentado así después de cenar, pues cuando en Italia salíamos, a pie o en coche, era para irnos a un café o pararnos a contemplar la vista desde un puente cualquiera. Maxim se dirigió instintivamente hacia el sillón que quedaba a la mano izquierda de la chimenea, y cogió un periódico. Acomodó luego la cabeza sobre uno de los grandes almohadones y, encendió un cigarrillo. «Tiene esa costumbre –me dije–, eso es lo que hace siempre, lo que ha venido haciendo durante años y años.»

Continuó leyendo el periódico, sin mirarme, feliz, cómodo, reanudando su vida en su casa. Según me encontraba sentada allí, pensando, mientras acariciaba las suaves orejas de los perros, se me ocurrió que no era yo la primera que se había arrellanado en aquel sillón: alguien me había precedido, alguien antes que yo había dejado en los almohadones la huella de su cuerpo y en el brazo la impresión de su mano. Otra había servido el café con aquella misma cafetera de plata, y se había llevado luego la taza a los labios, se había inclinado hacia el perro, exactamente como yo estaba haciendo en aquel mismo instante.

Sentí un soplo helado en la espalda, como si alguien hubiera abierto detrás de mí una puerta. ¡Estaba sentada en el sillón de Rebeca! ¡Estaba apoyada en el almohadón de Rebeca! El perro se me había ido acercando hasta colocar la cabeza sobre mis rodillas, indudablemente también por costumbre, porque se acordaba de que, antes, ella le solía dar un terrón de azúcar después de cenar...

Capítulo VIII

No me había figurado el orden que presidía y regulaba la vida de Manderley. Me acuerdo ahora, mirando al pasado, de aquella primera mañana, y veo a Maxim,

levantado, vestido y ya escribiendo, aun antes del desayuno. Y cuando bajé ya dadas las nueve, algo apurada por resonantes golpes del batintín, pude darme cuenta de que Maxim había acabado y estaba pelando una fruta.

Alzó la cabeza y sonrió.

–Me tienes que perdonar –dijo–, y me temo que te tendrás que acostumbrar a que no te espere para el desayuno. A estas horas tengo mucho quehacer. Llevar una finca como Manderley no se hace en media hora diaria. El café y los platos calientes están ahí encima, en el aparador. Aquí nos servimos nosotros mismos el desayuno.

Dije algo como que mi reloj estaba atrasado, o que me había entretenido en el baño, pero no me oyó. Estaba leyendo una carta que le hizo fruncir el ceño.

¡Cómo me impresionó aquella mañana, me acuerdo, y hasta me dejó un poco asustada, la excesiva suculencia y abundancia del desayuno que nos habían preparado! Había té en una gran tetera de plata, y también café; sobre una bandejita de plata, con una llama de alcohol debajo, estaban los platos calientes, muy calientes; huevos revueltos, una fuente de tocino ahumado y otra de pescado. También vi unos huevos pasados por agua en un calentador especial y porridge en una soperita de plata. En el otro aparador había un jamón magnífico y una fuente de tocino ahumado, frío. Sobre la mesa encontré bollitos calientes de maíz, pan tostado, varias dulceras con mermeladas y miel y, a cada extremo, un gran frutero cargado de frutas. Me pareció raro que Maxim, que en Italia y en Francia se había desayunado, por lo general, con una taza de café, un croissant y algo de fruta, al llegar a su casa se sentara ante aquel desayuno, que hubiera sido suficiente hasta para doce personas, y lo hiciera a diario, año tras año, sin darse cuenta del ridículo despilfarro.

Noté que había comido un pedacito de pescado. Yo cogí un huevo pasado por agua, y traté de imaginarme lo que ocurriría con aquellos huevos revueltos, aquel rizado de tocino ahumado, el porridge, lo que sobró del pescado... ¿Habría unos criados, a quienes nunca conocería ni vería, esperando detrás de la puerta de la cocina el regalo de nuestro desayuno? ¿O lo tiraban todo en el cubo de la basura? Claro que nunca lo sabría, pues no me atrevería a preguntarlo.

–A Dios gracias, no tengo una turba de parientes con que mortificarte –dijo Maxim–. Una hermana, a quien veo poco, y una abuela medio ciega. Y a propósito, Beatrice me ha escrito convidándose a comer. Lo esperaba. Supongo que quiere ver qué tal eres.

–¿Hoy? –pregunté, cayéndome el alma a los pies.

–Sí; eso dice en la carta que he recibido esta mañana. No se quedará mucho tiempo. Te gustará. Es de esas personas que no se andan con rodeos, y dicen lo que sienten. Nada de disimulo. Sí no le gusta, te lo dirá ella misma.

No me pareció esto muy animador, y llegué a pensar que acaso la falta de sinceridad pudiera ser una virtud. Maxim se levantó, encendiendo un cigarrillo.

–Esta mañana tengo un horror de cosas que hacer. ¿Crees que podrás arreglártelas sola? Me hubiera gustado acompañarte a pasear por el jardín, pero tengo que ver a mi administrador, Crawley. Hace ya demasiado tiempo que lo tengo todo abandonado. ¡Ah! ¡Por cierto! También vendrá él a comer. No te importa, ¿verdad? ¿Te las arreglarás para divertirte tú sola?

–Claro que sí. Ya me entretendré.

Recogió sus cartas y salió del comedor. En aquel momento pensé que no me había imaginado así mi primera mañana en Manderley. Me había figurado que iríamos juntos al paseo, cogidos del brazo, hasta el mar, y que volveríamos bastante tarde, cansados y felices, para comer, solos, unos fiambres y sentarnos

luego a la sombra del castaño que se veía desde la ventana de la biblioteca.

Procuré alargar lo más posible aquel mi primer desayuno, y hasta ver que Frith entraba y que miraba desde detrás del biombo de servicio, no me di cuenta de que ya eran más de las diez. Me levanté de un salto y me disculpé por haberme estado allí sentada hasta tan tarde; pero él se inclinó, sin decir nada, muy ceremonioso y correcto, no obstante lo cual pasó por sus ojos un relámpago de sorpresa. Pensé si habría dicho alguna inconveniencia. Tal vez no hubiera debido disculparme. Acaso eso me rebajase a sus ojos. ¡Cómo me hubiera gustado saber qué decir, qué hacer! ¿Habría pensado, como la señora Danvers, que únicamente con muchos esfuerzos largos y penosos, tras amarguras sin cuento conseguiría yo alcanzar la elegancia, la oportunidad, la educación que no me habían sido enseñadas de pequeña?

Al salir del comedor tropecé, por no fijarme, en el escalón de entrada, y Frith acudió presuroso en mi ayuda, recogiendo del suelo el pañuelo, que se me había caído, mientras Robert, el criado más joven, que estaba de pie detrás del biombo, volvía la cara para ocultar una sonrisa.

Cuando atravesaba el hall llegó el rumor de sus voces, y oí que uno de ellos se reía; supuse que Robert. Puede que se estuviera riendo de mí. Subí al otro piso, donde encontré a una, criadas limpiando. Una de ellas barría el suelo y otra estaba quitando el polvo del tocador. Me miraron sorprendidas. Y yo me volví a marchar rápidamente. Tampoco estaba bien, por lo visto, que fuera a mi cuarto a aquellas horas. No esta a previsto. Interrumpía el orden establecido en la casa. Volví a bajar, procurando no llamar la atención de nadie, dando gracias al cielo de que mis zapatillas no hicieran ruido sobre las losas, y me dirigí a la biblioteca, que encontré fría, con las ventanas abiertas de par en par y el fuego preparado, pero sin encender.

Cerré las ventanas y busqué una caja de cerillas. No vi ninguna por allí. No sabía qué hacer. No quería llamar. Pero la biblioteca, tan templada y acogedora la noche antes, con los leños ardiendo, por la mañana estaba como una nevera. En mi cuarto tenía cerillas, pero no quise subir a buscarlas por no volver a interrumpir a las criadas. No tenía ganas de que se me quedasen mirando otra vez, con sus carotas de torta. Por fin, decidí que cuando Frith y Robert saliesen del comedor iría a buscar una caja de cerillas al aparador. Salí de puntillas al hall. Estaban todavía quitando la mesa, pues aún sonaban sus voces y ruido de platos. Pasó un rato y, al fin, quedó todo en silencio. Supuse que se habían marchado por la puerta de servicio hacia las dependencias de la cocina, y atravesé el hall, entrando una vez más en el comedor. Sí, en el aparador había una caja de cerillas, pero en aquel mismo momento entró Frith. Procuré ocultar las cerillas furtivamente en el bolsillo, pero vi que me miraba sorprendido.

–¿Quería algo la señora? –dijo.

–¡Ah! ¡Frith! –balbucí–. Es que no encontraba las cerillas.

Sacó inmediatamente una caja, que me ofreció, y también una cigarrera con pitillos. Otro contratiempo, pues yo no fumaba.

–No, verá, si lo que pasa –dije– es que..., es que tenía frío en la biblioteca. Supongo que, como vengo del extranjero.... y se me ocurrió encender la chimenea.

–El fuego de la biblioteca no se suele encender hasta la tarde, señora. La difunta señora solía usar el gabinete por la mañana. Allí encontrará la señora un buen fuego. Naturalmente, si la señora desea tener fuego en la biblioteca, mandaré que se encienda inmediatamente.

–¡Oh no! –dije– ¡De ninguna manera! Me iré al gabinete. Muchas gracias, Frith.

–La señora encontrará allí papel, plumas y tinta. La difunta señora escribía allí todas sus cartas y daba sus órdenes por teléfono, después del desayuno. Si la

señora quiere hablar con la señora Danvers, allí encontrará también el teléfono interior de la casa.

–Muchas gracias, Frith.

Di la vuelta y me dirigí de nuevo hacia el hall, tarareando una musiquilla para parecer muy segura de mí misma. No podía decirle que jamás había visto el gabinete, que Maxim no me lo había enseñado la noche antes. Me di cuenta de que Frith estaba a la puerta del comedor mirándome atravesar el hall, y comprendí que tenía que hacer como si supiera el camino. A la izquierda de la escalera principal había una puerta y hacia ella me dirigí resueltamente, rogando desde lo más hondo del corazón que por allí se fuese a mi ansiado destino, pero cuando llegué junto a ella y la abrí vi que era un cuarto de desahogo para cosas del jardín; en el centro había una mesa donde se arreglaban las flores, y contra las paredes sillas de mimbre, las unas sobre las otras, mientras que, colgando de una percha, había unos impermeables. Salí con gesto de suficiencia, miré a través del hall, y vi a Frith donde le había dejado.

–Para ir al gabinete, tiene la señora que ir por la sala y el salón –dijo–. Pase la señora por esa puerta, la que tiene la señora a la derecha, a este lado de la escalera. Entonces, una vez pasado el salón, debe la señora torcer a su izquierda.

–Gracias Frith –dije humildemente, abandonando mis aires de suficiencia.

Pasé por el salón grande, tal como me habían dicho. Era una habitación preciosa, de proporciones perfectas, mirando a los macizos de césped y al mar. Supuse que el público visitaría el salón, y Frith, si era él quien enseñaba la casa, les diría la historia de cada uno de los cuadros de la pared y la época a que cada mueble pertenecía. Era magnífico como digo; lo veía bien a las claras, y probablemente aquellas sillas y aquellas mesas no tenían precio; pero, sin embargo, no me apetecía quedarme allí; no me veía sentada en aquellas sillas, ante la chimenea tallada, ni concebía como posible dejar caer un libro sobre aquella mesa. Todo respiraba la formalidad del cuarto de un museo de esos en donde las alcobas están protegidas por cordones atravesados, y donde hay un guarda sentado junto a la puerta, con una capa y un sombrero como los de los guías de los *châteaux* franceses. Pasé de largo el salón y me encontré en un gabinete que no había visto hasta entonces.

Me alegró encontrarme allí con los perros, tumbados junto al fuego. *Jasper* se levantó y vino hacia mí, moviendo el rabo, y me buscó la mano con el hocico. La perra levantó la cabeza al acercarme yo y miró en mi dirección con sus ojos cegados; pero cuando olfateó el aire y vio que yo no era la que ella esperaba, volvió la cabeza con un gruñido y se quedó de nuevo mirando al fuego. *Jasper* me dejó y fue a tumbarse, lamiéndose, junto a su compañera. También ellos estaban acostumbrados a aquello. Ellos, como Frith, sabían que la chimenea de la biblioteca no se encendía hasta por la tarde. E iban al gabinete por costumbre, ya antigua. No sé por qué, aun antes de asomarme a la ventana, me figuré que aquel cuarto daría a los rododendros. En efecto, allí estaban rojos como la sangre, exuberantes, tal como los había visto la tarde anterior, formando espesos setos, amontonándose bajo la ventana abierta, atreviéndose a amenazar al camino en curva. En medio de sus filas se abría un claro de césped, como un diminuto macizo donde la hierba simulaba una aterciopelada alfombra, y en cuyo centro se veía la estatuilla de un fauno desnudo tocando el caramillo.

Resaltaba sobre el fondo rojo oscuro de los rododendros, y aquella pradera en miniatura parecía el escenario donde él bailarían y dirían su papel. No se respiraba en aquel cuarto el mismo perfume cerrado de la biblioteca. Tampoco vi los sillones de aspecto sentado y suave con el uso, ni mesas llenas de revistas y periódicos, rara vez o nunca leídos, que estaban allí porque siempre estuvieron acaso porque el padre, o hasta el abuelo de Maxim lo habían querido.

Este era un cuarto de mujer, gracioso, delicado, el cuarto de alguien que hubiera escogido con gran cuidado cada uno de los muebles, para que cada silla, cada florero, cada detalle insignificante, estuviera en armonía con el conjunto y con la personalidad de su dueña. Parecía como si hubiera puesto el cuarto, diciendo: «Esto para mí; y esto, para mí. Y esto, y esto también.» Eligiendo entre los tesoros de Manderley todo lo que le había agradado, rechazando lo corriente y lo mediocre, eligiendo con seguro instinto únicamente lo mejor de lo mejor. No había allí mezclas de estilo ni confusiones de época, y el resultado era de una perfección, sorprendente y aun asombrosa, no fríamente severa como la del salón que se enseñaba a los turistas, sino llena de vida, compartiendo algo del resplandor y la exuberancia de los rododendros que se estrechaban bajo la ventana. Y noté que, no contentos con que formaran aquel teatrillo del claro jardín, se les había permitido la entrada hasta el mismo cuarto. Sus grandes corolas encendidas me miraban desde la repisa de la chimenea, se mecían en un tripudo florero, junto al sofá, y se alzaban esbeltos y graciosos sobre el secreter, junto a unos candelabros dorados.–

El cuarto estaba lleno de ellos, y hasta las paredes tomaban su colorido, enriqueciéndose y brillando con los rayos del sol mañanero. No había otras flores en el cuarto, y pensé si obedecería a algún propósito, si el cuarto había sido arreglado desde un principio con este pensamiento, pues en ninguna otra habitación de la casa resaltaban los rododendros. Había flores en el comedor, flores en la biblioteca, pero sumisas y modestas, meros detalles, no con tanta profusión. Me senté, y me extrañó que aquel cuarto, tan encantador y perfecto de colorido fuese al mismo tiempo tan práctico, tan marcadamente eficiente. No sé, pero hubiera yo supuesto que una habitación como aquella, amueblada con gusto tan exquisito, no obstante la exagerada profusión de las flores, tenía que ser un lugar de belleza pura, íntimo y bueno para el descanso.

Pero aquel escritorio, aunque bellísimo, no era un lindo juguete donde una mujer se sentara a escribir cartitas, mordiendo la pluma, y abandonándolo luego durante varias semanas, con la carpeta algo torcida. Las casillas interiores estaban marcadas: «Cartas pendientes», «Cartas para archivar», «Casa», «Finca», «Mínutas», «Varios», «Direcciones». Los rótulos estaban todos escritos con aquella letra muy sesgada y picuda que ya conocía. Y me sorprendió, casi me sobrecogió reconocerla, pues no la había vuelto a ver desde que quemé la página del libro de versos, y creí que nunca más volvería a encontrarla.

Abrí un cajón, al azar, y de nuevo me sorprendió la escritura aquella, esta vez en un libro abierto, cuyo encabezamiento «Invitados a Manderley» me indicó de qué trataba. Divididos por semanas y meses, allí estaban relacionados todos los visitantes que habían ido y venido, con expresión de los cuartos que habían ocupado, lo que habían comido... Volví las páginas del libro y vi que eran la historia completa de un año. La señora de la casa, con tan sólo una ojeada, podía averiguar con aquel libro, día por día, casi hora por hora, quién había pasado la noche bajo su techo, dónde había estado alojado y lo que se le sirvió de comer y cenar. También vi en el cajón papel de escribir, uno grueso y blanco para notas, y otro el papel de la casa, con la cimera de la familia y la dirección grabadas. Tarjetas de visita marfileñas, guardadas en cajitas.

Saqué una, quité el papel de seda que la protegía y la miré: «Rebeca de Winter», decía y en una esquina: «Manderley». La volví a guardar en su caja y cerré el cajón, embargada por una sensación repentina de estar cometiendo una lamentable indiscreción, como si hubiera estado pasando unos días en casa de una amiga que me hubiera dicho: «Sí, sí, claro que sí: vete a mi escritorio para escribir tus cartas», y yo, imperdonablemente, me hubiera aprovechado y hubiera leído sus cartas particulares. Sentí que en cualquier momento podría la señora de la casa volver y sorprenderme fisgando lo que yo no tenía derecho a tocar en absoluto.

Cuando sonó repentinamente, de manera alarmante, el timbre del teléfono, que tenía ante mí, me dio un vuelco el corazón, y salté sobre la silla, creyéndome descubierta. Cogí el auricular con manos temblorosas y pregunté:

–¿Quién es? ¿Qué desea?

Sonó un zumbido extraño al otro extremo de la línea, y luego una voz, baja y áspera, que no pude averiguar si era de hombre o de mujer, preguntó:

–¿La señora De Winter?

–Se ha debido equivocar usted –respondí–. La señora De Winter hace ya más de un año que murió.

Permanecí sentada, mirando estúpidamente el teléfono, y hasta que no oí repetir el nombre, con voz más alta y con un tono de extrañeza, no me di cuenta, al mismo tiempo que me subía una oleada de sangre a la cara, de que había cometido un error irreparable.

–Soy la señora Danvers, señora –dijo la voz– Le estoy hablando por el teléfono interior de la casa.

Mi error había sido tan notorio, tonto e imperdonable, que no aludir a él hubiera sido peor.

–Perdóneme, señora Danvers –dije tartamudeando, atropellándome las palabras–. Me ha asustado el timbre del teléfono y no me he dado cuenta de lo que decía, quiero decir, de que la llamada era para mí, ni de que estaba hablando por el teléfono particular.

–Siento haber molestado a la señora –dijo. Y yo pensé que había adivinado cómo yo registraba los cajones– Sólo quería preguntar –añadió– si deseaba algo la señora y si le parece bien la comida que he dispuesto para hoy.

–¡Ah! ¡Claro! Vamos, quiero decir que, desde luego, me parece perfectamente. Usted disponga la que le parezca, señora Danvers, y no se moleste en consultarme.

–Preferiría que la señora leyese la minuta –continuó la voz– Encontrará las dos sobre la carpeta del escritorio.

Busqué febrilmente en el escritorio, hasta dar con una hoja de papel que no había visto antes. La leí rápidamente: gambas con *curry*⁸, ternera asada, espárragos y *mousse* fría de chocolate. ¿Sería aquello la comida o la cena? No lo decía y supuse que era la comida del mediodía.

–Está muy bien, señora Danvers, está perfectamente.

–Sí la señora quiere cambiar alguna cosa, ruego que me lo diga –contestó–, y daré inmediatamente las órdenes oportunas. Notará la señora que he dejado un espacio en blanco, junto a la salsa, para que me diga la que prefiere. No estoy segura de la salsa que la señora acostumbra a tomar con la ternera asada. Mi difunta señora se fijaba mucho en las salsas, y yo tenía orden de consultarla siempre.

–¡Ah! –dije– Pues.... vamos a ver... la verdad es, señora Danvers, que no sé... Creo que lo mejor será que ponga usted la de siempre, es decir, la que usted crea que le hubiera gustado a su señora.

–¿La señora no preferiría alguna en particular?

–No, no, de verdad que no, señora Danvers.

–Me parece que mi señora me hubiera mandado poner una salsa de vino.

–Pues no hay más que hablar. Esa está bien.

–Perdone la señora si la he interrumpido mientras escribía.

–No, no me ha interrumpido; no hay nada que perdonar.

⁸ Salsa a base de especias molidas y cúrcuma. (N. del T.)

–El correo –continuó– sale a mediodía, y Robert irá a recoger las cartas de la señora y les pondrá sellos. Si la señora tiene alguna carta urgente, no tiene más que llamarle por el teléfono y él dará orden de que vayan a echarla al correo inmediatamente.

–Muchas gracias, señora Danvers.

Estuve escuchando un momento más, por si añadía algo, pero calló y oí el ruidito que me indicaba que había colgado. Seguí su ejemplo. Entonces miré el escritorio, el papel sobre la carpeta, dispuesto para que yo lo usara. Allí, delante de mis ojos, estaba el casillero con sus divisiones: «Cartas pendientes», «Finca», «Varios», como si me reprochasen mi ociosidad. La que solía sentarse antes en aquel lugar no perdía el tiempo como yo. Ella descolgaba enérgicamente el teléfono y daba instrucciones para el día, rápidamente, con claridad, y si al leer la minuta encontraba algo que no le parecía bien, lo tachaba... No decía ella: «Sí, señora Danvers» y «Claro, señora Danvers», como yo. Y cuando había terminado de dar sus órdenes comenzaba a despachar sus cartas, cinco, seis, tal vez siete, que estaban pendientes de contestación: todas escritas con aquella letra picuda e inclinada que yo conocía tan bien. La veía arrancando hoja tras hoja de aquel papel blanco y liso, usándolo sin escatimar, pues aquellos rasgos largos que hacía pronto llenaban una carilla, y al final de cada carta firmaría «Rebeca», con la «R» dominando las letras que la seguían.

Tabaleé sobre el escritorio. Aquellas casillas estaban ahora vacías. No había ninguna carta que contestar, ninguna cuenta que pagar, que yo supiera. La señora Danvers me había dicho que si tenía alguna carta urgente que telefonease a Robert, y éste daría órdenes para que alguien la llevase al correo. ¿Cuántas cartas urgentes escribiría Rebeca y para quiénes serían? Puede que para las modistas: «Necesito el traje blanco de seda para el martes, sin falta»; o a su peluquero: «Espéreme el viernes y que me sirva el mismo monsieur Antoine. Lavado, masaje, peinado y manicura». Pero no, tales cosas serían una pérdida de tiempo. Llamaría por teléfono a Londres. Frith se encargaría de ello. «Hablo de parte de la señora De Winter.» Continué repiqueteando sobre el escritorio y no se me ocurría a quién podría escribir. ¡Como no lo hiciera a la señora Van Hopper...! Me parecía ridículo y un poco irónico encontrarme ante mi escritorio, en mi propia casa, y que no se me ocurriera nada mejor que escribir a la señora Van Hopper, una señora que me molestaba y a quien no pensaba volver a ver. Preparé una hoja de papel y cogí la pluma, estrecha, esbelta, con una plumilla aguda y brillante. «Mi querida señora Van Hopper», comencé. Y continué escribiendo lentamente, con laboriosidad, diciendo que esperaba que hubiera tenido un buen viaje, que su hija estuviera mejor, que hiciera buen tiempo en Nueva York... Y, por primera vez, me di cuenta de mi letra, apretada, sin formar, sin personalidad, sin estilo, casi ordinaria; la letra de una niña vulgar educada en un colegio de segunda clase.

Capítulo IX

Cuando oí el ruido del coche en el jardín, me levanté, presa de un pánico repentino, mirando el reloj, suponiendo que acababan de llegar Beatrice y su marido. Acababan de dar las doce; habían llegado antes de lo que creía. Y Maxim no había vuelto. Pensé si podría esconderme, salir por la ventana del jardín, para que si Frith los acompañaba al gabinete dijera: «La señora ha debido de salir». No les extrañaría; les parecería natural. Cuando me dirigí apresuradamente hacia la ventana, alzaron la cabeza los perros, como preguntándose, y *Jasper* me siguió, moviendo el rabo.

La ventana daba a la terraza y al claro de que he hablado; pero cuando me

disponía a escabullirme por entre los rododendros, oí rumor de voces que se acercaban, y volví a entrar en la habitación. Se acercaban a la casa, dando la vuelta por el jardín, seguramente porque Frith les había dicho que yo estaba en el gabinete. Pasé rápidamente por el salón grande y me dirigí a una puerta que quedaba a mi izquierda. Me encontré en un largo corredor enlosado y corrí por él, dándome cuenta de mi estupidez, despreciándome por aquel repentino ataque de nervios, pero sin poderlo evitar, pues no me encontraba con valor para recibir a los visitantes en aquel momento. El corredor parecía conducirme a la parte trasera de la casa, y en un recodo que hacía frente a otra escalera, me encontré con una criada, a quien no había visto hasta aquel momento; tal vez una de las que hacían la limpieza. Se quedó mirándome, pasmada, como si no hubiera sido natural encontrarme en aquella parte de la casa y yo, toda azorada, le dije: «¡Buenos días!», dirigiéndome a la escalera. «Buenos días, señora», contestó, boquiabierta, mirándome con los ojos como platos, mientras yo comenzaba a subir la escalera.

Supuse que me llevaría a las habitaciones de dormir, y que me sería fácil encontrar mi cuarto en el ala este. «Me sentaré allí un rato –pensé–, hasta que se acerque la hora de comer, y entonces no tendré más remedio que bajar de nuevo, por educación.»

Debí de desorientarme, pues, luego de pasar por una puerta, al final de la escalera me hallé en un largo corredor que no conocía, parecido al de la parte de la casa donde estaban mis habitaciones, pero más ancho y más oscuro; oscuro, más que nada, a causa de los paneles de madera que cubrían las paredes.

Dudé un momento, y luego torcí a la izquierda, con lo que llegué al espacioso rellano de otra escalera. La penumbra y el silencio lo envolvían todo. Si las criadas estuvieron allí durante la mañana, ya habían concluido la limpieza y se encontraban de nuevo en las cocinas. Nada indicaba que hubieran estado allí, ni se olía el polvo de las alfombras recién sacudidas. Estando allí, sin saber hacia dónde ir, noté sobrecogida por aquel silencio de una casa vacía cuando sus dueños se han marchado.

Abrí al azar una puerta y me hallé en un cuarto sumido en total oscuridad. Ni una rendija de luz atravesaba las contraventanas cerradas. En el centro del cuarto me pareció ver vagamente bultos de muebles enfundados de blanco. Olía allí dentro a cuarto no ventilado, a aire viciado, ese olor característico de las habitaciones nunca o poco usadas, cuyos adornos y chucherías se amontonaban en el centro de una cama, para luego taparlas con una sábana. Acaso las cortinas estuvieran echadas desde el verano anterior, y si uno fuera y las descorriera ahora, abriendo luego las chirriantes contraventanas, una mariposa muerta, allí prisionera muchos meses, caería sobre la alfombra y quedaría junto a un alfiler olvidado y una hoja seca que entró con el viento antes que las ventana se cerraran por última vez. Cerré cuidadosamente la puerta y continué sin saber qué hacer, por el pasillo, a ambos lados del cual había puertas y más puertas, todas cerradas, hasta que llegué a un ensanche del corredor, en el que una gran ventana de ajímez me dio, al fin, la luz deseada. Me asomé a ella y vi los aterciopelados macizos de césped que se extendían hacia el mar y el mismo mar, de un verde luminoso, con las olas empenachadas de blanco, que se arrojaban sobre la playa, batidas por el viento de poniente.

El mar estaba más cerca de lo que había imaginado, mucho más cerca. Seguro que llegaba hasta el pie del bosquecillo que se alzaba algo más abajo del final del césped, a unos cinco minutos de distancia. Con la oreja pegada a la ventana llegaba hasta mí el rumor de las olas rompiendo contra la costa de una pequeña ensenada, que no se veía desde allí. Comprendí entonces que había dado la vuelta a la casa y me encontraba en el corredor del ala de poniente. Tenía razón la señora Danvers.

Desde allí se podía escuchar el mar. Podía uno imaginar que en invierno avanzaba cauteloso por encima de los verdes macizos hasta llegar a amenazar a la propia casa , pues incluso en aquel momento, debido al vendaval, se notaba en los cristales de la ventana un vaho como si alguien hubiera echado el aliento sobre ellos. Soplaba del mar una neblina salobre. Mientras me encontraba mirando, una nube presurosa ocultó el sol durante unos momentos, y cambió al punto el color del mar, ennegreciéndose, y las alegres olas coronadas de blanco se hicieron repentinamente despiadadas y crueles. Ya no era aquel el mar alegre y luminoso que había contemplado en un principio.

Me alegré entonces de que mis habitaciones dieran al este. Prefería la rosaleta al ruidoso mar. Volví entonces al rellano superior de la escalera, y cuando con la mano sobre la balaustrada me disponía a bajar, oí que se abría una puerta detrás de mí. Era la señora Danvers. Nos miramos un momento, en silencio, sin saber yo si la expresión de sus ojos era de enfado o de curiosidad, pues su cara quedó tan rígida como una máscara desde el mismo momento en que me vio. Aunque nada dijo, me turbé, como si hubiera hecho yo algo reprobable, y un rubor delator se apoderó de mi cara.

–Me he perdido –dije– Estaba buscando mi cuarto.

–Se encuentra usted en el lado opuesto de la casa. Estamos en el ala de poniente.

–Sí, ya lo sé.

–¿Entró la señora en alguna de las habitaciones?

–No, sólo he abierto una puerta, pero no entré. Estaba muy oscuro y los muebles tapados con fundas. No he querido revolver... Supongo que usted prefiere tener todo esto cerrado.

–Sí la señora desea que se abran estas habitaciones, se hará inmediatamente –dijo–. Únicamente tiene que decírmelo. Todas las habitaciones están amuebladas y pueden utilizarse.

–No, no. No he querido decir eso.

–Tal vez desee la señora que le enseñe esta parte de la casa.

Moví la cabeza negativamente.

–No, mejor será que no –dije– Tengo que bajar ahora.

Comencé a bajar la escalera, con ella al lado, como si fuese una carcelera y yo estuviese bajo su custodia.

–Cuando la señora no tenga qué hacer, no tiene más que decírmelo y le enseñaré la parte de la casa que da a poniente –insistió, lo que me hizo sentir una vaga intranquilidad.

No sabría decir por qué, pero aquella insistencia hizo vibrar una cuerda de mi memoria. Me trajo el recuerdo de una visita que hice cuando niña a casa de una amiga mayor que yo, y cómo me agarró de un brazo y me dijo al oído:

«Yo sé dónde hay un libro, cerrado con llave en un armario, en la alcoba de mamá. ¿Quieres que vayamos a verlo?» Me acuerdo de su cara pálida y excitada, de sus ojuelos pequeños y relucientes, como dos abalorios, de su manita que me agarraba nerviosa un brazo.

–Puedo mandar quitar las fundas, y la señorá verá los cuartos tal como estaban cuando se vivía en ellos –dijo la señora Danvers–. Se los hubiera enseñado esta mañana, pero creí que estaba usted ocupada escribiendo cartas en el gabinete. Cuando quiera algo la señora ya sabe que no tiene más que llamarme por teléfono. Los cuartos quedarán listos en poco tiempo.

–Muy amable, señora Danvers –dije– Ya la avisaré otro día.

Pasamos juntas a la puerta y vi que estábamos en el descansillo de la escalera principal, detrás de la galería de los Trovadores.

–¿Cómo se perdió la señora? –dijo–. La puerta que va al ala de Poniente no se parece a ésta.

–No he venido por aquí.

–Entonces.... ¿vino por detrás, por el corredor de piedra?

–Sí, fui por un corredor con baldosas de piedra.

Continuó mirándome, como si esperara que yo dijera por qué había huido de] gabinete, presa de un pánico repentino, para escapar por la parte trasera de la casa, y tuve de pronto la sensación de que ella lo sabía, que había estado espíandome desde el primer momento que llegué a aquella parte de la casa, tal vez con el ojo pegado al resquicio de una puerta.

–La hermana del señor y su marido, el comandante Lacy, han llegado hace tiempo. Oí el coche poco después de las doce –dijo.

–¿Ah, sí? No me había dado cuenta.

–Frith los habrá llevado al gabinete. Ya deben de ser casi las doce y media. ¿Sabrá la señora ahora encontrar el camino?

–Sí, señora Danvers –y bajé la escalera hasta llegar al hall, segura de que ella permanecería arriba, mítandome fijamente.

Comprendí que ya no tenía más remedio que ir al gabinete y presentarme ante la hermana de Maxim y su marido. Cuando entré en la sala volví la cabeza y miré. Vi a la señora Danvers, inmóvil aún en el descansillo, como un sombrío centinela.

Permanecí un momento con la mano sobre el picaporte del gabinete, escuchando el rumor de las conversaciones. Por lo visto, había vuelto Maxim mientras yo estaba arriba, supuse que con su administrador, pues por el ruido que me llegaba, la habitación parecía llena de gente. Noté la misma sensación de malestar indefinido que sentía cuando era niña y me llamaban para saludar a unas visitas. Levanté el picaporte y entré toda azorada, para encontrarme con un mar de caras, en medio de un silencio general y repentino.

–¡Ya apareció! –dijo Maxim– ¿Dónde te habías escondido? Ya estábamos pensando en movilizarnos para buscarte. Mira, ésta es Beatrice, y éste es Giles, y éste Frank Crawley, ¡Cuidado! ¡Casi písas al perro!

Beatrice era alta, ancha de hombros, muy parecida a Maxim en los ojos y la barbilla, pero mucho menos elegante de lo que yo me había figurado, mucho más... sólida, una de esas personas que saben cuidar a los perros con moquillo, buena conoedora de caballos, excelente escopeta... No me besó. Me dio la mano, apretando vigorosamente, mirándome a los ojos con franqueza, y luego se volvió a Maxim:

–Todo lo contrario de lo que me esperaba. No se parece en nada a tu descripción.

Rieron todos, y yo me uní a ellos, no muy segura de si lo hacían de mí, mientras pensaba qué esperaba ella y cómo me habría descrito Maxim.

–Y aquí tienes a Giles –dijo Maxim, dándome un golpecito en el brazo.

Giles adelantó una manaza enorme y me estrechó la mano, casi despachurrándome los dedos, mientras me miraba con sus ojos simpáticos, protegidos por unas gafas de concha.

–Frank Crawley –dijo Maxim, y me volví hacia el administrador, un hombre inexpresivo, bastante delgado, con una nuez prominente, y en cuyos ojos leí algo como alivio cuando me vio.

No comprendí el motivo, pero no tuve tiempo de pensar en ello, pues Frith había

entrado y nos estaba sirviendo jerez.

Beatrice me estaba hablando otra vez:

–Me dice Maxím que estáis aquí solamente desde anoche. No me he dado cuenta, pues no habiéramos venido a molestaros tan pronto. ¿Y qué te ha parecido Manderley?

–Casi no lo he visto aún. Pero es precíoso.

Me estaba examinando de arriba abajo, como yo esperaba, pero de una manera franca, no retorcidamente como la señora Danvers, sin hostilidad. Beatrice tenía derecho a examinarme, pues era la hermana de Maxim. En aquel momento llegó éste y me tomó del brazo, lo que me dio más ánimos.

–¿Sabes que tienes mejor cara, chico? –dijo ella, examinándole con la cabeza ladeada–. Menos mal que se te ha quitado aquella cara de pito. Supongo que te lo tenemos que agradecer a ti –añadió señalándome con la cabeza.

–Yo no he estado malo en mí vida –dijo Maxím con cierta brusquedad–; siempre estoy bien. Tú crees que todos los que no están hechos unos bolos, como Giles, estamos enfermos.

–¡Qué tontería! –dijo Beatrice–. De sobra sabes que hace seis meses estabas hecho una calamidad. Me diste el susto más grande de mi vida cuando vine y te vi. Creí que habías cogido algo gordo. Y si no, que lo diga Giles: ¿verdad que la última vez que vinimos aquí encontramos a Maxim con una cara malísima, y verdad que te dije que parecía que estaba como para caer en cama?

–¡Hombre! La verdad es que pareces otro –dijo Giles–. El viaje fue una idea magnífica. ¿Verdad que tiene buena cara, Crawley?

Noté cómo los músculos de Maxim se endurecían bajo mi brazo, y comprendí que estaba tratando de contenerse. Por algún motivo que desconocía, aquella conversación acerca de su salud le molestaba, hasta le irritaba, y me pareció indiscreto que Beatrice insistiera tan cabezonamente, como si la cosa tuviera importancia.

–Maxim está muy quemado del sol –dije tímidamente–, lo que oculta muchos pecadillos. Tenías que haberle visto en Venecia. Se sacaba el desayuno al balcón, para ponerse moreno a propósito. Se cree que tostado está más guapo.

Rieron todos, y Crawley dijo:

–Estaría magnífica Venecia en esta época del año.

–Sí –respondí–; nos hizo un tiempo verdaderamente magnífico. Sólo tuvimos un día malo: ¿verdad, Maxim?

Se desvió la conversación, afortunadamente, del asunto de la salud de Maxim, encauzándose hacia Italia, tema inofensivo por excelencia, y hacía el socorrido tópico del tiempo. Hablábamos sin esfuerzo y con naturalidad. Maxim, Giles y Beatrice estaban discutiendo el funcionamiento del coche de Maxim, y Crawley me estaba preguntando si era cierto que ya no había góndolas en los canales, sino gasolineras. No creo que le hubiera importado que el Gran Canal se hubiera convertido en fondeadero de vapores, pues aquellas frases únicamente representaban su modesta contribución para conseguir que la conversación se desviara, y se lo agradecí, notando instintivamente que, no obstante su aspecto insignificante, podía contar con él.

–*Jasper* necesita hacer más ejercicio –dijo Beatrice, haciendo levantarse al perro con el pie–. Está demasiado gordo y apenas tiene dos años. ¿Qué le das de comer, Maxim?

–Mira, Beatrice, se le cuida lo mismo que a tus perros –dijo Maxim– No vengas dándote ahora de que sabes de perros más que yo.

–Pero, ¡hombre! ¿Cómo me vas a convencer de que sabes lo que come *Jasper*, cuando hace dos meses que estás fuera? ¡No querrás decirme que Frith le lleva dos veces al día, dándole un paseo, hasta la caseta del guarda! Este perro no ha dado ni un paso en dos semanas. No hay más que mirarle el pelo.

–Prefiero que esté hecho un cerdo mejor que verle medio muerto de hambre, como el atontado de tu perro.

–Observación que no hace honor a tus conocimientos –puso Beatrice–, pues *Lion* ha ganado dos primeros premios en Cruft, en febrero.

Una vez más se estaba cargando la atmósfera. Lo notaba en la línea que formaba la boca de Maxim, apretada, y me pregunté si entre los hermanos y las hermanas se producían siempre tales altercados, que, no por ser ligeros y medio en broma, dejaban de ser violentos para quienes escuchábamos. Comencé a desear que llegara pronto Frith para avisar que la comida estaba servida. ¿O acaso nos llamarían al comedor con el batintín? Aún no sabía las costumbres de Manderley.

–¿Vivís muy lejos de aquí? –pregunté, sentándome junto a Beatrice–. ¿Habéis tenido que salir muy temprano?

–A cincuenta millas, en el otro condado, más allá de Trowehester. La caza es allí mejor que aquí. Tienes que ir a pasar unos días con nosotros, cuando Maxim pueda pasarse sin ti. Giles te prestará un caballo.

–Siento decir que no cazo –contesté–. Aprendí a montar de niña, pero muy mal. Ya no me acuerdo gran cosa.

–Tienes que empezar otra vez –dijo–. Si vives en el campo, no tienes más remedio que montar. No sabrías qué hacer, si no. Maxim me ha dicho que pintas. Claro, eso tiene que ser muy bonito, pero como ejercicio no es más que regular, ¿verdad? Eso para un día de lluvia, cuando no sabe una qué hacer.

–Pero, mujer, Beatrice, no todos estamos tan locos como tú por el aire libre –dijo Maxim.

–Mira, yo no he hablado contigo, pesado. Ya sabemos que tú eres felicísimo con tal de poder estarte andando por los jardines de Manderley a paso de tortuga.

–A mí también me gusta mucho andar –dije yo rápidamente–. Estoy segura de que nunca me cansaré de andar por Manderley. Y cuando haga más calor me podré bañar. Me gusta nadar.

–Eres una optimista hija –dijo Beatrice–. Yo no me acuerdo de haber podido bañarme nunca aquí. El agua está demasiado fría, y la playa es de guíjo.

–Eso no me importaría –dije– Me encanta bañarme. Siempre que la corriente no sea demasiado fuerte. ¿Es peligrosa la ensenada para nadar?

Nadie respondió, y de repente me di cuenta de lo que había dicho. Me latió el corazón violentamente, y sentí que se me encendía la cara. Me incliné para acariciar a *Jasper* confusa y angustiada.

–No le vendría mal a *Jasper* nadar un poco para quemar esas grasas que le sobran –dijo Beatrice, rompiendo el silencio–. Pero la corriente sería excesiva para ti, ¿verdad, *Jasper*? ¡Vaya! ¡Pobre *Jasper*! ¿Qué te cuentas, hombre?

Acariciamos juntas al perro, sin mirarnos.

–Bueno, bueno –dijo Maxim–; pero yo tengo un hambre de mil pares de demonios. ¿Qué ha ocurrido con la coinida?

–No es más que la una, según el reloj de la chimenea –dijo Crawley.

–Ese reloj siempre adelanta –dijo Beatrice. –Hace varios meses que no ha adelantado ni un minuto –dij o Maxim.

En aquel momento entró Frith y anunció que la comida estaba servida.

–Voy a lavarme las manos –dijo Giles, mirándoselas.

Nos levantamos todos y pasamos por el salón hacia el comedor, más tranquilos; Beatrice y yo algo delante, agarrándome ella del brazo.

–¡Mira el bueno de Frith! –me dijo–. ¡Siempre el mismo! Me hace creer que soy todavía una niña. Oye, ¿te importaría que te diga una cosa? Te he encontrado mucho más joven de lo que esperaba. Maxim me escribió la edad que tenías, pero... ¡si es que eres una chiquilla! Dime, ¿estás muy enamorada?

No esperaba la pregunta, y seguramente vio mi expresión de sorpresa, pues se echó a reír y me apretó ligeramente el brazo, diciendo:

–No me contestes. Ya veo lo que sientes. ¿Verdad que soy una pesada y una entrometida? No me hagas caso. Aunque en cuanto estamos juntos nos enzarzamos como los perros y los gatos, quiero mucho a Maxim. Y te felicito otra vez por la cara que tiene. Hace un año que estábamos todos preocupados por él; pero, claro, ya estás enterada de todo lo que ocurrió.

Habíamos llegado al comedor y se calló, pues estaban allí los críados y habían llegado los demás; pero cuando, ya sentada, estaba desdoblando la servilleta, se me ocurrió pensar lo que diría Beatrice si supiera que yo no sabía una palabra acerca del año anterior, ni un solo detalle de la tragedia ocurrida allá abajo, en la ensenada, pues Maxim se callaba esas cosas, y yo jamás le preguntaba anda.

La comida transcurrió mejor de lo que me hubiera atrevido a esperar. Hubo pocas discusiones, acaso porque Beatrice se decidiera a ser más diplomática; en cualquier caso, el hecho fue que los dos hermanos estuvieron charlando de asuntos de Manderley, de los caballos de ella, del jardín, de los amigos comunes, y Frank Crawley, sentado a mi izquierda, mantuvo la conversación sencillamente, lo que agradecí, pues me ahorró todo esfuerzo. Giles se ocupó más bien en comer que en hablar, aunque, de vez en cuando, se acordaba de mi existencia y me arrojaba una frase al azar.

–Supongo, Maxim, que tienes el mismo cocinero –dijo, cuando Robert le ofreció por segunda vez la fuente de *mousse* fría– Se lo digo siempre a Be: Manderley es la única casa que queda en Inglaterra donde se come bien. Este *soufflé* de chocolate me recuerda otros tiempos.

–Creo que los cocineros cambian de vez en cuando –dijo Maxim–, pero la cocina no. La señora Danvers tiene todas las recetas y enseña a los cocineros nuevos que puedan venir.

–Esa señora Danvers –dijo Giles, volviéndose hacia mí– es una mujer extraordinaria, ¿no te parece?

–Ya lo creo –respondí–. La señora Danvers parece valer mucho.

–¡Como bonita... no es ningún cuadro! –dijo Giles, soltando la carcajada. Frank Crawley no dijo nada, pero cuando alcé la vista noté que Beatrice me estaba observando. Volvió la cabeza y se puso a hablar con Maxim.

–¿Juega usted al golf? –preguntó Crawley.

–No, lo siento –respondí, contenta de que se hubiera cambiado otra vez de conversación y que hubiera olvidado a la señora Danvers. Aunque ni jugaba ni sabía nada del juego, me dispuse a escucharle todo el tiempo que quisiera. Conversación sin peligro, sin riesgos. Podíamos estar hablando de golf durante horas, sin encontrar ninguna dificultad. Tomamos el queso y el café, y me pregunté si tendría yo que levantarme la primera. Miré a Maxim, pero no me hizo ninguna señal. Empezó Giles una historia interminable y difícil de seguir, acerca de cómo una vez encontró un coche cubierto de nieve por una ventisca y tuvo que desenterrarlo. No sé a propósito de qué sacó el cuento. Yo me puse a escucharlo atentamente, asintiendo de vez en cuando y sonriendo hasta que noté que Maxim, sentado a la

cabecera de la mesa, daba muestras de impaciencia. Hizo Giles, al fin, una pausa, y me miró Maxim, ligeramente ceñudo, al mismo tiempo que me señalaba la puerta con la cabeza.

Me levanté inmediatamente, y al hacerlo, cuando retiraba la silla, di torpemente un empujón a la mesa, tirándole a Giles su vaso de oporto.

–¡Vaya por Dios! –exclamé, sin saber qué hacer, mientras cogía mi servilleta; pero Maxim me interrumpió:

–Déjalo, Frith se encargará de eso. No lo estropees más. Anda, Beatrice, llévatela a dar una vuelta por el jardín, apenas ha visto nada todavía.

Me pareció cansado, agotado. Empecé a sentir que hubiera gente. Ya nos habían estropeado el día. Era demasiado pedirnos, cuando acabábamos de llegar. Yo también estaba oprimida y cansada. Cuando Maxim propuso que nos fuéramos al jardín me pareció que estaba casi enfadado. ¡Qué majadera, haber tirado la copa de oporto!

Salimos a la terraza y nos pusimos a pasear por el bien cuidado césped.

–Me parece una pena que hayas venido tan pronto a Manderley –dijo Beatrice–. Hubiera sido mejor que os hubierais quedado vagando por Italia tres o cuatro meses, y haber venido aquí a medio verano. A Maxim le hubiera sentado al pelo, y a ti te hubiera sido más fácil todo. Al principio, estoy segura de que todo se te va a hacer cuesta arriba.

–¡Oh, no! Me encanta Manderley.

No contestó. Continuamos paseando, dando vueltas por la hierba.

–Cuéntame cosas tuyas –me dijo–. ¿Qué hacías en el sur de Francia? Maxim escribió que estabas viviendo allí con una señora americana completamente imposible.

Explicué quién era la señora Van Hopper y cómo empezó la cosa. Me escuchó con cariño, pero creo que no con gran atención, como si estuviera pensando en otra cosa.

–Sí –dijo–; tienes razón cuando dices que todo ocurrió de pronto. Pero, naturalmente, te aseguro que a todos nos encantó, y yo espero de veras que seáis felices.

–Gracias, Beatrice, muchas gracias.

Pero me extrañó que dijese que esperaba que fuésemos felices, en lugar de decir que sabía que íbamos a serlo. Era amable y sincera. Me gustaba mucho. Pero aquella ligera nota de duda que escuché en su voz me dio miedo. Me cogió del brazo y continuó hablando.

–Cuando Maxim me escribió diciéndomelo, explicando que te había conocido en el sur de Francia, y que eras muy joven y muy bonita, no te voy a ocultar que me escamé. Claro, con esa descripción todos esperábamos una de esas niñas elegantes, muy modernas y pintadas; vamos, una de esas muchachas que se suelen conocer en estos sitios. Cuando entraste en el gabinete, antes de comer, a poco me caigo sentada de la sorpresa.

Se echó a reír, y yo con ella. Pero no dijo, sí, al verme, la sorpresa fue agradable o desagradable.

–¡Pobre Maxim! –siguió–. Ha pasado una temporada terrible, y todos esperamos que tú se la hayas hecho olvidar. Ya habrás notado que adora a Manderley.

Algo me hacía desear que siguiese hablando, que me contase más de lo pasado, así, con naturalidad y sencillez; pero, por otra parte, en lo íntimo de mi persona, no lo quería saber, no lo quería escuchar.

–No nos parecemos en nada –continuó–. Somos dos polos opuestos. A mí se me

nota todo en la cara: si me gusta alguien o no, si estoy enfadada o contenta. No me callo nunca. Él es todo lo contrario. Habla poco y es muy reservado. Nunca se sabe qué cosas raras está pensando. Yo pierdo la paciencia en cuanto me provocan en lo más mínimo, Maxim se enfada una o dos veces al año; pero cuando se enfada, bueno, ¡hay que ver cómo se pone! Supongo que contigo no le pasará nunca. No sé, me parece que eres una personilla más bien tranquila.

Se sonrió y me apretó el brazo. Pensé en lo agradable que resultaba eso de ser «una personilla tranquila», y me imaginé a alguien que hacía punto, con los ovillos en la falda, y la frente serena, sin arrugas. Alguien que nunca se angustiaba, que no conocía el tormento de la duda y la indecisión, a quien no le ocurría, como a mí, quedarse llena de esperanza, ansiosa, asustada, mordiéndose las uñas, sin saber qué camino tomar y a qué estrella seguir.

–Oye, no te importe que te lo diga, pero ¿por qué no haces algo con esos pelos? ¿Por qué no te los rizas? ¿No te parece que los tienes demasiado lacios? Cuando te pongas el sombrero, debes de estar hecha una visión. ¿Por qué no te lo recoges, dejando las orejas al aire?

Hice lo que me decía, y me quedé esperando su aprobación. Me miró despacio, torcida la cabeza.

–No –dijo–, no; así estás peor. Demasiado serio. No te sienta. Creo que lo que necesitas es hacerte la permanente, para darles un poco de vida. A mí nunca me han gustado esos peinado, a lo paje, a lo Juana de Arco, o como los llamen. Pero ¿qué dice Maxim? ¿Le parece que te sienta bien así?

–No sé. Nunca me lo ha dicho.

–¡Ah!, pues... puede que le guste. No me hagas caso a mí. ¿Te has comprado ropa en París, y en Londres?

–No, no hemos tenido tiempo. Maxim tenía prisa por llegar a casa. Puedo mandar por los catálogos.

–Por la manera que tienes de vestirte se ve que te importa un pito ponerte una cosa u otra.

Miré mi falda de franela, como tratando de justificarla.

–No creas; me gustan las cosas bonitas. Hasta ahora no he tenido mucho dinero para gastar en trapos.

–No comprendo por qué Maxim no se quedó una o dos semanas en Londres para comprarte lo que necesitaras. La verdad es que ha sido muy egoísta. Además, no era así antes. En general, se fija mucho en esas cosas.

–¿Sí? No creo que se haya fijado nunca en lo que me pongo yo. Creo que le tiene sin cuidado.

–Pues, entonces, ha cambiado –dijo ella.

Volvió la cabeza, y con las manos en los bolsillos llamó silbando a *Jasper*. Luego miró hacía la casa, que se alzaba ante nosotras.

–No utilizas las habitaciones de poniente, ¿verdad?

–No; estamos en el ala este. Las acaban de arreglar.

–¡Ah! ¿Sí? –dijo– No lo sabía. ¿Por qué?

–Fue cosa de Maxim. Parece que las prefiere.

No dijo nada. Continuó mirando las ventanas, silbando.

–¿Qué tal te entiendes con la señora Danvers? –me preguntó de repente.

Me agaché y comencé a acariciar a *Jasper* en la cabeza y a rascarle las orejas.

–No he tenido mucho que ver con ella –dije–. Me asusta un poco. No creo haber conocido nunca a nadie parecido.

–No. No es fácil –dijo Beatrice, *Jasper* me miró con los ojos grandes, humildes, algo asustadizos. Le di un beso en la sedeña cabeza y le cogí el negro hocico con la mano.

–No debes tenerle miedo –dijo Beatrice– y, sobre todo, que ella no lo note. Yo nunca he tenido nada que ver con ella, ni ganas. Pero siempre se ha mostrado muy atenta conmigo.

Yo continué acariciando a *Jasper*.

–¿Ha estado amable contigo?

–No, no mucho.

Beatrice empezó a silbar otra vez y rascó a *Jasper* con el pie.

–Yo no tendría demasiados tratos con ella, en tu lugar.

–No –respondí–. Lleva la casa muy bien. No hace falta que yo intervenga en nada.

–No, si eso no creo que le importe –dijo Beatrice. Era exactamente lo que Maxim me dijo la noche antes, y me pareció curioso que los dos tuvieran la misma opinión. Yo, personalmente, hubiera pensado que nada molestaría tanto a la señora Danvers como que yo tratase de intervenir en sus cosas.

–Acaso se acostumbre con el tiempo –dijo Beatrice–; pero, al principio, puede que te resulte desagradable. Claro que tiene unos celos tremendos. Eso ya me lo temía yo.

–Pero... ¿por qué? –pregunté mirándola– ¿Por qué va a tener celos? No parece que a Maxim le tenga un cariño demasiado grande.

–Pero, mujer, no es en Maxim en quien ella piensa –respondió–; supongo que a Maxim le tiene respeto y todas esas cosas, pero nada más. No, ¿sabes? –hizo una pausa y me miró con el ceño fruncido, vacilante–; lo que ocurre es que le duele tu presencia aquí.

–Pero ¿por qué? ¿Por qué la he de molestar?

–Creí que lo sabías –dijo Beatrice–. Creí que Maxim te lo habría dicho. Tenía verdadera adoración por Rebeca. Fue niñera suya.

–¡Ah! ¡Ahora comprendo...

Continuamos las dos rascando y mirando a *Jasper*, quien, no acostumbrado a tanta atención, se tumbó encantado boca arriba.

–Aquí llegan ésos –dijo Beatrice–. Vamos a sacar unas sillas y sentarnos bajo el castaño. ¡Qué gordo se está poniendo Giles! ¡Cuando se le ve al lado de Maxim, está repugnante! Supongo que Frank se volverá al despacho. ¡Qué aburrido es el pobre! Nunca tiene que decir nada de interés. ¡Bueno! ¿Y de qué venís discutiendo? Arreglando el mundo, supongo. –Se echó a reír, a medida que los demás se nos acercaban, y nos quedamos todos parados formando un grupo. Giles tiró un palo para que lo cogiera *Jasper*, mientras todos mirábamos, Crawley miró el reloj.

–Tengo que marcharme. Muchas gracias por la comida –me dijo.

–Tiene usted que venir a menudo –le contesté, dándole la mano.

¿Se marcharían los demás? No estaba segura si se habían presentado solamente a comer, o a pasar el día. Hubiera yo preferido que se fuesen. Quería quedarme sola con Maxim y recordar nuestra estancia en Italia. Nos sentamos todos debajo del castaño. Robert sacó sillas y mantas. Giles se tumbó boca arriba con el sombrero tapándole los ojos. Al cabo de unos momentos, comenzó a roncar, con la boca abierta.

–¡Cállate, Giles! –dijo Beatrice.

–Si no estoy dormido –dijo, entreabriendo los ojos y viéndolos a cerrar inmediatamente.

Le encontraba bastante poco atractivo. Pensé por qué se habría casado Beatrice con él. Era imposible que estuviera enamorada. Tal vez pensara lo mismo de mí. De cuando en cuando la sorprendía examinándome pensativa, intrigada, como si se dijera: «Pero ¿qué habrá visto Maxim en su mujer?» Sin embargo, me miraba al mismo tiempo con buenos ojos, no como enemiga. Estaban hablando de su abuela.

–Tenemos que ir a ver a la pobre vieja –dijo Maxim.

–Se está poniendo chocha –dijo Beatrice–. Se mancha toda cuando come, la pobre.

Yo los escuchaba, apoyada en el brazo de Maxim, restregándome la barbilla contra su manga. Él me acariciaba la mano, sin fijarse en lo que hacía, mientras hablaba con Beatrice. «Eso es lo que yo hago con *Jasper* –pensé– Ahora soy como *Jasper*. Me acaricia de vez en cuando, si se acuerda, y me gusta. Me arrimo entonces más... Le gusto como a mí me gusta *Jasper*.»

Se había calmado el viento. La tarde había quedado soñolienta y apacible. El césped estaba recién cortado. Tenía el perfume dulce y fresco del verano. Una abeja zumbaba alrededor de la cabeza de Giles, y éste la espantó agitando el sombrero. Se nos acercó *Jasper*, lentamente, con la lengua colgando. Tenía demasiado calor al sol. Se dejó caer junto a mí y comenzó a lamerme, mirándome con sus humildes ojos. El sol brillaba en las ventanas de la casa, y vi reflejados en ellas las terrazas y los prados. De una de las chimeneas cercanas se alzaba rizada una delgada columna de humo, y pensé si, de acuerdo con los precedentes, estaban encendiendo fuego en la biblioteca.

Un tordo cruzó en un vuelo el prado, para quedar posado en la magnolia que crecía junto a la ventana del comedor. Según estaba sentada sobre el césped, me llegaba la suave fragancia de las magnolias. Todo descansaba apacible. Oíamos, a lo lejos, el murmullo del mar, revolcándose allá abajo, en la caleta. La marea estaría baja. Volvió a zumbear por encima de nuestras cabezas la abeja, que se detuvo un instante para gozar de las flores del castaño.

«Esto es lo que yo me había imaginado –pensé–. Esto es lo que yo me figuraba que sería vivir en Manderley».

Hubiera querido continuar allí, sentada, sin hablar, sin escuchar a los demás, atesorando para siempre aquellos instantes, porque todos nos encontrábamos en paz, todos contentos en nuestra soñolencia, como la abeja que zumbaba persistente. Dentro de poco cambiaría, y vendría un mañana y un pasado mañana, y otro día más, y un año nuevo. Cambiaríamos también nosotros y quizá nunca nos volveríamos a sentar así. Nos marcharíamos, o sufriríamos, o moriríamos. Se extendía ante nosotros lo por venir, desconocido, invisible, acaso lo que no deseábamos, tal vez no lo que hubiéramos planeado. Sin embargo, aquel momento lo teníamos bien seguro, y nadie nos lo podría robar. Allí estábamos, sentados, Maxim y yo, mi mano en la suya, y el futuro no podía hacer que aquel momento fuera distinto. Bien seguro teníamos aquel extraño pedazo de tiempo, que él nunca recordaría, en el que jamás volvería a pensar. Para él no sería sagrado. Había comenzado a hablar a Beatrice acerca de talar no sé qué maleza del camino, y Beatrice le interrumpió asintiendo a lo que decía, proponiendo algo de su cosecha, al mismo tiempo que tiraba unas hierbas a Giles. Para ellos, aquel momento no era sino la hora después de comer, las tres y cuarto de un día como cualquiera. Ellos no sentían necesidad de su tarde, escogida al azar, una hora como cualquier hora, un día como cualquier día. Ellos no sentían necesidad de sujetarlo apasionadamente, para que no huyera. Ellos no tenían nada que temer.

–Creo que nos debemos marchar –dijo Beatrice, sacudiendo las hierbas de la falda–. No quiero llegar tarde, porque vendrán los Cartrights a cenar.

–¿Qué tal está Vera? –dijo Maxim.

–Poco más o menos, como de costumbre; siempre hablando de sus enfermedades. El que está poniéndose muy viejo es él. Querrán que les cuente toda clase de cosas de vosotros dos.

–Dales recuerdos muy cariñosos –dijo Maxim.

Nos levantamos. Giles sacudió su sombrero, para quitarle el polvo, y Maxim disimuló un bostezo. Casi se ocultó el sol. Miré al cielo y ya había cambiado. Estaba aborregado, cubierto de nubecillas, que corrían veloces, avanzando en cerrada formación.

–El viento está empezando a soplar de poniente –dijo Maxim.

–¡Ojalá no nos coja la lluvia! –comentó Giles.

–Ya ha pasado lo mejor del día –dijo Beatrice.

Fuimos andando lentamente hacia el camino donde estaba el coche, pero Maxim, dirigiéndose a su hermana, dijo:

–No has visto las reformas que hemos hecho en las habitaciones del este.

–Ven un momento –dije yo–. No tardaremos nada.

Entramos en el hall y subimos por la escalera principal, siguiéndonos los hombres.

Parecía raro que Beatrice hubiera vivido allí tantos años. De niña, había bajado los mismos escalones, seguida de su niñera. Allí había nacido, allí fue criada. Todo le era familiar y todo era más suyo que nunca podría ser mío. Encerrados en su corazón tenía que conservar muchos recuerdos. ¿Pensaría algunas veces en los tiempos pasados, en aquella niña que ella fue, larguirucha, con trenzas, tan distinta de lo que era ahora a los cuarenta y cinco años, vigorosa, reposada, otra persona?

Llegamos a las habitaciones, y Giles, parado ante la puerta más baja, dijo:

–Está muy bien: es una gran mejora, ¿verdad, Be?

Y ésta dijo:

–¡Vaya, chico! ¡Cómo nos cuidamos! Cortinas nuevas, camas nuevas, todo nuevo. ¿Te acuerdas, Giles? Este fue el cuarto en que estuvimos cuando te estropeaste la pierna. Entonces estaba bastante descuidado. Claro que mamá no se preocupaba mucho de las comodidades. Tú nunca metiste aquí a nadie, ¿verdad, Maxim? A no ser que tuvieras la casa completamente llena. Entonces, los solteros que sobraban venían a parar a estas habitaciones. Bueno, pues hay que confesar que ha quedado muy simpático. Da sobre la rosaleta, además, que es otra ventaja. ¿Me puedo dar polvos?

Los hombres bajaron; Beatrice se puso a mirarse en el espejo.

–Todo esto lo hizo la señora Danvers, ¿no?

–Sí; y en mi opinión, muy bien.

–Pues no faltaría otra cosa, con la práctica que tiene –dijo Beatrice–. Pero esto ha debido de costar un montón de dinero. ¿Has preguntado cuánto?

–No, no lo sé.

–Supongo que eso no le preocupa a la señora Danvers. ¿Me dejas usar tu peine? Estos cepillos son muy bonitos. ¿Regalo de boda?

–Me los ha regalado Maxim.

–Me gustan. También nosotros tenemos que regalarte algo. ¿Qué quieres?

–No sé... pero no te molestes –dije.

–Pero, mujer, no seas ridícula. No voy a escatimarte un regalo. ¡Aunque no nos convidasteis a la boda!

–No estarás molesta por eso. Maxim quiso celebrarla en el extranjero.

–¡Claro que no! Hicisteis muy bien. Después de todo, no es como si... –se paró en la mitad de la frase y dejó caer el bolso–. ¡Vaya! ¿Habré roto el cierre? No, no ha pasado nada. ¿Qué estaba diciendo? ¡Ah, sí! Regalos de boda. A ver si se nos ocurre algo. Probablemente no te interesen las joyas.

No respondí y ella continuó:

–Es distinto cuando se trata de un par de muchachos corrientes. La hija de unos amigos míos se casó el otro día, y, claro, tuvieron toda clase de regalos: ropas, juegos de café, sillas de comedor y todas esas cosas. Yo le regalé una lámpara de pie, muy bonita, Me costó cinco libras, en casa de Harrod. Si vas a Londres a hacerte ropa, ve a mi modista: Madame Carroux. Tiene un gusto formidable. Y no te clava.

Se levantó del tocador y se arregló la falda dándose unos tirones.

–¿Vais a recibir mucho? –preguntó.

–No sé; Maxim no me ha dicho nada.

–¡Qué bicho más raro! Nunca se sabe lo que va a hacer. Hubo un tiempo en que no había manera de encontrar nunca una cama en Manderley. Tenía la casa siempre hasta los topes. No te veo a ti en... –Se interrumpió y siguió, dándome unos golpecitos en el brazo–. ¡Bueno! Ya veremos. Es una lástima que ni montes a caballo, ni tires. No sabes lo que te pierdes. Oye, ¿no te dará por los balandros?

–No.

–Menos mal –dijo.

Se fue hacia la puerta y yo la seguí. Fuimos juntas por el pasillo.

–Ven a vernos cuando tengas ganas –dijo–. Yo siempre espero que la gente se convide ella misma. La vida es muy corta para mandar invitaciones.

–Muchas gracias –respondí.

Llegamos al rellano superior de la escalera y miramos al hall. Giles y Maxim nos estaban esperando en la escalinata de la entrada.

–Date prisa, Be –gritó Giles– Acaba de caerme una gota, Y hemos subido la capota. Maxim dice que está bajando el barómetro.

Beatrice me cogió la mano, e inclinándose me rozó la mejilla con un beso.

–Adiós –me dijo–, perdóname si te he hecho una porción de preguntas indiscretas, y si te he dicho algo que no debiera. El tacto nunca ha sido uno de mis puntos fuertes, como Maxim te puede decir. Y ya le dije antes que no te pareces en nada a lo que me había figurado. –Me miró con franqueza, cara a cara, con los labios contraídos como para silbar, sacó un cigarrillo del bolso y encendió su mechero–. Es que –añadió, cerrando el mechero con un ruido metálico–, es que ieres tan distinta de Rebeca! –Y comenzó a bajar la escalera.

Cuando salimos a la escalinata vimos que el sol se había escondido tras una cortina de nubes. Lloviznaba. Robert corría por el césped para meter las sillas en la casa.

Capítulo X

Nos quedamos mirando al coche hasta que desapareció en el recodo del camino, y entonces Maxim me cogió del brazo y dijo:

–¡Gracias a Dios! ¡Se acabó! Ponte un abrigo de prisa, y sal. ¡Al demonio la lluvia! Tengo ganas de dar un paseo. Me saca de quicio estar sentado sin hacer nada.

Estaba pálido y parecía cansado. Y me pareció extraño que la visita de Beatrice y de Giles, su propia hermana y su cuñado, le hubiera agotado de tal manera.

–Espera mientras subo en un salto por el abrigo –dije.

–En el cuarto de las flores encontrarás un montón de impermeables. Coge uno –dijo impaciente– Cuando las mujeres os metéis en vuestros cuartos, siempre tardáis media hora. ¡Robert! Haz el favor de traer del cuarto de las flores un impermeable para la señora. Tiene que haber allí colgados media docena de los que se olvida la gente.

Estaba en medio del camino, llamando a *Jasper*.

–¡Ven aquí tú, grandísimo holgazán! Vamos a ver si echas fuera algo de la grasa que te sobra.

Jasper retozaba alrededor de Maxim, ladrando como loco con la idea del paseo.

–¡Calla ya, tonto! –dijo Maxim– ¿Qué diablos está haciendo Robert?

Salió éste corriendo del hall con un impermeable, y yo me lo puse en seguida, haciéndome un lío con el cuello. Me estaba ancho y largo, pero no había tiempo para cambiarlo, y echamos a andar por el césped hacia el bosque, con *Jasper* corriendo delante.

–La familia hay que tomarla en pequeñas dosis –me dijo–. Beatrice es una de las personas más buenas del mundo, pero mete la pata invariablemente.

No estaba yo segura de cuál había sido la equivocación de Beatrice, pero me pareció preferible no preguntar. Puede que aún estuviera molesto por los comentarios acerca de su salud, antes de comer.

–¿Qué te ha parecido? –continuó.

–Me ha gustado muchísimo –respondí– Ha estado muy simpática conmigo.

–¿De qué te ha hablado después de comer?

–No sé... Creo que la que ha hablado más he sido yo. Le he estado contando cosas de la señora Van Hopper, y cómo nos conocimos tú y yo, y todo eso. Me dijo, eso sí, que no me parecía nada a lo que ella se había imaginado.

–¿Y qué demonios se había imaginado?

–Pues supongo que alguien más moderno, alguien con más mundo. «Una niña elegante» fueron sus palabras.

Maxim no contestó en seguida. Se inclinó y tiró un palo, jugando con *Jasper*.

–Algunas veces Beatrice dice unas tonterías increíbles.

Subimos al repecho de hierba, más allá de los macizos, y entramos en el bosque. Crecían espesos árboles y estaba oscuro. Fuimos pisando ramitas caídas, las hojas del año anterior, y aquí y allá verdes brotes de helechos tiernos, y los tallos de las campánulas que pronto florecían. *Jasper* callaba ya, y yo cogí a Maxim del brazo.

–¿Te gusta mi pelo? –le pregunté.

Bajó los ojos para mirarme muy sorprendido.

–¿Tu pelo? ¿Por qué demonios me lo preguntas? Claro que me gusta. ¿Qué le ocurre a tu pelo?

–Nada..., se me había ocurrido.

–¡Qué rara eres!

Llegamos a un claro de donde salían dos senderos que iban en direcciones opuestas. *Jasper* tomó por el de la derecha, sin dudarlo.

–¡No! ¡Por ahí no! –le llamó Maxim–. ¡Ven por aquí!

Se paró el perro, mirándonos y moviendo el rabo, pero no volvió hacia nosotros.

–¿Por qué quiere ir por allí? –pregunté.

–Supongo que estará acostumbrado –dijo Maxim algo secamente–. Por ahí se va a una caleta, donde solíamos tener un balandro. ¡Ven, *Jasper*!

Torcimos por el sendero de la izquierda, sin decir nada, y al poco rato volví la cabeza y vi que *Jasper* nos seguía.

–Por aquí vamos al valle de que te he hablado –me dijo Maxim–, y vas a oler las azaleas. No hagas caso de la lluvia; así olerán más las flores.

Parecía estar más contento y animado. Era el Maxim que yo conocía y a quien amaba. Comenzó a hablarme de Frank Crawley, de lo buen muchacho que era, muy minucioso y digno de confianza y completamente enamorado de Manderley.

«Esto es mejor –pensé–; esto es como cuando estábamos en Italia», y le sonreí, apretándome contra su brazo, aliviada al ver que había desaparecido aquella expresión de raro cansancio. Y yo decía, de vez en cuando, mientras le escuchaba: «Sí» o «¿De veras?» o «Imagínate», pero pensando algunas veces en Beatrice, sin comprender por qué su presencia le había molestado tanto. Y pensé también en lo que me había dicho acerca de sus enfados, que ocurrían, según ella, una o dos veces al año.

Ella le conocería; para eso era su hermana. Pero no se me hubiera ocurrido aquello de Maxim; no coincidía con la idea que de él me había formado. Me lo imaginaba con accesos de mal humor, difícil, acaso irritable, pero no airado, como ella me había dado a entender, no apasionado. Puede que hubiese exagerado; ocurre con frecuencia que la gente se equivoca acerca de los de su familia.

–¡Allí! –dijo Maxim, de pronto–. ¡Mira!

Nos encontrábamos en el recuesto de un altozano y la senda descendía tortuosa al valle, acompañada de un arroyo saltarín. Habían desaparecido los árboles oscuros y la enmarañada maleza. A ambos lados del angosto sendero crecían azaleas y rododendros, no los gigantes sanguinolentos de la avenida que conducía a la casa, sino otros, blancos y dorados, bellos y graciosos, que dejaban prender sus deliciosas y delicadas corolas en la suave llovizna veraniega.

Estaba el ambiente saturado de embriagadora y amable fragancia, y hubo de parecerme que el perfume se había mezclado con las juguetonas aguas del regato, con la lluvia que caía, con el zumoso y exuberante musgo que pisábamos. Nada se oía sino el murmullo del riachuelo y la discreta lluvia. También la voz de Maxim, cuando al fin habló, era dulce y apagada, como si no quisiera quebrar el silencio.

–Le llamaron el Valle Feliz –dijo.

Allí estuvimos callados, contemplando la blanca pureza de las flores más cercanas. Maxim se agachó, cogió un pétalo caído y me lo dio. Estaba ajado y magullado, ya pardusco en sus rizados bordes, pero cuando me froté con él la mano, subió hasta mí su perfume penetrante y, sin embargo, suave, tan lleno de vida como el árbol vivo del que cayera.

Y entonces comenzaron a cantar los pájaros. Primero, un mirlo cuyas notas, límpidas y frescas, se elevaron por encima del rumor de las aguas; luego, su compañero le contestó a espaldas nuestras, escondido en el bosque, y, al poco tiempo, vibraba el aire con trinos y gorjeos que nos siguieron mientras descendíamos lentamente al valle, como también nos acompañó la fragancia de los blancos pétalos. Era un lugar inquietante, y dijérase que encantado. No había imaginado tanta belleza.

El cielo, nublado y triste, tan distinto del de la tarde anterior, y la llovizna, pertinaz e insistente, no podían alterar la suave tranquilidad del valle. Lluvia y riachuelo mezclaban sus aguas y las notas líquidas del mirlo caían sobre el aire húmedo en armonía con ambos. Crecían las azaleas tan cerca, en la margen del sendero, que al pasar me acariciaban con sus corolas mojadas. Caían en mis manos los pétalos chorreando. También había pétalos bajo mis pies, pétalos pardos y empapados, pero aún fragantes, con cuyo perfume se combinaba otro más añoso y

maduro que se desprendía del musgo oscuro, de la tierra acre, de los tallos de los helechos y de las retorcidas y enterradas raíces de los árboles.

Retuve la mano de Maxim en la mía sin decir palabra. El encanto del Valle Feliz me embriagaba. Aquél era el corazón de Manderley, del Manderley que aprendería a conocer y amar. Había olvidado ya la llegada en coche, el bosque sombrío y espeso, los rododendros resplandecientes, exuberantes, demasiado altivos. Y también la vasta casa, el silencio de los ecos del hall, la intranquilizadora quietud de las habitaciones, en el ala de poniente, con los muebles enfundados. Allí, yo era una intrusa que vagaba por aposentos que no me conocían, que me sentaba en una silla que no me pertenecía, ante un escritorio que no era mío. Aquí era distinto, El Valle Feliz no sabía de intrusos.

Llegamos al final del sendero, donde las flores formaban un arco por encima de nuestras cabezas. Hubimos de agacharnos para pasar, y cuando de nuevo me erguí y me sacudía las gotas de lluvia que se me prendieron en el pelo, vi que habíamos dejado el valle a nuestra espalda, y, con él, las azaleas y el arbolado. Tal como Maxim, me había descrito en Montecarlo, ya hacía muchas semanas, nos hallábamos pisando guijas duras y blancas, ante una ensenada estrecha y larga. Más allá, el oleaje rompía contra la costa.

–Te ha sorprendido, ¿verdad? Nadie se lo espera. El contraste es demasiado brusco. Casi hace daño.

Cogió una piedra y la tiró lejos, a la playa, para que *Jasper* la buscase.

–¡Búscala! –y *Jasper* salió como una exhalación a coger la piedra, agitando al viento sus largas orejas negras.

Había cesado el encanto; el hechizo se había roto. Volvimos a ser dos mortales, dos personas jugando en la playa. Tiramos más piedras, fuimos hasta la orilla, hicimos saltar las guijas sobre el agua y jugamos a pescar los maderos que traían las olas. La marea había comenzado a subir y ascendía por la bahía. Las rocas bajas estaban cubiertas. Otras aparecían llenas de algas. No sin esfuerzo conseguimos rescatar del agua un tablón que flotaba sobre las olas, y lo llevamos hasta más arriba de las huellas dejadas por la pleamar. Maxim se volvió hacia mí, riendo, echándose para atrás los pelos que se le metían en los ojos, y yo me bajé las mangas, que antes me había arremangado, con todo el impermeable salpicado por las olas.

De repente, miramos y vimos que *Jasper* había desaparecido. Le llamamos y le silbamos, pero no volvió. Miré intranquila hacia la boca de la caleta, donde las olas se estrellaban contra la escollera.

–No –dijo Maxim–; no puede haberse caído al agua; le habiéramos visto ¡*Jasper*! ¡*Jasper*!! ¿Dónde te has metido? ¡¡*Jasper*!!!

–¿Se habrá vuelto hacia el Valle Feliz?

–Hace un minuto estaba junto a esa roca, oliendo una gaviota muerta –dijo Maxim.

Volvimos a recorrer la playa en dirección al Valle Feliz.

–*Jasper*! *Jasper*! –gritaba Maxim.

A lo lejos, más allá de las rocas que se alzaban a nuestra derecha, oí un ladrido débil y agudo.

–¿Has oído? –pregunté–. Se ha subido por ahí –y comencé a trepar por las escurridizas lajas hacia el punto donde había oído el ladrido.

–¡Ven aquí! –dijo Maxim secamente–. No quiero ir por ahí. Que se las arregle el muy majadero.

Vacilé y le miré desde lo alto de las rocas.

–Puede que se haya caído –dije–. ¡Pobre animalito! Déjame que vaya a buscarlo, Volvió *Jasper* a ladrar, y esta vez parecía más lejos.

–¡Escucha! Tengo que ir a ayudarlo –insistí–. No hay peligro, ¿verdad? ¿Crees que le habrá aislado la marea?

–No le pasa nada –dijo Maxim irritado–. Déjale en paz, él sabe el camino de la casa.

Hice como que no le oía y continué trepando hacia *Jasper*. Grandes rocas de perfil irregular y cortante obstruían la vista, y yo continué, escurriéndome, tropezando, como pude, por las rocas, mojadas hacia el lugar en donde sonaron los ladridos de *Jasper*. Me pareció una crueldad de Maxim querer abandonar a *Jasper*, y no lo comprendía. Llegué al gran peñasco que me había tapado la vista y miré al otro lado. Vi, sorprendida, otra caleta muy parecida a la que acababa de dejar, pero más ancha y redonda. La cruzaba un pequeño fondeadero natural. Vi una boya, pero no había ninguna embarcación. La playa era también de guijo blanco, como la que quedaba a mi espalda, pero más escarpada, adentrándose más en el mar. Llegaban los árboles casi hasta los revoltijos de algas que marcaban la pleamar, casi hasta las mismas rocas. Junto a la orilla del bosque había una casa, baja y larga, medio chalet, medio cobertizo para embarcaciones, construida con la misma piedra que sirvió para el malecón.

Había en la playa un hombre, tal vez un pescador, con botas de agua y un sombrero de hule. *Jasper* estaba también allí, ladrando al hombre, corriendo alrededor de él y tratando de morderle las botas de vez en cuando. El pescador no le hacía ningún caso. Estaba inclinado y escarbando entre las guijas.

–¡*Jasper!* *Jasper!* ¡Ven aquí! –grité.

Me miró el perro, movió el rabo, pero no me obedeció, sino que continuó ladrando a la solitaria figura de la playa.

Volví la cabeza, pero no vi a Maxim. Bajé hasta la playa, agarrándome a las rocas. Crujieron las guijas al pisarlas, y el hombre, que notó el ruido, alzó la cabeza. Vi los ojillos rasgados de un idiota, de boca roja y húmeda. Se sonrió, enseñando las desdentadas encías.

–Buenos días –dijo–. Mal tiempo hace, ¿eh?

–Buenas tardes –respondí–. Sí, no hace demasiado buen tiempo.

Me miró con interés, siempre sonriendo.

–Estoy buscando conchas. Aquí no hay conchitas. He estado buscando desde mediodía.

–Vaya, hombre, pues siento que no haya encontrado ninguna.

–¡Eso, eso! –dijo–. ¡Ninguna! Aquí no hay conchitas.

–Vamos, *Jasper*. Se nos hace tarde. Vamos, tonto –llamé al perro.

Pero *Jasper* estaba desquiciado. No sé si la brisa del mar se le había subido a la cabeza, pero se mantenía fuera de mi alcance, ladrándome estúpidamente, y luego se puso a dar locas carreras por la playa, persiguiendo algo imaginario. Comprendí que no me seguiría, y yo no llevaba ninguna correa. Me volví hacia el hombre y le dije:

–¿Tendría usted una cuerda?

–Aquí no hay conchitas... He estado buscando desde el mediodía.

Agachó la cabeza y se restregó los ojos, débilmente azules y lacrimosos.

–Quiero algo para atar al perro –dije–, porque no quiere seguirme.

–¿Eh? –dijo, poniendo aquella sonrisa de pobre idiota.

Me miró vacilante, y luego se inclinó hacia delante y me dio con el dedo en el

pecho.

–Yo conozco a ese perro –dijo–. Es de la casona.

–Sí –dije–, y quiero que ahora venga conmigo.

–Ese perro no es suyo.

–Es del señor De Winter y quiero llevarlo a casa –dije suavemente.

–¿Eh? –dijo.

–Nada, no importa.

Volví a llamar a *Jasper*; pero en aquel momento estaba persiguiendo una pluma que volaba empujada por el viento. Pensé que quizás encontrase una cuerda en la casita, y me dirigí hacia ella.

En otros tiempos debió de tener un jardincillo, pero cuando yo lo vi estaba invadido de hierbajos y ortigas. Las ventanas estaban clavadas. La puerta estaría, sin duda, cerrada con llave, y levanté el pestillo sin grandes esperanzas. Pero, con gran sorpresa mía, aunque la puerta estaba algo encajada, cuando la forcé un poco se abrió, y entré inclinándome, pues era muy baja. Había creído encontrar el acostumbrado desorden de una caseta para barcas, sucia y polvorienta de no usarse, con estacas, trozos de madera y remos tirados en el suelo. En efecto, había polvo y en algunos lugares suciedad, pero ni remos ni cuerdas. La habitación estaba amueblada y ella sola era toda la casa. Había una mesa escritorio en una esquina, una mesita, sillas y una cama turca pegada contra la pared. También había un aparador con tazas y vajilla. Y librerías con sus libros y modelos de barco, encima. Pensé un momento que estaba habitada, quizá por el hombre de la playa; pero luego miré más despacio y vi que no había señales de que últimamente hubiera habido gente allí. El hogar de la chimenea estaba herrumbroso y con señales de no haber tenido fuego hacía mucho tiempo. Sobre el suelo, cubierto de polvo, no se veían pisadas y la vajilla del aparador mostraba unas manchas azuladas de humedad. Se notaba un desagradable olor a moho. De las jarcias de los barquitos colgaban las telarañas, como aparejos de pesadilla. Allí no vivía nadie. Nadie visitaba aquel lugar. Crujió la puerta al abrirla yo. Tamborileaba la lluvia sobre el tejado con un ruido hueco y llamaba a las ventanas con sus golpecitos. La tapicería del sofá estaba mordida por ratas o ratones, y pude ver los boquetes deshilachados y los bordes raídos. Dentro de la casa hacía una humedad fría. Sobrecogía la oscuridad. Me encontraba a disgusto y deseando salir de allí. El sordo rumor de las gotas de lluvia sobre el tejado parecía resonar dentro de la misma casa. El agua entraba por la chimenea, goteando ruidosamente en el hogar.

Busqué con la mirada una cuerda. Pero no había allí nada que me sirviera; nada en absoluto. En un extremo de la habitación había otra puerta. Me llegué hasta ella y la abrí, ya con algo de recelo, con algo de miedo, pues sentía un vago desasosiego, como si presintiera que, cuando menos lo esperase, podía encontrarme con algo que no hubiera querido ver, con algo que podía causarme daño, que podría resultar horrible.

Claro que eran tonterías, y abrí la puerta. Y resultó ser un cuartito lleno de las estachas y cosas de mar que esperé ver en un principio. Dos o tres velas, unas jaretas forradas de andullo, una barca de fondo chato, latas de pintura y todos esos objetos y utensilios que usa la gente de mar. Sobre una repisa vi un ovillo de cuerda, y junto a él una oxidada navaja de muelles. Aquello era lo que buscaba para sujetar a *Jasper*. Abrí la navaja, corté un trozo de cuerda y volví al cuarto grande. La lluvia continuaba su acompasado ruido sobre el tejado y el hogar de la chimenea. Salí de la casita de prisa, sin volver la cabeza, tratando de no ver el roto sofá ni la vajilla con sus manchitas de moho, ni las telarañas de los barquitos. Pasé por la puerta, que volvió a rechinar, y así a la blanca playa.

El hombre había dejado de escarbar en el suelo, y me miraba, con *Jasper* a su lado.

–Vamos, *Jasper* –dije–; sé bueno.

Me agaché, y esta vez me dejó que lo cogiera del collar y que le atara la cuerda.

–He encontrado cuerda en la casita –dije. No me respondió, y terminé de atar la cuerda al collar–. Buenas tardes –dije, tirando de *Jasper*.

El hombre balanceó la cabeza, mirándome con sus ojillos de idiota.

–La he visto entrar allí... –dijo.

–Sí –respondí–; pero es igual. Al señor De Winter no le importará.

–Ya no viene ella –dijo.

–No, ahora no –respondí.

–Se fue al mar, ¿verdad? Ya no volverá, ¿eh?

–No, ya no volverá.

–Que yo..., que yo no he dicho nada, ¿eh?

–No, no, claro que no; no tenga cuidado.

Se agachó y comenzó a escarbar de nuevo, farfullando algo. Eché a andar por las guijas y vi a Maxim que me esperaba, junto a las peñas, con las manos en los bolsillos.

–Perdóname –le dije–. *Jasper* no quería seguirme y he tenido que buscar una cuerda.

Dio media vuelta bruscamente, y echó a andar hacia el bosque.

–¿No vamos a ir por las rocas? –pregunté.

–No, ¿para qué? Ya estamos aquí –respondió secamente.

Pasamos por la casita y tomamos un sendero que se adentraba en el bosque.

–Perdóname si he tardado. *Jasper* tuvo la culpa –le dije–. No dejaba de ladrar a ese hombre. ¿Quién es?

–Es Ben –dijo Maxim–; no es peligroso el pobre. Su padre era uno de los guardas de la finca. Viven cerca de la alquería. ¿De dónde has sacado esa cuerda?

–La encontré en la casita de la playa.

–¿Estaba abierta la puerta?

–Sí, no tuve más que empujarla. Encontré la cuerda en el cuartito de dentro, donde están las velas y la barca.

–¡Ah! –dijo, con la misma sequedad–. Comprendo. –Y, pasados algunos momentos, añadió:– La puerta debería estar cerrada con llave. No tiene por qué estar abierta.

Me callé, pues no era asunto que me incumbiera.

–¿Te dijo Ben que estaba abierta la puerta? –preguntó.

–No; no parecía entender nada de lo que le preguntaba.

–Se hace pasar por más tonto de lo que es –dijo Maxim–; pero cuando quiere, habla con sentido. Lo que ocurre, probablemente, es que habrá entrado una docena de veces en la casita y no querría que te enterases.

–No creo –respondí–; la casita parecía abandonada, y no creo que la hayan tocado. Estaba llena de polvo, y no he visto ninguna pisada. Hay una humedad terrible dentro. Todos aquellos libros se van a estropear. Y hay ratas; se han comido el tapizado.

Maxim no dijo nada. Iba andando a un paso tremendo, y la cuesta era muy pronunciada. Era muy distinto aquello del Valle Feliz. Los árboles crecían espesos y

estaba muy oscuro. Allí no había azaleas que acariciaran el sendero. De las enmarañadas ramas caían goterones de lluvia. Una gota me cayó en el cuello y se me escurrió por la espalda. Me estremeci, como si un dedo helado me tocara.

Me dolían las piernas, pues no estaba acostumbrada a trepar por las rocas como había hecho. *Jasper* me seguía reacio, cansado de sus locas carreras, con la lengua fuera.

–Vamos, *Jasper*, ¡por el amor de Dios! –dijo Maxim–. ¡Haz que se mueva! ¿No puedes tirar más de la cuerda o hacer algo? Tenía razón Beatrice: está demasiado gordo.

–Pero si tienes tú la culpa. ¡Hay que ver qué paso llevas! ¡No podemos seguirte!

–Si me hubieras hecho caso, en vez de irte por las rocas neciamente, ya estaríamos en casa –dijo Maxim–. *Jasper* sabía volver perfectamente. No comprendo para qué has tenido que salir tras él.

–Creí que podría haberse caído al agua y estarlo pasando mal con la marca.

–¿Te crees que iba yo a haberle dejado si hubiera corrido peligro con la marea? Te dije que no te subieras por las peñas y ahora refunfuñas porque estás cansada.

–¡No refunfuño! –dije–. Cualquiera se cansaría andando a este paso, aunque tuviera las piernas de acero. Y, en vez de abandonarme, creía que me seguirías cuando fui a buscar a *Jasper*.

–¿A santo de qué iba yo a cansarme corriendo detrás de ese perro idiota?

–¡No te hubieras cansado más subiendo por las rocas que corriendo por la playa pescando maderos! –contesté– Sólo dices eso porque buscas una excusa.

–¿Me quieres decir de qué tengo yo que excusarme, si se puede saber?

–¡Oh! ¡Qué sé yo! ¿Vamos a dejarlo?

–Nada de eso. Tú has empezado. ¿Qué es eso de que yo quiero excusarme? ¿Excusarme de qué?

–Excusarte por no haber venido conmigo a las peñas, supongo que será –dije.

–Y... ¿por qué crees que no quería ir yo a la otra playa?

–Pero, Maxim..., ¿cómo voy a saberlo yo? ¡Yo no soy adivinadora del pensamiento! Pero te digo que no querías ir. Te lo vi en la cara.

–¿Qué viste en mi cara?

–Lo que acabo de decirte. Que no querías ir. Pero..., te lo pido por favor. Vamos a no hablar más del asunto. Ya estoy harta de él.

–Todas las mujeres dicen lo mismo cuando llevan las de perder en una discusión. Bueno, pues... ¡es verdad! ¡No quería ir a la otra playa! ¿Estás contenta ahora? Nunca me acerco a esta maldita playa ni a esa casa endiablada. ¡Y si tuvieras de ellas los recuerdos que yo, ni querrías ir allí ni querrías oír hablar de ellas! Ya lo sabes. Y ahora espero que te habrás quedado satisfecha.

Conforme hablaba, había ido perdiendo el color, y vi en sus ojos, angustiados y tristes, aquella mirada sombría que tenían cuando le conocí. Alargué la mano, tomé la suya y la apreté.

–Maxim, ¡por favor!

–¿Qué quieres? –dijo bruscamente.

–No quiero verte así. Me haces demasiado daño. Por favor te lo pido. Vamos a olvidar todo lo que hemos dicho. Ha sido una discusión estúpida. Perdóname. Te quiero. Vamos a olvidarlo todo.

–Debíamos habernos quedado en Italia –dijo–. No teníamos que haber venido a Manderley. ¡Qué necio, ¡Qué necio he sido volviendo!

Continuó apartando las ramas violentamente, dando grandes zancadas, mayores que antes, y para no quedarme atrás tuve que echar a correr, tratando de contenerme, a punto de llorar, tirando del pobre *Jasper* atado con la cuerda.

Al fin llegamos a la cima de la cuesta y vi el sendero que conducía al Valle Feliz. Habíamos subido por el camino que había querido tomar *Jasper* más temprano. Entonces comprendí por qué quiso ir por allí. Llevaba a la playa que le era más conocida, y a la casita. Lo hizo siguiendo una costumbre.

Salimos a los macizos del césped y cruzamos en dirección a la casa sin hablar. Maxim tenía una expresión dura, apagada. Entró en el hall y dijo a Frith, que estaba allí:

–Queremos el té inmediatamente. –Y entró en la biblioteca cerrando la puerta tras él.

Luché por contener las lágrimas. No quería que Frith las viera. Creería que habíamos tenido un disgusto y luego hubiera ido a los demás criados, diciendo: «La señora estaba llorando en el hall. Parece que las cosas no marchan bien». Le volví la espalda para que no me viera la cara. Sin embargo, se acercó y me ayudó a quitarme el impermeable.

–Pondré el impermeable en el cuarto de las flores, señora –dijo.

–Gracias, Frith –respondí, sin dejar de esconder la cara.

–No ha hecho una tarde demasiado buena para pasear, señora.

–No, no estaba demasiado agradable.

–Su pañuelo, señora –dijo, recogiendo algo que había caído al suelo.

–Gracias –dije, y lo metí en el bolsillo.

No sabía si subir a mi cuarto o seguir a Maxim y entrar en la biblioteca. Frith se llevó el impermeable al cuarto de las flores. Cuando volvió y me vio aún, indecisa, mordiéndome las uñas, me miró sorprendido, y me dijo:

–En la biblioteca hay un fuego muy bueno, señora.

Atravesé el hall despacio, hacia la biblioteca. Abrí la puerta y entré. Maxim estaba sentado en un sillón, con *Jasper* a sus pies y la perra en el cesto. Aunque el periódico estaba sobre el brazo del sillón, Maxim no leía. Me arrodillé junto a él y apoyé la cara contra la suya.

–No estés enfadado conmigo –le dije.

Me cogió la cara con las dos manos y me miró con aquellos ojos cansados y tristes.

–No estoy enfadado contigo.

–Sí, sí lo estás. He sido causante de tu tristeza, que es lo mismo que si te hubieras enfadado. Estás herido y sangrando por dentro. Y no puedo sufrir el verte así. ¡Te quiero tanto!

–¿De verdad? –dijo– ¿De verdad? –Me abrazó con fuerza, mirándome con ojos de duda, con los ojos de un niño que sufre, de un niño que siente miedo.

–¿Qué te pasa? –le pregunté– ¿Por qué me miras así, amor mío?

Antes de que pudiera contestar oí que se abría la puerta, y me senté sobre los talones, simulando que echaba un leño al fuego. Entró Frith, seguido de Robert, y comenzó el ritual del té.

Se repitió el ceremonial del día anterior: colocar la mesa, cubrirla con un mantel blanco como la nieve, poner los platos de dulces y bollitos, la tetera de plata para el agua caliente sobre su llamita de alcohol. Y *Jasper*, que movía el rabo con expectación, me miraba a la cara, con las orejas hacia atrás.

Debieron de pasar cinco minutos hasta que nos encontramos solos otra vez, y

cuando miré a Maxim vi que le había vuelto el color a la cara y había desaparecido en su mirada aquella tristeza sombría. En aquel momento cogía un emparedado.

–De todo tiene la culpa el haber tenido tanta gente a comer –dijo– La pobre Beatrice me pone los nervios de punta. Cuando éramos pequeños, nos peleábamos como demonios, Y lo gracioso es que la quiero mucho: ¡bendita sea! Pero es un descanso que no vivan más cerca. Lo que me recuerda que tenemos que ir a ver a la abuelita uno de estos días. Sírveme el té, niña bonita, y perdóname que me haya puesto así.

Había pasado todo. Había terminado el incidente. No teníamos que hablar más del asunto. Me sonrió Por encima de su taza, y cogió el periódico que tenía en el brazo de su sillón. La sonrisa fue mi premio. Como un golpecito cariñoso que hubiera dado a *Jasper*. Me encontraba en el mismo lugar que antes. Cogí un bollo y lo repartí entre los dos perros. Yo no tenía hambre. Me encontraba cansada, muy cansada, agotada, exhausta. Miré a Maxim, pero estaba enfrascado en su periódico. Había vuelto la página. Tenía yo los dedos pringosos de la mantequilla del bollo y busqué el pañuelo en el bolsillo. Lo saqué. Era diminuto, orlado de encaje. Lo miré sorprendida, pues no era mío. Entonces vi a Frith recogiendo del embaldosado suelo del hall. Indudablemente se había caído del bolsillo del impermeable. Lo volví a mirar. Estaba sucio, y unas pelusillas del bolsillo del impermeable se le habían quedado pegadas. Seguramente había permanecido mucho tiempo en aquel bolsillo. Tenía bordado un monograma en la esquina. Una «R», alta, inclinada, y las letras «de W» entrelazadas. La R empequeñecía las demás letras, y su rabo se adentraba por la batista de Cambray, alejándose del encaje. Era un pañolito insignificante, una miniatura. Hecho una bolita, lo metieron en el bolsillo del impermeable y luego se olvidaron de él.

Debí de ser yo la primera persona que se pusiera aquel impermeable desde que se usara el pañuelo. La dueña del impermeable era alta, delgada. Más ancha de hombros que yo, pues a mí me estaba ancho y largo, y las mangas me pasaban de las muñecas. Faltaban algunos botones, luego ella no se molestaba en abrochárselo. Lo llevaría sobre los hombros, como una capa, o abierto, con las manos metidas en los bolsillos.

El pañuelo tenía una mancha roja. De barrita de los labios. Se había limpiado los labios con el pañuelo, luego hizo con éste una bolita y lo olvidó en el bolsillo. Me limpié los dedos con el pañuelo y, al hacerlo, noté que aún se desprendía de él un perfume desvaído. Era un perfume que reconocí, un perfume que no me era nuevo. Cerré los ojos, tratando de hacer memoria. Era un perfume fugitivo, débil y fragante, pero no podía ponerle nombre. Sin embargo, sabía que lo había respirado en otra ocasión..., y hasta tocado..., ¡aquella misma tarde!

Entonces me di cuenta de que el suave perfume del pañuelo era el mismo de los blancos pétalos estrujados de las azaleas que florecían en el Valle Feliz.

Capítulo XI

Toda aquella semana llovió e hizo frío, como ocurre con frecuencia en el oeste de Inglaterra, a principios de verano y no volvimos a la playa. Veía yo el mar desde la terraza y desde los macizos de césped. Estaba plumizo y poco apetecible, alborotado por grandes olas, que llegaban arrolladoras hasta la bahía, luego de pasar el faro del promontorio. Me las imaginaba hinchándose en el seno de la caleta, para luego romper estrepitosas contra la playa. Se oía desde la terraza el rumor del mar, allá abajo, bronco y amenazador. Un ruido apagado, tenaz, que nunca cesaba. Las gaviotas volaban tierra adentro, empujadas por el temporal.

Volaban en círculos por encima de la casa, girando y chillando, batiendo ruidosamente el aire con sus alas abiertas. Comencé a comprender por qué hay gente que no puede aguantar el rugido del mar. Su música es triste y monótona, y su persistencia, su eterno atronar y mugir y silbar, desarrolla un tema atormentador para los nervios. Me alegré de que nuestras habitaciones estuvieran a sol saliente, dando sobre la rosaleta, que se veía desde las ventanas. Algunas noches, desvelada, salía sigilosa de la cama, en medio de la noche silenciosa; me iba a la ventana y me quedaba allí, acodada sobre el alféizar, respirando el aire amable y tranquilo.

No oía el inquieto mar, y porque no lo escuchaba eran mis pensamientos también apacibles. No vagaban por aquella senda escarpada que conducía a la plomiza caleta y a la casita abandonada. No quería pensar en aquella casita. Demasiadas veces la recordaba durante el día. Su recuerdo me importunaba cuantas veces veía el mar desde la terraza. Se presentaban de nuevo ante mí las manchitas azuladas de la vajilla, las sutiles telarañas, tejidas alrededor de los mástiles de los barquitos, y las mordeduras de las ratas en la tapicería del sofá. Volví a escuchar el rumor de la lluvia sobre el tejado. Y me acordaba también de Ben, con sus ojillos como rendijas mojadas y su equívoca sonrisa de cretino. Todo ello me inquietaba. Todo me dejaba desasosegada. Quería borrarlo de mi memoria y, al mismo tiempo, quería averiguar por qué me intranquilizaba y me hacía desgraciada. Allá, en lo hondo de mis pensamientos, se movía lenta y solapadamente, aunque yo lo quisiera negar, haciéndome experimentar las vacilaciones. y la ansiedad del niño a quien se le ha dicho: «De eso no se habla; está prohibido.»

No podía olvidar aquella mirada de Maxím, vaga, perdida, el día que volvíamos por la sombría senda a través del bosque, ni sus palabras: «¡Qué necio!, ¡qué necio he sido en volver!» Yo tuve la culpa de todo, por haber ido a la otra caleta. Yo había abierto el camino que conducía al pasado otra vez. Y aunque Maxim se había recobrado, y, una vez más, estaba como antes, vivíamos juntos, comíamos, dormíamos, paseábamos, escribíamos cartas, íbamos al pueblo en coche..., pasando juntos todas las horas del día, yo sabía, no obstante, que se alzaba una barrera entre nosotros.

Al otro lado de aquel muro andaba él solo. Y yo no podía acompañarle. Llegó a apoderarse de mí un temor continuo de que una palabra dicha al azar, un giro, al parecer inofensivo, de cualquier charla, pudiera hacer volver a sus ojos aquella expresión. Rehuía toda mención del mar, pues del mar podíamos pasar a los barcos, a los naufragos, a la gente que se ahoga... Hasta Frank Crawley, que estuvo a comer un día, me hizo acongojarme temerosa, cuando dijo algo de las regatas de Kerrith, a cinco kilómetros de distancia. Miré fijamente mi plato, sintiendo una punzada en el corazón; pero Maxim continuó hablando con naturalidad, sin parecer dar importancia a la cosa mientras yo permanecía inmóvil, sudando de angustia, temblando de inquietud ante los posibles rumbos que pudiera tomar la conversación.

Ocurrió cuando estábamos ya comiendo el queso; Frith se había marchado, y me acuerdo de que yo me levanté, fui al aparador y me serví otro pedazo de queso, que no quería, por no quedarme sentada en la mesa con ellos, escuchándolos; me puse a canturrear bajito para no oírlos.

Claro que todo aquello era una tontería, morbosa y estúpida; era conducirse como una enferma neurótica y no como la persona contenta y feliz que yo era. Pero no lo podía remediar. No sabía qué hacer. Además, mi timidez y cortedad empeoraron, haciéndome callar estólida cuando teníamos visita. Pues, recuerdo, durante aquellas primeras mañanas estuvieron a vernos los conocidos que vivían en

la comarca, y el recibirlos, el darles la mano y el esfuerzo de mantener la conversación durante media hora se convirtió en una prueba más dura de lo que en un principio me figuré, por ese miedo mío de que comenzasen a hablar de aquello que no se debía discutir. La agonía de oír las ruedas que se acercaban a la casa, el timbrado luego, me hacían salir huyendo instintivamente hacia mi cuarto. Me daba polvos de cualquier manera, me pasaba un peine de prisa y corriendo, y llegaba el momento inevitable de oír la llamada en mi puerta, y ver luego las tarjetas de visita sobre la bandeja de plata.

–Está bien. Diga que bajo inmediatamente.

Resonaban mis tacones en la escalera y en el ball. Y después tenía que abrir la puerta de la biblioteca o, lo que todavía era peor, entrar en aquel salón largo, frío, sin vida, hacia una señora desconocida o hacia dos, tal vez, o en dirección a un matrimonio.

–¿Cómo están ustedes? Tienen que perdonar a Maxim. Anda por el jardín. Frith ya ha ido a buscarle.

–Hemos considerado necesario venir a presentar nuestros respetos a la novia.

Una risita, un poquito de conversación, la pausa, las miradas alrededor del cuarto.

–Manderley está tan delicioso como de costumbre. ¿No le encanta?

–Sí, sí, ya lo creo...

Y a causa de mí timidez y de mis deseos demasiado vivos de hacerme simpática, se me escaparían aquellas frases de colegiala que jamás usaba, excepto en ocasiones parecidas: «¡Fantástico!» «¡Está bárbaro!» «¡Me gusta un rato!» «¡Estupendísimo!», y creo que hasta a la viuda de un título del reino, que llevaba impertinentes, le dije: «¡La caraba!» El descanso que suponía para mí la llegada de Maxim quedaba contrarrestado por mi miedo a los temas peligrosos, y me quedaba muda inmediatamente, con una sonrisa inmóvil en la cara y las manos sobre la falda. Se volvían entonces hacia Maxim, hablándole de gentes y de sitios desconocidos para mí, y de cuando en cuando me miraban sin saber qué decirme ni qué pensar de mí.

Me los imaginaba diciéndose mutuamente, al marcharse:

–¡Hija, por Dios! ¡Qué criatura más aburrida! ¡Apenas abrió la boca!

Y luego dirían aquella frase que oí por primera vez de labios de Beatrice y que desde entonces me perseguía, leyéndola en todos los ojos, en todas las bocas:

–¡Qué distinta de Rebeca!

Algunas veces recogía pequeños retazos de información que sumar a mi secreto caudal. Una palabra dicha al azar, una pregunta, una frase dicha de paso. Y si Maxim no estaba delante, el oírlas era un placer furtivo, algo doloroso, conocimientos culpables recogidos en la oscuridad.

Tenía luego que devolver las visitas, pues en eso Maxim era muy meticuloso y no me lo perdonaba. Y si él no me acompañaba, tenía que ir sola. Entonces, seguro que ocurría una pausa en la conversación, mientras yo buscaba ansiosa algo que decir.

–¿Van ustedes a dar muchas recepciones en Manderley? –me preguntaban.

–No sé... Hasta ahora, Maxim no me ha dicho mucho acerca de sus planes.

–¡Claro! Es natural. Aún es pronto. Según he oído, antes siempre estaba la casa llena de gente.

Otra pausa.

–Gente que venía de Londres, ¿sabe usted? ¡Unas fiestas tremendas!

–Sí, ya he oído... –decía yo.

Y otro silencio. Luego, alguien decía, con la voz baja que se emplea para hablar de los muertos y en las iglesias:

–Ella era muy popular, ¿sabe? ¡Tenía tanta personalidad!

–Sí, sí, claro –decía yo. Y pasados unos momentos, miraba el reloj y, levantándose disimuladamente decía:

–Lo siento, pero tengo que irme. Ya deben de ser más de las cuatro.

–Pero ¿no quiere quedarse a tomar el té? Lo tomamos siempre a las cuatro y cuarto.

–No.... muchas gracias, de veras. He prometido a Maxim que...

Mi frase quedaba sin terminar, en el aire, pero comprendían el significado. Nos poníamos en pie, y ni a mí me había engañado su invitación para tomar el té, ni yo las había engañado a ellas con lo de la promesa de Maxim. Algunas veces se me ocurría pensar qué pasaría si echara a rodar los convencionalismos. Por ejemplo, si una vez dentro del coche y luego de haber dicho adiós a la señora de la casa, que permanecía en la escalinata de la entrada, hubiera vuelto a abrir la portezuela para decir:

–He pensado que no me voy todavía. Vamos a la sala, otra vez, a sentarnos. Si quiere usted, me quedaré a cenar y a dormir.

¿Qué ocurriría? Acaso los convencionalismos y la excelente educación de la nobleza campesina consiguiesen dibujar una sonrisa en la estupefacta señora, y le harían decir:

–¡Pues claro! ¡Qué buena idea ha tenido usted!

Me hubiera gustado tener bastante osadía para hacer la prueba. Pero en lugar de eso, se cerraría la portezuela y el coche se deslizaría por el bien cuidado camino, la señora se iría a su habitación con un suspiro de descanso y volvería a recobrar su naturalidad.

Fue la esposa del obispo de la sede vecina quien me dijo un día que fui a visitarla:

–¿Cree usted que su marido resucitará el baile de trajes de Manderley? Era un espectáculo magnífico. Nunca lo olvidaré.

Hube de sonreír, como sí estuviera muy enterada, y dije:

–Aún no hemos decidido nada. ¡Hemos estado tan ocupados y hemos tenido que hablar de tantas cosas!

–¡Claro! Es natural. Espero, sin embargo, que no deje morir la costumbre. Debe usted influir sobre él. El año pasado no lo hubo, naturalmente. Pero me acuerdo que hace dos años fuimos mi marido y yo, y realmente fue delicioso. Manderley se presta mucho a cualquier cosa así. El hall estaba maravilloso. Allí se bailó; la orquesta estaba en la galería. Todo estaba admirable. Organizar una cosa así tiene que ser tremendo, pero todo el mundo salió encantado.

–Sí –dije–; tengo que hablar a Maxim.

Pensé en las clasificadas casillas del secreter, en los interminables rímeros de invitaciones, las listas de nombres, las direcciones; y veía a una mujer sentada poniendo una contraseña junto a los nombres de las personas elegidas, cogiendo las invitaciones, mojando la delgada plumilla en el tintero y escribiendo luego con mano segura y firme, con aquella letra curiosa y sesgada.

–También celebraron allí, una vez, un *garden-party* –continuó la esposa del obispo– ¡Todo estuvo muy bien! Y las flores estaban entonces en su apogeo. Me acuerdo que hizo un tiempo soberbio. Sirvieron el té en mesitas repartidas por la

rosaleda, lo que fue una idea muy simpática y original. Claro, ella era tan inteligente...

Se cortó, algo turbada, temiendo haber cometido una indíscrición; pero yo expresé mi acuerdo para ahorrarle el mal rato, y me oí decir valientemente y con osadía:

–Rebeca debió de ser una mujer extraordinaria.

No podía creer que, al fin, hubiera pronunciado aquel nombre. Callé, pensando en lo que pudiera ocurrir. Había dicho su nombre. Había pronunciado la palabra «Rebeca» en alta voz. Fue un desahogo tremendo. Fue como si hubiera tomado una purga, librándome así de un dolor intolerable. Rebeca... Lo había dicho en alta voz. ¿Notaría la señora del obispo mi sonrojo? Continuó la conversación con naturalidad, y yo me puse a escucharla ávidamente, como el espía que aplica el oído a una ventana cerrada.

–Entonces ¿no la conoció usted? –preguntó, y como yo negara con la cabeza vaciló unos segundos, como si no estuviera demasiado segura del terreno que pisaba-. Nosotros no la conocíamos íntimamente. Mi marido tomó posesión de esta sede hace sólo cuatro años, pero, claro, fue ella quien nos recibió cuando asistimos al baile de trajes y al *garden-party*. También cenamos allí un día de invierno. Sí, era una preciosidad de criatura. ¡Y tan llena de vida!

–Parece –dije, tratando de hablar en un tono lo suficientemente descuidado para dar a entender que no me importaba gran cosa, jugando al mismo tiempo con mis guantes–, parece que descollaba en todo. No es corriente encontrar, una persona que sea inteligente y bonita y aficionada a los deportes.

–No, verdaderamente no lo es –dijo la buena señora-. Y es cierto que tenía grandes dotes. Parece que la estoy viendo, la noche del baile, de pie en el sitio de donde arranca la escalera, dando la mano a todo el mundo, con su magnífico pelo negro y su cutis blanquísimo, con aquel traje que le sentaba tan divinamente. Sí, no cabe duda; era muy bonita.

–¡Ella también llevaba la casa! –dije, sonriendo, como si no me preocupara el tema y lo discutiera con frecuencia-. Pero eso tiene que haberle ocupado mucho tiempo. Siento decir que yo dejo eso al ama de llaves.

–¡No se puede hacer todo! Además, usted es muy joven, ¿verdad? Puede que, con el tiempo, cuando se haya sentado un poco más... Además, usted tiene su pasatiempo predilecto, ¿no? No sé quién me ha dicho que pinta usted.

–¡Bah! –dije-. ¡No es nada!

–Es una habilidad muy apreciable. No todo el mundo sabe pintar. No debe usted abandonarlo. Manderley debe de estar lleno de rincones muy a propósito para pintar.

–Sí, supongo que sí –respondí, algo oprimida por sus palabras.

Tuve de repente una visión de mí misma vagando por los prados, con una silla plegable y una caja de pintura bajo el brazo, y mi «habilidad», como ella la había llamado, bajo el otro. Sonaba Dios sabe a qué.

–¿Qué deportes hace usted? –me preguntó-. ¿Monta? ¿Tira?

–No, no hago ninguna de esas cosas. Me gusta andar –dije algo avergonzada.

–El mejor ejercicio del mundo –dijo con viveza-. El obispo y yo paseamos mucho.

¿Lo harían alrededor de la catedral, cogidos del brazo, él con su sombrero gacho y sus polainas?⁹. Comenzó a hablarme de unas vacaciones que habían pasado una vez, hacía muchos años, andando por los Penínos, y cómo habían hecho veinte

⁹ Los obispos protestantes llevan calzón corto y polainas de botones. (N. del T.)

millas¹⁰ diarios. Yo la escuchaba cortésmente, asintiendo con la cabeza y pensando en los Peninos, creyendo que era una cordillera de los Andes, o algo así, y recordando luego que se trataba de una cadena de lomas que aparecía marcada, como una línea de barbas, en medio de la Inglaterra de color de rosa de mi atlas escolar. Y me imaginaba al obispo sin quitarse un momento ni el sombrero ni las polainas.

Llegó la pausa inevitable, pero no tuve que mirar mi reloj a hurtadillas, porque en aquel momento el de su sala dio cuatro agudas campanadas, y me levanté.

–Me alegro de haberla encontrado en casa. Espero que vendrá a vernos.

–Nos gustaría mucho. Por desgracia, el obispo está siempre tan ocupado... Haga el favor de dar muchos recuerdos a su marido. Y no se olvide de decirle que resucite el baile.

–No, no lo olvidaré. –Mentí, haciendo como que estaba enterada de todo.

Cuando volvía a casa, sentada en mi rincón del coche, mordiéndome la uña del pulgar, me imaginaba el hall de Manderley abarrotado de gente en traje de época, y el ruido de las conversaciones, el zumbido, las risas, la muchedumbre que se mueve y los músicos en la galería. La cena preparada, probablemente en el salón grande, sobre largas mesas adosadas a la pared. Veía a Maxim, sonriendo, al pie de la escalera, dando la mano a unos y a otros; luego volvía la cabeza hacia una persona que estaba a su lado: alta, esbelta, de pelo oscuro –había dicho la esposa del obispo–, que contrastaba con la tez, tan blanca; una persona que atendía a sus invitados para que nada les faltara, y que daba órdenes a los criados con un ligero movimiento de cabeza, sin cometer nunca una torpeza ni abandonar su fácil elegancia. Cuando bailaba, dejaba, al pasar, una estela perfumada en el aire, como una azalea.

–¿Van ustedes a recibir mucho en Manderley? –me dijo aquella voz insinuante que me recordaba la de otras personas de Kerrith, a quienes había ido yo a ver. Me miró con los mismos ojos escudriñadores, examinándome de pies a cabeza con esa mirada especial que se suele dedicar a las recién casadas, tratando de adivinar si están esperando un niño.

No apetecía volver a verla. Ni a nadie de su clase. Únicamente iban de visita a Manderley por curiosidad fisgona. Les gustaba criticar mis modales, mi aspecto, mi tipo; les gustaba ver cómo nos llevábamos Maxim y yo, y si parecíamos enamorados, para poder luego comentar entre ellos:

–¡Qué distinto de lo de antes!

Querrían compararme con Rebeca... Decidí que no devolvería más visitas. Así se lo diría a Maxim. No me importaba que me creyesen grosera o poco amable. Ya no daría más pábulo a sus críticas y comentarios. Podían decir, si lo deseaban, que era una mal educada.

–No me extraña –diría una–; pues, después de todo, ¿de dónde ha salido?

–Pero, mujer, ¿no sabes? –con una risa y encogiéndose de hombros–. La conocí no se sabe cómo en Montecarlo, o en un lugar así. No tenía un céntimo. Estaba de señorita de compañía.

Más risitas, más gestos, enarcando las cejas.

–¡No! ¿De veras? ¡Qué bichos más raros son los hombres! ¡Y Maxim! ¡Con lo elegante que era! No se comprende cómo ha podido hacerlo, después de Rebeca.

No me importaba. Me era igual. Que dijeran lo que quisieran. Al pasar el coche por la verja de la finca me incliné en el asiento para sonreír a la mujer que vivía en la caseta. Estaba agachada, cogiendo flores en el jardincillo de delante de la casa.

¹⁰ Aproximadamente unos treinta kilómetros.

Se enderezó cuando sintió el coche, pero no me vio sonreír. La saludé con la mano, y me miró sorprendida. No creo que supiera quién era yo. Me recosté otra vez en el asiento. Continuó el coche hacia la casa.

Cuando doblamos uno de los cerrados recodos del camino vi a un hombre que iba andando por la carretera a cierta distancia nuestra. Era Frank Crawley, el administrador. Paró cuando oyó el coche, y el chófer moderó la marcha. Crawley se quitó el sombrero, y sonrió al verme. Pareció alegrarse de verme. Le devolví la sonrisa. Le agradecí la alegría de su cara al verme. Me gustaba Crawley. Yo no le encontraba soso ni aburrido, como Beatrice. Puede que fuera porque yo misma era una aburrida. Los dos éramos un par de sosos. Nunca tenía nada interesante que decir. Tal para cual.

Di unos golpecitos en el cristal para que parase el chófer.

–Voy a bajar, para dar un paseo con el señor Crawley –dije.

Crawley me abrió la portezuela, y dijo:

–¿De visitas?

–Sí, Frank.

Le llamaba Frank porque Maxim así lo hacía, pero él me trataba siempre con toda ceremonia. Era así. Aunque el azar nos hubiera arrojado juntos a una isla desierta y hubiéramos vivido en ella en la más absoluta intimidad el resto de nuestras vidas, no se hubiera permitido tomarse la confianza de llamarme por mi nombre de pila.

–He estado a ver al obispo –dije– El obispo había salido, pero encontré en casa a su mujer. Parece que el obispo y su señora son muy aficionados a darse unas caminatas tremendas. Algunas veces recorren treinta kilómetros, en los Peninos.

–No los conozco –dijo Frank–. He oído que el campo, por aquella comarca, es precioso.

Un comentario verdaderamente típico de Frank. Siempre prudente, convencional y correctísimo.

–La señora del obispo me preguntó cuándo vamos a dar el tradicional baile de trajes en Manderley. –Y mientras le dije esto le observaba con el rabillo del ojo–. No sabía que se celebrasen bailes de trajes en casa.

Vaciló ligeramente antes de responder. Pareció preocuparle su contestación. Pasado un momento respondió:

–¡Ah! ¡Sí! El baile solía celebrarse todos los años. Venía toda la gente conocida del condado. Y muchos invitados de Londres también. Era una fiesta por todo lo alto.

–Resultaría difícil de organizar.

–Sí.

–Supongo –dije al desgaire– que sería Rebeca quien se encargaría de casi todo.

No volví la cabeza. Conservé la mirada fija en el camino, enfrente de nosotros, pero noté que él se quedó mirándome, como si quisiera leer la expresión de mi cara.

–Todos teníamos que trabajar bastante –respondió en voz baja.

Sus palabras y el tono en que las dijo indicaban una curiosa reserva, cierta timidez, que recordaban a la mía. Se me ocurrió pensar de pronto si habría estado enamorado de Rebeca. Aquella voz hubiera sido la que en tales circunstancias hubiera empleado yo en su caso. La idea me abrió nuevos horizontes de posibilidades. Frank Crawley, tímido y corto, jamás se lo habría dicho a nadie.

–Me temo que si se diera el baile, yo no serviría para gran cosa –dije–. Cuando se trata de organizar algo soy una perfecta nulidad.

–Pero no haría falta que usted hiciera nada. Su única obligación sería la de presentarse como es y ayudar así a embellecerlo todo.

–Muy amable, Frank; pero me temo que ni siquiera eso sabría hacerlo bien.

–Pues yo creo que lo haría a las mil maravillas.

¡Pobre Frank! ¡Siempre tan atento y considerado! Casi llegué a creerle, pero no me pudo engañar.

–¿Va usted a decir algo a Maxim acerca del baile? –le pregunté.

–¿Por qué no lo hace usted misma? –respondió.

–No; no quiero hacerlo –dije yo.

Permanecimos en silencio. Ibamos andando camino de la casa. Ahora, ya pronunciado el nombre de Rebeca, primero en casa del obispo, y luego a Frank, sentía una extraña comenazón de continuar el camino emprendido. Me proporcionaba un curioso desahogo, y actuaba sobre mí como un estimulante. Notaba que dentro de unos instantes iba a repetirlo.

–El otro día estuve en una de las playitas –dije–. La del rompeolas. *Jasper* se puso pesadísimo, ladrando a un pobre hombre con ojos de idiota.

–Sería Ben –dijo Frank, ya con voz tranquila–. Siempre anda por la playa. Es un pobrecillo. No le tenga miedo. Es incapaz de hacer daño a una mosca.

–No, si no me asustó. –Hice una pausa, y me puse a canturrear para cobrar ánimos. Luego continué con la voz más natural del mundo–. Aquella casita se va a destrozarse. Tuve que entrar en ella para buscar una cuerda con que atar a *Jasper*, y encontré todos los utensilios mohosos y los libros estropeándose. ¿Por qué no se hace algo para remediarlo? Parece una lástima.

Sabía que no me contestaría inmediatamente. Se agachó, y comenzó a atarse el cordón de su zapato. Yo hice como que examinaba una hoja del seto.

–Supongo –dijo, aún atándose el zapato– que si Maxim quisiera que se hiciera algo, me lo diría.

–¿Son aquéllas las cosas de Rebeca? –pregunté.

–Sí.

Tiré la hoja y arranqué otra, dándole vueltas entre los dedos.

–¿Para qué usaba la casita? –pregunté– Está todo amueblado. Desde fuera creí que era sólo un sitio para guardar una lancha.

–Eso era al principio –respondió, y de nuevo noté en su voz que hablaba forzado, como si el asunto le fuera desagradable– Luego, ella la reformó tal como está, con muebles y vajilla...

Me sorprendió que, al referirse a Rebeca, la llamase «ella»¹¹, y no por su nombre, como me hubiera parecido natural.

–Y ¿usaba mucho la casita?

–Sí, mucho. Daba convites en la playa a la luz de la luna, y... ¡qué sé yo!

Ibamos andando el uno junto al otro; yo todavía canturreando.

–¡Qué buena idea! Esos convites a la luz de la luna tienen que haber sido muy divertidos. ¿Estuvo usted alguna vez? –dije animadamente.

–Una o dos veces.

Hice como si no notara el tono de su voz, lo reacio que se mostraba al hablar de estas cosas.

–¿Y por qué hay una boya en medio de la caleta?

¹¹ En inglés, rara vez se usa el pronombre personal al hablar de una señora. Esto se considera, corrientemente, de mala educación. (N. del T.)

–Allí solía estar amarrado el yate:

–¿Qué yate?

–El suyo.

Se apoderó de mí una excitación extraña. No tenía más temedio que seguir preguntando. Frank no quería hablar de aquello. Eso ya lo sabía, pero aun sintiéndolo por él y aun avergonzándome de mí misma, tenía que continuar; no podía callar ya.

–¿Qué ocurrió con él? –dije– ¿Es éste el yate en que iba cuando se ahogó?

–Sí, zozobró –respondió sin alzar la voz–; zozobró y se hundió. Una ola debió de llevársela a ella.

–¿Qué clase de barco era?

–Tenía unas tres toneladas. Y un camarote pequeño.

–¿Cómo zozobró?

–A veces, el mar está muy picado en la bahía.

Pensé en aquel mar verde adornado de espuma, que entraba por el brazo de mar más acá del promontorio. ¿Qué había pasado? ¿Acaso un golpe de viento repentino sopló, como por un embudo, pasando el faro del promontorio, y el barquito escoró, temblando, con las velas blancas rozando el mar alborotado?

–Pero ¿no fue posible socorrerla?

–No vio nadie el accidente; y nadie sabía que ella hubiera salido en el yate.

Puse buen cuidado en no mirarle. Hubiera visto la sorpresa retratada en mi mirada. Yo me había figurado que se ahogó durante unas regatas, que habría otros balandros cercanos, los balandros de Kerríth, y gente en la costa mirando. No sabía que le había ocurrido estando sola, completamente sola, en medio de la bahía.

–Pero... ¡en la casa tenían que saberlo!

–No –dijo–. Salía así, sola, con frecuencia. Volvía luego a cualquier hora de la noche y entonces se quedaba a dormir en la casita de la playa.

–¿Y no le daba miedo?

–¿Miedo? No sabía lo que es el miedo.

–Y a Maxim... ¿no le importaba que saliera así? ¿Sola?

–No lo sé.

Me dio la impresión de que estaba tratando de no traicionar a alguien. A Rebeca o a Maxim, o acaso a sí mismo. Era un hombre raro. Y no sabía yo qué conclusión sacar.

–Entonces... debió de ahogarse tratando de llegar nadando a la playa, después de hundirse el yate.

–Sí –dijo Frank.

Me imaginaba el barquichuelo que se zambulliría temblando, el agua que cubriría de repente la cubierta, y cómo las velas, cogidas de lleno por aquel golpe de viento, harían zozobrar al balandro, de repente, inevitablemente. ¡Qué oscuro estaría en medio de la bahía! ¡Qué lejos parecería estar la playa para quien estuviera nadando allí tratando de ganarla!

–¿Cuánto tiempo pasó hasta que la encontraron? –pregunté.

–Unos dos meses. ¡Dos meses!

Yo creía que los ahogados aparecían a los dos días, arrojados por las olas a la costa, al subir la marea.

–¿Dónde la encontraron? –insistí.

–Cerca de Edgecombe, unos sesenta kilómetros costa arriba.

Cuando yo tenía siete años pasé unas vacaciones en Edgecombe. Era muy grande, tenía un malecón y burros. Me acuerdo de haberme paseado por la playa montada en uno.

–Pero... al cabo de dos meses. ¿cómo supieron que era ella? ¿Cómo la reconocieron?

Tardó un momento en contestarme, y me pregunté por qué dudaba antes de cada frase, como si estuviera pensando las palabras. ¿Sería verdad que estaba enamorado de Rebeca? ¿Tanto la quería?

–Maxim fue a Edgecombe a identificarla –dijo.

De repente sentí que no quería hacerle más preguntas. Me dio asco de mí misma. Mi conducta era la de un mirón en la primera fila de un grupo formado alrededor de un atropellado; como la de un inquilino de una casa de vecindad donde ha muerto una persona y pide que se le permita ver el cadáver. Sentí repulsión de mí misma. Mis preguntas eran vergonzosas, denigrantes. Frank, seguramente, me despreciaba.

–Debió de ser terrible para todos –dije rápidamente–. No les puede gustar que les recuerden aquello. Sólo que se me ha ocurrido si no podría hacer algo con la casita, nada más. Parece una lástima que la humedad esté estropeando todos los muebles.

No respondió. La cara me ardía y me encontraba violenta. Había él adivinado, sin duda, que no era mi preocupación por la casita vacía la que me había animado a hacerle todas aquellas preguntas, y si no callaba era porque le habían sorprendido desagradablemente. Nuestra amistad había sido simpática y agradable, a su modo. Había notado yo que él estaba de mi parte. Pero acaso lo hubiera yo destruido todo y nunca volvería a pensar bien de mí.

–¡Qué camino más largo es éste! –dije– Me recuerda el camino del bosque, en el cuento de Grimm, donde se pierde el príncipe, ¿se acuerda? Siempre resulta ser un poco más largo de lo que uno espera. Y estos árboles, así todos tan juntos, ison tan oscuros!

–Sí, es poco corriente este camino.

Noté que aún estaba en guardia, como si esperase que yo fuera a hacer más preguntas. Era inútil tratar de no ver la violencia que medíaba entre nosotros. Aquello no podía quedar así; tenía yo que hacer o decir algo para arreglarlo.

–Frank –empecé con desesperación–, sé perfectamente lo que está pensando. Usted no comprenderá por qué le he preguntado todas esas cosas, y creerá que ha sido por curiosidad morbosa, por una curiosidad... lamentable. Le aseguro que no. La verdad es que algunas veces me encuentro... desplazada. Todo en Manderley, es extraño para mí. La vida aquí es completamente distinta de aquella a la que yo estaba acostumbrada. Cuando voy a devolver unas visitas, como esta tarde, noto cómo la gente me mira de arriba abajo, dudando de que yo pueda arreglármelas para salir adelante. ¡Me los imagino diciendo: «¿De qué se habrá enamorado Maxim?» Y entonces, Frank, yo misma comienzo a dudar y empieza a atormentarme la idea de que no debí casarme con Maxim, que no vamos a ser felices. Mire, sé perfectamente que todo el mundo, cuando me ve por primera vez, piensa lo mismo: «¡Qué diferencia con Rebeca!»

Callé, sin respiración, algo avergonzada de mi incoherente explosión de sinceridad, notando que había quemado las naves. Se volvió él, mirándome muy preocupado y alarmado.

–No diga usted eso –me dijo–. Yo, por mi parte... me sería difícil decirle lo mucho que celebro que se haya casado con Maxim. Para él, su boda será la solución de su vida. Estoy seguro de que su matrimonio será un éxito. Desde mi punto de vista es muy... consolador y... delicioso, sí, delicioso, encontrarse con alguien como usted,

que no es... que no está... –enrojeció, buscando una palabra– completamente *au fait*, podríamos decir, con las costumbres de Manderley. Si tiene usted la impresión de que la gente de por aquí anda criticando, lo único que puedo decir es que son de una impertinencia intolerable. Personalmente no he oído una palabra contra usted, y si la oyera, ya me cuidaría de que no volviera a pronunciarse nunca.

–Frank..., le agradezco mucho que me diga eso –dije– porque me consuela más de lo que puede figurarse. Puede que yo me haya portado como una estúpida. Durante las visitas, quiero decir. No sé cómo hacer esas cosas; nunca las he hecho, y siempre me persigue la idea de lo diferente que todo debía de ser antes en Manderley, cuando vivía aquí alguien que estaba educada y criada en este ambiente, y que, claro, lo hacía todo bien y sin darle importancia. Me doy cuenta todos los días de que me falta seguridad en mí misma, elegancia, belleza, inteligencia, desparpajo... ¡Dios mío! Todo lo que importa en una mujer..., y que ella tenía. Le aseguro, Frank, que no es fácil para mí; no, no es nada fácil.

No dijo nada, pero continuó su cara indicando la preocupación y disgusto que sentía. Por fin, sacó el pañuelo, se sonó, y dijo:

–No debe usted decir eso.

–¿Por qué no? Es verdad –repuse.

–Usted tiene cualidades que son igual de importantes, es decir, más importantes. No sé si será un atrevimiento si se lo digo..., no la conozco mucho y no sé gran cosa acerca de las mujeres, pues soy soltero y hago una vida muy tranquila en Manderley, como usted sabe; pero, sin embargo, me atrevo a opinar que la bondad, la sinceridad y, si me permite decirlo, la modestia, significan mucho más para un hombre, para un marido, que todo el desparpajo y toda la belleza del mundo.

Parecía estar muy nervioso y volvió a sonarse las narices. Vi que le había preocupado más de lo que yo misma estaba, y el comprenderlo así me calmó pues me hizo sentirme superior a él en cierto modo. Al fin y al cabo, yo no había dicho gran cosa. Le había confesado, nada más, mi sensación de inseguridad, al pensar que estaba en el lugar antes ocupado por Rebeca. Y, claro, que ella también tendría aquellas cualidades que él me había adjudicado. Seguro que ella era buena y sincera, y si no, no hubiera tenido todos aquellos amigos ni hubiera gozado de tantas simpatías. ¿Qué quería decir lo de la modestia? Esta palabra siempre me parecía aludir a la violencia que se siente cuando se va por un pasillo, camino del cuarto de baño, y se encuentra una con alguien... ¡Pobre Frank! ¡Y Beatrice le encontraba aburrido, creía que nunca tenía nada interesante que decir!

–No sé –le dije–, no sé... No creo que yo sea demasiado buena, ni demasiado sincera. Modesta... no he tenido ocasión de ser otra cosa. No fue muy decoroso casarse con aquellas prisas en Montecarlo, estando yo sola en aquel hotel. Pero, ¿acaso, aquello..., no lo ha tenido usted en cuenta?

–Pero, ¡por Dios! No sospechará usted, ni por un momento, que yo pueda creer que hubo algo incorrecto en sus relaciones con Maxim... –dijo con voz grave.

–No, no –respondí en igual tono. ¡Pobre Frank! ¡Le había escandalizado! ¡Qué propia de él aquella expresión: «algo incorrecto»! Le hacía pensar a una irremediabilmente en toda clase de «incorrecciones» clandestinas.

–Estoy seguro... –comenzó, interrumpiéndose luego, aún más preocupado que antes–. Estoy segurísimo de que Maxim se llevaría un disgusto grave, muy serio, si supiera lo que piensa usted... No creo que tenga la más ligera idea.

–¿Usted no le dirá nada? –le dije rápidamente.

–No, claro que no. ¿Por quién me toma usted? Pero, verá usted..., yo conozco a Maxim bastante bien. Le he conocido en circunstancias, no, en estados de ánimo muy diferentes. Si él creyese que usted está preocupada acerca de... de lo... del

pasado, esto le dolería más que cualquier cosa. Eso se lo puedo asegurar. Ahora tiene buena cara y está bien, pero su hermana tenía razón cuando dijo el otro día que estuvo a punto de caer gravemente enfermo, aunque fue poco prudente decirlo delante de él. Por eso es usted una influencia tan buena para él. Usted es joven, natural y... sensata. Usted no tiene contacto ni relación alguna con el pasado. Le ruego que olvide sus preocupaciones; olvídelas como, ¡gracias a Dios!, él y nosotros vamos olvidando otras cosas. Ninguno de nosotros queremos revivir lo pasado. Y, menos que nadie, Maxim. De usted depende el llevarnos por caminos nuevos. Pero no debe, no, no debe llevarnos por los pasados.

Tenía razón. ¡Claro que tenía razón! ¡Pobre Frank, tan bueno, mi amigo, mi aliado! Yo no era más que una egoísta y una histérica, una mártir de mi propio complejo de inferioridad.

–Esto se lo he debido decir a usted antes –le dije.

–¡Ojalá lo hubiese hecho! Puede que se hubiera ahorrado muchas preocupaciones.

–Me encuentro más feliz, mucho más feliz. Y..., pase lo que pase, puedo contar con usted como un amigo, ¿verdad, Frank?

–¡Por completo!

Habíamos salido de la sombría arboleda del camino y había mucha más claridad. Nos miraban los rododendros. Pronto pasaría su hora. Ya estaban demasiado abiertos y algo mustios. El próximo mes comenzarían a caérseles los pétalos, uno a uno, y los jardineros los barrerían. Su belleza era breve, corta.

–Frank, antes de dar por terminada esta conversación para siempre, ¿promete decirme la verdad si le pregunto una cosa?

Se paró, y me miró con desconfianza.

–Eso no es justo –respondió–; podría usted preguntarme algo a lo que yo no pudiera responder de ninguna manera.

–No, no es una pregunta de esa clase. No es íntima ni personal ni nada de eso.

–Bueno, haré lo que pueda.

Íbamos andando por la curva final del camino, y Manderley se alzaba ante nosotros, sereno, tranquilo, en medio de los prados de césped, sorprendiéndome, como siempre, con su simetría perfecta, con su gracia y su gran sencillez. El sol jugaba sobre los cristales de los ajimeces. Las piedras de los muros, a las que se agarraba el líquen, brillaban con luz de color de miel. Una delgada columna de humo subía, retorciéndose en el aire, desde la chimenea de la biblioteca. Me mordí la uña del pulgar, y mirando a Frank con el rabillo del ojo, le pregunté:

–Dígame –y procuré dar a mi voz el tono más natural posible para quitar importancia a la cosa– Dígame: ¿era bonita Rebeca?

Calló unos segundos. No le podía ver la cara, pues estaba mirando hacia la casa.

–Sí –dijo, lentamente–, sí; es probable que fuera la mujer más bonita que he visto en mí vida.

Subimos la escalinata, entramos en el hall, y llamé para que sirvieran el té.

Capítulo XII

No veía mucho a la señora Danvers, siempre afanada en sus quehaceres. Continuaba llevando la casa, me telefoneaba a diario al gabinete, y me mandaba, sin falta, las minutas para que aprobara. Pero a esto se reducían nuestras relaciones.

Había ella tomado para mi servicio particular una doncella, Clarice de nombre, hija de alguien de la finca, una muchacha agradable, bien educada, que afortunadamente, no había servido antes y no tenía, por ello, ideas alarmantes acerca de lo que estaba bien y mal. Creo que de toda la casa era la única que me respetaba verdaderamente. Para ella yo era «la señora». Los posibles comadreos de los demás criados no la afectaban. Había estado alejada de Manderley algún tiempo, pues la había educado una tía suya que vivía a veinticinco kilómetros de distancia, y en cierto modo era tan nueva en Manderley como yo. Con ella me encontraba a gusto. No me importaba decirle:

–Clarice, ¿quieres hacer el favor de coserme esta media?

La otra, Alíce, la criada, era mucho más exigente. Prefería yo sacar a escondidas mis combinaciones y camisones del cajón donde los guardaba, y coserlos yo misma, a dárselos a ella para que lo hiciese. Una vez la vi con una de mis combinaciones sobre el brazo, examinando la sencilla tela y la humilde puntilla. Nunca olvidaré su cara. Estaba casi escandalizada como si aquella pobreza fuera un insulto a su orgullo. Nunca se me había ocurrido ponerme a pensar en mi ropa interior. Mientras estuviera limpia y bien arreglada creía que la calidad de telas y encajes no tenía importancia. Las novias, al casarse, a juzgar por lo que yo había leído, se compraban complicados equipos, con docenas y más docenas de cada cosa, pero yo no había ni pensado en ello. La cara de Alice me sirvió de lección. Escribí a toda prisa a una tienda de Londres pidiendo un catálogo de ropa interior. Para cuando acabé de elegir, Alice ya no estaba a mi servicio, por haberla sustituido Clarice. Me pareció que no valía la pena comprar ropa nueva en honor de Clarice; metí los catálogos en un cajón y no llegué a escribir a la tienda.

Pensé algunas veces si Alice se lo había dicho a los demás, y si se comentaría mi ropa interior entre las criadas como asunto algo delicado, del que se hablaría a media voz cuando no hubiera hombres escuchando. Porque Alice era persona demasiado seria para hablar del asunto en broma. Jamás podría ella aludir a tal cosa jocosamente durante una conversación con Frith.

No, mi ropa interior era un asunto demasiado serio. Algo así como un caso de divorcio cuya vista se celebra a puerta cerrada... De todos modos me alegró la situación. Clarice no sabía distinguir un encaje legítimo de su imitación. Fue un rasgo amable de la señora Danvers el tomarla. Supongo que pensaría que éramos tal para cual. Ahora que ya sabía los verdaderos motivos de la enemistad de la señora Danvers, la situación se hacía más llevadera. Sabía que no me odiaba personalmente, sino que le dolía lo que yo representaba. Su actitud hubiera sido idéntica con cualquiera que ocupase el lugar de Rebeca. Al menos, así deduje de lo que Beatrice me había dicho el día que estuvo a comer.

–¿No lo sabías? –dijo–. Adoraba a Rebeca.

Esas palabras, en un principio, me habían sorprendido. No sé por qué, pero no las esperaba. Pero cuando pensé en ellas, comencé a perder el miedo a la señora Danvers. Empecé a sentir lástima de ella. Me imaginaba lo que debía sufrir. Le dolería cada vez que me oyese llamar «la señora De Winter». Cuando a diario me llamaba por teléfono estaría pensando en otra voz al oírme contestar: «Dígame, señora Danvers». Cuando recorriera las habitaciones y encontrase algo que indicase mi paso por allí, acaso una boina sobre una silla, una bolsa con mis cosas de hacer punto, pensaría en otra persona que antes había hecho lo mismo que yo. Yo, que ni siquiera había conocido a Rebeca. La señora Danvers, por el contrario, conocía hasta su voz y sus pasos. La señora Danvers sabía de qué color tenía los ojos, cómo sonreía, que clase de pelo era el suyo. Yo no sabía ninguna de esas cosas. Nunca había preguntado acerca de ellas, aunque algunas veces sentía que Rebeca era para mí algo tan real como para la señora Danvers.

Frank me había dicho que olvidase lo pasado, y yo quería hacerlo. Pero Frank no tenía que sentarse a diario en el gabinete, como yo, ni tocar aquella pluma que ella había tenido en la mano. Frank no necesitaba estar allí, con las manos sobre la carpeta, mirando los rótulos escritos por ella para el casillero. No tenía que mirar los candelabros de la repisa de la chimenea, el reloj, el florero lleno de flores, los cuadros de las paredes, y recordar, a diario, que eran de Rebeca, que ella los había escogido, que no me pertenecían. Frank no tenía que sentarse a la mesa en el lugar que ella ocupaba, coger el cuchillo y el tenedor que ella había cogido, beber en su vaso. Ni se echaba Frank sobre los hombros un impermeable que fue de ella, ni se encontraba luego en el bolsillo el pañuelo que le pertenecía. No notaba él todos los días, como yo, las miradas cegatas de la perra, desde su cesto, en la biblioteca, ni la veía levantar la cabeza al escuchar mis pasos de mujer, husmear el aire y dejar luego caer la cabeza, porque yo no era la que esperaba.

Minucias sin importancia, tontas sí lo vamos a pensar, pero allí estaban para que yo las viera, las escuchara, las sintiera. ¡Dios mío! ¡Yo no quería pensar en Rebeca! ¡Yo quería ser feliz! Y hacer feliz a Maxim. Y yo quería que los dos lo fuésemos juntos. En lo más hondo de mi corazón, eso era lo que yo deseaba, exclusivamente. Pero no podía impedir que ella se adentrara en mis pensamientos, y se me apareciera en sueños. No podía remediar el sentirme como una invitada en Manderley, una invitada que espera el regreso de la dueña. Una frase aquí y otra allí, pequeños reproches que se me hacían a todas horas; todos los días.

–Frith –dije una mañana de verano, entrando en la biblioteca, con los brazos llenos de lilas–, Frith ¿dónde hay un florero alto para estas flores? Los que hay en el cuarto de las flores son todos demasiado bajos.

–Para las lilas, señora, siempre se ha usado el jarrón blanco de alabastro que hay en el salón.

–Pero... ¿no se estropeará? ¿No se podría romper?

–La señora siempre usaba el jarrón de alabastro, señora.

–¡Ah! Entonces...

Me trajeron el jarrón de alabastro, ya lleno de agua, y coloqué las perfumadas lilas, arreglé las ramitas, una a una, mientras la morada y templada fragancia llenaba el cuarto, mezclándose con el perfume del césped recién cortado que entraba por la ventana abierta.

Y mientras, pensaba: «Eso ya lo hizo Rebeca. Cogía las lilas, como yo estoy haciendo, y las colocaba, rama por rama, en el jarrón blanco. Yo no soy la primera que lo hace. Ese jarrón es de Rebeca, y las lilas, tuyas son... » Saldría al jardín, como yo, con aquel sombrero de alas caídas que un día vi en el fondo del armario, en el cuarto de las flores debajo de unos almohadones viejos, y cruzaría por el césped, puede que silbando. Acaso canturreando, llamando a los perros para que la acompañaran, con las tijeras en la mano, con estas tijeras que ahora tengo yo...

–Frith, ¿quiere hacer el favor de quitar ese estante de libros de encima de la mesa junto a la ventana? Voy a poner ahí las lilas.

–La señora siempre ponía el jarrón de alabastro en la mesita de detrás del sofá, señora.

–¡Ah! Acaso...

Dudé, con el jarrón en la mano. La cara de Frith estaba inmóvil. Claro que me obedecería si le dijera que yo prefería colocar el jarrón en la mesita de la ventana. Hubiera quitado el estante de libros inmediatamente.

–Bueno –dije–; puede que esté mejor en la mesa grande... –Y allí quedó el jarrón, como siempre, en la mesa que había detrás del sofá.

No olvidó Beatrice su promesa de un regalo de boda. Una mañana llegó un paquete, tan grande que Robert apenas podía con él. Estaba yo sentada en el gabinete, y acababa de leer las minutas de aquel día. Siempre he sentido un entusiasmo pueril por los paquetes. Corté la cuerda, muy excitada, y comencé a rasgar el papel. Parecía que eran libros. Sí, lo eran. Cuatro voluminosos tomos: «*Historia de la Pintura*». Y dentro del primer tomo una notita que decía: «Espero que esto sea de tu agrado», y firmado: «Con mucho cariño, Beatrice». Me la imaginaba entrando en la tienda de la calle de Wigmore para comprarlos. La veía husmeando por la tienda con sus bruscos modales, algo masculinos.

–A ver. Quiero unos libros para una persona a la que le gustan las cosas de arte –diría, y el dependiente respondería obsequioso:

–Sí, señora. Tenga la bondad de venir por aquí.

Hojearía los libros, poco segura de lo que contenían.

–Sí, de precio están bien. Son para un regalo de boda. Quiero que sean bonitos. ¿Y son todos de arte?

–Sí, señora. Esta obra es clásica sobre el asunto –respondería el dependiente.

Entonces, Beatrice debió de escribir aquella notita, y luego, dando un cheque, diría la dirección.

–Señora De Winter. Manderley.

Fue una idea simpática la de Beatrice. Había algo de sincero y al mismo tiempo, de conmovedor, en aquella visita a la tienda de Londres para comprarme los libros, porque sabía mi afición a la pintura. Supongo que se imaginaría que un día de lluvia yo me sentaría, hojeando concienzudamente las ilustraciones, y luego, provista de caja de pinturas y papel, acaso me atreviera a copiar una de las láminas. ¡Pobre Beatrice! ¡Qué simpática! Me dieron de pronto unas estúpidas ganas de llorar. Cogí los pesados tomos y me puse a buscar con la mirada un sitio donde colocarlos, en el gabinete. Algo fuera de lugar estaban en aquel cuartito frágil y delicado. Pero no importaba. Después de todo, era mi gabinete. Los coloqué de canto encima del escritorio. Conservaban difícilmente el equilibrio, apoyados los unos sobre los otros. Me hice atrás para ver qué tal quedaban. Puede que me moviera demasiado bruscamente, el caso es que el último cayó, y los demás con él, tirando un Cupido de porcelana que, a excepción de los candelabros, era lo único que había sobre el escritorio. Cayó al suelo, dando contra el cesto de los papeles, y se hizo añicos. Miré rápidamente hacia la puerta, como un niño que ha cometido una diablura. Me arrodillé en el suelo y recogí los pedacitos. Busqué un sobre y los metí dentro. Luego lo escondí todo en el fondo de uno de los cajones del escritorio. Llevé entonces los libros a la biblioteca y les hice sitio en la librería.

Cuando enseñé, orgullosa, los libros a Maxim, éste se echó a reír.

–¡Vaya con la buena de Be! –dijo– Has debido de conquistarla. Ella, por su parte, jamás abre un libro, si lo puede remediar.

–¿Te dijo algo acerca de..., vamos, te dijo lo que yo le había parecido?

–¿El día que vino a comer? No, creo que no.

–Pensé que te habría escrito, o algo.

–Beatrice y yo no nos escribimos, como no ocurra algo importante en la familia. El escribir cartas es una pérdida de tiempo.

Supuse que yo no contaba como «algo importante» en la familia. Y sin embargo, si yo hubiera sido Beatrice y hubiese tenido un hermano, al casarse éste, ¿no le habría dicho algo, expresado una opinión, escrito unas líneas? A no ser, naturalmente, que la mujer le hubiera sido antipática a una, o le hubiera parecido mal escogida... Entonces, claro, entonces sería diferente. Pero Beatrice se había

molestado en ir a Londres y en comprarme aquellos libros. Si yo no le hubiese gustado no se habría tomado la molestia.

Me acuerdo que el día siguiente, cuando Frith, después de comer, entró en la habitación con el café, esperó unos minutos, quedándose vacilando detrás del sillón de Maxim, y, al fin, dijo:

–¿Podría hablar al señor un momento?

–Sí, Frith, ¿qué pasa? –respondió Maxim, algo sorprendido.

Frith tenía la cara solemne, rígida, con los labios contraídos. Se me ocurrió en seguida que se le había muerto su mujer.

–Se trata de Robert, señor. Ha ocurrido un pequeño incidente entre él y la señora Danvers. Robert está muy molesto.

–¡Válgame Dios! –dijo Maxim, haciéndome una mueca. Yo me incliné para acariciar a *Jasper*, recurso acostumbrado cuando me encontraba turbada.

–Verá el señor: parece que la señora Danvers ha acusado a Robert de haber... escondido un objeto de valor de los del gabinete. Es parte de las obligaciones de Robert entrar en el gabinete las flores nuevas y colocar los floreros. La señora Danvers entró en el gabinete esta mañana, después de colocados los floreros, y observó que faltaba uno de los objetos, y asegura que ayer estaba en su sitio. Ahora acusa a Robert de haberlo cogido o de haberlo roto y escondido luego los pedazos. Robert niega ambas cosas con gran energía. Casi ha llegado a llorar. Acaso el señor haya observado que estaba muy nervioso durante la comida.

–Francamente, me extrañó que me ofreciera las chuletas antes de ponerme el plato –murmuró Maxim– Vaya, hombre, no creí que Robert fuese tan susceptible. Bueno, supongo que lo habrá hecho algún otro. Puede que alguna de las criadas.

–No, señor; la señora Danvers entró en el gabinete antes que la criada fuese a limpiar. No ha entrado nadie en el gabinete desde que la señora estuvo allí ayer, a no ser Robert, cuando llevó las flores. Es muy desagradable para Robert, y para mí, señor.

–Sí, sí, claro. Bueno, supongo que lo mejor será que le digas a la señora Danvers que venga y procuraremos averiguar lo ocurrido. ¿Y qué es lo que falta, se puede saber?

–El Cupido de porcelana del escritorio, señor.

–¡Aprieta! Ese es uno de los tesoros de la casa, ¿no? Tenemos que encontrarlo. Dile a la señora Danvers que venga ahora mismo.

–Está bien, señor. Salió Frith y nos quedamos solos.

–¡Maldita lata! –dijo Maxim–. Ese Cupido valía una fortuna. Y con lo que a mí me molestan los jaleos con los criados. No sé por qué me vienen a mí con estas cosas. Estas cosas son de su incumbencia, señora de la casa.

Alcé la cara, roja como la grana.

–Oye –dije–, mira, sabes..., pensé decírtelo antes, pero se me olvidó. Ayer, cuando estaba en el gabinete... , rompí el Cupido.

–¿Que lo has roto? Pero.... ¿por qué demonios no lo has dicho cuando estaba aquí Frith?

–No sé. No me atreví, no fuera a pensar que soy una tonta.

–¡Pues ahora te va a creer tonta y media! Tendrás que explicar lo ocurrido a la señora Danvers y a Frith.

–¡Ay, no! ¡No, Maxim! Díselo tú. Déjame que me vaya. arriba.

–No seas tontuela. Cualquiera diría que les tienes miedo.

–Y se lo tengo. Bueno, miedo... no, pero...

Se abrió la puerta y entraron Frith y la señora Danvers. Miré a Maxim, suplicante. Él se encogió de hombros, medio divertido, medio enojado.

–Todo ha sido un error, señora Danvers. Parece ser que fue la señora quien rompió el Cupido ayer, y se le olvidó decirlo –dijo Maxim.

Me miraron todos. Era como si hubiera vuelto a la niñez. Notaba aún la cara ardiendo.

–Lo siento mucho –dije, observando a la señora Danvers–. No pensé que pudiera echar la culpa a Robert.

–¿Se podrá arreglar la porcelana, señora? –dijo la señora Danvers.

No pareció sorprenderla saber que era yo la culpable. Me miraba con aquella cara de muerta y con sus ojos oscuros. Me pareció que ya sabía ella que la criminal era yo, y si le echó la culpa a Robert fue tan sólo por ver si tendría yo valor para confesar.

–Me temo que no. Se hizo añicos –dije.

–¿Qué hiciste con los pedazos? –me preguntó Maxim.

Me sentía como un reo en el banquillo. ¡Qué despreciable, que ruin sonaba el relato de lo que había hecho, aun para mis propios oídos!

–Los metí en un sobre.

–Bueno. Y ¿qué hiciste con el sobre? –dijo Maxim, encendiendo un cigarrillo, con un tono entre divertido e impaciente.

–Lo metí en el fondo de uno de los cajones del escritorio –respondí.

–Parece que la señora pensó que iba usted a meterla en la cárcel, señora Danvers –dijo Maxim–. Busque usted los pedazos y mándelos a Londres. Si no se puede arreglar, ¡qué se le va a hacer! Bueno, Frith, ya pueden decir a Robert que se enjague las lágrimas.

Frith se marchó, pero la señora Danvers se quedó todavía unos momentos.

–Presentaré mis excusas a Robert, naturalmente; pero todos los indicios le acusaban. No se me pudo ocurrir que la señora lo hubiese roto ella misma. Tal vez me permita la señora rogarle que si ocurre algo parecido otra vez, se sirva comunicármelo personalmente, y yo me encargaré de todo. Eso evitaría molestias a todos.

–¡Claro que sí! –dijo Maxim, perdida la paciencia–. No entiendo por qué no lo dijo ayer mismo. Cuando usted entró ahora iba a decírselo.

–Tal vez la señora no sintiera el gran valor de la porcelana rota –dijo la señora Danvers, volviéndose hacia mí.

–Sí –dije avergonzada–. Sí, me temí que valía mucho. Por eso recogí los pedazos con tanto cuidado.

–Y luego... los escondiste en el fondo de un cajón para que nadie los encontrase –dijo Maxim, riendo y encogiéndose de hombros–. ¿No es eso lo que hubiera hecho una segunda doncella, señora Danvers?

–La segunda doncella de Manderley, señor, se libraría muy bien de tocar las cosas del gabinete –respondió la señora Danvers.

–Sí, me figuro que usted no toleraría tal sacrilegio.

–Es una lástima –dijo la señora Danvers–. Creo que ésta es la primera cosa de las del gabinete que se nos rompe. Siempre tenemos mucho cuidado. Yo misma he limpiado el polvo allí, desde que..., desde el año pasado. No me he fiado de nadie. En vida de la señora, ella y yo nos encargábamos siempre de limpiar los objetos de valor para que no ocurriera ningún accidente.

–Bueno, ya no tiene remedio –dijo Maxim–. Está bien, señora Danvers.

Salió del cuarto, y yo me senté en el banco de la ventana, mirando hacía fuera. Maxim volvió a coger el periódico. Callamos los dos, pero, pasados unos momentos, dije:

–Perdóname, Maxim; lo siento mucho. Soy una descuidada. No comprendo cómo ocurrió. Estaba colocando esos libros en el escritorio, para ver si podían quedarse allí, y el Cupido se escurrió.

–Pero, mujer ¡Tontilla! Olvídalo. ¿Qué importa?

–Sí que importa. Debí tener más cuidado. La señora Danvers debe de estar furiosa conmigo.

–Pero..., ¿por qué demonios tiene ella que ponerse furiosa? ¿Acaso era suya la porcelana?

–No.... ¡pero está tan orgullosa de todo! Es terrible pensar que nunca se había roto nada en aquel cuarto. Tuve que ser yo.

–¡Más vale que fueses tú que no el pobre Robert!

–¡Hubiera preferido que fuese Robert! La señora Danvers no me lo perdonará nunca.

–¡Al diablo la señora Danvers! –dijo Maxim–. No es ningún dios. Francamente, no te entiendo. ¿Qué quieres decir con eso de que le tienes miedo?

–No, no es miedo precisamente. No la veo mucho. No te puedo explicar.

–Haces cosas rarísimas –dijo Maxim–. Debías haber llamado cuando se te rompió el Cupido, y haberle dicho: «Tome, señora Danvers, mande arreglar esto». Ella lo hubiera comprendido. Pero no; tuviste que recoger los pedacitos, meterlos en un sobre y luego esconderlos en un cajón. Como te he dicho, eso lo hace una segunda doncella, pero no la señora de la casa.

–Yo soy como una segunda doncella –dije lentamente–. Sé que lo soy en muchas cosas. Por eso me entiendo tan bien con Clarice. Estamos a la misma altura. Y por eso me quiere ella. El otro día fui a ver a su madre. Y, ¿sabes lo que me dijo? Le pregunté si Clarice estaba contenta con nosotros, y me respondió: «Ya lo creo, señorita; Clarice está muy a gusto. Me dijo el otro día: ¿Sabe usted, madre? No es como estar con una señora. Es igual que estar con una como nosotras». Maxim, ¿sería eso un piropo o no?

–¡Dios sabe! Por lo que yo me acuerdo de la madre de Clarice.... más bien lo tomaría como un insulto, Tiene siempre su casita toda desordenada y huele a repollo cocido. Hubo una época en que tenía a su cargo nueve hijos, y todos menores de once años. Se solía pasar el día trabajando en el jardín, descalza, y con una media en la cabeza. Casi tuvimos que decirle que dejara la casa. Cómo se las arreglaba Clarice para ir siempre tan arreglada y limpia, no lo sé.

–Ha estado viviendo con una tía –dije, algo aplacada–. Y ya sé que mi falda de franela tiene una mancha delante, pero yo nunca me he paseado descalza ni me he puesto una media en la cabeza. –¡Comprendía por qué a Clarice no le parecía mi ropa interior tan mal como a Alice!–. Por eso –continué– prefiero ir a ver a la madre de Clarice mejor que a las personas como a la mujer del obispo. Esta no me dijo que yo era como ella.

–Y si te pones esa falda sucia para visitarla, no me extraña.

–¡Claro que no fui a verla con la falda vieja! Llevé un vestido entero. Además, no pienso gran cosa de la gente que juzga a los demás por la ropa.

–No sé; pero me imagino que a la mujer del obispo le importa un ardite la ropa y los trapos –dijo Maxim–; pero, seguramente, se quedaría sorprendida si estuviste todo el tiempo sentada en el borde de la silla diciendo «sí» y «no», por todo hablar, como gallina en corral ajeno. Y eso es, precisamente, lo que hiciste la única vez que

fuimos juntos a devolver una visita.

–Yo no puedo remediarlo si soy tímida.

–Ya lo sé, hija, ya lo sé. Pero es que ni siquiera tratas de dominar tu timidez.

–Eso es una injusticia. Lo procuro constantemente, siempre que voy a algún sitio o conozco a alguien. Siempre me estoy esforzando. Tú no puedes comprender. Para ti todo resulta muy fácil, porque estás acostumbrado. Yo no estoy educada en esas cosas.

–¡Bah! No es cuestión de educación, como tú dices. Es más bien de aplicación. No creerás que me divierte a mí ir de visitas. Me aburre. Pero hay que hacerlo, a lo menos en estas tierras.

–No se trata de aburrirse o de divertirse –dije–. El aburrimiento no da miedo. Si solamente me aburriera, poco me importaría. Pero no puedo aguantar que me miren por todos lados, como si fuera una vaca premiada en una exposición.

–¿Quién te mira así?

–Aquí, todo el mundo. Todos.

–Bueno, ¿y qué, si lo hacen? Les sirves de entretenimiento.

–Pero, ¿y por qué he de servirles yo de diversión y cargar con todas las críticas?

–Porque lo único que interesa a la gente de estos contornos es lo que ocurre en Manderley.

–Pues lo que es a mí, ¡bien poco interesante me encontrarán! –Maxim no respondió y continuó con su periódico–. Bien poco interesante me encontrarán –repetí– Supongo que por eso te casaste conmigo. Sabías que yo era aburrida, tranquila y sin experiencia y, por lo tanto, la gente mal podría andar contando chismes de mí.

Tiró el periódico al suelo y se levantó del sillón.

–¿Qué quieres decir? –preguntó.

Se le oscureció la cara, que tenía una expresión extraña. Su voz sonó ronca; no era su voz.

–No sé..., no sé... –dije, apoyándome contra la ventana–. No quise decir nada. ¿Por qué me miras así?

–¿Qué sabes tú de chismes? ¿Qué has oído? ¿Qué han dicho?

–No sé nada –dije, asustada del modo como me miraba–. Sólo lo he dicho por... por... pues... ¡por decir algo! No me mires así. ¡Maxim! ¿Qué te ocurre? ¿Qué he dicho?

–¿Quién te ha venido con cuentos? –dijo, muy despacio.

–Nadie. ¡Nadie en absoluto!

–¿Por qué dijiste eso?

–Ya te lo he dicho, no lo sé. Se me vino a la lengua. Estaba enfadada, molesta. No puedo con esas visitas. No lo puedo remediar. Y encima, me has censurado porque soy tímida. Pero te aseguro que lo dije sin pensar, Maxim; de veras, créeme. Te suplico que me creas.

–No fue una cosa muy bonita, ¿no te parece?

–No; fue horrible, odiosa.

Se quedó mirándome, pensativo, con las manos en los bolsillos, balanceándose sobre los talones y las puntas de los pies.

–No sé... –dijo–. Puede que fuera un acto de gran egoísmo que me casara contigo –habló lentamente, pensativo.

Me quedé helada y se apoderó de mí un súbito malestar.

–¿Qué quieres decir?

–No soy para ti un compañero demasiado bueno, ¿verdad? –dijo–. Hay demasiada diferencia de edades. Deberías haber esperado para casarte con un muchacho de tu edad. No con una persona como yo, que ya ha vivido la mitad de su vida.

–Pero... ¡qué ridiculez! –comenté–. Debías saber que en el matrimonio lo de menos es la edad. Y claro que somos buenos amigos.

–¿Tú crees? No sé.

Me arrodillé sobre el asiento de la ventana, y le eché los brazos al cuello.

–¿Por qué me dices esas cosas? –le pregunté–. Sabes que te quiero más que a nada en el mundo. Para mí no existe otra persona. Eres mi padre, mi hermano, mi hijo. Todo en uno.

–La culpa fue mía –dijo él, sin escucharme–. Te di demasiada prisa. No te dejé pensarlo.

–Pero si yo no quería pensarlo –le dije–. No tenía ninguna alternativa. Tú no entiendes, Maxim. Cuando se quiere de veras a otro...

–¿Eres feliz aquí? –me preguntó, evitando mis ojos, mirando por la ventana–. A veces lo dudo. Estás más delgada. Has perdido el color.

–¡Claro que soy feliz! –le respondí–. Me encanta Manderley, y el jardín, y todo. Ni me importa hacer visitas. Sólo lo dije por molestar. Si quieres, iré de visita todos los días. No me importa. Haré lo que sea. No me he arrepentido ni un solo momento de haberme casado contigo. Eso lo sabes, ¿verdad que sí?

Me dio unas palmaditas en la mejilla, y luego me dio un beso en la cabeza.

–¡Pobrecilla! ¡Poco te diviertes! Y yo... me temo que soy una persona con la cual no resulta demasiado fácil vivir.

–¡Qué vas a ser difícil! –le dije, anhelante–. Eres fácil, facilísimo, mucho más fácil de lo que me había esperado. Antes, yo solía pensar que casarse tenía que ser tremendo. Me imaginaba que mi marido sería un borracho, o que diría palabrotas, o que estaría siempre gruñendo si las tostadas estaban blandas en el desayuno, y que sería bastante poco atractivo. ¡Hasta que olería mal! Y tú... ¡tú no haces nada de eso!

–¡Válgame Dios! ¡Así lo espero! –dijo, sonriendo.

Me aproveché de la ventaja que me daba su sonrisa, le cogí las manos y se las besé.

–¡Qué tontería eso de que no somos buenos amigos! –le dije– Fíjate cómo pasamos las tardes, aquí sentados, juntos, tú con un libro o un periódico, y yo haciendo punto. Como dos viejos que llevan casados años y años. ¡No vamos a ser buenos amigos! ¡Y claro que somos felices! Hablas como si hubiéramos cometido una equivocación. Pero no quieres decir eso, ¿verdad, Maxim? ¡Tú sabes, claro que lo sabes, que nuestro matrimonio es un éxito, un éxito maravilloso!

–Lo será, si tú lo dices.

–No, no, pero tú también lo crees; ¿verdad que sí, Maxim de mi alma? No soy sólo yo, ¿verdad que no? Somos muy felices. ¿No? ¡Felicísimos!

No respondió. Continuó mirando por la ventana, mientras yo le retenía las manos. Noté la garganta seca y apretada. Me ardían los ojos. «¡Dios mío! ¡Dios mío! Todo esto no está pasando. Somos dos actores en el escenario, y de un momento a otro caerá el telón. Saludaremos al público y nos marcharemos a nuestros camarines. Estos momentos no pueden pertenecer a nuestras vidas, a la de Maxim y a la mía.» Le solté las manos y me dejé caer sobre el banco de la ventana. Entonces oí mi propia voz, fría y dura, que decía:

–Si crees que no somos felices, sería mucho mejor que lo confesaras. Yo no quiero fingir nada. Prefiero marcharme. Y no continuar viviendo contigo.

Claro, no podía ser yo la que estaba hablando. Era la actriz; no era yo la que decía aquello a Maxim. Me imaginé la muchacha que desempeñaría el papel en el teatro: alta, esbelta, rápida de movimientos.

–¿Por qué no me contestas? –le pregunté.

Me cogió a cara con ambas manos, y me miró igual que lo había hecho otra vez, cuando Frith entró con el té, el día que fuimos a la playa.

–¿Y cómo voy a contestarte? –dijo–. Yo mismo no sé la respuesta. Si tú dices que somos felices... Vamos a no hablar más. Yo no sé. Tu palabra me basta. Somos felices. ¡Ya está! ¿De acuerdo?

Volvió a besarme, y luego cruzó el cuarto. Yo continué sentada junto a la ventana, tiesa, erguida, con las manos caídas sobre la falda.

–Lo dices porque ya no tienes ilusión por mí –dijo–. Soy torpe y desmañada y me visto mal; soy tímida con la gente. Ya te avisé en Montecarlo lo que iba a pasar. Te parece que no encajo en Manderley.

–No digas tonterías –respondió– Yo jamás te he dicho que vistas mal ni que seas torpe. Son tus imaginaciones. Y de la timidez, ya te curarás, como te he dicho.

–Estamos hablando en un círculo vicioso, y ya estamos en lo mismo que cuando empezamos. Todo ha sido por romper yo el Cupido del gabinete. Si no lo hubiese roto, no hubiera pasado nada de esto. Nos hubiéramos tomado el café y luego habríamos salido al jardín.

–¡Mecachis con el demonio del Cupido! –dijo Maxim, algo harto–. Pero, ¿de veras crees que me importa que se haya roto en diez mil pedazos?

–¿Valía mucho?

–¡Yo qué sé! Sí, supongo que sí. No me acuerdo.

–Todas las cosas del gabinete son muy buenas, ¿verdad?

–Sí, creo que sí.

–¿Por qué todas las cosas de más valor están en el gabinete?

–No sé. Lucirán más allí.

–¿Estuvieron allí siempre? ¿Cuando vivía tu madre?

–No, creo que no. Estaban repartidas por toda la casa. Las sillas estaban en un desván, me parece.

–Y ¿cuándo se amuebló el gabinete como está ahora?

–Cuando me casé.

–¿Sería entonces cuando pusieron el Cupido allí?

–Supongo que sí.

–¿Lo encontraron también en el desván?

–No. Me parece que no. Espera..., creo recordar que fue un regalo de boda. Rebeca entendía mucho de porcelanas.

No le miré. Comencé a darme brillo en las uñas. Había pronunciado la palabra con naturalidad, con calma. No le había costado ningún esfuerzo. Pasado un momento, le miré rápidamente. Estaba junto a la chimenea, con las manos en los bolsillos, mirando al vacío. «Está pensando en Rebeca –me dije–. Está pensando en la casualidad de que un regalo mío de boda fuera la causa de la rotura de otro hecho a Rebeca. Está pensando en el Cupido. Está recordando la persona que lo regaló a Rebeca, la llegada del paquete y lo contenta que ella se puso.» Rebeca entendía mucho en porcelanas. Tal vez entrara él en el cuarto cuando ella,

arrodillada en el suelo, deshacía la cajita en que venía embalado el regalo. Ella volvería la cabeza y diría: «Mira, Maxim, mira lo que nos han mandado», y entonces, metiendo la mano entre las virutas, sacaría el amorcillo, que apareció con un pie en el suelo y otro en el aire, arco en mano. «Lo pondremos en el gabinete», diría ella, casi seguro, y entonces, Maxim se arrodillaría a su lado y, juntos, examinarían la figurita.

Aún estaba puliéndome las uñas. Estaban descuidadas, uñas de colegial. Los pellejos crecían casi tapando las blanquecinas medias lunas. La del pulgar estaba toda mordida, casi hasta llegar a lo vivo. Volví a mirar a Maxim. Todavía continuaba delante de la chimenea.

–¿En qué piensas? –le pregunté.

Sonó mi voz tranquila y serena. No como mi corazón, que latía furioso allí dentro. No como mis pensamientos, amargos y resentidos. Encendió un cigarrillo, que de seguro hacía el número veinticinco aquel día, aunque acabábamos de comer; tiró la cerilla apagada al fuego, y cogió el periódico.

–En nada de particular –respondió– ¿Por qué lo preguntas?

–No sé... ; tenías una cara tan seria y parecías tan lejos... Comenzó a silbar, sin fijarse, mientras daba vueltas al cigarrillo entre los dedos.

–Pues el hecho es que estaba pensando sí habrían ya seleccionado el equipo de Surrey que tiene que jugar en el campo del Oval con Middlessex –dijo.

Se sentó en su sillón otra vez, y dobló el periódico. Yo me puse a mirar por la ventana. Al poco rato entró *Jasper* y se subió en mí falda.

Capítulo XIII

Maxim tuvo que ir a Londres, a finales de junio, para asistir a un banquete de hombres solos, relacionado con algo del condado. Estuvo fuera dos días, durante los cuales me quedé sola. Me horrorizaba la idea de su marcha. Cuando vi desaparecer el automóvil en el recodo del camino, no me hubiera sentido peor si aquella hubiese sido una separación definitiva y nunca más fuese a verlo. Tendría un accidente, seguro, y cuando ya entrada la tarde, volviera yo a casa, me encontraría con Frith, pálido y asustado, esperándome para darme la noticia. Llamaría al médico desde un puesto de socorro y me diría: «Tiene usted que ser valiente, señora, y prepararse para una noticia muy grave».

Acudiría entonces Frank y nos iríamos al hospital juntos. Maxim no me conocería. Todo esto me lo imaginé en detalle, mientras estaba sentada a la mesa. Vi los grupos de gente de la comarca alrededor de la iglesia el día del funeral, y a mí misma apoyada en el brazo de Frank. Lo vi todo tan claro, que apenas toqué la comida, sin dejar de escuchar, esforzando los oídos, para oír el timbre del teléfono.

Por la tarde me senté en el jardín, debajo del castaño, con un libro en la falda. Pero apenas leí. Cuando vi que Robert venía hacia mí por el césped, comprendí que habían llamado por teléfono, y me sentí morir.

–Han llamado del club, señora, para decirle que el señor ha llegado hace diez minutos.

Cerré el libro.

–Gracias, Robert. El señor ha hecho el viaje muy de prisa.

–Sí, señora; un viaje muy bueno.

–¿No pidió que me pusiera yo al teléfono ni dejó ningún recado?

–No, señora; solamente que había llegado bien. Era el conserje el que habló.

–Está bien, Robert; muchas gracias.

Sentí un gran alivio, y se pasó la congoja, Desapareció el dolor que sentí. Experimenté el mismo alivio que cuando se llega a tierra después de cruzar el Canal de la Mancha. Comencé a sentir hambre, y cuando Robert volvió a la casa, entré furtivamente en el comedor, por la ventana grande, y robé unas galletas del aparador. Seis me comí. «Galletas Oliver», fabricadas en Bath. Y encima una manzana. No me había dado cuenta del hambre que tenía. Me fui al bosque a comerlo todo, no fuera a verme algún criado en la pradera, desde una ventana, para luego ir diciendo que «a la señora no le gusta la comida que se prepara en la cocina, pues acabo de verla ahí fuera atracándose de frutas y galletas». Aquello hubiera podido molestar al cocinero y a la señora Danvers.

Puesto que Maxim estaba sano y salvo en Londres, después de haberme comido las galletas, me encontraba muy bien y extrañamente feliz. Notaba una sensación de libertad, como si no tuviera responsabilidad alguna. Igual que una niña el sábado por la tarde, sin lecciones ni deberes. Podía hacer una lo que quisiera. Y con una falda vieja y un par de zapatos de playa se iba a jugar a justicias y ladrones, con los niños de al lado, en el parque municipal.

Así me sentía yo. Tenía que ser porque Maxim se había marchado a Londres.

Me quedé sorprendida de mí misma. No lo entendía, en absoluto. Primero, no quería que se marchase. Y ahora, aquella alegría cordial, aquel andar con paso ligero, aquel contento infantil que me hacía sentirme con ganas de correr por la pradera y tirarme rodando por el terraplén... Me limpié la boca de migas de galletas y llamé a *Jasper*. Puede que, si me sentía así, fuese sólo porque hacía un día magnífico.

Fuimos por el Valle Feliz hasta la caleta. Ya marchitas las azaleas, sus pétalos yacían ajados y parduscos sobre el musgo. Las campánulas aún no se habían agostado y alfombraban tupidas el bosque sobre el valle. Los helechos, todavía tiernos, brotaban verdes y rizados. El musgo exhalaba un perfume hondo y fragante; las campánulas olían a tierra acre. Me tumbé sobre la crecida hierba, junto a las campánulas, apoyada la cabeza sobre las manos, acompañada de *Jasper*. Me miraba éste jadeante, con expresión ridícula, mientras de su lengua y de la poderosa boca caía la saliva a gotas. Unas palomas revoloteaban por entre los copudos árboles. Todo estaba sosegado. Me puse a pensar por qué algunos sitios ganan en encanto cuando estamos solos. Qué vulgar, qué necio sería tener en aquel momento, junto a mí, una amiga cualquiera del colegio que me estuviera diciendo:

–Por cierto, el otro día vi a Hilda. ¿Te acuerdas? Aquella que jugaba tan bien al tenis. Se ha casado y tiene dos niños.

Y no veríamos las campánulas, ni escucharíamos los arrullos de las palomas en las alturas. En aquel momento no me hubiera gustado tener a nadie al lado. Ni a Maxim. De estar Maxim allí conmigo, yo no me hallaría masticando unas hierbas con los ojos cerrados. Hubiera estado mirándole, atenta a sus ojos, a sus gestos, pensando si estaba a gusto o aburrido, tratando de adivinar sus pensamientos. Pero sola, podía descansar y nada de aquello tenía importancia. Maxim estaba en Londres. ¡Qué bueno era estar sola de nuevo! No, no, no quería decir eso. Hubiera sido una traición, una maldad. No quería decir eso. Maxim era mi mundo, mi vida.

Me levanté de encima de las campánulas y llamé enérgicamente a *Jasper* y juntos nos pusimos en marcha hacia la playa, atravesando el Valle Feliz. La marea estaba baja, y el mar en calma. Allí en medio de la bahía, parecía un gran lago tranquilo. No me lo podía imaginar encrespado, como tampoco pude nunca imaginarme, durante el verano, lo que es el invierno. No soplaban ni una ligera brisa, y el sol brillaba sobre las aguas cuando con humilde ruido llegaban hasta las pozas

formadas en las rocas. *Jasper*, sin dudarle, comenzó a trepar por éstas, volviéndose algunas veces para mirarme.

Se le había vuelto una oreja, lo que le daba un aspecto picaresco.

–¡No vayas por ahí, *Jasper*! ¡¡No!!

Naturalmente, no me hizo caso. Se alejó, desobediente, dando grandes saltos.

–¡Qué lata de perro! –dije, en voz alta, y comencé a trepar tras él, por las rocas, fingiendo para engañarme a mí misma, que no quería ir a la otra playa–. ¡Vaya! ¡No hay más remedio! Después de todo, como no viene Maxim... A mí, ¿qué más me da?

Continué, canturreando, chapoteando en las pozas. La otra caleta parecía distinta en la bajamar. Menos imponente. Sólo habría un metro de agua en el diminuto fondeadero. Calculé que cuando la marea estuviese baja del todo, un balandro tendría allí sólo el agua necesaria para flotar sin entorpecimiento. Allí estaba la boya, pintada de blanco y verde, lo que no había notado la otra vez. Puede que, como llovía, los colores quedasen confundidos. La playa estaba desierta. Fui pisando las guijas hasta el otro lado de la caleta y subí al pequeño malecón. *Jasper* corría delante, como si estuviera acostumbrado a aquel camino. En un lugar del pequeño muelle había una anilla en el muro y una escalera de hierro que bajaba hasta el mar. Ahí tendrían amarrado el bote, y la escalera era para bajar a él. Enfrente, como a unos diez metros, estaba la boya. Tenía algo escrito. Ladeé la cabeza para leerlo: *Je reviens*. ¡Qué nombre más raro! No parecía nombre de balandro. Puede que antes fuera un barquito francés, un barquito de pesca acaso. Los barcos de pesca tenían nombres como «*Feliz retorno*», «*Aquí estoy*», nombres así. «*Je reviens: Vuelvo*». Después de todo, no estaba mal el nombre para un barquito. Aunque mal le sentaba a uno que ya no volvería nunca.

Debía de hacer frío allí en medio de la bahía, pasado el faro del promontorio. Estaba el mar en calma, pero aun así, aun en días tan tranquilos, más allá del promontorio se veía la blanca espuma de las aguas, que ya empezaban a notar el empuje de la marea. Al salir de la protegida bahía y doblar el cabo, un barquito que recibiera la bofetada del viento se inclinaría... Puede que las olas salpicasen hasta la cubierta, escurriéndose, mojándolo todo. Quien fuera al timón se enjugaría los ojos y se sacudiría el pelo mojado, mirando el mástil crujiente. ¿De qué color habría estado pintado el botecito? Seguramente blanco y verde, como la boya. «No era muy grande –me había dicho Frank–; tenía un camarote pequeñito».

Jasper estaba resoplando, oliendo la escala de hierro.

–Ven –le dije–; no quiero caerme detrás de ti.

Volví a la playa por el malecón. La casita a la orilla del bosque no tenía un aspecto tan misterioso y amedrentado como la primera vez que la vi. Era el sol, que lo cambiaba todo. Tampoco golpeaba hoy la lluvia sobre el tejado. Fui acercándome, despacito, por la playa. Después de todo, no era sino una casita donde no vivía nadie. No había por qué asustarse. No había ningún motivo en absoluto. Cualquier casa tiene un aspecto húmedo y siniestro, cuando no ha sido habitada durante algún tiempo. Hasta los sitios nuevos. Además..., ¿no se habían celebrado allí hasta cenas a la luz de la luna? Los invitados a pasar el sábado y el domingo, bajaban allí probablemente para bañarse, y luego saldrían a dar un paseo en el barquito o balandro. Me quedé mirando el jardincito, abandonado, ahogado de ortigas. Tendría que cuidarlo alguien, uno de los jardineros. No hacía falta dejarlo en aquel estado. Empujé la verja, y fui hasta la puerta de la casita. No estaba cerrada del todo. Yo estaba segura de haberla cerrado bien la última vez. *Jasper* empezó a gruñir, olfateando y dando resoplidos, con el hocico pegado a la rendija de la puerta.

–¡No! ¡*Jasper*! ¡Calla!

Continué resoplando ruidosamente con el hocico metido en el resquicio. Empujé

la puerta y miré dentro. Estaba muy oscuro. Como la otra vez. Nada había cambiado. Allí estaban las telarañas colgando de las jarcias de los barquitos. Pero la puerta del otro cuartito estaba abierta. Volvió *Jasper* a gruñir, y escabulléndose por entre mis piernas entró en la casa y se fue como una flecha hacia la puerta abierta. Le seguí laténdome el corazón, pero luego me quedé parada en medio del cuarto.

–*Jasper!* ¡Ven ahora mismo!

Estaba a la puerta del cuartito, ladrando furioso, casi locamente. Allí dentro había algo... alguien. No era una rata, pues contra una rata se hubiera echado, sin dudar.

–¡Ven aquí, *Jasper!*

Pero no hizo caso. Fui hasta la puerta del cuartito, muy despacio.

–¿Hay alguien aquí dentro? –dije.

No contestó nadie. Me incliné y agarré el collar de *Jasper*, mirando luego con precaución, asomando la cabeza. Allá, en una esquina, apoyado contra la pared, había alguien sentado. Alguien que a juzgar por su postura encogida, estaba todavía más asustado que yo. Era Ben, y estaba tratando de esconderse detrás de unas velas.

–¿Qué pasa, Ben? ¿Quieres algo? –le pregunté.

Abrió y cerró los ojos estúpidamente y miró, con la boca entreabierta.

–Yo no he hecho nada –dijo.

–¡Calla ya! –dije regañando a *Jasper*.

Le tapé el hocico con la mano, y luego, quitándome el cinturón, se lo pasé por el collar a guisa de cadena.

–¿Qué quieres Ben? –pregunté, sintiéndome algo más valiente.

No me respondió. Me miraba solamente con socarrones ojos de idiota.

–Más vale que salgas –le dije–. Al señor De Winter no le gusta que ande gente entrando y saliendo aquí.

Se puso en pie, tambaleándose, sonriendo estúpidamente, y se limpió las narices con el dorso de la mano. La otra la conservaba en la espalda. Me obedeció, como un chiquillo, y me mostró la otra mano, en la que tenía un trozo de cuerda de la usada en las cañas de pescar.

–Yo no he hecho nada –repitió.

–¿Has cogido algo de aquí? –le pregunté.

–¿Eh?

–Mira, Ben –le dije–. Si quieres, te puedes llevar esa cuerda, pero no debes volverlo a hacer. No debes coger lo que no es tuyo.

No dijo nada. Abría y cerraba los ojos, retorciéndose inquieto.

–Vamos, ven –le dije con firmeza.

Salió del cuarto grande y me siguió. *Jasper* ya había cesado de ladrar y ahora estaba oliéndole los talones a Ben. No quería estarme más tiempo en la casita, y salí rápidamente, buscando la luz del sol. Ben, arrastrando los pies, me siguió. Entonces, cerré la puerta.

–Mejor será que te vayas a tu casa –le dije a Ben.

Apretaba el pedazo de cuerda contra su corazón, como si fuese un tesoro.

–Usted no me mandará al asilo, ¿verdad?

Vi que el miedo le sacudía todo el cuerpo. Le temblaban las manos y tenía los ojos suplicantes, como los de un animal, fijos sobre los míos.

–Claro que no –le contesté con dulzura.

–Yo no he hecho nada –repetió– Nunca se lo he contado a nadie. ¡No quiero ir al asilo!

Rodó una lágrima por la sucia mejilla.

–No te apures, Ben –le dije–. Nadie te va a mandar al asilo. Pero no debes volver a entrar en la casa.

Eché a andar, pero me siguió, tratando de cogerme una mano.

–Mire –me dijo–, tengo una cosa para usted.

Sonrió neciamente; me hizo señas de que le siguiera, y fue hacia la playa. Le seguí, y al poco trecho se inclinó y levantó una piedra plana, junto a una roca. Debajo había un montoncito de conchas. Escogió una y me la ofreció.

–Esta es para usted –me dijo.

–Muchas gracias, Ben; es preciosa –le dije.

Sonrió otra vez, restregándose una oreja, ya olvidado el miedo.

–Tiene usted ojos de ángel.

Volví a mirar la concha, bastante sorprendida, sin saber qué decir.

–Usted no es como la otra –dijo.

Movió la cabeza de un lado para el otro, y volvieron los ojos a mirarme socarrones. Se puso un dedo contra un lado de la nariz.

–Era alta. Era morena. Parecía una culebra. Yo la he visto. Con estos ojos la he visto. Por las noches; venía por las noches. Yo la he visto.

Hizo una pausa, mirándome fijamente. Callé. Luego siguió:

–¡Una vez la pesqué! ¡Cómo se puso! Se volvió contra mí. «¿No sabes quién soy?» Eso me dijo, y también: «Tú no me has visto aquí nunca, ¿sabes? Nunca. Si te cojo otra vez mirando por la ventana, te meto en el asilo. Eso no te gustaría, ¿Verdad? En el asilo pegan», me dijo. Y yo, entonces, fui y le dije: «Yo no contaré nada, señorita». Y nie toqué así la gorra, de esta manera.

Se tocó el sombrero de hule y luego preguntó ávidamente:–Ya no está, ¿verdad?

–No sé de qué estás hablando, Ben –le dije muy despacio–. Nadie te va a mandar al asilo. Buenas tardes, Ben.

Me alejé por la playa hacia el sendero, tirando de *Jasper*. ¡Pobre diablo! Claro que estaba chiflado. No sabía de qué hablaba. Era poco probable que nadie le hubiera amenazado con el asilo. Tanto Maxim como Frank me habían dicho que era inofensivo. Seguramente los de su familia habían estado hablando de él y lo escuchó. El recuerdo de aquella conversación habría quedado impreso en su memoria, como en la de un niño una estampa fea. Probablemente tenía la inteligencia de un niño chico y sentía simpatías y antipatías repentinas. Un día le gustaba alguien sin motivo alguno y estaría amable, y al otro, hosco. Conmigo se mostró simpático porque le dije que podía quedarse con la cuerda para anzuelos. Al día siguiente, si me veía, puede que ni me conociera. Era absurdo hacer caso de las palabras de un idiota. Volví la cabeza, sin dejar de andar, y miré hacia la caleta. La marea había empezado a subir y el agua se arremolinaba, poco a poco, alrededor del muro saliente que formaba el malecón. Ben había desaparecido entre las rocas. La playa estaba desierta de nuevo. A través de un claro, entre los árboles sombríos, vi un momento la chimenea de la casita.

Y entonces se apoderó de mí un invencible deseo de echar a correr. Comencé a tirar de *Jasper* y subí anhelante por el sendero en cuesta, atravesando el bosque, sin volver a mirar hacia atrás. Si me hubiesen ofrecido todos los tesoros del mundo no hubiera podido deshacer el camirio y bajar de nuevo a la casita de la playa. Me parecía que allí abajo esperaba alguien, en el jardincito donde crecían ortigas.

Alguien que vigilaba y escuchaba.

Jasper ladraba, corriendo a mi lado. Se creía que era un juego nuevo. Según corríamos, trataba de worder y sacudir el cinturón que le ataba. No había notado yo lo juntos que allí crecían los árboles, ni sus raíces, que se extendían a través del sendero, como zarcillos trepadores, para hacernos caer. Corría y corría, respirando a duras penas y, sin embargo, pensando:

«Eso debería limpiarse. Maxim debía mandar unos hombres aquí para que empezaran en seguida. Esta maleza no tiene sentido ni es bonita». Aquel enrejado de setos habría que talarlo para dar un poco más de claridad al sendero. Estaba sombrío, demasiado sombrío. Un desnudo eucalipto, medio asfixiado por las zarzas, parecía un esqueleto blanco y descolorido. Corría junto a él un arroyo negro y terroso, de curso entorpecido por el cieno de muchos años de lluvia, que se deslizaba silencioso hacia la playa, allá abajo. No cantaban los pajarillos, como en el valle. Era un silencio distinto. Corría y corría, falta de resuello, siempre subiendo por el sendero, y oía el rumor del mar, según la marea adelantaba arrastrándose por la playa, entrando en la caleta. Comprendí por qué a Maxim no le gustaban ni la caleta ni el sendero. Igual me ocurría a mí. Había sido una tontería recorrer aquel camino. Me debía haber quedado en la otra playa, sobre las guijas blancas, para volver por el Valle Feliz.

Mucho me alegré de salir, al fin, a los macizos de césped, y ver la casa allá, en la hondonada, sólida y segura. Había salido de la espesura. Le diría a Robert que me sirviera el té bajo el castaño. Miré el reloj. Era más temprano de lo que creía; ni siquiera eran las cuatro. Tendría que esperar un rato. En Manderley no era costumbre tomar el té antes de la media. Me alegré de que no estuviera Frith. Robert no complicaba tanto el ceremonial para servir el té en el jardín. Cuando cruzaba el césped, para llegar a la terraza, me llamó la atención un rayo de sol reflejándose en algo metálico que se veía a través del verdor de los rododendros, en la revuelta del camino. Parecía el radiador de un automóvil. ¿Sería alguna visita? Pero hubieran llegado en el coche hasta la puerta, en vez de dejarlo allí oculto, en el recodo, junto al seto. Me acerqué más. Sí, en efecto, era un automóvil. Ahora ya podía ver las aletas y el capot. ¡Qué cosa más rara! Las visitas no solían hacer eso. Y los de las tiendas iban por la parte trasera de la casa, pasando por las antiguas cuadras y el garaje. No era el Morris de Frank. Aquel coche lo conocía yo de sobra. Este era largo, bajo, un coche deportivo. Me quedé pensando lo que debía hacer. Si fuera una visita, Robert la habría llevado al salón o a la biblioteca. Desde el salón me verían al cruzar los macizos de césped. Y yo no quería presentarme a una visita vestida como iba. Tendría que invitarlos a tomar el té. Me quedé dudando donde empezaba el césped.

No sé por qué, acaso porque el sol hiciera brillar algún cristal alcé la cabeza y miré hacía la parte superior de la casa, cuando noté, sorprendida, que alguien había abierto una de las ventanas del ala de poniente. Vi un bulto en la ventana. Un hombre. Debió de verme él también, pues se retiró apresuradamente, y alguien sacó un brazo y cerró la persiana. Era el brazo de la señora Danvers. Reconocí la manga negra. Creí un momento que sería día de visita para el público y estaría ella enseñando la casa. Pero no, no podía ser, pues eso lo hacía siempre Frith, y Frith había salido. Además, las habitaciones de poniente no se abrían nunca al público; ni siquiera yo las había visto aún. No, no era día de visita. Nunca había turistas los martes. Puede que fuera alguien llamado para reparar algo en una de las habitaciones. Pero no dejaba de ser raro que aquel hombre, en cuanto me vio, se metiera a toda prisa, y que luego cerraran la ventana. ¿Y el coche que habían dejado detrás de los rododendros, para que no se pudiera ver desde la casa? Bueno, allá la señora Danvers. Yo no tenía nada que ver con aquello. Si ella tenía amigos a quienes enseñaba el ala de poniente, no era asunto de mi incumbencia, Pero... no

sabía que hubiera ocurrido antes de ahora... No dejaba de ser una casualidad que fuese el único día que Maxim no estaba en casa.

Crucé el césped, algo intranquila, pensando que quizá me estuvieran mirando desde detrás de las persianas. Subí la escalinata y pasé al hall por la gran puerta principal. No había rastro de sombrero o bastón desconocidos; ninguna tarjeta en la bandeja. Estaba claro que no se trataba de una visita para nosotros. Por lo tanto, no me interesaba. Entré en el cuarto de las flores, y me lavé las manos, para ahorrarme el tener que ir hasta el mío. Hubiera sido violento encontrármelos frente a frente en la escalera o en otro sitio cualquiera. Me acordé de que había dejado las cosas de hacer punto en el gabinete, antes de comer, y fui hasta allá, por el salón, con el fiel *Jasper* pisándome los talones. La puerta del gabinete estaba abierta. Y noté que habían cambiado de sitio mi bolsa de labor. Yo la dejé sobre el sofá, y alguien la había cogido y metido detrás de un almohadón. En el lugar donde estuvo mi bolsa se veía el hoyo dejado por una persona al sentarse sobre los almohadones del sofá. Hacía muy poco que alguien había estado sentado allí y había quitado mi bolsa, por estorbarle. También habían movido la silla del escritorio. Por lo visto, cuando Maxim y yo no andábamos por allí, la señora Danvers recibía a sus amistades en el gabinete. Hubiera preferido no saberlo, y el descubrimiento me molestó.

Jasper estaba oliendo el sofá y moviendo el rabo. Por lo menos, él no sospechaba del visitante. Cogí mi bolsa de labor y salí del cuarto. En el mismo momento, la puerta del salón que daba al corredor enlosado y las dependencias traseras de la casa se abrió, y oí unas voces. Volví como una flecha al gabinete, justo a tiempo de que no me descubrieran. Allí me quedé, detrás de la puerta, haciendo un gesto a *Jasper*, que se había quedado al acecho, con la lengua colgando y moviendo el rabo. El demonio del perro iba a descubrirme. Me quedé muy quieta, casi sin respirar.

Entonces oí la voz de la señora Danvers, que decía:

–Debe de haber entrado en la biblioteca. Ha vuelto temprano, por algún motivo. Si está en la biblioteca, puede usted salir por el hall, sin que le vea. Espere aquí mientras voy yo a ver.

Estaban hablando de mí. Aumentó mi incomodidad más que nunca. Todo aquello era demasiado misterio. Y yo no quería coger a la señora Danvers haciendo algo que no estuviera bien. En aquel mismo momento, *Jasper* volvió la cabeza rápidamente hacia el salón, y salió moviendo el rabo.

–¡Hola, chuchillo! –oí que decía la voz de un hombre.

Jasper comenzó a ladrar de alegría. Busqué con la mirada un lugar donde esconderme. No había sitio alguno. Se fueron acercando las pisadas, y el hombre entró en el gabinete. No me vio al principio, porque estaba yo detrás de la puerta; pero *Jasper* se lanzó sobre mí ladrando de contento.

Se volvió rápidamente el hombre sobre los talones y me vio. Nunca he visto a nadie quedarse más sorprendido. Hubiera yo podido ser un ladrón y él el amo de la casa.

–Usted perdone... –me dijo, examinándome de pies a cabeza con curiosidad.

Era grande, recio, bien parecido, llamativo en cierto modo, con aquella cara tostada por el sol. Los ojos encendidos, de color azul, hacían pensar en alguien que bebiera con exceso y llevara una vida desordenada. El pelo era rojizo, como la cara. En pocos años engordaría y la barba le haría un pliegue por encima del cuello duro de la camisa. Le delataba la boca, demasiado carnosa, demasiado roja. Su aliento, impregnado de olor a whisky, me llegaba a través de la distancia, que nos separaba. Comenzó a sonreír. Era una sonrisa que dedicaría a toda mujer.

–Sentiría haberla asustado –dijo.

Salí de detrás de la puerta, sin poder disimular la gran turbación que sentía por mi conducta grotesca.

–No, no... ; oí voces..., no sabía quién era. No esperaba hoy ninguna visita.

–No hay derecho –dijo, con énfasis– que venga yo a estropear su tranquilidad. Espero que me perdonará. La verdad es que he venido a charlar un rato con la buena de Danny. Somos viejos amigos.

–Sí, sí, ¡claro! ¡Lo comprendo!

–La pobre Danny –dijo– nunca quiere molestar a nadie. ¡Dios la bendiga! Tampoco quería molestarla a usted. –No, no, si no importa. –Y me quedé observando a *Jasper*, que aún daba saltos de gozo y echaba las patas al desconocido.

–¡No me ha olvidado este diablillo! –dijo– Se ha puesto muy guapo. La última vez que lo vi era un cachorro. Pero está demasiado gordo. Necesita hacer más ejercicio.

–Vengo ahora mismo de darle un buen paseo –respondí.

–¿De veras? ¡Bien hecho!

Continué acariciando la cabeza de *Jasper* y sonriéndome con demasiada familiaridad. Sacó luego una petaca y me ofreció, diciendo:

–¿Cigarrillo?

–No fumo.

–¿No? –Sacó él uno y lo encendió.

Nunca me he fijado en esas cosas, pero me extrañó que lo hiciera en mi cuarto. ¿No era eso de mala educación? Era una falta de consideración hacia mí.

–¿Qué tal Max? –dijo. Me sorprendió el tono.

Lo dijo como si lo conociera muy bien. Me resultaba raro oír llamar Max a Maxím. Nadie lo hacía.

–Está muy bien, gracias –respondí–. Se ha ido a Londres.

–¿Y dejó solita a la desposada? ¡Ay, ay, ay! Eso no está ni pizca de bien. ¿No teme que venga alguien a raptarla?

Se rió, abriendo mucho la boca. No me gustó aquella risa. Tenía un no sé qué ofensivo. Ni me gustaba él tampoco. En aquel momento entró la señora Danvers en el cuarto. Fijó los ojos sobre mí y me quedé fría. ¡Dios mío! ¡Cómo debía odiarme!

–¡Hola, Danny! Aquí nos tienes –dijo el hombre– Todas tus precauciones han sido inútiles La señora de la casa estaba escondida detrás de la puerta. –Y volvió a reír, La señora Danvers no dijo nada–. Bueno, pero ¿es que no me vas a presentar? Creo que lo corriente es presentar los respetos a la recién casada.

–Señora –dijo la señora Danvers–, permítame. El señor Favell. –Habló en voz baja, de mala gana. Creo que no quería presentarnos.

–Mucho gusto –le dije, y luego, haciendo un esfuerzo para mostrarme cortés, añadí–: ¿No quiere usted quedarse a tomar el té?

Pareció divertirse la idea. Se volvió a la señora Danvers, y dijo:

–¡A ver! ¿No es ésa una invitación encantadora? ¡Me han convidado a tomar el té! ¿Sabes, Danny, que estaba por aceptar?

La vi hacer un gesto disuadiéndole. No estaba tranquila. La situación era de lo más inconveniente. No debería haber ocurrido.

–Puede que tengas razón –dijo él–; pero hubiera sido divertido. Y ahora, más vale que me vaya, ¿no? Venga a ver mi coche. –Me hablaba con una confianza insultante. Yo no quería ir a ver el automóvil. No sabía qué hacer ni qué decir–.

Venga, es un coche que es algo serio. Anda mucho más que todos los cacharros que ha tenido el pobre Max.

No se me ocurría ninguna excusa. Todo aquello era tan embarazoso como forzado. No me gustaba. Y, ¿por qué estaba allí la señora Danvers, mirándome con aquellos ojos amenazadores?

–¿Dónde tiene usted el coche? –pregunté con voz desmayada.

–A la vuelta del camino. No lo traje hasta la puerta por miedo a molestarla. Supuse que acaso tuviera usted la costumbre de echar una siestecita.

Nor dije nada. La mentira era demasiado evidente. Salimos todos al hall. Vi que él volvía la cabeza y guiñaba un ojo a la señora Danvers. Ella no le devolvió el gesto. Ni yo lo esperaba. Tenía ella una expresión dura y avinagrada. *Jasper* salió dando saltos al camino, encantado con la llegada del visitante, a quien parecía conocer tan bien.

–Creo que dejé la gorra en el coche –e hizo como si la buscara con la mirada en el hall– La verdad es que no entré por aquí. Fui por la parte de atrás y sorprendí a Danny en su propia madriguera. ¿Vienes tú también a ver el coche?

Miró a la señora Danvers, como preguntándole. Ella dudó unos instantes, mirándome de reojo.

–No –respondió–, me parece que no. Adiós, señorito Jack.

Le tomó él la mano y se la apretó efusivamente.

–Adiós, Danny; cuídate. Ya sabes dónde me encontrarás siempre. No sabes lo que me ha gustado volver a verte.

Salió al camino con *Jasper* correteando tras él, y yo los seguí lentamente, toda aturrullada.

–¡Vaya con Manderley! –dijo, mirando hacia las ventanas–. No ha cambiado mucho. Supongo que Danny tiene buen cuidado de eso. ¡Qué mujer más extraordinaria!

–Sí, es muy útil –dije.

–Bueno, y a usted, ¿qué le parece todo esto? ¿Le gusta estar encerrada aquí?

–Me gusta mucho Manderley –respondí secamente.

–¿No estaba usted viviendo en el sur de Francia cuando la conoció Max? ¿No era Montecarlo? Yo conozco aquello muy bien...

–Sí, estaba en Montecarlo.

Habíamos llegado al coche. Era verde, abierto, típico de su dueño.

–¿Qué? ¿Qué le parece?

–Muy bonito –dije cortésmente.

–¿Quiere venir a dar un paseíto hasta la verja? –dijo.

–No, estoy algo cansada.

–Cree usted que no estaría bien que vieran a la señora de Manderley en coche con alguien como yo, ¿no es eso? –dijo, moviendo la cabeza y soltando una carcajada.

–No, no –dije, enrojeciendo–; de veras que no.

Continuó mirándome de arriba abajo, sonriendo, con una expresión de desagradable familiaridad. Me sentí como si fuera una camarera de café.

–Bueno, bueno; no tenemos que pervertir a la recién casada, ¿verdad, *Jasper*? No estaría bien. –Cogió la gorra y un par de monstruosos guantes de conducir. Tiró el cigarrillo al camino–. Adiós –dijo, ofreciéndome la mano–. Nuestro encuentro lo recordaré como inesperado y divertido.

–Adiós –dije.

–¡Ah! ¡Por cierto! –dijo, al lesgaire– Sea usted una buena muchacha, sea generosa, y no diga nada a Maxim acerca de mi visita. No sé por qué, pero no tiene una opinión demasiado buena acerca de mí, y si se entera podría acarrear un disgusto a Danny y la pobre no tiene ninguna culpa.

–No –dije, toda cortada– No diré nada.

–¡Así me gustan las muchachas simpáticas! ¿Seguro que no ha cambiado de parecer y que no quiere venir a dar un paseo?

–No; sí le es igual, prefiero quedarme.

–Entonces, ¡abur! Puede que un día venga a hacerles una visita. ¡Tú, *Jasper*! ¡Baja de ahí, que me vas a arañar toda la pintura! Bueno, me parece una vergüenza eso de que Max se haya marchado a Londres y la haya dejado solita.

–A mí no me importa. Me gusta estar sola.

–¡No me diga! ¡Esa sí que es buena! Pues no está bien que le guste. No es natural. ¿Cuánto lleva de casada? Tres meses, ¿no?

–Por ahí.

–¡Caramba! ¡Con lo que me gustaría a mí que me estuviera esperando en casa una mujercita que llevase casada tres meses! Yo soy un pobre soltero, solitario. – Volvió a reír y se encasquetó la gorra hasta los ojos– ¡A pasarlo bien! –dijo, poniendo en marcha el motor.

Arrancó el coche como una bala camino abajo, entre las furiosas explosiones del escape. *Jasper* se quedó mirando, con las orejas gachas y el rabo entre las piernas.

–¡Vamos, *Jasper*! –le llamé–. ¡No te quedes ahí como un tonto!

Volví lentamente hacía la casa. La señora Danvers había desaparecido. Entré en el hall e hice sonar el timbre. Pasaron cinco minutos sin que acudiese nadie. Volví a llamar. Al cabo de un rato se presentó Alice, con un gesto de desagrado.

–¿Llamaba la señora?

–Alice, ¿no está Robert por ahí? Quería tomar el té debajo del castaño.

–Robert ha ido al correo esta tarde, señora, y aún no ha vuelto. La señora Danvers le dio a entender que la señora no volvería hasta más tarde. Frith también ha salido. Si la señora desea el té ahora, yo lo traeré. Creo que todavía no han dado las cuatro y media.

–No, déjelo, Alice. Esperaré a que venga Robert. Supuse que cuando Maxim se ausentaba se relajaba la disciplina automáticamente. Aunque puede que no. A Frith le tocaba salir. La señora Danvers había mandado a Robert al correo. Se suponía que yo había salido para dar un paseo largo... ¡Qué bien había elegido el tal Favell la hora para ver a la señora Danvers! Casi, casi, demasiado bien. Había algo chocante en todo aquello; de esto estaba segura. Además, me había pedido que no dijese nada a Maxim. Todo era muy extraño. Yo no quería buscarle disgustos a la señora Danvers ni tener una escena con ella. Y, sobre todo, no quería molestar a Maxim. ¿Quién sería aquel Favell? Había llamado «Max» a Maxim. Nadie le llama «Max». Yo lo vi escrito una vez, en la portada de cierto libro, con unas letras finas y sesgadas, extraordinariamente picudas. La letra «M» era marcada y alta. Creía que sólo una persona le había llamado Max...

Estaba en el hall, sin saber qué decidir acerca del té, cuando de pronto se me ocurrió si la señora Danvers no sería tan honrada como creíamos; si estaría intrigando, a espaldas de Maxim, y si mi inopinada llegada me había hecho descubrirla con su cómplice, quien simulando conocer bien la casa y a Maxim, había logrado escapar. ¿Qué habrían estado haciendo en el ala de poniente? ¿Por que cerraron tan de prisa la ventana, cuando me vieron llegar por el jardín? Se apoderó

de mí una vaga inquietud. Frith y Robert habían salido; las criadas estaban generalmente en sus cuartos, por la tarde, cambiándose; así que la señora Danvers podía andar a su gusto por toda la casa. ¿Y si aquel hombre resultase ser un ladrón y la señora Danvers estuviera pagada por él? El ala de poniente encerraba cosas de gran valor. Sentí de súbito el aterrador impulso de subir sigilosamente a aquellas habitaciones, entrar en ellas y ver por mí misma cómo andaban las cosas.

Aún no había vuelto Robert. Dispondría del tiempo necesario para subir antes de tomar el té. Vacilé unos instantes, mirando hacia la galería. La casa parecía sosegada y tranquila. Las criadas estaban todas en sus cuartos, al otro lado de las cocinas. *Jasper* bebía ruidosamente en su cacharro, bajo la escalera, despertando el eco del hall. Comencé a subir los escalones. El corazón me latía, descompuesto, excitado...

Capítulo XIV

Me hallaba en el mismo corredor de aquella primera mañana. No había vuelto desde entonces ni había sentido deseos de hacerlo. El sol entraba a raudales por la ventana en el ensanche del pasillo, haciendo dibujos de oro sobre los oscuros paneles.

No se oía ni un ruido. Volvía a notar el mismo olor a moho, a cosa no usada. No estaba segura hacia dónde tenía que ir. Desconocía la distribución de las habitaciones. Recordé que la señora Danvers había salido por una puerta que estaba allí, y juzgué que, por la orientación del cuarto, debía de ser aquel que yo buscaba, el que tenía las ventanas sobre los macizos de césped y el mar. Levanté el picaporte y entré. Estaba oscuro, naturalmente, a causa de las persianas. Busqué con la mano por la pared hasta dar con la llave de la luz, encendí. Estaba en una pequeña antesala, un cuarto de vestirse, según juzgué por los grandes roperos que había adosados a la pared. Al otro extremo del cuarto había una puerta, que daba a la habitación más espaciosa. Entré y encendí la luz. Mi primera impresión fue de sorpresa, pues el cuarto estaba completamente amueblado, como si se utilizase.

Había esperado ver sillas y mesas enfundadas, y la gran cama de matrimonio pegada contra la pared, también tapada con sábanas blancas. Pero no había nada enfundado. Vi sobre el tocador cepillos, peines, perfumes y polvos. La cama estaba hecha. Vi la blancura de las sábanas y de las almohadas y el pico de una manta bajo el acolchado cubrecamas. Había flores en el tocador y en la mesilla de noche, Y también en la tallada repisa de la chimenea. Durante unos momentos de angustia, creía que le había ocurrido algo a mi cabeza, que estaba viendo el pasado, mirando el cuarto tal como estaba antes de morir ella... «Dentro de unos instantes –pensé– entrará Rebeca; se sentará al tocador, canturreando, y comenzará a alisarse el pelo.» Le vería la cara en el espejo y ella me descubriría de pie junto a la puerta.

No ocurrió nada. Pero yo permanecí inmóvil junto a la puerta, esperando. Volví a la realidad al escuchar el tictac del reloj de pared. Sus manecillas marcaban las cuatro y veinticinco. Igual hora marcaba mi reloj. El tictac del reloj se me antojó consolador, natural. Me recordaba el presente y que pronto estaría listo el té en el jardín. Fui avanzando lentamente hasta el centro de la habitación. No, no se utilizaba; allí no vivía nadie. Ni siquiera las flores podían destruir el olor a humedad. Estaban corridas las cortinas y cerradas las persianas. Nunca más volvería Rebeca a entrar en aquel cuarto. Aunque la señora Danvers pusiera flores en la repisa de la chimenea y sábanas en la cama, no conseguiría con eso hacerla volver. Estaba muerta. Ya hacía un año que estaba muerta. Estaba enterrada en la cripta de la iglesia, junto a los demás De Winter muertos.

Oía claramente el ruido del mar. Fui a la ventana y abrí las persianas, Sí, era la ventana donde habían estado hacía media hora Favell y la señora Danvers. El largo haz de luz del sol contrastaba con la eléctrica, falsa y amarilla. Abrí la persiana algo más. El día arrojó sobre la cama un rayo blanco. Brilló en la bolsa para el camión, encima de la almohada. Brilló sobre el tocador, sobre los cepillos y frascos de perfumes.

La luz del sol prestó realidad al cuarto. Con la persiana cerrada y la luz eléctrica encendida, parecía más bien una decoración teatral, con todo preparado para que comenzara la función, Ya había caído el telón por última vez aquella noche, y antes de marcharse los tramoyistas lo habían dejado todo preparado para el primer acto de la función de tarde del día siguiente. Sin embargo, la luz del día hizo vivir y palpar el cuarto. Olvidé el olor a mohos y las corridas cortinas de las demás ventanas, para volverme a sentir solamente una visita. Una visita a quien nadie invitó. Había entrado por equivocación en la alcoba de la señora de la casa. Aquellos cepillos del tocador eran los suyos, y aquélla su bata, y bajo la silla vi sus chinelas.

Noté entonces, por primera vez desde que entré en el cuarto, que me temblaban las piernas como si fuesen de alambre. Me senté en la banqueta del tocador. Ya no latía mi corazón animado de excitación. Lo sentía pesado y triste. Instintivamente, pasé la mirada por la habitación. Sí, el cuarto era precioso. La señora Danvers no me había exagerado aquella primera tarde. Era el cuarto más bello de toda la casa. La exquisita chimenea, el artesonado, la cama tallada y las cortinas, hasta el reloj de pared y los candelabros del tocador. ¡Cómo me hubieran gustado, y cómo los hubiera querido, de ser míos! Pero no lo eran. Pertenecía todo aquello a otra persona. Alargué la mano y toqué los cepillos. Uno estaba algo más usado que su pareja. Lo comprendí perfectamente. Siempre hay un cepillo que se usa más que el otro. Siempre se olvida uno de usar uno de ellos, y cuando se van a lavar los dos, resulta que está limpio e intacto. ¡Qué blanca me veía la cara en el espejo, con el lacio pelo colgando! ¿Estaría siempre igual? No, no, seguro que corrientemente tenía mejor color. Mi imagen, pálida y fea, me miraba.

Me levanté de la banqueta y toqué la bata, que estaba encima de la silla. Cogí las chinelas también. Me daba cuenta de que, gradualmente, se estaba apoderando de mí un horror que, poco a poco, se tornaba en desesperación. Toqué la colcha de la cama, seguí con el dedo el perfil del monograma en la bolsa del camión «R. de W.», entretejidas y enlazadas. Las letras bordadas en cordoncillo resaltaban valientes sobre la seda amarilla dorada. Dentro estaba el camión, finísimo, como de gasa, de color de albaricoque. Lo toqué y, sacándolo de la bolsa, apoyé en él la cara. Estaba frío, helado, pero aún conservaba un tenue perfume. El perfume de las azaleas blancas. Lo doblé y volví a meterlo en su bolsa, y al hacerlo me atenazó una congoja, pues noté que estaba arrugado, que la tela estaba ligeramente levantada, como si no se hubiese planchado desde que ella se lo puso.

Siguiendo un impulso repentino, volví al cuarto de entrada, donde había visto los armarios. Abrí uno y vi lo que me había figurado. El armario estaba lleno de ropa. Había trajes de noche, pues por la abertura de los blancos sacos guardarrupas vi brillar algo de plata. También vi uno de suave terciopelo de color de burdeos, La cola de otro, de seda blanca, colgaba hasta abajo. Las plumas de avestruz de un abanico asomaban medio envueltas en papel de seda.

El armario despedía un olor penetrante y pesado. Aquel perfume de las azaleas, tan delicado y fragante al, aire libre, se había enranciado dentro del ropero, empañando el brillo de los vestidos de tisú y brocado. El armario exhalaba por sus abiertas puertas un olor a viejo. Lo cerré, y volví a la alcoba. El haz de luz continuaba brillando, límpido y blanco, sobre la colcha, sobresaliendo clara y

distintamente la R del monograma.

De pronto, oí unos pasos a mi espalda, di la vuelta rápidamente y vi a la señora Danvers. Nunca olvidaré la expresión de su cara. Triunfal, complacida, indicando una excitación malsana. Me quedé aterrada.

–¿Sucede algo, señora? –me dijo.

Traté de sonreírle, pero no pude. Quise decir algo.

–¿Se encuentra mal la señora? –dijo, acercándose, hablando con tono melifluido. Me hice atrás. Si se hubiese acercado más me hubiera desmayado. Sentí su aliento sobre la cara.

–No, no me pasa nada, señora Danvers –dije, pasado un momento–. No esperaba verla aquí. Es que cuando estaba en el jardín mirando estas ventanas, vi una persiana abierta y he venido a ver si podía cerrarla.

–Yo la cerraré –dijo, y deslizándose silenciosamente a través del cuarto, echó el pestillo a la persiana. Se apagó la luz del día. Y una vez más tomó el cuarto un aspecto irreal en aquella falsa luz amarillenta. Irreal y fantástico.

Volvió la señora Danvers y permaneció de pie junto a mí. Sonrió, y en lugar de sus modales sosegados y rígidos, la vi animarse y hablar con voz acaso demasiado familiar, casi compasiva.

–¿Por qué me ha dicho que estaba abierta la persiana? La cerré yo misma antes de salir del cuarto. ¿Verdad que la abrió usted? Quería ver el cuarto. Pero ¿por qué no me ha dicho antes que se lo enseñara? ¡Si yo estaba dispuesta a hacerlo a diario! ¡No tenía más que habérmelo dicho!

Hubiera querido escapar corriendo, pero no podía moverme. Continuaba presa de sus ojos.

–Ya que está usted aquí, déjeme que se lo enseñe todo –dijo con voz insinuante, de una dulzura melosa, horrible, falsa–. Ya sé que quiere usted verlo todo, que tenía ganas hace ya mucho tiempo, pero no lo hizo por timidez. ¿Verdad que es un cuarto precioso?. ¿A que no lo ha visto usted ni parecido en su vida?

Me tomó del brazo y me llevó hacia la cama. No podía resistirme, me sentía como un animalillo indefenso, El contacto de su mano me hizo estremecer. Hablaba bajito, íntimamente, con una voz que ya me resultaba tan odiosa como terrible.

–Esta era su cama. ¡Qué bonita! ¡Qué cama tan bonita! ¿Verdad? La tengo siempre con esta colcha dorada, porque es la que ella prefería. Aquí, dentro de su bolsa, está el camisón. Lo ha estado mirando, ¿no? Este fue el que se puso la última vez, la noche antes de morir. ¿Quiere tocarlo otra vez? –Sacó el camisón y me lo ofreció–. Tóquelo, cójalo, vea qué suave, qué ligero es. No lo he lavado desde que ella se lo puso por última vez. Lo pongo así, y la bata y las chinelas, tal como lo preparé todo aquella noche que no volvió, la noche en que se ahogó...

Dobló el camisón y lo metió de nuevo en la bolsa. Volvió a cogerme del brazo y me llevó hacia la bata y las chinelas.

–Yo lo hacía todo. Probamos doncellas y más doncellas, pero ninguna servía. «Danny –solía decirme–, no hay quien me sirva como tú. No quiero otra.» Mire, su bata. Era mucho más alta que usted, como verá por lo larga que es. Póngasela, así, por fuera, para que vea... ¿Ve? ¡Le llega hasta los tobillos! ¡Qué tipo tenía! Estas son sus zapatillas. «¡Tírame las zapatillas, Danny!», me solía decir. Para lo alta que era, tenía un pie muy chico. Mire, mire, meta la mano dentro. ¿Verdad que son muy estrechitas y pequeñas?

Me obligó a meter las manos en las chinelas, siempre sonriendo, mirándome a los ojos.

–No hubiera usted pensado que era tan alta, ¿verdad? Estas zapatillas le

vendrían bien a un pie chiquito. ¡Y tan delgada! Hasta que no se ponía al lado de una, no se daba una cuenta de lo alta que era. Era tan alta como yo. Pero, ¡ah!, metida en la cama, parecía como una niña con aquella mata de pelo enorme, que rodeaba como un halo su cara...

Dejó las chinelas en el suelo y la bata sobre la silla.

–¿Ha visto ya sus cepillos? –dijo, llevándome ahora hacia el tocador–. Ahí los tiene. Tal como los usaba; están sin lavar, sin tocar. Yo venía todas las noches a cepillarle el pelo. «Venga, Danny, venga de ahí. ¡Gimnasia de pelo!», me decía, y yo me ponía detrás de ella, cepilla que te cepilla, algunas veces hasta veinte minutos seguidos. Lo llevó corto solamente los últimos años. Cuando se casó le llegaba a la cintura. Entonces era el señor quien lo solía cepillar. Mil veces he entrado en este cuarto y me lo he encontrado en mangas de camisa, un cepillo en cada mano: «Más fuerte, Max, más fuerte», le decía ella, riendo y él cepillaba más fuerte. Estaban vistiéndose para cenar, ¿sabe?, y toda la casa llena hasta rebosar de invitados: «Tome –me decía, tirándome los cepillos–; tome, que no voy a estar listo a tiempo», y se reía con ella. En aquellos tiempos, el señor siempre estaba riendo y bromeando.

Hizo una pausa, con la mano aún sobre mi brazo.

–Cuando se cortó el pelo, todo el mundo se puso furioso con ella. Pero ella decía: «El pelo es mío. A nadie le importa lo que haga con él.» Claro, el pelo corto le resultaba más cómodo para montar a caballo y para salir en balandro.. ¿Sabe que le hicieron un retrato a caballo? Lo hizo un pintor muy conocido. El cuadro se exhibió en la Exposición de la Real Academia. ¿Lo vio usted?

Negué con la cabeza.

–No –dije–, no.

–Pues creo que fue el cuadro del año. Pero, ya ve, al señor no le gustó, y no quiso traerlo a Manderley. Me parece que el señor creyó que no le hacía justicia. ¿Quiere ver su ropa?

No aguardó mi contestación. Me llevó al cuartito de la entrada, y abrió los roperos, uno por uno.

–Aquí guardo las pieles. Todavía no se ha apolillado ninguna, ni creo que eso pase nunca. Ya pongo yo buen cuidado. Mire esta capa de martas cibelinas. Fue un regalo de Navidad que le hizo el señor. Una vez me dijo lo que le había costado. Pero va no me acuerdo. Esta, de chinchilla, se la solía echar sobre los hombros cuando las noches refrescaban. Este ropero está lleno con sus trajes de noche. Lo había abierto usted, ¿verdad? Veo que el pestillo no está corrido del todo. Creo que el señor prefería verla vestida de plata. Pero, claro, ella estaba bien con cualquier cosa, y todas las cosas le iban bien. Con éste de terciopelo estaba divina. ¡Póngaselo contra la cara! ¡Qué suave!, ¿verdad? ¿No lo nota? Parece recién perfumado. Casi se imaginaría una que se lo acababa de quitar. Yo siempre sabía, cuando entraba en un cuarto, si ella había estado allí antes. Siempre quedaba algo de su perfume detrás. Este juego rosado no llegó a estrenarlo. Claro, cuando murió llevaba un par de pantalones y una camisa como de hombre. Pero todo lo destrozó el agua... Cuando la encontraron, al cabo de todas aquellas semanas, estaba desnuda.

Me apretó el brazo con los dedos. Se inclinó hacia mi, acercándome su cara cadavérica, buscando sus ojos los míos.

–Las rocas la habían destrozado. Aquella cara preciosa... no se podía reconocer. Le faltaban los dos brazos –susurró– La identificó el señor. Fue para ello a Edgecombe. Fue completamente solo. Estaba muy enfermo, pero se empeñó en ir. Nadie pudo contenerle. Ni siquiera el señorito Frank.

Calló unos segundos, sin dejar un instante de mirarme a la cara.

–No me lo perdonaré nunca. Yo tuve la culpa del accidente. Tuve la culpa por haber salido aquella tarde. Fui a Kerrith después de comer y no volví hasta muy tarde. Como la señora había ido a Londres, y no la esperábamos hasta mucho después.... no me di prisa para volver. Serían las nueve y media cuando llegué a casa, y me dijeron que había vuelto a eso de las siete, había cenado y luego salido otra vez. Se fue a la playa, claro está. Eso ya me preocupó. Estaba soplando el viento del Sudoeste. Si llego yo a estar en casa, no hubiera salido al mar. Siempre me hacía caso. Yo le hubiera dicho: «Esta noche, yo no saldría», y ella me habría contestado: «Bueno, bueno, Danny, ¡está bien! ¡Tú y tus miedos!» Y nos hubiéramos quedado aquí, charlando probablemente, contándome ella lo que había hecho en Londres, como hacía siempre.

Me dolía el brazo, dormido por la presión constante de sus dedos. Notaba la tirantez de su piel, que dejaba ver los huesos de los pómulos. Debajo de las orejas tenía unas manchitas amarillentas.

–El señor –continuó– había estado cenando con el señorito Frank en casa de éste. No sé a qué hora volvió; debían de haber dado ya las once. Un poco antes de medianoche empezó a soplar el viento muy fuerte, pero ella seguía sin volver. Descendí al piso bajo, pero no se veía luz por debajo de la puerta de la biblioteca. Volví a subir y llamé a la puerta del cuarto de vestirse los señores. El señor contestó en seguida: «¿Quién es? ¿Qué ocurre?», me dijo. Yo le expliqué que estaba intranquila por la señora, que aún no había vuelto. Esperé un momento y luego me abrió la puerta, en bata. «Se habrá quedado a pasar la noche en la casita de abajo – me dijo–. Yo que usted me acostaba. Si sigue la noche así no vendrá a dormir.» El señor parecía muy cansado, y no quise molestarle más. Después de todo, se quedaba muchas veces en la casita de abajo, y salía al mar, sin preocuparse del tiempo que hiciera. A lo mejor, pensé, ni ha salido en el barquito, sino que se habrá quedado a dormir en la playa, para descansar de Londres. Di las buenas noches al señor y me fui a mi cuarto. Pero no pude dormirme. No hacía más que pensar en lo que estaría haciendo.

Hizo otra pausa. Yo no quería seguir oyéndola. Quería librarme de ella, quería escapar de aquel cuarto.

–Estuve sentada en la cama hasta las cinco y medía. Y no pude aguantar más. Me levanté, me puse el abrigo y bajé a la playa, por el bosque. Estaba empezando a amanecer; caía una llovizna mezclada con neblina, pero el viento ya se había calmado. Cuando llegué a la playa vi la boya y vi el bote, pero el balandro había desaparecido.

Las palabras de la señora Danvers me hicieron ver la caleta a la luz de la mañana gris, sentir la llovizna en la cara, y esforzando la mirada para penetrar la neblina pude ver la silueta, confusa y oscura, de la boya.

Me soltó el brazo y dejó caer el suyo, desfallecido, cuan largo era. Perdió toda expresión su voz, que tomó de nuevo el timbre duro, mecánico, de costumbre.

–El mar arrojó uno de los salvavidas a la playa de Kerrith aquella tarde. Unos pescadores de cangrejos encontraron otro al día siguiente, en las rocas más allá del cabo. La marea nos trajo pedazos de cuerdas y de velas...

Me volvió la espalda y cerró la cómoda. Enderezó un cuadro torcido. De la alfombra cogió una pelusa. Yo la miraba, sin saber qué hacer.

–Ahora ya sabe –dijo– por qué el señor no quiere usar estas habitaciones. ¡Escuche, el mar!

Se oía, hasta con las ventanas cerradas y las persianas echadas: un murmullo sordo, amenazador. Las olas rompían sobre el guijo blanco de la caleta. Estaría rugiendo la marea por la playa, hasta casi llegar a la casita de piedra.

–No volvió a dormir en estas habitaciones desde la noche en que ella se ahogó. Mandó sacar todas sus cosas del cuartito de vestirse. Le preparamos un cuarto al final del pasillo. Y ni siquiera allí creo que dormía mucho. Se quedaba sentado en un sillón. A la mañana siguiente todo aparecía cubierto de ceniza de cigarrillos. Y durante el día, Frith le oía paseando en la habitación. Arriba y abajo, arriba y abajo.

También vi yo la ceniza en el suelo, junto al sillón... También oí sus pasos: uno, dos, uno, dos, de un lado para el otro, tras las puertas de la biblioteca... Cerró la señora Danvers cuidadosamente la puerta entre la alcoba y el cuartito en que estábamos, y apagó la luz. Dejé de ver la cama, al fin, y la bolsa del camisón, y el tocador y las chinelas junto a la silla. Cruzó luego el cuartito, puso las manos sobre el picaporte y esperó a que yo pasara.

–Yo vengo a estos cuartos todos los días, y yo misma quito el polvo. Si quiere usted volver a verlos, no tiene más que decírmelo. Llámeme por teléfono. Yo me haré cargo en seguida. No dejo que entren aquí las criadas. Aquí no viene nadie más que yo.

Una vez más la voz se hizo empalagosa, íntima y desagradable. Su cara tenía una sonrisa falsa y forzada.

–Algunas veces, cuando el señor esté fuera y se encuentre usted sola, puede que le guste venir aquí a sentarse. No tiene más que decírmelo. ¡Son tan bonitas estas habitaciones! Nadie diría que hace tanto tiempo que se nos fue. ¿Verdad que mirando estas habitaciones nadie lo diría? Pensaría una que acaba de salir hace un ratito y que va a volver por la tarde.

Sonreía con gran esfuerzo. Pero no pude hablar. Tenía la garganta seca y apretada.

–Y no sólo este cuarto. Pasa lo mismo en muchos de la casa. En el gabinete, en el hall, hasta en el cuartito de las flores. Yo la siento en todas partes. Usted también, ¿verdad?

Me miró con curiosidad. Su voz se convirtió en un murmullo.

–Algunas veces, cuando voy por este pasillo, me parece que oigo detrás de mí sus pisadas, rápidas y ligeras. Las reconocería en cualquier parte. Y también las oigo en la galería de los Trovadores, encima del hall. ¡Cuántas veces, ay, cuántas veces la he visto asomarse allí, por la tarde, mirando al hall y llamar a los perros! Incluso ahora me parece verla allí algunas veces. Es como si escuchara el ruido de su falda barriendo la escalera cuando bajaba a cenar.

Calló un momento. Me miró a los ojos y continuó, muy despacio:

–¿Cree usted que nos estará viendo ahora mismo? ¿Cree usted que los muertos vuelven y vigilan a los vivos?

Tragué saliva y me clavé las uñas en las palmas de las manos.

–No sé –dije–, no sé...

Sonó mi voz aguda y forzada, distinta de la mía.

–Algunas veces me lo pregunto –dijo–. Me pregunto si está ella aquí, en Manderley, vigilándolos al señor y a usted cuando están juntos.

Estábamos junto a la puerta, mirándonos fijamente. No podía apartar la mirada. ¡Qué oscuros, qué sombríos ojos tenía, en medio de aquella cara blanca de cadáver! ¡Qué llenos de maldad y de odio! Abrió la puerta que daba al pasillo.

–Robert ya ha vuelto –dijo–. Ha vuelto hace un cuarto de hora. Ya le he mandado que sirva el té a la señora debajo del castaño.

Se hizo a un lado para cederme el paso. Salí al pasillo, vacilante, sin saber adónde iba. No le dije nada. Bajé la escalera ciega; doblé la esquina y pasé de un empujón la puerta que conducía a mi cuarto, en el ala este. Cerré con llave y me

metí ésta en el bolsillo.

Entonces me dejé caer en la cama y cerré los ojos, presa de una angustia mortal.

Capítulo xv

A la mañana siguiente, llamó Maxim por teléfono para decir que llegaría a eso de las siete. Frith tomó el recado. Maxim no pidió que me pusiera yo al teléfono. Oí el timbre del teléfono, cuando estaba desayunándome, y creí que iba a entrar Frith diciendo:

–Señora, está el señor al teléfono.

Ya había dejado la servilleta en la mesa y me había levantado de la silla cuando volvió Frith y me dio el recado.

–El señor ya ha colgado, señora. No ha dejado ningún recado. Sólo que llegaría a eso de las siete.

Volví a sentarme en mi silla y cogí la servilleta. Frith, seguramente, debió de pensar que tenía yo bastante poco seso para haber salido corriendo como una loca a través del comedor.

–Está bien, Frith, muchas gracias –le dije.

Continué comiendo los huevos con tocino ahumado. *Jasper* estaba a mis pies y la perra en su cesto, en un rincón. Me puse a pensar en lo que podría hacer durante el día. No había dormido bien; tal vez por encontrarme sola en el cuarto. Había pasado la noche intranquila, despertándome con frecuencia, y cuando miraba el reloj veía que sus manecillas apenas se habían movido. Al fin, me dormí, y tuve una serie de sueños sin hhilación.

Ibamos, Maxim y yo, dando un paseo por el bosque, pero él siempre caminaba algo adelantado. Yo no podía seguirle. Tampoco podía verle la cara. Únicamente la espalda. Y todo el tiempo andaba él, a pequeña distancia mía, dando grandes zancadas. Debí de llorar durante la noche, pues cuando por la mañana me desperté estaba húmeda la almohada. Además, al mirarme al espejo vi que tenía los ojos hinchados. Estaba fea y poco atractiva. Me di un poco de colorete en las mejillas, para simular, sin éxito, mejor color. Pero fue peor. Me daba un aspecto falso de payaso. Puede que no supiera dármele bien. Cuando crucé el hall hacia el comedor, donde me esperaba el desavuno, vi que Robert se quedó mirándome.

A eso de las diez, cuando estaba en la terraza, deshaciendo unas migas para los pájaros, volvió a sonar el teléfono. Esta vez era para mí. Frith salió y me dijo que mi cuñada quería hablarme.

–¡Hola, Beatrice! –dije.

–Bueno, y ¿qué tal te va, mujer? –dijo, con aquella voz suya, rápida, algo masculina, como sin ganas de perder tiempo. No esperó mi contestación, sino que continuó hablando–. Oye, he pensado ir hoy, en coche, a ver a la abuela. Voy a comer con unos amigos que viven a unos treinta kilómetros de Manderley. ¿Quieres que vaya luego a buscarte? Ya es hora de que conozcas a la pobre vieja, ¿sabes?

–Por mi parte, encantada, Beatrice –le dije.

–Magnífico. Pues, entonces, iré a buscarte hacia las tres y media. Giles vio a Maxim en el banquete de Londres. La comida, muy mala, me dijo; pero los vinos, excelentes. Bueno, chica, hasta luego.

Sonó un ruidito. Había colgado. Volví a salir al jardín tranquilamente. Me alegraba que hubiera llamado proponiéndome la idea de ir a ver a la abuelita. Por lo menos, era algo que hacer. Y rompería la monotonía del día. Las horas, hasta las siete, se

me hubieran hecho interminables. No me encontraba muy animada, y no me apetecía ir con *Jasper* al Valle Feliz y luego a la playa a tirar piedras al agua. Aquella sensación de libertad, aquellos deseos infantiles de correr por el césped con unos zapatos de playa, habían desaparecido. Me senté en la rosaleta con un libro, *The Times* y mis cosas de hacer punto, sosegada, como una matrona, bostezando al sol templado, mientras las abejas zumbaban por entre las flores.

Traté de concentrarme en la lectura del periódico y, luego, de absorberme en la chispeante trama de la novela que tenía en las manos. No quería pensar en la tarde anterior ni en la señora Danvers. Procuré olvidar que estaba en la casa en aquel mismo momento, quizás espiándome desde una ventana. De cuando en cuando levantaba los ojos del libro y miraba a través del jardín, con la sensación de que no estaba sola,

¡Tenía Manderley tantas ventanas, tantas habitaciones que ni Maxim ni yo usábamos! Estarían vacías, con los muebles enfundados, silenciosos; antes habrían estado ocupadas cuando vivían el padre y el abuelo de Maxim, cuando estaba la casa siempre llena de invitados y sirvientes. Le sería fácil a la señora Danvers abrir calladamente una de aquellas puertas, cerrarla luego sin ruido y atravesar furtivamente el cuarto para espiarme desde la ventana, al amparo de las cortinas corridas.

No me daría cuenta. Aunque me volviera en la silla y mirase a las ventanas no la vería. Me acordé de un juego de cuando era niña, que los chicos de al lado de mi casa llamaban «Los pasos de la abuela» y yo «La bruja vieja». Uno se ponía en un extremo del jardín, dando la espalda a los demás y, éstos se le iban acercando, poquito a poco, con el menor ruido posible. De cuando en cuando, el que estaba de espaldas se volvía de repente, y si veía a alguno moviéndose, éste tenía que retroceder al final del jardín y empezar de nuevo. Pero siempre había uno más audaz que los demás, que siempre se adelantaba a los otros, llegando hasta muy cerca, a quien nunca se le podía descubrir moviéndose. El que se quedaba, estaba allí, vuelto de espaldas, contando hasta diez, como estaba mandado, y sentía la seguridad fatal y aterradora de que antes de pasar mucho rato, antes de poder acabar de contar hasta diez, el jugador osado le saltaría encima sin aviso, invisible, con un grito de victoria. Allí, sentada en la rosaleta, experimentaba parecida excitación nerviosa. Estaba jugando a «La bruja vieja» con la señora Danvers!

El almuerzo vino a cortar, afortunadamente, la mañana larguísima. La calmosa competencia de Frith y la cara medio boba de Robert me aliviaron más que el periódico y el libro lo hicieran. A las tres y media, con absoluta puntualidad, oí la bocina del automóvil de Beatrice al otro lado del recodo del camino, y luego vi que paraba a la puerta de la casa. Salí corriendo a recibirla, ya vestida y con los guantes en la mano.

–Bueno, chica, aquí me tienes. ¡Qué día más magnífico!, ¿eh? –me dijo.

Subió la escalinata, luego de cerrar la portezuela de un golpe. Me dio un beso rápido y seco, que fue a parar cerca de una oreja. Me miró, luego, rápida, arriba y abajo, y continuó:

–Tienes mala cara. Tienes la cara chupada y estás pálida. ¿Qué te ocurre?

–Nada –dije humildemente, sabiendo demasiado bien que era defecto corriente en mi cara–. Nunca tengo muy buenos colores.

–iFilfas! La otra vez que te vi parecías otra. –Puede que haya perdido el tostado del sol de Italia –dije, subiendo al coche.

–iBah! Eres tan imposible como Maxim. No te gusta que se metan en tu salud. Cierra la portezuela dando un golpe fuerte; si no, se queda abierta.

Emprendimos la marcha, tomando la curva del camino bastante de prisa.

–Oye, ¿no será que estás en estado? –dijo, mirándome con sus ojos castaños de gavián.

–No –respondí azorada–; creo que no.

–¿No tienes vómitos por las mañanas ni nada de eso? Claro que, después de todo, eso no quiere decir nada. Cuando tuve yo a Roger me quedé tan fresca. Me pasé los nueve meses sin una molestia. El día que nació estuve jugando al golf. No hay por qué avergonzarse de las cosas que son naturales, ¿sabes? Si sospechas algo, más vale que lo digas.

–No, de verdad, Beatrice; no tengo nada que decir.

–Te diré, con toda franqueza, que espero que traigas pronto al mundo un heredero. Sería magnífico para Maxim. ¿No estarás haciendo nada para evitarlo?

–Claro que no –dije, y pensé: ¡qué conversación más extraordinaria!

–No te escandalices. No tiene que importarte nada de lo que yo diga. Después de todo, las niñas de hoy son capaces de cualquier cosa. Claro que es una lata tener un niño la primera temporada de casada, si te gusta cazar. Si a los dos les gusta la caza, pues es lo bastante para estropear un matrimonio. Los niños no creo que impidan dibujar. Por cierto, ¿qué tal van tus obras de arte?

–No he hecho gran cosa.

–¿No? Pues está haciendo buen tiempo para permanecer al aire libre. Lo único que necesitas es una silla plegable y una caja de lápices, ¿no es eso? Dime, ¿te gustaron los libros que te mandé?

–Claro que me gustaron. Fue un regalo magnífico.

–Me alegro que te gustasen –dijo, con evidente satisfacción.

Corría el auto a toda velocidad. No quitaba Beatrice el pie del acelerador y tomaba las curvas cíñéndose a la cuneta de manera alarmante. Nos cruzamos con dos coches, y los conductores se asomaron a las ventanillas, como si los hubiésemos insultado con aquella manera de conducir. Un viandante nos amenazó con un palo desde un sendero vecino. Me sentí violenta por ella, pero Beatrice no parecía darse cuenta de nada. Me hundí en el asiento todo lo que pude.

–Roger ingresa en la Universidad de Oxford el próximo curso –dijo– ¡Dios sabe lo que va a hacer! Me parece perder el tiempo mandarlo allí, y Giles piensa igual, pero no se nos ha ocurrido qué podemos hacer con él. Es igualito que Giles y que yo. No piensa más que en caballos. ¿Qué demonios está haciendo ese coche que llevamos delante? –gritó al pasar–. Verdaderamente hay gente suelta por esas carreteras como para darles un tiro.

Tomamos violentamente hacia la carretera principal, no chocando con el coche que nos precedía por verdadero milagro.

–¿Habéis tenido gente invitada? –preguntó.

–No; hemos estado muy tranquilos.

–Es mucho mejor. Esas reuniones de mucha gente siempre me han parecido una solemne lata. Si vienes a casa, no tengas miedo. La gente que vive cerca de nosotros es toda encantadora, y allí todos somos de confianza. Cenamos los unos con los otros, jugamos tranquilamente al *bridge*, y no nos mezclamos con gentes extrañas. Tú juegas al *bridge*, ¿verdad?

–Bastante mal.

–¡Ah! Eso no nos importa. La cosa es que juegues. Los que se niegan a aprender me sacan de quicio. ¿Qué demonios puedes hacer con gente así desde la hora del té a la cena, y después de cenar? No puede uno estarse sentado, charla que te charla.

No comprendí por qué no, pero me pareció que lo más sencillo era callar.

–Ahora que Roger ya tiene una edad pasable, es muy entretenido. Convida a sus amigos a pasar unos días y nos divertimos de verdad. Tenías que haber estado en casa las Navidades pasadas. Jugamos a las charadas.¹² ¡Qué juerga! Giles estaba en la gloria, en su elemento. Le gusta vestirse de mamarracho, y en cuanto se toma dos copas de champaña es que te mueres de risa con él. Mucha gente le ha dicho que ha equivocado su carrera y que debió dedicarse al teatro.

Pensé en Giles, en su carota de luna, con sus gafas de concha. Y comprendí que verle haciendo gracia, después de cenar, con dos copas de champaña en el cuerpo, me resultaría más que violento.

–Giles y un amigo nuestro, al que queremos mucho, Lickie Marsh, se vistieron de mujer y cantaron un dúo. Nunca supimos qué tenía que ver con la palabra de la charada, pero fue lo de menos. El caso es que reímos como locos.

Sonreí amablemente, y dije:

–¡Fíjurate! ¡Qué gracioso!

Me los imaginaba a todos, riendo «como locos», en la sala de Beatrice. Toda aquella gente, que tan bien se conocía. Roger se parecía a Giles. Beatrice se estaba riendo al recordar la escena.

–No se me olvidará nunca cuando Dick cogió un sifón y se lo enchufó a Giles por el codo. ¡Creí que nos moríamos!

Comencé a sentirme intranquila ante la posibilidad de que Beatrice nos pudiera convidar a pasar las Navidades en su casa. Claro, siempre podía yo caer con la gripe...

–Te advierto que nunca hemos presumido de actores. Lo hacemos en confianza, para divertirnos. En Manderley..., ¡ahí sí podría darse una función de veras! Se presta. Me acuerdo de una procesión histórica que se celebró allí hace años. Fue precioso. Vino mucha gente de Londres. Ahora, que esas cosas necesitan una organización tremenda.

–Sí, naturalmente. Calló unos instantes mientras conducía. Luego dijo:

–¿Cómo está Maxim?

–Está bien, gracias.

–¿Animado y alegre?

–Sí, bastante.

Entramos por la angosta calle de un pueblo, en la que concentró callada toda su atención. ¿Le diría algo de lo ocurrido con la señora Danvers y acerca de Favell? Lo único que temía era que fuera a cometer una imprudencia y contárselo a Maxim.

–Oye, Beatrice –dije, decidiéndome– ¿Has oído hablar alguna vez de un tal Favell, Jack Favell?

–Jack Favell –repitió–. Sí, me suena el nombre. Espera un minuto. Jack Favell... ¡Ah! ¡Sí! ¡Completamente indeseable! Le conocí una vez, hace ya mucho tiempo.

–Estuvo ayer en Manderley a ver a la señora Danvers.

–¿Sí? Es natural, hasta cierto punto.

–¿Por qué?

–Tengo idea de que era primo de Rebeca.

Me sorprendió aquello. ¿Primo suyo? No era Favell la clase de pariente que me había imaginado que tendría Rebeca. Entonces... Jack Favell era primo suyo.

–No lo sabía –dije–. Seguramente solía ir a Manderley con frecuencia.

¹² Las charadas es un juego familiar parecido al de los refranes españoles (N. del T.)

–No te sabría decir. Yo iba muy poco por allí.

Lo dijo algo bruscamente. Me dio la impresión de que no quería seguir hablando del asunto.

–No me gustó mucho –dije.

–No me extraña –respondió.

Callé esperando, pero no añadió nada. Me pareció mejor no decirle que Favell me había pedido que no dijera nada de su visita. Podría complicar las cosas, Además, llegábamos en aquel momento a nuestro destino. Encontramos una verja, pintada de blanco, y un camino enarenado y bien cuidado.

–No olvides que la pobre vieja está casi ciega –dijo Beatrice–, y no le rige muy bien la cabeza. Pero ya he telefoneado a la enfermera que íbamos a venir, de manera que estará preparada.

La casa era grande, de ladrillo rojo, con aleros muy salientes. Supuse que era de finales de la época victoriana. No era bonita, pero una ojeada me bastó para ver que se trataba de una de esas mansiones cuidadas y archicuidadas por innumerables criados. Todo para una pobre anciana medio ciega.

Una doncella coquetona nos abrió la puerta.

–Buenas tardes, Norah, ¿cómo estás? –preguntó Beatrice.

–Muy bien, gracias, señorita Beatrice. Y la señorita, ¿está bien?

–Todos estamos rebosantes de salud. ¿Cómo está la señora?

–Así, así, señorita. Tiene sus días buenos y sus días malos. No es que esté mal de salud, ¿sabe? Le gustará mucho verla a usted, señorita.

–Norah, ésta es la esposa del señorito Maxim.

–Mucho gusto, señorita –dijo Norah.

Por un recibimiento estrecho y un salón que tenía demasiados muebles, pasamos a una terracita sobre un macizo de muy cortado césped. En los escalones que bajaban al jardín había muchos geranios en tiestos de piedra. En una esquina había una silla de ruedas, en la que estaba sentada la abuela de Beatrice, reclinada sobre varias almohadas y envuelta en chales y toquillas. Cuando nos acercamos, vi que se parecía mucho a Maxim. Era impresionante la semejanza. Cuando Maxim fuera muy viejo y cegato, sería exactamente como ella. La enfermera, que estaba sentada junto a ella, se levantó al acercarnos nosotros, y puso una señal en el libro que estaba leyendo. Sonrió a Beatrice y dijo:

–¿Cómo está usted, señora?

Beatrice le dio la mano y me dijo:

–Parece que la abuelita está muy bien. No sé cómo se las arregla con sus ochenta y seis años –y luego, alzando la voz, siguió–: ¡Aquí nos tienes, abuelita; hemos llegado sin novedad!

Miró la anciana en nuestra dirección, y dijo:

–¡Hola, Be, hijita! Te agradezco mucho que hayas venido a verme. Aquí vivimos tan tranquilos... ; no encontrarás nada que hacer.

Se inclinó Beatrice para besarla.

–Te he traído –dijo– a la mujer de Maxim, para que te vea. Ya quería haber venido antes, pero han estado muy ocupados. –Me empujó ligeramente y me dijo–: Bésala.

Me incliné yo entonces también, y la besé en una mejilla. Me tocó la anciana la cara con los dedos.

–¡Qué guapa! Me alegro mucho de verte, hijita. Debías de haber traído a Maxim.

–Maxim está en Londres –dije yo– Estará de vuelta esta noche.

–Tienes que hacerle venir la próxima vez. Siéntate, hijita, siéntate donde pueda yo verte. Y tú, Be, ven aquí, al otro lado. ¿Cómo está ese pillo de Roger? Es un pícaro; no viene a verme nunca.

–Vendrá a verte en agosto. ¿Sabes que sale ahora de Eton y va a Oxford?

–Estará hecho un hombre, ¿eh? No le voy a conocer.

–Está más alto que Giles –dijo Beatrice.

Continuó hablando con la anciana, contándole cosas de Giles, de Roger y de sus caballos y perros. Sacó la enfermera sus agujas de hacer punto, y se puso a trabajar, entrechocándolas vigorosamente.

–¿Le gusta a usted Manderley, señora? –me preguntó, mirándome llena de vida y animación.

–Me encanta, gracias.

–Es un sitio precioso, ¿no? –dijo, mientras las agujas se lanzaban furiosas estocadas–. ¡Claro! Ahora ya no vamos, no podría la señora. Y lo siento. Echo mucho de menos aquellos días de Manderley.

–Tiene usted que venir sola algún día.

–Muchas gracias. Me gustaría mucho. ¿Su marido está bien?

–Sí, muy bien.

–Pasaron ustedes la luna de miel en Italia, ¿verdad? Nos gustó mucho la postal que nos mandó su marido desde allí.

Se me ocurrió si usaría el «nos» como los reyes, o si quería indicar que la abuela de Maxim y ella eran una sola persona.

–¿Envió una? No me acordaba.

–¡Ya lo creo! Causó gran remolino. Esas cosas nos encantan. Tenemos un libro de recortes, y pegamos, en él todo lo que se relaciona con la familia, siempre que sea agradable, naturalmente.

–¡Qué buena idea! –dije.

De vez en cuando oía retazos de la conversación de Beattice al otro lado de la silla.

–Sí, tuvimos que poner una inyección al pobre *Marksman* –decía–. ¿No te acuerdas de *Marksman*? ¡Nunca tendré un caballo que salte como él!

–Pero..., ¿quieres decir *Marksman*? –dijo la abuela.

–Sí; pobre. Se quedó completamente ciego.

No me pareció muy discreto hablar de ceguera allí, y miré a la enfermera. Esta continuaba muy atareada, moviendo ruidosamente las agujas.

–¿Va usted a las cacerías de zorros? –dijo.

–No; siento decirlo, pero no cazo –respondí.

–Puede que le tome usted afición. Por estas comarcas, las cacerías nos gustan a todos.

–Sí.

–Mi cuñada es muy aficionada al arte –dijo Beatrice a la enfermera–. Ya le he dicho que Manderley está lleno de lugares que servirían para cuadros muy bonitos.

–¡Qué bien! –dije yo.

–Estamos hablando de dibujos –gritó Beatrice a su abuela– ¿A que no sabías tú que tenías una pintora en la familia?

–¿Quién es esa pintora? –dijo la buena señora– ¡No conozco a ninguna!

–Tu nueva nieta –dijo Beatrice–. Pregúntale el regalo de boda que le he hecho.

Sonreí, esperando la pregunta. Volvió la anciana la cabeza hacia mí, y dijo:

–¿De qué está hablando Be? No sabía que fueras pintora. Nunca hemos tenido pintores en la familia.

–Beatrice hablaba en broma. Yo no soy pintora. Dibujo un poco, por pasar el rato. Nunca he tomado lecciones. Beatrice me ha regalado unos libros preciosos.

–¡Ah! –dijo, algo confundida–. ¿Beatrice te ha regalado unos libros? ¡Es como llevar la leña al monte! ¡Con los libros que hay en la biblioteca de Manderley!

Rió de buena gana, y todas le hicimos eco. Creí que quedaría ahí la cosa, pero Beatrice insistió:

–No comprendes, abuelita. No eran libros corrientes. Eran de arte. Seis tomos.

La enfermera se inclinó hacia delante, para contribuir con su granito de arena.

–Dice su nieta que a la señora de su nieto le gusta mucho dibujar, como pasatiempo. Por eso, como regalo de boda, le ha comprado una obra sobre pintura en seis tomos.

–¡Qué raro! –dijo la abuelita–. ¡Regalar libros como regalo de boda! Me parece una idea malísima. Cuando yo me casé, a nadie se le ocurrió regalarme libros. Y si lo hubiesen hecho, no los hubiera leído.

Volvió a reír. Beatrice se sintió ofendida, y yo le dirigí una sonrisa de consuelo, que creo no vio. La enfermera comenzó otra vez a hacer punto.

–Quiero merendar –dijo la anciana, quejicosa– ¿No son ya las cuatro y media? ¿Por qué no trae Norah el té?

–Pero ¡cómo! ¿Ya tenemos hambre, con todo lo que hemos comido? –dijo la enfermera, levantándose de la silla y sonriendo cariñosamente.

Me encontraba cansada y me pregunté, escandalizada de mi cruel pensamiento, por qué los viejos tienen que ser tan insoportables. Son peores que los niños o que los perrillos chicos, pues hay que portarse correctamente con ellos. Continué sentada, con las manos sobre la falda, dispuesta a expresar mi conformidad con la primera que dijera algo. La enfermera estaba mullendo las almohadas y arreglando las toquillas.

La abuela de Maxim lo toleró todo con paciencia. Cerró los ojos, como si estuviera demasiado cansada, y se acentuó su parecido con Maxim. Me la imaginaba de joven, alta, guapa, recorriendo las cuadras de Manderley bien provistos de azúcar los bolsillos, recogiendo la cola para no arrastrarla por el barro. La veía, con su cintura muy encorsetada y el cuello muy alto. La escuché pidiendo el coche para las dos. Todo aquello había acabado para ella. Ya hacía cuarenta años que estaba viuda, y quince que había muerto su hijo. Y tenía que vivir en aquella casa alegre, roja, de aleros salientes, acompañada de su enfermera, hasta que le llegase la hora de morir. ¡Qué poco sabemos de lo que piensan los viejos! Entendemos a los niños, sus miedos, sus esperanzas, porque lo hemos sido. Sólo ayer, yo era aún niña. No lo había olvidado. Pero ¿qué sentía, en qué pensaba la abuela de Maxim, sentada allí, envuelta en toquillas? ¿Se daba cuenta de que Beatrice estaba reprimiendo un bostezo y mirando el reloj? ¿Comprendía que si habíamos ido a verla era porque creíamos que teníamos que hacerlo, que era un deber? ¿Que, cuando llegáramos a casa, Beatrice me diría probablemente: «Ya tengo la conciencia tranquila para tres meses»? ¿Pensaba alguna vez en Manderley? ¿Se acordaba de haber estado sentada, como yo, más tarde, a la cabecera de la mesa del comedor? ¿Acostumbraría ella también a tomar el té bajo el castaño? ¿O lo habría ya olvidado todo, lo habría puesto a un lado y no quedaría nada tras aquella cara serena, pálida, sino pequeños dolores, molestias, una gratitud vaga cuando brillaba el sol y un ligero enfado cuando soplaban vientos fríos?

–¡Hoy tenemos sorpresa! –dijo la enfermera–. ¡Emparedados de berros! Cómo

nos gustan los emparedados de berros, ¿verdad?

–¿Hay berros hoy? –preguntó la abuela de Maxim levantando la cabeza de la almohada y mirando hacia la puerta– No me lo había dicho. ¿Por qué no trae Norah el té?

–No querría su puesto aunque me pagasen mil libras diarias –dijo Beatrice a la enfermera, en voz baja.

–Ya estoy acostumbrada –dijo la enfermera, sonriendo–. Y no lo paso mal. Claro es que tenemos nuestros días malos, pero peores podrían ser. Es muy fácil de llevar; no como otros enfermos. Y los criados me ayudan mucho, lo que es una gran cosa. Aquí viene Norah.

La criada acercó una mesita de patas muy separadas, para poderla poner junto a la silla de ruedas, y colocó sobre aquélla un mantel como la nieve.

–¡Cuánto has tardado, Norah! –dijo, refunfuñando la anciana.

–Acaban de dar las cuatro y media, señora –dijo Norah, con una voz especial, alegre y risueña, como la de la enfermera. ¿Se daría cuenta la abuela de Maxim de que la gente le hablaba así? ¿No lo habría notado la primera vez que lo hicieron? Tal vez se dijo a sí misma: «Se creen que me hago vieja. ¡Qué ridiculez! » Y luego, poquito a poco, se habría ido acostumbrando hasta que ya le parecía que siempre le habían hablado así, y ya no la extrañaría. Pero... ¿qué había sido de aquella mujer joven, de pelo castaño y cintura delgada, que daba azúcar a los caballos?

Acercamos las sillas a la mesita, y comenzamos a comer los emparedados de berros. La enfermera preparaba especialmente los que comía la enferma.

–¡Qué! ¿Le gusta la sorpresa? –dijo. Vi dibujarse lentamente una sonrisa en aquella cara.

–Me gustan los días de emparedados de berros –respondió.

El té estaba hirviendo, imposible de tomar. La enfermera le fue dando diminutos sorbitos.

–Hoy han hervido el agua –dijo la enfermera, dirigiéndose a Beatrice, moviendo la cabeza– Siempre me está ocurriendo. Se empeñan en dejar reposar el té demasiado tiempo. ¡Y se amarga! ¡Cuidado que se lo tengo dicho! Pero no hacen caso.

–Todas son iguales –dijo Beatrice–. Yo ya las he dejado por imposibles.

La anciana estaba moviendo su té con la cucharilla, la mirada perdida y remota. Me hubiera gustado saber en qué pensaba.

–¿Les hizo buen tiempo en Italia? –dijo la enfermera.

–Sí; mucho calor –respondí.

Beatrice se volvió hacia su abuela.

–Dice que les hizo muy buen tiempo en Italia, durante la luna de miel. Maxim vino todo quemado del sol.

–¿Por qué no ha venido Maxim?

–Ya te lo hemos dicho, abuelita: Maxim ha tenido que ir a Londres, para no sé qué banquete. Giles también ha ido.

–¡Ah! Entonces.... ¿por qué decías que Maxim estaba en Italia?

–Estuvo en Italia, abuelita. En abril. Pero ya están en Manderley –explicó Beatrice, y volviéndose hacia la enfermera se encogió de hombros.

–Sus nietos ya están en Manderley –confirmó la enfermera.

–Este último mes ha estado delicioso allí –intervine yo, acercándome a la abuela de Maxim–. Las rosas están en su apogeo. Me hubiera gustado traer algunas.

–Sí; me gustan las rosas –dijo vagamente, y luego me miró desde más cerca, con sus azules y empañados ojos, y añadió–: ¿Tú también estás pasando unos días en Manderley?

Sentí que algo me atenazaba la garganta. Hubo un momento de silencio, que rompió Beatrice, con voz alta e impaciente.

–Abuela, sabes divinamente que vive allí. Está casada con Maxim.

Noté que la enfermera miraba a la anciana, y dejaba la taza de té sobre la mesa. Esta había dejado reposar la cabeza sobre la almohada, estaba tirando de la toquilla y comenzó a temblarle la boca.

–Todos habláis demasiado. No os entiendo. –Me miró entonces, la cara contraída, como si quisiera comprender, y comenzó a agitar la cabeza–. ¿Quién eres, hijita? No te he visto nunca. No te conozco. No me acuerdo de haberte visto en Manderley. Be, ¿quién es esta niña? ¿Por qué no me ha traído Maxim a Rebeca? Yo quiero mucho a Rebeca. ¿Dónde está mi querida Rebeca?

Hubo una larga pausa, un momento de agonía. Noté que me Ponía roja como la grana. La enfermera se levantó rápidamente y se llegó hasta la silla de ruedas.

–Quiero que venga Rebeca –repitió la anciana– ¿Qué habéis hecho con Rebeca?

Beatrice se levantó torpemente haciendo sonar platos y tazas. También ella había enrojecido y le temblaba la boca.

–Creo que sería mejor que se fueran ustedes –dijo la enfermera, algo azorada y violenta–. Está un poco cansada, y cuando se pone así algunas veces le dura varias horas. De tarde en tarde se excita, como hoy. Es una mala suerte que haya tenido que, ocurrir hoy. Estoy segura de que usted se hará cargo –me dijo.

–¡Naturalmente! –respondí de prisa–. Yo también creo que es mejor que nos vayamos.

Beatrice y yo recogimos apresuradamente bolsos y guantes. La enfermera estaba de nuevo junto a su enferma.

–¡Vamos vamos!, ¿qué es eso? ¿No quiere usted estos emparedados tan ricos que yo misma le he preparado?

–¿Dónde está Rebeca? ¿Por qué no ha venido Rebeca con Maxim? –dijo la voz débilmente cansada pero aún quejumbrosa.

Pasamos por la sala y el recibimiento, y nosotras mismas abrimos la puerta para salir. Beatrice puso en marcha el motor, sin decir una palabra. Seguimos por el bien cuidado camino y salimos por la verja blanca.

Yo tenía la mirada fija en la carretera. No me dolía lo ocurrido por mí. Si hubiese estado sola no le hubiera dado importancia. Lo sentía por Beatrice.

Cuando dejamos atrás el pueblo me dijo:

–No sabes lo que lo siento, querida mía; no sé qué decirte.

–No seas tonta, mujer –repuse–. No importa. No fue nada.

–No podía figurarme que se iba a poner así. No te hubiera traído de ninguna manera. Créeme que lo siento muy de veras.

–No vale la pena –dije–. No hablemos más del asunto.

–No lo comprendo. Sabía perfectamente quién eras. Le escribí Y se lo dije. Y Maxim también. Se interesó mucho por vuestra boda en el extranjero.

–Olvidas los años que tiene. ¿Por qué se iba a acordar de esos detalles? No me relaciona con Maxim. Sólo piensa en Rebeca.

Continuamos calladas un rato. Era un descanso encontrarnos otra vez en el coche y no me importaban los traqueteos y los vaivenes de las curvas.

–Se me había olvidado cómo quería a Rebeca –dijo Beatrice lentamente–. He sido

una majadera al no pensar que podía ocurrir algo así. Yo creo que nunca se ha llegado a enterar bien de lo del accidente. ¡Qué tardecita del demonio! Yo no sé qué estarás pensando de mí.

–Pero, ¡por Dios, Beatrice! Ya te he dicho que no me importa.

–Rebeca siempre estaba animándola y contemplándola. Solía convidarla a Manderley. Claro que la pobre abuelita estaba entonces mucho más normal. Rebeca la hacía reír y reír... Rebeca era muy alegre y la pobre vieja lo pasaba divinamente con ella. Tenía el don, Rebeca quiero decir, de hacerse simpática a todo el mundo: hombres, mujeres, niños, perros... Supongo que la pobre señora no la ha olvidado nunca. No tienes que estarme muy agradecida por esta tarde.

–No me importa, no me importa –repetí mecánicamente. ¡Si Beatrice pudiera olvidar el asunto de una vez! Me tenía sin cuidado. ¿Qué importaba? ¿Qué importaba nada?

–Giles se enfadará –dijo–. Dirá que la culpa es mía, por haberte llevado. Ya le estoy oyendo: «¡Qué estupidez la tuya, Be! » Buena bronca vamos a tener.

–No digas nada. Preferiría que se olvidase todo. Si no, sólo vas a conseguir que corra la voz, y Dios sabe qué tonterías acabarán por decir.

–Giles me notará en la cara que ha pasado algo. Jamás he conseguido ocultarle nada.

Me callé. Ya me estaba imaginando cómo sus amigas comentarían lo ocurrido. Estaba viendo al grupito reunido para comer el domingo. Los ojos muy abiertos, las orejas despiertas y las exclamaciones de sorpresa.

–¡Qué barbaridad! ¿Y qué hiciste? –Y luego–: Y ella, ¿cómo lo tomó? ¡Vaya una situación para todos!

Pero a mí lo único que me interesaba era que no llegase el asunto a oídos de Maxim. Puede que yo se lo contase algún día a Frank Crawley, pero todavía no; hasta que pasase algún tiempo, no.

No tardamos en coronar la cuesta en donde se bifurca la carretera. Vi a lo lejos los grisáceos tejados de Kerrith; a la derecha, en una hondonada, los densos bosques de Manderley; más allá, el mar.

–¿Tienes mucha prisa por llegar a casa? –me preguntó Beatrice.

–No, creo que no; ¿por qué?

–¿Te parecería mal que te dejase junto a la casa del guarda? Si me doy una prisa tremenda, y voy como un demonio, llegaré justo a tiempo de recoger a Giles, que viene de Londres en tren, y le ahorraré tener que tomar un taxi.

–¡Naturalmente, mujer! No me cuesta ningún trabajo ir andando desde allí.

–Te lo agradezco horrores –dijo afectuosamente. Me pareció que la tarde se le había hecho demasiado larga, y ya tenía ganas de quedarse sola. No le apetecía aguantar una merienda tardía en Manderley,

Bajé del coche, al llegar a la verja de la finca, y nos besamos, despidiéndonos.

–A ver si te las arreglas para engordar un poco antes que nos volvamos a ver. No estás bien tan delgada. Dale un abrazo a Maxim, y perdona lo ocurrido hoy.

Desapareció en una nube de polvo, y yo tomé el camino de casa.

Iba pensando si habría cambiado mucho el camino desde que la abuela de Maxim solía recorrerlo a caballo. Entonces era ella joven y solía sonreír a la mujer del guarda, como yo misma lo acababa de hacer. Sin embargo, la mujer del guarda, en aquellos tiempos, la saludaría con una reverencia cortesana barriando el camino con su amplia falda. La mía no había hecho sino una ligera inclinación de cabeza, y luego tomó a su hijo, que estaba dando de comer a unos gatitos detrás de la casa.

La abuela de Maxim habría ido por allí, bajando la cabeza para evitar las ramas bajas, al trote por el mismo camino. Este estaría en aquella época mejor cuidado, sería más ancho, y el bosque no lo invadiría insolente.

No pensaba en ella tal como estaba, reclinada sobre las almohadas, con aquel chal sobre los hombros. La veía como cuando joven, y cuando Manderley era su hogar. La veía paseando por los jardines, con un niño, el padre de Maxim, que jugaría ruidosamente, montado sobre un palo terminado en una cabeza de caballo hecha de cartón. El niño llevaría una chaqueta con trabilla y cuello blanco muy almidonado. Las meriendas en la playa contarían como largas excursiones, y sólo se celebrarían en días especiales. Tenía que haber alguna fotografía en algún sitio, en algún álbum antiguo, probablemente de toda la familia sentada, muy rígidos todos sus miembros, alrededor de un mantel extendido sobre la playa, con los criados al fondo, junto a una enorme cesta de merienda. También me imaginaba a la abuela de Maxim, ya más vieja, hacía pocos años: Iría por las terrazas, apoyada en un bastón, acompañada de alguien que reía, mientras la llevaba del brazo. Ese alguien era alta esbelta, hermosísima, y tenía el don –me había dicho Belíce– de hacerse simpática a todo el mundo. Gustaba en seguida. Y pensé que acaso fuera igual de fácil poder amarla...

Cuando llegué al final del camino, vi el coche de Maxim a la puerta de la casa. Me saltó alegre el corazón, y entré corriendo en el hall. Vi sobre la mesa el sombrero y los guantes. Fui hasta la biblioteca, y al acercarme oí voces, una más alta que la otra, la voz de Maxim. La puerta estaba cerrada. Vacilé un momento antes de entrar,

–Puede usted escribirle y decirle, de mi parte, que en adelante no aparezca por Manderley. ¿Me oye? No importa quién me lo haya dicho; eso es lo de menos. Pero sé que ayer estuvo aquí su automóvil. Si usted quiere verle, lo hace fuera de Manderley. No quiero que pase la verja. ¿Se entera usted? Y, acuérdesese, ésta es la última vez que la aviso.

Me escabullí corriendo hacía la escalera. Oí que se abría la puerta de la biblioteca, y subí desolada, escurriéndome en la galería. Vi salir a la señora Danvers, que cerró la puerta tras ella. Me agaché junto a la pared de la galería para que no me viese. Vi su cara un segundo. Estaba demudada de ira, desencajada, horrible.

Pasó, escalera arriba, rápida y silenciosa, hasta desaparecer por la puerta que conducía al ala de poniente.

Esperé unos momentos, y fui hacia la biblioteca. Abrí la puerta y entré. Maxim estaba de pie, junto a la ventana, con unas cartas en la mano, de espaldas a mí. Dudé un segundo si volver a salir calladamente, antes que me viera; si marcharme a mi cuarto y quedarme allí sentada. Pero debió de oírme, pues se volvió impaciente, diciendo:

–¿Quién anda ahí?

Sonreí y le tendí las manos, al mismo tiempo que le decía:

–¡Hola!

–¡Ah! ¿Eres tú?

Me di cuenta inmediatamente de que algo le había irritado sobremanera. Tenía la boca apretada, las facciones descompuestas y demudada la tez.

–¿Qué ha sido de ti? –me preguntó, dándome un beso en la cabeza y echándome un brazo por los hombros. Me parecía que desde su marcha el día antes había pasado un siglo.

–He estado a ver a tu abuela –respondí–. Me ha llevado Beatrice en coche.

–¿Qué tal anda la pobre?

–Bien.

–¿Y dónde está Be?

–Tuvo que volver a casa para recoger a Giles.

Nos sentamos junto a la ventana. Le cogí una mano y le dije:

–No me ha gustado ni pizca estar sin ti. Te he echado de menos horroses.

–¿De verdad?

Estuvimos callados unos momentos, con su mano entre las mías.

–¿Hizo mucho calor en Londres?

–Sí, mucho. Me molesta aquello siempre.

¿Me iría a decir lo que le había ocurrido con la señora Danvers? ¿Quién le habría dicho que había estado Favell?

–¿Estás preocupado por algo?

–Ha sido un día muy largo para mí. Ese doble viaje en veinticuatro horas agota a cualquiera.

Se levantó y encendió un cigarrillo. Entonces comprendí que no me iba a decir nada de la señora Danvers.

–Yo también estoy cansada. No sé... Hoy ha sido un día muy ajetreado –dije.

Capítulo XVI

Un domingo por la tarde tuvimos una verdadera invasión de visitas, y en aquella ocasión se suscitó por primera vez el tema del baile de trajes. Había estado a comer Frank Crawley y nos preparábamos los tres a pasar una tarde tranquila debajo del castaño, cuando oímos que un automóvil se acercaba por el recodo del camino. Ya era demasiado tarde para avisar a Frith, pues en aquel momento paró el coche ante la escalinata, sorprendiéndonos en la terraza, con las manos llenas de periódicos y almohadones.

Tuvimos que bajar y recibir a los inesperados visitantes. Como suele ocurrir en estos casos, no fueron los únicos que nos visitaron aquel día. Una media hora más tarde llegó otro automóvil, y luego tres personas, que habían venido dando un paseo a pie desde Kerrith. Fracasaron nuestros planes de un día sosegado y tuvimos que atender a unos y a otros de aquellos conocidos de cumplido, conduciéndolos a dar el paseo de rigor por la finca: una vueltecita por la rosaeda, un paseo por la pradera y la obligada inspección del Valle Feliz.

Naturalmente, se quedaron a merendar, y en lugar de habernos tomado sin ceremonias unos emparedados de pepino junto al castaño, tuvimos que sobrellevar el complicado aparato de un té de cumplido, servido en el salón, lo que siempre me molestaba muchísimo.

Frith, naturalmente, se encontraba en su elemento en estos casos, dando órdenes a Robert, subiendo y bajando las cejas; pero yo, incómoda y aturullada, nunca llegué a manejar con soltura ni la monstruosa tetera de plata ni la enorme cafetera para el agua caliente. Nunca supe a ciencia cierta cuándo llegaba el momento de diluir el té con el agua hirviendo, Y más difícil aún encontraba tener que concentrarme simultáneamente sobre la conversación trivial que se sostenía a mi lado.

En tales momentos Frank Crawley no tenía precio. Me cogía las tazas y las pasaba a los demás y cuando aumentaba la vaguedad de mis contestaciones, por estar pendiente de la tetera de plata, entonces él, de manera discreta y suave, intervenía hábilmente en la conversación, relevándome de mis responsabilidades.

Maxim siempre estaba al otro extremo del cuarto, enseñando un libro a algún pelma, o mostrando un cuadro, desempeñando el papel de señor de la casa con su inimitable facilidad; todo lo relacionado con el té y sus complicaciones, por no ser de su incumbencia, le tenía sin cuidado. Su propia taza de té se enfriaba, abandonada junto a unas flores; pero yo, sudorosa tras la tetera imponente, y Frank, haciendo admirables equilibrios con bollitos y bizcochos, teníamos que cuidar los apetitos de aquel rebaño, abandonados de Maxim.

Fue lady Crowan, una señora aburrída y efusiva con exceso, que vivía en Kerrith, quien sacó el asunto a relucir. En uno de los silencios que sobrevienen durante cualquier reunión, cuando ya veía que Frank se proponía hacer esa tontería de si sería o no sería la hora y veinte o menos veinte, lady Crowan, acertando a equilibrar con gran habilidad un buen trozo de bizcocho sobre el borde de su plato, miró a Maxim, que estaba de pie junto a ella, y dijo:

–¡Ah, De Winter! Hace siglos que le quería preguntar algo. Dígame, ¿no piensan ustedes volver a dar bailes de trajes, tradicionales en Manderley?

Torció la cabeza al hablar, dejando ver al mismo tiempo dos prominentes incisivos, en un gesto que quiso ser una sonrisa. Bajé la cabeza y simulé estar bebiendo una taza de té con entusiasmo escondiéndome al mismo tiempo detrás del formidable cubreteteras.

Tardó Maxim unos segundos en contestar, y cuando lo hizo sonó su voz tranquila y normal.

–No he pensado en ello, y creo que nadie lo ha hecho.

–¡No diga! Le aseguro que todos hemos pensado en ello –replicó lady Crowan–. Para todos los que vivimos en los alrededores era el acontecimiento más importante del verano. Usted no tiene idea de lo que nos divertíamos. ¿No hay manera de convencerle de que piense en el asunto?

–No sé –dijo Maxim secantente–. Era muy complicado de organizar. Más vale que se lo pida usted a Crawley, que tendría que hacerlo.

–¡Oh, Crawley! Póngase de nuestra parte –persistió, y, consiguió que una o dos personas más le hicieran coro– Sería algo que todo el mundo celebraría, porque ha de saber usted que todos echamos de menos la alegría que antes reinaba en Manderley.

Oí que Frank decía, junto a mí, con su voz siempre moderada:

–A mí no me importaría organizar el baile si Maxim no se opone a que se celebre. Eso tiene que decírselo Maxim... y la señora de la casa.

Naturalmente, hube de soportar un bombardeo. Lady Crowan movía la silla para poder verme, a pesar de la pantalla del cubreteteras.

–¡Ande usted! ¡Convenza a su marido! Usted es la única persona a la que hará caso. Debería dar el baile en su honor, para celebrar la boda.

–¡Completamente conforme! –dijo alguien, un hombre, creo–. Ya nos birlaron ustedes la boda. Sería el colmo quitarnos ahora el baile. ¡Los que voten en favor del baile de trajes de Manderley, que alcen la mano! ¿Los ve usted, De Winter? ¡Aprobado, por unanimidad!

Sonaron risas y aplausos, Maxim encendió un cigarrillo, y sus ojos se encontraron con los míos por encima de la tetera.

–¿Qué te parece? –preguntó.

–¡No sé...! –dije, vacilante–. Me es igual.

–¡Pues claro que está deseando que se celebre el baile en su honor! –dijo lady Crowan, con su acostumbrada efusión–. ¿A qué muchacha no le gustaría? Y estaría usted monísima, vestida de pastorcilla, como una porcelana de Dresde, con todo el

pelo recogido bajo un gran sombrero de tres picos.

Pensé en mis bastas manos, en mis pies y en mis hombros caídos. ¡Valiente pastorcilla y valiente figurita de Dresde haría yo! La pobre señora era tonta. No me sorprendió que nadie apoyara su idea y una vez más hube de agradecer a Frank que cambiara de conversación.

–La verdad es, Maxim, que el otro día no sé quién fue el que me habló de esto. Me dijo que si no se iba a celebrar alguna fiesta en honor de la novia y que ojalá te decidieras a dar el baile otra vez. Para ellos era una fiesta única. Ya sé quién fue: fue Tucker, el arrendatario de la alquería. –Y luego, volviéndose hacia lady Crowan, añadió–: La gente de estos contornos es muy aficionada a toda clase de fiestas. Yo le respondí que no sabía nada, porque tú no me habías dicho lo que pensabas

–¿Lo ve usted? –dijo lady Crowan, dirigiéndose en general a todos los que estábamos en el salón–. ¿No lo he dicho yo? Hasta sus propios arrendatarios le están pidiendo que dé el baile. Si nosotros no le importamos estoy segura de que desea complacer a los de su propia casa.

Maxim continuaba mirándome por encima de la tetera, con expresión de duda. Se me ocurrió entonces que acaso pensara en que yo no era capaz de hacer frente a las complicaciones del baile; que con mi timidez, que él conocía tan bien, no haría un papel demasiado brillante. No quise que creyese que no podía contar conmigo.

–Yo creo que resultaría divertido –dije.

Maxim volvió la cabeza y se encogió de hombros.

–Pues entonces no hay más que hablar –dijo–. Ya lo sabes, Frank: tendrás que empezar a prepararlo todo. Más vale que te ayude la señora Danvers. Ella recordará cómo se hizo la última vez.

–¿Aún conservan ustedes esa maravilla de señora Danvers? –preguntó lady Crowan.

–Sí; ¿quiere usted un pastel? ¡Ah! ¿Ya han terminado? Vámonos entonces todos al jardín –dijo Maxim.

Salimos, poco a poco, a la terraza, hablando del baile y de la fecha en que podría celebrarse, hasta que al fin, con gran satisfacción mía, los que habían ido en automóvil decidieron que había llegado la hora de marcharse, lo que hicieron, llevándose también a los que habían acudido a pie. Volví a la sala y me serví otra taza de té, que me supo riquísimo. Ya se me habían quitado de encima los deberes de ama de casa. Frank se reunió conmigo y entre los dos terminamos con los bollitos calientes, como si fuéramos dos conspiradores.

Maxim estaba fuera, jugando con *Jasper*, tirando palos para que éste los cogiese. Se me ocurrió pensar si en todas las casas se notaba aquella sensación de alivio exuberante cuando se marchaban las visitas. No nos referimos durante algún tiempo al baile; pero cuando terminé la taza de té y me hube limpiado con el pañuelo los dedos, pringosos, le dije a Frank:

–¿Qué le parece, de verdad, lo del baile de trajes?

Dudó medio mirando por la ventana hacia el sitio donde estaba Maxim, y luego respondió:

–No sé... Yo diría que a Maxim no le ha parecido mal. Aceptó la idea con buena cara.

–¿Qué otro remedio le quedaba?

–¡Qué pesada se pone lady Crowan! ¿Cree usted que es verdad que la gente de por aquí no hace sino pensar en el baile de trajes de Manderley?

–Creo que todos se alegrarían de que se diera una fiesta. Aquí nos gustan las cosas tradicionales. Y, francamente, no creo que a lady Crowan le falte razón para

decir que se debería celebrar una fiesta en honor de usted. Al fin y al cabo, es costumbre festejar a la desposada.

¡Qué ridículo y pomposo sonaba aquello! ¿Por qué no podía Frank olvidar alguna vez su exquisita corrección?

–¿Desposada yo? No se celebró mi boda como es corriente: ni azahar, ni traje blanco, ni damas de honor... ¡Malditas las ganas que tengo de que se celebren fiestas en mí honor!

–Manderley *en fête* merece la pena de verse. Verá cómo le gusta. Y usted no tendrá que preocuparse de nada. Solamente de recibir a los invitados, y eso no es demasiado difícil. Tal vez me honre usted bailando una vez conmigo.

¡Pobre Frank! Me encantó el tono solemne con que dijo lo que creyó él ser una galantería.

–Bailaré con usted todo lo que quiera. No bailaré con nadie, sino con Maxim y usted.

–¡No, no! Eso... parecería feo –dijo Frank muy serio–. Los demás se sentirían ofendidos. Tendrá usted que bailar con los que se lo pidan.

Volví la cara para ocultar una sonrisa. Era simplemente delicioso. Jamás se enteraba cuándo se le gastaba una broma,

–¿Le pareció buena idea lo que dijo lady Crowan acerca de la pastorcilla de Dresde? –le pregunté con segunda intención.

–Sí; creo que estaría usted muy bien.

Rompí a reír y exclamé:

–¡Frank, es usted encantador!

Se sonrojó ligeramente, algo escandalizado de mis palabras, demasiado ligeras, y no menos ofendido por mi risa.

–No veo que tenga ninguna gracia lo que he dicho –me dijo muy estirado.

En aquel momento entró Maxim por la puerta vidriera, con *Jasper*, que jugueteaba tras él.

–¿Qué juergas son éstas? –preguntó.

–Frank, que está muy galante. Me acaba de decir que no le parece nada mal la idea de lady Crowan de que me vista de pastorcilla.

–Lady Crowan es una entrometida –dijo Maxim–. Si ella tuviera que escribir todas las invitaciones y organizarlo todo, no estaría tan entusiasmada. Pero siempre pasa lo mismo. La gente de los alrededores se cree que Manderley es una barraca de lujo en una feria y que todos tenemos obligación de darles una función cada dos por tres, para que ellos se diviertan. Supongo que habrá que convidar a todo el condado.

–Yo tengo todos los datos en la oficina –dijo Frank–. No será tan complicado, ya verás. Lo más pesado es pegar los billetes.

–Eso lo puedes hacer tú –me dijo Maxim, sonriendo.

–No, eso lo haremos en la oficina –dijo Frank–. Usted no tendrá que preocuparse de nada.

Ganas me dieron de decir que yo me encargaría de todo, y ver la cara que ponían. Supongo que se hubieran echado a reír, para luego cambiar de conversación. Claro que me alegraba de que me quitasen toda responsabilidad; pero, en parte, añadía a mi humillación el comprender que ni para pegar sellos servía. Y me vino a la mente el secreter del gabinete y sus casillas, todas con etiquetas escritas en aquella letra pietida y sesgada.

–¿De qué te vestirás tú? –pregunté a Maxim.

–Yo nunca me disfrazo –respondió– Es un privilegio concedido al anfitrión, ¿verdad, Frank?

–Yo no pienso vestirme de pastora. ¿Qué traje me pondré? Me doy mala maña para disfrazarme.

–Atate el pelo con una cinta y di que eres «*Alicia en el País de las Maravillas*» –dijo Maxim, en broma–. En este momento, con el dedo en la boca, te pareces mucho a ella.

–No seas tan ironico. Demasiado sé que tengo el pelo lacio, pero no tanto. ¿Sabes lo que te digo? Que os voy a dar a Frank y a tí la sorpresa más grande de vuestra vida, y no me conoceréis.

–Con tal que no te pintes la cara de negro y te disfraces de mono, puedes hacer lo que quieras –dijo Maxim.

–Bueno, pues queda apostado –dije– Mi traje será un secreto hasta el último minuto, y no os diré una palabra acerca de él. Ven, *Jasper*, que digan lo que quieran.

Salí al jardín, mientras reía Maxim. Algo le dijo a Frank que no oí. ¿Por qué tenía que tratarme siempre como si fuera una chiquilla mal educada e irresponsable? Una niña, mimada a veces, pero más a menudo olvidada o que recibe unas cariñosas palmaditas en la espalda y oye que le dicen: «Anda, ve a jugar». Quisiera, pensaba, que ocurriese algo que me hiciera aparentar más edad, la edad de una persona madura... ¿Sería siempre igual mi vida? Acaso siempre hubiera de verle caminando por la vida un poco más adelantado que yo, con sus preocupaciones, que yo no podía compartir, con sus disgustos secretos, y para mí desconocidos. ¿Es que nunca íbamos a reunirnos, él, un hombre, yo, una mujer, el uno junto al otro, cogidos de la mano, sin nada que nos separase? Ya estaba harta de ser niña. Ahora quería ser su mujer, su madre; quería... ¡ser vieja!

Allí estuve, en la terraza mordiéndome las uñas, mirando al mar, y por vigésima vez en aquel día hube de preguntarme si aquellas habitaciones del ala de poniente se conservaban amuebladas y cerradas porque así lo mandara Maxim. Me pregunté si él, como la señora Danvers, iba allí, y acariciaba los cepillos que descansaban sobre el tocador y abría los armarios, y tocaba con sus manos aquellos vestidos...

–Ven, *Jasper* –grité–. Ven, vamos a correr, vamos a correr, y a correr, y a correr, tú y yo. ¡Vamos! ¡¡Vamos!! ¿No quieres?

Y me lancé a través del césped, sin medida, furiosa, con lágrimas amargas apenas escondidas tras mis ojos, mientras *Jasper* brincaba ladrando locamente.

Pronto circuló la noticia del baile de trajes. Mi doncella, Clarice, con los ojos brillantes de excitación, no hablaba de otra cosa. Deduje de su charla que los criados, en general, estaban encantados.

–Dice el señor Frith –me dijo Clarice, entusiasmada– que parecerá que han vuelto los tiempos de antes. Esta mañana le he oído decírselo en el pasillo a Alice. ¿De qué se va a disfrazar la señora?

–No lo sé, Clarice. No se me ocurre nada.

–Me ha dicho mi madre que se lo diga sin falta. Aún se acuerda del último baile que se celebró en Manderley, y dice que nunca lo olvidará. ¿Alquilará la señora el traje en Londres?

–No he decidido nada, Clarice. Pero cuando lo haga, te lo diré a ti y a nadie más que a ti. A condición de que ninguna de las dos se lo diremos a nadie, ¿eh?

–¡Ay, señora!, ¡qué divertído! Me va a parecer imposible esperar a que llegue el día del baile.

Tenía yo curiosidad por saber lo que pensaría de aquello la señora Danvers. Desde la otra tarde, hasta el sonido de su voz me aterraba cuando la oía por el

teléfono de la casa y, debido a eso, procuraba entenderme con ella por mediación de Robert para ahorrarme esa prueba. No podía olvidar la expresión de su cara cuando salió de la biblioteca, luego de hablar con Maxim, y daba gracias a Dios de que no me hubiera descubierto acurrucada en la galería. ¿Creería que había sido yo la que había dicho a Maxim que Favell había estado en casa? En ese caso... me odiaría más que nunca. Cuando me acordaba del roce de su mano sobre mi brazo, aún temblaba; y aquella voz, aquel tono meloso, horrible, de una intimidad pegajosa, su boca tan cercana a mi oído... No, no quería recordar aquella tarde, y por eso rehuía hablar con ella, hasta por teléfono.

Comenzaron los preparativos para el baile. Al parecer, todo lo iban a hacer en la oficina de la administración de la finca. Frank y Maxim se reunían allí todas las mañanas. Tal y como Frank había dicho, yo no tenía que calentarme la cabeza acerca de nada. Y creo que no llegué a pegar un sello. Comenzó a inquietarme el asunto de mi traje. Era verdaderamente una tontería que no se me ocurriese nada. No hacía sino pensar en toda la gente que iba a asistir a la fiesta, gente de Kerrith, gente de la comarca, la mujer del obispo, que tan bien lo había pasado la última vez; Beatrice, Giles, la pesada lady Crowan y mucha gente que yo no conocía, que jamás me había visto... y todos tendrían algo que decir, algo que criticar acerca de lo que yo decidiera al fin. Ya desesperada, me acordé de los libros que Beatrice me mandó como regalo de boda, y una mañana me senté en la biblioteca, pasando las páginas, una a una, como si aquello fuera mi última esperanza, mirando grabado tras grabado con una especie de furia. Nada parecía a propósito. Todo era demasiado complicado y presuntuoso: trajes riquísimos de terciopelo y seda, de Rembrandt, de Rubens, y otros. Cogí una hoja de papel y llegué a copiar un par de ellos, pero no me gustaron y tiré los dibujos al cesto de los papeles, aburrida, sin volver a pensar en ellos.

Aquella noche, cuando me estaba vistiendo para cenar, llamaron a la puerta de mi cuarto, y creyendo que fuera Clarice, dije:

–¡Adelante!

Se abrió la puerta. No era Clarice. Era la señora Danvers, con un papel en la mano,

–Perdone la señora que la moleste –me dijo–; pero no estoy segura si la señora tiró a propósito estos dibujos. Me traen siempre todos los papeles de los cestos para comprobar que no se pierde por descuido alguna cosa de interés. Me ha dicho Robert que encontró esto en el cesto de la biblioteca.

Me quedé fría cuando la vi, y durante unos momentos ni hablar pude. Me mostró el papel. Eran los apuntes que había hecho aquella misma mañana.

–No, señora Danvers –dije, pasado un instante–; puede tirarlos. Es sólo un apunte. No me hace falta.

–Está bien. Me pareció mejor preguntar personalmente, para evitar una equivocación.

–Sí, sí, naturalmente.

Creí que daría media vuelta y se marcharía; pero no, allí se quedó, en pie junto a la puerta.

–Entonces... –dijo–, ¿no ha decidido la señora lo que va a ponerse?

Tenía su voz un tonillo de burla; una ligerísima traza de satisfacción. Supuse que, Dios sabe cómo, se había enterado de mis cavilaciones por Clarice.

–No. Aún no lo he decidido.

Continuó observándome, con la mano sobre el picaporte.

–Podría la señora copiar uno de los cuadros de la galería –dijo.

Hice como que estaba limándome las uñas. La verdad era que las tenía demasiado cortas y quebradizas; pero así, al estar, haciendo algo, no tenía que mirarla.

–Sí, puede que lo haga –dije.

Y, verdaderamente, pensé por qué no se me habría ocurrido antes. Era una clara y buena solución a mi perplejidad. Pero no iba yo a dárselo a entender, y continué limándome las uñas.

–Todos los cuadros de la galería podrían dar idea para un disfraz –dijo la señora Danvers–, y especialmente el de la señora que está retratada con un vestido blanco, y el sombrero en la mano. Me extraña que el señor no disponga que el baile sea de trajes de una sola época, con todo el mundo vestido más o menos de la misma manera. Nunca me ha parecido bien ver a un payaso bailando con una señora de peluca empolvada y lunares postizos.

–Hay a quien le gusta la variedad, por resultar todo más ameno.

–Personalmente, no me gusta –dijo la señora Danvers.

Hablaba con tono corriente y cordial, y me pregunté por qué se habría molestado en presentarse personalmente con el apunte desechado. ¿Quería, al fin, que fuéramos amigas? ¿O es que, sabiendo que yo no había sido quien había dicho a Maxim lo de la visita de Favell, quería darme las gracias de aquella manera?

–¿El señor no le ha dado ninguna idea para un traje?

–No –dije, luego de dudar un instante–. No; quiero sorprenderle, a él y al señorito Frank. No quiero que sepan de qué me voy a vestir.

–Ya comprendo que no debería yo proponer nada –dijo–; pero cuando la señora decida, yo me permitiría aconsejarla que se encargarse el traje en Londres. Aquí no hay quien sepa hacer bien esas cosas. «Voce», en Bond Street, lo haría muy bien.

–No lo olvidaré.

–Sí –dijo, al abrir la puerta–; yo estudiaría los cuadros de la galería, señora, y muy particularmente el que le he dicho. Y no crea la señora que la descubra. No diré ni una palabra a nadie.

–Y gracias, señora Danvers –dije.

Cerró la puerta con cuidado y yo continué vistiéndome, intrigada con su actitud, tan diferente de la que mantuvo la última vez que nos habíamos visto. Acaso tuviera que agradecer el cambio a la desagradable visita de Favell.

El primo de Rebeca. ¿Por qué tenía que molestar a Maxim un primo de Rebeca? ¿Por qué le había prohibido que se personase en Manderley? Beatrice le había llamado indeseable, pero no había añadido gran cosa acerca de él. Cuanto más lo pensaba, más de acuerdo estaba con Beatrice. Aquellos rientes ojos azules, la boca carnosa, la risa vulgar e insultante... Habría quien le juzgase guapo, las dependientas de confitería, que se ríen de todo; las acomodadoras de los cines que reparten los programas... Me imaginaba cómo las miraría sonriente, silbando una cancioncilla bajito. Miraría y silbaría, seguro, pero de esa manera peculiar que hace que las mujeres no nos sintamos a gusto. ¿Conocía Manderley bien? Parecía estar allí como en casa, y Jasper le había reconocido, pero esos dos hechos no estaban de acuerdo con las palabras de Maxim a la señora Danvers. Ni yo podía ajustarlo a la idea que me había formado de Rebeca. Rebeca, con su belleza, su encanto, su «raza», ¿cómo podría tener un primo semejante a Jack Favell? No le pegaba, desentonaba por completo. Acaso fuera la calamidad de la familia, y Rebeca, siempre generosa, se habría compadecido de él algunas veces, convidándole a Manderley, tal vez cuando Maxim no estuviera en casa, puesto que le molestaba. Probablemente, incluso habrían tenido una discusión en la que Rebeca le habría defendido y, luego, siempre que se defendiera su nombre suscitaría cierta tirantez.

Cuando me senté a cenar en el comedor, –en mi sitio acostumbrado, con Maxim a la cabecera de la mesa, me imaginé a Rebeca sentada en el lugar que yo ocupaba, cogiendo el tenedor para pescado. Sonaba el teléfono y entraba Frith, que decía: «Señora, el señor Favell desea hablar con la señora por teléfono» y Rebeca se levantaba, no sin mirar rápidamente a Maxim, que no decía nada, que continuaba comiendo el pescado. Cuando, terminada la conversación, Rebeca volviera a ocupar su lugar, comenzaría a hablar rápidamente de cualquier cosa, alegremente, con indiferencia, para disolver la nube que se había formado entre ellos. Al principio, Maxim estaba hosco y contestaba con monosílabos; pero, poco a poco, ella le ponía de buen humor, contándole alguna cosa que había hecho durante el día, hablándole de alguien a quien había visto en Kerrith, y terminado el otro plato ya estaría él riendo, mirándola con una sonrisa a través de la mesa.

–¿En qué diablos estás pensando? –me preguntó Maxim.

Me sobresalté y me puse roja, pues en aquellos momentos, durante unos sesenta segundos tal vez, me había identificado con Rebeca, de tal manera, que mi propia personalidad gris no existía ni nunca había estado en Manderley. Con el pensamiento, y hasta físicamente, había estado viviendo en un tiempo ya pasado.

–¿Sabes que en lugar de comer el pescado estabas haciendo unas muecas extrañísimas? Primero, te has puesto a escuchar, como si oyeras el teléfono; luego, has movido los labios y me has lanzado una mirada. Y te has sonreído y te has encogido de hombros. Todo ello en un segundo. ¿Es que estás ensayando tu aparición la noche del baile de trajes?

Me miró, riendo. Y pensé lo que diría si hubiera verdaderamente sabido lo que imaginé, si hubiera visto mi corazón, mi cabeza por dentro, si hubiera comprendido que durante un segundo él había sido el Maxim de otros tiempos, y yo, Rebeca.

–¡Pareces un bichillo malo! –dijo– ¿Qué te ocurre?

–Nada. No he hecho nada.

–Dime en qué pensabas.

–¿Por qué? Tú nunca me dices en qué piensas.

–No creo que me lo hayas preguntado.

–Sí, una vez lo hice. Estábamos en la biblioteca.

–Puede que sí. Y ¿qué te dije?

–Me contestaste que estabas pensando qué equipo de Surrey habrían seleccionado para jugar contra Middlessex.

Volvió Maxim a reír.

–¡Qué desengaño te llevarías! ¿En qué creías que pensaba?

–En algo muy distinto.

–¿Qué algo?

–No sé.

–No, no creo que lo sepas. Si te dije que estaba pensando en Surrey y en Middlessex, pues en Surrey y en Middlessex estaría pensando. Los hombres somos mucho menos complicados de lo que tú te imaginas, chiquilla mía. Pero lo que ocurre dentro de la tortuosa mente de una mujer, nadie lo puede adivinar. ¿Sabes que hace un rato no parecías tú misma? Tenías una expresión diferente.

–¿Yo? ¿Qué clase de expresión?

–No sé... no puedo explicarte. De repente, me pareciste más vieja y engañosa. Me ha resultado muy desagradable.

–No lo he hecho queriendo.

–Ya, ya me supongo que no.

Bebí un sorbo de agua y le miré por encima del borde del vaso.

–¿No quieres que parezca vieja?

–No.

–¿Por qué no?

–Porque no te sienta bien.

–Algún día lo pareceré. Eso no tiene remedio. Se me pondrá el pelo gris y me saldrán arrugas y cosas así.

–Eso no me importará.

–Entonces.... ¿qué quieres decir?

–No quiero verte como hace un rato. Tenías la boca torcida, y en los ojos una mirada de... saber cosas, cosas que no están bien.

Me entró una gran curiosidad.

–¿Qué quieres decir, Maxim? ¿Qué cosas no están bien?

No me contestó en seguida. Había entrado Frith en el comedor y estaba cambiando los platos. Maxim esperó a que se marchara por la puerta de servicio, oculta por la mampara.

–Cuando te conocí –dijo lentamente–, tenías cierta expresión en la cara, y todavía la conservas. No voy a definirla, pues no sé cómo hacerlo. Pero fue una de las causas por las que me casé contigo. Hace un momento, cuando estabas representando esa extraña pantomima, desapareció tu expresión. Otra la había sustituido.

–Explícate, Maxim –dije, muy interesada–. ¿Qué otra?

Me miró un momento, con las cejas enarcadas, silbando bajito.

–Mira, pajarillo mío; cuando tú eras pequeñita, ¿no te prohibían leer ciertos libros, no los tenía tu padre guardados bajo llave?

–Sí.

–Pues, al final de cuentas, un marido es parecido a un padre. Hay cosas que prefiero que no sepas. Están mejor guardadas con llave. Y nada más. Ahora, cómete esos melocotones y no preguntes más cosas, o te pondré castigada en un rincón.

–No sé por qué me tienes que tratar siempre como si tuviera seis años.

–¿Cómo te gustaría que te tratase?

–Como otros hombres tratan a sus mujeres.

–Quieres decir... ¿a golpes?

–No seas ridículo. ¿Por qué lo has de echar todo a broma?

–¡Pero si no son bromas! ¡Hablaba muy en serio!

–No, no es verdad. Lo veo en tus ojos. Estás jugando todo el tiempo conmigo, como si fuese una niña tonta.

–«*Alicia en el País de las Maravillas.*» No creas que fue tan mala esa idea mía. ¿Te has comprado ya la banda y la cinta para el pelo?

–Te advierto que cuando me veas con mi traje... te vas a llevar la sorpresa más grande de tu vida.

–No me cabe duda. Anda, termina el melocotón y no me hables con la boca llena. Tengo un montón de cartas que escribir después de cenar.

No esperó a que yo acabase. Levantóse y salió, diciendo a Frith que sirviera el café en la biblioteca. Me quedé sentada, de mal humor, tardando lo más posible para retrasarlo todo y fastidiarle: pero Frith no hizo ningún caso de mi melocotón. Sirvió el café inmediatamente y Maxim se marchó a la biblioteca.

Cuando hube terminado, subí a la galería de los Trovadores para echar un vistazo a los cuadros. Ya los conocía de sobra, pero nunca los había estudiado con la idea de reproducirlos para un baile de trajes. La señora Danvers tenía razón. ¡Qué tonta! ¿Por qué no se me habría ocurrido a mí antes? Siempre me había gustado aquella muchacha de blanco, con el sombrero en la mano. Era un retrato, hecho por Raeburn, de Caroline de Winter, hermana del tatarabuelo de Maxim. Se casó con un conocido político del partido *Whig* y fue famosa por su belleza, en los salones londinenses. El retrato fue pintado cuando estaba soltera. No sería difícil copiar el vestido blanco, de mangas muy anchas por arriba, falda de volantes y ajustado corpiño. El sombrero acaso resultara más difícil; y tendría que ponerme una peluca, pues por mucho que hiciera, nunca conseguiría rizarme de aquella manera el pelo. Seguramente, ese «Voce» de Londres podría mandármelo todo completo. Les enviaría un dibujo del cuadro con mis medidas, y les diría que lo copiasen exactamente.

¡Qué descanso haber decidido ya! Se me quitó un peso de encima. Casi empecé a pensar con impaciencia en el baile. Después de todo, puede que lo pasase yo tan bien como la infeliz Clarice.

A la mañana siguiente escribí a la tienda, mandándoles un dibujo del retrato, y pronto me contestaron «honradísimos de mi muy apreciado encargo», prometiéndome comenzar a ejecutarlo sin tardanza, y diciendo que también se encargarían de la peluca.

Clatice apenas podía dominar su entusiasmo, y yo también comencé a sentir una febril ansia, según se acercaba el día de la fiesta. Giles y Beatrice pasarían allí la noche, pero nadie más, gracias a Dios, aunque mucha gente iba a cenar con nosotros antes del baile. Yo había creído que con ocasión de la fiesta íbamos a invitar a muchas personas a que pasaran unos días en Manderley; pero Maxim se opuso diciendo que «ya organizar el baile es bastante molestía». No pude deducir si lo hacía por mí o si, verdaderamente, le molestaba tener la casa llena de gente. Había yo oído hablar mucho de las fiestas que se daban en Manderley, cuando los invitados rebosaban hasta tener que dormir en los cuartos de baño y en los sofás... y ahora nos encontrábamos solos en aquella casa enorme, y nuestros únicos huéspedes iban a ser Giles y Beatrice.

Comenzó la casa a adquirir un aire nuevo, de expectación. Llegaron unos hombres para poner el entarimado en el gran hall, y del salón se quitaron algunos muebles para poder colocar las largas mesas del ambigú contra la pared. Comenzaron a montarse luces en la terraza y en la rosaleda, y dondequiera que se fuera se encontraban señales de los preparativos para el baile. Había obreros de la finca por todos lados, y Frank se quedaba a comer casi todos los días. Los criados no hablaban de otra cosa, y Frith se paseaba silencioso, como si la celebración de la fiesta dependiera exclusivamente de él solo. Robert perdió bastante la cabeza y no hacía más que olvidar cosas: las servilletas de la comida, el pasar las verduras... Se veía en su cara una expresión de apuro, como de alguien que tiene que tomar un tren. Los perros fueron muy desgraciados. *Jasper* vagaba por el hall, con el rabo entre las patas, tirando malhumoradas dentelladas inofensivas a cuantos obreros cruzaban por allí, o se iba a la terraza a ladrar estúpidamente, para luego salir corriendo como un loco hacia la pradera y comenzar a comer hierba con una especie de ansia. La señora Danvers permanecía invisible, pero yo me daba cuenta de su presencia continuamente. Cuando colocaron las mesas en el salón, la voz que daba instrucciones era la suya, y también fue ella quien dirigió la colocación del entarimado en el hall. Siempre que aparecía en alguna parte, ella acababa de marcharse, y más de una vez vi durante un segundo su falda, que desaparecía rozando una puerta, o escuchaba sus pasos en la escalera. Yo no era sino un pasmarote inútil para todos, hombres y animales. Solía estarme parada, en pie, sin

hacer otra cosa que no fuera estorbar.

De pronto oía la voz de un hombre que decía: «¿Me permite la señora?» Y pasaba él, sonriendo, por haberme molestado, llevando las sillas a la espalda, con la cara chorreando de sudor.

–¡Perdóneme! –le decía yo, haciéndome a un lado rápidamente–. ¿Puedo ayudarle? ¿Qué le parece si pusiéramos esas sillas en la biblioteca?

El hombre ponía una expresión de duda, y decía:

–Las órdenes de la señora Danvers, señora, son que las llevemos a la parte de atrás de la casa para que no estorben.

–¡Ah!, ¡pues claro! –decía yo–; ¡qué tonta soy! Hágalo como haya dicho ella.

Y salía andando muy de prisa, murmurando algo acerca de un papel y un lápiz, tratando en vano de engañar al hombre y de hacerle creer que estaba muy atareada, mientras él continuaba su camino por el hall, pasmado, y yo comprendía que no le había engañado en absoluto.

Amaneció el fausto día encapotado y con neblina, pero el barómetro estaba alto y no nos preocupamos. La niebla era buena señal. A eso de las doce se disipó, tal como predijera Maxim, y quedó un magnífico día de verano, tranquilo, sin una nube en el cielo azul.

Durante toda la mañana estuvieron los jardineros entrando flores en la casa, las últimas lilas blancas, lupinos magníficos y soberbios delfinios de metro y medio de altura, centenares de rosas y lirios de todas clases.

Al fin se dejó ver la señora Danvers. Silenciosa, tranquilamente, dijo a los jardineros dónde tenían que poner las flores, y ella misma las fue arreglando, llenando los jarrones con sus dedos rápidos y ágiles. Yo la observaba fascinada, viendo cómo llenaba florero tras florero, llevándolos luego ella misma desde el cuarto de las flores al salón y a todos los rincones de la casa, arreglándolos con justeza en número y profusión, poniendo las notas de color donde el color era necesario, pero dejando las paredes desnudas donde convenía más la sobriedad.

Para no estorbar, Maxim y yo comimos con Frank en su casita de soltero, junto a las oficinas. Los tres estuvimos de ese buen humor animado y risueño de la gente que acaba de asistir a un entierro. Estuvimos gastándonos bromas, sin dejar de pensar un momento en las próximas horas. Yo me encontraba en un estado muy parecido al de la mañana de mi boda. Notaba la misma sensación agobiadora de haber ido ya demasiado lejos para retroceder.

No había más remedio que someterse a la prueba de aquella noche. Gracias a Dios, la casa «Voce» había mandado a tiempo mi traje. Estaba delicioso, envuelto en abundante papel de seda. Y la peluca era una maravilla. Me la probé antes del desayuno y me quedé asombrada de la transformación. Me favorecía mucho, y con ella puesta parecía otra persona por completo. No era yo. Era alguien mucho más interesante, más llena de vida, Maxim y Frank continuaban preguntándome acerca del traje.

–No me vais a conocer –les dije–; los dos os vais a llevar la sorpresa más grande de vuestra vida.

–No te irás a vestir de payaso, ¿verdad? –dijo Maxim– ¿No estarás tratando de gastarnos una broma tonta?

–No; nada de eso –contesté, llena de dignidad.

–Has debido hacer lo que te dije y haberte vestido de «*Alicia en el País de las Maravillas*».

–O... con ese pelo... de Juana de Arco –dijo Frank tímidamente.

–¡Eso no se me ocurrió! –dije, sin expresar por el tono lo que me parecía la idea;

y Frank se puso colorado.

–Estoy seguro de que cualquier cosa que se ponga, me gustará –dijo, en el tono más pomposo de los frankianos.

–No le des alas, por Dios, Frank –dijo Maxim– Está ya tan engreída con su dichoso traje, que no la podremos aguantar. El consuelo es que Be pronto te quitará los humos. Ya verás lo que tarda en decírtelo si no le gusta tu traje. La pobre Be siempre se las arregla para ponerse hecha un adefesio en estas ocasiones. Me acuerdo de una vez que se vistió de madame Pompadour, y cuando entraba a cenar tropezó y se le cayó la peluca. Entonces, con esa brusca voz que tiene dijo: «No hay quien soporte este demonio de chisme»; tiró la peluca encima de una silla y terminó la noche luciendo su propio pelo cortado. No os podéis imaginar el efecto de aquella cabeza con el miriñaque de satén azul pálido, o lo que fuera. El pobre Giles tampoco tuvo mucho éxito aquel año. Vino de cocinero, pero se pasó toda la noche sentado junto al bar. Creo que, en el fondo, le pareció que Be le había hecho traición.

–No, no fue eso –dijo Frank–; es que había perdido todos los dientes de delante probando una yegua nueva, ¿no te acuerdas?, y por timidez no quería ni abrir la boca.

–¡Ah! ¿Fue eso? ¡Pobre Gíles! En general, se divierte disfrazándose.

–Beatrice dice que le gusta mucho jugar a las charadas –dije yo– Me contó que juegan todas las Navidades.

–Ya lo sé –contestó Maxim– ¡Por eso no voy a pasar las Navidades con ella!

–¿Unos poquitos más de espárragos? ¿Más patatas?

–No, gracias, Frank; no tengo hambre.

–¡Los nervios! –dijo Maxim, sacudiendo la cabeza–. No te importe. Mañana, a estas horas, ya se habrá acabado todo.

–Así lo espero –dijo Frank, muy serio–. Iba a dar orden de que todos los coches estuvieran listos para las cinco de la mañana.

Empecé a reír como una tonta, mientras brotaban las lágrimas.

–¡Ay! –dije– Vamos a mandar telegramas a todos para que no vengan.

–¡Vamos! ¡Sé valiente! Afronta el peligro –dijo Maxim–. No tendremos que dar otro durante mucho tiempo. Frank, me parece que deberíamos ir acercándonos a la casa, ¿no crees?

Frank asintió, y yo los seguí de mala gana, dejando con disgusto el apretado y bastante incómodo comedorcillo, tan típico de la casa de soltero de Frank, que aquel día me parecía encerrar la auténtica esencia de la paz y de la tranquilidad. Cuando llegamos a casa nos encontramos con que ya estaba allí la orquesta, y los músicos aguardaban de pie en el hall, algo azorados e intranquilos, mientras Frith, más importante que nunca, les ofrecía algo de beber. Los músicos estaban invitados a pasar la noche, y cuando les hubimos dado la bienvenida, tras de cambiar algunas bromas alusivas a la ocasión, se marcharon hacia sus habitaciones, para luego ser conducidos a dar un paseo por la finca.

Se estiraba la tarde, como esa última hora antes de emprender un viaje, cuando ya todo está en las maletas, cerradas con llave, y yo empecé a vagar por las habitaciones, tan perdida como *Jasper*, que me seguía con expresión de reproche.

En nada podía ayudar, y lo mejor y más sensato hubiera sido marcharse a dar un buen paseo con el perro. Al fin, decidí hacerlo, pero ya era demasiado tarde. Maxim y Frank estaban pidiendo el té, y cuando hubimos concluido de tomarlo llegaron Beatrice y Giles. La tarde se había acabado.

–¡Parece que fue ayer! –dijo Beatrice, besando a Maxim y mirando alrededor–. Os felicito por haberos acordado de todos los detalles. Las flores son preciosas. ¿Las

has colocado tú? –Preguntó, volviéndose hacia mí.

–No –dije algo avergonzada– La señora Danvers es la autora de todo.

–Bueno, después de todo... –Beatrice no terminó la frase, pues aceptando el fuego que Maxim le ofrecía para su cigarrillo, una vez que lo hubo encendido pareció haber olvidado lo que iba a decir.

–¿Sirve Mitchell la cena, como de costumbre? –preguntó Giles.

–Sí –respondió Maxim–. No creo que se haya cambiado nada, ¿verdad, Frank? Lo teníamos todo en los archivos de la oficina. No se ha olvidado nada, ni creo que se haya dejado de mandar una sola invitación.

–¡Qué descanso encontrarnos solos! –dijo Beatrice–. Me acuerdo de que una vez llegamos a esta hora y ya había aquí unas veinticinco personas. Todos para pasar aquí la noche.

–¿Y qué se va a poner todo el mundo? Supongo que Maxim, como de costumbre, «no juega».

–Como de costumbre –dijo Maxim.

–Haces mal. Resultaría todo mucho más animado si te disfrazaras.

–Pero ¿es que has conocido algún baile en Manderley que no haya estado animado?

–No, hijo, no. Los organizáis demasiado bien. Pero, a pesar de eso, el señor de la casa debería dar ejemplo.

–Creo que con que la señora de la casa haga lo que pueda, ya está bien –dijo Maxim–. ¿A santo de qué iba yo a aguantar el calor y la incomodidad, haciendo al mismo tiempo de majadero?

–¡Qué ridiculez! No tenías por qué hacer el majadero. Con tu tipo, estarías bien con cualquier cosa. Tú no tienes que preocuparte por tu línea, como el pobre Giles.

–¿Qué se va a poner Giles esta noche? –pregunté–. ¿o es secreto terrible?

–No, ¡ca!, de ningún modo –dijo éste, resplandeciente–. Y no voy a estar nada inal. Voy a vestirme de jeque musulmán. El sastre del pueblo me lo ha hecho todo.

–¡Qué barbaridad! –dijo Maxim.

–Pues no está nada mal –dijo Beatrice con calor–. Se pintará la cara naturalmente, y se quitará las gafas. El turbante es auténtico. Nos lo ha prestado un amigo que vivía en Oriente. El sastre ha copiado de una revista lo demás. Le sienta muy bien.

–Y tú, ¿qué te vas a poner, Beatrice? –preguntó Frank.

–Yo no he hecho gran cosa. Me he arreglado algo oriental, para hacer pareja con Giles. Pero no tengo la pretensión de que sea muy exacto. Muchas sartas de cuentas, ¿sabes?, y, luego, un velo por la cara.

–Suenan muy bonito –dijo cortésmente.

–¡Bah!, no está mal. Por lo menos, tiene la ventaja de que es cómodo. Si hace demasiado calor, me quitaré el velo. Y tú, ¿qué te vas a poner?

–No se lo preguntes –contestó Maxim–. No nos lo quiere decir a ninguno. Nunca se ha conocido un secreto tan espantoso. Creo que hasta lo encargó a Londres.

–Pero, mujer –dijo Beatrice impresionada–. No habrás echado la casa por la ventana para achicarnos a todos. El mío está hecho en casa.

–No te preocupes –dije riendo–. No tiene nada de particular. Pero Maxim comenzó a tomarme el pelo y le he prometido darle la sorpresa más grande de su vida.

–Y muy bien hecho –dijo Giles– Maxim se da demasiados aires. Lo que ocurre es que tiene envidia. Ahora quisiera disfrazarse como nosotros, pero no le gusta

decirlo.

–¡Qué disparate! –exclamó el aludido.

–Y usted, Crawley, ¿qué se va a poner?

–He tenido tanto que hacer, que he dejado el disfraz para el último momento. Anoche busqué unos pantalones viejos y un jersey a rayas, de cuando jugaba al fútbol. Me voy a poner un parche en un ojo y diré que soy un pirata.

–¡Pero, hombre! ¿Por qué no nos escribiste y te hubiéramos prestado algo? Tenemos un traje de holandés que se puso Roger el invierno pasado en Suiza. Te hubiera estado pintado.

–Me niego a tolerar que mi administrador se presente vestido de holandés –dijo Maxim–. No volvería a cobrar la renta de los arrendatarios. Dejadle que se vista de pirata. Puede que asuste a algunos.

–¡Vaya un pirata! –me dijo Beatrice al oído. Hice como que no la había entendido. Siempre la emprendía con él.

–¿Cuánto tiempo tardaré en pintarme la cara? –preguntó Giles.

–Lo menos dos horas –respondió Beatrice–. Yo empezaría a pensar en ello. ¿Cuántos seremos a la mesa?

–Dieciseis –respondió Maxim–, contándonos a nosotros. No habrá nadie desconocido. Todos son amigos tuyos.

–Me está entrando la fiebre de vestirme –dijo Beatrice–. Me alegro horrores de que decidierais dar esta fiesta otra vez, Maxim.

–A ella tienes que agradecerse –respondió Maxim, señalándome con la cabeza.

–No es verdad –repuse– Todo ha sido cosa de lady Crowan.

–¡Qué va a ser! –dijo Maxim, sonriendo–. No ocultes que estás tan excitada como el niño que va a su primera fiesta.

–No lo estoy.

–Tengo muchas ganas de ver tu traje –dijo Beatrice.

–Si no es nada de particular; de veras –insistí.

–Dice que no la vamos a conocer –dijo Frank.

Me miraron sonrientes. Estaba contenta, animada y feliz, Todos se mostraban muy simpáticos. Todos me querían. De pronto, la idea del baile y la de presidirlo yo se me antojaron divertidas.

Se daba el baile en mi honor, porque yo era la recién casada. Estaba sentada en la mesa de la biblioteca, moviendo las piernas, que me colgaban, mientras todos los demás estaban en pie alrededor de mí. Me acometieron deseos, de repente, de subir a escape, ir a mi cuarto, ponerme el traje y la peluca delante del tocador, y mirarme desde todos lados en el espejo grande que quedaba detrás, en la pared. Aquella sensación de importancia, de estar rodeada de Giles y Beatrice, y Frank y Maxim, que discutían mi vestido, era nueva y deliciosa. Todos estaban tratando de adivinar lo que me iba a poner. Pensé en el vestido, suave, blanco, envuelto en papel de seda, y en cómo mejoraría mi tipo de niña, sin desarrollar aún, mis hombros algo caídos. Pensé en mi pelo lacio, cubierto de rizos sedosos y relucientes.

–¿Qué hora es? –pregunté con indiferencia, bostezando ligeramente, fingiendo que no me importaba– ¿No deberíamos subir ya?

Al cruzar el hall me di cuenta por primera vez de lo bien que se prestaba la casa para aquella fiesta, de lo bonitas que estaban las habitaciones. Hasta el salón, tan severo y frío, a mi parecer, cuando estábamos solos, era un estallido de colores, con flores en todas las esquinas, rosas rojas en jarrones de plata sobre el mantel blanco

de la mesa, y las ventanas abiertas a la terraza, donde en cuanto llegara la noche brillarían luces embrujadas. Los músicos tenían dispuestos sus instrumentos, listos para tocar en la galería de los Trovadores, dominando el hall, y este mismo tenía un extraño aire de impaciencia. La atmósfera estaba templada y amable, como la noche, clara y apacible, perfumada por las flores bajo los cuadros y alegrada por nuestras risas. Subimos calmosamente los anchos peldaños de piedra.

Había desaparecido la acostumbrada severidad. En cierto modo, Manderley se había insuflado de la vida de una manera que hubiera yo juzgado imposible. Aquél no era el callado Manderley que yo conocía. Tenía un significado de que carecía antes. Había adoptado un aire temerario, algo triunfal y agradable. Era como si la casona recordase otros días, pasados hacía ya mucho tiempo, cuando el hall era un verdadero hall de banquetes, con tapices y panoplias colgados en las paredes, y una mesa larga y estrecha con hombres que, sentados a ella reían más recio de lo que ahora se ríe, y pedían a voces vino y canciones, mientras arrojaban grandes tajadas de carne a perros soñolientos. Más tarde, en otros tiempos, aún viviría la alegría, pero revestida de cierta gracia y dignidad, y Caroline de Winter, a quien yo representaría aquella noche, bajaría la ancha escalera de piedra para bailar el minué. ¡Cómo me gustaría apartar los años, como una cortina, para poderla contemplar! Me hubiera gustado no tener que envilecer la casa con nuestra música vocinglera, tan fuera de lugar, tan poco romántica! No le iría bien a Manderley. De pronto, noté que estaba de acuerdo con la señora Danvers. Debíamos haber dado un baile de trajes de una época todos, no permitiendo la mezcolanza de tipos que tenía que resultar. ¡Giles!, ¡el pobre!, buenazo y contento con su disfraz de jeque.

En mi cuarto me encontré con Clarice, que me esperaba, roja de excitación su carota redonda. Nos reímos bístéricamente como dos colegialas, y le mandé cerrar con llave la puerta. Sobrevino entonces un gran ruido de papeles de seda susurrante y misterioso. Nos hablábamos en voz baja, como dos conspiradoras; andábamos de puntillas. Me sentía como un niño en vísperas de Navidad. Aquel callado ir con los pies descalzos de un lado a otro, los furtivos ataques de risa, las reprimidas exclamaciones, me recordaban la ilusión con que solía colgar mis medias por la noche la víspera de Navidad. No teníamos que temer nada de Maxim, que estaba en su cuarto de vestirse, pues la puerta de comunicación de nuestras habitaciones estaba cerrada con llave. Clarice era mi única aliada y amiga favorecida. El vestido me estaba perfectamente. Allí de pie, apenas podía dominar mí impaciencia, mientras Clarice, con dedos torpes, abrochaba los corchetes.

–Es precioso, señora –decía sin cesar, echándose sobre los talones para admirarme mejor–; es un vestido digno de la reina de Inglaterra.

–¿Y esa hombrera izquierda? –pregunté con temor– ¿No se verá la cinta de abajo?

–No, señora. No se ve.

–¿Qué tal? ¿Cómo me encuentras? –No esperé a su respuesta. Di unas vueltas delante del espejo, fruncí el ceño, sonreí. Ya me notaba distinta, sin el estorbo de mi aspecto. Mi insípida personalidad había desaparecido– ¡Dame la peluca! –dije, muy nerviosa–. ¡Con cuidado! ¡No la aplastes! ¡Los rizos! ¡Que no se aplasten! Tienen que despegarse de la cara.

Clarice estaba a mi espalda. Vi en el espejo, detrás de la mía, su redonda cara, relucientes los ojos, ligeramente entreabierta la boca. Con un cepillo me arreglé mi pelo natural por encima de las orejas. Con dedos temblorosos cogí la suave masa de rizos, riendo bajito mirando a Clarice.

–¡Clarice! ¿Qué dirá el señor?

Escondí mi pelo de rata bajo la rizada peluca, tratando de disimular mi triunfo, tratando de ocultar mi sonrisa. Alguien llamó a la puerta.

–¿Quién es? –dije aterrada–. ¡No se puede pasar!

–Soy yo, mujer, no te alarmes –dijo Beatrice–. ¿Te falta mucho? ¡Quiero ver qué tal estás!

–¡No!! No puedes entrar. Aún no estoy lista.

Clarice, trémula, estaba junto a mí con la mano llena de horquillas, que yo iba tomando una a una para arreglar los rizos que se habían esponjado algo dentro de la caja.

–Cuando esté vestida, ya bajaré –dije en voz alta–. Bajad todos, no me esperéis. Dile a Maxim que no puede entrar.

–Maxim ya ha bajado –contestó–. Vino a nuestro cuarto y nos dijo que había estado llamando a la puerta del cuarto de baño, pero que ni le contestaste. No tardes, mujer, que estamos todos curiosos. ¿Estás segura de que no quieres que te ayude?

–¡No! –grité, impaciente, perdiendo la calma– ¡Vete! ¡Baja!

¿Por qué tenía que molestarme en aquellos momentos? Toda nerviosa, sin saber ya lo que hacía, me puse una horquilla torpemente, medio aplastando un rizo. No volví a oír a Beatrice, que seguramente se había marchado por el pasillo. ¿Estaría contenta con su vestido oriental? ¿Habría conseguido Giles pintarse la cara? ¡Qué ridículo era todo! ¿Por qué lo hacíamos, como si fuéramos unos chiquillos?

No reconocía la cara que me miraba desde el espejo. ¿No tenía los ojos más grandes, la boca más fina, la piel más tersa y blanca? Los rizos se despegaban de la cabeza, formando una nubecilla. Me quedé mirando un rato a aquella persona, que no era yo en absoluto, sonreía; una sonrisa nueva, tranquila.

–¡Clarice!, ¡Ay, Clarice! –dije.

Me recogí la falda con una mano e hice una reverencia de corte, con lo que los volantes de mi falda acariciaron el suelo. Solté una risa aguda, toda nerviosa, azorada, roja, muy alegre. Di unos paseítos por delante del espejo, sin dejar de observar mi imagen.

–Abre la puerta. Voy a bajar. Corre delante y mira si los señores están todos abajo.

Me obedeció, riendo en falsete, y yo, recogiendo las faldas con las manos para que no rozaran en el suelo, la seguí pasillo adelante.

–Los señores están todos abajo –cuchicheó–. El señor, el señor comandante y la señorita Beatrice. El señor Crawley acaba de llegar. Están todos en pie en el hall.

Miré por el rellano de la escalera grande hacia el hall. Sí, allí estaban todos. Giles, vestido con su blanco jaique, y al cinto un largo cuchillo, reía ruidosamente; Beatrice, envuelta en unos ropajes extraordinarios de color verde pálido y larguísimos collares de cuentas; el pobre Frank, nervioso e incómodo, algo ridículo con su jersey a rayas y botas altas de marino. Maxim era el único normal del grupo, vestido de frac.

–No sé qué está haciendo –dijo–. Lleva no sé cuántas horas en su cuarto. ¿Qué hora es, Frank? En cuanto nos descuidemos comenzarán a llegar los invitados a cenar.

Los de la orquesta se habían ya cambiado de ropa y estaban en la galería. Uno de ellos afinaba el violín. Tocó una escala suavemente y luego hizo vibrar una cuerda con el dedo. La luz brillaba sobre el cuadro de Caroline de Winter.

Sí, habían copiado el traje exactamente de mi dibujo del retrato. Las amplias mangas, la caída, el sombrero de alas grandes y flexibles, que yo llevaba en la mano. Y mis rizos eran sus rizos, despegados de la cara, como los suyos. Creo que nunca me he sentido tan animada, tan feliz, tan orgullosa. Hice señas con la mano

al violinista, y luego me llevé un dedo a los labios pidiendo silencio. Él me sonrió e hizo una inclinación. Vino hacia mí, hacia el medio punto, atravesando la galería.

–Haga que me anuncie el tambor –le dije, en voz baja–. Dígale que dé un redoble de ésos y que luego diga en voz alta: «La señorita Caroline de Winter». Quiero sorprender a los de abajo.

Me comprendió y asintió con la cabeza. Me latía el corazón ridículamente y tenía las mejillas ardiendo. ¡Qué divertido! ¡Qué locura y qué chiquillada más deliciosa! Sonreí a Clarice, que aún permanecía medio agazapada en el pasillo; me recogí ligeramente la falda. Resonó entonces en el vasto hall el redoble de un tambor, que me sobrecogió al principio, aunque lo estaba esperando, aunque sabía que iba a sonar. Vi a todos mirar desde el hall hacia arriba, sorprendidos, pasmados.

–¡La señorita Caroline de Wínter! –voceó el músico.

Me adelanté hasta el rellano de la escalera y me quedé allí parada, sonriendo, con el sombrero en la mano, como la muchacha del retrato.

Aguardé los aplausos, la risa que estallaría cuando comenzase a bajar lentamente la escalera. Pero nadie aplaudió. Nadie se movió.

Todos me estaban mirando fijamente. Beatrice dejó escapar un gritito y se llevó la mano a la boca. Continué sonriendo una mano en la balaustrada.

–¿Cómo está usted, señor De Winter? –dije.

Maxim no se había movido. Me estaba mirando, sin parpadear, vaso en mano. Tenía la cara blanca, de un blanco ceniza. Vi que Frank hacía un movimiento como si fuera a hablar, pero Maxim le hizo retroceder con un ademán brusco. Dudé, ya con un pie en el primer escalón. Algo ocurría: no habían comprendido. Sí no, ¿por qué estaba Maxim mirando de aquella manera? ¿Por qué estaban allí todos como pasmados, como catalépticos?

Maxim se adelantó hacia la escalera, sin dejar de mirarme ni un momento.

–¿Qué diablos estás haciendo ahí?

Eso fue lo que me dijo, relucientes de ira los ojos. ¡Qué pálido estaba!

No pude moverme, y allí me quedé, con la mano sobre la balaustrada.

–Es el retrato –dije, atemorizada por su mirada, por su voz–. Es... el retrato que hay en la galería.

Hubo un largo silencio, durante el cual no dejaron de mirarme, ni yo a ellos. Nadie se movió del hall. Tragué saliva para aliviarme, llevándome la mano a la garganta.

–¿Qué pasa? ¿Qué he hecho? –dije.

¡Si no me miraran así! ¡Con aquellas caras atónitas, con aquellas caras sin vida! ¡Si alguien dijese algo!

Cuando Maxim volvió a hablar no reconocí su voz. Era una voz helada, pausada, una voz que jamás había yo oído.

–Ve y cámbiate –dijo–; ponte lo que sea. Un traje cualquiera, no importa cuál. Pero vete antes de que venga nadie.

No pude decir nada. Seguí mirándole. Lo único que quedaba vivo en su cara eran los ojos.

–¿Qué haces ahí? –sonó su voz, áspera y extraña–, ¿No has oído lo que te he dicho?

Giré sobre mis talones y eché a correr por los acogedores pasillos. Vi durante un segundo la estupefacta cara del músico que me había anunciado. Pasé junto a él corriendo, tropezando sin ver adónde iba, por las lágrimas. No comprendía qué había pasado. Miré de un lado para otro, aturdida, atontada, como un animal

acorralado. Y entonces vi la puerta que conducía al ala de poniente: estaba abierta de par en par, y bajo su dintel había alguien de pie.

La señora Danvers. Jamás olvidaré la expresión de su cara, odiosa, triunfadora. Una cara de infernal regocijo. Allí estaba, sonriéndome.

Escapé huyendo de ella, corriendo por el estrecho y largo pasillo que llevaba a mi cuarto, tropezando, tambaleándome, pisando los volantes de mi traje...

Capítulo XVII

Clarice estaba esperándome en mi cuarto, pálida y asustada. Yo no dije nada. Comencé a desabrochar a tirones los corchetes del traje, rasgando la tela. No podía hacerlo de otra manera y Clarice se apresuró a ayudarme, sollozando ruidosamente.

–No te apures, Clarice. La culpa no es tuya.

Sacudió la cabeza. Las lágrimas le corrían por las mejillas.

–¡El vestido de la señora, tan precioso! –dijo–; ¡el vestido blanco de la señora!

–No importa. ¿No puedes encontrar los corchetes? Ahí, en la espalda, hay uno.

Buscó con manos torpes y temblorosas, haciéndolo aún peor que yo; pero, por fin me saqué el vestido.

–Clarice, creo que preferiría quedarme sola un rato. Anda, vete, haz el favor. No te preocupes por mí. Ya me las arreglaré. Olvídalo todo. Quiero que lo pases bien esta noche.

–¿No quiere la señora que planche otro vestido? –Me lo dijo mirándome con los ojos hinchados–. No tardaré nada...

–No, no te molestes. Prefiero que me dejes sola, Clarice.

–Como mande la señora.

–Oye..., no..., no digas lo que ha pasado.

–No, señora –y dio rienda suelta a las lágrimas otra vez.

–Que no te vean así –le dije–; ve a tu cuarto y haz algo con esa cara. No tienes por qué llorar.

Llamó alguien a la puerta, y Clarice me miró asustada.

–¿Quién es? –dijo yo.

Se abrió la puerta y entró Beatrice. Me cogió desprevenida aquel esperpento envuelto en ridículas holguras orientales, con las cuentas que sonaban ruidosamente en los brazaletes.

–¡Vaya por Dios! ¡Vaya por Dios! –me dijo, tendiéndome las manos.

Clarice se escabulló del cuarto. De pronto me di cuenta de un gran cansancio; noté que ya no podía más. Me senté en la cama, y con una mano me quité la peluca. Beatrice, en pie, me miraba.

–¿Te encuentras bien? Estás muy pálida.

–Será la luz. Siempre come mucho el color.

–Siéntate un rato y se te pasará. Espera; voy a buscar un vaso de agua.

Fue al cuarto de baño, haciendo sonar las pulseras a cada paso, y luego volvió con un vaso de agua en la mano. Bebí unos sorbos, para darle gusto, pues no se me apetecía. Estaba templada; no había dejado correr bastante el grifo.

–Me di cuenta en seguida de que todo fue un error lamentable –me dijo–; porque, naturalmente, ¿cómo ibas tú a saberlo...?

–Saber... ¿el qué?

–¡Pobre chica! ¡Lo del vestido! Lo del retrato que copiaste de la galería. Eso fue lo que hizo Rebeca la última vez que se dio el baile de trajes en Manderley. Durante un momento terrible pensé que...

En lugar de terminar la frase me dio unas palmaditas en la espalda.

–¡Pobre chiquillal ¡Qué mala suerte! ¿Cómo ibas tú a suponerlo?

–Debí figurármelo –dije estúpidamente, demasiado aturdida para darme cuenta.

–¡Qué tontería! ¿Cómo ibas a saberlo? Nadie se lo hubiera imaginado. ¡Pero fue una sorpresa tan grande...! No nos lo esperábamos. Y Maxim...

–¿Qué? ¿Qué le pasa a Maxim?

–Cree que lo hiciste adrede. ¿No le habías apostado que le sorprenderías? Ya, ya sé que fue una broma. Pero él no la ha comprendido. Para él ha sido un golpe tremendo. Yo le dije inmediatamente que tú no podías haber hecho una cosa así a sabiendas, y que sólo habías tenido la mala pata de escoger ese retrato entre todos.

–Me lo tenía que haber figurado; debí comprenderlo –repetí– La culpa es mía.

–No, no; no te preocupes. Ya lo explicarás todo luego, con tranquilidad. Ya verás cómo no pasa nada. Cuando subía llegaban los primeros invitados. Los he dejado tomando unas copas. Ya está todo arreglado. He dicho a Frank y a Giles que cuenten que el traje que te encargaste te está mal y que te has llevado un disgusto.

No dije nada. Permanecí sentada en la cama, las manos sobre la falda.

–¿Qué te puedes poner ahora? –dijo Beatrice, dirigiéndose a mi armario y abriendo las puertas de un golpe– ¿Qué traje azul es éste? Parece bonito. Anda, pónitelo. Nadie se fijará. Voy a ayudarte.

–No. No bajaré.

Se quedó mirándome Beatrice, muy apurada, con mi traje azul al brazo.

–Pero... mujer, no tienes más remedio –dijo asustada–. ¿Cómo no vas a bajar?

–No, Beatrice; no bajo. No puedo soportar ver a nadie después de lo ocurrido.

–Pero... ¡si nadie sabe lo del vestido! Frank y Giles no van a decir una palabra... Ya estamos de acuerdo acerca de lo que hay que decir. Que la tienda te mandó un traje equivocado de medidas y que no te lo puedes poner, y por eso has tenido que aparecer con un vestido corriente. No va esto a echar a perder la noche.

–No comprendes. El vestido me tiene sin cuidado. No es eso. Nada de eso. Es lo que ha ocurrido, lo que he hecho. No puedo bajar Beatrice; no puedo.

–Pero, mujer... Frank y Giles comprenden perfectamente lo que ha ocurrido y lo sienten de veras, por ti. Y Maxim, lo mismo. No fue más que la sorpresa... Voy a ver si le cojo un momento y se lo explicaré todo.

–¡No! –dije– ¡No!

Dejó el traje azul en la cama, junto a mí.

–Dentro de poco empezará a venir gente –dijo, muy preocupada e incómoda–. Si no bajas, va a parecer rarísimo. No puedo salir diciendo que te duele la cabeza...

–¿Por qué no? –dije, fatigada– ¿Qué más da? Inventa cualquier cosa. A nadie le importará en absoluto; ni siquiera me conocen.

–¡Vamos, vamos, mujer! Haz un esfuerzo. Ponte este vestido azul. Piensa en Maxim. Tienes que bajar; por él.

–En Maxim estoy pensando todo el tiempo.

–Pues..., entonces..., ¿por qué?

–No –dije, mordiéndome las uñas, balanceándome hacia delante y hacia atrás, según estaba sentada en la cama–. ¡¡No puedo!! ¡¡No puedo!!

Llamaron a la puerta. Era Giles.

–Ya han llegado todos, y me ha mandado Maxim averiguar qué os pasa.

–Dice que no quiere bajar –respondió Beatrice– No sé qué vamos a decir.

–¡Ay va! ¡Qué desagradable, –dijo en voz baja.

Cuando notó que yo le había visto, se volvió de espaldas, todo cortado.

–¿Qué quieres que diga a Maxim? –dijo Giles a Beatrice– Son ya las ocho y cinco.

–Di que está algo mareada y que procurará bajar luego. Di también, que no retrasen la cena. Yo bajo ahora mismo y arreglaré las cosas.

–Está bien.

Y Giles volvió a dirigirme una rápida mirada, cariñosa y extrañada a la vez, como si se preguntase qué hacía yo allí, sentada en la cama. Habló en voz baja, como lo hubiera hecho después de un accidente, cuando se está esperando la llegada del médico.

–¿No puedo hacer nada? –preguntó.

–No –respondió Beatrice–. Anda, baja. Yo voy en seguida.

Obedeció, alejándose con sus holgados ropajes árabes. Dentro de unos años, pensé, me reiré de estos momentos, y diré: «¿Te acuerdas de Giles, vestido de jeque, y de Beatrice, con su velo sobre la cara y toda llena de pulseras que hacían un ruido ridículo?» El tiempo, al pasar, libraría de aristas cortantes el recuerdo y lo tomaría en algo risible. Pero, entonces, nada era cómico ni yo reía. No era lo futuro; era lo presente. Demasiado vivo; hartó real. Estaba sentada en la cama pellizcando el edredón, sacando una plumita que asomaba por el descosido de una esquina.

–¿Quieres un poco de coñac? –dijo Beatrice, haciendo un último esfuerzo–. Ya sé que tales ánimos son de mentirijillas, pero a veces dan buen resultado.

–No –contesté–, no quiero nada. –Tendré que irme. Giles me ha dicho que nos estaban esperando para servir la cena. ¿Estás segura de que estarás bien sola?

–Sí. Y... gracias, Beatrice.

–¡Mujer! No tienes por qué darme las gracias. ¡Ojalá pudiera hacer algo!

Se inclinó bruscamente ante el espejo y se dio polvos.

–¡Qué horror! –dijo– ¡Estoy hecha un demonio! Tengo el dichoso velo torcido. Bueno, ¡qué se le va a hacer!

Salió del cuarto acompañada del siseante susurro de sus ropas, cerrando luego la puerta.

Al negarme a bajar, había perdido el derecho a su cariño. Me había portado como una cobarde. Eso no lo podía entender ella. Pertenece a otra casta de hombres y mujeres que yo, a otra raza. Las mujeres de su raza tenían... coraje. No como yo. Si a Beatrice le hubiese ocurrido lo que a mí, se habría puesto el otro vestido para recibir a los invitados. Hubiera permanecido en pie junto a Giles, dando la mano a la gente, sonriendo. Yo no tenía fuerzas para ello. Me faltaba orgullo, me faltaba coraje. Me faltaba casta, raza, pureza de sangre.

No podía olvidar los relampagueantes ojos de Maxim, su cara, y detrás de él, Giles, Beatrice y Frank, que me miraban como pasmados.

Me levanté y me asomé a la ventana. Los jardineros iban de acá para allá por entre las luces de la rosaleda, probándolas una a una para ver si funcionaban. El cielo, pálido, lucía unas nubes asalmonadas por el sol, que caminaban hacia poniente. Cuando oscureciera, encenderían todas las luces. Había mesas y sillas en la rosaleda para las parejas que quisieran descansar. Llegaba hasta la ventana la fragancia de las rosas. Los hombres hablaban y reían. Oí una voz que decía: «Esta se ha fundido. Tráeme una de las bombillas pequeñas, Bill». Colocó la bombilla. Se

puso a silbar una tonada popular, con tranquilidad, y se me ocurrió que acaso aquella noche la orquesta tocaría aquella misma música desde la galería de los Trovadores, sobre el hall. «Está listo –dijo el hombre, encendiendo y apagando la luz–. Las demás están bien. No hay más fundidas. Vamos a ver las de la terraza.» Se alejaron, doblando la esquina de la casa.

Me hubiera gustado ser aquel hombre. Más tarde, él y su compañero se irían al camino de la casa, con las gorras echadas hacia atrás, y las manos en los bolsillos, para presenciar la llegada de los automóviles. Formarían parte de un buen grupo de gente de la finca, y con ellos bebería sidra en la mesa larga que les había sido destinada en un rincón de la terraza. «Parece que vuelven los tiempos antiguos», diría. Pero su amigo negaría con la cabeza, dando chupadas a la pipa: «Esta nueva no es como nuestra antigua señora. Esta es muy distinta.» Una mujer junto a él, en el mismo grupo, confirmaría esta opinión, y, luego, todos dirían que sí con la cabeza.

–¿Dónde se ha metido esta noche? No ha venido a la terraza ni una vez.

–No sé. No la he visto.

–La señora venía por aquí siempre. Estaba en todas partes.

–¡Vaya que sí!

Una mujer se volvería a los más cercanos, moviendo la cabeza misteriosamente.

–Dicen que esta noche no bajará.

–¡Quita de ahí!

–Es verdad; uno de los criados de la casa me ha dicho que la señora no ha salido de su cuarto en toda la noche.

–¿Qué le ocurre? ¿Está malita?

–No, enfadada, parece. Dicen que no le estaba bien el traje.

Sonaba una carcajada estridente en el grupo y un murmullo.

–Pero ¿has visto nada parecido? ¡Pobre señor!

–Pues yo no lo aguantaba. Y menos a una mocosa como ella.

–Puede que no sea verdad.

–Sí, es verdad. En la casa no hablan de otra cosa.

El uno se lo decía al otro. Este al de al lado. Una sonrisa, un guiño, un encogimiento de hombros. De grupo en grupo, pasaba al otro. Poco a poco llegaba hasta los invitados que estaban en la terraza, a los que se paseaban por la hierba. La pareja que dentro de tres horas estaría sentada en aquellas sillas se diría:

–¿Crees que será verdad lo que he oído?

–¿Qué has oído?

–Pues que no le ocurre nada. Que lo que pasa es que han tenido una bronca espantosa. Y que por eso ella no ha aparecido.

–¡Anda! –se le enarcan las cejas y da un ligero silbido de sorpresa.

–¡Ya, ya! Hay que confesar que es muy extraño; vamos, quiero decir que a nadie le empieza de repente un dolor de cabeza tan fuerte, sin más ni más. Todo el asunto es bastante raro.

–Él me ha parecido de bastante mal talante.

–Y a mí.

–Bueno; ya había oído que la boda no ha resultado demasiado bien.

–¡Ah!, ¿sí?

–¡Pchs! Lo he oído decir por ahí. Dicen que ahora empieza él a darse cuenta del error que ha cometido. Te advierto que ella no es ninguna preciosidad.

– ¡Ya, ya! Me han dicho que no vale nada. ¿De dónde ha salido?

–No se sabe. Creo que la encontró en el sur de Francia. Era niñera o algo así.

–¡Qué atrocidad!

–¡Ya, ya! Si te acuerdas de Rebeca...

Continué mirando las sillas vacías. El cielo asalmonado se había puesto gris. Encima de mi cabeza brillaba el lucero vespertino. Allá, en la espesura, cuchicheaban las ramas, se acurrucaban los pajarillos al acercarse la noche. Una gaviota solitaria cruzó los cielos. Me aparté de la ventana y fui de nuevo hacia la cama. Cogí del suelo el vestido blanco y lo puse en la caja, entre sus papeles de seda. También metí en ella la peluca. Busqué entonces en los armarios una planchita que solía emplear en Montecarlo para los vestidos de la señora Van Hopper. La encontré al fondo de un cajón, entre unos jerseys que hacía tiempo no me ponía. La plancha era de esas que sirven para cualquier corriente, y la enchufé. Comencé a planchar el vestido azul que Beatrice había sacado del armario... Y me puse a hacerlo despacio, metódicamente, igual que acostumbraba hacerlo en Montecarlo con los vestidos de la obesa señora Van Hopper.

Cuando hube terminado extendí el vestido sobre la cama. Me quité entonces de la cara la pintura que me había puesto antes para acompañar al disfraz. Me peiné, y me lavé las manos. Me coloqué el traje azul y me calcé con los zapatos que hacían juego con él. Podía ser la de antes, podía haberme estado preparando para bajar al hall del hotel con la señora Van Hopper. Abrí la puerta del cuarto y eché a andar por el pasillo. Reinaba un silencio absoluto. No parecía que se estuviera celebrando una fiesta. Fui de puntillas hasta doblar la esquina del pasillo. La puerta que conducía al ala de poniente estaba cerrada. No se oía nada. Cuando llegué al medio punto, junto a la galería y la escalera, oí un rumor de conversaciones que salía del comedor. Todavía estaban cenando. El vasto hall aparecía desierto y tampoco había nadie en la galería. Estarían cenando los de la orquesta. No sabía lo que se había hecho de ellos, Frank lo había previsto todo. Frank... o la señora Danvers.

Desde donde me encontraba veía el retrato de Caroline de Winter, que me miraba en la galería. Veía los rizos que rodeaban su cara y la sonrisa de sus labios. Se me vinieron a la memoria las palabras de la mujer del obispo, que me dijo el día que fui a visitarla: «Nunca me olvidaré de ella, toda vestida de blanco y con aquel pelo negro». Debí recordarlo antes; debí adivinar algo. ¡Qué raros estaban los instrumentos en la galería, los atriles para la música y el enorme bombo! Uno de los músicos se había dejado el pañuelo sobre la silla. Me asomé a la balaustrada, miraba al hall. Dentro de poco estaría lleno de gente, como había dicho la mujer del obispo, y Maxim, al pie de la escalera, iría saludando a todos, según fueran entrando en el hall. Las voces despertarían los ecos del techo, la orquesta tocaría en la galería donde yo estaba y el violinista sonreiría mientras llevaba el compás de la música moviendo el cuerpo.

Cesaría el silencio que ahora reinaba. De súbito, crujió una madera a mi espalda. Me volví, mirando, pero no había nadie. La galería estaba tan vacía como antes. Sin embargo, sentí en la cara un soplo de aire. Alguien había dejado abierta una de las ventanas del pasillo. Continuaba el susurro de las voces en el comedor. ¿Por qué crujiaría aquel madero, si yo no me había movido? Tal vez la noche templada... una viga vieja... Continuaba notando en la cara la corriente de aire; un papel de música cayó aleteando al suelo, desde el atril. Miré hacia el medio punto del rellano superior de la escalera. La corriente parecía venir de allí. Volví, y cuando llegué al final del corredor vi que la puerta que daba al ala de poniente se había abierto con la corriente, hasta dar con la pared. El corredor que iba a las habitaciones de aquella ala estaba oscuro. Notaba, sin duda, en la cara el viento que entraba por una ventana abierta. Busqué a tientas la llave de la luz, pero no la encontré. Veía,

sin embargo, al fondo del corredor una ventana abierta, cuya cortina se movía dulcemente, ondulante. La luz incierta del atardecer arrojaba sombras extrañas sobre el suelo. Entraba por la ventana el rumor del mar, el suave susurro silbante de la resaca sobre los guijos de la playa.

No fui a cerrar la ventana. Permanecí allí unos momentos, tiritando bajo mi tenue vestido, escuchando el mar que suspiraba al alejarse de la playa. Luego, rápidamente, cerré la puerta del ala de poniente y volví a la escalera pasando por debajo del arco.

El ruido de las voces era más fuerte que antes. La puerta del comedor estaba abierta. Estaban saliendo de cenar. Vi a Robert junto a la puerta y oí el ruido de sillas que se mueven, el confuso barullo de las conversaciones. Y unas risas.

Comencé a bajar lentamente la escalera, saliéndoles al encuentro.

Cuando quiero hacer memoria de mi primera fiesta en Manderley, la primera y la última, sólo recuerdo cosas aisladas y sin importancia, que resaltan del confuso y vasto cuadro de aquella noche. Un cuadro de fondo vago, un mar de caras desdibujadas, ninguna de las cuales me era conocida, el lento zumbido de la orquesta, que matraqueaba un vals interminable. Las mismas parejas pasaban continuamente, en rotación, con las mismas sonrisas cuajadas. A mí, inmóvil junto a Maxim, al pie de la escalera, para dar la bienvenida a los rezagados, las parejas de bailarines me parecían marionetas que girasen y se retorciesen pendientes de hilos sostenidos por una mano invisible.

Recuerdo a una señora, cuyo nombre nunca supe y a quien jamás volví a ver. Llevaba un vestido de color salmón, con aros que formaban una especie de miriñaque, vago recuerdo de algún siglo pasado, que no pude saber si era el XVII, el XVIII o el XIX, Cada vez que pasaba coincidía con un meloso acorde de la música, que la hacía encogerse inesperadamente para luego ponerse de puntillas, y cada vez que lo hacía me dedicaba una sonrisa. Esto ocurrió una y otra vez, hasta resultar monótono. Igual que en esos paseos que se dan a bordo de un barco, cuando nos encontramos siempre con la misma gente que hace ejercicio como nosotros, y al verlos sentimos la seguridad más absoluta de que luego nos volveremos a cruzar con ellos al llegar al puente. Parece que la estoy viendo, con los dientes protuberantes, un alegre rosetón de rouge sobre los pómulos, muy pronunciados, y sonriendo vacua y felizmente, aprovechando hasta el máximo la diversión de la noche. Más tarde la vi junto a la mesa del ambigú, buscando comida con ojos sagaces, colmando un plato de salmón, langosta y mahonesa, para retirarse luego a un rincón.

También me acuerdo de lady Crowan. Estaba imponente vestida de púrpura, disfrazada de Dios sabe qué personaje romántico de la Historia, puede que María Antonieta, y puede que Nell Gwyne,¹³ cualquiera lo sabe, o acaso una combinación exótica de las dos, sin dejar de exclamar con chillidos más agudos que de costumbre, debido al champaña que había bebido: «Esto, esto me lo tienen ustedes que agradecer a mí, no a los De Winter.»

Recuerdo que a Robert se le cayó una bandeja de helados, y la expresión de la cara de Frith al darse cuenta de que el culpable había sido Robert y no uno de los criados tomado para aquella noche. Me hubiera gustado llegarme a Robert, colocarme detrás de él y decirle: «Ya sé, ya sé lo que sientes, ipobre!; yo he hecho esta noche algo peor.» Aún noto tirantez en la piel al recordar mi sonrisa forzada, invariable, que tan mal papel debía de hacer al lado de mis ojos entristecidos. Veo a Beatrice, a la buena, a la terrible Beatrice, desconocedora del significado de la palabra tacto, observándome al pasar en brazos de su pareja, dándome ánimos con

¹³ Eleanor Gskyne (1651-1687), actriz famosa por sus amores con Carlos II de Inglaterra, de los que arranca la casa ducal St. Albans. (N. del T.)

ligeros movimientos de cabeza acompañada del tintineo de sus pulseras, mientras el velo se le escurría continua e inevitablemente de la frente, sudorosa. Y me imagino a mí misma, arrastrada alrededor del hall, una y otra vez, en un baile terrible con Giles, quien con bondad perruna y buen corazón no aceptaba mis negativas, sirio que se mostraba empeñado en conducirme por entre la ruidosa muchedumbre, igual que acostumbra a guiar uno de sus caballos, en los puntos de reunión de jinetes, durante una cacería de zorros. Le oigo decirme: «Es bonito ese traje que llevas. Todos los demás, a tu lado, están absolutamente grotescos», y yo le agradecía aquel simpático rasgo de cariño, tan sincero, pues el pobre Giles se creía que yo lamentaba no haberme puesto mí precioso vestido blanco, que yo estaba preocupada por mi aspecto, que todo aquello me importaba.

Frank me trajo un plato de pollo con jamón, que no pude comer, y luego una copa de champaña, que no pude beber.

–Ande, beba un poco –dijo en voz baja, tranquila–; le sentará bien.

Y yo, por darle gusto, tomé tres sorbitos. Aquel parche que le tapaba un ojo le daba un aspecto inusitado, le hacía más pálido, más viejo, distinto. Diría yo que en su cara habían aparecido unas líneas que antes no había notado nunca. Se movía entre los invitados como un segundo anfitrión, vigilando que todos estuvieran a gusto, que tuvieran de beber y de comer, y cigarrillos. Bailó. Bailó de manera solemne, concienzuda, haciendo andar a sus parejas alrededor del hall. Llevaba su traje de pirata sin soltura, y aquellas patillas, que le salían del pañuelo rojo anudado a la cabeza, tenían algo trágico. Me lo imaginaba rizándoselas con la mano ante el espejo de su desnuda alcoba de soltero. ¡Pobre Frank! ¡Qué bueno era! Nunca le pregunté, nunca supe lo mucho que había sufrido durante el último baile de trajes que se celebró en Manderley.

Continuaba tocando la orquesta, y pasando las parejas como marionetas, inclinándose primero hacia un lado luego hacia el otro, a través del amplio hall, para volver luego. No era yo quien las miraba, no era ni siquiera una persona con sentidos, de carne y hueso, sino un espantapájaros que me había suplantado, un monigote de guardarropía con una sonrisa atornillada en la cara. Y la figura que estaba a mi lado era también de madera. Su cara era una máscara, y aquella sonrisa no era la suya. Ni los ojos eran los del hombre a quien yo adoraba, del hombre que yo conocía. Me atravesaban sus miradas, que iban a parar más lejos, frías, sin expresión, deteniéndose en un lugar penoso y torturador, en donde no me era dado penetrar, muriendo en un infierno suyo, particular, que yo no podía compartir.

No me habló ni una vez. Ni me tocó. Estábamos de pie, el uno al lado del otro, el señor y la señora de la casa, pero no estábamos juntos. Observé sus amabilidades con los invitados. A éste le lanzaba una palabra, al otro una broma, una sonrisa a un tercero, un gesto por encima del hombro a un cuarto, y nadie sino yo podía saber que todo lo que decía, que todos sus movimientos, eran automáticos y hechos por una máquina. Eramos como dos actores que están en el mismo escenario, pero separados, representando sus papeles independientemente. Teníamos que soportarlo todo aislados, teníamos que acabar con aquella comedia, aquella comedia falsa, miserable, para divertir a toda aquella gente que ni yo conocía ni quería volver a ver.

–Me han dicho que el traje de tu mujer no ha llegado a tiempo –le dijo alguien de cara picada de viruelas y con una ridícula coleta de marinero¹⁴, y rió, dándole un golpecito juguetón en las costillas–. ¡No hay derecho! Yo les pedía daños y perjuicios. Lo mismo le ocurrió a una prima de mi mujer una vez.

–Sí; ha sido una mala suerte –dijo Maxim.

¹⁴ Antiguamente, los marineros ingleses usaban coleta, (N. del T.)

–¿Sabes lo que te digo? –dijo el marinero, volviéndose hacia mí–; debías decir que has venido disfrazada de nomeolvides. ¿Verdad, De Wínter? Dile a tu mujer que diga que es un nomeolvides. –Y se marchó bailando, riendo a carcajadas con su pareja entre los brazos–. ¡Una idea estupenda!, ¿eh?, ¡un nomeolvides!

Surgió de nuevo Frank a mi espalda, con otro vaso en la mano. Esta vez era limonada,

–No, gracias, Frank. No tengo sed.

–¿Por qué no baila? o venga a sentarse un momento. Allí, en aquel rincón de la terraza.

–No, me encuentro mejor de pie. No tengo ganas de sentarme.

–¿No quiere que le traiga algo? ¿Un emparedado? ¿Un melocotón?

–No, no quiero nada.

Allí estaba otra vez la señora asalmonada. Pero se olvidó de sonreír. Estaba muy colorada, después de la cena fría. Tenía los ojos clavados en la cara de su pareja. Él era muy alto, muy flaco, y tenía la barbilla como un violín.

El vals del *Destino*, el *Danubio Azul*, *La Viuda Alegre*: uno, dos, tres; uno, dos, tres..., vuelta; uno, dos, tres; uno, dos, tres..., vuelta. La señora de salmón.... una señora de verde... Beatrice otra vez, con el velo levantado y echado por encima de la cabeza... Giles, chorreando sudor... ; el marinero, esta vez con otra pareja. Iba vestida de alguien del tiempo de los Tudor, de cualquiera del tiempo de los Tudor; llevaba gorguera y un traje de terciopelo negro.

–¿Cuándo va usted a venir a vernos? –me preguntó, como si nos conociésemos hacía mucho tiempo, y yo contesté:

–Pues... muy pronto, desde luego. El otro día estábamos hablando de ello.

Me extrañó que me resultara tan fácil decir aquella mentira improvisada, que no me costara ningún esfuerzo.

–La fiesta es deliciosa. La felicito.

–Muchas gracias –respondí–. Está animada, ¿verdad?

–Me han dicho que le mandaron un traje equivocado.

–Sí, ¡una lata!, ¿verdad?

–Esas tiendas son todas iguales. No se puede una fiar de ellas. Pero con ese traje azul pálido está usted mucho más fresca. Mucho más cómoda que con este terciopelo, que da mucho calor... No se le olvide. Tienen ustedes que venir un día a cenar a palacio.

–Iremos, encantados.

¿Qué quería decir? ¿Adónde? ¿A palacio? Pero ¿es que habíamos convidado a alguien de la familia real? Se alejó, arrastrada por el *Danubio Azul*, abrazada al marinero, con su traje de terciopelo, barriendo el suelo tan enérgicamente como cualquier aparato de limpieza. Pasó mucho tiempo, y una noche, a medianoche, desvelada, caí en la cuenta de que aquella dama del tiempo de los Tudor era la mujer del obispo, la aficionada a pasear por los Peninos. ¿Qué hora es? No lo sabía. La velada se alargaba, hora tras hora; las mismas caras, las mismas piezas. De vez en cuando, los jugadores de *bridge* salían de la biblioteca, como eremitas para mirar a los que bailaban, y volvían a marcharse. Beatrice, en una estela de ropas amplias, me dijo al oído:

–¿Por qué no te sientas? Tienes cara de muerta.

–Me encuentro bien.

Giles, con la pintura de la cara corrida, y medio sofocado por el jaique, se acercó y me dijo:

–Ven, vamos a la terraza a ver los fuegos artificiales.

Me acuerdo de haber estado de pie en la terraza, mirando al cielo, mientras los necios cohetes subían y caían. Vi a Clarice en un rincón, con algún muchacho de la finca. Sonreía feliz, chillando encantada cuando algún buscapiés estallaba junto a ella. Había olvidado sus lágrimas.

–¡Ahí va! –gritó Giles, con su carota vuelta al cielo, la boca entreabierta– ¡Verás qué ruido hace éste! ¡Ahora! ¡Bravo! Son unos fuegos magníficos.

Sonó el pausado silbido de un cohete, que se apresuraba hacia el cielo, luego el estampido de la explosión, y cayó una cascada de estrellas, como esmeraldas. Un murmullo de aprobación, gritos de júbilo, aplausos.

La señora asalmonada, que se había colocado en primera fila, con la cara tensa de emoción expectante, dedicaba un comentario a cada una de las estrellitas que caía: «¡Qué bonita...! ¡Mira, mira ésa ahora...! ¡Ay, qué preciosa...! ¡Anda! ¡Ese no ha estallado...! ¡Cuidado, que ése viene a caer aquí...! ¿Qué hacen aquellos hombres?» Hasta los eremitas salieron a la terraza para confundirse con los bailarines. La pradera estaba negra de gente. Tras las explosiones, las estrellas iluminaban las caras que miraban hacía arriba.

Una y otra vez partieron veloces los cohetes, como flechas que quisieran clavarse en el aire, y los cielos se teñían de púrpura y de oro. Manderley sobresalía como una casa encantada, llameantes todas sus ventanas, y los muros grises coloreados por las estrellas en descenso. Una casa embrujada, esculpida en los bosques oscuros. Cuando estalló el postrer cohete, la noche, que hasta entonces había sido luminosa, pareció, por contraste, volverse apagada y sombría, y el manto del cielo se cambió en paño funerario. Los grupos se disolvieron en la pradera. Las ventanas que daban a la terraza condensaron espesamente a los invitados, que volvían al salón.

Llegó el brusco desenlace de la farsa. Permanecimos allí en pie, con caras sin expresión. Alguien me dio una copa de champaña. Oí el ruido de los motores de los coches que se acercaban a la puerta.

« ¡Ya se van! –pensé– ¡Gracias a Dios! ¡Ya, al fin, se marchan! »

La señora asalmonada tomaba un último piscolabis. ¡Buen trabajo iba a ser limpiar el hall! Vi que Frank hacía una seña a los músicos. Yo estaba junto a la puerta del salón y el hall, al lado de un desconocido.

–Ha sido una fiesta magnífica.

–Si –respondí.

–Lo he pasado estupendamente todo el tiempo.

–Me alegro mucho.

–Molly se puso hecha una fiera porque no podía venir.

–¿Sí?

Comenzó la orquesta a tocar «*Auld Lang Syne*»¹⁵. El desconocido que se encontraba a mí lado me cogió una mano y comenzó a moverme el brazo para atrás y para delante.

–¡Vengan! ¡Vengan ustedes! –gritó.

Otra persona me cogió de la mano libre, y se nos agregó más gente. Formábamos un enorme corro, y todos cantábamos a pulmón lleno. El desconocido, que tan bien lo había pasado y que me había enterado de lo furiosa que se puso

¹⁵ «Tiempos de Antaño», primeras palabras del refrán de unos versos, así titulados, del genial poeta escocés Robert Burns (1759–1796), que los ingleses y escoceses cantan en corro, cogidos de la mano, al final de las fiestas, sobre todo si son de despedida. Se suele cantar solamente la primera estrofa que empieza: «¿Han de olvidarse los amigos de antaño?» (N. del T.)

Molly por no poder asistir, iba vestido de mandarín chino, y al mover los brazos se le engancharon las uñas postizas en la manga. Reía de bonísima gana. Todos reíamos. Y cantábamos: «¿Han de olvidarse los amigos de antaño?»

La hilarante alegría cesó bruscamente con los últimos compases, al resonar el inevitable redoble de tambor que preludia la «*Marcha Real*». Abandonaron las sonrisas nuestras caras, como si hubieran sido borradas con una esponja. El mandarín se cuadró, los brazos pegados al cuerpo. Se me ocurrió que acaso fuera militar. ¡Qué raro estaba con aquella cara tan seria y los luengos y caídos bigotes de mandarín! En aquel momento vi a la señora asalmonada. La «*Marcha Real*» la había cogido desprevenida y aún tenía en la mano un plato colmado de gelatina de pollo, tendido ante sí rígidamente, como si pidiera una limosna. Todo indicio de alegría había desaparecido de su cara. Cuando sonó la última nota de la «*Marcha Real*», volvió a atacar al pollo, con extraña vesania, la cara ya normal, mientras por encima del hombro hablaba con su pareja. Alguien me estrechó la mano.

–No olvide que el catorce del mes que viene comen con nosotros.

–¿Sí? –le miré sorprendida.

–Sí. Su cuñada ha prometido venir también.

–¡Ah! ¡Magnífico!

–A las ocho y media, con corbata negra.¹⁶ Ya estoy deseando que llegue el día.

–Y yo, y yo. Comenzaron a formarse colas de gente para despedirse. Maxim estaba al otro extremo del hall. Me volví a «poner» mi sonrisa, que se me había desgastado durante «*Los tiempos de Antaño*».

–Hace mucho que no pasaba una noche tan buena.

–¡Encantada!

–Muchas gracias por el baile.

–¡Encantada!

–¡Bueno, pues aquí nos tienes! ¡Nos hemos quedado hasta el último momento!

–¡Encantada!

¿Es que no existía otra palabra en el idioma? Inclínaba la cabeza y sonreía como un monigote, mientras por encima de todas las cabezas mis ojos buscaban a Maxim. Estaba acorralado por un grupo de invitados, junto a la biblioteca. También Beatrice estaba rodeada de gente, y Giles se había llevado unos cuantos rezagados hacia la mesa donde estaban las bebidas en el salón. Frank salió al jardín para ayudar a la gente a encontrar sus automóviles. A mí me acosaban sin cesar los desconocidos.

–Adiós, y muchísimas gracias...

–¡Encantada!

Comenzó a vaciarse el vasto hall. Ya comenzaba a tomar el aire triste y desolado de una noche que fue, de un día que alboreaba cansado. Una luz grisácea iluminaba la terraza. Vi cómo surgían de la oscuridad, poco a poco, los desnudos armazones de los quemados castillos artificiales.

–Adiós. Ha estado magnífico.

–¡Encantada!

Maxim salió a ayudar a Frank en el jardín. Beatrice vino hacia mí quitándose sus ruidosos brazaletes.

–¡Ya no aguanto estos chismes ni un minuto más! –me dijo–. ¡Qué barbaridad! ¡Estoy molida! Creo que no he dejado de bailar ni una pieza. Bueno, ha sido un éxito

¹⁶ Es decir de «smoking» y no de frac, que exigiría «corbata blanca». «Corbata negra» quiere decir, por lo tanto, «en confianza». (N. del T.)

tremendo.

–¿De veras? –dije yo.

–Oye.... ¿no será mejor que te vayas a la cama? Pareces muy cansada. Has estado de pie casi toda la noche. ¿Dónde están esos?

–En el jardín.

–Yo voy a tomar un poco de café y unos huevos con jamón. ¿Y tú?

–No..., me parece que no.

–Estabas encantadora con tu traje azul. Lo han dicho todos. Y nadie ha sospechado... lo otro; de manera que no te preocupes.

–No.

–Si yo fuera tú, mañana me quedaría en la cama hasta tarde. No te levantes. Di que te sirvan el desayuno en la cama.

–Sí, puede que sí.

–Mira, yo le diré a Maxim que te has ido a acostar.

–Te lo agradecería...

–Bueno, anda, que duermas bien.

Me rozó la cara con un beso, mientras me daba unas palmaditas en la espalda, y luego se marchó decididamente en busca de Giles, que continuaba en el bar. Subí lentamente la escalera, peldaño a peldaño. Los músicos habían apagado las luces de la galería y estaban también abajo, comiendo huevos. Se veían papeles de música desparramados por el suelo. Una silla estaba caída. En un cenicero se amontonaban las colillas de los cigarrillos, sucios restos de la fiesta. Fui por el pasillo hasta mi cuarto. Ya era más firme la luz del día, y los pájaros habían comenzado sus trinos. No tuve que encender la luz para desnudarme. Por la abierta ventana entraba una brisa fresca. Hacía frío. Mucha debió de ser la gente que estuvo en la rosaleda durante la noche, pues todas las sillas estaban fuera de su sitio. Sobre una de las mesas vi una bandeja con vasos vacíos. Alguien había olvidado un bolso en una silla. Corrí las cortinas para conseguir oscuridad, pero la grisácea luz del alba entraba por los espacios abiertos que quedaban a ambos lados.

Me metí en la cama, con las piernas dormidas de cansancio. Sentía en la espalda un dolorcillo tonto. Ya tendida, cerré los ojos, agradeciendo la suave y fresca caricia de las sábanas limpias. Hubiera querido que mi alma pudiera reposar con mi cuerpo. Que dejara de oír el confuso ruido de la música, de navegar por el turbulento mar de caras. Me apreté los ojos con las manos, pero seguí viéndolas.

¿Tardaría mucho Maxim? La cama junto a la mía tenía un aspecto abandonado y frío. Pronto desaparecerían las sombras de las paredes, y suelo y techo quedarían blancos de mañana. Cantarían los pajarillos más alto, más valientes, menos tímidos. El sol trazaría sus dibujos amarillos sobre la cortina.

El relojito de mi mesilla de noche contaba los minutos, uno a uno, con su tictac. Caminaba lentamente la manecilla alrededor de la esfera. Acostada de lado, lo miraba sin cesar. Subió y luego comenzó a bajar, emprendiendo una nueva vuelta.

Pero Maxim no se presentó.

Capítulo XVIII

Debí de quedarme dormida ya dadas las siete. Era completamente de día y las cortinas habían abandonado sus esfuerzos para detener el sol. La luz entraba a raudales por la ventana abierta, trazando arabescos en las paredes. Oí cómo abajo,

en la rosaleta, unos hombres recogían mesas y sillas y descolgaban las cadenetas de luces. La cama de Maxim continuaba desnuda y vacía. Estaba cruzada yo en la cama con los brazos sobre los ojos, en la postura menos a propósito para conciliar el sueño; pero, poquito a poco, fui deslizándome hacia el lindero de la inconsciencia, hasta, al fin, cruzarlo. Cuando desperté eran más de las once, y Clarice debía de haber entrado, sin que yo la oyera, para traerme el té, pues vi junto a mí una bandeja con una tetera helada; mis ropas estaban recogidas y el traje azul guardado en el armario.

Bebí aquel té frío, aún amodorrada y atontada tras el pesado sueño, para luego quedarme mirando a la desnuda pared que tenía enfrente. La vacía cama de Maxim me volvió a mis sentidos, mientras mi corazón se agitaba descompasado, y toda la indecible angustia de la noche antes volvió a apoderarse de mí. No se había acostado. Allí estaban intactos el pijama y el embozo abierto. ¿Qué habría pensado Clarice cuando entró en el cuarto con el té? ¿Lo habría notado?, ¿Se lo habría dicho a los otros criados y lo habrían discutido todos, mientras tomaban el desayuno? No sabía por qué me preocupaban esas cosas, ni por qué la idea de la conversación de los criados me resultaba tan dolorosa. ¿Sería porque yo era así, mezquina, convencional, miedosa de las murmuraciones?

Por eso había bajado la noche antes con mi traje azul, en lugar de quedarme escondida en mi cuarto. El bajar no fue ni acto de valentía ni elogiabile; fue, sencillamente, un necio tributo pagado a los convencionalismos. No bajé por Maxim, ni por Beatrice, ni por Manderley. Bajé... porque no quería que los invitados supusieran que me había peleado con Maxim. No quería que volvieran a sus casas diciendo: «Supongo que también tú has oído que no se llevan nada bien; se dice que él no es feliz.» Había yo bajado por mí, nada más, por mi propio orgullo.

Sorbía el té frío y pensaba que aceptaría vivir yo en un rincón de Manderley y Maxim en el otro, con tal que la gente no se enterara. Aunque su ternura para conmigo se hubiera agotado, aunque jamás volviera a besarme, ni nunca más me dirigiera la palabra, excepto para lo más imprescindible todo me creía capaz de aguantarlo si tuviera al mismo tiempo la seguridad de que nadie sino nosotros lo sabía. Si supiésemos sobornar a los criados para que callasen, hacer nuestro papel delante de la familia, delante de Beatrice, aunque cuando quedásemos solos nos separásemos y lleváramos dos vidas completamente aparte...

Me parecía, sentada en la cama, mirando a la pared, que lo más humillante, lo más vergonzoso que pueda haber, es un matrimonio que fracasa. Que fracasa a los tres meses como el mío. Porque ya no me hacía ninguna ilusión acerca del porvenir, ni me esforzaba en fingir. La noche anterior había sido demasiado elocuente. Mi matrimonio había sido un fracaso. Todo lo que la gente dijera, si llegaban a averiguar lo ocurrido, sería verdad. No nos llevábamos bien, No congeniábamos. No éramos a propósito el uno para el otro. Yo era demasiado joven para Maxim, tenía demasiada poca experiencia de la vida, y lo que era peor, no era de su clase. Aunque yo lo quería de una manera enfermiza, doliente, desesperada, como un niño o como, un perro, era igual. No era el amor que él necesitaba. Lo que él quería era algo que yo no podía ofrecerle, algo de que ya había gozado antes. Me acordaba de la presunción juvenil y casi histérica con que me había lanzado al matrimonio, imaginando que yo podría hacer feliz a Maxim, que había conocido antes una felicidad muy superior.

Hasta la señora Van Hopper, con su mezquino pensar y su ordinariez, comprendía que yo iba a cometer una equivocación. «Me temo que te arrepentirás – me dijo–. Creo que vas a cometer un error.» No le quise hacer caso, y me pareció dura y cruel. Pero ella tenía razón. Siempre tenía razón. Hasta en 'liquella postrera puñalada que me dio al decirme adiós: «No supondrás que se ha enamorado de ti.

Lo que le ocurre es que se encuentra solo. No puede aguantar aquella casona vacía.» Nunca dijo una verdad más grande. Maxim no me quería, ni me había querido nunca. Nuestra luna de miel en Italia y el haber vivido juntos luego, nada habían significado para él. Lo que yo creí amor, amor por mí misma, no tenía otro significado sino que él era un hombre y yo una mujer joven, y que él se encontraba solo. No me pertenecía, pues pertenecía a Rebeca. Aún pensaba en Rebeca. Y nunca me querría, por Rebeca. Aún estaba ésta en la casa, como había dicho la señora Danvers: en el cuarto de poniente, en el gabinete, en la galería, en el hall. Hasta su impermeable estaba todavía colgado en el cuarto de las flores. Y también estaba en el jardín, y en el bosque, y allá abajo en la casita de piedra junto a la playa. Sonaban sus pasos en los corredores y sus perfumes flotaban en las escaleras. Los criados continuaban obedeciendo sus órdenes, y nos daban de comer las cosas que a ella le gustaban. Sus flores preferidas llenaban las habitaciones. Allá, en los armarios de su tocador, sus zapatos bajo la silla y su camisón en la cama. Rebeca continuaba siendo la señora de Manderley. Rebeca era aún la señora De Winter. Yo nada tenía que hacer allí.

Había llegado entrando a ciegas, como una intrusa en un terreno vedado. «¿Dónde está Rebeca? –había preguntado la abuela de Maxim–. Quiero que venga Rebeca. ¿Qué habéis hecho con Rebeca?» A mí ni me conocía ni me quería. ¿Por qué iba a quererme? Yo era una desconocida. Yo no pertenecía a Maxim ni a Manderley. Y Beatrice, icómo me miró de arriba abajo el día que me conoció, francamente, sin disimulos! «Eres diferente de Rebeca.» Frank, reservado, azorado, cuando le hablé de ella le molestaron mis preguntas, tanto como a mí; pero cuando contestó la última que le hice al acercarnos a casa, me dijo con voz grave y pausada: «Sí, era la criatura más bonita que he visto en toda mi vida. »

Rebeca, siempre Rebeca. Fuera donde fuera, en Manderley, sentárame donde quisiera, incluso en mis pensamientos y sueños, allí me encontraba con Rebeca. Ya la conocía: sus piernas largas y esbeltas, sus pies pequeños y estrechos. Era algo más ancha de hombros que yo y hábil de dedos. Sus manos igual manejaban la rueda de un timón que sujetaban un caballo. Eran manos que sabían arreglar flores y construir modelos de barcas y escribir: «A Max, de Rebeca» en la hoja blanca de un libro, Ya sabía también cómo era su cara: pequeña, ovalada, de tez blanca y sin mácula, con un magnífico pelo negro. Conocía su perfume y adivinaba su risa. Si la hubiese oído entre mil hubiera reconocido su voz. Rebeca, siempre Rebeca. jamás me libraría de Rebeca.

Acaso yo la persiguiera a ella como ella a mí. ¿Me miraba desde lo alto de la galería como había hecho la señora Danvers, y se sentaba junto a mí cuando me ponía a escribir mis cartas en su escritorio? Aquel impermeable que me puse, el pañuelo que usé..., eran suyos. Tal vez me viera cogelos. *Jasper* fue su perro y ahora corría detrás de mí. Las rosas eran suyas y yo las cortaba. ¿Me odiaba y me temía, como yo a ella? ¿No hubiera querido ver a Maxim solo en la casa? Hubiera yo podido luchar con los vivos, mas no contra los muertos. De haber habido una mujer en Londres a quien Maxim escribiera y visitara, con quien cenase y riese, contra ella hubiera podido luchar. Nos hubiéramos encontrado en una liza común. No le habría yo tenido miedo entonces. La ira, los celos, se podían dominar. Llegaría un día en que esa mujer envejecería, o cambiaría, o se hastiaría, y Maxim dejaría de amarla. Pero Rebeca no envejecería. Siempre sería la misma. Ella y yo no podíamos luchar. Era demasiado fuerte para mí.

Salté de la cama y descorrí las cortinas. Entró a raudales el sol en la habitación. Ya habían limpiado los hombres el desorden de la rosaleta. ¿Estaría la gente hablando del baile, como suelen hacerlo después de una fiesta?

–¿Lo encontraste tan animado como otras veces?

- ¡Pchs! Creo que sí.
- La orquesta tocaba demasiado despacio, me parece a mí.
- La cena estuvo formidable.
- Los fuegos artificiales no estuvieron mal.
- Be Lacy se está poniendo vieja.
- ¡Es que con el traje aquel...!
- Él parecía enfermo.
- Siempre lo parece.
- ¿Qué te pareció la novia?
- Regular. Bastante aburrida.
- ¿Qué tal se llevarán?
- ¡Cualquiera lo sabe!

Me di cuenta entonces, por primera vez, de que habían echado una nota por debajo de la puerta. La cogí. Reconocí la cuadrada letra de Beatrice. La había escrito después del desayuno:

«He estado llamando a tu cuarto, pero como no has contestado, supongo que, siguiendo mi consejo, estás descansando después de lo de anoche. Giles tiene prisa porque nos marchemos, para llegar a casa temprano, pues le han telefoneado que le necesitan para sustituir a alguien en el equipo de cricket, en un partido que empieza a las dos. Cómo se las va a arreglar para ver la pelota con todo el champaña que trasegó anoche, Dios lo sabe. Yo tengo las piernas algo flojas, pero he dormido como un tronco. Frith me ha dicho que Maxim bajó a tomar el desayuno temprano y que luego salió. Aún no ha vuelto. Dale un abrazo de parte nuestra. Y mil gracias a los dos por la fiesta. La hemos gozado, No pienses más en el traje.» (Esto estaba subrayado varias veces.) «Con todo cariño, Be.» Y luego una posdata: «Tenéis que venir a vernos.»

En la parte superior del papel había escrito: «Son las nueve y media», y en aquel momento eran las once y media. Hacía dos horas que se habían ido. Habrían llegado ya a su casa, y Beatrice, deshecha la maleta, estaría en el jardín recomenzando su vida corriente, mientras Giles se preparaba para el partido de cricket renovando las cuerdas del mango de su pala.

Por la tarde, Beatrice se pondría un traje fresco y un sombrero para resguardarse del sol e iría a ver jugar a Giles. Luego tomarían el té en una tienda de campaña; Giles, sudando y muy sofocado; Beatrice, riendo y hablando con sus amigos.

-Sí, fuimos al baile de Manderley. Lo pasamos divinamente. No comprendo cómo se las ha arreglado Giles para correr un metro siquiera.

Esto lo diría sonriendo, dando palmaditas a Giles en la espalda. Los dos tenían ya cierta edad y nada de romanticismo. Llevaban casados veinte años y tenían un hijo que estaba en la Universidad de Oxford. Eran muy felices. Su boda fue un éxito. No había fracasado, como la mía, a los tres meses.

No podía estarme todo el día sentada en mi cuarto. Las criadas querían arreglarlo. Puede que Clarice no se hubiera fijado, después de todo, en la cama de Maxim. La deshice, desordenándola toda, para hacer creer que había dormido en ella. Si Clarice no había dicho nada, no quería que las doncellas del cuerpo de casa se enterasen.

Me bañé y vestí, bajando luego. Ya habían quitado el entarimado del hall y se habían llevado las flores. Los atriles de los músicos habían desaparecido de la galería. Los músicos debieron de marchar en uno de los primeros trenes. Los

jardineros estaban ocupados en limpiar las praderas y el camino. Pronto no quedaría ninguna señal del baile de trajes de Manderley. ¡Qué largos habían parecido los preparativos y qué pronto y rápidamente se estaba haciendo desaparecer su rastro...!

Me acordé de la señora de color de salmón, tal como estaba junto a la puerta del salón, con su plato colmado de pollo, y me pareció que el recuerdo debía de ser o una imaginación mía o se refería a algo que había ocurrido hacía ya mucho tiempo. Robert estaba sacando brillo a la mesa del comedor. Una vez más, normal, estólido, calmoso, no como durante las últimas semanas: aturullado y nervioso.

–Buenos días, Robert –le dije.

–Buenos días, señora.

–¿Ha visto usted al señor por alguna parte?

–Salió en seguida de desayunarse, señora, antes de que bajaran la señorita Beatrice y el señor comandante. Creo que no ha vuelto a casa desde entonces.

–¿No sabe usted adónde fue?

–No, no le puedo decir a la señora.

Volví al hall. Y luego, pasando por el salón, fui al gabinete. Me salió *Jasper* al encuentro y comenzó a lamerme las manos con extraordinaria alegría, como si hiciera mucho que no me veía. Había pasado la noche subido en la cama de Clarice, y a mí no me veía desde la tarde anterior. Puede que se le hicieran las horas tan largas como a mí.

Cogí el teléfono y pedí el número de las oficinas de la finca. Acaso Maxím estuviera con Frank. No tenía más remedio que hablar con él, aunque no fuera más que dos minutos. Tenía que explicarle que no había hecho a propósito lo de la noche anterior. Aunque no volviera a hablarle nunca, aquello se lo tenía que decir. Contestó un empleado del teléfono y me dijo que Maxim no estaba allí.

–El señor Crawley está aquí, señora –dijo el empleado–, ¿quiere usted hablar con él?

Ya iba a decir que no, pero no tuve tiempo, pues antes de que pudiera colgar el teléfono oí la voz de Frank:

–¿Ocurre algo?

«Rara manera de empezar una conversación –pensé en un segundo–. Ni siquiera me ha dicho “buenos días” ni me ha preguntado si he dormido bien.» ¿Por qué me preguntaba que si ocurría algo?

–Soy yo, Frank. ¿Dónde está Maxim?

–No lo sé. No le he visto. No ha estado aquí esta mañana.

–¿Que no ha estado en la oficina?

–No.

–Bueno, es igual; no importa.

–¿No le ha visto usted durante el desayuno?

–No; me he levantado tarde.

–¿Qué tal descansó Maxim?

Dudé un momento; pero Frank era la única persona que no me importaba que lo supiese todo.

–No se acostó.

Sobrevino un silencio, como si estuviera pensando qué decir.

–Ya comprendo –dijo muy despacio, y pasado un minuto añadió–: Me temía que ocurriese algo así.

–¡Frank! –le dije desesperada–. ¿Qué dijo Maxim anoche, cuando os dejé, cuando todo el mundo se hubo marchado? ¿Qué hicieron los demás?

–Yo estuve comiendo un emparedado con Beatrice y con Gíles –dijo Frank–. Maxim no estuvo con nosotros. Dio no sé qué excusa y se metió en la biblioteca. Yo me vine a casa en seguida. Puede que Beatrice pueda decirle algo.

–Se ha ido –le dije–. Se marcharon en seguida del desayuno. Me dejó una notita. Me decía que no había visto a Maxim.

–¡Oh! –dijo Frank, y no me gustó el tono de su voz, como sorprendido, como si se temiera algo.

–¿Dónde cree usted que se ha marchado? –dije.

–No lo sé; puede que haya ido a dar un paseo –respondió, con ésa voz que los médicos emplean para hablar en una clínica con los parientes del enfermo que van a preguntar cómo sigue.

–Frank, tengo que ver a Maxim; tengo que explicarle lo de anoche.

No contestó. Me imaginaba su cara apenada, con la frente cruzada de arrugas.

–Maxim cree que lo hice a sabiendas –dije, dejando escapar un sollozo irreprimible, y las lágrimas que la noche antes me cegaron, agolpáronse en mis ojos y comenzaron a correrme por las mejillas, dieciséis horas demasiado tarde–. Maxim cree que todo fue una broma, una broma terrible y lamentable.

–No, no –dijo Frank.

–Le digo que sí. Usted no le vio los ojos, como yo. Usted no estuvo junto a él toda la noche, mirándole, como yo. Ni me dirigió la palabra, Frank. Allí estuvimos el uno junto al otro toda la noche sin hablarnos ni una vez.

–Es que no hubo ocasión. Con toda aquella gente... Claro que noté algo. ¿Cree usted que no conozco a Maxim de sobra? Mire usted...

–Si no le recrimino –le interrumpí–. Sí él me cree capaz de gastarle esa odiosa broma, tiene un perfecto derecho a pensar de mí lo que sea, y a no volverme a hablar, y a no verme más.

–No diga eso. No sabe lo que dice. Permítame que vaya a verla y se lo explicaré todo. Creo que puedo explicarle lo ocurrido.

¿Qué iba yo a sacar de que Frank fuera a verme, de que nos sentáramos en el gabinete, él tratando de consolarme con su tacto y su bondad? No quería yo bondades de nadie. Era demasiado tarde.

–No. No quiero volver a hablar del asunto. Lo pasado, pasado está, y ya no tiene remedio. Después de todo, puede que sea mejor que haya ocurrido, pues me ha hecho darme cuenta de algo que ya hace mucho tiempo debí comprender, que debí suponer hasta antes de casarme con Maxim.

–¿Qué quiere usted decir?

Hablaba Frank con voz descompuesta y rara. ¿Qué le importaría a él que Maxim no me quisiera? ¿Por qué no quería que lo supiera yo?

–Lo de él y Rebeca –dije, y cuando pronuncié el nombre, sonó como una palabra agria y prohibida, que ya ningún alivio me proporcionaba, que ya ningún gusto me daba, sino, antes bien, vergüenza, como si estuviera confesando un pecado.

No contestó en seguida. Le oí suspirar ruidosa y repentinamente, como el que es víctima de una sorpresa.

–Pero ¿qué quiere usted decir? ¿A qué alude? –sonó su voz, aún más forzada y casi angustiada.

–Que no me quiere, que quiere a Rebeca –dije–, que nunca la ha olvidado, que continúa pensando en ella noche y día. A mí no me ha querido nunca, Frank.

Siempre es Rebeca, Rebeca, Rebeca...

Oí que Frank dejaba escapar una exclamación medio ahogada de sorpresa, pero ya me era igual escandalizarle o no.

–Y ahora, que ya sabe lo que pienso –le dije–, lo comprenderá todo mejor.

–Oígame –me dijo–, tengo que verla. ¿Me escucha? No tengo más remedio que verla. Tengo que decirle algo muy importante. ¿Comprende? Pero no puedo hacerlo por teléfono. ¡Oiga! ¡Oiga!

Colgué el auricular de un golpe, y me levanté del escritorio. No quería ver a Frank. En nada podía ayudarme. Lo que hubiera que hacer tendría que hacerlo sola, sin ayuda. Tenía la cara roja y abotagada de llorar. Me puse a pasear por el cuarto, mordiendo el pañuelo, rasgando sus bordes.

Tenía el presentimiento de que ya nunca volvería a ver a Maxim. Estaba segura; no sé qué extraño instinto me lo decía. Se había marchado para no volver. En el fondo de mí corazón adivinaba que Frank creía lo mismo, aunque no hubiese querido decírmelo por teléfono. No quiso asustarme. Si hubiera vuelto a llamarle por teléfono, ya no estaría allí. El empleado hubiera contestado: «El señor Crawley acaba de salir, señora.» Y me lo imaginaba, sin sombrero, subiendo a su Morris, pequeño y mal conservado, para salir en busca de Maxim.

Me llegué a la ventana y me puse a mirar el claro donde el sátiro tocaba la zampoña. Ya se habían acabado los rododendros. No florecerían más hasta el próximo año. El alto seto que formaban, ahora que sus colores habían huido, presentaba un aspecto oscuro y pardo. Subía del mar una neblina que me impedía ver el bosque más allá del repecho. Hacía un calor opresivo. Me imaginaba a los invitados del día anterior diciéndome: «¡Qué suerte que ayer no hiciera esta niebla! No hubiéramos podido ver los fuegos artificiales.» Salí del gabinete al salón, y desde éste a la terraza. Se había escondido el sol tras una muralla de niebla. Parecía como si una maldición hubiera caído sobre Manderley, dejándole sin cielo y sin luz. Pasó junto a mí un jardinero, empujando una carretilla llena de pedazos de papel y basura, de cáscaras de frutas arrojadas la noche antes por la gente de la finca sobre el césped.

–Buenos días –le dije.

–Buenos días, señora.

–La fiesta de anoche les ha dado a ustedes un trabajo extraordinario.

–Es lo mismo, señora; creo que todos lo pasaron muy bien, y, después de todo, eso es lo principal.

–Sí, supongo que sí.

Miró el hombre hacía el claro, al otro lado de la pradera, donde el valle descendía en suave pendiente hacia el mar. Los árboles alzaban sus siluetas espigadas y confusas.

–Se nos está viniendo encima una niebla muy espesa –me dijo.

–Sí. –Afortunadamente, no tuvimos niebla anoche.

–Sí.

Esperó un momento, se tocó luego la gorra y se alejó empujando la carretilla. Crucé el césped hacía la entrada del bosque. La niebla al prenderse en los árboles se había convertido en agua, que caía sobre mi desnuda cabeza como fina llovizna. Jasper estaba junto a mí, triste, con la cola caída, dejando colgar su rosada lengua. La pesadez opresiva del día le hacía estar apagado y murrío. Desde donde me encontraba, oí el ruido del mar, malhumorado y sordo, rompiendo en las calas al otro lado del bosque. La brisa empujaba la niebla hacia la casa, y al pasar junto a mí notaba su olor de sal mojada y de algas marinas. Le pasé la mano por el lomo a Jas-

per. Estaba empapado. Cuando volví la mirada hacia la casa, no pude ver ni las chimeneas ni el perfil de sus muros, sino únicamente una masa esfumada, las ventanas del ala de poniente y los macetones de la terraza. Estaba descorrida la persiana del gran ventanal de la alcoba principal de poniente y vi que había allí alguien en pie, mirando hacia el jardín.

No reconocí aquella figura vaga e indistinta, y me acometió un escalofrío de miedo y sorpresa, pues durante unos segundos creí que fuera Maxim. Se movió entonces el bulto, vi un brazo que se extendía para cerrar la persiana y reconocí a la señora Danvers. Me había estado mirando, mientras yo estaba en el lindero del bosque, bañada por la luz blanquecina de la niebla. Me había visto andando lentamente a través de la pradera, desde que bajé de la terraza. Quizás, incluso estuviera escuchando desde el aparato supletorio de su cuarto mi conversación con Frank. Ya sabía que Maxim no había pasado la noche conmigo. Había estado escuchándome, sabiendo que lloraba. También sabía el papel que yo había desempeñado durante tantas horas, junto a Maxim, al pie de la escalera, con mi vestido azul, y que él ni me había hablado ni mirado. Lo sabía, porque eso era precisamente lo que ella se había propuesto. Este era su triunfo, el suyo y el de Rebeca.

La recordé tal como la viera la noche antes, mirándome desde la puerta abierta del ala de poniente, con aquella diabólica sonrisa en su cara cadavérica, y entonces me di cuenta de que era una mujer de carne y hueso, viva, como yo. La señora Danvers no estaba muerta como Rebeca. Podía hablarle, aunque no pudiera hacer lo mismo con Rebeca.

Movida por un impulso repentino, crucé el césped hacia la casa. Pasé al hall y subí la escalera principal, doblé la esquina, pasé bajo el arco apuntado junto a la galería, por la puerta del ala de poniente, y seguí por el pasillo, oscuro y silencioso, hasta llegar al cuarto de Rebeca. Hice girar el picaporte y entré.

La señora Danvers continuaba junto a la ventana, pero la persiana ya estaba echada.

–Señora Danvers –dije–. ¡Señora Danvers! –se volvió para mirarme, y vi sus ojos rojos e hinchados de llorar, como los míos estaban, y la cara ojerosa, pálida y desencajada.

–¿Qué desea? –preguntó y sonó su voz ronca y apagada, por haber llorado mucho, como también yo había llorado.

No esperaba hallarla en tal estado. Me había figurado encontrarla sonriente, con aquella sonrisa cruel y diabólica de la noche anterior. Y tenía delante de mí solamente a una anciana, enferma y cansada. Dudé, con la mano aún en el picaporte. No sabía ni qué hacer ni qué decir. Continuó mirándome con aquellos ojos rojos e hinchados y no pude contestarle. Entonces habló ella:

–He dejado la minuta sobre el escritorio, como de costumbre. ¿Quiere usted que se cambie algo?

Aquellas palabras me dieron ánimos, y avanzando unos pasos, permanecí de pie en medio de la habitación.

–Señora Danvers, no he venido a hablar de la minuta. Ya se lo supone, ¿verdad?

No contestó. Abría y cerraba nerviosamente la mano izquierda.

–Ya ha conseguido lo que se proponía, ¿no es cierto? Esto es lo que usted andaba buscando, ¿no? ¿Está satisfecha? ¿Está contenta?

Volvió la cabeza y se puso a mirar por la ventana, tal como estaba cuando yo entré en el cuarto.

–¿A qué vino usted aquí? –dijo–. Nadie en Manderley la quería. Estábamos perfectamente sin usted. ¿Por qué no se quedó donde estaba, en Francia?

–Vine aquí porque quiero a mi marido.

–Sí le quisiese, nunca se hubiera casado con él.

No sabía qué decirle. La situación era grotesca y fantástica. Continuó hablando, con aquella voz apagada, sin vida, con la cabeza aún vuelta hacia la ventana.

–Creí que la odiaba; pero ahora, todo se ha desvanecido, todo lo que sentía.

–¿Por qué había de odiarme? ¿Qué daño le he hecho yo para que me odie?

–Trató usted de suplantar a mi señora.

Rehuía mirarme. Estaba allí en pie, hosca, con la cabeza vuelta.

–Nunca cambié nada –le dije–. Manderley continuó como siempre. Jamás mandé nada. Todo se lo dejé a usted. Hubiera sido su amiga, si usted me hubiese dejado; pero se puso usted contra mí desde el primer día. Se lo vi en la cara, en el mismo momento que le di la mano por primera vez.

Continuó abriendo y cerrando las manos, pellizcando su vestido.

–Son muchos los que se casan por segunda vez –continué–: hombres y mujeres. Miles de matrimonios así se celebran a diario. Pero habla usted como si mi vida con el señor hubiese sido un crimen, un sacrilegio, un insulto para los muertos. ¿No tenemos nosotros tanto derecho como otros a ser felices?

–El señor no es feliz –dijo, mirándome, al fin–; eso lo ve cualquiera; no hay más que mirarle a los ojos. Vive atormentado y atormentado ha vivido desde que ella murió.

–¡No es verdad! –dije–. ¡No es cierto! Cuando estábamos juntos, en Francia, era feliz. Estaba más joven, mucho más joven, y reía y estaba alegre.

–¡Hombre, al fin y al cabo! –dijo–. No hay hombre que haga ascos a una luna de miel. El señor no tiene aún cuarenta y seis años.

Rió con desprecio, mientras se encogía de hombros.

–¿Cómo se atreve a hablarme así? ¿Cómo se atreve?

Ya no le tenía miedo. Me acerqué a ella y comencé a zarandearla por un brazo.

–Fue usted la que me hizo ponerme aquel traje anoche. A mí no se me hubiera ocurrido, si no hubiese sido por usted. Y usted lo hizo por hacer daño al señor, porque quería verle sufrir. ¿Es que cree usted que no ha padecido ya bastante sin que se le gastase esa broma horrible y ruín? ¿Cree usted que su dolor y sus sufrimientos pueden hacer volver a Rebeca?

Se soltó de mí con violencia, la ira tiñó ligeramente sus mejillas cadavéricas.

–¿Qué me importan a mí sus sufrimientos? –dijo–. Jamás ha pensado él en los míos. Creerá usted que me ha gustado verla sentarse en el sitio de mi señora, andar por donde ella andaba, tocar las cosas que fueron suyas. ¿No comprende lo que ha sido para mí tenerla que ver durante todos estos meses, saber que se sentaba usted a su escritorio del gabinete y hasta escribía con su propia pluma, y que se dirigía a mí por el mismo teléfono que ella usaba todos los días, sin falta, para hablarme, desde que vinimos a Manderley? ¿Qué cree usted que sentía al oír a Frith y a Robert y a todos los criados llamarla «señora»? «La señora ha salido de paseo.» «La señora quiere el coche esta tarde a las tres.» «La señora no vendrá a tomar el té hasta las cinco», y mientras tanto mi señora, con su sonrisa, con su cara bonita, con sus maneras de ser, está fría, muerta y olvidada en el panteón de la iglesia. Si él sufre, merece sufrir, por haberse casado con una niña como usted, cuando todavía no han pasado diez meses. ¡Que lo pague ahora! Le he visto la cara y los ojos. Se ha creado un infierno y a nadie tiene que achacárselo. Él tiene la culpa. El sabe que mi señora le está viendo, sabe que por la noche le está observando. Y no viene ella a mirarle con cariño, ¡ica! No era de las que se callan y se aguantan cuando les hacen una mala pasada. Ya me lo decía ella: «Danny... ime

la pagarán! Vaya si me la pagarán.» Y yo le decía: «Pues, claro, ino van a salirse con la suya! Usted nació para pasarlo bien en este mundo.» Y lo pasará bien, claro que sí, sin tener nunca miedo de nada. Era valiente y decidida como un hombre. Hubiera debido ser un chico. ¿Usted no sabía que yo fui su niñera?

–¡No! No, señora Danvers. ¡Basta! ¿A que viene recordar todo eso? No quiero oírlo más. ¿Es que cree que yo no sufro lo mismo que usted? ¿Es que no comprende lo que es para mi estar aquí, escuchándola hablar de ella, escuchando todas esas cosas?

No me oyó. Continuó hablando sin descanso, con locura de fanática, retorciendo y rompiendo la negra tela de su vestido con aquellos dedos largos...

–¡Qué bonita era hasta de pequeña! Parecía una figura de cuadro. Al pasar, todos los hombres se volvían y se quedaban mirándola, y esto cuando no tenía más que doce años. Ya, ya se daba cuenta ella, incluso entonces. Me guiñaba un ojo el diablillo, y me decía: «Danny, ¿verdad que voy a ser muy guapa?» Y yo le contestaba: «Ya veremos, bonita mía, ya veremos.» Sabía tanto como cualquier persona mayor. Se ponía a hablar con señores y señoras y tenía más picardía y más viveza que cualquiera a los dieciocho años. Con su padre hacía lo que quería, y lo mismo hubiera hecho con su madre, si ésta no hubiese muerto. ¡Qué coraje tenía! ¡En eso no la ganaba nadie! El día que cumplió catorce años, salió guiando por primera vez un coche de cuatro caballos. Su primo, el señorito Jack, se subió al pescante con ella y quiso quitarle las riendas. Se pusieron a pelearse, allá en lo alto del pescante, como un par de gatos monteses, mientras los caballos corrían al galope. Pero ganó ella, mi señorita ganó. Le dio con la empuñadura de la fusta en la cabeza, y cayó el señorito al camino, jurando y riendo. ¡Vaya un par, ella y el señorito Jack! El ingresó en la Marina, pero no pudo aguantar la disciplina, e hizo muy bien. Tenía, como mi señorita, demasiado coraje para que nadie le mandara...

La miraba yo, fascinada, horrorizada. Sus labios dibujaban una extraña sonrisa de posesa, y parecía más vieja que nunca, , mientras su cadavérica cara se hacía más viva y real.

–¡Nadie! ¡Nadie pudo nunca con ella! Siempre hizo lo que quiso y vivió como le pareció. ¡Y qué fuerza tenía! Me acuerdo de que, a los dieciséis años, se montó en uno de los caballos de su padre, un animal enorme, porque el mozo de cuadra le dijo que era demasiado fuerte para ella. Pero se aguantó en la silla. Parece que la estoy viendo, dándole fustazos, clavándole la espuela, y cuando desmontó, el caballo se quedó cubierto de espuma y de sangre, todo temblando. «Le he dado una lección, ¿verdad, Danny?», me dijo, y se fue a lavar las manos tan fresca. Y así fue su vida hasta que creció y se hizo mayor. Nada ni nadie le importaba. ¡Al final... sucumbió! Pero no fue un hombre ni una mujer quien la venció. Hubo de ser el mar. El mar pudo con ella. El mar la mató al fin.

Se interrumpió, y quedó callada, moviendo la boca espasmódicamente. Luego rompió a llorar, ruidosa y roncamente, con la boca abierta y los ojos secos.

–Señora Danvers –le dije–. ¡Señora Danvers! –la miraba sin saber qué hacer. Ya no desconfiaba de ella, ya no la temía, pero el espectáculo de aquella vieja sollozante y de ojos secos me hacía estremecerme y me ponía enferma–. Señora Danvers, no está usted bien, debería acostarse. ¿Por qué no se va a su cuarto, a descansar un rato? ¿Por qué no se acuesta?

Se volvió hacia mí, como una fiera, y me dijo:

–¡Déjeme en paz! ¿A usted qué le importa si no escondo mi pena? A mí no me avergüenza sufrir, yo no me encierro en mi cuarto para llorar. Ni me doy paseos arriba y abajo, encerrada con llave, como hace el señor.

–¿Qué quiere decir? ¡El señor no hace eso!

–Lo hizo. Lo hizo cuando ella murió, En la biblioteca. Arriba y abajo, de un lado al otro. Yo le oía. Y hasta le vi hacerlo más de una vez por el ojo de la cerradura. De un lado a otro de la biblioteca, como una fiera enjaulada.

–¡No me lo diga! ¡No quiero saberlo!

–Y todavía se atreve usted a decir que le hizo feliz durante la luna de miel. ¡Hacerle feliz, usted, una chiquilla que podría ser su hija! ¿Qué sabe usted de la vida? ¿Qué sabe usted de los hombres? Viene usted aquí creyendo que puede suplantar a mi señorita. ¡Usted! ¡Usted ocupar el lugar de mi señora! ¡Pero si hasta los criados se rieron de usted cuando llegó a Manderley! Hasta la criada idiota que se encontró usted en el corredor de atrás la primera mañana. Me gustaría saber lo que pensó el señor cuando, después de su encantadora luna de miel, la trajo a Manderley; lo que pensó cuando la vio sentada en la mesa del comedor por primera vez.

–¡Más vale que se calle, señora Danvers! ¡Más vale que se vaya a su cuarto!

–¡Que me vaya a mí cuarto! –dijo, imitando mi voz–. ¡Más vale que se vaya a su cuarto! ¡Vaya! La señora de la casa opina que debo irme a mi cuarto. Y ¿qué más? Luego irá usted lloriqueando al señor para decirle: «La señora Danvers me ha contestado mal. La señora Danvers se me ha insolentado». Irá con el cuento, corre que te corre, como hizo cuando vino a verme el señorito Jack.

–No dije nada.

–¡Mentira! ¿Quién se lo dijo, si no? No pudo ser nadie más. Frith y Robert habían salido, y ninguno de los demás criados lo supo. Entonces fue cuando decidí darle a él y a usted una lección. Ahora que sufra; ¿a mí, qué? ¿Qué me importa a mí que sufra? ¿Por qué no he de ver al señorito Jack en Manderley? Es lo único que me queda que me recuerde a mi señorita. «No quiero volver a verle –me dijo–; se lo aviso por última vez.» No se le han olvidado aún los celos, ¿eh?

Me acordé de cómo, agachada en la galería, cuando se abrió la puerta de la biblioteca, escuché la airada voz de Maxim, que decía precisamente las palabras que la señora Danvers acababa de repetir. ¿Celos? ¿Maxim celoso?

–Tenía celos cuando vivía, y sigue teniéndolos ahora que está muerta –dijo la señora Danvers–. Prohíbe al señorito Jack que venga a casa, como también se lo prohibió entonces. Eso demuestra que no la ha olvidado, ¿eh? Claro que tenía celos. Y yo también. Y todos los que la conocían. Pero a ella le tenía sin cuidado. Se reía, nada más. «Viviré como quiera –me dijo–, y no hay quien me lo impida en todo el mundo.» En cuanto la veía un hombre se enamoraba de ella. Yo los he visto, aquí en la casa, hombres que ella conocía en Londres, y que luego invitaba a pasar unos días en Manderley. Iban a bañarse en el mar desde el yate, o los llevaba de merienda a la playa, junto a la casita de abajo. Le hacían el amor, ¿quién no se lo haría? Y ella se reía de ellos. Cuando volvía, me contaba, muerta de risa, lo que habían dicho y lo que le habían hecho. Todo le dejaba sin cuidado. Para ella era como un juego. ¿Quién no iba a tener celos? Todos estaban celosos de ella; todos, porque todos estaban enamorados. El señor, el señorito Jack, el señor Crawley, todos los que la conocían, todos los que venían a Manderley.

–¡No quiero saber más! –dije–. ¡No quiero saber más!

Se me acercó, y poniendo su cara junto a la mía, dijo:

–Es inútil, ¿verdad? Nunca la podrá vencer. Está muerta, pero aún manda aquí. Ella es la señora de verdad y no usted. La sombra, el fantasma... es usted. A quien olvidan y dan de lado y rechazan..., es a usted. ¿Por qué no se va de Manderley? ¿Por qué no se marcha usted?

Retrocedí hacia la ventana, mientras volvía a apoderarse de mí el antiguo miedo y horror. La señora Danvers me atenazó un brazo con sus dedos, y continuó:

–¿Por qué no se va? Aquí ninguno la queremos. El señor no la quiere ni la ha querido nunca. No puede olvidar a mi señorita. Quiere quedarse otra vez solo en esta casa... con ella. La que debiera estar en el panteón es usted, no ella. Usted es la que debería estar muerta, no la señora de Manderley.

Me empujó hacia la ventana abierta. Se veía abajo la terraza gris y confusa, bajo el manto blanco de la niebla.

–Mire ahí abajo –me dijo–, ¿ve qué fácil sería? ¿Por qué no salta? No le dolería. Se rompería la nuca, y ésta es una muerte rápida y buena. No como la del que se ahoga. ¿Por qué no prueba? ¿Por qué no se va?

La niebla, húmeda y pegajosa, que entraba por la ventana abierta, me escocía en los ojos y en la nariz; me agarré con ambas manos a la barandilla de la ventana.

–No tenga miedo –dijo la señora Danvers–, no voy a empujarla. Puede usted saltar por su propia voluntad. ¿Para qué va a quedarse en Manderley? Ni es usted feliz ni el señor la quiere. ¿Para qué va a quedarse aquí? ¿Por qué no da un salto y termina ya de una vez? Así acabaría de un golpe con todas sus desgracias.

Veía los macetones de la terraza y la nota azul de las hortensias, que formaban grupos de flores tupidos y casi sólidos. Las losas se veían planas y de color gris. No presentaban ningún saliente, ningún pico... Claro que parecían hallarse muy lejos por la niebla, pero la verdad era que estaban bien cerca...; la ventana no era muy alta...

–¿Por qué no salta? –susurró la señora Danvers– ¿Por qué no prueba?

Se hizo la niebla aún más densa, ocultando a mis pies la terraza. Dejé de ver las losas y los macetones. No veía sino la niebla, blanca, perfumada de algas, fría, húmeda. Lo único real era la sensación de la barandilla en las manos y la presión de los dedos de la señora Danvers sobre mi brazo. Si saltara no vería las losas de la terraza abalanzándose a mi encuentro, pues la niebla me las ocultaría. Sentiría un dolor agudo y rápido, como ella me había dicho. Al caer, me rompería el cuello. No sería una muerte lenta como la del que se ahoga. Acabaría todo en un momento. Y Maxim no me quería. Maxim quería quedarse solo, una vez más, con Rebeca.

–¡Anda! ¡No tengas miedo! ¡Anda! –susurró la señora Danvers.

Cerré los ojos. Sentí vértigo por haber estado mirando demasiado tiempo a la terraza. Me dolían las manos de estar agarradas a la barandilla. La niebla me escocía en las narices y se me pegaba a los labios, con su sabor rancio y acre. Me asfixiaba, como si fuese una manta, como si fuese un anestésico. Empezaba a olvidar mi desgracia y que Maxim no me quería. Empecé a olvidar a Rebeca. Dentro de unos segundos no tendría que pensar en Rebeca...

Fui soltando las manos y dejé escapar un suspiro...

Y en aquel momento, la niebla blanquecina y su silencio fueron rasgados repentinamente, rotos en dos por una explosión, que hizo temblar la ventana. El cristal se estremeció en su marco. Abrí los ojos. Miré a la señora Danvers. El estampido fue seguido de otro, y luego por un tercero y por un cuarto. El retumbar de las explosiones hirió el aire, y pájaros invisibles levantaron el vuelo de los árboles del bosque que rodeaba la casa, haciendo eco a los estampidos con su estrepitoso batir de alas.

–¿Qué es eso? ¿Qué ha pasado? –pregunté estúpidamente.

Me soltó la señora Danvers el brazo y miró por la ventana, tratando de penetrar la niebla con la mirada.

–Son cohetes –respondió–. Debe de haber encallado algún barco en la bahía.

Nos quedamos escuchando, mirando juntas la niebla, blanca y espesa. Al cabo de un rato escuchamos pisadas, que corrían por la terraza, que corrían allá abajo.

Capítulo XIX

Era Maxim. No le veía, pero reconocí su voz. Mientras corría, iba llamando a voces a Frith. Luego oí a Frith, que contestaba desde el hall, y que salía a la terraza. Vi sus dos bultos confusos en la terraza.

–Desde luego que ha encallado –dijo Maxim–. Lo estaba mirando desde el cabo y lo vi entrar en la bahía y dirigirse derecho contra los arrecifes. No lo podrán poner a flote con estas mareas. Deben de haberse creído que estaban en la bahía de Kerrith. La niebla no dejaba ver absolutamente nada ahí fuera, en la bahía. Di en casa que preparen algo de comer y de beber, por sí esa pobre gente necesita algo, y llama a la oficina del señor Crawley y dígale lo que ha ocurrido. ¡Ah! Y tráeme unos cigarrillos.

Se retiró la señora Danvers de la ventana. Una vez más su cara quedó sin expresión, cubierta por aquella máscara de muerta que tan bien conocía.

–Mejor será que bajemos –dijo–. Frith estará buscándome para que prepare las cosas. Es muy probable que el señor traiga a los naufragos a la casa, como dijo. Tenga cuidado con las manos; voy a cerrar la ventana.

Me hice atrás y vi cómo cerraba la ventana y las maderas, corriendo luego las cortinas.

–Afortunadamente está el mar tranquilo –dijo–, o de lo contrario, esa gente lo iba a pasar mal. En un día como hoy no corren peligro. Pero el barco se perderá si es que ha encallado en los arrecifes, como dijo el señor.

Eché una mirada al cuarto, para asegurarse de que no quedaba nada en desorden o fuera de su sitio, y arregló la colcha de la ancha cama. Luego abrió la puerta y se hizo a un lado para dejarme pasar.

–Daré orden en la cocina para que preparen una comida fría, y así no importará la hora a que vuelvan los señores. Puede que el señor no quiera volver a una hora fija si está ocupado allá abajo.

La miré, algo aturdida aún, y salí, moviéndome con dificultad como un muñeco de madera.

–Cuando vea al señor haga el favor de decirle, señora, que todo está preparado por si desea traer a casa a los naufragos. Cuando lleguen encontrarán algo caliente esperándolos.

–Está bien, señora Danvers.

Me volvió la espalda y se dirigió por el pasillo hacia la escalera de servicio. Vi alejarse su figura larguirucha, chocante, vestida con traje negro, que llegaba hasta el suelo, rozándolo ligeramente, como las amplias faldas de hace treinta años. Llegó a la esquina del pasillo y dejé de verla.

Fui andando lentamente hacia la puerta de junto al arco, con la cabeza aturdida y confusa aún, como si acabara de despertar de un sueño demasiado largo. Pasé la puerta y comencé a bajar la escalera, sin saber para qué. Frith, que en aquel momento cruzaba el hall hacía el comedor, se paró al verme, y esperó hasta que terminé de bajar.

–El señor vino hace un momento, señora; cogió unos cigarrillos y se volvió a la playa. Parece que ha encallado un barco.

–Ya –dije.

–¿Oyó la señora los cohetes?

–Sí, los oí.

–Estaba yo con Robert en el antecomedor, y al principio los dos creímos que un

jardinero había disparado un cohete de los de anoche, y entonces le dije a Robert: «¿Por qué estarán haciendo eso, con ese tiempo, en lugar de guardarlos para los niños el sábado?» Pero luego oímos otro y un tercero, y Robert dijo: «Esos no son fuegos artificiales; eso es un barco que está pidiendo socorro». Y yo le dije: «Me parece que tienes razón». Y salí al hall y entonces oí al señor que me estaba llamando desde la terraza.

–Sí –le dije.

–No es de extrañar, con esta niebla, señora. Así se lo acabo de decir a Robert. Es difícil encontrar el camino en tierra, y más aún debe de serlo en el mar.

–Sí, sí.

–Si la señora quiere encontrar al señor, se fue no hace ni dos minutos por la pradera.

–Gracias, Frith.

Salí a la terraza y vi que, poco a poco, los árboles iban precisando sus siluetas al otro lado de la pradera. La niebla se disipaba, subiendo en tenues nubecillas hacia el cielo, formando anillos de humo por encima de mi cabeza. Miré hacia las ventanas de la casa y las vi con las persianas echadas, tan herméticamente cerradas, que parecía lo estuvieran para siempre.

Sólo hacía cinco minutos que había yo estado en pie ante la ancha ventana central. Ahora me parecía altísima y muy lejana. Bajo los pies sentía las losas duras y macizas. Miré al suelo, para luego volver a alzar la vista hacia la ventana y, al hacerlo, se apoderó de mí un extraño agobio y noté que se me iba la cabeza mientras gotas de sudor me corrían por la nuca. Ante mis ojos pareció llenarse el aire de negros puntitos saltarines. Entré en el hall y me senté en una silla. Me estuve allí, muy quieta, sujetándome las piernas.

–¡Frith! –llamé– ¡Frith!, ¿está usted en el comedor?

–Sí, señora –respondió, y saliendo al momento cruzó el hall viniendo hacia mí.

–Frith, aunque le parezca un poco raro..., me gustaría tomar un poco de coñac...

–Ahora mismo, señora.

Continué muy quieta, sujetándome las piernas, hasta que volvió Frith con una copa de licor en una bandeja de plata.

–¿No se encuentra bien la señora? ¿Quiere que llame a Claríce?

–No, ya se me pasará, Frith. Es que tenía un poco de calor; no es nada.

–Es que hace mucho calor esta mañana, señora. Mucho. Casi diría que está la mañana opresiva.

–Sí, Frith, muy opresiva.

Bebí el coñac y coloqué de nuevo el vasito sobre la bandeja.

–Quizás el estampido de los cohetes haya asustado a la señora. ¡Sonaron tan de repente!

–Sí, no los esperaba nadie.

–Y con esta mañana tan calurosa, y con haber estado anoche tanto tiempo de pie, acaso no se encuentre bien la señora –dijo Frith.

–Sí, puede que sea eso.

–¿No querría la señora echarse un rato? La biblioteca está muy fresca.

–No, no. Voy a salir, seguramente, dentro de unos momentos. No se preocupe, Frith.

–Como mande la señora.

Se fue y me dejó sola. Sentada en el hall, tranquilo y silencioso, se me fue

pasando el sofoco. Habían desaparecido ya todos los rastros de la fiesta, hasta el punto que parecía mentira que se hubiese celebrado. Estaba el hall como de costumbre: gris, callado y austero, con las panoplas y cuadros de siempre. Me parecía imposible que hubiera yo podido estar allí la noche antes, vestida con mi traje azul, al pie de la escalera, dando la mano a los quinientos invitados. No podía figurarme la galería de los Trovadores con los atriles de los músicos, ni a los músicos mismos, uno tocando el violín, otro el tambor... Me levanté y salí a la terraza otra vez.

Continuaba levantándose la niebla, que había remontado ya encima de las copas de los árboles. Distínguise el bosque al otro lado de la pradera. Encima de mí un sol pálido trataba de atravesar los oscuros celajes. El calor se dejaba sentir más fuerte que nunca; denso, «opresivo», como Frith dijo. Zumbó junto a mí una abeja en busca de néctar, ruidosa, zumbante, hasta que calló de súbito, al deslizarse dentro de una flor. En las laderas del repecho, un jardinero puso en marcha el motor de la segadora. Un asustadizo pardillo trazó su huida en el aire, escapando del chirrido de las cuchillas, hacia la rosaleda. El jardinero, inclinado sobre las asideras de mando de su máquina, comenzó calmoso a segar el suelo, a ambos lados. Me llegó el perfume dulzón y caliente de hierba segada y, al fin, logró el sol perforar la blanca neblina, besándome la cabeza. Llamé a *Jasper*, silbando, pero no obedeció. Seguramente se había marchado con Maxim, cuando éste bajó a la playa. Miré mi reloj. Eran más de las doce y media, casi la una menos veinte.

El día anterior, a la misma hora, Maxim y yo estábamos en el jardincito de delante de la casa de Frank, esperando con éste a que su ama de llaves nos subiera la comida. Hacía veinticuatro horas me estaban gastando bromas acerca de mi disfraz: «Os vais a llevar la sorpresa más grande de vuestra vida», les había dicho yo.

El recuerdo de tales palabras me hizo sentir una vergüenza dolorosa. Y entonces me di cuenta, por primera vez, de que Maxim no se había marchado, como yo temía. La voz que había escuchado en la terraza era la que yo conocía, tranquila y serena, no como la que oí desde el descansillo de la escalera salir de su boca la noche antes. Maxim no se había marchado y estaba allá abajo, por la playa. Y estaba tal como él era, tranquilo, normal. Lo único que había hecho, después de todo, era lo que Frank había dicho: salir a dar un paseo, y cuando estaba en el promontorio había visto al barco que se acercaba a la escollera. Todos mis miedos no tenían razón de ser. A Maxim no le pasaba nada, nada en absoluto. Lo que a mí me había ocurrido fue algo horrible y degradante, algo de lo cual no quería ya acordarme, que ni siquiera acababa de comprender, que era preciso sepultar en lo más hondo de mi memoria, con los miedos pueriles de mi niñez; pero carecía de importancia, al fin y al cabo, mientras que a Maxim no le hubiera pasado nada.

También yo tomé entonces el pendiente y tortuoso sendero que, atravesando la arboleda oscura, bajaba a la playa de la casita de piedra.

La niebla había desaparecido casi por completo, y cuando llegué a la playa vi en seguida el barco, encallado como a dos millas de tierra, con la proa apuntada hacia las rocas. Eché a andar por el rompeolas, y al llegar al final me quedé parada, reclinada contra el muro. En las rocas se veía un grupo de gente que, sin duda, había llegado hasta allí, siguiendo el sendero de los vigías costeros de Kerrith. Las rocas y el promontorio pertenecían a la finca de Manderley, pero los de Kerrith siempre habían disfrutado de peaje por la cima del acantilado. Algunos se descolgaban hacia la playa para ver más de cerca el barco varado. Había quedado éste escorado grotescamente, con la popa alzada, y junto a él ya se veían numerosas barcas que daban vueltas en derredor. El barco salvavidas iba y venía, sin apartarse del lugar del siniestro. Alguien se puso de pie en él y gritó algo por un

altavoz, pero no pude oír qué. En la bahía aún había algo de niebla, que me ocultaba el horizonte. Otro barquito de motor apareció con un ruido monótono, llevando varios hombres a bordo. Estaba pintado de gris oscuro, y vi entre los tripulantes uno de uniforme. Será, me dije, el jefe del puerto de Kerrith, con el agente de la Compañía Lloyd's de seguros. Llegó otra gasolinera, con curiosos de Kerrith, y se puso a dar vueltas en torno del vapor encallado, mientras la gente charlaba muy excitada. Sus voces me llegaban resbalando por encima del agua.

Volví por el rompeolas hacia la playa y tomé el sendero que conducía al lugar donde estaba la gente. No vi a Maxim por ningún lado, pero sí a Frank, que estaba hablando con un vigía del Almirantazgo. Cuando le vi quise esconderme, momentáneamente cortada. No hacía aún una hora que le había llamado por teléfono, y ahora no sabía qué hacer; pero en cuanto me vio me saludó con la mano, y entonces me dirigí a él y al vigía, que me era conocido.

–¿Qué? ¿A ver el espectáculo, señora? –dijo sonriendo–. Me temo que esté la cosa durilla de pelar. Puede que los remolcadores consigan ponerlo a flote, pero lo dudo. Ha quedado bien sujeto en la escollera.

–¿Qué van a hacer? –Pregunté.

–Va a bajar ahora un buzo para ver si la quilla ha sufrido. Es ése, el que tiene el gorro colorado de punto. ¿Quiere usted mirar con los gemelos?

Cogí los gemelos y los enfoqué hacia el barco. Vi unos hombres que examinaban la popa, mientras otro señalaba alguna cosa. El tripulante del barco salvavidas continuaba dando voces por el megáfono. El jefe del puerto de Kerrith se había unido al grupo de hombres que examinaban la popa del barco. El buzo, con su gorro colorado, estaba sentado en la gasolinera gris. La gasolinera, con los curiosos, continuaba dando vueltas. Una mujer se había puesto de pie y estaba sacando una fotografía. Un grupo de gaviotas se posó sobre el agua y quedó flotando, gritando estúpidamente, a la espera de algunos restos de comida.

Devolví los gemelos al vigía, y le dije:

–No parece que ocurra nada.

–Ahora, en seguida, bajará el buzo –dijo el vigía–. Al principio tienen que discutir un poco, como todos los extranjeros. Allí vienen los remolcadores.

–No conseguirán nada –dijo Frank–. No hay más que ver lo escorado que está. Hay allí mucha menos agua de lo que yo creía.

–Esa escollera entra mucho en el mar –dijo el vigía–. Lo que ocurre es que en lancha se pasa por encima sin notarlo. Pero un barco de ese calado, claro, ha dado de lleno contra ella.

–Cuando sonaron los cohetes –dijo Frank– estaba yo en la playita primera del valle. Apenas se veía a dos metros de distancia donde yo me encontraba. Y, de repente, sonaron los cohetes.

¡Qué parecido es todo el mundo cuando tiene un interés común!, pensé. Allí estaba Frank, contándomelo todo, lo mismo que antes había hecho Frith, como si no fuera igual, como si aquello le pudiera importar a nadie. Comprendí, sin embargo, que había bajado a la playita en busca de Maxim. Sabía que yo me había alarmado, pero todo estaba olvidado ya: nuestra conversación por teléfono, aquella insistencia suya por verme...; simplemente porque un barco desconocido había encallado a causa de la niebla.

Vino un chiquillo corriendo hacia nosotros, y preguntó:

–¿Se ahogarán todos los marineros?

–No, hombre. No les pasará nada –respondió el vigía–. El mar está como un plato. Esta vez no se ahoga nadie. –di–

–Sí hubiese ocurrido anoche, nadie los hubiera oído –dijo Frank–. Seguramente se dispararon ayer más de cincuenta cohetes, además de los fuegos artificiales.

–Ya los hubiéramos oído –contestó el vigía–. Por el resplandor de los fogonazos hubiéramos sabido de dónde salían. Ahí está el buzo, señora; mire cómo se pone la escafandra.

–¡Yo quiero ver al buzo! –chilló el niño.

–Ahí lo tienes –le contestó Frank, al tiempo que se agachaba y señalaba la dirección–. Aquel hombre que se está poniendo el casco. Ahora le van a bajar al agua.

–¿Y no se ahoga?

–Los buzos no se ahogan –explicó el vigía–, porque les dan aire todo el tiempo. Fíjate cómo desaparece. Allá va.

Se rompió un momento la tranquila superficie del agua, pero pronto quedó en calma de nuevo.

–¡Se ha metido dentro! –dijo el chico.

–¿Dónde está Maxim? –pregunté.

–Ha ido a llevar a uno de los tripulantes a Kerrith –respondió Frank–. Parece que el pobre perdió la cabeza, y cuando el barco encalló, se tiró al agua. Le encontramos agarrado a una de las rocas del acantilado. Estaba empapado y tiritando, como si fuera de gelatina. No sabía ni una palabra de inglés. Maxim se descolgó por las rocas, le encontró sangrando por una herida que se había hecho contra una peña y le habló en alemán. Llamó a una de las gasolineras de Kerrith, que andaba por allí como si fuera un tiburón hambriento, y se lo llevó para que lo curase el médico. Si tienen suerte, encontrarán al doctor Philips a punto de sentarse a comer.

–¿Cuándo se marchó? –dije.

–Un momento antes de llegar usted –dijo Frank– No hace ni cinco minutos. Hasta me extraña que no haya visto usted la gasolinera. Maxim iba sentado en la popa con el alemán.

–Se marcharía cuando yo venía subiendo hacia aquí.

–Maxim no tiene precio en situaciones como ésta –dijo Frank– Siempre está dispuesto a ayudar. Ya verá usted cómo se lleva a toda la tripulación a Manderley y les da de comer y de beber y hasta camas.

–Y que lo diga usted. Por uno de los de su finca daría hasta la camisa, si hiciera falta –dijo el vigía–. ¡Ojalá hubiera más como él en la comarca!

–Sí, no nos vendrían mal –contestó Frank.

Continuamos mirando hacía el barco. Los remolcadores se mantenían preparados para intervenir, pero el barco salvavidas se había vuelto a Kerrith.

–Hoy no han tenido faena los del salvavidas –dijo el vigía.

–No –dijo Frank–; y me parece que tampoco los remolcadores podrán hacer nada. Me temo que el único que tendrá trabajo será el que desguace el barco...

Volaban las gaviotas en círculos por encima de nosotros, maullando como gatos hambrientos, y algunas se posaron al borde del acantilado, mientras otras, más audaces, flotaban sobre las aguas, cerca del barco.

Se quitó el vigía la gorra y se enjugó la frente, diciendo:

–Parece como si faltara el aire, ¿verdad?

–Sí –le respondí.

La gasolinera, llena de curiosos y fotógrafos aficionados, puso rumbo a Kerrith, dejando oír el latir de su motor.

–¡Se han cansado! –dijo el vigía. –No me extraña –comentó Frank– Seguramente pasarán varias horas hasta que ocurra algo. Antes de que traten de ponerlo a flote tendrá el buzo que dar su opinión.

–Claro –dijo el vigía.

–La verdad es –dijo Frank– que aquí no hacemos nada. Yo, por mi parte, ya estoy echando de menos la comida.

No dije nada, y vacilé. Sentí su mirada posada sobre mí. Después de unos segundos, me preguntó:

–¿Qué va a hacer usted?

–Me parece que me quedaré un ratito. Nos han preparado una comida fría, de manera que no importa a la hora que llegue.

La verdad era que no me encontraba con ánimos de habérmelas con Frank. Quería, o estar sola o acompañada de alguien a quien apenas conociera, como el vigía.

–¡Pero si aquí no va usted a ver nada! ¿Por qué no se viene a comer conmigo?

–No, gracias; de veras.

–¡Bueno, bueno!

Saludó con la cabeza al vigía y se marchó, peñas abajo, hacia la playa. ¿Se habría ofendido? No pude remediarlo. Ya lo explicaría todo algún día. Parecían haber ocurrido tantas cosas desde que le hablé por teléfono... Y, además, no quería que Frank continuase machacando sobre el asunto. Lo único que me apetecía era quedarme sentada en las peñas, mirando el barco.

–¡Qué buena persona es el señor Crawley! –dijo el vigía.

–Sí, lo es.

–Y daría la mano derecha por el señor De Winter.

Aún continuaba jugando sobre la hierba el chiquillo de antes.

–¿Cuándo va a salir el buzo? –nos preguntó.

–Todavía no, buena pieza –le contestó el vigía.

Una mujer, con un traje rosa y una redecilla para el pelo, se dirigía a campo traviesa hacia donde estábamos, gritando:

–¡Charlie! ¡Charlie! –Ahí viene tu madre a ajustarte las cuentas –le dijo el vigía.

–¡Mamá! ¡Mamá! ¡He visto al buzo! –gritó el arrapiezo.

Nos saludó, sonriendo, la mujer. No me conocía. Era una veraneante de Kerrith.

–Parece que se acabó la emoción, ¿no? –dijo la mujer–. Estaban diciendo por ahí que el barco tendría que quedarse varios días donde está.

–Están esperando a que suba el buzo para ver qué dice –dijo el vigía.

–No comprendo cómo hay quien quiera ser buzo –dijo la señora– ¡Tendrán que pagarles bien!

–Ya lo hacen –dijo el vigía.

–¡Mamá! ¡Yo quiero ser buzo!

–Pues díselo a papá –dijo la madre sonriéndonos, y luego, dirigiéndose a mí, añadió–: Esto es muy bonito, ¿verdad? Nos hemos traído una cesta de merienda, sin pensar que íbamos a tener niebla y hasta un naufragio. Estábamos a punto de volvernos a Kerrith cuando nos estallaron los cohetes debajo de las narices, como quien dice. ¡Vaya susto que me dieron! «¿Qué ha sido eso?», le pregunté a mi marido; y él me contestó: «Parece que es alguien que pide socorro; vamos a quedarnos a ver qué pasa». Y no hay manera de llevárselo de aquí. Es tan imposible como su hijo. Yo, la verdad, no veo que esto resulte muy divertido.

–No –dijo el vigía–; lo que es ahora no hay nada que ver.

–¡Qué bosques más bonitos son éstos! –dijo la mujer, y luego añadió–: Supongo que serán particulares.

Tosió el vigía para disimular, al mismo tiempo que me echaba una mirada, y dijo:

–Sí, son particulares.

–Mi marido dice que, con el tiempo, se parcelarán todas estas fincas grandes para hacer casas. No me importaría tener una casita aquí con vistas al mar. Aunque no sé, puede que esto en invierno no me gustase.

–Sí, en invierno no hay mucho que hacer por estas tierras –dijo el vigía.

Continué yo mordiendo una hierba. El chiquillo corría, dando vueltas a nuestro alrededor. Miró el vigía la hora, y dijo:

–Bueno, yo tengo que marcharme. ¡Buenas tardes!

Me saludó y echó a andar por el sendero que llevaba a Kerrith.

–Vamos, Charlie –dijo la mujer– Ven, vamos a buscar a papá.

Me hizo una amable inclinación de cabeza y se alejó hacia el borde del acantilado, con el niño corriendo detrás de ella. Un hombre delgado, con pantalones cortos de color caqui y, chaqueta ligera de franela con rayas de vivos colores, le hizo señas con el brazo. Se sentaron junto a unas zarzas y la mujer comenzó a desliar unos paquetes.

Me hubiera gustado poder desprenderme de mí identidad y sentarme con ellos, a comer huevos duros y emparedados, a reír recio, a hablar con ellos, y volver luego en su compañía a Kerrith, por la tarde, para jugar a la orilla del mar, con los pies descalzos, y corretear por la playa. Luego iríamos a su casa de huéspedes para merendar quisquillas. Pero, en lugar de todo eso, tenía que volver andando sola por el bosque hasta llegar a Manderley, donde esperaría la vuelta de Maxim. ¿Qué nos diríamos? ¿Cómo me miraría? ¿Cómo sonaría su voz? Permanecí sentada en lo alto del acantilado, abstraída en mis pensamientos, sin que se me ocurriera pensar en la comida. No tenía hambre.

Llegó más gente para ver el barco. Aquello constituía la diversión de la tarde. No veía a nadie conocido. Eran todos veraneantes de Kerrith. El mar estaba tranquilo, como un espejo. Las gaviotas habían dejado de trazar círculos en el aire para posarse en el agua, cerca del barco. Durante la tarde llegaron más gasolineras. Aquel día los barqueros de Kerrith debieron de hacer un buen negocio. Subió el buzo y volvió a bajar. Uno de los remolcadores se fue, quedando el otro de guardia. El jefe del puerto de Kerrith se marchó en su gasolinera gris, llevándose algunos hombres con él y también al buzo, que había vuelto a salir. Los tripulantes del barco, apoyados en la barandilla, echaban migajas a las gaviotas, mientras los veraneantes bogaban calmadamente en sus barcas alquiladas. No pasaba nada. La marea fue bajando, dejando el barco fuertemente escorado y con la hélice al aire. Fue palideciendo el sol y aparecieron por poniente pequeñas nubecillas blancas. Aún hacía mucho calor. La mujer del traje rosa se levantó y echó a andar, con el niño, camino de Kerrith, seguida del hombre de pantalones cortos, que llevaba el cesto de la merienda.

Miré el reloj. Ya habían dado las tres. Me levanté y bajé la cuesta de la playa, que estaba desierta y tranquila, como de costumbre. Los guijos tenían un color gris oscuro. El agua del pequeño puerto parecía, en su quietud, de cristal. Al cruzar la playa, crujieron los guijos bajo mis pies, con ruido rechinante. Las nubecillas que aparecieron por occidente se habían extendido por todo el cielo y escondieron el sol. Cuando llegué al otro extremo de la playita, vi a Ben, en cuclillas, junto a una poza entre dos rocas, cogiendo caracoles. Al pasar yo, cayó mi sombra sobre el agua, alzó Ben la cabeza y me vio.

–¡Buenas! –dijo, trazando una sonrisa con su boca entreabierta.

–Buenas tardes –le contesté. Se puso en pie, abrió un sucio pañuelo que había llenado de caracoles, y me dijo:

–¿Le gustan los caracoles?

No quise desairarle, y cuando le di las gracias, me puso en la mano como hasta una docena de caracoles, que yo metí en los bolsillos de mi falda.

–Están muy ricos con pan y manteca. Pero antes hay que cocerlos.

–Bueno, está bien.

Estaba mirándome con su sonrisa estúpida.

–¿Ha visto la «motora»? –me preguntó.

–Sí; ha encallado, ¿verdad?

–¿Eh?

–Digo que ha encallado –repetí–. Probablemente tiene un agujero en el casco.

Quedó su cara sin expresión y estúpida.

–¡Vaya! ¡Un agujero! Allí abajo está. ¡No volverá!

–Puede que los remolcadores la puedan poner a flote cuando suba la marca.

No respondió. Estaba mirando fijamente en dirección de la «motora» encallada. La veíamos de costado desde donde estábamos, con el casco pintado de rojo por debajo de la línea de flotación, resaltando, por comparación, con lo demás del casco, negro, y su única chimenea inclinada con graciosa coquetería hacia tierra. Los tripulantes continuaban asomados a la borda, echando de comer a las gaviotas y mirando al mar. Las barcas de remos se alejaban hacia Kerrith.

–Es holandesa, ¿verdad que sí?

–No sé; holandesa o alemana.

–Se hará cachitos ahí donde está.

–Me temo que sí.

Sonrió de nuevo y se limpió la nariz con el dorso de la mano.

–Se hará cachitos, poquito a poco. Esta no se hundirá como una piedra, como la otra. –Se rió socarronamente, mientras se hurgaba la nariz. Callé yo y continuó–: ¡Yo no he dicho nada! Ya se la habrán comido los peces, ¿verdad?

–¿A quién?

Señaló con el pulgar hacia el mar.

–Pues..., ¿a quién va a ser? ¡A la otra!

–¡Pero, Ben, los peces no se comen los barcos!

–¿Eh?

Se quedó mirándome, con su cara bobalicona, una vez más sin expresión alguna.

–Bueno, adiós; me tengo que marchar –le dije.

Me alejé, dirigiéndome hacia el sendero que subía por el bosque. No quise mirar hacia la casita, pero no pude evitar verla, allí, a mi derecha, gris y callada. Comencé a subir por el sendero, sin pararme; pero a medio camino hube de detenerme para descansar. Mirando por entre los árboles pude ver aún el barco encallado, la «motora» como decía Ben. Ya no se veía ninguna barca de curiosos. Hasta los tripulantes habían desaparecido en el interior del barco. Las nubes se habían extendido hasta cubrir el cielo por completo. Un ligero soplo de viento me acarició la cara inesperadamente, y una hoja seca que cayó de lo alto de un árbol me tropezó en la mano. Sentí un inexplicable escalofrío, y cesó de nuevo el viento, volviendo el calor pegajoso de antes. El barco, inclinado sobre un costado, desierto puente y cubierta, y con su chimenea apuntando a la costa, presentaba un aspecto

desolado. Estaba el mar tan tranquilo, que hasta cuando rompía sobre los guijos lo hacía con el ruido apagado y susurrante de un suspiro.

Eché a andar de nuevo cuesta arriba, con las piernas cansadas, la cabeza cargada y el corazón acongojado por no sé qué triste presentimiento. La casa se alzó ante mí, apacible, cuando salí de la espesura por el sendero que desembocaba en la pradera. Parecía asegurada y protegida contra toda desgracia, más hermosa que nunca. Mientras estaba contemplándola desde la collada, me di cuenta, quizá por primera vez y con un extraño sentimiento de asombro y orgullo, de que aquélla era mi casa, que yo pertenecía a Manderley y Manderley era mío. Árboles, césped y macetones se reflejaban en los cristales de los graciosos ajimeces. Una delgada columna de humo ascendía de una de las chimeneas. El césped recién segado de la pradera tenía el dulce perfume del heno. Un mirlo cantaba desde el castaño. Una mariposa amarilla me precedió a la terraza, trezando en el aire su vuelo alocado.

Entré en el hall y pasé el comedor. La mesa aún estaba puesta para mí, pero ya habían quitado el cubierto de Maxim. En el aparador me aguardaban algunos fiambres y una ensalada. Dudé un momento; pero luego hice sonar el timbre y apareció Robert detrás de la mampara.

–¿Ha venido el señor? –le pregunté.

–Sí, señora. Vino dadas las dos, comió ligero y se volvió a marchar. Preguntó por la señora, y Frith contestó que la señora había bajado a ver el barco.

–¿No dijo cuándo volvería?

–No, señora.

–Puede que bajase a la playa por otro camino y se haya cruzado conmigo.

–Sí, señora.

Miré los fiambres y la ensalada. No tenía apetito.

–¿Va a comer la señora?

–No. Pero podría usted llevarme a la biblioteca un poco de té, sin pastas ni bizcochos. Nada más que un poco de pan con mantequilla.

Me fui a la biblioteca y me senté delante de la ventana, echando de menos a *Jasper*, quien supuse se había marchado con Maxim. La perra estaba durmiendo en su cesto. Cogí *The Times* y comencé a pasar las hojas, sin leer nada. Era desagradable aquella sensación de estar esperando algo, como quien aguarda en la antesala de un dentista. Me sentí incapaz de ponerme a hacer punto o de leer un libro. Tenía que limitarme a esperar, a esperar algo imprevisto. El horror sentido aquella mañana, el naufragio luego y el no haber comido, todo se combió para suscitar en mí una inquietud inusitada y que, en realidad, no acertaba a analizar. Era como si presintiera que había comenzado improvisadamente una nueva etapa de mi vida, completamente distinta de la anterior. Aquella chiquilla que se había vestido la noche antes para el baile de máscaras ya no existía. Aquello ocurrió hacía ya mucho tiempo. La que estaba ahora sentada ante la ventana era otra.

Sirvió Robert el té y comencé a comer el pan y mantequilla, con hambre. Además del pan me llevó unos *scones*, unos emparedados y un trozo de bizcocho. Supongo que le pareció denigrante servir solamente pan con mantequilla, cosa sin precedente en Manderley. Me comí con gusto los *scones* y el bizcocho, recordando que únicamente había tomado, por todo desayuno, una taza de té frío a las once y media. Robert entró en el momento que terminaba yo mi tercera taza de té.

–Permítame la señora: ¿no ha vuelto el señor?

–No. ¿Pregunta alguien por él?

–Sí, señora; el capitán Searle, el jefe del puerto de Kerrith, está al teléfono. Pregunta si podría venir a hablar con el señor personalmente.

–No sé qué decirle. A lo mejor no vuelve hasta muy tarde.

–Sí, señora.

–Dígale que vuelva a llamar a las cinco.

Salió Robert del cuarto, pero a los pocos minutos volvió a entrar.

–Señora, el capitán Searle quisiera ver a la señora, si no la molesta –dijo Robert–. Dice que se trata de un asunto urgente. Ha llamado al señor Crawley, pero no ha contestado nadie por aquel teléfono.

–¡Ah! Pues, desde luego, dígale que si el asunto es urgente, que venga cuando quiera y le recibiré. ¿Tiene coche?

–Creo que sí, señora.

Salió Robert. ¿Qué le iba yo a decir a Searle? Seguro que vendría a hablar de algo relacionado con el barco encallado, pero no comprendía qué tendría Maxim que ver con esto. Si el barco hubiera encallado dentro de la cala, sería otra cosa, pues ésta pertenecía a Manderley. Acaso quisiera pedir permiso a Maxim para volar unas rocas o para lo que sea, que se hace cuando hay que poner un barco a flote. El pobre Searle iba a perder el tiempo hablando conmigo.

Debió de subir a su coche en cuanto acabó de hablar con Robert, pues aún no había pasado un cuarto de hora cuando me lo anunciaron, y entró en la biblioteca.

Iba todavía de uniforme, como yo le había visto por la tarde temprano, con los gemelos. Me levanté y le di la mano, diciéndole:

–Siento que no haya vuelto mi marido. Debe de haber bajado otra vez a la playa. Antes estuvo en Kerrith. No le he visto en todo el día.

–Sí, ya me he enterado de que estuvo en Kerrith, pero no hemos coincidido allí –dijo el jefe del puerto– Supongo que volvió andando, mientras iba yo en la gasolinera hacia allá. Tampoco he podido dar con el señor Crawley.

–Esto del barco ha sacado de sus casillas a todo el mundo. Yo misma, por estar en las peñas, me he quedado sin comer. El señor Crawley estuvo allí más temprano. ¿Qué van a hacer con el barco? ¿Podrán ponerlo a flote los remolcadores

Searle trazó en el aire un gran círculo.

–Tiene un agujero así de grande en el casco. Ese no volverá más a Hamburgo. Pero dejemos el barco. Sus propietarios y el agente del Lloyd se encargarán de él. No he venido a hablarle acerca del barco, aunque indirectamente sea la causa de mi visita. Tengo una noticia para su marido, y la verdad es que no sé cómo... decírsela.

Y al decir esto fijó sobre mí sus ojos, de color azul oscuro.

–¿Qué clase de noticia, capitán?

Sacó un gran pañuelo del bolsillo y se sonó las narices.

–Pues.... itampoco me resulta muy agradable decírselo a usted! Créame que no quisiera por nada del mundo darles un disgusto a usted ni a su marido. Todos le queremos en Kerrith, pues la familia siempre ha hecho mucho bien allí. Es una mala suerte para usted y para él que no podamos dejar en paz el pasado. Pero no sé cómo lo podemos evitar, en vista de lo ocurrido.

Hizo una pausa, volvió a meter el pañuelo en el bolsillo, y continuó en voz baja, aunque estábamos solos en la habitación.

–Mandamos a un buzo que examinara el casco, y cuando estaba allá abajo, descubrió una cosa. Parece que encontró el agujero del casco, y cuando fue hacia el otro costado para ver qué averías había sufrido allí el barco, se encontró con el casco de un velero pequeño, tumbado de costado, pero, al parecer, en buen estado e intacto. Es un hombre de estos alrededores y reconoció en seguida el barquito

que perteneció a la primera esposa del señor De Winter.

Lo primero que se me ocurrió fue dar gracias a Dios de que Maxim no estuviera allí para escuchar aquello. Un nuevo golpe, a continuación de mi mascarada de la noche anterior, hubiera sido sangriento y horrible.

–¡Cómo lo siento! –dije, hablando despacio– ¡Quién se lo iba a figurar! Pero ¿hace falta decírselo a mi marido? ¿No podrían dejar el barquito donde está? Allí no hace daño a nadie, ¿verdad?

–Allí lo dejaríamos, señora, si no fuera por otra cosa. jamás se me ocurriría a mí moverlo de allí. Y repito que daría cualquier cosa por ahorrar a su marido un disgusto. Pero es que no le he dicho todo aún. El buzo se puso a fisgar en el barquito y descubrió algo más importante. La puerta del camarote estaba cerrada, intacta, y las ventanillas también estaban cerradas. Rompió una con una piedra del fondo y miró en el camarote. Estaba lleno de agua, que entró, seguramente, por algún agujero en el casco, pero, por lo demás, parecía estar todo en orden. Y entonces fue cuando el buzo se llevó el susto más grande de su vida.

Calló Searle y miró hacia atrás, como si algún criado pudiera oírle. Luego dijo en voz baja:

–Vio un cadáver en el suelo del camarote. Claro que no quedaban más que los huesos. Pero no le cupo duda de que era una persona. Vio la cabeza y las extremidades. Entonces subió y me lo dijo inmediatamente. Y ahora comprenderá por qué tengo que ver a su marido.

Me quedé mirándole, primero sorprendida y luego horrorizada y con malestar indefinible.

–Pero, ¿no se dijo que iba sola? –dije en voz baja–. Por lo visto, no fue así, y salió alguien con ella.

–Así parece.

–¿Quién sería? Los parientes de quien fuera... hubieran notado la desaparición... ¡Se habló tanto del asunto! ¡Todos los periódicos estaban llenos de referencias de lo ocurrido! Y ¿cómo es posible que, habiendo alguien en el camarote, a ella se la encontrase a tanta distancia, pasados varios meses?

Searle sacudió la cabeza y dijo:

–Sé tanto como usted. Todo lo que podemos decir es que allí hay un cadáver, y que hay que comunicarlo. Y no sé cómo nos las vamos a arreglar para que no corra la voz. Es una mala suerte para usted y su marido. Están ustedes tan tranquilos, deseando ser felices... y se les viene ahora esto encima.

Comprendí entonces el presentimiento que había tenido. Lo que lo suscitó no fue el barco encallado, ni la delgada y negra chimenea apuntando a tierra, ni los chillidos de las gaviotas, sino las aguas tranquilas y oscuras y las cosas desconocidas que descansaban bajo ellas, y el buzo bajando a aquellas profundidades frías y tranquilas para hallar el barco de Rebeca y al compañero, muerto, de ésta. Mientras el buzo tocaba el barco y miraba dentro del camarote, yo estuve allá, en las peñas, sin saber lo que pasaba.

–¡Si no tuviéramos que decírselo a mi marido! ¡Si pudiéramos ocultarle todo eso!

–Usted sabe que lo haría, si me fuera posible, señora, pero mis deseos personales no cuentan en un asunto así. Tengo que cumplir con mi deber y comunicar oficialmente el hallazgo del cadáver.

Se interrumpió de repente, pues en aquel momento se abrió la puerta y entró Maxim.

–¿Qué pasa? No sabía que estaba usted aquí, capitán; ¿ocurre algo?

No pude soportar más y salí del cuarto, cobardemente, cerrando la puerta detrás

de mí. Ni siquiera miré a Maxim a la cara, pero me dio la impresión de que estaba cansado, con el pelo revuelto y sin sombrero.

Me fui a esperar junto a la puerta del hall. *Jasper* bebía ruidosamente en su cacharro, y cuando me acerqué movió alegre el rabo para luego continuar bebiendo. Cuando hubo terminado, se puso en dos patas, arañándose en la falda. Le di un beso en la cabeza y salí a sentarme en la terraza. Había llegado el momento crítico y no había más remedio que hacerle frente. Tendría que conseguir dominar mis pasados miedos, la falta de seguridad en mí misma, mi timidez y aquella desesperante sensación de insignificancia. Si fracasaba en aquella ocasión, el fracaso sería definitivo. Nunca tendría otra oportunidad. Recé, pidiendo valor; recé con desesperación, hincándome las uñas en las palmas de las manos. Allí estuve unos cinco minutos, contemplando la verde pradera y los floridos macetones de la terraza, hasta que oí el motor de un automóvil que arrancaba, y supuse que sería el de Searle. Ya se lo había dicho a Maxim, y ahora se iba. Me levanté y fui lentamente hacia la biblioteca, pasando por el hall, jugando con los caracoles que me había dado Ben, y que aún llevaba en el bolsillo, apretándolos fuertemente entre los dedos.

Maxim estaba de pie junto a la ventana, dándome la espalda. Me detuve junto a la puerta, pero no se volvió. Saqué las manos de los bolsillos y fui acercándome a él. Cuando estuve a su lado, le cogí una mano y la alcé, para apoyar la cara sobre ella. No dijo nada ni se movió.

–Maxim –le dije en voz muy baja–. Maxim, no sabes lo que siento esto. Lo siento, con toda el alma, con todo mi corazón.

No me contestó. Tenía la mano helada. La besé, primero en el dorso, luego en todos los dedos, uno por uno.

–No quiero que pases solo este mal rato. Quiero ayudarte y compartirlo contigo. He crecido en estas últimas veinticuatro horas. Ya he dejado de ser una niña.

Me abrazó, apretándome con fuerza contra su pecho, y entonces se disiparon, como por encanto, mi timidez y temor.

–Me has perdonado, ¿verdad? –le dije.

Por fin, habló:

–¿Perdonado? ¿Qué tengo yo que perdonarte?

–Lo de anoche. Creíste que lo había hecho adrede.

–¡Ah! ¡Eso! ¡Ni me acordaba ya! Me enfadé contigo, ¿no?

–Sí.

Volvió a callar, pero continuó apretándome contra él.

–Maxim, ¿no podemos comenzar de nuevo? ¿No podemos empezar hoy otra vez y hacer frente juntos, de hoy en adelante, a todo lo que haga falta? No voy a decirte que me quieras, porque no quiero pedirte imposibles; sólo quiero ser tu amiga, tu compañera, como si fuera un chico. No te pido más.

Me cogió la cara entre las manos y me miró. Noté entonces, por primera vez, que tenía la cara descompuesta, cansada, surcada de arrugas y ojerosa.

–¿Me quieres mucho? –me preguntó.

No pude contestar. No pude hacer otra cosa sino continuar mirándole a los ojos, oscuros y atormentados; a la cara, pálida y desencajada.

–Es demasiado tarde –añadió, con una palabra cariñosa–. Hemos perdido las pocas probabilidades que teníamos de ser felices.

–No, no; Maxim, no.

–Sí; ya se acabó todo. Ha ocurrido lo que tenía que ocurrir.

–¿El qué?

–Lo que siempre he temido; lo que ha sido mi pesadilla un día y otro día, una noche y otra noche. No estaba escrito que tú y yo fuésemos felices.

Se sentó en el banco de la ventana, y yo me arrodillé delante de él, con mis manos sobre sus hombros.

–¿Qué quieres decir?

Puso sus manos sobre las mías, me miró fijamente y me dijo:

–Rebeca ha ganado.

Le miré angustiada, con el corazón latiéndome descompasadamente, mientras se me quedaban frías las manos bajo las suyas.

–Su sombra se interpuso entre nosotros –dijo–; su sombra maldita nos separa. ¿Cómo iba yo a poder abrazarte así, encanto mío, amor mío, mientras el miedo de que ocurriera lo que ha ocurrido no me dejaba vivir? En seguida se me venía a la memoria la mirada que me lanzó antes de morir, y su sonrisa sarcástica y falsa. Ella sabía, incluso entonces, que esto ocurriría; sabía que, al final de cuentas, ella ganaría la partida.

–¡Maxim! –le dije en voz baja–. ¿Qué estás diciendo? ¿Qué es lo que quieres darme a entender?

–Su yate. Lo han encontrado. El buzo lo encontró esta tarde.

–Ya, ya lo sé, Searle vino a decírmelo. Estás pensando en el cadáver que el buzo vio en el camarote, ¿no?

–Sí.

–Eso quiere decir que no iba sola, que aquella noche Rebeca salió acompañada, y ahora tú tienes que averiguar quién era. ¿No es eso?

–No, no es eso. No comprendes.

–Sea lo que sea, Maxim, te quiero, y quiero ayudarte, quiero estar junto a ti para compartirlo todo.

–Rebeca estaba sola. No iba nadie con ella.

Continué de rodillas, mirándole cara a cara, mirándole a los ojos.

–El cadáver que hay en el camarote –dijo– es el de Rebeca.

–¡No, no puede ser!

–Sí. La mujer enterrada en el panteón no es Rebeca. Es el cuerpo de una mujer desconocida que nadie reclamó, que nadie sabe de dónde salió. No hubo tal accidente. Rebeca no se ahogó. A Rebeca la maté yo de un tiro, estando en la casita de abajo. Llevé el cuerpo al camarote, salí al mar con el barquito y lo hundí allí, aquella noche, donde lo han encontrado hoy. La que está en el suelo del camarote es Rebeca. ¿Quieres mirarme ahora a los ojos y decirme que me quieres?

Capítulo XX

No se oía ni un ruido en la biblioteca, excepto el que hacía *Jasper*. Seguramente se había clavado una espina, pues no dejaba de lamerse la pata. Luego oí el reloj de Maxim, pegado a mi oído. Ruidos corrientes, ruidos iguales que los de cualquier otro día, que no sé por qué me trajeron a la cabeza un estúpido refrán de mis tiempos de colegio, que decía: «Tiempo y mareas, a nadie esperan». Pero sus palabras se repetían dentro de mi cabeza, una y otra vez: «Tiempo y mareas, a nadie esperan». Estos eran los únicos ruidos que se oían en la biblioteca; el tictac del reloj de Maxim, y *Jasper*, que se lamía una pata, tumbado en el suelo junto a mí.

He oído decir que cuando se recibe un golpe violento, una herida mortal, o cuando nos arrancan un miembro, al principio no se nota nada. Si le cortan a uno una mano, no se entera durante algunos minutos de que la ha perdido, y sigue creyendo notar los dedos. Cree estirar la mano, teclear con los dedos y estirarlos uno a uno, y sigue uno sin darse cuenta de que ya no tiene ni mano ni dedos. Estaba yo de rodillas junto a Maxim, mi cuerpo contra su cuerpo, ni miedo, ni horror. Nada. Estaba pensando en que tenía que sacarle la espina a *Jasper* y preguntándome si Robert se llevaría pronto el servicio del té. A mí misma me pareció extraordinario estar pensando en tales cosas: la pata de *Jasper*, el reloj de Maxim, Robert y el té, y me avergonzó no sentir más emoción ni preocupaciones. Pero poco a poco, me dije, acaso dentro de un rato, me volverían los sentidos y lo comprendería todo. Lo que me acababa de decir y cuanto había ocurrido, cada cosa se colocaría en su sitio, como las piezas de un rompecabezas, para formar un cuadro comprensible. Pero, por el momento, como si no tuviera corazón, ni cabeza, ni sentidos. Como si fuese un muñeco de madera que Maxim tuviera en sus brazos.

En esto comenzó Maxim a darme besos y más besos. Nunca me había besado así. Me sujetó la cabeza con las manos y cerré los ojos.

–¡Te quiero tanto! –murmuró–. ¡Tanto!

Día tras día, noche tras noche, había estado yo esperando oírle decir eso. Y ¡al fin!, me lo estaba diciendo. Había esperado que me lo dijera en Montecarlo, en Italia, en Manderley... Pero lo estaba diciendo ahora. Entreabrí los ojos y vi un pedacito de cortina por encima de su cabeza. Continuó besándome, con locura, con desesperación, repitiendo mi nombre. Seguía mirando el mismo pedacito de cortina, y noté que estaba más pálido que la pieza de arriba, por haberlo descolorido el sol. «¡Qué tranquila estoy! –me dije–. ¡Qué serena! ¡Estoy mirando un pedazo de cortina, mientras Maxim me besa y me dice, por primera vez, que me quiere! »

De repente, dejó de besarme, me apartó de sí y se levantó del banco.

–¿Ves? Tenía yo razón –me dijo–. Es demasiado tarde. Ya no me quieres. ¿A santo de qué ibas a quererme ahora?

Se alejó, quedándose de pie delante de la chimenea. Luego continuó hablando:

–Olvidemos lo ocurrido ahora mismo. No volveré a besarte.

Una ola de comprensión me inundó al punto, y me saltó el corazón en el pecho, presa de un terror pánico y repentino:

–¡No! ¡No! ¡No es tarde! –dije rápidamente, y levantándome fui hacia él y le eché los brazos al cuello– ¡No lo digas! No comprendes. Te quiero más que a nada en el mundo. Pero cuando me besaste perdí la cabeza. Me quedé... aturdida, atontada. No sentía nada. No pude comprender lo que me pasaba. Me quedé como si hubiese perdido los sentidos.

–No me quieres. Por eso no sentiste nada. Lo sé y lo comprendo. He llegado demasiado tarde para tí, ¿verdad?

–¡No!

–Eso tenía que haber ocurrido hace cuatro meses. Debí suponerlo. Las mujeres no sois como los hombres.

–Maxim, ibésame! ¡Quiero que me des más besos!

–No; ya es inútil.

–Pero..., ¡ahora no podemos separarnos ya! ¡Ahora estaremos siempre unidos, juntos, sin secretos, sin fantasmas. ¡Anda! ¡Te lo pido yo!

–Ya no hay tiempo, Puede que sólo nos queden unas horas, o unos días. ¿Cómo vamos a estar juntos después de lo que ha pasado? ¿No te he dicho que han descubierto el yate, que han encontrado a Rebeca?

Le miré como una estúpida, sin comprender.

–¿Qué van a hacer? –le pregunté.

–Identificarán el cadáver. No les será difícil. Encontrarán su ropa, sus zapatos, sus sortijas en los dedos... Eso es lo que harán: identificar el cadáver. Luego se acordarán de la otra, de la que está enterrada en el panteón.

–¿Qué vas a hacer? –dije en voz baja.

–¡No lo sé! ¡No lo sé!

Poco a poco me fueron volviendo los sentidos, como había supuesto. Ya no tenía las manos frías, sino pegajosas y calientes. Sentí cómo una oleada de sangre me aflucía a la cara y a la garganta. Me ardían las mejillas. Pensé en Searle, en el buzo, en el agente del Lloyd y en todos los marineros del barco encallado asomados a la borda, mirando al agua. Pensé en los senderos de Kerrith, en los chicos de recados, que siempre iban silbando, en el párroco cuando salía de la iglesia, en lady Crowan cortando flores de su jardín, en la mujer del traje rosa y en su hijo jugando en las peñas. Pronto sabrían todo lo ocurrido. Dentro de unas horas. Al día siguiente, a la hora del desayuno. «Han encontrado el yate de los Winter, y dicen que en el camarote han descubierto un cadáver.» Un cadáver en el camarote. Allí estaba Rebeca, tirada en el suelo del camarote. No estaba en el panteón. La que estaba en el panteón era otra. Rebeca no se había ahogado. Maxim la había matado. Le había disparado un tiro cuando estaban en la casita junto al bosque. Había llevado luego el cadáver al yate, y había hundido este. ¡Aquella casita gris y callada, donde el agua golpeaba sobre el tejado! Todas estas piezas del rompecabezas fueron quedando colocadas en su sitio. Pero otras cosas, sin hilación, cruzaban como centellas por mi pobre cabeza aturdida. Maxim, sentado en el coche, a mi lado, que me decía, allá en el sur de Francia: «Hace casi un año me ocurrió una cosa que cambió toda mi vida. Y he tenido que comenzar a vivir de nuevo». Los silencios de Maxim y sus malos humores. Por eso no hablaba nunca de Rebeca. Por eso ni mencionaba su nombre. Y el odio que tenía a la casita de piedra, y a la playa, ¡claro! «Si tuvieras mis recuerdos, tampoco irías allí.» Por eso subió el sendero de aquella manera, sin volver la cabeza. Y sus paseos de un lado a otro en la biblioteca, cuando murió Rebeca. Arriba y abajo. Arriba y abajo. «Ha sido un viaje muy precipitado», o algo así, le dijo a la señora Van Hopper, con un surco en la frente, fino como un hilillo de araña. «Dicen que no puede olvidar la muerte de su mujer.» El baile de trajes. ¡Y yo bajé vestida con el traje de Rebeca! «Yo la maté. Le disparé un tiro estando en la casita de abajo», me dijo Maxim. Y... ahora el buzo la había encontrado tirada en el suelo del camarote.

–¿Qué vamos a hacer? –dije–. ¿Qué vamos a decir?

No respondí. Estaba en pie, delante de la chimenea, mirando con los ojos muy abiertos al vacío, sin ver nada.

–¿Lo sabe alguien?

Sacudí la cabeza y respondí:

–No.

–¿Nadie? ¿Nadie, más que tú y yo?

–Tú y yo nada más.

–Frank –dije de repente–. ¿Estás seguro de que Frank no lo sabe?

–¿Cómo lo va a saber? Estaba yo completamente solo. Era de noche.

Se calló y, sentándose en una silla, apoyó la cabeza sobre una mano. Fui junto a él y me arrodillé a su lado. Le separé las manos de la cara y busqué sus ojos con los míos.

–Te quiero –susurré–. Te quiero. ¿Me creerás ahora?

Me besó la cara y las manos. Me cogió luego éstas, apretándolas mucho, como un niño que así busca valor.

–Creí que iba a volverme loco, sentado aquí un día y otro día, esperando a que sucediera algo. Sentado en el escritorio, contestando a aquellas terribles cartas de pésame. Luego, las gacetillas en los periódicos, los reporteros, las entrevistas, todas esas mil cosas que ocurren cuando muere alguien. Tratando de conservar la cabeza, comiendo, bebiendo, en presencia de Frith, de los criados, de la señora Danvers, a quien no me atrevía a despedir porque, conociendo como conocía a Rebeca, podría haber adivinado o sospechado algo...; y Frank, siempre junto a mí, discreto, comprensivo. «¿Por qué no te vas? –me decía–. Ya me las arreglaré yo sin ti»; y Giles y Be, la inoportuna de Be: «Tienes muy mala cara. ¿Por qué no te vas a que te vea un médico?» Tuve que hacer frente a todos, sabiendo que cada palabra que pronunciaba era una mentira.

Continué apretándole las manos entre las mías, muy cerca de él, muy cerca.

–Una vez estuve a punto de decírtelo todo –continuó–. Fue el día que *Jasper* se escapó a esa playa y tú entraste en la casita a buscar una cuerda. Estábamos aquí, sentados, y cuando casi estaba decidido a hablar, entraron Frith y Robert con la merienda.

–Sí, me acuerdo. ¿Por qué no me lo contaste todo entonces? ¡El tiempo que hemos perdido de estar juntos, todos estos días, todas estas semanas!

–¡Te notaba tan lejos de mí! –dijo Maxim–. ¡Marchándote continuamente al jardín, por tu cuenta, sólo acompañada por *Jasper*! ¡Nunca viniste a mí, como ahora!

–¿Por qué no me lo contaste todo? ¿Por qué? ¡Dios mío! –murmuré.

–Creí que te aburrías y que no eras feliz, ¡Te llevo tantos años! ¡Me parecía que hasta con Frank te encontrabas más a gusto y hablabas con más confianza! Conmigo siempre estabas retraída, rara, como tímida.

–¿Cómo iba a acercarme a ti, si sabía que siempre estabas pensando en Rebeca? –le dije–. ¿Cómo iba a pedirte que me quisieras, si comprendía que aún querías a Rebeca?

Me acercó aún más a él y me miró fijamente a los ojos.

–¿Pero qué estás diciendo? ¿Qué quieres decir? –me preguntó.

Aún de rodillas, me enderecé y le contesté:

–Si alguna vez me tocabas, me parecía que me estabas comparando con Rebeca. Cuando me hablabas, cuando me mirabas o salías conmigo a dar un paseo por el jardín, notaba que me estabas diciendo: «Esto es lo que hacía con Rebeca, y esto, y esto...»

Se quedó mirándome asombrado, como si no comprendiera mis palabras.

–¿No era eso lo que sentías? –le pregunté.

–¡Dios mío! –dijo, y luego se levantó y comenzó a pasear agitadísimo por la habitación.

–¿Qué pasa? ¿Qué te ocurre? –le pregunté.

Se volvió rápidamente hacía mí, mirándome desde lo alto, según estaba yo acurrucada en el suelo.

–Entonces... ¿crees que yo estaba enamorado de Rebeca? ¿Crees que la maté porque la quería? ¡La odiaba, te digo que la odiaba! Nuestro matrimonio fue una farsa desde el primer momento. Rebeca era un ser vicioso, corrompido, despreciable por todos conceptos, absolutamente por todos. Nunca nos quisimos ni jamás gozamos juntos un instante de felicidad. Era incapaz de querer a nadie, incapaz de sentir la más mínima ternura o de tener un rasgo de nobleza. ¡Ni siquiera era normal!

Continué sentada en el suelo, abrazándome las rodillas, mirándole estupefacta.

–Eso sí, era lista –continuó–; endiabladamente lista. Nadie hubiera sospechado, al conocerla por primera vez, que no fuese la más buena, la más generosa, la más admirable entre todas las mujeres del mundo. Sabía divinamente lo que tenía que decir a cada uno, y ponerse a tono con cualquiera. Si te hubiera conocido a ti, te habría llevado al jardín, muy cogida de tu brazo, llamando a *Jasper*, y charlando de flores, de música, de pintura, de lo que adivinara ser tu ocupación predilecta; y te habría engatusado, como hacía con todo el mundo. Hubieses caído a sus pies, conquistada, dispuesta a adorarla.

Siguió paseando por la biblioteca, de un lado al otro, sin parar.

–Cuando me casé con ella, todos me dijeron que podía considerarme el hombre más feliz del globo. ¡Era tan bonita, tan divertida, tan encantadora! Hasta la abuelita, que en aquellos tiempos era la persona más difícil de conquistar, cayó en sus redes desde el primer momento: «Tiene las tres cosas que importan en una mujer –me dijo un día–: sangre limpia, inteligencia y belleza». Y yo lo creí o me obligué a creerlo. Pero desde un principio nació en mí una clarísima sospecha, tenía algo en los ojos...

Una vez más, las piezas del rompecabezas se iban ordenando ante mis ojos, y la auténtica Rebeca se fue perfilando ante mí, salida del mundo de las sombras, como el retrato que, desprendiéndose de la tela del cuadro, bajase desde la pared para convertirse en un ser vivo. Rebeca, fustigando airada a los caballos; Rebeca, dispuesta a apurar la copa de la vida; Rebeca, triunfadora, asomada a la galería de los Trovadores, con una sonrisa en los labios...

Me vi en la playa, junto al pobre y asustado Ben, que decía: «Usted es buena, usted no es como la otra. No me mandará al asilo, ¿verdad?» Por los bosques de Manderley vagaba una mujer, alta y esbelta, una mujer que daba la sensación de ser una serpiente.

Pero Maxim, sin dejar de pasear, estaba hablando:

–Pronto me enteré de la clase de persona que era: a los cinco días de casados. ¿Te acuerdas de aquella vez que te llevé en coche a la cima de una de las montañas de Montecarlo? Fui allí porque quise visitar otra vez aquel sitio, para recordar. Allí fue donde, sentada, riendo, con el pelo suelto al viento, me dijo cosas acerca de ella misma que jamás podré repetir a un ser humano. Entonces comprendí lo que había hecho y con quién me había casado. «Sangre limpia, inteligencia y belleza.» ¡Dios!

Se interrumpió bruscamente y paróse junto a la ventana que miraba a la pradera. Y se puso a reír, a reír... No pude soportar aquellas terribles carcajadas, que me aterraban, y grité:

–¡Maxim! ¡Maxim!

Encendió un cigarrillo, y permaneció callado unos instantes, junto a la ventana, para luego renovar sus paseos por la habitación.

–Estuve a punto de matarla entonces... Hubiera sido muy fácil; un paso en falso... un pie que se va... ¿Te acuerdas del precipicio? ¡Buen susto te di!, ¿no? Creíste que me había vuelto loco. Y puede que lo estuviera. Puede que ahora mismo lo esté. Es fácil perder el juicio cuando llevamos un demonio dentro.

No podía dejar de mirarle, paseando sin cesar de arriba abajo...

–Allá, al borde del precipicio, me hizo una propuesta: «Yo llevaré tu casa –me dijo–, y lograré hacer de ella la más famosa y conocida del reino, si quieres. Vendrá la gente a visitarnos y nos envidiarán y hablarán de nosotros, para decir que somos la pareja más feliz, la de más suerte, la más simpática de toda Inglaterra. ¿No crees que será divertido? ¿Que será para morir de risa?» Esto me lo dijo allí, sentada al borde del precipicio, riendo, mientras destrozaba una pobre florecilla con los dedos.

Tiró el cigarrillo, casi recién encendido, a la apagada chimenea.

–No la maté. No hice nada. No pude hablar siquiera, sino únicamente mirarla y dejar que se riera. Subimos juntos al coche y juntos nos fuimos de allá. Demasiado sabía ella que yo haría lo que ella me había dicho; venir a Manderley, dar fiestas, convidar a la gente, y dejar que todo el mundo hablase de nuestro matrimonio, como si fuera el más feliz de los últimos cien años. Ella sabía que yo sacrificaría mi orgullo y mi honor y mis sentimientos, que lo sacrificaría todo en absoluto, antes de tener que explicar a todos mis amigos lo que, al cabo de una semana de casados, me había dicho mi mujer. Demasiado sabía ella que yo era incapaz de acusarla ante un tribunal, en demanda de divorcio, para convertirlo en el escándalo del día, incapaz de tolerar que los periódicos publicasen tanta inmundicia, y que los veraneantes de Kerrith se agolparan ante las verjas de Manderley, diciendo: «Ahí viene ese que se divorció hace poco. ¿No te acuerdas que lo leímos hace unos días en el periódico? ¡Qué cosas dijo el juez acerca de la mujer...!»

Se paró ante mí, con las manos extendidas, y me dijo:

–Me desprecias, ¿verdad? No puedes comprender mi vergüenza, ni mi horror, ni mi asco, ¿no?

No respondí, pero, cogiéndole las manos, las apreté contra mi pecho. No me importaba su vergüenza. No me importaba nada de lo que me estaba diciendo. Una sola cosa tenía importancia para mí, y ésa me la estaba repitiendo interiormente desde que la oí. Maxim no quería a Rebeca. Nunca habían disfrutado juntos de un solo momento de felicidad. Hablaba y hablaba, pero todas aquellas palabras que oía ya carecían de significado.

–Mi pecado fue de amor, de amor por Manderley, ante el cual todo lo sacrifiqué. Tal vez fue un error. Ni Cristo ni su Iglesia nos enseñan a amar unas piedras, unos ladrillos, unos muros, ni nada dicen del cariño que un hombre puede llegar a tener por su terruño, por su solar, por su diminuto reino. Es un amor que no tiene cabida en el Credo.

–¡Maxim! ¡Maxim mío! ¡Te quiero! –le dije, y acariciándome la cara con sus manos, posé mis labios sobre ellas.

–¿Comprendes? –me preguntó– ¿Tú comprendes? ¡Di, di!

–Sí, comprendo; lo comprendo todo y te quiero. Rehuí su mirada, sin embargo, para que no me viera la cara. ¿Qué podía importar que yo comprendiera o dejara de comprender? Mi corazón se sentía ligero como una pluma que flota en el aire. Maxim no había querido nunca a Rebeca.

–No quiero volver la vista hacia aquellos años. Ni siquiera quiero hablarte de ellos, de su ignominia y vergüenza. Toda nuestra vida era una mentira, una farsa sórdida y vil, que los dos representábamos delante de los amigos, de la familia, de los criados, de personas tan fieles y dignas como el pobre Frith. Aquí, en casa, nadie sospechó nunca de ella, y la admiraban, sin saber cómo se reía de ellos en cuanto volvían las espaldas, ridiculizándolos, imitándolos entre carcajadas. Me acuerdo de los días en que la casa se llenaba de gente, por uno u otro motivo, una fiesta en los jardines, una cabalgata histórica. Se la veía entonces yendo de un lado para otro, con aquella sonrisa angelical, muy cogida de mi brazo, para luego repartir regalos a los niños..., y al día siguiente se levantaba con el alba y se iba en coche a Londres, conduciendo como una energúmena, por llegar antes a un piso que tenía junto al río, a aquella inmunda madriguera en la que se recogía como un animal, para volver luego a Manderley el sábado, al cabo de cinco días de aborrecible iniquidad. Yo cumplí lo acordado, por mi parte. Nunca dije nada a nadie. Fue su gusto maldito el que convirtió a Manderley en lo que es hoy. Los jardines, los setos, hasta las azaleas del Valle Feliz... Nada de eso existía en tiempos de mi padre. La finca, entonces, estaba bellísima, eso sí, pero salvaje y descuidada, con una belleza peculiar,

pidiendo a voces los cuidados, el tiempo y el dinero que mi padre nunca quiso dedicarle, y que, de no haber sido por Rebeca, tampoco a mí se me hubiera ocurrido. La mitad de las cosas que ves hoy en la casa no estaban aquí cuando ella vino. El salón, tal como está, el gabinete..., todo son cosas de Rebeca. Esa sillaría que Frith enseña con tanto orgullo los días de público, y aquel repostero de la pared.... Rebeca. Desde luego, algunas de ellas las teníamos antes de casarnos, mas en desvanes y cuartos de trastos, pues mi padre no entendía de muebles ni de cuadros; pero la mayor parte de lo que hay aquí lo compró Rebeca. La belleza del Manderley que tú conoces, el Manderley de que la gente habla y el que la gente pinta y retrata... es obra de Rebeca.

Continuaba yo callada, apretándome contra él. Quería que continuase hablando, para que se desahogara y echara fuera todo el veneno que durante tantos años le había estado corroyendo; todo el odio, toda la repugnancia e inmundicia acumulados durante los años que pasó en silencio.

–Así vivimos, mes tras mes, año tras año, callando yo y aguantándolo todo..., por Manderley. Lo que hiciera en Londres, no me importaba, porque no perjudicaba a Manderley. Durante los primeros años supo disimular cuidadosamente su conducta, y nadie sospechó nada ni remotamente; pero luego, poco a poco, fue abandonando las precauciones. Ya sabes lo que ocurre cuando un hombre empieza a beber. Al principio, no abusa, bebe todos los días, pero con cierta moderación, contentándose con una borrachera cada cinco o seis meses; pero pronto comienza a perder el dominio de sí mismo y bebe hasta embriagarse una vez al mes, cada quince días, todas las semanas, un día sí y otro no... Acaba por no poder resistir, y desaparece toda cautela. Eso fue lo que le ocurrió a Rebeca. Empezó a convidar a Manderley a sus amigos. Al principio sólo era uno o dos, y mezclados entre los demás invitados pasaban inadvertidos. Luego, comenzó a dar meriendas en la casita de abajo. Una vez volví de una cacería en Escocia y me encontré con media docena de amigos aquí, gente a quien yo no había visto en la vida. La amonesté, pero se limitó a encogerse de hombros, y a decirme: «¿A ti qué diablos te importa?» Le dije que tuviera en Londres las amistades que quisiera, pero que Manderley era mío, y que tenía que cumplir lo pactado. Sonrióse y no me respondió. Fue entonces cuando comenzó a poner cerco al pobre Frank, ¡a Frank!, y su fidelidad y timidez le hicieron venir a decirme un día que se quería marchar de Manderley a buscar otra ocupación. Estuvimos discutiendo dos horas, aquí mismo, en la biblioteca, hasta que, al fin, comprendí lo que ocurría. Le acosé a preguntas y le obligué a confesarme lo que pasaba. Rebeca no le dejaba en paz ni a sol ni a sombra; iba a su casa continuamente, y siempre estaba convidándole a la casita de la playa. ¡Pobre Frank! ¡Tan bueno y honrado y fiel! Jamás se había figurado la verdad y nos creía un matrimonio normal y feliz, como nosotros aparentábamos serlo.

»Fui a Rebeca –contínuó– y le eché en cara su conducta. Se puso hecha una furia, maldiciéndome, lanzándome a la cara los más soeces insultos de su vocabulario. Fue una escena odiosa y repugnante, tras la cual se marchó a Londres a pasar un mes entero. Cuando volvió, parecía más tranquila, y creí que lo ocurrido le había servido de lección. Al poco tiempo vinieron Be y Giles a pasar unos días y me convencí de algo que ya había sospechado antes: a Be no le gustaba Rebeca. No sé, pero me parece que, a pesar de su manera de ser, brusca y franca, había adivinado lo que Rebeca era en realidad, y que algo raro pasaba entre ella y yo. Fueron unos días embarazosos y desagradables. Uno de ellos, Giles salió con Rebeca en el balandro, mientras Be y yo nos quedamos tumbados en la hierba. Cuando volvieron no hice más que ver a Giles, demasiado alegre y expansivo, sin justificación, y mirar luego a los ojos de Rebeca para comprender que se había dedicado al asedio de Giles, como antes hiciera con Frank. Aquella noche, durante la cena, me di cuenta de que Be estaba observando a Giles, que estuvo riendo toda la noche más alto que

de costumbre, y hablando hasta por los codos, mientras Rebeca, con su cara de ángel, estaba sentada a la cabecera de la mesa.

Todas las piezas del rompecabezas iban acoplándose, incluso las de forma más extravagante, para las que mis dedos torpes nunca habían encontrado un hueco adecuado: la evidente molestia de Frank cuando yo le hablaba de Rebeca; la actitud de Beatrice rehuyendo toda confidencia, y sus silencios, que yo había interpretado como cariño hacia Rebeca, y sentimiento por su muerte, cuando, en realidad, eran señales de vergüenza y azoramiento. Pensando en lo que me había ocurrido, me pregunté cuántos serían los que sufrieran sin descanso por ser incapaces de vencer su propia timidez y reserva, que al atarlos y cegarles les haría edificar una gran muralla que les impidiera ver la verdad. Así había yo inventado cuadros mentirosos, ante los cuales luego me senté, para atormentarme con su contemplación, por haberme faltado el valor de exigir el conocimiento de la verdad. Si yo hubiese dominado mi timidez y hecho el más mínimo esfuerzo por acercarme a Maxim, éste me lo hubiera contado todo cuatro o cinco meses antes.

–Ni Be ni Giles volvieron a pasar unos días en Manderley. Nunca los volví a convidar solos. Venían... oficialmente, con motivo de un baile o de una fiesta. Ni yo le dije nunca nada a Be, ni ella a mí; pero creo que adivinó la clase de vida que hacíamos, como Frank. Rebeca volvió a tener cuidado y su conducta aparente fue de nuevo irreprochable; pero, si por algún motivo me tenía que marchar de Manderley, nunca sabía yo lo que en mi ausencia podría acontecer. Con Frank y Giles no había pasado nada, pero siempre podía ocurrir que le diera por divertirse con alguien de la finca, o de Kerrith, y entonces sobrevendría lo que yo temía, estallaría la bomba del comadreo, del escándalo...

Me pareció volver a estar junto a la casita de la playa, y escuchar el golpeteo de la lluvia sobre el tejado. Vi el polvo de los barquitos sobre la chimenea; los agujeros mordidos por las ratas en el sofá; Ben, con sus ojos necios de pobre idiota, que me decía: «No me mandará usted al asilo, ¿verdad?», y la senda, oscura y pendiente que subía por el bosque... ¡Si una mujer se ocultara detrás de aquellos árboles, al moverse se oiría el frufrú de sus vestidos mezclado con el tenue respirar de la brisa nocturna!

–Rebeca tenía un primo –continuó Maxim–, un tipo que tras una larga temporada en el extranjero, había vuelto a Inglaterra. En cuanto yo me marchaba de Manderley, aparecía él. Frank le vio varias veces. Se llama Jack Favell.

–Le conozco. Vino el día que estuviste en Londres.

–¿También tú le viste? ¿Por qué no me dijiste nada? Lo supe por Frank, que vio su coche en el momento de entrar en la finca.

–No quise... porque creí que te recordaría a Rebeca.

–¡Recordármela! –dijo en voz baja–. ¡Santo Dios! ¡Como si hiciera falta que me la recordaran!

Se quedó mirando fijamente algo que no existía, y dejó de hablar unos segundos, acaso pensando, como yo, en aquel camarote inundado bajo las aguas de la bahía.

–El tal Favell se veía con ella en la casita de la playa. Rebeca decía que iba a salir en el yate, y que no volvería hasta la mañana siguiente, y lo que hacía era quedarse con él toda la noche en la casita de abajo. Volví a llamarle la atención y le dije que si encontraba aquel miserable en la finca le pegaría un tiro. Su vida pasada había sido repugnante y canallesca. Sólo pensar que tal persona anduviera por lugares como el Valle Feliz, me sacaba de quicio, y le dije a Rebeca que no lo toleraría. Me di cuenta de que estaba algo más pálida que de costumbre con ojeras y nerviosa, y me pregunté qué iba a ser de ella el día que comenzara a sentirse y a parecer vieja. Así continuaron las cosas sin que ocurriera nada de particular. Hasta que una vez se

fue a Londres, para volver el mismo día, lo cual no hacía nunca. Naturalmente, no la esperaba. Aquella noche cené en casa de Frank. Teníamos mucho trabajo.

Había comenzado a hablar con frases rápidas y cortas, mientras yo le apretaba las manos entre las mías.

–Volví, después de cenar, a eso de las diez y media, y vi su bufanda y sus guantes en una silla del hall. Me pregunté para qué demonios habría vuelto. Fui al gabinete, pero no estaba allí. Supuse que había bajado a la casita de la playa y decidí, que ya no podía aguantar más aquella vida de engaño y vileza. Aquello tenía que acabar, fuera como fuera. Cogí una pistola para asustar a quien estuviera con ella, y a Rebeca también. Y bajé a la casita, sin pensarlo más. Los criados no se habían enterado de que yo había vuelto. Vi luz, en la ventana de la casita y entré. Me sorprendió encontrarla sola. Estaba tumbada en el sofá, y a su lado tenía un cenicero lleno de colillas. Tenía mala cara y una expresión extraña. Comencé a echarle en cara, sin más preámbulos, su conducta con Favell, mientras ella me escuchaba en silencio.

»–Esa vida de ignominia ya ha durado bastante. Y ha de acabar –le dije– ¿Te enteras? Lo que hagas en Londres, me tiene sin cuidado. Es cosa tuya. Allá puedes vivir con Favell o con quien te venga en gana. Pero aquí, en Manderley, no.

»Tardó unos segundos en contestarme. Se quedó mirándome fijamente, y luego me sonrió.

»–Y... si me conviene más vivir aquí, ¿qué pasa?

»–Ya sabes las condiciones –le contesté–. Por lo que a mí me toca, he cumplido nuestro repugnante pacto. Tú, no. Y si crees que puedes hacer aquí, en mi casa, lo mismo que en tu madriguera de Londres, te aseguro que ya he soportado todo lo que estoy dispuesto a soportar. Te juro y te aviso que no lo aguanto ni un minuto más.

»Apagó contra el cenicero el cigarrillo que estaba fumando, se levantó y se desperezó, estirando los brazos por encima de la cabeza.

»–Tienes razón, Max –me dijo– Ya es hora de que cambie de vida.

»Noté lo pálida y delgada que estaba. Comenzó a pasear de un extremo a otro de la habitación, hundidas las manos en los bolsillos del pantalón. Vestida con su traje de marinero, parecía un muchacho, un muchacho bello, como un ángel de Botticelli.

»–¿Se te ha ocurrido pensar lo difícil que te sería acusarme de nada? Ante un tribunal, quiero decir, si quisieras divorciarte. ¿No comprendes que no tienes la más mínima prueba en contra mía? Todos tus amigos, y hasta los criados, creen que el nuestro es un matrimonio perfecto.

»–¿Y Frank? –le pregunté– ¿Y Beatrice?

»Echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

»–¿Qué podría decir Frank de mí? –dijo–. ¿Quién le haría caso, si yo negaba lo que él dijera? Y en cuanto a Beatrice... ¿no creería todo el mundo, al verla declarar en contra mía, que se trataba sencillamente de una mujer celosa, cuyo marido perdió la cabeza en una ocasión e hizo una tontería? No, hijo, no; te ibas a ver muy apurado para poder probar nada en contra mía.

»Se quedó mirándome, columpiándose sobre las puntas de los pies y los talones, mientras se sonreía. Luego continuó:

»–¿No comprendes que me sería muy fácil hacer que Danny, mi doncella particular, jurase lo que me diera la gana ante el tribunal, y que los demás criados, siguiendo su ejemplo, harían otro tanto? Todos creen que vivimos en Manderley como marido y mujer. Y lo mismo creen todos tus amigos, toda la gente que

conocemos. ¿Me quieres hacer el favor de decirme cómo vas a probar que no es verdad?

»Se sentó sobre la mesa, dejando colgar las piernas y sin dejar de mirarme.

»-¿No crees que hemos desempeñado demasiado bien nuestros papeles de esposos enamorados?

»Aún me parece estar viéndola, balanceando un pie calzado con una sandalia rayada. Me ardía el cerebro y me quemaban los ojos.

»-Danny y yo podríamos ponerte en ridículo -dijo tranquilamente- hasta tal punto que nadie creería ni una palabra de lo que dijeras; absolutamente nadie. -Y continuó moviendo de un lado al otro aquel maldito pie con su sandalia de rayas azules y blancas.

»De repente, saltó de la mesa y se quedó delante de mí, sonriendo, con las manos aún en los bolsillos.

»-Si tengo un niño, Max -dijo-, ni tú ni nadie podréis probar que no es tuyo. Crecería aquí, en Manderley, y llevaría tu nombre. No podrías evitarlo. Y cuando tú te murieras, heredaría Manderley. Tampoco podrías evitarlo. La finca está vinculada. ¿No te gustaría tener un heredero, un heredero para tu adorado Manderley? ¡Cómo disfrutarás viendo a mi hijo arropadito en su coche, debajo del castaño, jugando a «la una salta la mula» y cazando mariposas en el Valle Feliz...! Será, indudablemente, la emoción más grande de tu vida ver cómo va creciendo mi hijo, y saber que cuando te mueras esto pasará a ser suyo...

»Calló un minuto, balanceándose, y encendiendo un cigarrillo se fue hacia la ventana. Luego se puso a reír, a reír... Creí que no callaría nunca.

»-¡Qué divertido! ¡Qué deliciosamente divertido, qué estupendamente divertido! ¿No te he dicho que ya es hora de que cambie de vida? ¡Pues ya sabes por qué! ¡Qué contentos se pondrán los encantadores, los necios de tus arrendatarios! Vendrán a darme la enhorabuena, a decirme que eso era lo que esperaban. Ya verás qué buena madre voy a ser, Max. Igualito que he sido la esposa más perfecta. Y nadie adivinará la verdad, ¡absolutamente nadie!

»Dio media vuelta y se quedó mirándome, sonriendo, con una mano metida en el bolsillo del pantalón y la otra sujetando el cigarrillo. Aún sonreía cuando la maté. Le disparé al corazón. La bala le atravesó de parte a parte. Pero no cayó inmediatamente, sino que permaneció en pie unos instantes, mirándome fijamente, aún sonriente y con los ojos completamente abiertos.

Había ido Maxim bajando la voz hasta ser ya solamente un murmullo. La mano que tenía entre las mías estaba helada. No quise mirarle. Tenía mis ojos fijos en *Jasper*, que dormía junto a mí, tumbado en la alfombra, golpeando de cuando en cuando el suelo con el rabo.

-Nunca creí -continuó Maxim con voz sorda, cansada y sin expresión-, que cuando se mata a una persona saliera tanta sangre.

En aquel momento vi un agujero en la alfombra, junto al rabo de *Jasper*. Un agujero quemado por una colilla. ¿Cuánto tiempo llevaría allí? Hay gente que dice ser la ceniza buena para las alfombras.

-Tuve que ir a la playa por agua -dijo Maxim- y hacer Dios sabe cuántos viajes. Incluso en la chimenea, a la cual ni siquiera se había acercado Rebeca, descubrí una mancha. Y luego, un gran charco junto a ella. Comenzó a soplar el viento. La ventana, abierta, estuvo dando portazos todo el tiempo, mientras yo trabajaba arrodillado en el suelo, con un trapo y el cubo de agua a mi lado.

«Y la lluvia sobre el tejado -pensé-; se le ha olvidado el tamborileo de la lluvia sobre el tejado, sin demasiado ruido.»

–La llevé al barquito –dijo–. Serían las once y media; puede que las doce. Estaba muy oscura la noche. No había luna. El viento soplabá del Oeste, medio huracanado. La bajé al camarote, y allí la dejé. Tuve que maniobrar para salir de la bahía, remolcando el bote contra la marea. El viento me era favorable, pero soplabá a rachas, y no me ayudaba, pues estaba el barquito a sotavento del promontorio. Se me enredó la vela mayor al tratar de izarla. Hacía tiempo que no manejaba un barquito de vela, pues nunca iba con Rebeca.

Medió un silencio agobiador.

–La marea –continuó Maxim– era fuerte y entraba en la bahía con violencia. El viento me llegaba desde el promontorio como si saliera por un embudo. Conseguí sacar el barquito más allá de la boya luminosa y traté de virar para evitar la escollera. El foque se sacudía dando latigazos. No supe arriarlo, y cuando sopló una fuerte bocanada de viento, se rasgó enrollándose en el mástil. La vela se estremecía, haciendo ruido de tormenta y restallando encima de mi cabeza como un látigo. No conseguí acordarme de lo que tenía que hacer. Traté de alcanzar el foque, pero solamente conseguí desplegarlo como una bandera. Otro golpe de viento, que ahora soplabá de cara, comenzó a hacer que el barco fuera de costado, acercándose a la escollera. Estaba la noche tan oscura, que no se veía en absoluto nada de lo que había sobre la cubierta, escurridiza y negra. No sé cómo, bajé al camarote, llevando una barra de hierro. Vi que si no me daba prisa no me daría tiempo, pues cada vez nos acercábamos más a la escollera, y continuando en aquella dirección, pronto nos encontraríamos en los bajíos. Abrí las espitas y hundí la barra de hierro en las planchas del casco. Una de las planchas se rompió en dos. Comenzó a entrar agua. Clavé la barra en otro sitio. El agua me llegaba ya a los tobillos. Allí dejé a Rebeca, tirada en el suelo. Cerré las dos ventanillas, y la puerta, con cerrojo. Cuando subí a cubierta estábamos a veinte metros de la escollera. Cogí algunas de las cosas que había sobre cubierta y las tiré al mar; un salvavidas, un par de remos, un rollo de estachas. Salté al bote, remé con fuerza y me puse a mirar. El barquito continuaba acercándose a la costa, mientras se hundía de proa. El foque continuaba fustigando el aire, restallando como un látigo. Pensé que acaso lo oyese alguien, alguien que anduviera de paseo por el acantilado o pescadores de Kerrith que estuviesen por allí, aunque yo no los viera. Se fue empequeñeciendo el barquito hasta no ser sino una sombra negra sobre el agua. El palo comenzó a temblar y a crujir. De repente, el yate se tumbó de costado, y se hundió después de haber saltado el mástil en dos pedazos. El salvavidas y los remos quedaron flotando a poca distancia mía. El barquito había desaparecido, pero aún estuve un rato mirando el sitio donde le había visto por última vez. Luego me puse a remar y volví a tierra. Había comenzado a lloviznar.

Calló. Aún continuaba con la mirada fija en el vacío. Luego me miró, sentada yo en el suelo, a su lado.

–Eso es todo –dijo–; ya te lo he dicho todo. Dejé el bote amarrado a la boya, como ella hubiera hecho, Volví a la casita para examinarla. El suelo estaba mojado de agua de mar, pero pudo hacerlo la misma Rebeca. Subí por el camino del bosque y vine a casa. Subí la escalera y penetré en el cuarto de vestirme. Me acuerdo de cómo me desnudé. La llovizna se había convertido en aguacero, y hacía mucho viento. Estaba sentado en la cama, cuando llamó a la puerta la señora Danvers. Le abrí, luego de ponerme la bata, y le hablé. Estaba preocupada por Rebeca. Le dije que se acostara y volví a cerrar la puerta. Me quedé un rato largo sentado junto a la ventana, mirando la lluvia y escuchando el ruido del mar, que rompía en la playa.

Permanecimos sentados, sin decir nada, sus manos heladas entre las mías, mientras yo me preguntaba por qué no se llevaría Robert las cosas del té.

–Pero se hundió demasiado cerca de tierra. Yo pensaba haberlo echado a pique

en alta mar. Allí no la hubieran encontrado nunca. ¡Pero estaba tan cerca!

–Ha sido por el barco que encalló –le dije–. Si no, no hubiera pasado nada. Nadie hubiera sospechado lo ocurrido,

–Estaba demasiado cerca.

Volvimos a callar. Estaba muy cansada.

–Sabía que esto tenía que ocurrir algún día. Lo sabía incluso el día que fui a Edgecombe a identificar aquel cadáver, como si fuera el suyo. Todo era cuestión de tiempo. Rebeca ganaría al final. El haberte yo encontrado a tí, no podía cambiar nada. Que yo te quiera... ¡qué más da! Rebeca tenía que ganar lo mismo. Rebeca sabía que sería ella quien ganara la partida. Lo vi en su sonrisa cuando murió.

–Rebeca está muerta –le dije– Eso es lo que no tenemos que olvidar. No puede hablar ni acusarte. Ya no puede hacerte más daño.

–¿Y su cadáver? El buzo lo ha visto. Está allí, en el suelo del camarote.

–Hay que explicarlo. Diremos que se trata de otra persona, de alguien que tú no conoces.

–Pero sus cosas están allí. Las sortijas. Aunque la ropa se haya podrido en el agua, algo encontrarán que les diga de qué se trata. No es como un cuerpo que cae al mar y que luego se destroza contra las rocas. El camarote está intacto... Seguramente está allí, en el suelo, tal como la dejé. El barco está en buen estado, a pesar del tiempo transcurrido. Nadie lo ha tocado. Está descansando sobre la arena, en el mismo sitio donde se hundió.

–¿No se descompone un cuerpo en el agua –pregunté– aunque esté allí sin moverse? El agua lo descompondrá, ¿no?

–No sé. No lo sé.

–¿Cómo vamos a saberlo?

–El buzo volverá a bajar mañana, por la mañana, a las cinco y media. Searle lo ha dispuesto todo. Van a intentar poner el barco a flote. No habrá allí nadie. Yo iré con ellos. Va a mandar su gasolinera para que me recoja en la playa, a las cinco y media.

–¿Y después? Si lo ponen a flote, ¿qué van a hacer?

–Searle va a llevar la chalana grande y la anclará lo más cerca que pueda. Si la madera del barquito no está podrida y aguanta, lo izarán a bordo de la chalana con la grúa. Entonces se lo llevarán a Kerrith. Searle me ha dicho que varará la chalana en esa ensenada abandonada, antes de entrar en el puerto de Kerrith. Dejará el barquito sobre la arena para que salga toda el agua. Cuando está la marca baja no pueden llegar allí las barcas de los curiosos, pues encontrarían más barro que agua. Va a llevar un médico.

–¿Para qué? ¿Qué va a hacer allí un médico?

–No lo sé.

–Si descubren que se trata de Rebeca, tienes que decir que te equivocaste al identificar el otro cadáver. Tienes que decir que cuando fuiste a Edgecombe estabas enfermo y no te dabas exacta cuenta de nada. Que no estabas seguro... que solamente te pareció..., y te equivocaste. Eso es, ¿Verdad que vas a decirlo?

–Sí.

–No pueden probarte nada. No te vio nadie aquella noche.

Tú estabas acostado. No pueden probar nada. Nadie sabe lo ocurrido sino tú y yo. Nadie. Ni siquiera Frank. Somos los únicos que lo sabemos, ¿verdad que sí?

–Sí.

–Se creerán que el barco volcó y se fue a pique cuando ella estaba en el

camarote. Se creerán que había bajado por un cabo, y, de pronto, un golpe de viento hizo zozobrar el barco. ¿Verdad que es eso lo que se creerán? ¿Verdad que sí?

–No lo sé.

En esto empezó a sonar el timbre del teléfono en el cuartito que daba a la biblioteca.

Capítulo XXI

Entró Maxim en el cuartito y cerró la puerta. A los pocos minutos se presentó Robert para recoger el servicio del té, y me volví para que no me viera la cara. ¿Cuánto tiempo pasaría hasta que empezara a correr la voz, hasta que llegara a la cocina, a Kerrith? ¿Cuándo se enteraría la gente?

Oí el murmullo de la voz de Maxim encerrado en el cuartito. Me atenazaba la angustia que siente quien espera a lo desconocido. El timbre del teléfono pareció despertarme todos los nervios, antes adormecidos. Había estado sentada en el suelo, frente a Maxim, su mano entre las mías, mi cabeza reclinada en su hombro, como si todo fuera un sueño. Míentras escuchaba su relato, parte de mi persona había cambiado tras él como una sombra. También yo había matado a Rebeca y hundido el yate y, junto a él, estuve esperando la llamada de la señora Danvers. Todo lo había compartido con él, todo y aun más. Pero la otra mitad de mi persona estuvo sentada todo el tiempo sobre la alfombra, indiferente y despegada, pensando en una sola cosa, que me repetía sin cesar a mí misma: «No quería a Rebeca; Maxim no estaba enamorado de Rebeca...» Pero aquella llamada del teléfono había reunido mis dos mitades, y una vez más estaba allí toda entera, como antes, la misma de siempre. Sin embargo, algo sentía que era nuevo; a pesar de la ansiedad y preocupación, me encontraba más ligera y descansada. Ya no le tenía miedo a Rebeca, ya no la odiaba. Al saber que había sido una mujer malvada, viciosa y podrida, se disipó mi odio, pues ningún daño podría hacerme ya. En lo sucesivo me sentaría ante el secreter, y tocaría la pluma y miraría aquellos casilleros, sin que nada me importase. Y si iba a su cuarto, y me sentaba a su ventana, como había hecho poco antes, no sentiría ya miedo alguno. Todo su poder sobre mí se había desvanecido como la niebla, y nunca más me atormentaría su recuerdo, ni me perseguiría al bajar la escalera, ni se sentaría a mí lado en el comedor, ni se asomaría al hall para espiarme. Maxim no la había querido nunca, y yo no la odiaba ya. Habían aparecido su cuerpo y su yate, de nombre curiosamente profético, *Je reviens*, pero yo me había librado de ella para siempre.

Quedaba yo libre para estar con Maxim, para tocarle y abrazarle y quererle. Nunca más volvería a ser una chiquilla. Ya no sería «yo», «yo» todo el tiempo, sino «nosotros». Los dos juntos, él y yo, saldríamos al encuentro de cualquier amenaza. Nadie nos podría separar ya. Ni Searle, ni el buzo, ni Frank, ni la señora Danvers, ni Beatrice, ni la gente de Kerrith con sus periódicos... No era cierto que la felicidad nos hubiera llegado demasiado tarde. Yo no era ya una chiquilla tímida y miedosa. Sabría luchar por Maxim, y mentiría y cometería los perjuros que fueran necesarios, y si era preciso imprecaría a los dioses y elevaría mis oraciones al mismo tiempo. Rebeca no había ganado; Rebeca... ¡había perdido!

Se llevó Robert el servicio del té y volvió Maxim.

–Era el coronel Julyan –me dijo–. Acaba de hablar con Searle. Vendrá mañana en la gasolinera. Searle le ha contado lo ocurrido.

–¿El coronel Julyan? ¿Qué tiene que ver él con esto?

–Es el magistrado de Kerrith. Tiene que presenciarlo todo.¹⁷

–¿Qué te dijo?

–Que si había formado ya alguna opinión acerca de la identidad del cadáver.

–¿Y tú?

–Le he dicho que no, que todos creíamos que Rebeca iba sola. Le he dicho que no sabíamos de ningún amigo...

–Y... ¿qué te respondió?

–Que si me parecía posible haber cometido un error cuando fui a Edgecombe.

–¿Ya se le ha ocurrido eso?

–Sí.

–¿Y tú?

–Le dije que tal vez, que no sabía.

–Entonces, ¿estará contigo cuando icen el yate? ¿Él y Searle y el médico?

–Y el inspector Welch también.

–¿El inspector Welch? ¿Un policía?

–Sí.

–¿Para qué?

–Es la costumbre cuando se descubre un cadáver.

Callamos y de nuevo volvió la angustia a atenazarme las entrañas.

–Puede que no sea posible sacar a flote el yate –dije.

–Sí, puede.

–Entonces..., no podrían hacer nada con el cadáver.

–No lo sé.

Se puso a mirar por la ventana. Estaba el cielo blanco y encapotado, como cuando llegué yo de las rocas. No soplaba ni la más ligera brisa. Todo estaba tranquilo y apacible.

–Hace una hora creí que iba a comenzar a soplar del sudoeste, pero se ha calmado el viento –dijo.

–Sí.

–Mañana estará el mar muy tranquilo para el buzo.

Empezó a sonar el teléfono otra vez. Sonaba angustiosamente, con urgencia ruidosa. Salió Maxim del cuarto, para contestar, cerrando la puerta tras él, como antes. Aún sentía que algo me oprimía las entrañas, y al sonar el timbre el dolor se hizo más intenso. Aquel timbre me trajo a la memoria mi niñez, pues esa sensación la había notado cuando, aún muy niña, sin comprender lo que pasaba, me acurrucaba junto a un armario, debajo de la escalera de mi casa, mientras en las calles de Londres sonaban terribles estampidos. La sensación era idéntica; la angustia, la misma.

Volvió Maxim a la biblioteca y dijo:

–¡Ya empezamos!

–¿Por qué? ¿Qué ha pasado? –dije, mientras me quedaba repentinamente fría.

–Era un reportero del Country Chronicle. Que si era verdad que habíamos encontrado el yate de la difunta señora De Winter. Le he dicho que se ha encontrado una embarcación y que no sabemos nada. Que puede que no sea el

¹⁷ Estos «magistrados» ingleses no pertenecen a la carrera judicial, y son elegidos entre la gente de prestigio y solvencia moral de la vecindad. Se ha de interpretar que el «coronel» Julyan era un coronel retirado del Ejército y luego elegido para el cargo de «magistrado» o juez de primera instancia, (N. del T.)

barco de Rebeca.

–¿No te dijo más?

–Sí. Me preguntó que si era cierto el rumor que corría acerca del hallazgo de un cadáver en el camarote.

–¡No!

–Sí. Alguien ha debido de decir algo. Searle, desde luego que no. Pero el buzo, o uno de sus amigos... No es posible hacer callar a esa gente. Mañana, a la hora del desayuno, lo sabrá todo Kerrith.

–Pero... ¿qué le has dicho del cadáver?

–Que no sabía nada. Además, le he pedido que no vuelvan a molestarme por teléfono.

–Eso les va a sentar mal. Los vas a poner contra ti.

–¡Qué se le va a hacer! No quiero hacer declaraciones a los periódicos. Esa gente se cree que no tengo nada mejor que hacer que hablarles por teléfono y contestar a sus preguntas.

–Puede que necesitemos su ayuda.

–Si hay que luchar, lo haré sin que me ayuden. No quiero la protección de ningún periódico.

–El reportero llamará a otro. Al coronel Julyan o a Searle.

–Lo que es de esos dos no sacaré mucho en limpio.

–¡Si pudiéramos hacer algo! Tenemos muchas horas por delante y las estamos desperdiciando sentados, sin hacer nada, esperando a que llegue el día de mañana...

–No podemos hacer nada –dijo Maxim.

Allí nos quedamos, sentados en la biblioteca. Maxim cogió un libro, pero estoy segura de que no leyó. De vez en cuando alzaba la vista y se ponía a escuchar, como si oyera el teléfono. Pero éste no volvió a sonar, ni nadie nos molestó. Nos vestimos para cenar, como de costumbre, y me pareció increíble que la noche antes estuviera yo delante de mi espejo poniéndome mi vestido blanco, arreglando los rizos de la peluca. Todo aquello me parecía ya una pesadilla olvidada, algo que me venía a la memoria después de muchos meses. Cenamos. Frith, que había vuelto, nos sirvió con su cara solemne y sin expresión. ¿Habría estado en Kerrith? ¿Habría oído algo?

Después de cenar volvimos a la biblioteca. No hablamos mucho. Yo me senté en el suelo, a los pies de Maxim, apoyada la cabeza en sus rodillas, mientras él me pasaba por el pelo el peine de sus dedos entreabiertos. Pero sus caricias ya no eran como las de antes, hechas sin pensar, como sí estuviera rascando a *Jasper*. Notaba las yemas de sus dedos sobre la cabeza. De vez en cuando me besaba o me decía algo. Ya no se alzaba entre nosotros sombra alguna, y si permanecíamos callados a ratos, era por desearlo así. Y no pude menos de pensar cómo podía sentirme tan dichosa cuando tan negros nubarrones se cernían por encima de nosotros. Era una dicha indefinible la que sentía, y nada parecida a aquella con que soñara durante tantas horas de soledad. No era una felicidad febril y apasionada, sino sosegada y tranquila. Estaban abiertas de par en par las ventanas de la biblioteca, y cuando callábamos, entre caricia y caricia, fijábamos la vista en los oscuros y amenazadores nubarrones.

Aquella noche debió de llover, pues cuando desperté, poco después de las siete, y ya levantada me asomé al jardín, vi las rosas gotear colgadas de sus tallos y los banales de césped húmedos y adornados de plata. El aire estaba ligeramente perfumado de neblina húmeda y de ese olor característico de las primeras hojas

que caen. El otoño parecía haberse adelantado dos meses. Maxim se levantó a las cinco, sin que yo le oyera. Debió de hacerlo calladamente y salir silencioso por el cuarto de baño. Supuse que ya estaría en la bahía con el coronel Julyan, Searle y los tripulantes de la chalana. Allí estaría la barcaza, con su grúa y su gruesa cadena, levantando el yate de Rebeca. Esto lo pensé tranquilamente, sin sentir nada. Me los imaginé a todos allá en la bahía, mientras el oscuro casco del barquito subía lentamente a la superficie, chorreando, cubiertos sus costados de conchas y de algas marinas. Cuando lo izaran a bordo de la chalana se escurriría el agua para volver al mar. La madera del casco estaría reblandecida, gris y pulposa. Olería a moho y barro y a las algas negruzcas que crecen en las profundidades del mar, junto a las rocas sumergidas que jamás conocen el aire. Tal vez pudiera leerse aún el nombre pintado en la proa: *Je reviens*, con las letras verduscas y borrosas. Los clavos estarían cubiertos de herrumbre, y Rebeca en el suelo del camarote.

Me bañé y, vestida ya, y bajé para desayunarme, a las nueve, como siempre. Junto a mi plato encontré un montón de cartas de gente agradeciéndome el baile. Leí algunas por encima. Frith me preguntó si tenía que guardar el desayuno para Maxim, y le contesté que no sabía cuándo iba a volver, añadiendo que tuvo que salir muy de mañana. No me respondió. Parecía muy serio y solemne, y pensé si ya sabría lo ocurrido.

Cuando terminé el desayuno, me llevé las cartas al gabinete. Olía allí dentro a cuarto sin ventilar. Abrí de par en par las ventanas, dejando entrar el fresco aire matinal. Encima de la chimenea vi unas flores mustias. Algunas estaban secas. El suelo estaba cubierto de pétalos caídos. A mi llamada se presentó Maud, la doncella de cuerpo de casa.

–Esta mañana no han limpiado ustedes el gabinete –le dije–, y ni siquiera han abierto las ventanas. Esas flores están secas. Haga el favor de llevárselas.

La doncella, azorada, se disculpó.

–Perdone la señora.

Cogió las flores que había sobre la chimenea.

–Que no vuelva a ocurrir.

–No, señora.

Y se marchó, llevándose las flores. Jamás se me había ocurrido que fuera tan fácil ponerse seria. ¿Por qué me parecía tan difícil antes? En el secreter vi la minuta de la comida; salmón frío con mahonesa, chuletas en *aspic*, gelatina de pollo y un *soufflé*. Comprendí que eran restos de la noche del baile. Por lo visto, aún estábamos comiendo las sobras de la fiesta. Seguramente era la misma comida fría que me prepararon el día antes, y que yo no comí. Los criados no parecían tener ganas de trabajar. Taché con lápiz la minuta y llamé a Robert.

–Diga a la señora Danvers que mande preparar una comida caliente. Si aún quedan cosas frías que no las saquen a la mesa.

–Está bien, señora.

Salí detrás de él y fui al cuartito de las flores a buscar mis tijeras, y luego a la rosaleda para cortar unos capullos. La mañana ya se había templado. El día iba a ser tan caluroso y asfixiante como el anterior. ¿Estarían aún en la bahía, o habrían llegado a la ensenada de Kerrith? Lo sabría todo cuando volviera Maxim; pero ocurriera lo que ocurriera, tendría que conservar la calma y vencer el miedo. Corté las flores y volví al gabinete. Ya habían cepillado la alfombra y recogido los pétalos. Comencé a arreglar las flores en los búcaros recién llenos de agua por Robert, y cuando ya casi había terminado, llamaron a la puerta.

–¡Entre!

Era la señora Danvers, con la minuta en la mano. Estaba pálida, tenía ojeras y

parecía muy cansada.

–Buenos días, señora Danvers.

–No comprendo –comenzó– por qué me mandó la minuta y el recado con Robert. ¿Qué significa esto?

La miré con una rosa en la mano.

–Esas chuletas y ese salmón son los mismos que sirvieron ayer. Los vi en el aparador. Hoy quiero algo caliente. Si no quieren comer esas cosas en la cocina, las tira usted. Hay tanto despilfarro en esta casa, que un poco más no se notará.

Se quedó callada, mirándome, mientras yo colocaba la rosa en el florero con las demás. Luego le dije:

–No vaya a decirme que no se le ocurre qué darnos. Estoy segura de que tiene usted minutas para cualquier ocasión que pueda presentarse.

–No estoy acostumbrada a que se me manden recados con Robert. Si mi señora quería cambiar algo de la minuta, me llamaba ella misma por teléfono.

–Lo siento, pero no me interesa lo que soliera hacer su señora. La señora soy yo ahora, y si me parece bien mandar recados con Robert, puede usted estar segura de que lo haré.

En aquel momento entró Robert en el cuarto y dijo:

–Señora, llaman por teléfono del *Country Chronicle*.

–Diga usted que no estoy en casa.

–Está bien, señora.

Y salió.

–¿Quiere usted algo más? –pregunté a la señora Danvers. Continuó mirándome sin hablar.

–Si no tiene nada más que decir más vale que vaya a la cocina a dar órdenes acerca de la comida.

–¿Por que querían hablar con usted del *Country Chronicle*?

–No tengo ni la más remota idea.

–¿Es verdad –dijo muy despacio– lo que ha oído Frith en Kerrith ayer, que han encontrado el yate de mi señora?

–¿Le han dicho eso? No sé una palabra.

–Ayer vino aquí el capitán Searle, el jefe del puerto de Kerrith, ¿no? Me lo ha dicho Robert, que le abrió la puerta. Frith dice que el rumor que corre por Kerrith es que el buzo encontró ayer el yate.

–Puede que sí, pero más vale que espere usted que vuelva el señor y le pregunte a él.

–¿Por qué se levantó tan temprano el señor?

–Eso sólo a él le interesa.

Continuó mirándome fijamente, y añadió:

–Frith ha oído decir que encontraron un cadáver en el camarote. ¿Qué hace allí ese cadáver? Mi señora salía siempre sola.

–Es inútil que me pregunte. No sé más que usted acerca de todo eso.

–¿Está usted segura? –me preguntó, hablando muy despacio, sin dejar de mirarme.

Le di la espalda y coloqué el florero encima de la mesita, junto a la ventana.

–Dispondré otra comida –me dijo.

Se quedó esperando unos segundos, pero como yo callara, salió de la habitación.

Ya no me asustaba, pensé. Había perdido el poder que tenía sobre mí, al mismo tiempo que Rebeca. Ya nada que pudiera decir o hacer me importaría o haría daño. Sabía que era mi enemiga, pero me era lo mismo. Únicamente..., si averiguaba de quien era el cadáver hallado y se pusiera en contra de Maxim..., ¿qué podría hacer? Me senté en una silla y dejé las tijeras sobre la mesa. Se me habían acabado las ganas de continuar arreglando flores. No hacía sino pensar en lo que estaría haciendo Maxim ¿Y para qué habría vuelto a llamar al reportero del Country Chronicle? Volví a notar que se apoderaba de mí la dolorosa angustia de antes. Me asomé a la ventana. Hacía un calor bochornoso. Estaba amenazando tormenta. Los jardineros comenzaron de nuevo a segar el césped. Vi a uno que caminaba con su máquina de un lado a otro, por la cima del repecho. No pude aguantar más tiempo el estar allí sentada en el gabinete. Dejé las tijeras y las rosas y salí a la terraza, comenzando a pasear por ella. *Jasper* me seguía sin hacer ruido, pensando por qué no nos iríamos a dar un paseo. Continué mis idas y venidas, hasta que a eso de las once y media salió Frith del hall para decirme:

–Señora, el señor está al teléfono.

Pasé por la biblioteca hasta llegar al cuartito del teléfono. Cuando levanté el auricular me temblaban las manos.

–¿Eres tú? Soy yo, Maxim. Estoy hablando desde la oficina. Frank está conmigo.

–¿Qué hay?

Hubo una pequeña pausa, y luego siguió:

–Frank y el coronel Julyan comerán con nosotros, a eso de la una.

–Bueno.

Esperé a que continuara.

–Pudieron sacar el yate. Yo acabo de volver de la ensenada...

–¿Y...?

–Searle estuvo allí y Julyan, y Frank y los demás.

¿Estaría Frank junto a él y por eso hablaría tan fríamente?

–Bueno, espéranos sobre la una.

Colgué el auricular. No me había dicho nada, y yo continuaba sin saber lo que había ocurrido. Volví a la terraza, luego de decir a Frith que seríamos cuatro a comer, en lugar de dos. Subí a mi cuarto y me puse un vestido más ligero. Bajé, me fui al salón y allí estuve sentada.

A la una menos cinco oí el ruido de un automóvil, y poco después rumor de voces en el hall. Me arreglé el pelo delante del espejo y noté lo pálida que estaba. Me di unos pellizcos en las mejillas, para infundirles algo de color, y me puse en pie para recibirlos. Entraron Maxim, Frank y el coronel Julyan. Me acordé al punto de que Julyan había asistido al baile disfrazado de Cromwell. Cuando le vi me pareció que había encogido y cambiado, que era mucho más pequeño.

–¿Cómo está usted? –me dijo. Hablaba con voz tranquila y grave, como un médico.

–Di a Frith que traiga el jerez –dijo Maxim–. Yo voy a lavarme las manos.

–Y yo también –dijo Frank

Antes de que pudieran llamar al timbre, apareció Frith con el jerez. Julyan no quiso tomar y yo me serví una copa, por tener algo en la mano. Se me acercó el coronel y permaneció en pie, junto a mí, en la ventana.

–Es una situación bastante penosa, señora –dijo afablemente–. Lo siento infinito por usted y por su marido.

–Muchas gracias –dije, y tras de beber un sorbo, dejé la copa en la mesa para

que no viese cómo me temblaba la mano.

–Lo peor es que su marido identificase el primer cadáver hace un año.

–No comprendo...

–Pero..., ¿no sabe usted lo que hemos descubierto esta mañana?

–Sé que han descubierto un cadáver, que el buzo lo encontró.

–Sí –dijo, y luego, echando una rápida mirada hacia el hall, añadió–: Es el cadáver de Rebeca, sin duda alguna; no puedo ahora darle más detalles, pero los indicios fueron suficientes para que su marido y el doctor Phillips la pudieran identificar.

Calló súbitamente y se separó de mí, porque Frank y Maxim habían entrado.

–La comida está lista. ¿Vamos al comedor? –dijo Maxim.

Salí la primera, con el corazón como si fuera de plomo, dolorido y angustiado. El coronel Julyan se sentó a mi derecha y Frank a mi izquierda. No quise mirar a Maxim. Frith y Robert sirvieron el primer plato y comenzamos a hablar del tiempo.

–He leído en el *Times* que ayer hizo ochenta grados¹⁸ en Londres –dijo el coronel.

–¿De veras? –pregunté.

–Sí. ¡Pobrecillos los que no pudieron salir al campo!

–En París –intervino Frank– hace aún más calor que en Londres. Recuerdo un final de semana que pasé en París, a mediados de agosto, y no se podía ni dormir. Se ahogaba uno. Hizo más de noventa grados.

–Y los franceses, generalmente, duermen con las ventanas cerradas, ¿no? –preguntó el coronel.

–No lo sé. Estaba parando en un hotel, y casi todos los que había en él eran americanos.

–Conocerá usted Francia, señora, ¿no?

–No mucho.

–¡Ah! Tenía la idea de que había vivido usted allí mucho tiempo.

–No –respondí.

–Cuando nos conocimos –dijo Maxim–, estaba en Montecarlo. Pero apenas puede decirse que aquello sea Francia.

–No, claro. Montecarlo debe de ser muy cosmopolita. Creo que la costa es preciosa.

–Lo es –dije.

–No tan brava como ésta, ¿eh? Sin embargo, yo prefiero ésta. Cuando se trata de echar raíces..., no hay lugar como Inglaterra. Aquí sabe uno a qué atenerse.

–Puede que los franceses digan lo mismo en Francia –arguyó Maxim.

–Seguro que lo dirán –dijo el coronel.

Continuamos comiendo en silencio. Frith estaba de pie junto a mi silla. Todos pensábamos en lo mismo, pero la presencia del criado nos obligaba a continuar aquella comedia. Supongo que el mismo Frith pensaba en lo que nosotros, y que sería más natural que abandonásemos las conveniencias y le dejáramos tomar parte en la conversación, si tenía algo que decir. Llegó el principio, y vi que la señora Danvers no había descuidado disponer de una comida caliente. Me serví algo cubierto de salsa de setas.

–Todo el mundo lo pasó muy bien en su magnífico baile del otro día –dijo el coronel.

–Me alegro mucho.

¹⁸ Grados Fahrenheit. (N. del T.)

–Esas cosas hacen mucho bien en la comarca –dijo.
–Sí, es muy probable.
–Es un instinto que comparten todos los seres humanos, el deseo de disfrazarse de lo que sea.
–Entonces yo soy poco humano –contestó Maxim.
–Es natural que nos guste disfrazarnos. No somos sino chiquillos grandes.
No pude menos de preguntarme qué placer habría sacado él de vestirse de Cromwell, pues se pasó casi toda la noche en el gabinete jugando al *bridge*.
–Usted no juega al golf, ¿verdad? –me preguntó.
–He de confesar que no.
–Debería usted empezar. Mi hija mayor es muy aficionada, pero no encuentra gente joven con quien jugar. El día de su cumpleaños le regalé un cochecito, y ahora se va casi todos los días al Norte de la costa. Es algo en que ocuparse.
–Lo pasará muy bien –dije.
–Debería haber sido un chico. Sin embargo, mi hijo no juega a nada. Se pasa la vida escribiendo versos. Supongo que se curará.
–¡Seguro! –intervino Frank– Yo también solía escribir versos cuando tenía su edad. Y muy malos, por cierto. Ya se me ha pasado la manía.
–¡Hombre! –dijo Maxim–. ¡Así lo espero!
–Yo no comprendo a quién sale mí hijo. Desde luego, ni a su madre ni a mí.
Sobrevino otro silencio. El coronel repitió de lo que había en la cacerola.
–Su hermana estaba muy bien la otra noche –dijo.
–Sí –respondí.
–Y se le cayó el traje, como de costumbre –dijo Maxim.
–Es que esos ropajes orientales tienen que ser complicadísimos, y, sin embargo, dicen que son más cómodos que los que se ponen las mujeres inglesas.
–¿De veras?
–Así lo dicen. Parece que esos ropajes flotantes protegen contra los rayos del sol.
–¡Es curioso! –dijo Frank–, porque dan la impresión contraria.
–Pues no –aseveró el coronel.
–¿Conoce usted Oriente, mi coronel? –dijo Frank.
–El Extremo Oriente. Estuve destinado en China cinco años, y luego en Singapur.
–¿No es allí donde hacen el famoso *curry*?
–Sí; el *curry* de Singapur es excelente.
–Me encanta el *curry* –dijo Frank.
–Pero el que se toma en Inglaterra no es *curry*. Más parece carne pícada.
Se llevaron los platos y nos sirvieron un *soufflé* y una ensalada de frutas.
–Supongo que ya se les estarán acabando las frambuesas, ¿no? –dijo el coronel–. Pero este verano ha habido muchísimas. Yo no sé cuántos tarros de mermelada hemos hecho en casa.
–Yo creo que la mermelada de frambuesa nunca vale gran cosa –dijo Frank–. Tiene demasiadas pipas.
–Venga usted a casa un día a probar la nuestra. Yo no encuentro que tenga pipas.
–Este año –dijo Frank– va a haber una cosecha magnífica de manzanas en Manderley. Hace unos días le estaba diciendo a Maxim que probablemente, superaremos todas las anteriores. Podremos mandar muchas a Londres.

–Pero, ¿cree usted que vale la pena? –preguntó el coronel–. Cuando se han pagado las horas extraordinarias a los obreros, y el empaquetado y el transporte.... ¿aún pueden conseguir algún beneficio?

–¡Ya lo creo! –respondió Frank

–¡Ah! Pues eso es interesante. Tendré que hablar con mi mujer del asunto.

No tardamos en acabar con el soufflé y la ensalada de frutas, y apareció Robert trayendo queso y galletas, seguido a los pocos minutos de Frith, con el café y los cigarrillos. Luego se marcharon los dos, cerrando la puerta al salir. Permanecimos callados, mientras tomábamos el café. Yo no me atrevía a levantar de la taza la mirada.

–Estaba diciendo a su mujer, antes de sentarnos a la mesa –Comenzó a decir el coronel, volviendo a hablar en tono confidencial–, que lo peor de este malhadado asunto es que usted identificase el primer cadáver.

–Comprendo –respondió Maxim.

–Naturalmente, que un error cometido en aquellas circunstancias –intervino Frank rápidamente– es muy explicable. Las autoridades escribieron a Maxim pidiéndole que fuera a Edgecombe, ya suponiendo de antemano, incluso antes de que él llegara, que el cadáver era el de su esposa. Maxim, además, estaba enfermo. Yo quise acompañarle, pero se empeñó en ir solo; la verdad es que no se encontraba en disposición de hacerlo.

–Eso son tonterías –dijo Maxim–. Estaba perfectamente.

–Bueno, no ganaremos nada discutiéndolo ahora –dijo el coronel–. El hecho es que la identificó usted, y ahora no hay más remedio que deshacer el error. Esta vez no parece que hay duda alguna.

–No –dijo Maxim.

–Me gustaría poderles ahorrar las formalidades y la publicidad de la investigación, pero me temo que sea imposible.

–Es natural –dijo Maxim.

–No creo que sea cosa larga –continuó el coronel–. Solamente se trata de confirmar la identificación y hacer que declare Tabb, que, según me dice usted, fue quien hizo las modificaciones en el barquito cuando su mujer lo trajo de Francia. Es preciso que declare que el yate estaba en estado de navegar y en regla cuando salió de sus talleres. Total, puros formulismes legales. Pero hay que hacerlo. Lo que me preocupa es la publicidad del asunto. Eso es lo desagradable para usted y su mujer.

–Nos hacemos cargo –dijo Maxim–. No se preocupe usted.

–La mala suerte de que ese vapor fuera a encallar allí –dijo el coronel–, pues si no no se hubiera vuelto a hablar del asunto.

–Ya, ya –dijo Maxim.

–El único consuelo es pensar que su desgraciada mujer tuvo una muerte rápida, y no la agonía lenta que en un principio todos temimos. Es imposible que ni siquiera pretendiera echar a nadar.

–Imposible –dijo Maxim.

–Supongo que bajaría al camarote a buscar algo y se cerraría la puerta. En esto, un golpe de viento pegaría en el barquito, sin nadie al timón –explicó el coronel–. ¡Qué cosa más tremenda!

–Sí –dijo Maxim.

–Esa parece ser la explicación. ¿No cree usted, Crawley?

–Sí, no cabe duda –respondió Frank.

Alcé los ojos y vi a Frank mirando a Maxim. Apartó la vista inmediatamente, pero me bastó para comprender la expresión de su mirada. Frank sabía lo ocurrido. Pero Maxim ignoraba que Frank lo supiera. Continuó moviendo el café con una mano caliente y húmeda.

–Supongo –dijo el coronel– que todos, antes o después, cometemos un error, y entonces tenemos que sufrir las consecuencias. Su mujer no tenía más remedio que saber que en aquellos parajes el viento sopla como un embudo, y que era peligroso abandonar el timón en un barquito como el suyo. Seguramente había pasado por aquel lugar mil veces. Pero llegó el momento, se descuidó y el hacerlo le costó la vida. Es una lección que ninguno debería echar en saco roto.

–Hasta los más avisados –dijo Frank– cometen equivocaciones. Fíjese la gente que se mata todos los años cazando.

–¡Ah!, pero, generalmente, es porque se cae del caballo. Si ella no hubiera abandonado el timón, no hubiera habido accidente. Y he de confesar que me parece extraordinario que lo hiciera. La veía muchos sábados, en las regatas con handicap de Kerríth, y he de confesar que nunca la vi cometer un error tan elemental. Eso de abandonar el timón no se le ocurriría ni a un novato. Y, precisamente, en aquel sitio, junto a la escollera.

–Aquella noche –dijo Frank– hacía mucho viento. Puede que se enredase el aparejo y bajara al camarote por una navaja.

–Sí, sí, desde luego. Bueno, nunca sabremos lo que ocurrió, ni creo que adelantáramos gran cosa sabiéndolo. Lo que yo quisiera es no tener que investigar nada más, pero no hay más remedio. Estoy procurando que se haga todo el martes por la mañana, y trataré de que sea lo más breve posible. Será una pura fórmula. Lo que siento es no poder evitar que asistan los reporteros.

Callamos todos unos momentos y pensé que ya era hora de levantarnos de la mesa.

–¿Vamos al jardín? –dije.

Nos levantamos y me dirigí a la terraza, seguida de los demás. El coronel hizo unas fiestas a *Jasper*.

–Se ha puesto muy hermoso este perro.

–Sí –contesté.

–Son muy buenos camaradas.

–¿Verdad?

Estuvimos un minuto de pie, en la terraza, hasta que el coronel, mirando su reloj, dijo:

–Muy agradecido por una comida deliciosa. Le ruego que me disculpe si me voy pronto, pero tengo mucho que hacer esta tarde.

–¡No faltaba más!

–Siento mucho lo ocurrido; lo siento de todo corazón. Casi más por usted que por su marido. El único consuelo es que, terminadas las pesquisas, se olvidarán ustedes de lo pasado.

–Sí, procuraremos hacerlo.

–Tengo el coche en el camino. No sé si Crawley querrá que le lleve a algún lado. ¡Crawley! ¿Quiere usted que le lleve hasta la oficina?

–Muy agradecido, mi coronel –contestó, y viniendo hacia mí, me dio la mano, diciéndome:

–Hasta la vista.

–Adiós –le dije.

No quise mirarle a la cara, pues temía que leyese en mis ojos que yo también sabía la verdad.

Maxim los acompañó hasta el coche, y cuando se marcharon, se reunió conmigo en la terraza, cogiéndome del brazo. Allá estuvimos un buen rato, mirando la pradera que se extendía hacia el mar y el faro sobre el promontorio.

–Todo se arreglará –dijo–. Estoy tranquilo y tengo confianza. Ya viste la actitud de Julyan durante la comida. Y la de Frank. No creo que ocurra nada de momento. Todo se arreglará.

No dije nada, pero le apreté el brazo con fuerza.

–No fue posible decir que el cadáver era de un desconocido. Lo que vimos bastó para que el doctor Phillips hiciera la identificación sin mi ayuda. Fue facilísimo. De lo que yo hice, no queda señal alguna. La bala no tocó ningún hueso.

Pasó junto a nosotros una mariposa, alocada, sin dirección fija.

–Ya viste lo que dijeron –prosiguió–. Creen que se quedó encerrada en el camarote. El jurado creerá lo mismo. Phillips se lo dirá.

Hizo una pausa, y yo continué callada.

–Tú eres mi única preocupación. Lo demás, no me importa. Si viviera otra vez, haría exactamente igual. Nunca, nunca me remorderá la conciencia por haberlo hecho. Pero no puedo quitarme de la cabeza el daño que esto te ha causado. Durante toda la comida he estado mirándote, sin poder pensar en otra cosa. Ya no tienes en los ojos aquella mirada encantadora, tan tuya, de niña, que yo quería tanto. Ya no volverás a tenerla. Cuando te dije lo de Rebeca, la maté para siempre. Estas veinticuatro horas te han echado muchos años encima.

Capítulo XXII

Aquella tarde, cuando Frith nos llevó el periódico de la localidad, vi los grandes títulos de la primera página. Maxim no estaba, pues había subido temprano a vestirse para cenar. Se quedó Frith parado unos momentos, como si esperase que le dijera algo, y me pareció necio y hasta grosero no mencionar un asunto que indudablemente significaba mucho para todos los de la casa.

–Es terrible, Frith –le dije.

–Sí, señora. Todos lo sentimos mucho.

–Es triste para el señor tener que volver a remover lo pasado.

–Sí, señora, muy triste. Es tremendo tener que pasar por el trance de identificar un segundo cadáver. Supongo que no cabe duda de que esta vez se trata verdaderamente de la difunta señora.

–Así lo creo. No hay duda posible.

–Es muy extraño, señora, que se dejase la señora coger en el camarote como en una trampa. La señora sabía navegar muy bien.

–Sí. Eso es lo que decimos todos. Pero a veces no se puede evitar un accidente. Y supongo que nunca sabremos cómo ocurrió.

–No es probable, señora. Pero es terrible. La servidumbre está toda muy apenada. Y luego, que haya ocurrido tan de pronto, a continuación del baile. Parece... que no debería haber pasado tan en seguida.

–Tiene usted razón, Frith.

–¿Se hará alguna indagación, señora?

–Sí; por pura fórmula.

–Naturalmente, señora. ¿Será necesario que declaremos algunos de nosotros?

–Creo que no.

–Permítame la señora que diga que yo consideraría un honor poder hacer algo por los señores. El señor lo sabe muy bien,

–Sí, Frith. Estoy segura de que lo sabe.

–He prohibido a la servidumbre que hable del asunto; pero es muy difícil vigilarlos a todos. Sobre todo, a las criadas. De Robert, naturalmente, me encargo yo. La noticia ha sido un golpe terrible para la señora Danvers.

–Era de suponer.

–Se fue a su cuarto en cuanto terminó de comer y no ha vuelto a bajar. Alice, que le ha llevado hace un rato una taza de té y el periódico, me ha dicho que parece estar enferma.

–Lo mejor que puede hacer es quedarse en su cuarto. Si no se encuentra bien, no tiene sentido que baje. Puede que Alice se lo quiera decir. Ya nos las arreglaremos entre el cocinero y yo para pedir las cosas.

–Sí, señora. Yo no diría que está enferma. Es únicamente el golpe que ha sufrido al enterarse del hallazgo del cuerpo de la difunta señora. La señora Danvers la quería mucho.

–Ya, ya lo sé.

Salió Frith, luego de decir esto, y eché una rápida ojeada al periódico antes de que bajara Maxim. El caso llenaba toda una columna de la primera plana, ilustrada con una borrada foto de Maxim, sacada por lo menos unos quince años antes. Era molesto verle allí, mirándome fijamente. Luego había una gacetilla, al final de la página, acerca de mí, explicando quién era la segunda mujer de Maxim, refiriéndose a continuación al baile de trajes. Así impreso, con aquellas letras negras, sonaba como si hubiéramos hecho algo malo y cruel. Describían a Rebeca, bellísima, inteligente, adorada por todos; luego contaban su muerte, ahogada, y, a renglón seguido, decían cómo a la primavera siguiente Maxim se había vuelto a casar, «llevando inmediatamente a Manderley su segunda mujer» (así lo decían), y dando en su honor un fastuoso baile de trajes. Y a la mañana siguiente se había hallado el cadáver de su primera mujer, ahogada, encerrada en el camarote de un barquichuelo, en el fondo de la bahía.

Todo lo que decían era cierto, pero salpicado de ligeras inexactitudes, que hacían el relato más picante, más del gusto de los centenares de lectores que exigían su ración de emociones diarias por un penique. Pero todo ello daba la impresión de que Maxim era un ser repugnante, una especie de sátiro, que después de llevar a Manderley a su «joven desposada» –como decía el periódico– había organizado, sin esperar un momento, un ostentoso baile, como si él y yo quisiéramos exhibirnos ante todo el mundo.

Escondí el periódico debajo de un almohadón para que Maxim no lo viese, pero no pude hacer otro tanto con los periódicos de la mañana. El relato aparecía también en los periódicos de Londres, encabezado por una fotografía de Manderley, Manderley era «noticiable» y Maxim también. A Maxim lo llamaban «Max de Winter», lo que tenía un tonillo de antipática e inoportuna confianza. Todos los periódicos hacían mucho hincapié sobre el hecho de que el hallazgo del cuerpo de Rebeca se hubiera realizado al día siguiente del baile, como si éste se hubiese celebrado sabiendo lo que iba a suceder. Dos periódicos decían que lo ocurrido era «irónico», y puede que lo fuera. Todo ello resultaba... ¡interesante!

Vi cómo Maxim, sentado ante su desayuno, iba palideciendo más y más, según leía los periódicos, uno tras otro, sin olvidar el de la localidad. No dijo nada, sino que se limitó a mirar, y yo le tendí la mano.

–¡Canallas! –dijo en voz baja– ¡Canallas! ¡Más que canallas!

Pensé en todo lo que dirían si supieran la verdad. No ya una columna, sino cinco o seis. Y hasta en las pizarras hablarían del asunto. Los vendedores lo vocearían en las escaleras del Metro. Y en los anuncios, en la mitad de los anuncios, aparecería esa palabra espantosa de siete letras, en tipo grueso y negro.

Frank se presentó, después del desayuno. Parecía fatigado y tenía la cara ojerosa, como si no hubiese dormido.

–Vengo de Teléfonos de decir que desvíen a la oficina todas las llamadas que vengan para Manderley –le dijo a Maxim–, sea quien sea. De los reporteros me encargo yo. Y de todos los demás, también. No quiero que os estén molestando a los dos. Ya ha llamado bastante gente de los alrededores, y a todos les he contestado lo mismo: que los señores De Winter agradecen su amable interés y que esperan que todas sus amistades comprendan sus deseos de no hablar por teléfono durante los próximos días. Tu hermana llamó a eso de las ocho y media. Quería venir, sin perder un momento.

–¡Dios nos valga! –dijo Maxim.

–No te apures. La he convencido para que no venga, diciéndole que no puede hacer nada, y que tú no querías más compañía que la de tu mujer. Me preguntó que cuándo se va a celebrar la encuesta judicial, y le he dicho que aún no está decidido. Lo que temo es que no podamos evitar que venga si se entera por los periódicos cuándo se celebra.

–¡Malditos periodistas!

–Sí, desde luego. A todos nos gustaría retorcerles el pescuezo, pero hay que ponerse en su lugar. Lo hacen por defender sus garbanzos. Tienen que informar a sus periódicos de todo. Si no mandan artículos sensacionales lo más probable es que el director los ponga en la calle. Si el director no consigue que su periódico se venda bien, la Empresa le echa a él, porque si no se vende bien pierde dinero la Empresa. No tendrás que verlos ni que hablar con ellos, Maxim. Yo me entenderé con ellos. Lo que tienes que hacer es pensar bien en la indagación, y nada más.

–Sé perfectamente lo que tengo que decir.

–Naturalmente que lo sabes; pero no olvides que el «coroner»¹⁹, ese vejete de Horridge, es un pesado a quien le encanta investigar hasta los detalles más insignificantes, para demostrar al jurado lo bien que lo hace. Tienes que tener cuidado, no te vaya a hacer perder la paciencia.

–¿Por qué diablos voy a perder la paciencia? No creo que tenga ningún motivo para estar preocupado.

–Claro que no. Pero yo he presenciado muchas encuestas y sé que es fácil ponerse nervioso. Y no querrás ponerle en contra tuya.

–Frank tiene mucha razón –intervine yo–. Comprendo perfectamente lo que quiere decir. Cuanto más suavemente y más de prisa vaya todo, más malos ratos nos ahorraremos. Cuando se termine, procuraremos olvidarlo, como seguramente hará todo el mundo, ¿verdad, Frank?

–Naturalmente –respondió.

Aún rehuía mirarle a los ojos, pues estaba cada vez más convencida de que sabía la verdad, y la había sabido siempre. Me acordé de cuando le conocí, el primer día que pasé en Manderley, en que él y Giles y Beatrice estuvieron a comer, ésta hizo algunos comentarios acerca de la salud de Maxim. Frank desvió tranquilamente la conversación, ayudando, sin que nadie lo notara, a Maxim, como lo hacía siempre que algo le amenazaba. Recordé también que siempre mostró evidente desgana al

¹⁹ Oficial provincial, territorial o municipal que preside y dirige las encuestas celebradas acerca de las muertes violentas, ya sean intencionadas o accidentales. (N. del T.)

hablar de Rebeca, y su procedimiento pomposo, ceremonioso, de intervenir en el mismo momento que una conversación amenazaba tornarse íntima. Y, al recordarlo, comprendí todo... Frank estaba en el secreto, sin que Maxim lo sospechara. Y Frank no quería que Maxim se diera cuenta. Los tres habíamos alzado entre nosotros estúpidas barreras, que nos aislaban de los demás.

El teléfono no volvió a molestarnos. Todas las llamadas iban a parar a la oficina. No teníamos nada que hacer, sino esperar. Esperar al martes.

A la señora Danvers no la vi por ningún lado. Todos los días me encontraba con la minuta preparada, pero no la volví a cambiar. Pregunté por ella a Clarice. Me dijo que atendía a sus ocupaciones corrientes, pero sin hablar con nadie, y que comía y cenaba en su despachito. Clarice sentía una enorme curiosidad; pero ni me preguntó nada ni yo estaba dispuesta a discutir el asunto con ella. Probablemente, en la cocina no hablarían de otra cosa, ni en la finca, ni en la portería, ni en las alquerías... Y Kerrith estaría lleno de hablillas. Nosotros solamente salíamos al jardín, sin alejarnos de la casa, sin siquiera llegar al bosque. El tiempo aún no había cambiado, y hacía un bochorno agobiador. El aire estaba cargado y nubes preñadas de lluvia, que no llegaba a caer, ocultaban el sol, blancas y pesadotas. Notaba yo la lluvia, escondida detrás de las nubes, y hasta la olía.

La encuesta iba a celebrarse el martes, a las dos de la tarde.

A la una menos cuarto nos sirvieron la comida. Frank se quedó a comer. Afortunadamente, Beatrice había telefoneado que le era imposible desplazarse, pues Roger, su hijo, había cogido el sarampión, y estaban todos los de la casa en cuarentena. Bendije al sarampión, pues creo que Maxim no hubiera podido aguantar tener a Beatrice en casa, sincera, verdaderamente preocupada, pero haciendo preguntas sin cesar. Preguntas y preguntas y preguntas.

Fue aquel almuerzo una comida rápida y nerviosa. Ninguno hablamos gran cosa. Yo sentía de nuevo aquella extraña sensación de angustia y ni tenía hambre ni casi podía tragar. Acabar la farsa de la comida fue un alivio. Maxim salió al jardín y oí cómo ponía en marcha el motor del coche. El runrún del automóvil me tranquilizó. Era la señal de partida, era la señal de algo que hacer, en lugar de permanecer sentados en Manderley. Frank nos siguió en su cochecito. Durante todo el camino conservé mi mano sobre la rodilla de Maxim, mientras él guiaba.

No parecía estar nervioso, sino perfectamente tranquilo. En cuanto a mí, me parecía ir en coche hacia un sanatorio con alguien a quien fueran a operar, y sin saber qué ocurriría, sin saber si la operación saldría bien. Tenía las manos heladas y el corazón me latía, como a tropezones, como si no supiera llevar el compás. Y aquella angustia, aquella incesante angustia, honda, muy honda... La vista iba a celebrarse en Laniyon, seis millas más allá de Kerrith. Tuvimos que dejar los coches en la plaza del mercado, grande y empedrada. El coche del doctor Phillips estaba allí, y también el del coronel Julyan y otros. Vi que una mujer miraba con curiosidad a Maxim, y luego daba con el codo a su acompañante.

–Creo que será mejor que yo me quede aquí –dije– Me parece que después de todo, no voy a entrar con vosotros.

–Si yo no quería que vinieras –me respondió Maxim–. Hubieras estado mucho mejor en Manderley. Te lo he dicho.

–No, aquí sentada en el coche, estaré bien.

Frank llegó y metió la cabeza por la ventanilla.

–¿No viene usted?

–No –respondió Maxim–. Prefiere quedarse en el coche.

–Hace usted bien. No se le ha perdido nada ahí dentro. Terminaremos en seguida.

–Aquí espero.

–De todos modos, le guardaré un sitio, por si cambia usted de manera de pensar.

Se alejaron juntos y yo me quedé allí sentada. Aquel día les tocaba cerrar temprano a las tiendas, y éstas presentaban un aspecto abandonado y triste. Apenas se veía a nadie. Desde luego, Lanyon nunca ha sido lugar de veraneo, pues está demasiado tierra adentro. Miraba sentada a las tiendas, mientras comenzaron a correr los minutos, y yo me preguntaba qué estaban haciendo el «coroner», Frank, Maxim, el coronel Julyan... Bajé del coche y principié a pasearme por la plaza del mercado. Me paré ante un escaparate. Luego seguí mis pasos. Vi que un guardia me miraba con curiosidad, y por escapar de él me metí por una bocacalle.

Sin pensarlo, casi contra mis deseos, vi que me estaba acercando a la casa en la que se celebraba la vista. La poca publicidad que se había dado a la hora de la encuesta podría explicar la poca gente que vi allí, en contraste con lo que me temía. La casa parecía desierta. Subí la escalera que llevaba a la puerta, y me quedé aguardando, pero no se de dónde, surgió a mi lado, inesperadamente, un guardia.

–¿Desea algo? –me dijo.

–No.

–Pues aquí no puede estar.

–Perdóneme –dije, y comencé a bajar la escalera hacía la calle.

–Un momento... ¿No es usted la señora De Winter?

–Sí.

–Entonces, es distinto. Si lo desea, puede quedarse aquí. ¿No quiere esperar sentada en este cuarto?

–Muchas gracias.

Me entró en un cuartito desnudo, en donde había un escritorio. Parecía el salón de espera de una estación. Allí me estuve sentada, con la manos sobre la falda. Pasaron cinco minutos sin que ocurriera nada. Aquello era peor que aguardar sentada en el coche. Me levanté y salí al pasillo. El guardián aún estaba allí.

–¿Tardarán mucho? –le pregunté.

–Si quiere, iré a enterarme.

Desapareció por el corredor, y volvió al poco rato.

–Creo que ya no tardarán. El señor De Winter ha terminado su declaración. El capitán Searle, el buzo y el doctor declararon antes. El único que queda es el señor Tabb, el armador de Kerrith.

–Entonces.... casi han terminado.

–Supongo que sí, señora. ¿No quiere usted presenciáir lo poco que quede? Hay un sitio vacío junto a la puerta. Si entra con cuidado nadie la verá.

–Bueno, gracias.

Casi habían acabado. Maxim ya había hecho su declaración. Por lo tanto, no me importaba escuchar lo demás. Lo que no había querido presenciar era el interrogatorio de Maxim. La idea de verle declarando se me hacía muy difícil. Y por eso no había entrado con él y con Frank. Ahora, ya era distinto. Ya habían acabado con él.

Seguí al guardia, que abrió una puerta al final del pasillo, y entré de puntillas, sentándome junto a la puerta, conservando la cabeza baja para no mirar a nadie. La sala era más pequeña de lo que me había imaginado. Estaba el aire viciado y hacía mucho calor. Yo me había figurado una sala enorme y desnuda, con bancos como los de las iglesias. Maxim y Frank estaban sentados al otro extremo que yo. El «coroner» era un viejecillo enjuto y con lentes. Había otras personas que me eran

desconocidas. Las miré a todas con el rabillo del ojo, y el corazón me saltó en el pecho cuando vi a la señora Danvers y a Favell sentado junto a ella. Jack Favell, el primo de Rebeca. Estaba inclinado hacia delante, la barbilla apoyada en ambas manos, los ojos clavados en Horridge. No esperaba encontrarle allí. ¿Le habría visto Maxim? James Tabb, el armador, estaba de pie en aquel momento, y el «coroner» le estaba haciendo una pregunta.

–Sí, señor –respondió Tabb–. Yo me encargué de arreglar el barquillo de la señora De Winter. Era un barco de pesca francés. La señora lo compró poco menos que de balde en Bretaña, y lo trajo luego aquí, encargándome que lo decorara y convirtiera en un yate de recreo.

–¿Estaba el barco en condiciones de hacerse a la mar? –dijo el «coroner».

–Lo estaba cuando yo lo revisé, el pasado abril. La señora De Winter solía mandarme el barquito en el mes de octubre, para guardarlo. En marzo me mandó que lo preparase, como de costumbre, y así lo hice. Este fue el cuarto año que usó el barco desde que yo lo transformé.

–¿Sabe usted si el barco había volcado alguna vez?

–No, señor. La señora me lo hubiera dicho, y la verdad es que estaba encantada con él por todos conceptos, a juzgar por lo que me decía.

–Supongo que sería difícil de manejar, ¿no?

–Verá usted, señor; no voy a negar que hay que andar con cuidado cuando se sale al mar en un barquito de vela. Pero el barco de la señora De Winter no era un barquichuelo de esos llenos de trucos y caprichos, que no se les puede dejar un momento, como algunos que se ven en Kerrith. Estaba bien construido, y era muy marinero, capaz de aguantar mucho viento. La señora De Winter lo había manejado sin dificultad, con el mar mucho más picado que aquella noche. ¡Si apenas soplaban algunos golpes de viento de cuando en cuando! Eso es lo que yo digo, y lo que he dicho siempre, que no entiendo cómo pudo zozobrar el barco aquella noche.

–Pero, vamos a ver. Si suponemos que la difunta bajó al camarote en busca de un abrigo, como se cree, un golpe de viento que soplase de tierra de repente, ¿no sería bastante para volcar el barco?

–No; yo creo que no.

–Bueno; sin embargo, eso es lo que ocurrió, sin duda –dijo el «coroner»–. No creo que ni el señor De Winter ni ninguno de nosotros queramos insinuar que usted haya tenido la culpa del accidente, por no haber hecho bien el trabajo que se le encomendó. Usted nos dice que al empezar la temporada preparó el barco y que lo dejó en condiciones. Eso es lo único que quería saber. Por desgracia, la difunta tuvo un momento de descuido, que le costó la vida, al hundirse el barco con ella dentro. Ya le digo que nadie pretende culparle a usted.

–Perdóneme, señor –dijo el armador–; pero la cosa no es tan sencilla como parece. Y si usted me lo permite, quisiera añadir algo.

–Perfectamente. Puede continuar.

–Pues verá usted, señor. Cuando el año pasado ocurrió lo que ocurrió, no faltó quien dijera cosas poco agradables acerca de mí: que yo tenía la culpa de que la difunta hubiera salido en un barco podrido y viejo, que si patatín, que si patatán. De resultas, perdí dos o tres encargos. No había derecho; pero el barco, hundido estaba, y no pude hacer nada para disculparme. Mas ahora ha encallado el barco ése, y se ha encontrado y puesto a flote el de la difunta. Ayer, aquí, el señor capitán Searle me dio permiso para examinarlo, y así lo hice. Quería yo convencerme a mí mismo de que cuando entregué el barquito ese estaba en regla, y fui a verlo, aunque ya llevaba hundido más de doce meses.

–Me parece muy natural, y espero que se convenciera usted de que había hecho

bien el trabajo –dijo el «coroner».

–Sí, señor. El trabajo estaba bien hecho. Lo estuve examinando a bordo de la chalana, donde lo había puesto el señor capitán Searle. Al hundirse, quedó descansando sobre un banco de arena. Esto se lo pregunté al buzo, que me dijo que sí. No había tocado contra ningún escollo. La escollera estaba a más de metro y medio de distancia. El barquito había estado descansando sobre arena todo este tiempo, sin que le tocara ninguna roca.

Hizo una pausa. El «coroner» le miró, esperando la continuación.

–Bueno. ¿No tiene más que añadir? –Sí que tengo –dijo con énfasis–. ¡Y mucho! Lo que yo quiero saber es quién hizo aquellos agujeros en el casco. Las rocas no fueron. La roca que estaba más cercana quedaba a más de metro y medio. Ni eran aquéllos los agujeros que hacen las rocas. Aquellos eran agujeros hechos con una barra de hierro.

No pude mirarle. Tenía la vista fija en el suelo. El piso estaba cubierto de linóleo verde, y me quedé mirándolo. ¿Por qué no diría nada el «coroner»? ¿Por qué no diría nada alguien? Por fin, habló, pero su voz me sonó muy remota.

–¿Qué quiere usted decir? ¿Qué clase de agujeros?

–Había tres. Uno en la proa, junto a la caja de la cadena para el ancla, a estribor, por debajo de la línea de flotación. También habían cambiado el lastre de posición. Estaba todo suelto. Y no es eso todo; además, las espitas estaban abiertas.

–¿Las espitas? ¿Qué es eso?

–Las que cierran y abren las cañerías que de un lavabo o un retrete van al mar. La señora había mandado arreglar un cuartito de aseo en la popa. Y en la proa un fregadero para platos sucios, y así cada uno tenía una espita. Cuando el barco está anclado, hay que tenerlas cerradas, pues si no entraría el agua. Bueno, pues cuando ayer examiné el barquito, las dos espitas no podían estar más abiertas.

Hacía allí dentro un calor sofocante. ¿Por qué no abrirían una ventana? ¡Ibamos a asfixiarnos! Con toda aquella gente respirando el mismo aire. ¡Tanta gente y tan poco aire!

–Con esos agujeros en el casco y las espitas abiertas, no tardaría mucho en hundirse un barquito como aquél. No creo que pasaría de los diez minutos. Esos agujeros no los tenía el barco cuando lo entregué. Mi trabajo estaba bien hecho. Eso no sólo lo digo yo, sino que lo decía la difunta. Y mi opinión es que el barco no zozobró, sino que lo echaron a pique adrede.

«Lo que tengo que hacer –pensé– es salir, volverme a aquel cuartito, porque aquí ya no se puede respirar, no queda aire.» Y el que estaba a mi lado se me acercaba cada vez más y más... Alguien delante de mí se puso en pie y todo el mundo parecía estar hablando y cuchicheando. El calor era asfixiante. El «coroner» impuso silencio y dijo algo «del señor De Winter». No me dejaba ver nada el sombrero de una mujer que tenía delante. Maxim estaba en pie. No pude mirarle. No debía mirarle. Noté una sensación que ya había sentido otra vez. ¿Cuándo? No sabía... No me acordaba... ¡Ah! ¡Sí! ¡La señora Danvers! ¡Cuando estuve asomada a la ventana con la señora Danvers! Ahora la señora Danvers estaba escuchando lo que decían el «coroner» y Maxim. Maxim estaba allí, en pie. El calor subía desde el suelo en oleadas lentas y sofocantes hasta mis manos mojadas y escurridizas; hasta mi cuello, mi barbilla, mi cara...

–Señor De Winter: ha oído usted la declaración de James Tabb, que preparó el barco de su difunta esposa. ¿Puede usted decirnos lo que sepa de esos agujeros?

–No sé nada, en absoluto.

–¿No puede usted explicarlos de alguna manera?

-No, claro que no.

-¿Es ésta la primera vez que oye usted hablar de ellos?

-Sí.

-Naturalmente, su existencia le sorprende.

-Ya me sorprendió bastante saber que me equivoqué al hacer aquella identificación, hace doce meses, y ahora me entero de que mi mujer no sólo murió ahogada en su propio camarote, sino que se hicieron determinados agujeros, con el propósito deliberado de que entrara el agua y el barco se hundiera. ¿Le parece a usted que no debería estar sorprendido?

«No, Maxim, no. Ya oíste lo que te dijo Frank. No te enfades. No hables en ese tono, con ese tono airado, Maxim. No Comprenderá. Te lo suplico, amor mío, te lo suplico. ¡Dios mío! ¡No permitas que Maxim pierda la cabeza! ¡No dejes que pierda la cabeza! »

-Señor De Winter: le ruego que me crea si le digo que aquí todos sentimos mucho lo ocurrido. No se me oculta que ha sido un rudo golpe para usted, un golpe rudísimo, saber que su difunta esposa se ahogó en su camarote y no en el mar, como usted supuso. Yo estoy llevando a cabo esas averiguaciones, por usted. Y por usted quiero llegar a saber exactamente cómo y por qué murió su esposa. No hago esto para divertirme.

-Eso resulta evidente, ¿no?

-Así lo espero. James Tabb nos acaba de decir que el barco dentro del cual se han hallado los restos de su difunta esposa, presenta tres agujeros, hechos a golpes dados en el casco. Y que las espitas estaban abiertas. ¿Pone usted en duda tal declaración?

-Naturalmente que no. Él, como armador que es, sabrá lo que está diciendo.

-¿Quién cuidaba del barco de su difunta esposa?

-Ella misma.

-¿No empleaba a nadie?

-No, a nadie.

-El barco solía quedar amarrado al puertecito particular de Manderley, ¿no es así?

-Sí.

-Si un extraño hubiera tratado de hacer algo en el barco, ¿hubiera podido ser visto? Creo que no se puede llegar a aquel lugar por ningún camino público.

-No; no se puede.

-Entiendo que aquella bahía está desierta y rodeada de árboles, ¿no?

-Sí.

-Entonces, ¿podría pasar inadvertido un extraño?

-Puede.

-Y, sin embargo, Tabb nos ha dicho, y no tenemos ningún motivo para dudarle, que un barco como aquél, con aquellos agujeros hechos en el casco y las espitas abiertas, no flotaría arriba de diez minutos.

-Exactamente.

-Entonces, podemos olvidarnos de la teoría de que alguien anduvo en el barco con intenciones criminales antes de que su difunta esposa saliera a dar un paseo por el mar, pues, en ese caso, el barco se hubiera hundido en el sitio en que estaba amarrado.

-Indudablemente.

–Por consiguiente, hemos de suponer que quienquiera que saliera en el barco aquella noche fue quien hizo los agujeros en el casco y abrió las espitas.

–Así parece. –Ya ha declarado usted que la puerta del camarote estaba cerrada, como las ventanillas, y los restos de su mujer en el suelo de su camarote. Esta fue su declaración, y la del capitán Searle, y la del señor doctor.

–Sí. –Si añadimos a esto la información referente a los agujeros hechos con una barra de hierro y las espitas abiertas, ¿no le parece, señor De Winter, que todo es muy extraño?

–Desde luego.

–¿No se le ocurre nada más?

–No; nada más.

–Señor De Winter, aunque me sea penoso, tengo el deber de hacerle una pregunta muy delicada.

–¿Sí?

–¿Las relaciones entre usted y su difunta esposa eran... cordiales?

Ya sabía yo que aparecerían los dichosos puntos negros ante mi vista, bailarines, relampagueantes, cruzando veloces el aire denso... ¡Hacía tanto calor, tanto calor, con toda aquella gente, con todas aquellas caras, y ninguna ventana abierta! La puerta, que yo creía estaba junto a mí, la veía a lo lejos. El suelo se alzó para venir a mi encuentro.

En aquel momento, saliendo de la extraña neblina que me rodeaba, llegó a mis oídos la voz clara y fuerte de Maxim, que decía:

–Hagan el favor de sacar a mi mujer de la sala. Está a punto de desmayarse.

Capítulo XXIII

Me encontré de nuevo en el cuartito de antes. El cuartito que parecía la sala de espera de una estación. El guardia, inclinado sobre mí, me estaba dando agua, y noté una mano sobre mi brazo: la mano de Frank. Me estuve muy quieta, mientras, poco a poco, las paredes, Frank y el guardia fueron recobrando su forma ante mis ojos.

–Perdónenme! ¡Qué tontería marearme así! ¡Es que hacía ahí dentro tanto calor!

–No está muy ventilada, no –dijo el guardia–. Ya ha habido quejas, pero sigue igual. Son varias las señoras que se han mareado ahí dentro.

–¿Se encuentra mejor? –preguntó Frank.

–Sí, sí. Mucho mejor. Dentro de un ratito estaré bien. No esté aquí conmigo.

–La llevaré a Manderley.

–¡No!

–Sí. Me lo ha dicho Maxim.

–No. Quédese con él.

–Maxim me ha dicho que la lleve a Manderley.

Me cogió del brazo y me ayudó a levantarme.

–¿Puede ir andando hasta el coche o lo traigo a la puerta?

–Puedo andar, pero prefiero quedarme. Quiero aguardar a Maxim.

–Maxim puede tardar mucho aún.

¿Por qué me diría aquello? ¿Qué quería decir? ¿Por qué no me miraba? Me agarró del brazo y fue andando, a mi lado, por el pasillo, hasta la puerta, bajando la

escalera, a la calle. «Maxim puede tardar mucho aún...»

No hablamos. Llegamos al cochecito de Frank; abrió la portezuela y me ayudó a subir. Después subió él y puso el motor en marcha. Salimos de la empedrada plaza del mercado, a través de la ciudad silenciosa, y luego tomamos la carretera de Kerrith.

–¿Por qué van a tardar tanto? ¿Qué van a hacer ahora?

–Acaso tengan que declarar otra vez los testigos. –Frank hablaba mirando fijamente la superficie dura y blanca de la carretera.

–Pero... ¡sí ya han dicho lo que tenían que decir! ¡Nadie va a decir ahora nada nuevo!

–No sé. El «coroner» puede hacer el interrogatorio de otra manera. La declaración de Tabb lo ha cambiado todo. Tendrá que examinar ahora el asunto desde un nuevo punto de vista.

–Pero, ¿qué punto de vista? ¿Qué quiere decir?

–Ya oyó usted la declaración; lo que Tabb dijo acerca del barco. Ya nadie creerá que fue un accidente.

–Pero, ¡es absurdo! ¡Es ridículo! No deben hacer caso a Tabb. ¿Cómo puede él saber, con todos los meses que han pasado, cómo se hicieron esos agujeros? ¿Qué es lo que pretenden averiguar?

–No lo sé.

–Ese viejo empezará a preguntar a Maxim cosas y más cosas, hasta que pierda la paciencia y comience a decir Dios sabe el qué sin querer. Una pregunta, y otra, y otra..., y Maxim no lo aguantará, Lo sé divinamente que no lo aguantará.

No respondió Frank. Conducía muy de prisa. Por primera vez, desde que le conocí, le falló su repertorio de amables frases convencionales. Eso quería decir que estaba preocupado, muy preocupado. Solía conducir su coche con gran cuidado, muy despacio, parando por completo en todos los cruces, para mirar a derecha e izquierda, y siempre tocaba la bocina en todas las curvas.

–Ese sujeto estaba allí, el que vino un día a Manderley para ver a la señora Danvers.

–¿Favell? Sí, le he visto.

–Estaba sentado con la señora Danvers.

–Sí, ya lo sé.

–¿Qué estaba haciendo allí? ¿Qué derecho tiene para asistir a la vista?

–Era primo de Rebeca.

–Pues no está ni medio bien que estuvieran allí los dos escuchando todas las declaraciones. No me fío de ellos.

–No.

–Pueden tramar algo.

Pueden hacer una mala jugada. Una vez más, no contestó Frank. Comprendí que era tanta su lealtad para con Maxim, que ni siquiera conmigo estaba dispuesto a discutir la situación. Ignoraba hasta qué punto estaba yo al tanto de todo. Ni yo sabía con seguridad lo que él conociera del asunto. Eramos aliados y deseábamos lo mismo, pero no podíamos ni mirarnos a la cara. Ninguno de los dos nos atreveríamos a confiarnos al otro.

Entramos en aquel momento por las puertas de la verja y emprendimos el camino tortuoso y largo de la casa. Por primera vez me di cuenta de que habían comenzado a florecer las hortensias, que adelantaban sus bolas azules por entre el verde follaje. A pesar de su hermosura, algo tenían de sombrío y fúnebre;

recordaban esas coronas, tiesas y artificiales, encerradas en cajas de cristal, que se ven en algunos cementeríos extranjeros. Allí estaban, a todo lo largo y a ambos lados del camino, azules, monótonas, como espectadores curiosos que se hubieran agolpado en las aceras de una calle para vernos pasar.

Al fin, llegamos a la casa, al terminar la última y amplia curva que llevaba a la escalinata de entrada.

–¿Se encuentra ya más capaz de quedarse sola? Debería echarse un rato.

–Sí, puede que sí.

–Yo me vuelvo a Lanyon. Maxim podría necesitarme.

No añadió más. Volvió a subir rápidamente al coche, y se alejó sin más. Maxim podría necesitarle. ¿Por qué lo dijo? Tal vez el «coroner» quisiera interrogar a Frank, también, y preguntarle acerca de aquella noche, ya hacía más de doce meses, cuando Maxim cenó con él. Querría saber la hora exacta en que Maxim se marchó de su casa. Querría saber si alguien había visto a Maxim volver, si los criados sabían que estaba allí, si había alguien que pudiera probar que cuando llegó se fue derecho a su cuarto y se desnudó. Podría tomar declaración a la señora Danvers. Y a todo esto, a Maxim se le iría agotando la paciencia e iría poniéndose cada vez más lívido...

Entré en el hall, y subí a mi cuarto, echándome en la cama, como Frank me había aconsejado. Me tapé los ojos con las manos. Aún continuaba viendo la sala y todas aquellas caras. Y, entre todas, la del «coroner», arrugada, exasperante, con los lentes a caballo sobre la nariz, mientras continuaba el minucioso interrogatorio. «No estoy aquí para divertirme.» Hombre lento, cuidadoso, susceptible. ¿Qué estarían diciendo todos ahora? ¿Qué estaría ocurriendo? ¿Y si, pasado un rato, llegara Frank a Manderley, solo?

No sabía lo que estaba pasando. No sabía lo que se hacía en estos casos. Me acordaba de haber visto en los periódicos fotografías de hombres que salían conducidos por la policía de salas como aquella. ¿Se llevarían a Maxim? No me dejarían acompañarle. No me dejarían ni verle. Tendría que quedarme sola en Manderley, como estaba en aquel momento, esperando un día y otro día, una noche y otra noche. Algunos, acaso el coronel Julyan, tratarían de consolarme: «No debe usted estar tan sola. Venga a pasar unos días con nosotros.» El teléfono, los reporteros, otra vez el teléfono. «No, la señora no recibe a nadie. La señora no tiene nada que declarar al *Country Chronicle*.» Otro día. Y otro. Semanas enteras, semanas de confusión y casi inexistentes. Al final, Frank vendría a buscarme para ver a Maxim. Estaría delgado, y raro, como los hospitalizados...

No era yo la primera mujer que recorría aquel camino de amargura. Había leído en el periódico acerca de otras. Solían escribir al secretario del Interior, impetrando clemencia, sin conseguir nada. El secretario del Interior siempre contestaba que no se puede entorpecer la acción de la Justicia. También los amigos mandaban instancias, firmadas por mucha gente, pero el secretario del Interior no les hacía caso. Y los lectores de periódicos baratos decían: «¿Por qué le habían de indultar? ¿No asesinó a su señora? ¿Quién va a indultar a la pobre? La tendencia sentimental de abolir la pena de muerte únicamente sirve para fomentar el crimen. Que lo hubiera pensado antes de matarla. Ahora, ya es tarde. Le ahorcarán, como a cualquier otro asesino. Y muy merecido se lo tiene. Que sirva de escarmiento a los demás.»

Me vino a la memoria una fotografía que había visto alguna vez en la última plana de un periódico. Había un grupo de gente a la puerta de una cárcel y poco después de las nueve salía un guardia y clavaba allí un aviso, para que la gente lo leyera. El aviso decía que la sentencia había sido cumplida. «La sentencia de muerte fue cumplida esta mañana, a las nueve. Estuvieron presentes el director y el

médico de la cárcel, acompañados del primer magistrado del Condado.» Los ahorcados morían muy de prisa. Y era una muerte sin dolor. Se rompe el cuello. No, no se rompía... No sé quién dijo que, a veces, no salía bien; fue alguien que había sido amigo del director de una cárcel. Te ponen un saquito encima de la cabeza, y de pie sobre una plataforma, cuando, de repente, el suelo desaparece... Desde que se sale de la celda hasta que te cuelgan, pasan nada más que tres minutos. No, cincuenta segundos, me han dicho... Pero..., no puede ser; ¡cincuenta segundos!; eso es absurdo. Junto a la plataforma hay una escalera, que va al foso, y por allí baja el médico a examinar... La muerte es instantánea. No, no lo es. A veces, el cuerpo sigue moviéndose un rato, porque no se rompió el cuello. Claro que ni en esos casos sienten nada. Pero algunos dicen que sí, que lo sienten todo. Uno, que tenía un hermano de médico en la cárcel, dijo que, aunque no se decía, para evitar el escándalo, la verdad es que no todos mueren instantáneamente, sino que se quedan con los ojos abiertos bastante rato...

¡Dios mío! No puedo seguir pensando en estas cosas. Voy a pensar en otras. Vamos a ver otras cosas... En la señora Van Hopper. Estará en América, en casa de su hija. Tenían una casa de verano en Long Island. jugarían mucho al *bridge*, seguramente, e irían a las carreras. A la señora Van Hopper le encantaban las carreras de caballos. ¿Tendría todavía aquel sombrero amarillo? Era pequeño. Con aquella carota redonda, necesitaba un sombrero mayor. Estaría sentada en el jardín de la casa de Long Island, rodeada de libros y revistas y periódicos. De pronto, se ponía los impertinentes y llamaba a su hija, diciendo:

–Oye, Helen, mira. Dicen aquí que Max de Winter asesinó a su primera mujer. Siempre me pareció un tipo raro. Ya dije a aquella majadera que iba a cometer un error... y no me quiso hacer caso. Pues ahora, ya no tiene remedio. Probablemente le ofrecerán un buen contrato para hacer películas.

Algo me tocó la mano. Era *Jasper*; la nariz húmeda y fría de *Jasper*, que me había seguido desde el hall. ¿Por qué nos dan ganas de llorar los perros? Es su bondad, su cariño, que consuela calladamente. *Jasper* sabía perfectamente que algo ocurría. Todos los perros lo saben. Cuando se hacen los baúles y llega el coche a la puerta, los perros dejan colgar los rabos, y sus ojos revelan gran tristeza. Cesa el ruido del coche, que se aleja, y vuelven a sus cestas lentamente.

Debí de quedarme dormida, pues desperté sobresaltada al oír el ronco estallido del primer trueno. Me levanté. El reloj marcaba las cinco. Fui hacia la ventana. No soplaba ni la más ligera brisa, y las hojas colgaban inmóviles de las ramas, esperando. El cielo aparecía de un gris pizarroso. Un relámpago de mil leguas rompió el cielo, y volvió a sonar el remoto rumor de un trueno. No llovía. Salí al pasillo y me puse a escuchar. No se oía nada. Fui al rellano de la escalera. No se veía a nadie. El hall estaba sombrío a causa de las nubes tormentosas. Bajé y salí a la terraza, y el sordo rumor del trueno volvió a oírse a lo lejos. Me cayó una gota en la mano. Una sola gota de lluvia. Estaba muy oscuro. Más allá de la hondonada del valle vi el mar, semejante a un lago negro. Una de las criadas comenzó a cerrar las ventanas de los cuartos de arriba, y Robert cerró a mi espalda las del salón.

–¿No han vuelto los señores, Robert?

–No, señora. Creí que la señora estaba con ellos.

–No. Ya hace un rato que he vuelto.

–¿Desea la señora tomar el té?

–No. Esperaré.

–Parece que, por fin, va a cambiar el tiempo, señora.

–Sí...

Pero no llovía... Solamente una gota, que me cayó en la mano. Entré en la

biblioteca y me senté. A las cinco y media entró Robert.

–Acaba de llegar el coche, señora.

–¿Qué coche?

–El coche del señor, señora.

–¿Viene el señor conduciendo?

–Sí, señora.

Quise ponerme en pie, pero las piernas, como de trapo, se negaron a sostenerme. Por fin, lo logré, quedando apoyada sobre el sofá, con la garganta seca. Al cabo de un minuto entró Maxim y se quedó parado junto a la puerta. Estaba completamente agotado y parecía más viejo, con unas arrugas que le salían de las comisuras de los labios, que nunca había yo notado antes.

–Ya acabó todo –dijo.

Esperé. Aún no podía hablar ni acercarme a él.

–Suicidio –continuó–. Sin prueba suficiente para determinar el estado mental de la víctima. Naturalmente, el jurado estaba desorientado y no sabían lo que hacían.

Me dejé caer sobre el sofá.

–Suicidio –dije–; pero... el motivo; ¿qué motivo han encontrado?

–¡Dios sabe! Parece que no han creído necesario buscar un motivo. ¡A ese necio de Horridge tenías que haberle visto mirándome con sus ojillos, y preguntándome que si Rebeca tenía apuros económicos! ¡Qué estupidez, Dios mío!

Se dirigió a la ventana y se quedó allí, mirando a la pradera esmeralda.

–Va a llover. Gracias a Dios que, al fin, va a caer un poco de agua.

–Pero, cuéntame. ¿Qué pasó? ¿Qué dijo Horridge? ¿Cómo habéis tardado tanto?

–Empezó el interrogatorio otra vez, insistiendo sobre detalles insignificantes acerca del barco, que a nadie importaban. ¿Era difícil abrir las espitas? ¿Cuál era la situación exacta del primer agujero en relación al segundo? ¿Qué era «lastre»? ¿Qué efecto tendría sobre la estabilidad de la embarcación el desplazamiento del lastre? ¿Tendría una mujer fuerzas bastantes para moverlo sin ayuda? ¿Cerraba bien la puerta del camarote? ¿Qué presión de agua sería necesaria para abrir la puerta? ¡Creí que me volvía loco! Pero conservé la paciencia. Cuando te vi allí, junto a la puerta, me acordé de lo que tenía que hacer. Si no te hubieses desmayado, Dios sabe que lo hubiera hecho todo mal; pero tu mareo me hizo reaccionar de repente, y vi lo que tenía que hacer y decir. Desde aquel momento no quité la vista de encima de Horridge, y estuve mirando sin descanso su carita delgada, de pajarito con lentes, que no olvidaré hasta el día que me muera. Estoy cansado, estoy rendido, tanto, que ni veo ni siento ya nada.

Se sentó junto a la ventana y apoyó la cabeza entre las manos. Yo me senté junto a él. A los pocos minutos entró Frith, seguido de Robert, con la mesita para el té. Comenzó el solemne ritual, como siempre, como cualquier otro día: sacaron las alas plegables de la mesa, ajustando las patas luego, para cubrirla inmediatamente con el niveo mantel, sobre el que pusieron la tetera y el *samovar* con su lamparilla de alcohol debajo. *Scones*, emparedados, tres clases de bizcocho... *Jasper*, sentado cerca de la mesa, golpeaba de cuando en cuando el suelo con el rabo, sin dejar de mirarme. Ocurra lo que ocurra, pensé, la vida continúa igual, y hacemos las mismas cosas, y seguimos celebrando las pequeñas ceremonias anexas a nuestra comida, a nuestro sueño y nuestro asco. No hay crisis capaz de quebrar la corteza de lo habitual. Le serví té a Maxim, se lo llevé junto a la ventana, y dándole un *scone*, unté de mantequilla otro para mí.

–¿Dónde está Frank? –le pregunté.

–Ha ido a ver al párroco. También yo hubiera ido, pero he querido venir a tu lado inmediatamente. No he dejado de pensar ni un momento que estabas aquí, esperando, sin saber lo que había pasado.

–¿Para qué tenéis que ver al párroco?

–Tenemos una cosa que hacer esta tarde en la iglesia.

En un principio me quedé mirándole, sin entender, pero en seguida comprendí. Iban a enterrar a Rebeca. Iban a llevarla del depósito de cadáveres.

–Se ha fijado la hora para las seis y media. No se lo hemos avisado a nadie. Sólo iremos Julyan, Frank, el párroco y yo. Ya lo habíamos convenido ayer. El veredicto no cambia nada.

–¿A qué hora te vas?

–Estoy citado con ellos, en la iglesia, a las seis y veinticinco.

Quedé callada, y seguí tomando mi taza de té. Maxim soltó en su plato el emparedado, sin probarlo.

–Sigue haciendo bochorno.

–Es la tormenta. No acaba de descargar. Han caído nada más que unas gotas. Está en el aire, pero no acaba de descargar.

–Cuando salí de Lanyon tronaba y el cielo estaba negro como la tinta. ¡A ver si se decide a empezar a llover de una vez!

Los pajarillos callaban ocultos en los árboles. Estaba oscura la tarde.

–Hubiera preferido que no salieras ya más hoy.

No me contestó. Estaba rendido, agotado.

–Esta noche, cuando vuelva, hablaremos de todo. Tenemos que planear muchas cosas, ¿verdad? Tenemos que empezar de nuevo. Hasta ahora he sido un mal marido.

–No, Maxim. ¿A qué viene eso?

–Vamos a empezar de nuevo, ahora que ya hemos acabado con esta pesadilla juntos no es igual que separados, y podremos conseguir lo que nos proponemos. El pasado no nos puede robar nuestra felicidad. Y tendremos hijos. –Miró su reloj y continuó–: Son las seis y diez. Me tengo que marchar. No tardaré: una media hora. Tenemos que bajar a la cripta.

Le cogí una mano, diciéndole:

–Te acompaño. No me importa. Déjame que vaya contigo. –No, no. No quiero que vengas. Salió del cuarto, y a los pocos momentos oí el coche, que rodaba por el camino. Luego cesó el ruido y comprendí que ya estaba lejos.

Entró Robert a retirar los restos de la merienda. Como todos los días. ¿Hubiera ocurrido todo con igual normalidad, aunque Maxim se hubiese quedado en Lanyon? ¿No habría cambiado ni un poco la expresión de cordero de Robert, mientras recogía las migas del mantel y se llevaba la mesa?

Cuando salió Robert de la biblioteca quedó ésta sumida en un silencio absoluto, y comencé a pensar en los que estaban en la iglesia, que acaso acababan de pasar por aquella puerta y estaban en aquel momento bajando la escalera de la cripta. No había estado nunca allí. Sólo había visto la puerta. ¿Cómo sería una cripta por dentro? ¿Estarían los ataúdes alineados en el suelo? Allí estaban el padre y la madre de Maxim. ¿Qué harían con aquella mujer enterrada allí por equivocación? ¿Quién sería, pobre desgraciada, que nadie la reclamó, arrojada a la playa por la marea y el viento? Su ataúd sería ahora reemplazado por otro. Rebeca, al fin, iría a reposar en la cripta. El párroco estaría leyendo el oficio de difuntos, con Julyan, Frank y Maxim a su lado. «Vuelvan las cenizas junto a las cenizas, y el polvo al polvo...» Rebeca no

tenía ya realidad alguna. Cuando la encontraron en el suelo del camarote dejó de existir. En el ataúd que estaban enterrando... ya no estaba Rebeca, sino únicamente un puñado de polvo. Polvo nada más.

Poco después de las siete empezó a llover. Al principio, un poquito nada más, solamente unas gotas, que cayeron con ruido discreto sobre las hojas de los árboles, tan finas, que ni verlas pude. Luego, arreció la lluvia, cayendo el agua más rápida y con más ruido, hasta convertirse en un verdadero torrente, que se arrojaba desde el cielo, color de pizarra, trazando rayas oblicuas en el aire. Dejé abiertas las ventanas de par en par y permanecí ante una, respirando el aire fresco y recién lavado. La lluvia me salpicaba la cara y las manos. La espesa y variante cortina de agua no me permitía ver más allá del prado. Oía el ruido, como de arcadas, que hacía el agua en los canalones de encima de la ventana, y su chapoteo repiqueteante sobre las losas de la terraza. Retumbó un trueno. El aire se perfumó con olores de musgo, de tierra mojada, de la oscura corteza de los árboles.

No oí entrar a Frith. Estaba yo junto a la ventana, contemplando la lluvia, y no me enteré de su presencia hasta que estuvo a mi lado.

–Perdone la señora, pero, ¿tardará mucho el señor?

–No, no mucho –contesté.

–Hay un señor que quiere verle –dijo Frith, después de dudar un instante–. No sé qué decirle. Insiste en que tiene que ver al señor.

–¿Quién es? ¿Le conoce usted?

Frith pareció turbarse.

–Sí, señora. Es un señor que solía frecuentar la casa en vida de la difunta señora. Se llama Favell.

Me arrodillé en el banco de la ventana y cerré ésta. La lluvia estaba salpicando los almohadones. Luego me volví hacia Frith y le dije:

–Creo que será mejor que reciba yo al señor Favell.

–Está bien, señora.

Fui hacia el otro extremo del cuarto y me quedé en pie sobre la alfombra, ante la chimenea. apagada. Acaso pudiera deshacerme de Favell antes que volviera Maxim. No sabía qué le iba a decir, pero no estaba nerviosa.

De allí a poco rato volvió Frith, anunció a Favell y entró éste en la biblioteca. No había cambiado su aspecto desde la última vez, aunque acaso se mostrase algo más descuidado en su vestir. Era de esos hombres que jamás usan sombrero. Tenía el pelo descolorido del sol de los últimos días y la cara muy tostada.

–Lo siento, pero Maxim no está –le dije–, ni sé cuándo volverá. ¿No sería mejor que se cite usted con él mañana, en la oficina?

–No, sí no me importa esperar –contestó–, y, además, no creo que tarde mucho. He echado un vistazo al comedor y la mesa está puesta para dos.

–Hemos cambiado de idea, y puede que Maxim no vuelva a casa en toda la noche.

–¿Ha puesto tierra por medio? –dijo Favell, sonriendo maliciosamente–. No sé si creerla o no, porque, en sus circunstancias, tal vez sería lo más indicado. Hay gente que no puede aguantar las hablillas. Y siempre resulta más agradable evitarlas. ¿No cree?

–No sé de qué me está hablando.

–¿No? Vamos, vamos.. ¡No esperará usted que me trague eso! ¿Eh? Y qué, ¿se encuentra usted mejor? ¡Qué lástima ese desmayo de usted durante la vista! Hubiera ido a ayudarla de mil amores, pero vi que ya tenía a su lado otro caballero

andante. Estoy seguro de que Frank lo habrá pasado muy bien... ayudándola. A él le dejó usted que la trajera a casa..., a mí ni cinco metros me quiso acompañar en el coche.

–¿Para qué quiere ver a Maxim?

Se acercó a la mesa y cogió un cigarrillo.

–Supongo que no le importará que fume, ¿no? ¿No se mareará o algo así? A veces, las recién casada...

Se quedó mirándome por encima de su mechero y continuó:

–Parece usted menos niña que cuando la vi la última vez ¿Qué ha estado haciendo? ¿Jugando con Frank? –echó una bocanada de humo hacia el techo y continuó–: ¿Le importaría mucho decir al provector Frith que me trajera un whisky?

No respondí, pero llamé al timbre. Se sentó en el respaldo del sofá y se puso a balancear las piernas aún dibujando con los labios su desagradable sonrisa. Fue Robert quien acudió a mi llamada.

–Traiga un whisky al señor.

–¿Qué hay, Robert? –dijo Favell–. Ya hace mucho que no te echo la vista encima. ¿Sigues partiendo los corazones de las niñas de Kerrith?

Robert se sonrojó, lastimosamente turbado.

–Bueno, hombre, bueno; no te apures, que no le voy a contar a nadie tus secretos. Anda, corre, y tráeme un whisky cumplidito, date prisa.

Desapareció Robert, y Favell se echó a reír, mientras tiraba la ceniza al suelo.

–Una vez que le tocaba salir, me llevé a Robert de jarana. Me había apostado Rebeca cinco libras a que no me atrevería a hacerlo. Gané las cinco libras y, al mismo tiempo, pasé una de las tardes más divertidas de mi vida. ¡Me reí como un loco! Robert, en plan de calavera, es algo serio, y no tiene mal gusto, no; aquella tarde escogió la más bonita de todas las niñas que vimos.

Volvió Robert con el whisky y una botella de seltz en una bandeja, y sirvió a Favell, aún muy colorado y molesto. Favell le estuvo mirando, mientras echaba whisky en el vaso, hasta que comenzó a reír, apoyándose en el brazo del sofá. Luego se puso a silbar los primeros compases de una musiquilla.

–¿No era ésta la música? –dijo, y luego añadió–: Bueno, ¿y te siguen gustando pelirrojas?

Robert le sonrió sin ganas. Se le veía azorado a más no poder, y esto hizo que Favell riera aún con más ganas, Robert dio media vuelta y se marchó.

–¡Pobre chico! Estoy seguro de que no ha vuelto a echar una cana al aire desde aquel día. Ese pelma de Frith le tendrá atado bien corto.

Comenzó a beber el whisky, mirando alrededor del cuarto y de cuando en cuando a mí dedicándome una sonrisa.

–Empiezo a notar que no me importaría gran cosa que no viniera Maxim a cenar. ¿Qué le parece?

No respondí. Continué callada, en el mismo lugar que antes con las manos a la espalda.

–Usted no iba a permitir que se desperdiciara el cubierto de Maxim, ya puesto en la mesa y todo; ¿verdad que no? –Y continuó mirándome, la cabeza inclinada a un lado, y con la misma sonrisa.

–Mire usted –le dije, por fin–; no quiero que me llame grosera; pero, la verdad, es que estoy rendida. Hoy ha sido un día muy largo y muy cansado. Si no me puede decir lo que quiere con Maxim, no vale la pena de que siga usted aquí. Haga lo que le digo: vaya a la oficina mañana por la mañana.

–No, no. No sea usted mala. Yo también he tenido un día muy cansado. No vaya a salir corriendo y a dejarme solo. Le aseguro que soy completamente inofensivo. Supongo que Maxim habrá estado contándole cuentos acerca de mí.

No contesté, y continuó:

–Yo no soy el lobo feroz que dicen por ahí. Créame. Soy un sujeto corriente, normal y nada peligroso. Y permítame que le diga que la admiro profundamente.

Las últimas palabras las pronunció trabucándosele la lengua, y comencé a arrepentirme de haber dicho a Frith que le hiciera pasar.

–Llega usted a Manderley –dijo, haciendo un ademán vago con el brazo–, se posesiona de todo, conoce cientos de personas que no ha visto en la vida, aguanta a Max y sus malos humores, y no se le da una higa de nadie, sino que sigue haciendo lo que le viene en gana. Está muy bien. Pero muy rebién. Y no me importa decírselo a quien sea. –Se tambaleó ligeramente al poner el vaso vacío en la mesa y continuó–: Todo este asunto ha sido un disgusto, pero que muy serio para mí. Un disgusto del... demonio. ¡Sí, señor! ¡Vaya! Rebeca era mi prima. Y la quería un rato largo.

–Sí, sí. Lo siento por usted.

–Nos criamos juntos. Siempre fuimos camaradas. Los mismos gustos. Los mismos amigos. Nos reíamos de los mismos chistes. ¡je, je! Yo... la verdad..., pues no creo que haya querido nunca a nadie en el mundo como a Rebeca. Todo esto ha sido un disgusto. Una cosa pero que muy seria de disgusto.

–Sí, naturalmente...

–Pero, vamos a ver. Lo que yo quiero saber es qué va a hacer Maxim. ¿Se cree que, porque ya se acabaron las investigaciones, se va a quedar tranquilo? ¡Diga!

Había dejado de sonreír. Se inclinó hacia mí, y dijo:

–Ya me encargaré yo de que hagan justicia a Rebeca. –Y subiendo la voz, prosiguió–: ¡Suicidio! ¡Valiente paparrucha! ¡Ese vejestorio de «coroner» consiguió que el jurado dijera que había sido un suicidio! Pero –y se acercó más a mí–, usted y yo sabemos muy bien que no fue suicidio, ¿eh? ¿Verdad que lo sabemos muy bien?

En aquel momento se abrió la puerta y entró Maxim, seguido de Frank. Se quedó inmóvil junto a la puerta, mirando a Favell, y luego dijo:

–¿Qué diablos haces tú aquí?

Se volvió Favell hacia él, con las manos en los bolsillos. Calló unos segundos, y luego dijo, con una sonrisa:

–La verdad es que he venido a darte la enhorabuena por lo de esta tarde.

–¿Quieres marcharte, por las buenas y ahora mismo, o acaso prefieres que entre Frank y yo te echemos a puntapiés?

–¡Oye! ¡Oye! ¡Calma! –dijo Favell, y sentándose en el sofá encendió otro cigarrillo–. Supongo que no querrás que Frith oiga lo que tengo que decirte, ¿eh? De manera que yo cerraré la puerta.

Maxim no se movió, pero vio que Frank cerraba la puerta sin hacer ruido.

–Y, ahora, escucha, Max –dijo Favell–. Todo te ha salido esta tarde a las mil maravillas, ¿no? Mucho mejor de lo que tú esperabas. Lo sé, porque estuve allí. ¿No me viste? Pues sí, estuve allí desde que empezó hasta que acabó. Vi a tu mujer desmayarse oportunamente, y no me extraña. En aquel momento estuvo en un tris que tomara la cosa cualquier rumbo. ¿No será que habrás sobornado a esos zotes del jurado? Hubo un momento en que me dio la impresión.

Maxim dio un paso hacia Favell, pero éste le detuvo con un ademán, diciendo:

–Espera, hombre, espera, que aún no he concluido. Supongo que te das cuenta

de que, si quiero, puedo darte un disgusto que acaso fuera hasta peligroso para ti.

Me senté en un sillón, junto a la chimenea, y me agarré con fuerza a los brazos. Frank se colocó detrás de mí. Maxím permaneció inmóvil, sin dejar de mirar a Favell.

–¿Sí? ¿Y en qué consiste ese peligro?

–Mira, Max, supongo que no existen secretos entre tú y tu mujer. Y, a juzgar por la cara de Frank, formáis un trio perfecto. Por lo tanto, puedo hablar con claridad, y voy a hacerlo. Todos sabéis cuanto hay que saber acerca de Rebeca y de mí. Eramos amantes. Lo sabíais, ¿no? Nunca lo he negado, ni lo negaré. Hasta aquí la cosa está clara. Hasta ahora yo había creído, como un estúpido, que Rebeca se ahogó en la bahía en un accidente, y que se recogió su cuerpo en Edgcombe unas semanas después. Para mí, fue aquello un golpe del diablo; pero me dije que tal muerte es la que, probablemente, hubiera elegido Rebeca; morir luchando, como había vivido. –Hizo una pausa y nos miró, uno por uno, sentado como estaba, en el borde del sofá. Después, continuó–: Pero hace unos días leí en el periódico que se había encontrado por casualidad el barquito de Rebeca, y que en el camarote había un cadáver. Esto me sorprendió. ¿Quién diablos podría ser el acompañante de Rebeca? Era incomprensible. Vine aquí, me fui a una fonda de las afueras de Kerrith, me puse al habla con la señora Danvers, y ésta me dijo que el cadáver encontrado era el de la misma Rebeca. Incluso entonces pensé lo que todos los demás; que Rebeca se había quedado encerrada en el camarote cuando bajó a buscar un abrigo o algo así, y que la identificación del primer cadáver había sido sencillamente una equivocación. Pero estuve en la vista hoy, como sabes. Todo marchaba perfectamente, ¿eh?, hasta que declaró Tabb. Pero, después... venga ya, Max: ¿qué tienes que decir acerca de esos misteriosos agujeros en el casco y del hecho de que las espitas estuvieran abiertas?

–¿Te crees, ni por un momento –dijo Maxim muy despacio–, que después de haber estado todas esas horas hablando del asunto esta tarde, voy a empezar a discutirlo de nuevo... contigo? Has oído todas las declaraciones. El «coroner» las ha encontrado satisfactorias. Tú tendrás que hacer otro tanto.

–Conque... suicidio, ¿eh? Ahora resulta que Rebeca se suicidó. Justito lo que se le ocurriría a ella, ¿no? Mira, aquí tengo una nota de Rebeca, que tú conoces. La he guardado todo este tiempo porque es lo único que me escribió. Voy a leerla, porque estoy seguro de que te va a resultar interesante.

Sacó un papel del bolsillo, escrito con una letra picuda y sesgada, que reconocí, y comenzó a leerlo:

«He estado llamándote por teléfono, pero no ha contestado nadie. Salgo ahora mismo para Vianderley. Estaré en la casita de la playa esta noche. Sí recibes esta nota a tiempo, coge el coche y ven. Pasaré la noche en la casita y dejaré la puerta abierta para que puedas entrar. Tengo algo que decirte, y quiero verte lo antes posible.

REBECA.»

Volvió a guardarse el papel en el bolsillo.

–Yo diría que a una persona que va a suicidarse no se le ocurre escribir esto. Me encontré la nota en casa, cuando volvía, a las cuatro de la mañana. No tenía idea de que Rebeca estuviera en Londres, pues la habría buscado. Pero mi mala suerte quiso que aquella noche estuviera de cuchipanda. Cuando leí la nota eran ya las cuatro, y me pareció inútil ponerme en camino de Manderley, a seis horas de carretera. Me acosté decidido a llamarla por teléfono aquel mismo día. Y lo hice. Pero ya no pude hablar con ella, pues me enteré de que se había ahogado.

Se quedó mirando fijamente a Maxim desde el sofá. Todos callamos. Con voz irónica continuó:

–Vamos a suponer que el «coroner» hubiera leído esta nota. Hubiera complicado ligeramente el asunto; ¿no crees, Max?

–¿Por qué no la entregaste? –preguntó Maxim.

–Vamos despacio, hombre. No pierdas la cabeza. Yo no quiero hundirte. Dios sabe que nunca me has demostrado un cariño excesivo, pero no te guardo rencor. Todos los maridos que tienen mujeres guapas son algo celosillos. ¿Eh? Algunos hasta se sienten Otelos. Depende de los nervios. No es culpa suya, y lo siento por ellos. Yo soy un poco socialista en estas cosas, y no veo ningún motivo para que no se pueda compartir con otro una mujer... ¿Qué importa? Bueno, mira, Max, yo he puesto ya las cartas boca arriba; ¿por qué no hemos de llegar a un acuerdo? No soy rico. Me gusta demasiado jugarme los cuartos. Pero encuentro desagradable no tener unos billetes de que echar mano en los apuros. Y si alguien me diese una renta vitalicia de dos a tres mil libras al año... eso me permitiría vivir bastante agradablemente. Y jamás volvería a molestarte. Te lo juro.

–Hace un rato que te he dicho que salgas de mi casa –dijo Maxim–, y no te lo voy a repetir. Ahí tienes la puerta. Prefiero que la abras tú mismo.

–Espera un poco, Maxim –dijo Frank–. El asunto no es tan sencillo como parece. – Y luego, volviéndose hacia Favell, continuó–: Comprendo lo que quiere usted decir. Por desgracia, podría usted presentar los hechos desfigurándolos de tal modo que pudieran interpretarse desfavorablemente para Maxim. Creo que no lo ha comprendido él tan bien como yo. ¿Cuánto dinero pretende usted que le dé Maxim?

Se puso lívido Maxim, y le latió una vena de la sien.

–No te metas en esto, Frank. Es un asunto personal mío. Y no voy a bajar la cabeza ante una vulgar amenaza de chantaje.

–Sin embargo –dijo Favell–, no creo que a tu mujer le gustase ser conocida por la viuda De Winter, la viuda de un asesino que murió en el patíbulo. –Se rió y miró en mi dirección.

–Crees que me voy a asustar, ¿no? –dijo Maxim–. Pues te equivocas. No me asusta nada que puedas hacer tú. En ese cuarto está el teléfono. ¿Quieres que llame al coronel Julyan? Es el magistrado del distrito. Probablemente encontrará interesante tu cuento.

Favell le miró un segundo y se echó a reír.

–Eres un buen actor, Maxim, pero no me engañas. No te atreverás a llamar a Julyan. Sabes perfectamente que tengo pruebas suficientes para mandarte a la horca.

Maxim echó a andar lentamente, entró en el cuarto y llegó a nuestros oídos el ruido que hizo el teléfono al descolgarlo.

–¡No le deje! –le dije a Frank–. ¡No!

Sonó la voz de Maxim, que decía fría y calmadamente:

–Central, deme el número 17 de Kerrith.

Favell estaba mirando la puerta con cierta ansiedad en su cara.

–Déjame –dijo Maxim a Frank, y luego, pasados dos minutos–: ¿Es usted, mi coronel? Soy yo, De Winter. Sí, sí. Ya lo supongo. Quisiera saber si podría usted venir en seguida. Sí, a Manderley. Es un asunto urgente. No, no le puedo explicar por teléfono, pero se lo diré en cuanto llegue. Perdone que le moleste a estas horas. Sí, muchas gracias, mi coronel. Adiós.

Volvió a entrar en la biblioteca, y dijo:

–Julyan viene ahora mismo. –Y yendo a la ventana la abrió de par en par. Aún continuaba diluviando, y se quedó allí, dándonos la espalda, callado, respirando el aire fresco.

–Maxim, oye –dijo Frank. No contestó, y Favell, cogiendo otro cigarrillo, se echó a reír.

–Sí quieres que te ahorquen por capricho, a mí, iplin! –Cogió un periódico, se dejó caer en el sofá y, cruzando las piernas, se puso a volver las hojas. Frank no sabía qué hacer, mirándonos a Maxim y a mí. Luego vino a mi lado.

–¿No podemos hacer algo? –le dije en voz baja–. Salga usted al encuentro del coronel y no le deje entrar. Dígale que ha sido un error.

Maxim debió de oírme, pues sin volver la cabeza dijo:

–Frank no se moverá de aquí. Este asunto lo tengo que arreglar yo solo. Julyan estará aquí dentro de diez minutos.

Volvimos a callar todos. Favell siguió leyendo el periódico. Nada se oía, sino el golpeteo de la lluvia. Caía el agua sin cesar, continuamente, con monotonía. Me sentía sin fuerzas y completamente inútil. No podía hacer nada. Ni Frank tampoco. En una obra teatral, o en una novela, hubiera encontrado a mano un revólver, y luego de matar a Favell hubiera escondido su cadáver en un armario. Nosotros éramos gente normal, a quienes no podían ocurrir estas cosas. Tampoco era posible que yo me arrodillara ante Maxim, suplicándole que diese aquel dinero a Favell. No podía hacer nada, sino quedarme allí sentada, con las manos sobre la falda, mirando la lluvia, mirando a Maxim, que continuaba junto a la ventana de espaldas a mí.

Llovía demasiado fuerte para que pudiéramos oír el coche. El chapoteo de la lluvia apagaba todos los demás ruidos, y no nos enteramos de la llegada del coronel hasta que se abrió la puerta y Frith nos lo anunció. Maxim dio media vuelta y salió a su encuentro.

–Buenas noches, mi coronel –dijo–, Aquí estamos otra vez. Bien poco ha tardado usted.

–Como me dijo que era algo urgente, he venido corriendo. Afortunadamente, todavía tenía el coche en la puerta. ¡Vava nohecita! –Miró sin seguridad a Favell, y dirigiéndose a mí me dio la mano, mientras saludaba con la cabeza a Frank–. Menos mal que ha empezado a llover. Ya era hora de que descargara. ¿Se encuentra usted mejor?

Dije algo, no sé el qué. Él permaneció en pie, mirándonos a todos, restregándose las manos.

–Supongo que comprenderá usted –dijo Maxim– que no le he sacado de su casa en una noche como ésta por puro gusto de charlar un rato agradablemente antes de cenar. No sé si conoce usted a Jack, primo hermano de mí primera mujer.

–Me parece que sí. Quizá nos hayamos conocido aquí en otra ocasión.

–Muy posible –dijo Maxim–. Bueno, Favell, tú tienes la palabra.

Se levantó éste del sofá y tiró el periódico encima de la mesa. Los diez minutos últimos habían hecho que se le pasara bastante la borrachera. Andaba derecho, y había dejado de sonreír. Me dio la impresión de que no le gustaba el cariz que habían tomado los acontecimientos, y que no estaba preparado para una entrevista con Julyan. Empezó a hablar demasiado alto y con tono desabrido.

–Pues verá usted; es inútil andarse por las ramas. El motivo de que yo esté aquí es que no estoy conforme con el fallo de esta tarde.

–¡Ah! Y... ¿no es De Winter, y no usted, el llamado a opinar sobre este asunto?

–No. Creo que no. Tengo derecho a hablar, no sólo como primo de Rebeca, sino porque, de no haber muerto ella, nos hubiéramos casado.

Julyan demostró su evidente sorpresa.

–¡Ah! Comprendo. Así es diferente. ¿Es cierto lo que he oído, De Winter?

Maxim se encogió de hombros y respondió:

–Es la primera vez que lo oigo.

Julyan miró a uno y a otro, sin saber qué hacer, y después dijo:

–Vamos a ver, Favell; ¿quiere ser algo más explícito?

Favell le miró un momento; comprendí que estaba tramando algo, pero que aún no estaba bastante despejado para llevarlo a buen término. Metió la mano lentamente en el bolsillo del chaleco y sacó la esquila de Rebeca.

–Esta nota la escribió Rebeca unas horas antes de ese supuesto paseo suicida en barco. Tómela, léala y dígame si, en su opinión, una mujer que escribe eso está pensando en matarse.

Sacó Julyan las gafas de un estuche que llevaba en el bolsillo, y leyó la nota. Luego se la alargó a Favell, diciendo:

–No; al parecer no. Pero no sé a qué alude esta nota. Quizás usted, o usted, De Winter, lo sepan.

Maxim no respondió. Favell dobló la nota, sin dejar de mirar a Julyan ni un segundo.

–En esa nota, mi prima me citaba de manera concreta. Me dice en ella, con perfecta claridad, que coja el coche y venga a Manderley, porque tiene algo que decirme, aquella misma noche. Seguramente no sabremos nunca lo que era; pero, para el caso, es lo mismo. Lo que nos importa es el hecho de que me citase y se propusiera pasar la noche en la casita de la playa, para verme a solas. Que saliera a dar un paseo en barco no me sorprendió. Lo solía hacer, pasando en su barquito un par de horas, después de volver de Londres. Pero de eso a que se encerrara en el camarote y comenzase a hacer agujeros en el casco para ahogarse adrede, como si fuera una niña histérica o neurótica.... ¡que no, hombre, que no!

Su rostro había enrojecido y las últimas palabras las dijo casi gritando. Pude ver que su manera de conducirse en nada le favorecería con Julyan, en cuya apretada boca vi que Favell no le había hecho buena impresión.

–Mí querido amigo –dijo–; es inútil que se enfade usted conmigo. Ni soy el «coroner» que dirigió la encuesta, ni he formado parte del jurado de este caso. Es claro que deseo ayudarle en lo que pueda, y a De Winter. Dice usted que se niega a creer que su prima se suicidara. Sin embargo, usted mismo ha oído la declaración del armador. Las espitas estaban abiertas y los agujeros allí estaban. Bueno, vamos a ver. ¿Qué opina usted que ocurrió entonces?

Favell volvió la cabeza lentamente y se quedó mirando a Maxim. Aún continuaba jugando con la carta de Rebeca.

–Ni Rebeca abrió esas espitas ni hizo tales agujeros. Rebeca no se quitó la vida. Me ha pedido usted mí opinión, y le juro que la va a escuchar. A Rebeca la asesinaron. Y si quiere usted saber quién la mató, ahí le tiene usted, junto a la ventana, con esa cara de superioridad. Ni un año pudo esperar para casarse con la primera que topó. Ahí le tiene usted; ahí tiene usted al asesino, el muy noble y muy distinguido señor Maximilian de Winter. Mírele bien. ¿Verdad que tiene un gran tipo para la horca?

Y Favell rompió a reír, con risa de beodo, estentórea, forzada y estúpida, sin dejar de retorcer entre sus dedos la nota de Rebeca.

Capítulo XXIV

¡Bendita sea la risa de Favell! ¡Bendito aquel dedo acusador, y su cara

enrojecida, y sus ojos inyectados en sangre! ¡Bendito sea aquel traspié que dio! Benditos sean todos, pues acabaron poniendo de nuestra parte al coronel. Favell le molestó, y yo lo vi en su cara y en el rápido movimiento de los labios. Estaba claro que no le creía, y que estaba de nuestra parte.

–Este hombre está borracho. Ni sabe de lo que está hablando.

–Borracho, ¿eh? –gritó Favell–. Nada de eso, mi buen amigo. Usted será magistrado y coronel, por añadidura; pero no me impresiona. Para una vez en la vida que me apoya la ley, voy a aprovecharme. No es usted el único magistrado del condado. Hay otros que no tienen la cabeza hueca y que saben lo que es justicia. No son militares incompetentes, retirados forzosos hace años, que ahora se pasean exhibiendo unas cuantas filas de medallas de guardarropía. Max de Winter mató a Rebeca, y lo probaré.

–Un momento, Favell –dijo el coronel, en voz baja y tranquila–. ¿No estuvo usted en la vista? Sí, me acuerdo ahora que le vi allí. Si tan escandalosa le parece la injusticia cometida, ¿por qué no se lo dijo al jurado y al «coroner» mismo? ¿Por qué no sacó usted esa carta durante la vista?

Favell miró un momento y luego se echó a reír.

–¿Que por qué? ¡Porque no me ha dado la gana! Porque prefería entendérmelas con De Winter personalmente.

–Por eso le llamé a usted por teléfono –dijo Maxim, viniendo hacia nosotros, desde la ventana–. Ya habíamos escuchado, antes de que usted viniera, las acusaciones de Favell, y le pregunté lo mismo que usted. ¿Por qué no comunicó sus sospechas al «coroner»? Parece, según me dijo, que no es hombre de fortuna, y si yo estuviera dispuesto a asegurarle una renta anual de dos mil o tres mil libras, me promete no volver a molestarme. Frank estaba presente y mi mujer también. Le ruego que les pregunte.

–Es la pura verdad, mi coronel. Es pura y sencillamente un caso de chantaje –dijo Frank.

–Tal vez; pero el chantaje no es un asunto ni puro ni sencillo. Puede amargar la vida de mucha gente, aunque, al final de cuentas, el chantajista dé con sus huesos en la cárcel. Tampoco es imposible que una persona inocente vaya a parar en la cárcel. En este caso, queremos evitar tal contingencia. Favell, no sé si está usted lo suficientemente despejado para responder a mis preguntas. Si lo está, le ruego que se abstenga de hacer alusiones personales; terminaremos antes. Acaba usted de acusar a De Winter de un crimen grave. ¿Tiene usted alguna prueba?

–¿Pruebas? –dijo Favell–. ¿Qué diablos de pruebas quiere usted? ¿Es que no son bastantes pruebas los agujeros del barco?

–De ningún modo, a no ser que pueda usted presentar un testigo que declare haber visto cómo De Winter los hacía. ¿Tiene usted algún testigo?

–¡Vayan al cuerno los testigos! ¡Claro que los hizo De Winter! ¿Quién iba a matar a Rebeca, si no?

–Kerrith tiene muchos habitantes –dijo el coronel–. ¿Por qué no va usted de puerta en puerta preguntando? Yo mismo pude haberla matado. Al parecer, no tiene usted más pruebas contra De Winter que contra mí.

–¡Ah, vamos! Se ha propuesto usted ayudarle, ¿no? Se ha propuesto ponerse de su parte. No va a permitir usted que nadie se meta con él, porque ha cenado en su casa y él en la suya un par de veces. Claro, Maxim es un señorón en esta comarca, y nada menos que el propietario de Manderley. ¡No es usted más que un pobrecillo snob!

–Favell, tenga cuidado con lo que dice.

–Pero ¿cree usted que me van a acobardar? ¡Vamos, hombre! ¿Cree usted que no tengo pruebas bastantes para llevar el asunto a los tribunales? ¡Ya conseguiré las que hagan falta, no se apure! Le digo que De Wínter mató a Rebeca por mí. Sabía que nos entendíamos, y estaba celoso, rabiosamente celoso. Se enteraría de que ella me estaba esperando en la casita de la playa aquella noche, y bajó y la mató. Luego la metió en el barco y echó a pique éste.

–No está mal, Favell; pero le repito que no tiene prueba alguna. Cuando me traiga usted un testigo que viera todo eso que me está contando, empezaré a tomarlo en serio. Conozco esa casita de la playa de que habla. Es una especie de casita para merendar y así, ¿no? Creo que la difunta solía guardar allí velas y cosas para su barco. Su opinión acerca de lo que pasó aquella noche se vería muy favorecida si en lugar de una sola casita hubiera allí cincuenta. En ese caso, quizás encontrase usted algún testigo que hubiera visto lo que ocurrió.

–¡Un momento! –dijo Favell– Puede que, después de todo, hubiera alguien allí que viera a Maxim aquella noche. Es hasta probable. ¿Qué le parecería a usted si le trajese un testigo?

El coronel se encogió de hombros. Frank miró a Maxim, como preguntándole algo. Max permaneció callado, mirando a Favell. De repente, vi lo que Favell quería decir, y me di cuenta del significado de sus palabras. Y comprendí, en un segundo de miedo y espanto, que no se equivocaba en su suposición. Era verdad: aquella noche hubo en la playa un testigo. Me vinieron a la memoria algunas frases que el mismo dijera. Palabras que yo no había entendido; frases que supuse eran retazos sin sentido del deshilado pensamiento de un idiota. «Está allá abajo, ¿verdad? Ya no volverá.» «Yo no he dicho nada.» «La encontraron allá abajo. ¿Se la habrán comido los peces?» Ben sabía lo ocurrido. Ben lo había visto todo. Ben, con su deformada mente de idiota, era el testigo que lo presencié todo. Estaría escondido entre los árboles. Habría visto a Maxim soltar las amarras de la lancha, y volver luego a tierra, remando. Noté que la sangre huía de mis mejillas, y me recliné sobre el almohadón que sostenía mi cabeza.

–Hay un medio idiota que se suele pasar la vida en esa playa –dijo Favell–. Siempre que iba yo a ver a Rebeca, me lo encontraba rondando por allí. Le he visto mil veces. Solía dormir entre los árboles o en la playa, cuando hacía calor. Es tonto de nacimiento y nunca se le hubiera ocurrido ofrecerse para declarar; pero creo que si le interrogo yo, acaso nos diga lo que vio aquella noche, si es que vio algo..., y lo más probable es que viera mucho.

–¿De qué está hablando? –preguntó el coronel.

–Supongo que se refiere a Ben –respondió Frank, mirando otra vez a Maxim–. Es el hijo de uno de los arrendatarios. Pero no es responsable de lo que dice o hace. Nació idiota.

–¿Y qué tiene que ver eso? –dijo Favell–. ¿No tiene ojos? No tiene que contestar más que «sí» o «no». El miedo empieza a apoderarse de la sociedad comanditaria, ¿eh? Ya no estamos tan seguros y confiados.

–¿Podríamos encontrar a ese hombre, para hacerle unas preguntas? –dijo el coronel.

–Naturalmente –dijo Maxim– Frank, haz el favor de decir a Robert que vaya a la casita de su madre y que le traiga aquí.

Frank dudó un momento y me miró con el rabillo del ojo.

–Vamos, hombre, vamos –dijo Maxim–. Acabemos de una vez.

Frank salió del cuarto, y la angustia, una vez más, hizo presa en mis entrañas. Al poco rato volvió Frank.

–Robert ha ido en mi coche. Si Ben está en casa, le tendremos de vuelta en unos

diez minutos.

–Estará en casa, desde luego, con esta lluvia –dijo Favell–. Me parece que podré hacerle hablar. –Y miró, riendo, a Maxim. Aún tenía la cara arrebolada. La excitación le había hecho romper a sudar, tenía la frente perlada de gotitas. Vi cómo se le desbordaba la fofa carne por la parte de detrás del cuello de la camisa. Tenía las orejas más caídas de lo corriente. Aquella ostentosa apostura no le iba a durar mucho. Ya estaba fofa y blanducho. Encendió otro cigarrillo de los nuestros–. ¡Qué uniditos estamos todos en Manderley!, ¿eh? –dijo–. Aquí nadie pronuncia una palabra contra nadie. Hasta el señor magistrado de la localidad forma parte de la sociedad. Tenemos que exceptuar, naturalmente, a la joven desposada. Las mujeres están exentas de declarar en contra de sus mariditos. Crawley, naturalmente, no va a decir nada. Sabe que, si dice la verdad, se queda en la calle. Y, por Dios, no quisiera pensar mal de él, de ningún modo; no sé por qué me parece que tengo una pequeña cuenta pendiente con él... y no me la perdona. No tuviste mucha suerte con Rebeca, ¿verdad, conquistador? Puede que no tuvieras tiempo... ¿Qué? ¿Estamos teniendo más suerte con la sucesora? No dudo de que la juvenil esposa agradece cada vez que se desmaya el apoyo fraternal de tu brazo. Cuando oiga al juez sentenciar a muerte al amado esposo, supongo que ese brazo le vendrá muy bien.

Todo pasó en un segundo. Tan de prisa, que no vi cómo lo hizo Maxim; pero, de repente, vi vacilar a Favell, que cayó pesadamente contra el brazo del sofá, y luego al suelo; Maxim estaba a su lado. Sentí náuseas. Que Maxim hubiera pegado a Favell me parecía degradante. Hubiera preferido no saberlo. Hubiera preferido no estar allí. El coronel no dijo nada. Estaba muy serio. Les dio la espalda y me dijo calladamente:

–Puede que sea mejor que se vaya a su cuarto.

–No, no –respondí.

–Ese tipo está en un estado que será capaz de decir cualquier cosa. Lo que acaba de ocurrir no ha sido un espectáculo demasiado edificante. Naturalmente, a su marido le sobró razón para hacer lo que hizo, pero la escena se la podía haber ahorrado usted.

No contesté. Estaba mirando a Favell, que se alzaba lentamente del suelo, hasta ponerse en pie. Se dejó caer de golpe sobre el sofá y se llevó el pañuelo a la boca.

–Una copa; deme una copa –dijo.

Maxim miró a Frank, y éste salió del cuarto. Ninguno dijimos nada. Al cabo de unos momentos volvió Frank con el whisky en una bandeja. Mezcló un poco de agua de sifón en, un vaso y se lo ofreció a Favell, quien lo bebió ávidamente, como bebe un animal. Se llevó el vaso a la boca con un ademán que tenía no sé qué de obscena sensualidad, plegando los labios sobre el cristal de manera odiosa. El golpe de Maxim había dejado sobre la mandíbula una marca oscura y cárdena. Maxim le había vuelto la espalda otra vez, y estaba mirando por la ventana. El coronel observaba a Maxim con curiosidad concentrada. ¿Por qué miraba así el magistrado a Maxim? ¿Es que empezaba a sospechar, a recelar? Maxim no se daba cuenta, pues estaba contemplando la lluvia. Continuaba cayendo vertical y sin escampar, llenando el cuarto con su ruido. Terminó Favell el whisky y dejó el vaso sobre la mesa de al lado del sofá. Estaba respirando ruidosamente, sin mirarnos, con los ojos fijos en el suelo. Sonó el teléfono del cuartito de al lado, con una nota aguda y discordante. Frank fue a contestar. Volvió, y, dirigiéndose a Julyan, dijo:

–Es su hija, mi coronel, que pregunta si retrasan la cena. Julyan hizo un ademán de impaciencia y respondió: –Dígale usted que cenén ellos, y que no sé a qué hora volveré. –Miró el reloj y añadió, como para sí–: ¡La ocurrencia de llamar ahora, en estos momentos!

Entró de nuevo Frank en el cuartito para dar el recado, y traté de imaginarme a la hija de Julyan. Supuse que sería la jugadora de golf. Me la figuraba llamando a su hermano, diciéndole: «Papá dice que no le esperemos. ¿Qué estará haciendo? Cuando venga, los filetes van a parecer suelas de zapato». Toda la casa desorganizada, por culpa nuestra, y sus costumbres cambiadas, sin motivo. ¡Qué estúpidas consecuencias! La una producida por la otra y todas porque Maxim había matado a Rebeca. Miré a Frank. Estaba pálido y con una expresión decidida y grave.

–Ya oigo a Robert que vuelve con el coche –dijo el coronel–. Esta ventana da a la entrada de la casa.

Salió de la biblioteca al hall, Favell había levantado la cabeza, se puso en pie y se quedó mirando a la puerta, sonriendo repulsivamente.

Se abrió la puerta y entró Frank, que luego volvió hacia el hall y habló a alguien que estaba fuera, cariñosamente.

–Anda, entra, Ben –dijo–. El señor De Winter quiere regalarte unos cigarrillos. No hay por qué asustarse.

Entró Ben, arrastrando los pies. Llevaba en la mano su sombrero de hule, y sin él tenía un raro aspecto de desnudez. Por primera vez observé que llevaba la cabeza afeitada. Desprovisto de su sombrero parecía otro y horroroso. La luz parecía cegarle, y miró alrededor del cuarto, con cara estúpida, parpadeando. Me vio, y le dediqué una sonrisa. No sabía decir si me reconoció, pues no hizo más que continuar abriendo y cerrando los ojos. Entonces, Favell se adelantó, quedando delante de él.

–¡Hola, hombre! –le dijo–. ¿Qué tal te ha ido desde que no te veo?

Ben le miró fijamente. No pareció reconocerle y no contestó.

–Bueno, ¡qué!, ¿sabes quién soy?

Ben continuó dando vueltas al sombrero, y dijo:

–¿Eh?

–Mira –le dijo Favell, ofreciéndole su petaca–; toma un cigarrillo; coge los que quieras.

Cogió Ben cuatro y se puso dos detrás de cada oreja. Luego empezó otra vez a dar vueltas al sombrero.

–Sabes quién soy yo, ¿verdad?

Tampoco esta vez respondió Ben. Se adelantó entonces hacia él Julyan y le dijo:

–Dentro de un ratito volverás a casa, Ben. Nadie te va a hacer nada. Queremos solamente que contestes unas preguntas. ¿Conoces a este señor?

–Yo no le he visto nunca.

–No digas mentiras, idiota –dijo Favell bruscamente–. ¿Eres capaz de decir que no me viste el año pasado bajar con la señora por el bosque a la casita de la playa? ¿No te acuerdas de que un día te pescamos mirando por una ventana?

–¿Eh? –dijo Ben.

–Un testigo convincente –dijo el coronel sarcásticamente.

Favell giró sobre sus talones.

–¡Es un amaño indigno! –exclamó–. Alguien ha sobornado también a este idiota. Le digo que me ha visto mil veces. Mira, te voy a ayudar a hacer memoria –y mientras decía esto, sacó la cartera y mostró un billete de una libra–. ¿Te acuerdas ahora de mí?

–No le he visto nunca –dijo Ben, sacudiendo la cabeza, y agarrándose luego al brazo de Frank añadió–: ¿Ha venido para llevarme al asilo?

–No, hombre –le contestó Frank–; claro que no.

–Yo no quiero que me lleven al asilo. Allí pegan a la gente. Yo quiero quedarme en mi casa. Yo no he hecho nada.

–No tengas miedo, Ben –intervino el coronel–, que nadie te va a llevar al asilo. ¿Estás seguro de que no conoces a este señor?

–Sí, señor; yo no lo he visto nunca.

–Y de la señora De Winter, ¿te acuerdas?

Ben miró dudoso hacia mí.

–No, ésta no –dijo el coronel con dulzura–; la otra señora, la que solía bajar a la casita de la playa.

–¿Eh?

–¿Te acuerdas de una señora que tenía un barquito?

Ben guiñó un ojo y dijo:

–¡Se ha ido!

–Ya, ya sabemos que se ha ido. Solía salir en un barquito, ¿te acuerdas? ¿Estabas tú en la playa la noche que salió al mar por última vez?

Ben miró a Frank, y luego a Maxim, sin dejar de dar vueltas al sombrero.

–¿Eh?

–Estabas allí. ¿Verdad que estabas allí? –dijo Favell inclinándose hacia Ben–. Viste a la señora que entraba en la casita. Y, después, ¿qué viste? Di, ¿qué viste después? Anda, dinos.

Ben retrocedió hasta la pared y dijo:

–Yo... yo no he visto nada. Yo quiero quedarme en mi casa. No quiero que me manden al asilo. Yo no le he visto a usted nunca. Nunca. Yo no he visto a la señora con usted –y comenzó a gimotear como un niño.

–¡Necio! ¡Burro! –dijo Favell– ¡Necio!

Ben se estaba limpiando las lágrimas con la manga.

–Este testigo no le ha servido para nada –dijo el coronel–. No estamos haciendo más que perder el tiempo. ¿Quiere usted preguntarle alguna otra cosa?

–¡Esto es una confabulación! –dijo Favell–. Todos se han puesto en contra mía. Todos. Le digo que alguien ha pagado a ese idiota para que suelte esta sarta de mentiras.

–Creo que Ben se puede marchar ya –dijo el coronel.

–Anda, Ben –le dijo Maxim–. Dile a Robert que te lleve a casa. Y no tengas miedo, que nadie te va a llevar al asilo. Oye, Frank, di a Robert que le lleve a la cocina y que le den un poco de carne fría, o lo que se le antoje.

–Justa retribución de los servicios prestados, ¿eh, Maxim? –dijo Favell–. ¡Buen servicio te ha hecho!

Salió Frank acompañado de Ben. Julyan miró a Maxim y le dijo:

–Ese pobrecillo parecía aterrado. Estaba temblando como una hoja. ¿Le han maltratado alguna vez?

–No –dijo Maxim–. Es completamente inofensivo y siempre le he dejado que vague a su gusto por toda la finca.

–Pues estoy seguro de que alguien le ha asustado. Tenía los ojos como un perro que sabe que le van a pegar.

–¡Si le hubiesen dado una buena paliza, seguramente se hubiera acordado de mí! Pero, en lugar de eso, lo contrario: le van a dar de comer, y, ¡hay de quien le toque el pelo!

–Este testigo, desde luego, no le ha servido a usted para nada –dijo el coronel

tranquilamente-, y parece que no puede usted aducir la más mínima prueba de acusación contra De Winter. Ni siquiera el motivo que usted cita es suficiente. Si lleva el asunto a los tribunales, fracasará usted en su propósito. Dice usted que iba a casarse con la difunta señora De Winter y que la veía clandestinamente en la casita de la playa, pero hasta ese pobre idiota que acaba de salir dice que jamás le ha visto a usted. Ni siquiera puede probarnos lo que nos dice acerca de usted mismo.

-¡Ah!, ¿no? -dijo Favell. Le vi sonreír y dirigirse al timbre.

-¿Qué va usted a hacer? -preguntó el coronel. -Ahora lo verá.

Adiviné de qué se trataba. Frith apareció.

-Dile a la señora Danvers que venga -dijo Favell.

Frith miró un momento a Maxim y éste asintió. Salió Frith y el coronel preguntó:

-¿No es la señora Danvers el ama de llaves?

-Pero también era la amiga de Rebeca. La conoció mucho antes de que se casara, y se puede decir que la crió. Creo que va usted a encontrar en Danny un testigo bastante diferente de Ben.

En esto entró Frank en el cuarto y Favell le dijo:

-¡Qué! ¿Venimos de acostar a Ben? ¿Le han dado ya de cenar y le han dicho que sea buen chico? Me parece muy bien; pero creo que ahora la sociedad en comandita no va a salir tan bien librada.

-Favell ha pedido que venga la señora Danvers porque cree que puede decir algo de interés -dijo el coronel.

Frank lanzó una mirada a Maxim, y como el coronel la sorprendiera, hizo un gesto que no me gustó nada. Nada. Comencé a mordermelas uñas.

Todos quedamos en espera de que se abriese la puerta. Al fin, entró la señora Danvers. No sé si porque generalmente la había visto sola, y a mi lado parecía alta y enjuta, cuando noté lo bajita que era en comparación con Favell, Frank y Maxim, me dio la impresión de que se había encogido y arrugado. Se quedó junto a la puerta, mirándonos a todos por turno.

-Buenas tardes, señora Danvers -dijo Julyan.

-Buenas tardes, señor coronel.

Era la misma voz gastada, muerta, automática, que yo había escuchado tan a menudo.

-Ante todo, quiero hacerle una pregunta -dijo Julyan-. ¿Sabe usted la clase de relaciones que unían a la difunta señora De Winter con el señor Favell, aquí presente?

-Eran primos hermanos.

-No me refiero a relaciones de consanguinidad, sino a algo más íntimo.

-No sé qué quiere usted indicar.

-¡Vamos! ¡Venga ya, Danny! Sabes perfectamente lo que quiere decir. Yo se lo he dicho ya al señor coronel, pero no quiere creerme. ¿Verdad que Rebeca y yo nos entendíamos? ¿Verdad que estaba enamorada de mí?

-No.

-¡Oye!, ¡iso estúpida...! -empezó a decir Favell, pero la señora Danvers le interrumpió:

-No estaba enamorada de usted ni del señor. No estaba enamorada de nadie. Estaba por encima de esas cosas. Despreciaba a todos los hombres.

Favell se puso rojo de ira.

–Oyeme: ¿iba o no por el sendero del bosque a encontrarse conmigo, una noche y otra noche? ¿No la esperabas tú? ¿No solía pasar los finales de semana conmigo en Londres?

–¡Y qué! –saltó la señora Danvers, con pasión repentina– ¡Qué, si lo hacía! ¿No tenía ella derecho a divertirse? Para ella el amor era un juego. Ella misma me lo dijo. Se dejaba querer porque eso le divertía, porque le hacía reír. Y de usted se reía como de todos los demás. ¡Cuántas veces la he visto reírse a carcajadas de todos ustedes!

Aquel inesperado torrente de palabras me causó un efecto horrible, y aunque no me cogía de nuevas, me dio verdadero asco. Maxim se había puesto lívido. Favell estaba mirando a la señora Danvers, como si no acabara de comprender. El coronel se tiraba de los pelitos del bigote. Nadie dijo nada durante algunos minutos, y nada se oía sino el incesante salpicar de la lluvia. Entonces, la señora Danvers rompió a llorar. Lloraba como aquella mañana en la alcoba, con llanto seco y angustioso. No podía yo mirarla, y hube de volverme de espaldas. Todos continuamos callados. Y el ruido de la lluvia se entremezcló con el de los gemidos de aquella mujer. Faltó poco para que comenzara a gritar sin poderme contener. Quisiera haber podido salir del cuarto, corriendo y gritando.

Nadie se acercó a ella ni hizo lo más mínimo para consolarla, mientras ella continuaba con su llanto. Por fin, tras una eterna espera, fue dominándose, poco a poco, hasta quedar inmóvil el cuerpo, con la cara haciendo extrañas muecas y las manos agarrándose nerviosas a la negra tela de su vestido. Al fin calló, y el coronel habló sosegada y tranquilamente:

–Señora Danvers: ¿podría usted pensar en alguna causa, aunque fuera muy remota, que pudiera haber inducido a su señora a quitarse la vida?

Continuó atormentando al vestido, para luego sacudir la cabeza y responder:

–No.

–¿Lo ven ustedes? –intervino Favell–. Es imposible. Ella lo sabe tan bien como yo. Ya se lo he dicho.

–Usted, cállese –dijo el coronel– Deje a la señora Danvers tiempo para pensar. Ya estamos todos conformes en que todo parece indicar que la suposición es absurda. Y no estoy discutiendo la autenticidad o la veracidad de esa nota. Esa nota la escribió durante las pocas horas que pasó en Londres. Tenía algo importante que comunicarle. Existe la posibilidad de que si supiésemos qué es lo que tenía que decirle, pudiéramos dar con la solución de ese terrible problema. Enseñe esa nota a la señora Danvers. Acaso ella pueda indicarnos algo.

Favell se encogió de hombros, buscó la nota en el bolsillo y la tiró a los pies de la señora Danvers, que se agachó para recogerla.

Todos estuvimos mirándola mover los labios mientras la leía. Dos veces la leyó, luego sacudió la cabeza.

–No sé qué quiere decir. Sí tenía algo importante que decir al señorito Jack... antes me lo hubiera dicho a mí.

–¿Usted no la vio aquella noche?

–No, había salido. Pasé la tarde en Kerrith. Nunca me lo perdonaré. Nunca, hasta el día de mi muerte.

–Entonces..., no sabe lo que le ocurría, no nos puede dar una idea... Esas palabras «Tengo algo que decirte», ¿no le indican absolutamente nada?

–No, nada.

–¿Sabe alguien lo que hizo en Londres ese día?

Nadie respondió. Maxim sacudió la cabeza. Favell dejó escapar una imprecación y

dijo:

–Esa nota la dejó en mi casa a eso de las tres. El portero la vio. Para llegar aquí cuando lo hizo debió de salir de Londres en seguida, y aún así tuvo que venir echando chispas por esas carreteras.

–La señora tenía hora con el peluquero desde las doce a la una y media –dijo la señora Danvers–. Me acuerdo, porque yo misma telefoneé a Londres a medía semana para que le reservasen esa hora. De doce a una y media. Cuando iba a arreglarse el pelo, comía siempre en su club, para no tener que quitarse las horquillas tan pronto. Y casi seguro que comió allí ese día.

–Vamos a suponer que tardase medía hora en comer; ¿qué hizo hasta las tres? Eso es lo que deberíamos averiguar –dijo el coronel.

–Pero, ¡hombre!, ¿qué demonio nos importa lo que hizo? –gritó Favell–. Lo único que nos interesa es saber que ella no se mató.

–Yo tengo en mi cuarto su agenda –dijo la señora Danvers–. Me quedé con todas esas cosas, porque el señor nunca me las pidió. Es posible que apuntase sus citas de aquella tarde. En esas cosas era muy ordenada. Las apuntaba todas, y una vez que las había celebrado, ponía una cruz. Si cree usted que puede servir iré por la agenda.

–¿Qué dice, De Winter? ¿Le importa que la veamos?

–¿A mí? ¡Claro que no! ¿A santo de qué iba a importarme?

Una vez más vi que Julyan miraba a Maxim con la misma expresión de curiosidad. Esta vez también Frank lo notó, y él, a su vez, miró a Maxim, y luego a mí. Me levanté y me puse a mirar por la ventana. Ya no llovía tan fuerte. La violencia del chaparrón había cesado. Al caer ahora la lluvia, lo hacía con un rumor más suave y más tranquilo. La grisácea luz del anochecer iluminaba el cielo. Los macizos de césped parecían más oscuros al empaparse de lluvia, y los árboles como envueltos en mantos de melancolía. Oí el ruido que hacía una criada en el piso de arriba al correr las cortinas y cerrar las ventanas, que aún permanecían abiertas, preparando la casa para la noche. Continuaban realizándose todas las faenas usuales. Se corrían las cortinas, bajaban los zapatos para limpiarlos, mi toalla ya estaría colocada en la silla del cuarto de baño, mientras el agua corría ya en la bañera, esperándome. Estarían ya abriendo los embozos de las camas y colocando las zapatillas debajo de la silla de siempre. Y, mientras tanto, allí estábamos nosotros, en la biblioteca, callados, convencidos de que la vida de Maxim estaba en la balanza.

Cuando oí que la puerta se cerraba suavemente, me volví. Era la señora Danvers, que volvía con el libro de notas en la mano.

–No me equivocaba. Aquí están las citas, como yo me había figurado. Aquí están todas, en la fecha del día en que murió.

Abrió la agenda, que era un librito encuadernado en piel roja, y se lo dio al coronel, el cual, una vez más, sacó las gafas. Hubo una pausa mientras el coronel examinaba la página en cuestión. No sé por qué, pero en aquellos momentos, durante los cuales estaba examinando la página del diario, mientras nosotros esperábamos, sentí un terror, un pánico no igualado por ninguna sensación sentida en lo que iba del día.

Miré a Maxim, clavándome las uñas en las palmas de las manos, recelando que el alborotado latir de mi corazón pudiera ser oído por el coronel.

–¡Hola! –dijo, señalando con el dedo hacia la mitad de la página. «Ahora ocurrirá algo definitivo y sin remedio», pensé–. Sí, aquí lo tenemos: «A las doce, peluquero», como dijo la señora Danvers, y a su lado, una cruz, lo que indica que estuvo en el peluquero. «A la una, comida en el club», y la correspondiente cruz. Pero y esto,

¿qué significa? «A las dos, Baker.» ¿Quién era este Baker? –Miró primero a Maxim, que sacudió la cabeza, y luego a la señora Danvers.

–¿Baker? –replicó ésta– No conocía a nadie de ese nombre. Jamás he oído ese nombre.

–Pues aquí está bien claro –dijo Julyan alargándole el diario–. Véalo usted misma, y con una cruz hecha como si quisiera romper un lápiz. No cabe duda de que, sea quien sea este Baker, le vio.

La señora Danvers estaba mirando el nombre del diario y la cruz negra que aparecía a su lado, mientras repetía: «Baker. Baker... »

–Me parece que sí averiguáramos quién es este Baker, resolveríamos el misterio –dijo el coronel– ¿No habría caído en manos de prestamistas?

–¿Mi señora entre prestamistas? –dijo la señora Danvers mirándole con desprecio.

–Bueno, pues chantajistas, tal vez –dijo mirando hacia Favell.

La señora Danvers negó con la cabeza y continuó repitiendo:

–«Baker..., Baker...»

–¿Tenía algún enemigo? ¿Alguien que la hubiera amenazado y de quien tuviera miedo?

–¿Miedo ella? –dijo la señora Danvers–. No temía a nada ni a nadie. Lo único que la preocupaba era hacerse vieja, enfermar, morir en la cama. Mil veces me dijo que cuando muriera quería hacerlo como una vela que se apaga. Y éste fue mi único consuelo cuando murió, porque el ahogarse no duele, ¿verdad?

Miró inquisitivamente al coronel, pero éste no contestó. Se quedó un momento dudando, tirándose del bigote, y le vi dirigir otra de aquellas miradas a Maxim.

–¡Estamos perdiendo el tiempo estúpidamente! –dijo Favell, adelantándose–. Nos estamos saliendo de la cuestión. ¿A quién le importa un pitoche ese señor Baker? ¿Qué tiene que ver él en el asunto? Probablemente es un vendedor de medias o de cremas para la cara. Sí se tratara de alguien de importancia, Danny, para quien Rebeca no tenía secretos, le conocería de oídas.

Estaba yo mirando a la señora Danvers, que, agenda en mano, volvía una a una las hojas, cuando dejó escapar una exclamación.

–Aquí hay algo... entre los números de teléfono dice: «Baker, 0488». Pero no dice qué central.

–¡Magnífico, Danny! –dijo Favell– Con los años te estás convirtiendo en un detective formidable. Es lástima que llegues con un retraso de doce meses. Eso lo podías haber hecho hace un año.

–Desde luego, éste es el número del teléfono –dijo el coronel–, 0488, y el nombre de Baker. ¿Por qué no pondría también la central?

–¡No importa! ¡Pruébelas todas! –dijo Favell irónicamente–. Tardará toda la noche, pero eso es lo mismo. A Max no le importa tener que pagar una cuenta de teléfono de cien libras. ¿Verdad, Max? Aquí solamente se trata de ganar tiempo, y lo mismo haría yo si me encontrara en tu pellejo.

–Al lado del número hay un garabato –dijo el coronel–; pero puede tomarse por cualquier cosa. Mire, señora Danvers: ¿cree usted que puede ser una M?

La señora Danvers volvió a coger la agenda.

–Podría ser una M –dijo poco segura–; pero no parece su letra. Acaso, si lo hubiera hecho con mucha prisa...

–Mayfair 0488 –dijo Favell–. ¡Qué portentoso genio el mío!

–¡Está bien! –dijo Maxim– Vamos a probar. Anda, Frank, pide conferencia con

Mayfair 0488.

Sentí que el dolor me subía hasta el corazón. Me quedé muy quieta, apretándome el costado con una mano. Maxim no me miró.

–Anda, hombre, Frank, ¿qué esperas? –insistió Maxim.

Pasó Frank al cuartito de al lado. Aguardamos mientras pedía la comunicación. A los pocos momentos volvió.

–Dicen que llamarán.

El coronel, con las manos a la espalda, empezó a pasear por la habitación. Estuvimos un rato callados, hasta que, transcurridos unos cuatro minutos, rompió el silencio la llamada aguda e insistente del teléfono, con esa persistencia irritante y monótona que anuncia una conferencia telefónica. Fue Frank a contestar.

–¿Es el 0488 de Mayfair...? ¿Puede decirme si vive ahí alguien llamado Baker? Está bien. Bueno, perdón. Sí, seguramente me han dado un número equivocado. Muchas gracias.

Sonó el ruidito del teléfono al colgarlo Frank.

–Allí vive una señora, lady Eastleighb. Es una casa de la calle de Grovesnos. No conocen a ningún Baker.

Favell soltó una carcajada.

–¡A ver! El famoso detective. ¿A qué otra central vamos a llamar ahora?

–Podríamos probar, Museum –dijo la señora Danvers.

Frank miró a Maxim, que dijo:

–Prueba.

Otra vez lo mismo. El coronel reanudó sus paseos por la habitación. Pasaron otros cinco minutos y volvió a llamar el teléfono. Frank fue a contestar. Dejó la puerta abierta, de manera que le veía inclinado sobre la mesa donde descansaba el aparato.

–¡Oiga! ¿Es el 0488 de Museum? ¿Puede usted indicarme si vive ahí alguien llamado Baker? Pero... ¿Con quién hablo entonces? ¡Ah! ¿Es el sereno? Sí, sí, entiendo perfectamente. No son oficinas. No, no, claro. ¿Puede darme la dirección? Sí, es bastante importante. –Hizo una pausa y, dirigiéndose a nosotros, dijo–: Creo que hemos dado con él.

«¡Dios mío! ¡Que no sea verdad! ¡Que no encuentren a Baker! ¡Yo te lo ruego, Dios mío! ¡Que se haya muerto Baker!» Yo sabía quién era Baker. Lo sabía desde un principio. Me puse a mirar a Frank, y le vi inclinarse de repente y coger un lápiz.

–¿Sí? Sí, aquí estoy, diga. ¿Me lo quiere decir letra por letra? Gracias, muchas gracias. Adiós, buenas noches.

Volvió adonde estábamos, con un pedazo de papel en la mano. Frank, que tanto quería a Maxim, no sabía que todo lo que se había dicho en contra de Maxim aquella noche no tenía importancia alguna, en comparación con aquel pedacito de papel, y no sabía que, al entregarlo, iba a matar a Maxim con tanta seguridad como si le hundiese un puñal en la espalda.

–Me ha contestado el sereno de una casa de Blootrisbury. Allí no vive nadie. De día, un médico tiene la consulta en esa casa. Este Baker es otro médico, anterior al actual, y que ya se ha retirado. Pero le podemos encontrar, porque el portero me ha dado su dirección, y aquí está, en este pedazo de papel.

Capítulo XXV

Fue entonces cuando Maxim me miró. Era la primera vez que lo hacía en toda la noche, y pude leer en sus ojos un mensaje de despedida. Era como si hubiese él estado asomado a la borda de un barco y yo, abajo, en el muelle, diciéndole adiós. Otras personas junto a él y junto a mí se apretujaban contra nosotros, pero nosotros no las veríamos. Ni nos hablaríamos ni llamaríamos, pues el viento y la distancia apagarían nuestras voces. Pero antes de que el barco desatracara del muelle, él me miraba a los ojos, y yo a él a los suyos. Favell, la señora Danvers, el coronel Julyan y Frank, éste con el pedacito de papel en la mano, todos estaban olvidados en aquel momento, que era nuestro, inviolable, una fracción de tiempo suspendida entre dos segundos. Se volvió entonces, y, alargando la mano a Frank, dijo:

–Enhorabuena. ¿Qué dirección es?

–Cerca de Barnet, al norte de Londres –respondió Frank, dándole el papel–; pero no tiene teléfono; de manera que no le podemos llamar.

–De todos modos –dijo el coronel–, entre usted y la señora Danvers han hecho mucho. ¿No puede ahora decirnos algo sobre el asunto?

La señora Danvers negó con la cabeza.

–La señora no iba nunca al médico. Los despreciaba, como todos los que tienen salud. El único que la vio una vez fue el doctor Phillips, de Kerrith, cuando se dislocó una muñeca. Nunca le oí hablar de ese doctor Baker.

–¿Qué se apuestan ustedes a que es un especialista de belleza? –dijo Favell–. ¿Y qué demonio importa quién sea o deje de ser? Si el asunto tuviera importancia lo sabría Danny. Ya verán como se trata de un farsante que ha inventado un nuevo procedimiento de teñir el pelo o de blanquear la piel. Probablemente, el peluquero le hablaría de él, por la mañana, y Rebeca iría a verle por curiosidad.

–No –dijo Frank–; en eso se equivoca. El portero me ha dicho que es un especialista muy conocido, un ginecólogo.

–¡Ah! –exclamó el coronel, tirándose del bigote–. Todavía va a resultar que le pasaba algo. Lo extraño es que no dijera una palabra a nadie. Ni siquiera a usted, señora Danvers,

–Estaba demasiado delgada –dijo Favell–. Ya se lo decía yo; pero no conseguí sino que se riera. Me contestó que le sentaba bien. Supongo que estaba en plan de adelgazar, como todas las mujeres. Puede que fuera a ver a ese Baker para que le pusiera un plan.

–¿Cree usted que era ésa la razón, señora Danvers? –preguntó el coronel.

Negó ella con la cabeza, lentamente. Parecía anonadada por la sorpresa que le había causado la existencia del tal Baker.

–No lo entiendo –dijo– No comprendo qué quiere decir eso. Baker. El doctor Baker. ¿Por qué no me diría nada? ¿Por qué me lo ocultó? No tenía secretos conmigo.

–Quizá no quisiera preocuparla –dijo el coronel–. Sin duda, tenía hora pedida al médico, le vio, y aquella noche le hubiera dicho a usted de qué se trataba.

–¿Y la nota al señorito Jack? –dijo ella de repente–. «Tengo algo que decirte. Tengo que verte.» ¿Es que también se lo iba a decir a él?

–Es verdad –dijo Favell despacio–. Ya se nos olvidaba la nota. –Y sacándola del bolsillo, volvió a leer el final–: «Tengo que decirte una cosa, y quiero verte lo antes posible. REBECA».

–No cabe duda –dijo el coronel–. Me apostaré mil libras a que iba a comunicar a Favell el resultado de la visita al médico.

–Empiezo a creer que tiene usted razón –dijo Favell–. La nota y la cita parecen estar relacionadas. Pero lo que yo quisiera saber es qué demonios le ocurriría, qué le pasaba.

Tenían la explicación ante los ojos, proclamada a gritos por los detalles, pero no la veían. Allí estaban todos, preguntándose los unos a los otros, sin adivinar lo que era evidente. Yo no me atrevía a mirarlos, y ni moverme osaba, por miedo a descubrir el secreto. Maxim había vuelto, sin decir nada, a la ventana y miraba al jardín, callado, oscuro y tranquilo. Ya había cesado de llover, pero continuaban cayendo gotas de las hojas y de los canalones de encima de la ventana.

–No me será difícil averiguarlo todo –dijo Frank–. Aquí tenemos la nueva dirección del médico. Le puedo escribir una carta y preguntarle si recuerda la visita de la señora De Winter el año pasado.

–No creo que hiciera caso de tal carta –opinó el coronel–. No olvide la ética profesional de los médicos. Los casos son siempre confidenciales. El único procedimiento de sacarle algo sería que De Winter fuera a verle particularmente y le explicara las circunstancias. ¿Qué le parece, De Winter?

Maxim se volvió y dijo:

–Estoy dispuesto a hacer cuanto le parezca a usted conveniente.

–¡Con tal de ganar tiempo...! –dijo Favell–. Son muchas las cosas que se pueden hacer en veinticuatro horas, ¿verdad? Se puede coger un tren..., o un barco..., o hasta un aeroplano.

Vi que la señora Danvers miró rápidamente a Favell, y luego a Maxim, y comprendí que no sabía nada de la acusación de Favell contra Maxim. Fue entonces cuando empezó a comprender. Lo vi en la expresión de su cara. Al principio fue de duda, luego de sorpresa y de odio mezclados, y, por último, de convicción. Una vez más, sus manos, largas y huesudas, comenzaron a estrujar convulsivamente la tela de su vestido, mientras se humedecía los labios con la lengua. Tenía los ojos clavados en Maxim, sin dejar de mirarle ni un segundo. «Ya no importa –pensé–, ya el perjuicio está hecho. Ya puede pensar y decir lo que quiera. Más daño no puede hacernos.» Maxim no se dio cuenta de sus miradas o si las vio, no lo dio a entender. Estaba hablando con el coronel.

–¿Qué le parece? ¿Quiere que le telegrafe a Baker que me espere, y que vaya mañana a esta dirección de Barnet?

–¿Cómo? ¿Solo? ¡Ca! Solo no vas. Tengo derecho a negarme. Que te acompañe el inspector Welch, y no tendré nada que oponer.

¡Si la señora Danvers dejara de mirar así a Maxim...! También la había visto Frank, que la observaba con precaución y extrañeza. Más de una vez le vi dirigir los ojos hacia el pedazo de papel en que había anotado la dirección del doctor Baker, para luego volver la mirada hacia Maxim. Creo que, poco a poco, no sé por qué procedimiento, fue adivinando la verdad, pues palideció repentinamente y soltó el papel sobre la mesa.

–No creo que sea necesario mezclar en este asunto al inspector Welch... todavía –dijo el coronel, con voz más seca y dura que de ordinario. No me gustó el tono en que dijo «todavía». ¿Por qué había dicho eso? Siguió hablando–: Si yo voy con De Winter y no me separo de él en todo el camino, ¿quedaría usted satisfecho?

Miró Favell a Frank y al coronel, con expresión odiosa y calculadora. Se veía en sus claros ojos una mirada de triunfo. Al fin, contestó:

–Sí. Supongo que sí. Pero, para mayor tranquilidad mía, ¿no le importa a usted que los acompañe yo?

–No –dijo el coronel–. Desgraciadamente, está usted en su derecho al pedirlo. Pero si viene usted, yo tengo otro derecho: el de exigirle que no esté borracho.

–No se preocupe por eso –dijo Favell comenzando a sonreír–. Estaré tan sereno como el juez que dentro de tres meses condenará a Maxim. No sé por qué tengo el presentimiento de que ese buen doctor Baker va a demostrar que tengo razón.

Nos miró a todos, uno por uno, y se echó a reír. Me parece que, por fin, también él había comprendido el motivo de que Rebeca fuera a ver al médico.

–Bien, ¿a qué hora salimos? –preguntó. El coronel Julyan miró a Maxim.

–¿A qué hora puede estar usted listo?

–Cuando usted diga.

–¿A las nueve?

–A las nueve –dijo Maxim.

–¿Y cómo sabemos que no se va a escapar esta noche? –dijo Favell–. No tiene más que ir al garaje y sacar el coche.

–¿Le basta mi palabra? –preguntó Maxim al coronel.

Y, por primera vez, dudó éste. Le vi dirigir una mirada a Maxim, y vi que éste enrojecía. Luego dijo Maxim muy despacio:

–Señora Danvers, cuando la señora y yo nos acostemos esta noche, haga el favor de cerrar con llave la puerta de nuestro cuarto, por fuera. Mañana, llámenos usted misma a las siete.

–Está bien, señor –dijo la señora Danvers, que aún continuaba con los ojos clavados en Maxim y agarrotadas las manos sobre el vestido.

–Perfectamente –dijo el coronel bruscamente–. Creo que no tenemos nada más que hablar esta noche. Mañana estaré aquí a las nueve en punto. ¿Tendrá usted sitio para mí en su coche?

–Sí –respondió Maxim.

–¿Y Favell nos seguirá con el suyo?

–Pegadito a la matrícula trasera –dijo Favell.

Se acercó el coronel a mí y me cogió una mano.

–Buenas noches. No es preciso que le diga lo que lamento todo esto, pues usted lo sabe. Si puede, haga que su marido se acueste temprano. Mañana le espera un día muy penoso.

Retuvo mi mano en la suya unos instantes, dio luego medía vuelta y se fue. Es curioso, pero no pudo mirarme a los ojos, tenía puesta la vista sobre mi barbilla. Jack Favell llenaba su pitillera, con los cigarrillos que había en una caja, sobre la mesita.

–Supongo que no va a convidarme nadie a cenar –dijo. Nadie le respondió. Encendió uno de los cigarrillos y echó una bocanada de humo hacia el techo.

–Entonces... no me queda más remedio que pasar la noche tranquilamente en la fonda. ¡Y la camarera bizca! ¡Vaya velada que me espera! Pero no importa. Mañana lo voy a pasar de perlas. Lo noto. Bueno, Danny, buenas noches y que no se te olvide echar la llave al cuarto del señor, ¿eh?

Vino hacia mí y me tendió una mano. Yo, como un niño mal educado, me la puse a la espalda, lo que le hizo reír. Luego se inclinó en una reverencia, y dijo:

–Es una pena que un malvado como yo venga a estropearlo todo. Pero no se apure; vera qué emocionante va a ser dentro de poco tiempo en los periódicos populacheros la historia de su vida, con unos titulillos que dirán: «De Montecarlo a Manderley. Experiencias de una niña recién casada con un asesino». Bueno, que tenga mejor suerte la próxima vez que se case.

Se dirigió a la puerta, despidiéndose de Maxim con la mano.

–¡Adiós, hombre! ¡Que tengas unos sueños muy felices esta última noche, detrás de la puerta cerrada con llave!

Y, al decirlo, se volvió riendo hacia mí, y salió de la habitación. La señora Danvers fue a acompañarle y nos quedamos solos Maxim y yo. Él siguió mirando por la ventana, sin hacerme caso. Entró del ball *Jasper*, trotando. No le habíamos dejado entrar en toda la noche, y se puso a hacerme fiestas, mordiéndome el borde de la falda.

–Mañana iré contigo –dije a Maxim–. Iré a Londres, en el coche.

Tardó un momento en contestar, y siguió mirando por la ventana. Luego asintió, con voz muerta y sin expresión.

–Sí, no debemos separarnos.

Entró Frank, que se quedó junto a la puerta, con la mano en el picaporte.

–Ya se han marchado Julyan y Favell. Yo mismo los he visto irse.

–Bueno, Frank –dijo Maxim.

–¿Puedo hacer algo? ¿Cualquier cosa? –preguntó– ¿Telegrafiar a alguien, arreglar algo? Si es preciso no me acostaré, aunque no haya que hacer mucho. Desde luego, voy a poner ese telegrama a Baker.

–No te preocupes –dijo Maxim–. Aún no hay nada que hacer. Puede que tengas tarea de sobra... a partir de mañana. Cuando llegue el momento oportuno hablaremos de todo eso. Esta noche queremos estar juntos. Tú te haces cargo, ¿verdad, Frank?

–Sí, claro que sí. Esperó unos segundos más, y luego dijo:

–Buenas noches.

–Buenas noches –respondió Maxim.

Cuando se hubo marchado y se cerró la puerta, Maxim se acercó adonde yo estaba, delante de la chimenea. Abrí los brazos y se refugió dentro de ellos, como un niño chico. Le apreté contra mí, y así estuvimos un largo rato, callados. Le tenía abrazado, y le consolaba como si fuera *Jasper*. Como si *Jasper* se hubiese lastimado y venido a mí en busca de alivio para su dolor.

–Podemos ir sentados juntos en el coche –dijo.

–Sí.

–A Julyan no le importará.

–No.

–Mañana, por la noche, también podremos estar juntos. No creo que hagan nada inmediatamente. Probablemente pasarán veinticuatro horas.

–Sí.

–Ahora no son tan severos. Permiten las visitas. Y, luego, todo lleva mucho tiempo. Si puedo, trataré de que se encargue de la defensa Hastings. Es el mejor. Hastings o Birkett. Hastings conocía a mi padre.

–Sí.

–Le diré la verdad. Cuando saben la verdad les resulta más fácil el trabajo. Saben a qué atenerse.

–Sí.

Se abrió la puerta y entró Frith. Me separé de Maxim, seguí en pie, normal, como siempre, alisándome el peinado con unos golpecitos.

–¿Se van a vestir los señores, o sirvo la cena, señora?

–No, Frith; esta noche no vamos a vestirnos.

–Está bien, señora.

Dejó la puerta abierta y entró Robert, quien corrió las cortinas, arregló los almohadones, puso el sofá derecho, y ordenó los libros y periódicos que había encima de la mesa. Luego se llevó el whisky y los ceniceros sucios. Le había visto hacer precisamente lo mismo todas las noches desde que llegué a Manderley; pero aquel día todo tenía un sentido especial, como si jamás fuese a olvidar aquel momento. Pasados muchos años, en otros tiempos, diría: «Me acuerdo de aquel instante».

Entró Frith para avisarnos que la cena estaba servida. Me acuerdo de todos los detalles de aquella noche. Tomamos consomé frío en tazas, filetes de lenguado y asado caliente de cordero. Y me acuerdo también del postre de azúcar quemado y del *savoury*, de fuerte sabor, que fue servido después. En los candelabros de plata había velas nuevas, esbeltas, blancas y espigadas. Las cortinas estaban corridas, cerrando la entrada a la luz triste del anochecer. Me resultó raro estar sentada en el comedor sin ver el césped del jardín. Parecía que ya había llegado el otoño.

Cuando estábamos tomando el café en la biblioteca sonó el timbre del teléfono. Esta vez fui yo a contestar, y oí la voz de Beatrice, que decía:

–¿Eres tú? He estado tratando de llamaros toda la noche. Por dos veces estabais comunicando.

–Lo siento, mujer.

–Hará dos horas que nos han traído los periódicos de la noche, y el veredicto nos ha dado un disgusto tremendo a Giles y a mí. ¿Qué dice Maxim?

–Ha sido un disgusto para todos.

–Pero si es que es ridículo. ¿A santo de qué iba a suicidarse Rebeca? La última persona del mundo capaz de suicidarse. Alguien se ha tirado una plancha morrocotuda.

–No sé...

–Pero ¿qué dice Maxim? ¿Dónde está?

–Está muy cansado. Hemos tenido gente en casa. El coronel Julyan y otros. Mañana vamos a Londres.

–¿Para qué?

–Para un asunto relacionado con el veredicto. Me es difícil explicarte.

–Se debería apelar. Es ridículo, te digo, completamente ridículo. Y todo este escándalo perjudicará a Maxim.

–Sí.

–¿No puede hacer nada Julyan? ¿No es magistrado? ¿Para qué sirven los magistrados, si no? Ese viejo Horridge debe de haberse vuelto loco. ¿Qué motivo han descubierto para el suicidio? Es la estupidez más grande que he oído en mí vida. Debería hablar alguien con Tabb. ¿Qué sabe él si esos agujeros del barco fueron hechos adrede o no? Giles, naturalmente, dice que la causa de ello fueron las rocas.

–Aquí no creían lo mismo.

–iSi hubiera estado yo allí! Hubiera exigido que me dejaran hablar. Ninguno habéis hecho nada. ¿Está Maxim muy disgustado?

–Está más cansado que otra cosa.

–iOjalá pudiera ir a Londres con vosotros! Pero no veo manera. Roger está con 41 grados de fiebre y la enfermera que tenemos es de lo más estúpido que he visto. Roger no la aguanta. No puedo dejarle solo.

–No, no, ni pienses en ello, naturalmente.

–¿A qué parte de Londres vais?

–No sé exactamente. Todo ello es muy vago.

–Dile a Maxim que tiene que procurar que anulen ese veredicto. No le hace ningún bien a la familia. Yo le estoy diciendo a todo el mundo que es un absurdo. Rebeca era incapaz de matarse. No era de ésas. Tengo ganas hasta de escribir a Horridge y decirle lo que pienso.

–Ya es inútil. Es demasiado tarde. Más vale que lo dejes.

–Pero sí es que me indigna semejante majadería. Giles y yo opinamos que si por casualidad los agujeros no fueron hechos por las rocas, entonces sería algún vagabundo. Puede que un comunista. Los hay a montones. Precisamente ésas son las cosas que hacen los comunistas.

Maxim me llamó desde la biblioteca, diciendo:

–¿No te puedes librar de ella? ¿Qué diablos está diciendo? –Mira, Beatrice –le dije, ya desesperada–, procuraré llamarte desde Londres.

–¿Queréis que hable yo con Díck Godolphin? –me preguntó–. Es el diputado de vuestro distrito, y yo le conozco mucho mejor que Maxim. Estuvo en la Universidad de Oxford con Giles. Dile a Maxim, sí quiere, que telefonee a Dick para ver si puede anular el veredicto. Y pregúntale qué le parece esa idea acerca del comunista.

–Es inútil –dije–. No podrá hacer nada. Beatrice, te ruego que no hagas nada. Podrías poner las cosas peor, mucho peor. Quizá tuviera Rebeca un motivo que desconocemos. Y en cuanto a los comunistas, no creo que se dediquen a hacer agujeros en los barcos. ¿A santo de qué? Te ruego que no hagas nada.

¡Gracias a Dios, no estuvo en Manderley con nosotros aquel día! Algo teníamos que agradecer, al fin y al cabo. Oí un zumbido lejano en el teléfono y a Beatrice que decía: «¡Central! Central! ¡No corte!» Luego sonó un ruidito y dejé de oírla.

Volví a la biblioteca, desmadejada y exhausta. A los pocos minutos comenzó a llamar de nuevo el teléfono. Nos quedamos quietos, dejando que sonara el timbre. Al cabo de un rato calló, como si se hubiera cansado de repente. Dieron las diez en el reloj de la chimenea. Maxim me rodeó con los brazos y empezamos a besarnos febrilmente, con desesperación, como amantes culpables que nunca se hubiesen besado.

Capítulo XXVI

Cuando a la mañana siguiente desperté, poco después de las seis, me asomé a la ventana y vi al ras del suelo la neblina del rocío. Los árboles se embozaban en blancos jirones de nubes. El aire estaba frío, y la brisa, alegre y juguetona, se perfumaba con la esencia calmante del otoño.

Me arrodillé junto a la ventana, contemplando la rosaeda, donde las rosas pendían de sus tallos, pardos y ajados los pétalos por la lluvia de la noche anterior, y todo lo ocurrido el día antes se me antojó lejano y ficticio. Despertaba en Manderley un nuevo día, y los habitantes del jardín no podían interesarse en nuestras preocupaciones. Un mirlo cruzó la rosaeda hacia la pradera, con una serie de rápidas carreras, parando de trecho en trecho para hundir con fuerza en la tierra su pico amarillento. Pasó presuroso un jilguero, camino de sus quehaceres, dos aguzanieves gordezuelas, con paso medurado caminaban la una tras la otra. Enjambres de gorriones alborotaban ruidosos la paz matutina. Una gaviota quedó parada en el cielo, solitaria y callada; de súbito, extendió las alas y trazó en el aire un arco fugaz, desapareciendo más allá del Valle Feliz. Todo seguía su curso, sin que nuestra angustia y temor fueran lo bastante poderosos para interrumpir su marcha. Pronto comenzarían los jardineros su trabajo, barriendo las primeras hojas caídas sobre el césped, y alisando con sus largos rastrillos la gravilla del camino. En el patio, a la espalda de la casa, empezó a oírse el ruido metálico de los cubos de

limpieza, el de la manga jugando sobre el coche polvoriento y la pizpireta cháchara de la criada que fregaba los platos, de conversación, junto a la puerta abierta, con los gañanes que trabajaban en el patio. Mientras de la cocina sale el olor caliente y quebradizo de las lonjas de tocino, las criadas despertarán a la casa, abriendo las ventanas y recorriendo las cortinas.

Saldrán los perros, arrastrándose, de sus cestos, bostezando, estirándose, para ir luego a la terraza y guñar ante los luminosos esfuerzos del sol, aún pálido, por atravesar los celajes de la niebla. Robert pondrá la mesa para el desayuno, trayendo los bollos recién hechos, calentitos, la fuente de huevos, los cristalinos tarros de miel y mermelada, el frutero de los melocotones y un racimo de uvas rojas, aún lozanas y tersas, peto ya añorando la caricia templada del invernadero.

Las criadas se afanarán en la limpieza del gabinete y del salón, mientras entra por las ventanas abiertas el aire puro y fresco. De las chimeneas subirán rizados tirabuzones de humo y árboles y lomas y plantas irán reforzando su silueta, mientras el mar, al otro lado del valle, reflejará los rayos del sol y el faro se erguirá airoso espigado sobre la cumbre del promontorio.

Manderley, apacible, callado, gracioso. No importaba que quien viviera entre muros penara y sufriera y derramara lágrimas amargas; no importaba que entre ellos naciera el dolor; la paz de Manderley no podía alterarse ni ser destruida su belleza. Morirían las flores, pero para brotar de nuevo al año siguiente; los mismos pájaros construirían allí sus nidos y los mismos árboles florecerían sin remedio. El mismo perfume perfume añejo del musgo humilde embalsamaría el aire; llegarían los grillos y las abejas; las garzas volverían a hacer sus nidos en los bosques oscuros y silenciosos. Bailarían las mariposas sus danzas alocadas a través de las praderas y las arañas tejerían sus hebras de niebla, mientras algunos gazapillos, que no deberían haberse alejado tanto, asomarían sus ridículas caritas por entre los espesos setos. Florecerían las lilas y la madreselva, y los blancos botones de las magnolia se abrirían apretados debajo de las ventanas del comedor. Nada ni nadie podría cambiar manderley, que, como encantado, permanecería siempre en su hondonada, guardado por los bosques, tranquilo imperturbable; igual que el mar continuaría siempre subiendo por la playa, revolcándose en los guijos para huir luego y prolongar eternamente sus juegos en la ensenada.

Maxim aún dormía y no quise despertarle, pues le esperaba un día cansado y largo, corriendo hacia Londres por las carreteras flanqueadas de postes de telégrafo, hasta llegar a las populosas afueras londinenses. No sabíamos qué nos esperaba al final de nuestro viaje. Allí, al norte de Londres, vivía un tal Baker, que jamás había oído hablar de nosotros, y, sin embargo, nuestras vidas estaban en su mano. Pronto se levantaría también él, y, bostezando, desperezándose, empezaría un día nuevo para él. Me levanté y salté al baño. Al hacerlo me di cuenta de que, como Robert la noche antes cuando estaba arreglando la biblioteca, siempre había hecho estas cosas sin pensar, mecánicamente; pero aquella mañana hasta las cosas más nimias las hice conscientemente, fijándome en lo que hacía. Eché la esponja en el agua, extendí la toalla en la silla, luego de cogerla del toallero caliente, y cuando me metí en el agua dejé que ésta me cubriera, acariciándome el cuerpo. Cada momento era una cosa preciosa que encerraba la esencia de lo absoluto. Cuando volví a la alcoba y comencé a vestirme oí unas pisadas que se acercaban cautelosamente. Llegaron ante nuestra puerta, y la llave se descorrió sin ruido. Hubo un silencio, luego roto por las pisadas que se retiraban. Era la señora Danvers.

No lo había olvidado. La noche antes, cuando subimos de la biblioteca, habíamos oído el mismo ruido. No había llamado a la puerta ni había hecho nada que indicara su presencia; únicamente aquellas silenciosas pisadas y la llave que daba la vuelta

en la cerradura. Me hizo esto volver en mí y prepararme para el afán del día.

Terminé de vestirme y preparé el baño para Maxim. Al poco rato llegó Clarice con el té y desperté a Maxim. Al principio me miró con los ojos extrañados de un niño sorprendido, pero luego me tendió los brazos. Tomamos el té, se levantó y se fue a bañarse, mientras yo comenzaba a hacer metódicamente la maleta. Pudiera ocurrir que tuviéramos que quedarnos en Londres.

Guardé los cepillos, regalo de Maxim, mi camisón, una bata y las zapatillas, otro traje y un par de zapatos. Cuando saqué mi maletín del armario no lo reconocí. ¡Hacía tantos siglos que no lo usaba! ¡Hacía... cuatro meses! Aún conservaba el garabato hecho con tiza en la Aduana de Calais. En uno de los bolsillos encontré un billete para un concierto del casino de Montecarlo. Hice una bolita con él y lo tiré al cesto de los papeles. Igual hubiera podido ser un recuerdo de otras épocas, de otro mundo. Pronto comenzó mi alcoba a tomar ese aspecto peculiar de los cuartos abandonados por su dueño. El tocador parecía aburrido sin los cepillos. Tirado en el suelo había un trozo de papel de seda, junto a una etiqueta usada. Las camas en que habíamos dormido se habían quedado trágicamente desamparadas. Unas toallas arrugadas estaban caídas en el suelo del cuarto de baño. Las puertas del armario bostezaban abiertas. Me puse el sombrero, para no tener que volver a subir, y cogí el portamonedas, los guantes y el maletín. Eché una mirada, tratando de descubrir si se me olvidaba algo. La niebla se había disipado, y el sol, ya vencedor, una vez más trazó sus dibujos sobre la alfombra. Ya estaba a la mitad del pasillo, cuando comprendí que no tenía más remedio que volver al cuarto para mirarlo otra vez. Volví, y sin motivo alguno estuve en la puerta, contemplando el boquiabierto armario, las camas y la bandeja con el servicio del té. Todo lo miré, concentrándome sobre lo que veía, tratando de grabarlo en mi memoria, pensando de dónde sacarían aquellos objetos inanimados fuerzas para llegar hasta mi corazón, para entristecerme, como si fueran niños que no quisieran mi marcha.

Al fin, di media vuelta y bajé al comedor en busca del desayuno. Hacía frío, el sol aún no daba en el comedor y agradecí el hirviente y amargo café y el tocino ahumado, tan reconfortante. Comíamos en silencio. Maxim miraba el reloj de cuando en cuando. Robert bajó las maletas y las dejó en el hall, junto con la manta del coche. Al poco rato sonó el ruido del automóvil que llegaba a la puerta.

Salí a la terraza. La lluvia había limpiado la atmósfera y el césped despedía un perfume fresco y dulzón. Cuando el sol estuviera más alto, quedaría un día encantador. Pensé que hubiéramos podido ir a dar un paseo por el Valle Feliz antes de comer, y luego habernos sentado, a la sombra del castaño, con libros y revistas. Cerré un segundo los ojos, sintiendo el caliente beso del sol sobre manos y cara.

Maxim me estaba llamando desde el hall, y volví a entrar. Frith me ayudó a ponerme el abrigo. En esto sonó otro coche. Era Frank.

–El coronel está esperando a la entrada. Le pareció que no valía la pena llegar hasta la casa.

–Está bien –dijo Maxim.

–Yo estaré todo el día en la oficina, esperando a que telefoneéis. Después de la visita a Baker, tal vez me necesitéis en Londres.

–Sí. Bien pudiera ocurrir.

–Son las nueve. Tenéis tiempo. Va a hacer un día muy bueno para la carretera.

–Sí.

–No se canse usted demasiado –me dijo–. Son muchas horas de automóvil.

–Ya me cuidaré.

Vi entonces a *Jasper*, que estaba junto a mí, gachas las orejas y mitándome con ojos de reconvención.

–Frank, llévese a *Jasper* a la oficina. Se queda el pobre muy triste.

–Bueno. No se apure.

–Vámonos –dijo Maxim–. Julyan ya debe de estar impacientado. Adiós, Frank. Subí al asiento delantero, al lado de Maxim, y Frank cerró la puerta de golpe.

–Maxim –dijo–, telefonéame.

–Descuida. Miré hacia la casa.

Frith estaba en lo alto de la escalinata, Robert un poco más atrás. Se me llenaron de lágrimas los ojos, y para que nadie lo viera hice como que se me caía el bolso al suelo y me incliné hacia delante. Arrancó el motor, y cuando tomamos la primera curva, dejamos de ver la casa.

En la entrada nos paramos y recogimos al coronel, que subió detrás. Se extrañó cuando me vio, y dijo:

–No debía usted haber venido. El día va a resultar muy cansado. Ya hubiera cuidado yo de su marido.

–He preferido venir.

No volvió a aludir el asunto. Se arrellanó en un rincón del coche y dijo:

–Menos mal que va a hacernos un día magnífico. Ese tipo de Favell dijo que nos aguardaría en el cruce. Si no está, no lo espere usted, De Winter; iremos mucho más a gusto sin él. Ojalá se haya dormido.

Cuando llegamos al cruce, vi en seguida la carrocería abierta y el verde chillón de su coche y se me acongojó el corazón. Tenía la esperanza de que se hubiera retrasado. Allí estaba, sentado al volante, sin sombrero, y con un cigarrillo en la boca. Cuando nos vio, nos lanzó una sonrisa e hizo señas con la mano para que siguiéramos sin parar. Me acomodé para el viaje, con una mano descansando sobre la rodilla de Maxim. Pasaron las horas e íbamos dejando atrás el camino. Miraba la carretera y se apoderó de mí una especie de somnolencia. El coronel, en el asiento trasero, daba unas cabezadas de cuando en cuando. Si volvía la cabeza le veía con la boca abierta y los ojos cerrados. El coche verde no se separaba de nosotros. Algunas veces nos pasaba como una centella y otras nos seguía a alguna distancia, pero ni un momento nos perdió de vista. A la una paramos para comer, en uno de esos hoteles anticuados e inevitables que están siempre en la calle principal de las ciudades rurales. El coronel se las arregló para abrirse camino a lo largo de toda la minuta, empezando con sopa de pescado, y atacando luego el asado y el budín de Yorkshire. Maxim y yo solamente tomamos jamón, fiambre y café.

Temí que Favell tratara de sentarse a nuestra mesa, pero cuando salimos estaba su coche a la puerta de un café enfrente del hotel. Supongo que nos vería salir, pues a los tres minutos ya estaba otra vez pegado a nosotros.

Llegamos a las afueras de Londres cerca de las tres de la tarde. Fue entonces cuando noté por primera vez que estaba cansada, y el ruido y el movimiento de coches me marcaban. Hacía calor en Londres. Las calles presentaban el aspecto hollado y polvoriento de agosto, y las hojas de los árboles pendían exánimes de las ramas mortecinas. La tormenta que descargó en Manderley debió de ser puramente local, pues en Londres no había llovido.

Las mujeres iban por la calle vestidas de algodón y los hombres no llevaban sombrero. Olía a papel viejo, a cáscara de naranja, a pies y a rastros quemados. Pasaban lentamente los autobuses pesadotes y los taxis. Se me pegaron al cuerpo la falda y la chaqueta, mientras que las medias parecían estar llenas de pinchitos,

El coronel se incorporó en su asiento, y mirando por la ventana dijo:

–Aquí no ha llovido.

–No –dijo Maxim.

–Y, a juzgar por las apariencias, buena falta hace.

–Sí.

–No hemos conseguido despegarnos de Favell. Viene ahí mismo.

–Ya, ya.

Las calles, con las típicas tiendas de las afueras, estaban abarrotadas de gente. Mujeres cansadas, empujando cochecitos de niños llorones, miraban los escaparates; se oían los pregones de los buhoneros y los golfillos pasaban encaramados en las traseras de los camiones. Hasta el mismo aire parecía irritado., cansado y exhausto.

El camino a través de Londres se hacía interminable, y cuando salimos de él y estuvimos al otro lado de Hampstead, tenía yo la cabeza aturdida y me ardían los ojos.

¿Estaría Maxim muy cansado? Estaba pálido y ojeroso, pero continuaba en silencio. El coronel Julyan bostezaba con regularidad en el asiento trasero. Primero abría la boca mucho, y bostezaba ruidosamente, y acto seguido exhalaba un hondo suspiro. Esto lo hacía cada pocos minutos. No sé por qué comenzó a invadirme una irritación estúpida, y tuve que esforzarme para no volver la cabeza y pedirle a voces que dejara de hacerlo.

Cuando pasamos Hampstead, sacó del bolsillo un mapa de amplia escala y empezó a dar instrucciones a Maxim para llegar a Barnet. No es que existiera la más mínima dificultad para encontrar el camino, claramente marcado por postes indicadores; pero, a pesar de eso, el coronel nos decía lo que debíamos hacer al llegar a cada esquina. Si Maxim demostraba la más ligera duda, inmediatamente el coronel sacaba la cabeza por la ventana y preguntaba al primer transeúnte.

Cuando llegamos a Barnet nos hizo parar cada pocos minutos.

–¿Puede usted decirme dónde está una casa llamada «La Rosaleda»? Es de un tal doctor Baker, que se ha retirado y ha venido a esta vecindad hace poco. –Y el hombre se quedaba pensando un rato, dando muestras evidentes de no saberlo.

–¿Doctor Baker..., Baker? No, no conozco a ningún Baker Ahí, cerca de la iglesia, había antes una casita que se llamaba «Los Rosales»; pero allí vivía la señora De Wilson.

–No, no. La que buscamos se llama «La Rosaleda» y es de un doctor Baker.

Y con esto continuábamos unos cuantos metros hasta que el buen coronel nos hacía parar delante de una niñera, a quien preguntaba:

–¿Puede usted decirnos dónde hay una casa llamada «La Rosaleda»?

–No. Lo siento. Llevo aquí poco tiempo.

–¿No ha oído usted hablar del doctor Baker?

–No. Doctor Davidson es el que conozco.

Miré rápidamente a Maxim. Parecía estar rendido. Tenía la boca apretada en un gesto decidido. El coche verde de Favell continuaba detrás de nosotros, cubierto de polvo.

Fue un cartero quien, al fin, nos indicó una casa rectangular y cubierta de yedra, sin nombre, por la que ya habíamos pasado dos veces. Busqué mi bolso automáticamente y me di polvos con un pico de la borlita. Maxim paró junto a la entrada, sin meter el coche en el jardincito. Permanecimos sentados unos minutos en silencio, hasta que el coronel dijo:

–Bueno, ya hemos llegado.

Maxim encendió un cigarrillo, y me tendió una mano en silencio. En el asiento trasero el coronel doblaba cuidadosamente su dichoso mapa.

–Hubiéramos podido venir rodeando a Londres, ahorrándonos unos cuarenta minutos. Durante los primeros trescientos kilómetros hemos traído una media muy buena. Pero desde Chiswick hemos venido mucho más despacio.

Un chico de recados pasó silbando en su bicicleta. Un autobús paró en la esquina y bajaron dos mujeres. El reloj de una iglesia cercana dio la media hora. Detrás de nosotros, Favell, sentado en su coche, fumaba un cigarrillo. Estaba tan cansada que me encontraba incapaz de hablar. Sentada en el coche no podía sino observar los mil detalles insignificantes de cuanto nos rodeaba. Las dos mujeres del autobús echaron a andar calle arriba, mientras el chico desaparecía en su bicicleta al doblar una esquina. Un gorrión se posó en mitad de la calle y comenzó a picotear el estiércol.

–Este bueno de Baker no parece entender gran cosa de jardinería. Miren esos setos que caen sobre la pared. Los tenía que haber podado mucho más. –Terminó de doblar el mapa y se lo metió en el bolsillo– ¡Vaya gusto venirse a vivir aquí! Pegado a la carretera y dominado por todas las demás casas. Esto puede que estuviera bien antes de que se edificara tanto. Claro que supongo que tendrá un campo de golf cerca.

Calló unos momentos, para abrir luego la portezuela y bajar a la calle.

–¡Qué, De Winter!, ¿qué le parece?

–Vamos –dijo Maxim.

Bajamos del coche y Favell vino a nuestro encuentro.

–¿Qué estamos esperando? ¿Hay mieditis? –dijo.

Nadie le contestó. Echamos a andar por el camino enarenado que conducía a la puerta de la casa, formando un grupo bien extraño. Al otro lado de la casa vi un campo de tenis, y pudimos oír el ruido de las pelotas. Sonó una voz de muchacho que decía: «No, hombre, no; son cuarenta-quince, y no treinta iguales. ¿No te acuerdas que echaste una fuera?»

–Parece que ya han terminado de tomar el té –dijo el coronel.

Se quedó mirando un momento a Maxim, como dudando, y luego llamó al timbre, que sonó muy lejos, dentro de la casa. Tuvimos que esperar un buen rato, hasta que una criadita muy joven nos abrió la puerta, expresando en la cara su sorpresa de ver tanta gente.

–¿El doctor Baker? –preguntó el coronel.

–Sí, señor. Hagan el favor de pasar.

Cuando entramos, abrió una puerta a la izquierda del recibidor. Supuse que sería la sala, poco usada en verano. Colgado de la pared había un retrato de una señora morena y fea. Quizá la mujer del médico. Las fundas de cretona de sillas y sofá estaban muy nuevas y brillantes. En la repisa de la chimenea sonreían las fotografías de dos colegiales, de cara redonda. En una esquina del cuarto, junto a la ventana, había un enorme aparato de radio, del que salían algunos alambres y pedazos de antena. Favell estaba examinando el retrato de la pared, Julyan se quedó en pie delante de la apagada chimenea, Maxim y yo nos pusimos a mirar por la ventana. Debajo de un árbol se veía una silla tumbona y la nuca de la mujer en ella sentada. El campo de tenis debía de estar a la vuelta de la casa. Llegaban hasta nosotros las voces de los chicos. En medio de un caminito se estaba rascando un «terrier» escocés, ya muy viejo. Aún tuvimos que aguardar otros cinco minutos. Me pareció que estaba viviendo en lugar de otra persona, y que el motivo de mi presencia en aquella casa era pedir una limosna para algún fin benéfico. Nunca había experimentado una sensación parecida. No sentía nada.

Se abrió la puerta del cuarto y entró un hombre, de estatura corriente, cara alargada y barbilla puntiaguda. El pelo rojizo le blanqueaba ya en algunos sitios.

Vestía pantalón de franela blanca y una chaqueta de deportes azul oscuro.

–Perdonen que los haya hecho esperar –dijo, tan sorprendido como la criada de ver tanta gente–. He tenido que subir para lavarme un poco, pues cuando han llamado ustedes a la puerta estaba jugando al tenis. ¿No se sienta? –dijo, dirigiéndose a mí. Me senté en la silla que estaba más cerca y esperé.

–Doctor –dijo el coronel–, tiene que parecerle poco normal esta inesperada invasión, y le ruego sinceramente que la perdone. Me llamo Julyan. Permítame que presente a los demás: el señor De Winter, la señora De Winter y el señor Favell. Quizás haya leído usted recientemente el nombre del señor De Winter en los periódicos.

–¡Ah!, isí! Algo me suena. Algo sobre una cuestión judicial, ¿no? Mi mujer me ha contado no sé qué.

–El jurado dio un veredicto de suicidio –dijo Favell adelantándose– y yo sostengo que eso es una estupidez. La difunta era prima mía y yo la conocía perfectamente. Era incapaz de suicidarse, y, además, no tenía motivo alguno para hacerlo. Lo que queremos saber es a qué diablos vino a verle a usted el día de su muerte.

–Más vale que nos dejes hablar al coronel Julyan y a mí –dijo Maxim con voz tranquila–. El doctor no tiene la más remota idea de lo que estás diciendo.

Se volvió entonces hacia el médico, que rodeado por nosotros, ligeramente fruncido el entrecejo y con su amable sonrisa de los primeros momentos cuajada en los labios, escuchaba en silencio.

–El primo de mi difunta mujer no está satisfecho con el fallo del jurado, y hemos venido a verle a usted porque hemos encontrado su nombre y el número del teléfono de su antigua consulta apuntados en la agenda de mi mujer. Parece ser que, a las dos de la tarde del último día que pasó en Londres, tenía una cita con usted, a la cual acudió. ¿Le sería posible comprobarlo?

Estaba el médico escuchando con gran interés, pero cuando Maxim terminó de hablar, sacudió la cabeza y dijo:

–Lo siento infinito, pero creo que se han equivocado ustedes. El apellido «De Winter» no se me hubiera olvidado. Nunca he asistido a un cliente de ese nombre.

Sacó entonces el coronel la página que había arrancado de la agenda de Rebeca y la mostró al médico.

–Mire, aquí lo tiene escrito: «Baker, a las dos». Y esta cruz indica que acudió a la cita. Y aquí tiene el número del teléfono: Museum, 0488.

El médico miró fijamente el pedazo de papel.

–Es raro, muy raro. Sí, el número del teléfono era el mío en esa época.

–¿Cree usted que pudo visitarle con nombre supuesto? –preguntó el coronel.

–Es posible. Sí; puede que hiciera eso, aunque no es corriente, y yo nunca lo he tolerado a sabiendas. Va en desdoro de la profesión permitir a la gente que crea que se nos puede tratar así.

–¿Tendría usted registrada esta visita en su fichero, doctor? –preguntó el coronel–. Ya sé que la pregunta va contra toda costumbre profesional, pero lo pregunto porque las circunstancias son extraordinarias. Tenemos el presentimiento que esta visita a usted está ligada con el caso y que podría explicar el subsecuente... suicidio.

–Asesinato –dijo Favell.

Enarcó las cejas, sorprendido, el médico, y volvió los ojos hacia Maxim haciendo una muda pregunta.

–No tenía idea de que se trataba de una cosa así. Naturalmente –añadió en voz

baja- que haré cuanto en mi mano esté para ayudarles. Si me disculpan unos minutos, voy a consultar mi fichero. Allí debemos encontrar apuntadas todas las visitas y la descripción de cada caso. Cojan un cigarrillo, hagan el favor. Supongo que es todavía demasiado temprano para ofrecerles un vaso de jerez.

Julyan y Maxim negaron con la cabeza. Favell pareció que iba a decir algo, pero cuando empezó a hablar, ya el médico había salido del cuarto.

-¡Ya podía habernos ofrecido un vaso de whisky! -dijo Favell entonces-. Lo tendrá guardado bajo llave, seguramente. A mí no me ha hecho buena impresión este tipo, ni creo que su ayuda nos vaya a servir para gran cosa.

Maxim no dijo nada. Una vez más, escuchamos el ruido de la pelota de tenis. El «terrier» escocés estaba ladrando, y una voz de mujer le mandó callar. Vacaciones de verano. Baker jugando con sus chicos. Habíamos ido a interrumpirle. Un reloj de oro, de agudo tictac, medía los segundos ruidosamente desde la repisa de la chimenea, encerrado en una cajita de cristal. Apoyada contra él, vi una postal del lago de Ginebra. Supuse que los Baker tenían amigos en Suiza.

Volvió el doctor con un libro grande y un fichero, que dejó sobre la mesa.

-He traído todos estos datos del año pasado. No los he mirado desde que nos mudamos a esta casa. Hace sólo seis meses que me he retirado. -Abrió el libro y comenzó a volver las páginas. Yo le miraba aterrada. Ya sólo faltaban unos segundos...- El siete, el ocho, el diez... -murmuró-. No, aquí no hay nada. ¿Han dicho el día 12? ¿A las dos? ¡Ah!

Todos estábamos inmóviles mirándole a la cara.

-El día doce, a las dos, vi profesionalmente a una señora Danvers.

-¿Danny? -dijo Favell, pero Maxim le interrumpió.

-Doctor, le dio a usted un nombre falso. Me lo había supuesto desde el primer momento, ¿Se acuerda usted ahora de la visita?

Pero ya estaba el médico consultando el fichero. Vi cómo metía el dedo en la separación marcada con una D. Encontró lo que buscaba casi inmediatamente, y se puso a leer una ficha, probablemente escrita por él mismo.

-Sí -dijo-; me acuerdo perfectamente de esta cliente.

-Alta, delgada, muy bonita -dijo el coronel.

-Sí -asintió el médico-. Sí.

Continuó leyendo la ficha y luego se dirigió a Maxim:

-Comprenderá usted que esto va en contra de las normas profesionales. Tratamos a los enfermos con igual discreción que un confesor. Pero ya que su mujer ha fallecido, y como las circunstancias son extraordinarias... Lo que ustedes quieren saber es si la difunta tenía algún motivo para suicidarse. Creo que puedo decirles lo que desean saber. La mujer que vino a mí con el nombre de señora Danvers, estaba... gravemente enferma.

Hizo una pausa y se quedó mirándonos.

-La recuerdo perfectamente -dijo, y volvió a consultar su archivo-. La vi por primera vez siete días antes de la fecha que han citado ustedes. Se quejaba de determinados síntomas y en vista de eso le saqué algunas radiografías. La segunda visita fue para conocer el resultado del examen radiográfico. No tengo aquí las radiografías, pero sí están anotados en esta ficha los resultados. Me acuerdo perfectamente que se quedó en pie en medio de mi consultorio y alargó la mano hacía las radiografías diciéndome: «Quiero que me diga la verdad, no quiero ni palabras suaves ni consuelos de médicos de cabecera. Si tengo algo grave, me lo puede decir sin rodeos». -Hizo una pausa y volvió a consultar sus tarjetas.

Aquellas pausas me mataban. ¿Por qué no terminaría de una vez, para que nos

pudiéramos marchar, en lugar de tenernos allí sentados mirándole a la cara?

–Como me pidió que le dijera la verdad..., se la dije. Es preferible ser perfectamente franco con algunos pacientes. Los rodeos son, a veces contraproducentes. Aquella señora Danvers, o De Winter, no me pareció de las que aceptan las mentiras. Supongo que usted lo sabrá mejor que yo. Oyó la verdad sin inmutarse, y lo único que me dijo fue que ya hacía tiempo que lo sospechaba. Me pagó mis honorarios, y se fue. No he vuelto a verla más.

Cerró la caja del fichero de golpe, y luego el libro.

–Aún no habían comenzado los dolores fuertes, pero el cáncer estaba ya muy avanzado, y pasados tres o cuatro meses únicamente hubiera podido aguantar el dolor a base de morfina. De nada hubiera servido operar. Y se lo dije. El mal estaba ya demasiado arraigado. No; en casos como aquél lo único que se puede hacer es administrar morfina y esperar el desenlace.

Nadie habló. El relojito de la chimenea continuaba su tictac y los chicos seguían jugando al tenis en el jardín. Pasó por encima de la casa un aeroplano, zumbando ruidoso.

–Su aspecto era el de una mujer perfectamente sana –continuó el médico–. Tal vez demasiado delgada. Y pálida; pero como, desgraciadamente, eso está de moda... no se puede juzgar de la salud tan sólo por eso. Como les digo, los dolores hubieran ido aumentando semana tras semana y a los cuatro o cinco meses hubiera tenido que vivir bajo el efecto de grandes dosis de morfina. Las radiografías también indicaban que existía una ligera deformación del útero, que la hacían incapaz de tener un hijo; pero esto nada tenía que ver con la enfermedad.

Recuerdo vagamente que, al llegar aquí, el coronel Julyan dijo algo, dando las gracias al médico por haberse tomado tanta molestia.

–Nos ha dicho usted exactamente lo que queríamos averiguar, y si le fuera posible darnos una copia de sus anotaciones...

–Sí, sí ¡desde luego!

Nos pusimos todos en pie. Le di la mano al médico. Todos me imitaron. Luego salimos detrás de él al recibimiento. Una mujer asomó la cabeza por la puerta de enfrente, pero cuando nos vio se escondió rápidamente. Arriba se llenaba un baño, y el agua, al caer, hacía un gran ruido. El perro del jardín entró y, llegándose a mí, empezó a olerme los talones.

–¿Quiere que le mande el informe a usted o al señor De Winter? –preguntó el médico.

–Puede que lo necesitemos. Lo más probable es que no nos haga falta. Pero, ya sea De Winter o yo, uno de los dos le escribiremos. Permítame, mi tarjeta.

–Me alegro mucho de haberles podido ser de utilidad. Créame que jamás se me hubiera ocurrido pensar que su mujer fuera la señora Danvers que yo examiné.

–Naturalmente –dijo Julyan.

–¿Van ustedes a volver a Londres?

–Sí, supongo que sí.

–Pues entonces lo mejor que pueden hacer es torcer a la izquierda, pasado aquel buzón de Correos, y, luego, al llegar a la iglesia, a la derecha. Desde allí ya es todo derecho.

–Muchas gracias; adiós.

Salimos al camino del jardín y nos dirigimos hacia los coches. El médico entró en casa al perrillo, y oí la puerta que se cerraba. En la esquina de la calle, un hombre cojo comenzó a tocar en un organillo «*Las rosas de Picardía*».

Capítulo XXVII

Nos quedamos parados junto a los coches, y durante algunos minutos ninguno pronunció una palabra.

El coronel sacó una pitillera y nos ofreció un cigarrillo. Favell estaba pálido y abatido. Noté cómo le temblaba la mano en que sostuvo la cerilla para encender el cigarrillo. Dejó de tocar el cojo del organillo y vino renqueando hacia nosotros, gorra en mano. Maxim le dio dos chelines. Entonces el cojo volvió hacia el organillo y comenzó a tocar otra pieza. En el campanario de la iglesia dio las seis un reloj.

Favell comenzó a hablar, con tono indiferente, como quien no da importancia alguna a lo que está diciendo, pero aún estaba pálido. No nos miraba. Tenía la vista fija sobre su cigarrillo, al cual daba vueltas entre los dedos.

–Eso del cáncer... ¿es contagioso?

Nadie le contestó, y el coronel se encogió de hombros.

–Yo no tenía la más remota idea –continuó Favell hablando a trompicones–. No se lo dije a nadie; ni siquiera a Danny. ¡Es terrible! ¡Quién lo hubiera pensado de Rebeca! ¿Quiéren ustedes beber algo? No niego que saber esto me ha causado una impresión tremenda. ¡Cáncer! ¡Qué barbaridad!

Se apoyó contra el coche y miró, haciendo pantalla con la mano.

–¿No hay nadie que le diga a ese tío del organillo que se calle?

–Me parece más sencillo que seamos nosotros los que nos vayamos. ¿Podrás conducir o quieres que el señor coronel lleve el coche? –le dijo Maxim.

–Esperad un minuto a que me reponga. Tú no comprendes lo que esto me ha impresionado. ¡Es terrible! ¡Es abominable!

–¡Vamos! ¡Haga un esfuerzo, hombre! –dijo el coronel–. Si quiere tomar algo, vuelva a la casa y pídale al médico. Seguramente tendrá algo para los nervios. Pero no nos dé el espectáculo en mitad de la calle.

–¡Claro! Ahora todos ustedes están encantados –dijo Favell, mirando fijamente a Maxim y a Julyan–. Ya se acabaron las preocupaciones. Maxim ya está a salvo. Ya han encontrado el motivo del suicidio, y Baker les mandará las pruebas, libres de gastos, en cuanto se las pidan. Ahora, el señor coronel podrá cenar en Manderley todas las semanas, orgullosísimo de sus amigos. Probablemente, Maxim le pedirá que sea padrino del primer niño.

–¿Quiere usted que nos vayamos? –preguntó, disgustado, el coronel a Maxim–. En el camino podemos decidir lo que vamos a hacer.

Abrió Maxim la portezuela del coche y subió el coronel. Yo me senté delante, en mi sitio. Favell aún continuaba apoyado contra el coche, y el coronel le dijo:

–Lo mejor que puede usted hacer es marcharse a casa ahora mismo. Y despacio, no sea que vaya a parar a la cárcel por atropellar a alguien. Como no pienso volver a verle, quiero avisarle que, como magistrado que soy, tengo determinados poderes y que no dudaré en valerme de ellos si se le ocurre aparecer por Kerríth. La profesión de chantajista no es recomendable. Y le aseguro que por aquellas tierras sabemos lo que hay que hacer con los que la adoptan, aunque esto pueda extrañarle.

Favell estaba mirando a Maxim. Le había vuelto el color a la cara, y una vez más, apareció en ella la odiosa sonrisa.

–¡Qué suerte has tenido, Max! –dijo, hablando muy despacio–. Ya crees que has ganado la partida, ¿no? Pero aún puede alcanzarte la ley.

Maxim dio la vuelta a la llave del motor, y dijo:

–¿Tienes algo más que decir? Porque más vale que lo digas de prisa.

–No; no os detengo más. Vete.

Y dio un paso atrás, quedando en pie sobre la acera, todavía sonriente, arrancó el coche. Cuando doblamos la esquina miré hacia atrás y le vi mirándonos. Nos dijo adiós con la mano y se echó a reír.

Continuamos callados durante un rato, y luego habló el coronel:

–No tiene usted nada que temer. Esa sonrisa es parte de su equipo profesional. Esa gentuza es toda igual. Ahora no puede, de ninguna manera, presentar una denuncia. El testimonio del doctor Baker la invalidaría.

No respondió Maxim. Le miré disimuladamente, pero no me dijo nada su cara.

–No sé por qué estaba yo seguro de que Baker nos daría la solución –dijo el coronel–. Esta clandestinidad de la visita rodeada de misterio, y el hecho de que ni siquiera a la señora Danvers le dijera nada... Ella ya sospechaba algo. Sabía que no estaba bien. Es, desde luego, un caso terrible. Verdaderamente terrible. Suficiente para hacer perder el juicio a una mujer joven y bonita.

Continuamos nuestro camino por la carretera, derecha, sin una curva. Los palos del telégrafo, los autobuses, los cochecitos abiertos veloces y deportivos, las casitas que pasábamos, medio rodeadas por sus modestos jardines..., todo desfilaba rapidísimo a nuestro lado, mezclándose dentro de mi cabeza para formar una extraña combinación que nunca había ya de olvidar.

–Usted –dijo el coronel a Maxim– no tenía idea de la enfermedad, ¿no?

–No.

–Hay gente que le tiene un miedo morboso –comentó Julyan–. Sobre todo, mujeres. Seguramente, su esposa era una de éstas. Tenía valor para todo, menos para eso. No podía aguantar el dolor. ¡Eso, a lo menos, se lo ahorró!

–Sí –dijo Maxim.

–Creo que sería una buena idea que yo haga correr discretamente en Kerrith la voz de que un médico de Londres nos ha facilitado la explicación del suicidio. Lo digo para el caso de que pudieran empezar a circular chismes y rumores. Nunca se sabe. La gente es rara. Si supiesen la verdad, las cosas serían más fáciles para usted.

–Sí, sí. Estoy conforme.

–Es curiosa e irritante la manera cómo se propagan en las comarcas alejadas de la ciudad las historias más absurdas. No comprendo el motivo, pero es la verdad. No es que yo crea que vaya a ocurrir en este caso, pero más vale estar preparados. Algunas veces, la gente da oídos a las suposiciones más extravagantes, si se les da la oportunidad.

–Sí, es verdad. Atravesamos los arrabales del Norte y llegamos de vuelta a Finchley y Hampstead.

–Son las seis y media –dijo el coronel–. ¿Qué piensan hacer? Yo tengo una hermana, que vive en St. John's Wood, y me están dando ganas de presentarme allí, sin avisar, y convidarme a cenar. Luego puedo coger el último tren en la estación de Paddington. No salen de veraneo hasta dentro de una semana. Vengan ustedes también. Los recibirá encantada.

Maxim dudó y me miró.

–Se lo agradezco mucho, pero creo que preferimos declararnos independientes. Tengo que llamar a Frank por teléfono y hacer otras varias cosas. Seguramente comeremos cualquier cosa en el camino y luego dormiremos en un hotel de la carretera.

–Me hago cargo –dijo el coronel–. ¿Me podría usted dejar en casa de mi hermana? Está en una de las bocacalles de Avenue Road.

Cuando llegamos a la casa, Maxim paró el coche unos metros más allá de la puerta, y dijo:

–No puedo agradecerle bastante todo lo que ha hecho usted hoy. Estoy seguro de que usted comprenderá lo que siento, sin necesidad de que lo explique.

–Le aseguro que ha sido para mí un verdadero gusto. Si hubiésemos sabido lo de Baker desde el principio, nos hubiéramos ahorrado todo esto. Pero eso es lo de menos. Lo importante es que ustedes olviden todo lo relacionado con cosa tan desagradable. Favell, estoy convencido, no los volverá a molestar. Y si lo hace, le ruego que me avise. Yo sé lo que tengo que hacer con él –saltó del coche, sin olvidar su mapa, con el abrigo al brazo–. Yo, que ustedes.... me marcharía fuera una temporada, unas vacaciones, tal vez en el extranjero.

Ni Maxim ni yo dijimos nada. El coronel estaba guardándose el mapa y continuó:

–Suiza está muy agradable en esta época del año. Me acuerdo de que una vez fuimos todos allí, para que mi hija lo conociera, y lo pasamos muy bien. Hay paseos soberbios. –Se aclaró la garganta y continuó–: No es totalmente imposible que surjan algunos pequeños contratiempos..., no por parte de Favell, sino por algunas otras personas de los alrededores. No es fácil saber lo que Tabb habrá ido diciendo por ahí. Claro que todo ello es absurdo, pero ya sabe usted el refrán: «Ojos que no ven, corazón que no siente». Si no están ustedes allí para escuchar los chismorreos..., se acabaron éstos.

Aún permaneció unos momentos junto a nosotros, pasando lista a sus cosas:

–Creo que no me dejo nada. El mapa..., las gafas..., el bastón..., los guantes... Sí, está todo. Bueno, adiós, a los dos. No se cansen demasiado. Ha sido un día de mucho ajetreo.

Pasó la verja y se dirigió hacia la escalinata de entrada. Una mujer se asomó a la ventana, sonriendo, y saludó con la mano. Arrancó el coche y doblamos la esquina de la calle. Me recliné contra el respaldo del asiento y cerré los ojos. Una vez que nos quedamos solos y se aflojó la terrible tensión, la sensación de desahogo me resultó casi insoportable. Era como si hubiera reventado un absceso. Maxim callaba. Noté su mano sobre la mía. Continuamos por en medio del espeso tráfico callejero, sin que yo lo viera. Oía el trepidar de los autobuses, las bocinas de los taxis, el ruido atronador, constante e irremediable de Londres; pero, a pesar del estrépito, yo permanecía aislada de todo. Yo no estaba allí, sino en otro lugar fresco, tranquilo y sosegado. Nada ni nadie nos podría ya tocar. La amenaza contra nuestra vida había hecho crisis.

Cuando Maxim paró el coche, abrí los ojos y me incorporé. Estábamos en una calle estrecha, delante de uno de los mil restaurantes pequeñitos de Soho. Miré alrededor, deslumbrada y sin comprender.

–Estás cansada y muerta de hambre. Cuando hayas comido te encontrarás mejor. Y yo también. Vamos a cenar aquí y a telefonar a Frank.

Bajamos del coche. Las únicas personas que había en el comedor eran el *maître*, una camarera y una chica detrás del escritorio. Dentro estaba oscuro y fresco. Maxim empezó a pedir la comida. Luego me dijo:

–Favell tenía mucha razón en lo de tomarse unas copas. También yo quiero beber algo. Y a ti tampoco te vendrían mal. Te vas a tomar un coñac.

El *maître* era gordo y jovial. Nos sirvió unos panecillos largos y sin miga, envueltos en papel de seda. Estaban muy duros y quebradizos, y comencé a comer uno ávidamente. Encontré el coñac con agua mineral suave, y su calorcillo, consolador.

–Cuando hayamos cenado, seguiremos el viaje despacio, sin prisa. Va a hacer una noche fresca. Podemos dormir en cualquier hotel de la carretera, y mañana por la mañana seguir a Manderley.

–Sí.

–¿No hubieras querido cenar con la hermana de Julyan para coger el último tren?

–No. Terminó Maxim de beber su coñac. No sé por qué me pareció que se le habían agrandado los ojos; acaso por las amoratadas ojeras que los rodeaban.

–¿Crees que Julyan ha adivinado la verdad? –me preguntó.

Me quedé mirándole por encima del borde de mi vaso, sin contestar.

–Estoy seguro –dijo Maxim– de que sabe lo que verdaderamente ocurrió.

–Si lo sabe –dije yo– no dirá nunca una palabra.

–No. No lo dirá.

Pidió al maitre que le trajera otra copa de coñac y permanecimos un rato callados, en el rincón del silencioso restaurante. Luego dijo:

–Creo que Rebeca me mintió con toda intención. Aquella mentira fue su última locura. Quería que la matase. Lo planeó todo en un momento. Supongo que por eso se reía y continuó riendo hasta morir.

Calló de nuevo, y continuó tomando sorbos de coñac. Todo había terminado. Ya se había arreglado todo. Ya nada importaba. No había ningún motivo para que Maxim continuase pálido y preocupado.

–Sí; fue su última broma. La mejor de todas. Ni siquiera ahora estoy seguro de que no me haya ganado la partida.

–¿Qué quieres decir? ¿Cómo puede haber ganado?

–No sé. No lo sé. –Terminó el coñac, y poniéndose en pie continuó–: Voy a llamar a Frank.

Yo me quedé sentada en mi rincón, y al poco rato el camarero se presentó con el primer plato. Langosta. Estaba muy caliente y deliciosa. Tomé otro coñac con sifón. Me encontraba a gusto allí sentada, sin sentir ya ninguna preocupación. Sonreí al camarero, y le pedí más pan, hablando, Dios sabe por qué, en francés. El sosiego del restaurante me resultaba muy acogedor. Ya estábamos juntos Maxim y yo. La tormenta había pasado. Todo estaba arreglado. Rebeca, muerta, ya no podía nada contra nosotros. Aquella «última broma» había sido, de verdad, la última. Al cabo de diez minutos volvió Maxim.

–¿Qué tal está Frank? –le pregunté, y a mí misma me sonó mi propia voz extraña y lejana.

–Bien. No se ha movido de la oficina desde las cuatro, esperando la conferencia. Le he dicho lo que ha ocurrido. Parece que se ha alegrado y que se ha quedado más a gusto.

–Lo creo.

–Me ha dicho una cosa que no comprendo –dijo Maxim frunciendo el entrecejo–: que se ha marchado la señora Danvers. Ha desaparecido, sin decir nada a nadie; pero ha estado todo el día haciendo el equipaje, recogiendo sus cosas, y a eso de las cuatro ha llegado un mozo a buscar sus baúles. Frith llamó a Frank por teléfono para decírselo, y Frank le contestó que dijera a la señora Danvers que se pasara por la oficina. Pero no ha aparecido por allí. Unos diez minutos antes de llamar yo, Frith volvió a telefonar a Frank para decirle que había llamado a conferencia a la señora Danvers, que él mismo puso la comunicación a su despachito y que contestó. Esto fue a eso de las seis y media. A las siete menos cuarto, Frith llamó a la puerta del despachito, y como no le contestara nadie, entró. Estaba vacío, y lo mismo su

cuarto. Comenzaron a buscarla por todas partes, pero no han dado con ella. Parece que se ha ido. Debe de haber salido de la casa y marchado por el bosque, pues por la caseta del guarda no ha pasado.

–¿No te parece que es lo mejor que podía haber ocurrido? Es una preocupación menos. Hubiéramos tenido que decirle que se fuera, en cualquier caso. Creo que también ella adivinó la verdad. ¿Te fijaste en su cara? Cuando veníamos en el coche, no la podía olvidar.

–No me gusta esto. No me gusta nada.

–¿Qué puede hacer? ¡Nada! Si se ha marchado, tanto mejor. El que la llamó sería Favell, seguro. Le habrá contado lo de Baker y lo que ha dicho Julyan. Acuérdate que éste nos ha dicho que si alguien trata de hacerte un chantaje, se lo digas. No se atreverán. No pueden. Es demasiado peligroso.

–No estoy pensando en un chantaje.

–¿Y qué otra cosa podrían hacer? No te preocupes. Tenemos que olvidarlo todo, como nos dijo Julyan. Ya ha acabado todo. Lo que deberíamos hacer es arrodillarnos y dar gracias a Dios.

Maxim se quedó mirando al vacío y callado.

–Se te va enfriar la langosta –le dije–, cómetela. Te sentará bien. Tendrás debilidad y estás cansado. –

Ahora era yo quien le decía las palabras que antes escuchara de sus labios. Me sentía mejor y más fuerte. Yo era quien tenía que cuidarle a él. Estaba pálido y agotado. Yo me había sobrepuesto ya, y el que sufría era Maxim. Lo que le pasaba era que tenía hambre y estaba cansado. No había motivo para preocuparse. ¿Que se había ido la señora Danvers? Eso más teníamos que agradecer a Dios, pues simplificaba las cosas y nos las hacía más fáciles

–Anda, come.

«Desde ahora en adelante –me dije– todo va a ser completamente distinto. Ya no me asustarán los criados, y desaparecerá mi timidez. Ahora que se ha marchado la señora Danvers, aprenderé, poco a poco, a llevar la casa. Bajaré a la cocina para hablar con el cocinero. Los criados aprenderán a obedecerme y a respetarme, como si la señora Danvers no hubiese existido nunca. También procuraré enterarme de la marcha de la finca. Frank me lo explicará todo». Estaba segura de que a Frank le era simpática. También me gustaba él a mí. Me enteraría de todo y aprendería a ayudar. Los asuntos de la alquería y la labranza. Puede que me dedicara al jardín, y mandara cambiar algunas cosas. Por ejemplo, aquel claro entre los árboles, con la estatua del sátiro. No me gustaba. Regalaríamos la estatua. Sí me lo proponía podía hacer muchas cosas poco a poco. Tendríamos invitados, y no me importaría. Al revés, el preparar los cuartos para los huéspedes, poniendo en ellos flores y libros, y el decidir sobre las comidas, todo ello me serviría de entretenimiento. Y tendríamos hijos. Estaba segura.

–¿Has terminado? –preguntó Maxim de repente–. Yo no quiero nada más. –Y dirigiéndose al *maître*–: traiga café, muy cargado, y la cuenta.

¿Por qué teníamos que marcharnos con tanta prisa? ¡Estaba tan agradable aquello! Y no teníamos nada que hacer. Me encontraba muy a gusto, con la cabeza apoyada sobre el respaldo del diván, planeando perezosamente nuestra vida futura. Hubiera preferido quedarme allí un buen rato.

Salí del restaurante detrás de Maxim, reprimiendo un bostezo y arrastrando las piernas. Cuando estuvimos en la acera de la calle me dijo:

–¿Crees que podrás dormir en el asiento de atrás si te arropo bien con la manta? Tienes un almohadón, y puedes usar, además, mi abrigo.

–Pero ¿no íbamos a quedarnos a pasar la noche en un hotelito de la carretera?

–Sí. Pero no sé por qué tengo el presentimiento que deberíamos llegar a Manderley lo antes posible. ¿No podrías dormir en el coche?

–Sí... –dije no muy segura– Puede que sí.

–Son las ocho menos cuarto. Sí salimos ahora, podemos llegar a eso de las dos y media. No habrá muchos coches en la carretera.

–Pero es una paliza para ti.

–No. No es nada. Quiero llegar a casa. Algo pasa. Estoy seguro. Quiero llegar lo antes posible.

Tenía la cara con una expresión desacostumbrada, casi de miedo. Abrió la portezuela y empezó a prepararme el almohadón y la manta en el asiento de detrás.

–Pero, ¿qué tienes? Ahora que ha pasado todo, te entran las preocupaciones. La verdad, no lo entiendo.

No me respondió. Subí al coche y me eché, con las piernas sobre el asiento. Maxim me arropó con la manta. No puedo negar que estaba muy cómoda, mucho más de lo que me había figurado. Arreglé el almohadón y recliné sobre él la cabeza.

–¿Estás bien? ¿Seguro que no te importa?

–No –dije sonriendo–. Estoy muy bien y me dormiré, No tiene sentido quedarnos en un hotel. Vale más que volvamos a casa. Llegaremos antes de que amanezca.

Subió al coche y puso en marcha el motor. Cerré los ojos. Comenzamos a movernos y noté la suave resistencia de los muelles bajo mi peso. Se movió el coche rítmicamente, sin sacudidas, y pronto mi cabeza fue acomodándose al dulce vaivén. Cerrados los ojos, mil imágenes inconexas se despertaban en mi memoria. Cosas olvidadas, cosas vistas algún día, todas formando un gracioso revoltijo, sin orden ni concierto. La pluma del sombrero de la señora Van Hopper; las sillas de alto respaldo en el comedor de Frank; aquella señora sonriente del baile de Manderley, con su vestido de color de salmón, una campesina de la carretera de Montecarlo; *Jasper* perseguía una mariposa a través de la pradera; el perro del doctor Baker se rescaba una oreja detrás de la tumbona, en el jardín; el cartero nos indicaba la casa que buscábamos; la madre de Clarice estaba quitando el polvo a una silla, en su casita, para que yo me sentara; Ben, llenas las manos de caracolas, me sonreía, mientras la mujer del obispo decía que me quedara a merendar; las frescas sábanas de mi cama me acariciaban el cuerpo, mientras yo miraba los guijos de la playa; el perfume de los helechos en el bosque, el musgo jugoso y aquellos olorosos pétalos mustios de las azaleas...

Me quedé dormida, despertándome de cuando en cuando, debido a la postura, toda encogida, en el asiento. Allí seguía Maxim; le veía la cabeza. La penumbra de la tarde se había convertido en la oscuridad de la noche. De vez en cuando relampagueaban los faros de coches que se cruzaban con nosotros. En las aldeas se veían luces en las ventanas, veladas por las cortinas corridas. Daba media vuelta, cerraba los ojos y volvía a dormir.

La escalera de Manderley. La señora Danvers, vestida de negro, me esperaba en el rellano. Yo subía la escalera, hacia ella; pero antes de llegar, había desaparecido. La buscaba sin hallarla, cuando, de repente, la veía espiándome desde un hueco; gritaba yo, y volvía ella a desaparecer.

–¿Qué hora es? –pregunté a Maxim.

Volvió él la cabeza, y su cara, en la semioscuridad del coche, parecía la de un fantasma.

–Las once y media. Ya estamos a medio camino. Procura dormirte otra vez.

–Tengo sed.

En el primer pueblo, paró. El hombre del garaje nos dijo que su mujer aún no se había acostado y nos haría té. Bajamos del coche y entramos en el garaje. Di unas pataditas en el suelo para que volviera a circular la sangre. Maxim encendió un cigarrillo. Hacía fresco. Un viento frío entraba a bocanadas por la abierta puerta del garaje y hacía temblar el techo de metal rizado. Me abroché el abrigo, pues estaba tiritando.

–Hace fresco esta noche –dijo el del garaje, mientras hacía funcionar la bomba de la gasolina–. Ha cambiado el tiempo esta tarde. Ya se ha acabado el calor. Pronto empezaremos a pensar en encender las chimeneas otra vez.

–En Londres hacía mucho calor –le dije.

–¿Sí? Es que Londres pasa de un extremo a otro. Cuando empieza el mal tiempo, los primeros que nos enteramos somos los que vivimos por aquí. Antes de que amanezca estará soplando de firme el viento en la costa.

Su mujer nos sirvió el té. Sabía a madera amarga, pero estaba caliente, y lo bebí con avidez glotona. Maxim estaba mirando el reloj.

–Deberíamos marcharnos. Son las doce menos diez.

Salí sin ganas del abrigo del garaje. Una bocanada de aire frío me dio en la cara. Una estrella cruzó el cielo. Vi algunas nubes.

–Sí –dijo el hombre– Ya se ha acabado el verano.

Subimos de nuevo al coche y una vez más me arrojé con la manta. El coche echó a andar y cerré los ojos.

El cojo y su organillo. «*Las rosas de Picardía*» me cantaban dentro de la cabeza. Frith y Robert entraban en la biblioteca con la merienda. La mujer del guarda me saludaba con la cabeza y llamaba a su hijo para que entrara en casa. Sobre la chimenea de la casita de la playa había unos barquitos, cubiertos de polvo impalpable. Las telarañas colgaban de los palos, como velas fantásticas. Oí el golpeteo de la lluvia sobre el tejado... Quise huir hacia el Valle Feliz y no lo encontré. Árboles, nada más que árboles, oscuros, negros. Gritó una lechuza. La luna se reflejó un momento sobre los cristales de Manderley... El jardín lleno de ortigas monstruosas, de tres metros... de siete metros.

–¡Maxim! –grité.

–¿Qué te ocurre? Aquí me tienes.

–He soñado, Maxim. He tenido un sueño.

–¿Qué has soñado?

–No lo sé.

Y volví a hundirme en profundidades inquietas y alborotadas. Ahora estaba escribiendo cartas en el gabinete, enviando invitaciones que yo misma escribía con una pluma negra y gruesa, Pero cuando fui a leer lo que había escrito, no vi mi letra cuadrada y pequeña, sino otra, grande, rasgada, picuda, de firmes trazos... Rechacé las invitaciones violentamente, escondiéndolas debajo de la carpeta. Me levanté y fui hacia el espejo. Uria cara que no era la mía me miraba desde detrás del cristal: una cara pálida, perfecta, dentro de un marco negro de pelo exuberante. Se estrecharon los ojos y me sonrió. Los labios se abrieron. Luego, sin dejar de mirarme, aquella cara se echó a reír. Entonces me di cuenta de que estaba sentada delante de mí tocador y que Maxim le cepillaba el pelo con fuerza. Cogió luego el pelo con las manos, y, según lo acariciaba, sus negras hebras comenzaron a trenzarse hasta quedar convertidas en una cuerda, larga y gruesa. Se retorció como una serpiente. Maxim la cogió con las dos manos, sonriendo a Rebeca, y se la ató al cuello.

–¡No! –grité–. ¡¡No, no!! ¡Nos tenemos que ir a Suiza! ¡Jolyan nos dijo que a Suiza!

La mano de Maxim, acariciándome la cara, me despertó.

–¿Qué te pasa? Me incorporé, quitándome el pelo de los ojos.

–No puedo dormir. Es inútil.

–Has estado durmiendo dos horas. Son las dos y cuarto. Ya estamos cerca de seis kilómetros al otro lado de Lanyon.

Hacía mucho frío, y me estremecí en la oscuridad del coche.

–Voy a sentarme a tu lado. Llegaremos a las tres.

Salté al asiento delantero, por encima del respaldo, y me puse a mirar por el parabrisas. Estaba tiritando.

–Te has quedado helada.

–Sí.

Las cuevas se alzaban ante nosotros, para luego hundirse hacia abajo y volver a empinarse después. Estaba muy oscuro. No se veían ya las estrellas.

–¿Qué hora has dicho que era?

–Son las dos y veinte.

–¡Qué raro! Parece enteramente como si estuviera empezando a amanecer por encima de las lomas.

–Por allí no puede ser. Estás mirando hacia poniente.

–Ya, ya. Pero es raro, ¿no?

No me contestó y seguí contemplando el cielo. La claridad parecía ir en aumento, semejante a los primeros albos del amanecer. Poco a poco aquella extraña luz se iba extendiendo por el cielo.

–Oye –le dije–, la aurora boreal... no se ve en verano, ¿verdad?

–Eso no es la aurora boreal. Eso es Manderley.

Le miré, y vi su cara y la expresión de los ojos.

–¿Qué es, Maxim? ¿Qué pasa?

Aceleró, apretando el pedal hasta el fondo. Coronamos la cuesta, y vimos a Lanyon a nuestros pies. A nuestra izquierda brillaba la cinta plateada del río, ensanchándose más y más según se acercaba a la ría de Kerrith. La carretera de Manderley se perdía a lo lejos. No había luna. Encima de nuestras cabezas el cielo estaba negro como la tinta. Pero hacia el horizonte aparecía iluminado por una viva luz roja, como salpicado de sangre. El viento sobre el mar venía lleno de cenizas...



DAPHNE DU MAURIER



*Nació en Londres, el 13 de mayo de 1907. Descendiente de una importante familia de literatos y artistas. El ambiente cultural que se respiraba en su hogar, indujo su camino en el mundo de la literatura. Tras educarse en Inglaterra y París, dio inicio a su faceta como escritora en 1928, mezclando con talento la intriga, el romanticismo y el misterio. En 1931 fue publicada su primera novela: *The Loving Spirit*, a la que siguieron otras dos. En 1932 contrajo matrimonio con el militar Frederick Arthur Montague, con el que residió principalmente en Mebilly, Cornualles, lugar que inspiró sus tres novelas más populares.*

*Cuando en 1938 se publicó *Rebeca*, con gran sorpresa por su parte, se encontró convertida, de pronto, en uno de los autores populares del momento. Esta obra alcanzó 37 ediciones en inglés y ha sido traducida a más de veinte idiomas. Su versión cinematográfica fue interpretada por sir Laurence Olivier, bajo la dirección de Hitchcock. Desde entonces, además de varias novelas, que han obtenido grandes éxitos de venta, ha escrito obras de teatro, narraciones cortas y una biografía de Branwett Bronte.*

En 1969 fue nombrada Dama del Imperio Británico y veinte años después, el 19 de abril de 1989, moriría a la edad de 81 años.

REBECA

A la mansión de Manderley llega Maxim de Winter y su nueva esposa, una mujer tímida, anónima y acomplejada. Pronto esta se verá apresada por el perturbador recuerdo de la primera mujer de su marido, llamada Rebeca. Una mujer brillante en todos los aspectos a la que todos parecen adorar, y que murió mientras guiaba su velero durante una tormenta.

La presencia obsesiva de su recuerdo en la vida que los rodea y en especial la arisca actitud de la siniestra y misteriosa ama de llaves (antigua niñera de Rebeca), está a punto de destrozarles la relación y hasta la existencia.



© Daphne de Maurier.
Título original inglés: *Rebecca*
Traducción: Fernando Calleja

Diseño de la portada: GS- Grafic, S.A.

©

© 1993, Plaza & Janés Editores, S.A.
Tercera Edición, febrero 1994
ISBN: 84-01-49291-2 (vol. 224/1)
Depósito legal: B.8.112 - 1994